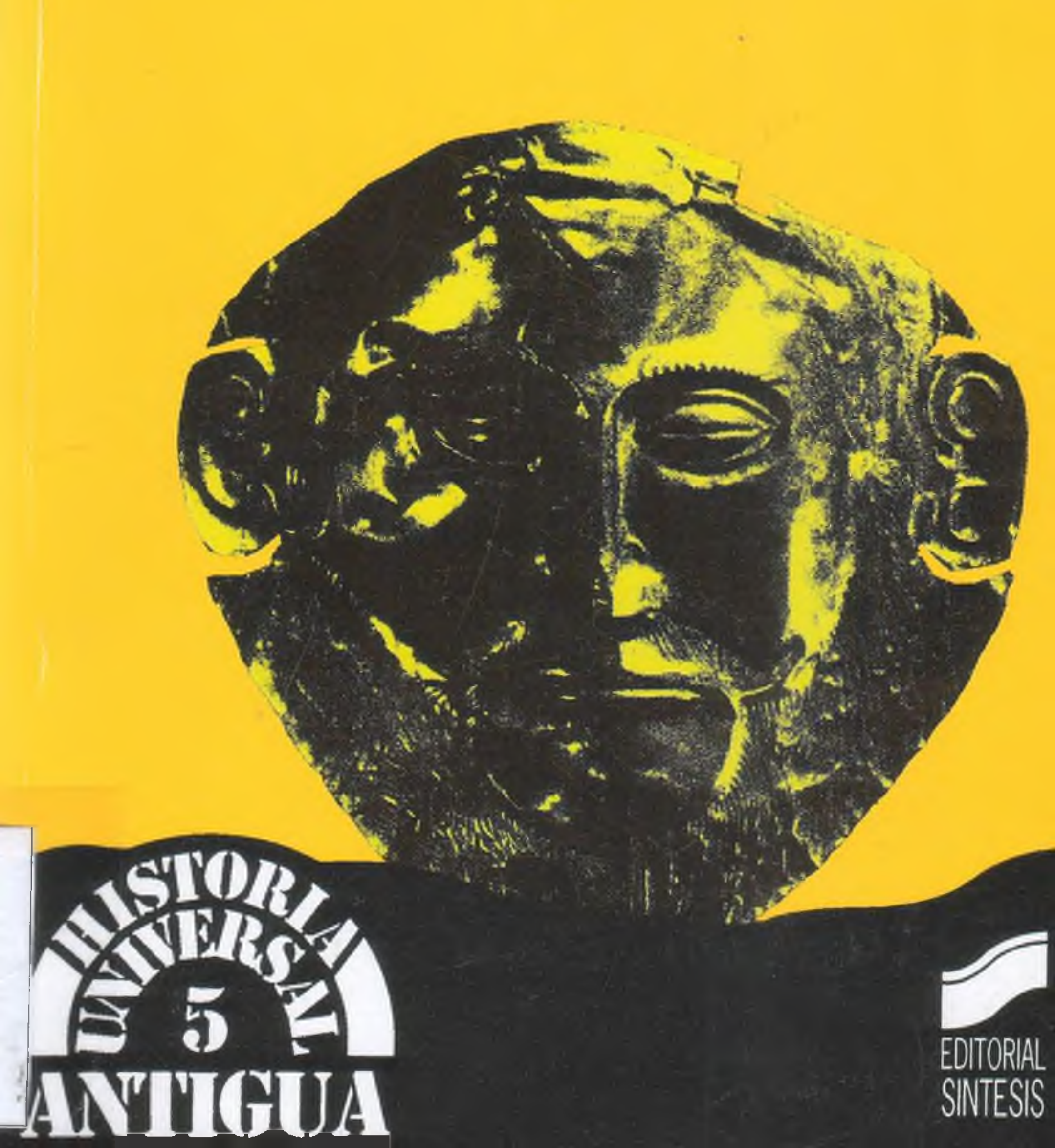
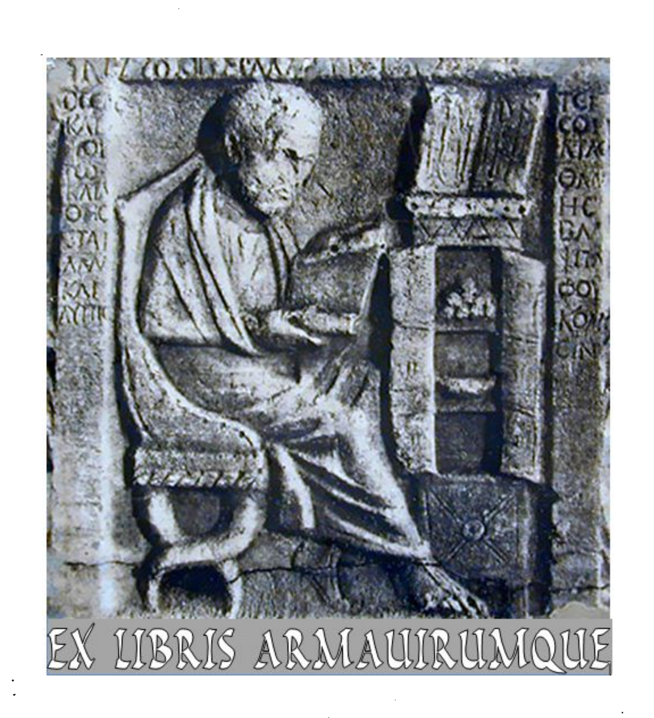
LOS ORÍGENES DEL PUEBLO GRIEGO

Luis García Iglesias




EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE


HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA

LOS ORÍGENES DEL PUEBLO GRIEGO

Luis García Iglesias



EDITORIAL SINTESIS

Primera reimpresión: junio 2000

Cartografía: Juan Antonio García Iglesias

Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono 91 593 20 98
http://www.sintesis.com

ISBN: 84-7738-520-3
Depósito legal: M. 2.860-2011

Impreso en España. Printed in Spain

Índice

Preliminar

El libro que el amable lector tiene en sus manos ha supuesto al autor un gran esfuerzo de búsqueda, de composición y de síntesis. Como los más impuestos en el particular saben muy bien, la historia de la Grecia primitiva, especialmente dificultosa, se está haciendo día a día y además la bibliografía necesaria –nada digamos de la prescindible– es inabarcable. Hay que afrontar el reto a base de trabajo y selección, inevitablemente subjetiva ésta y a veces por desdicha circunstancial, pues en ocasiones me he visto forzado a resignarme ante la relativa parcialidad de los medios disponibles. El afán, es evidente, no garantiza del todo el acierto, aunque lo hace más fácil y probable. De otro lado, no es incompatible la utilidad de un trabajo con la siempre inevitable perfectibilidad; y tengo conciencia de que estas páginas son ambas cosas: útiles y perfectibles. Están destinadas a un público de amplio espectro; el dilatado que media entre el profesional, quizá no estricto especialista –y aun también podría valerle como prontuario a quien lo fuera–, y el estudiante universitario que busca instrumentos sintéticos, completos y al día, con cuya ayuda fundamentar parcelas significativas de su aprendizaje. Y, cuando aludo a profesores y alumnos, incluyo a los interesados en los saberes histórico-anticuarios, arqueológicos y filológicos clásicos. Servirá también esta aproximación monográfica para las personas cultas, más o menos versadas en el mundo helénico y sus raíces, que buscan información más amplia, más precisa y más nueva en torno a los siempre atractivos aspectos aquí contenidos. No olvido tampoco, sea cual sea su mundo y su interés, a aquéllos

que se han beneficiado de los volúmenes más próximos de esta colección y encontrarán en éste un adecuado –quiero creerlo– complemento. Ahorren, pues, sus bríos quienes se vean tentados a la crítica rigurosa. Si este libro les defrauda o no les sirve, es que no ha sido escrito para ellos. La síntesis que hay aquí, por completa y prolija que pueda parecer a simple vista, nada dirá de lo suyo al verdadero especialista de cada parte que él no sepa, y mejor; ni en la sabiduría de segunda mano acumulada, ni en lo poco o mucho de original que pueda haberse perdido en esta docena de capítulos. A lo que pretende ser una síntesis de suficiente solvencia no se le pueden exigir virtudes de tratamientos específicos y profundos. Si el autor conoce sus limitaciones de capacidad y de objetivo, no es necesario que se las recuerden. Y, si el lector está advertido de la auténtica envergadura de lo que se le ofrece, tampoco es preciso aviso alguno más a navegantes.

El objeto de mi libro es la primera, más brumosa y más compleja etapa de la antigüedad griega; la parte de la historia de Grecia previa a los momentos plenamente históricos. He tratado esta compleja cuestión de las raíces helénicas pensando más en lectores de lengua española que en los de otros ámbitos lingüísticos, pues aunque existen en España e Hispanoamérica intentos parecidos, no son muchos los solventes y apenas es posible encontrar los renovados. Mi intención no es otra que dar a los demás, en fácil –para mí trabajosa– composición, el resultado de largas y amplias lecturas y reflexiones sobre el particular. He pretendido evitar mi esfuerzo a quienes no están en condiciones o en ánimo de repetirlo. Los investigadores de la Edad del Bronce egea, de la micenología y de los demás aspectos del helenismo prearcaico, respetadísimos todos, queridísimos aquéllos a quienes conozco, me van muy por delante en información y en ideas sobre sus correspondientes parcelas de dedicación, cada cual en la suya. Como arriba adelantaba, den por hecho, en el caso de que nos les sirvan algunas de mis páginas, otras es de suponer que en alguna medida sí, que no son ellos sus destinatarios. Así me librarán de una exigencia superior a lo que alcanzan mis fuerzas, mis posibilidades y mis intenciones del momento.

Tras esta cura en salud que me he permitido, puedo explicar por qué me inclino a dar respuesta afirmativa a la cuestión de si lo que estas páginas contienen será de utilidad para algunos, y aún para muchos. Al margen de sus eventuales, ciertas incluso, deficiencias, hay sin duda aquí, entiendo, una visión amplia y pasablemente al día que aporta no poco a ese gran público carente de acceso fácil a otra cosa que no sean viejos o nuevos manuales inertes, anticuados –en una especialidad que ya en sí provoca el envejecimiento rápido de casi todos los estudios–, o a limitadas monografías de parcialidad, condicionamiento y fecha que hacen de ellas instrumentos insuficientes; o que sí tiene dicho acceso en teoría, pero no siempre encuentra a la mano o dispone de tiempo que dedicar a publicaciones específicas como

las aprovechadas por mí y recogidas en la inevitablemente nutrida relación bibliográfica, la mayor parte de fecha recentísima, que no en balde la recomposición histórica de estos siglos remontados se está haciendo día a día. No es presunción suponer esto último, ni siquiera aseverarlo, dada la precariedad de los instrumentos que la Universidad y la cultura españolas tienen al alcance incluso de los más interesados, sobre lo que se refiere al plural objeto de esta tentativa. Hasta creo que algunos investigadores y docentes universitarios de especialidades cercanas encontrarán en este libro ocasión y ayuda para olvidar algunas cosas hoy inaceptables, o para desconfiar de otras ahora no tan ciertas, que sin embargo se vienen repitiendo inconvenientemente desde hace decenios. Siempre es buena la oportunidad de preterir o de rebajar hasta la simple categoría de lo hipotético interpretaciones que se transmiten como si fueran adquisiciones inmutables, y no lo son ni mucho menos; y la del encuentro con la idea o novedad desconocida o sólo barruntada y la referencia bibliográfica que había quedado a trasmano. Y no es que el autor que esto escribe brinde el contrapunto adecuado o aporte exhaustividades y garantías plenas, sino que tal vez esté en condiciones de quebrar por ocasión seguridades impropias, de ofrecer el detalle que auxilia y de lanzar al colega, especialista o no *stricto sensu*, a particular búsqueda y superiores logros.

Es sin embargo inútil empeñarse mucho en explicar pretensiones y calibrar validez, porque siempre un libro escapa de las expectativas de quien lo escribe; las supera o las defrauda, y acaba haciéndose por sí mismo el lugar y la función que le corresponde según es. Exiguos tal vez el lugar y la función de esta ilusionada aportación, posibilidad para la que también se encuentra preparado el autor que la firma. Además, tampoco es cosa importante el acierto o el desacierto. El profesional pone inevitablemente parte de su ser en lo que hace, pero no le va en ello toda su vida ni mucho menos, habida cuenta de que cualquier aportación intelectual será siempre provisional y susceptible de complemento. Por fortuna; que hay pruebas sobrantes de efectos negativos en las excepciones de quienes laboran y compiten trágicamente a vida o muerte. "Ces futurs morts si dinamiques, c'est comique!", escribió años ha un conocido literato de allende el Pirineo. El futuro muerto al que el lector en este momento honra, considera que lo fundamental del hombre y del mundo se mueve muy al margen de nuestras pequeñas cosas de profesionales ejercientes. Y este libro, como la totalidad de mi trabajo, como los libros y el trabajo de casi todos –las obras maestras absolutas constituyen excepción–, pertenece en rigor al apartado de las pequeñas cosas.

1. Introducción

Estas líneas introductorias, como cualquiera podrá advertir nada más ojearlas, son más propias de la historia helénica en general que del periodo primitivo que corresponde tratar a este volumen. No me he sustraído sin embargo de redactarlas y, una vez escritas, de incluirlas, porque lo que es válido para el todo puede ser indicativo también para las partes, creo que lo es en nuestro caso, y ésta concretamente es la primera de una serie susceptible de consideración como conjunto. He asumido que, aunque se publique ahora y otras hayan salido antes, la mía es la primera de cinco entregas dedicadas específicamente a la antigüedad griega dentro de la más amplia colección que las acoge y, por lo tanto, la cabecera de una síntesis manual unitaria. No me parece que estén de más las breves observaciones que siguen.

1.1. Historia de Grecia, historia de los griegos

Fácil es encontrarla en algunas síntesis de carácter general sobre la historia griega, sin duda porque no es aclaración que huelgue. Me refiero a un fenómeno que muchas veces es evidente cuando de historias parciales se trata y que es especialmente cierto en el caso de la que acometemos: no se da coincidencia absoluta entre realidad geográfica y pueblo de fundamental referencia, lo que lleva en unos casos a la consideración del límite espacial como frontera del objeto historiado y, en otros, a romper con la geografía, a no dejarse encorsetar por el espacio, para moverse cuanto es preciso

en la persecución de un pueblo que se expande, se traslada, que tiene sitio, sí, pero no en exclusiva, por cuanto que allí donde esté sigue siendo él, mantiene su identidad y afianza más que pierde las notas características que lo constituyen. Este segundo es el caso de los griegos de la antigüedad. Como señaló hace decenios un cualificado especialista francés, Paul Levêque, es posible distinguir entre Grecia y los griegos porque en realidad nunca llegaron a coincidir. El mundo griego ha tenido sus raíces y ha ido siempre más allá de Grecia, entendida ésta como escenario geográfico. ¿Cuál puede ser el objeto de nuestra historia, Grecia o el pueblo griego? No hace falta decir que este último. Los fenómenos y acontecimientos que tuvieron en la antigüedad Grecia y las islas anejas como escenario carecen de suficiente entidad, pierden sentido, si se les cercena la consideración de unos griegos de ultramar, que muchas veces fueron motor y determinante de lo que en la propia Hélade ocurría y que en ocasiones constituyeron centro de gravedad en cuanto que protagonistas de una historia más rica, más plena y más significativa que la que a Grecia le tocaba vivir. Como consecuencia de esto, que es algo que quedará palmariamente confirmado en el trabajo que tenemos por delante y que sería más patente en periodos posteriores al que nos interesa, la historia de Grecia no puede dejar de ser historia del pueblo griego.

Si la idea panhelénica de unos griegos divididos políticamente y en lo referente a intereses, unos griegos en matices diferentes entre sí, tiene algo de sentido como bandera propagandística y apoyatura ideológica que fue, y lo tiene, esa misma idea se nos convierte a nosotros ahora en un condicionamiento para nuestro quehacer por eso de que nos configura el objeto de estudio y nos lo impone. El ideal panhelénico presentaba al griego definido negativamente con respecto a quien no lo era, el bárbaro, y positivamente por unas notas que evidenciaban el tronco común, que era tanto así como decir el alma común: la misma lengua, pese a las modalidades dialectales diferentes; la misma religión, aunque en cada zona hubiera adquirido carta de naturaleza hegemónica algún dios especial o un santuario; el mismo sentir materializado en normas de conducta y en ideales de vida, muchas veces disimulados bajo apariencias disímiles, pero idénticos si se trasciende de lo meramente formal. Una historia de Grecia tiene que ser historia de este pueblo, íntegro, esté en cada momento donde esté, se encuentre en cada estadio de configuración en que se encuentre, porque reducir por imperativos geográficos supone historiar incompletamente y en pura pérdida.

Esto vale, es indiscutible, para la historia de los orígenes que aquí tratamos. Más abajo quedará suficientemente explicada la aparente paradoja de que una historia que debe ser por necesidad la de los más antiguos helenos conceda tanta importancia a culturas no helénicas, cuales la cicládica y la cretominoica. La andadura del pueblo griego comienza en Grecia y las islas inmediatas; pero vienen la expansión micénica y, más tarde, las diversas

oleadas de migración y de colonización que siembran de poblaciones y ciudades griegas regiones alejadísimas por oriente y occidente. Entre estos griegos de ultramar es mucha, y no desdeñable por lo tanto, la historia que se vive. Y así siempre, mientras Grecia fue Grecia. Muy lejos ya en el tiempo de lo que aquí tocamos, siglos adelante, un joven monarca grecomacedonio, iluminado y ambicioso, llevó lo griego hasta el solar de las viejas civilizaciones de oriente provocando, en curiosa simbiosis y sobre supuestos políticos nuevos, una pervivencia de lo helénico en los diversos reinos que surgen de su herencia imposible y, por imposible, rota. Esta es la historia verdadera de Grecia: la protagonizada por los griegos allá donde se encuentren, los del solar propio y los de la dispersión lejana. Una historia griega concebida restrictivamente carecería de sentido por su limitación, aparte el hecho adicional de que la Hélade nunca constituyó una unidad política y de sentir que fuera más allá de las notas comunes de lo helénico a las que me he referido. Lo dicho vale, debo insistir, para el complejo segmento de la historia primitiva, que es la que en este libro ensayamos. Sólo que para ella se añade la, por lo demás, espinosa cuestión de cómo el pueblo griego llega a formarse.

1.2. La fascinación de lo helénico

Vamos a introducirnos, efectivamente, a través de las páginas de este libro en un mundo fascinante. Mediata e inmediatamente. Los orígenes del pueblo griego constituyen pórtico de una historia del todo singular, pero esos mismos comienzos -todo lo que tiene que ver con los primitivos helenos, de la mano del mito y del misterio, aportan alto grado de atracción de la que es difícil sustraerse. Lo griego para nosotros, para el hombre occidental, es algo paradigmático. Si, lo mismo que el hombre en lo individual vive su ciclo y conserva referencias de momentos particularmente plenos y significativos de su existencia, también la humanidad sigue ciclos vitales colectivos y más amplios, la vieja Grecia es en nuestro caso uno de esos momentos de recurrencia. Siempre se hace literatura sobre lo que marca, sobre lo que impresiona. Grecia es, por lo dicho, tema literario y, como no puede ser menos, referencia de frases brillantes. El ingenio, el arrobamiento ante lo bello o lo grande y la hipérbole lapidaria no suelen aportar profunda doctrina, pero, cuando no engañan, acaban ofreciendo verdades quintaesenciadas. La antigüedad helénica sabe mucho de ello, y valgan de muestra algunas citas más o menos conocidas:

Grèce, la vertueuse, et fertile à merveille,
dont le monde n'avait ni aura sa pareille,

escribió Maurice Scève en la Francia del siglo XVI. Y en el siglo XIX inglés, en un discurso institucional de la Universidad de Cambridge, dijo sir Henry James Main:

> *Except the blind forces of Nature, nothing moves in this world which is not Greek in origin,*

sin duda con mucho de razón. Años atrás, un brillante poeta salido de aquellas aulas, el romántico que dejó su firma en los mármoles del cabo Sunión, Lord Byron, exclamaba:

> *Fair Greece! Sad relic of departed worth!*
> *Inmortal, though no more; though fallen, great!*

Grecia, la siempre vencedora por el espíritu, incluso cuando quedó sojuzgada por las armas, como se ha venido diciendo desde la *Graecia capta* de Horacio hasta este

> *L'hellénisme doit à la défaite totale de la Grèce de se repandre victorieusement en Orient et en Occident*

de un ensayista de hoy (el francés Dispot, en 1986), observación no por ya tópica menos ajustada.

Por seguir en la literatura de nuestros días, recordaríamos a Antoine Blondin, para quien, entre el desahogo y la oportunidad circunstancial de un texto escrito en 1982, la palabra "griego" podrá hacernos pensar en algún coronel golpista o algún tramposo mediterráneo, pero

> *le mot Grèce continue de porter tous les reflets flamboyants d'une civilisation.*

Es cierto que la estimación negativa del carácter griego se ha convertido en tópico no sólo al respecto de los modernos helenos, sino también de los antiguos. Ya los romanos hablaron de la *Graecia mendax*. Más cerca de nosotros, el dieciochesco Pierre Augustin Guys encontró similitud entre los griegos que él conoció y los descritos por los historiadores antiguos:

> *artificieux, vains, souples, inconstans, avides de gain, amateurs de la novauté, peu scrupuleux sur les serments.*

Pero nótese que en otro lugar dice:

> *Ce peuple, tout léger qu'il est, tout amateur de la novauté qu'on le représente avec raison, n'a pourtant jamais dépendu, comme nous, des caprices et de l'inconstance de la mode qui nous subjugue.*

Entonces y ahora, sabiendo lo que quieren y a dónde van, por encima de los defectos. Los logros de los antiguos bien conocidos son. El gran milagro griego; y el milagro no menos grande de la memoria del milagro.

> *Le miracle grec a duré cent cinquante ans, mais on en a rêvé pendant cinq ou six mille ans,*

ha escrito, ajustada, restrictiva y exageradamente a un tiempo, Claude Roy. La exageración es evidente: ¿de dónde saca el escritor francés esos cinco o seis milenios? La restricción me parece indiscutible: el milagro griego no se circunscribe a los decenios del periodo clásico –siglos V y IV a. C.–, y en este libro tocaremos la parte de ese prodigio que corresponde a muchas centurias antes, esa historia remontada que entronca en la fantasía primordial y en el mito. El acierto se comenta por sí solo: el mundo helénico sigue ejerciendo una gran influencia en el nuestro; continúa haciéndonos soñar. Quizá es que, de verdad, como ya vio de sí y de su tiempo el gran Shelley, a cuyo surco en esto fueron otros, entre ellos nuestro Zubiri, *we are all Greeks*, todos nosotros somos griegos, seguimos siendo griegos. Pero, si de fascinación hablamos, ¿cuál mayor que la provocada por ese momento histórico antiquísimo, ahora tangible, en el que los griegos se nos presentan instalados en la epopeya y hasta hermanados con los dioses?

1.3. El escenario geográfico

Ese mundo extraordinario, la gloria de Grecia –*the glory that was Greece*, que escribió Edgar Allan Poe–, surge muy pronto, pues el mundo micénico es ya verdadera maravilla, y lo hace paradójicamente de una tierra más que pobre y de unas circunstancias en gran medida difíciles. Alguien ha dicho que donde no hay facilidad ni abundan los recursos es preciso recurrir al ingenio y que la aventura griega es consecuencia no de otra cosa que del hambre. No seré yo quien lo niegue, si bien me preocupa lo que la idea tiene de excesivo simplismo. Y no lo niego porque es cierto que la geografía en la que se ha desarrollado la vida griega, mar y montañas, ha condicionado en gran medida actitudes y esfuerzos. Aislamiento entre montes e islas; tierras de labor escasas, y el mar, ese camino –así, *póntos*, lo llamaban los helenos– hacia un más allá hecho posibilidad o hecho esperanza. El griego se enquista políticamente; el griego evoluciona independientemente de zona a zona, aunque conserve un vínculo con su propia esencia; el griego emigra, navega, y se convierte en industrial y comerciante; y el griego es enemigo del griego porque la tierra y el mar le imponen barreras y le abren horizontes que les llevan a vivir de espaldas al otro y a caer en la tentación de inva-

dir las esferas de influencia del otro. No todo, pero sí mucho de la historia de Grecia, de los griegos mejor, se explica por los condicionamientos de la particular geografía de la que surgen y en la que transcurre gran parte de su vida como pueblo.

Me permito ahora un breve resumen de lo que era la geografía griega en la antigüedad, tanto en su realidad física cuanto en la climática. Era Grecia, lo sigue siendo, un país especialmente montañoso, resultado de plegamientos no del todo recientes, lo que da como consecuencia unas costas continentales muy recortadas y una gran cantidad de islas que no son otra cosa que las partes visibles de un suelo submarino tan accidentado como el de superficie. La tierra era pobre, aunque no tanto como en nuestros días, porque la masa boscosa superaba con mucho a la de la actualidad. Esto último contribuía a un superior régimen de lluvias y a frenar la erosión a que el terreno se prestaba y que más adelante haría auténticos estragos. El clima era, como lo es hoy, templado, pero un poco más húmedo, sin llegar a suponer para entonces cultivos marcadamente diferentes a los de ahora. Se daban variedades climáticas de región a región, según latitud, según altura y según distancia con respecto al mar; clima más extremado conforme mayores eran cada una de estas tres referencias, con todas las obvias combinaciones que cualquier complicación de factores hace posibles o inevitables.

El problema principal era la escasez de terrenos de labor, cosa que no deja de ser importante para cualquier pueblo, sobre todo cuando depende en alto grado de la agricultura, cual era el caso de los griegos de los periodos preclásicos. Ello tenía sus connotaciones sociales, inducía al aprovechamiento del terreno hasta el máximo posible, provocaba el desarrollo de la ganadería como compensación de la deficiente agricultura, empujaba hacia el mar, obligaba a procurarse como fuera nuevas fuentes de riqueza. Curiosamente, una región como Tesalia, en la parte norte de Grecia, que gozaba de las más extensas llanuras susceptibles de aprovechamiento agrícola, cereales sobre todo pero no en exclusiva, experimentó una notable tendencia al inmovilismo y a quedar fuera de la dinámica de búsqueda inquieta y de logros que caracteriza a la mayor parte de los griegos de otras zonas. Además, sus generosos pastizales eran muy apropiados para la ganadería, sobre todo caballar, lo que hacía de los tesalios grandes cuidadores y consumados jinetes.

Epiro y Macedonia eran zonas montañosas y relegadas, que no tuvieron significación especial en la vida griega hasta muy avanzado el periodo histórico, bastantes siglos después del momento en que ponemos cierre temporal al objeto de este libro. Regiones boscosas y de amplios pastizales, eran ricas en madera y en ganado diverso, mientras que la segunda de ellas, Macedonia, destacaba por algunos productos agrícolas propios de climas continentales, cereales y vid entre ellos y especialmente. Al sur de Tesalia, penetrando ya decididamente en la Grecia propia, se encuentra Beocia, de dilatadas

y fértiles llanuras en el valle del Cefiso, pero por lo demás montañosa; y muy parecido es el panorama que presentan al medio la Fócide, las Lócrides Occidental y Oriental y, más al oeste, la Etolia. En cuanto al Atica, la región-territorio de Atenas, situada al este en forma de península casi triangular, era una región seca y pobre, más adecuada para el cultivo del olivo que de otra cosa, pero contaba con algo de minería, especialmente destacable la plata del Laurión, que suponía para los atenienses un complemento más que necesario de los escasos recursos agrícolas. Las ciudades del istmo, Corinto y Mégara sobre todo, pero más aventajada la primera que la segunda, se encontraban en las puertas del Peloponeso, estratégicamente situadas, y a la mano mar y mar, el golfo Sarónico por el este y el de Lepanto por el oeste, lo que hizo de ellas paso y lugares de comercio marítimo. Rica pero limitada su agricultura, tuvieron pronto, como también Sición, sus ojos y sus afanes puestos en el mar.

Muy montañosa y sin salida al mar, la región de la Arcadia, en la parte central del Peloponeso, presenta un caso típico de relegación inmovilista, ya que sus habitantes hablaban un dialecto diferente y aislado de los que les rodeaban por los cuatro costados –algo del fenómeno explicarán estas páginas–, y no sólo eso, sino que mantuvieron formas de vida muy poco evolucionadas y vivieron en gran medida al margen del dinamismo histórico, no excesivo pero sí superior, que experimentó el resto de la península peloponesia. Estos arcadios vivían en sus montañas más como ganaderos que como agricultores, que a tal cosa les forzaba claramente su país: las laderas de los altos y algunas llanuras de ricos pastizales. Lejos de cualquier empresa de envergadura y de modernización, Arcadia no ambicionó más; o no encontró ocasión de más. En su torno, la Acaya por el norte, la Elide en el noroeste, la Mesenia al suroeste, la Laconia en el sureste y la Argólide y región del istmo de Corinto en el nordeste, ofrecían un panorama muy diferente, con más rica agricultura, mucho olivo, mucha vid, mucho cultivo arbóreo y, donde era posible roturar, cereales. Algunas zonas eran particularmente fértiles, dentro de los niveles limitados con que el suelo griego se ofrecía.

Las islas por lo general producían vid, olivo, frutales, grano y pastizales para la ganadería. No faltaban sin embargo las que, más pobladas de bosque, daban madera abundante o las que ofrecían metales, mármol y otras piedras, y aquéllas que por su suelo volcánico eran adecuadas, por encima de la media, para la uva de calidad. La situación de muchas de ellas en rutas marítimas importantes marcó la vida y planteamientos de sus habitantes, cual es el caso de Creta en el camino de Africa, de Rodas junto a Asia Menor y, sobre todo, de la excéntrica y particular Chipre, en el extremo oriental del Mediterráneo, emporio entre Asia y el Egeo, aparte de monopolizadora práctica del cobre que se producía y consumía desde el tercer milenio.

En esta geografía, en esta generosidad limitada, en estas dificultades de entorno físico viven los griegos. Aquí surgen poco a poco a la historia, en un

proceso lleno de atractivo y de misterios, cuyas primeras etapas intentaré recomponer en estas páginas. De aquí parten los que emigran. Este es el condicionamiento que con su esfuerzo aprovecharán y superarán los griegos de nuestra historia, y más todavía, por descontado, los de los periodos posteriores.

2.

Periodología arqueológica de la Edad del Bronce en el Egeo

Los antiguos griegos de época histórica conservaron memoria precisa de la ubicación de sus centros míticos, no sólo de aquéllos que habían tenido continuidad de habitación, sino también de los que, abandonados, el tiempo se encargó de arruinar y sepultar. Y, por supuesto, sabían muy bien dónde estaba la heroica Troya. Otras ruinas tuvieron más suerte, pero no las troyanas. Durante el medievo y luego la modernidad se ignoraba ya la exacta localización de la ciudad cantada por Homero. Los viajeros, los estudiosos y en general los aficionados a las cosas antiguas del siglo XIX, siguiendo una especulación de Jean Baptiste Le Chevalier, estudioso anticuarista francés del siglo XVIII, creían que los restos de la vieja Ilión yacían bajo la tierra de Binarbasi, en la Turquía asiática, a unos diez kilómetros de la boca de los estrechos que dan paso al Mar Negro desde el Egeo nordseptentrional. Se suele atribuir a Henri Schliemann, un arqueólogo alemán no profesional y hombre de nogocios adinerado, la identificación de Troya en la colina de Hissarlik, no lejos de Binarbasi, aunque más cerca del mar, y la práctica de las primeras excavaciones en el lugar. Alguien hizo antes lo uno y lo otro: el cónsul británico Frank Calvert, que había llegado a comprar una gran parte de superficie de aquel cerro restallante de antiguas ruinas y, como recientemente se nos ha dado a conocer, abrió unas catas con bastante buèn sentido (Allen: 1995). En el verano de 1868 Calvert convenció a Schliemann de que no procedía excavar en Binarbasi, sino en sus propios terrenos de Hissarlik. Y el alemán, un enamorado de los poemas de Homero, se dispuso a hacerlo.

2.1. Un tiempo histórico para el tiempo mítico

Cuando Schliemann se presentó en la colina de Hissarlik para desvelar lo que contuviera, seguro ya de que en ella iba a encontrar la Troya cantada por Homero –corría octubre de 1871–, los estudiosos de la Grecia primitiva no contaban, para profundizar en la antiquísima historia de los orígenes, la de la edad heroica, más que con los poemas homéricos, los mitos y las tradiciones helénicas posteriores. Un caudal, por otra parte, difícilmente interpretable a la sazón. No había otra cosa, no se podía saber sino lo que de este peculiar material se desprendía. Los griegos históricos, los de las épocas arcaica y clásica, tampoco sabían gran cosa de su remoto pasado. Pero tras las excavaciones y estudios de Schliemann, y a pesar de sus errores identificatorios y de interpretación, excusables en un pionero que era además aficionado, quedó abierta una vía de información insospechada que revolucionaría el conocimiento de esta prehistoria helénica, dándole a lo que antes no era sino tiempo de mitos, unas culturas materiales tangibles y, sobre todo, un esqueleto cronológico sobre estatigrafías hasta cierto punto fiables. No se trata sólo de lo que el animoso alemán encontró en Troya entre 1871 y 1873 –excavaría allí de nuevo más tarde–, sino también de los elementos de cultura material que surgieron de los trabajos arqueológicos en Micenas, 1876, y en Orcómeno, 1880. A establecer una cronología relativa y absoluta sobre aquellos materiales totalmente nuevos, típicos de lo que denominamos Edad del Bronce, se aplicaron los seguidores de Schliemann, ya profesionales, su compatriota Dörpfeld, el griego Tsountas y, de muy especial manera, el británico Evans aprovechando las evidencias de sus propias excavaciones en Cnoso, Creta, en los años del salto de siglo. Gracias a ellos y merced a los estudios arqueológicos, la Grecia nebulosa del remoto pasado mítico recobraba un tiempo real y una consistencia histórica de los que con anterioridad carecía.

La armazón cronológica, que todavía damos por suficientemente válida, sobre la base de la evolución de la cultura material y los niveles arqueológicos, y que es resultado de conexiones y paralelos con elementos de civilizaciones mejor conocidas, se debe fundamentalmente a Evans. Sobre ella se han ajustado la mayor parte de los excavadores e historiadores posteriores y, aunque presenta algunas debilidades más o menos evidentes que tendremos ocasión de ver, todavía ofrece unas referencias de cierta solidez, o al menos utilidad convencional, que explican, salvas sean las excepciones, que no haya sido desechada, antes bien, respetada, completada y sólo modificada en el detalle. Tienen ciertamente algo de artificial sus triparticiones tripartitas, que no responden del todo a una ajustada interpretación de las secuencias arqueológicas de los yacimientos egeos, sino que más bien se establecen sobre el proceso evolutivo de unos estilos cerámicos de rasgos locales, sin tener en cuenta que una evolución variable de sitio a sitio, ten-

dente al conservadurismo y que admite los desarrollos paralelos, puede ser engañosa. En resumidas cuentas, Evans y sus seguidores nos pusieron en mano, con variantes de detalle, esta cronología de las civilizaciones minoicas de Creta en la Edad del Bronce:

Minoico Antiguo (EM)
I 3000 ⟶ II 2800 ⟶ III 2400 ⟶

Minoico Medio (MM)
I 2100 ⟶ II 1900 ⟶ III 1750 ⟶

Minoico Reciente (LM)
I 1580 ⟶ II 1450 ⟶ III 1400 ⟶

Subminoico
1200-1100

Las variaciones de autor a autor –hasta Doro Levi y Nicolás Platón excluidos, pues ellos no aceptan el cuadro de Evans– han sido mínimas en lo que se refiere a fechas, respetando el esquema fundamental y tendiendo a un cierto rebajamiento general de la cronología. Corresponde a Matz una fijación temporal de los diferentes periodos y subperiodos, respetuosa con lo esencial del esquema de Evans, pero muy correctiva en lo que atañe a tiempos absolutos. Esta propuesta de Matz ha tenido cierta fortuna, aunque hoy está en franca revisión.

Minoico Antiguo (EM)
I 2600 ⟶ II 2300 ⟶ III 2150 ⟶

Minoico Medio (MM)
I 2000 ⟶ II 1900 ⟶ III 1700 ⟶

Minoico Reciente (LM)
I 1570 ⟶ II 1500 ⟶ III 1425 ⟶

Subminoico
1150-1050

Sobre este esqueleto cronológico, basado en las conclusiones de Evans y más o menos retocado después, los estudiosos de la arqueología cicládica y de la de Grecia continental montaron sus propios cuadros, que imbricaban en paralelismo perfecto las secuencias culturo-arqueológicas de las

tres zonas: Creta, las Cíclades y el continente heládico. Se añadieron también los desarrollos exigidos por los apretados cambios que sugerían las fases últimas del Bronce en los yacimientos del continente. Completando el montaje con las cronologías de Troya, establecidas por Dörpfeld y precisadas por Blegen y otros estudiosos, y quizás de los yacimientos chipriotas, y utilizando a veces como referencias útiles las secuencias históricas orientales, especialmente las de Egipto, los diferentes autores han propuesto cuadros variados, en detalle distintos, pero articulados sobre y en torno a la carpintería de los periodos tripartitos de Evans y de quienes los aplicaron a otros ámbitos culturales de mayor o menor relación.

2.2. Una propuesta simplificada e instrumental

Armonizando los esquemas de diferentes autores y teniendo en cuenta las precisiones concretas que los últimos trabajos fuerzan a admitir, he compuesto un cuadro bastante simple, que ofrezco aquí con todas las reservas para facilidad de los lectores de este libro, pero en la seguridad relativa que da el consenso de muchos, al menos para sus partes. Las dudas de cronología para algunos periodos y subperiodos son, hay que reconocerlo, serias. Toda cura en salud queda desde luego justificada, porque los análisis fisicoquímicos no dejan de aportar datos, si bien muchas veces son más desconcertantes que asumibles. De cualquier manera, contamos para el conjunto, aunque sea posible decir lo mismo para los detalles, con suficiente apoyatura para las dataciones que, en aceptación casi general, se han venido manejando, gracias a los resultados de aplicar métodos varios de laboratorio, los del carbono 14 y otros. Ello es así incluso para la delicada secuencia temporal de periodos y subperiodos de la época micénica avanzada (Manning-Weninger: 1992). El cuadro recoge los periodos tradicionales con revisiones particulares de las dataciones absolutas conforme al máximo grado de verosimilitud y autoridad, y vuelve, como ahora se tiende, a la cronología alta para el comienzo de la Edad del Bronce en el Egeo. En la columna relativa a Creta se añade, muy simplificada, exclusiva alusión marginal, la periodología de Levi y de Platón. La secuencia histórica de Egipto cierra el cuadro como precisa referencia enriquecedora. Con toda esta composición se pretende ofrecer un instrumento que facilite la ubicación temporal y las relaciones pertinentes de cuanto más adelante se diga del periodo del Bronce egeo; que, por comodidad y por exigencias de lo que es un lenguaje o código común, habremos de seguir utilizando los elementos de la periodología tradicional, cual ha quedado expuesta. Instrumento no más que aproximado y orientativo, el cuadro anejo busca el número redondo y una concreción prudente y verosímil donde a la fecha existe alguna clase de controversia. Evidente-

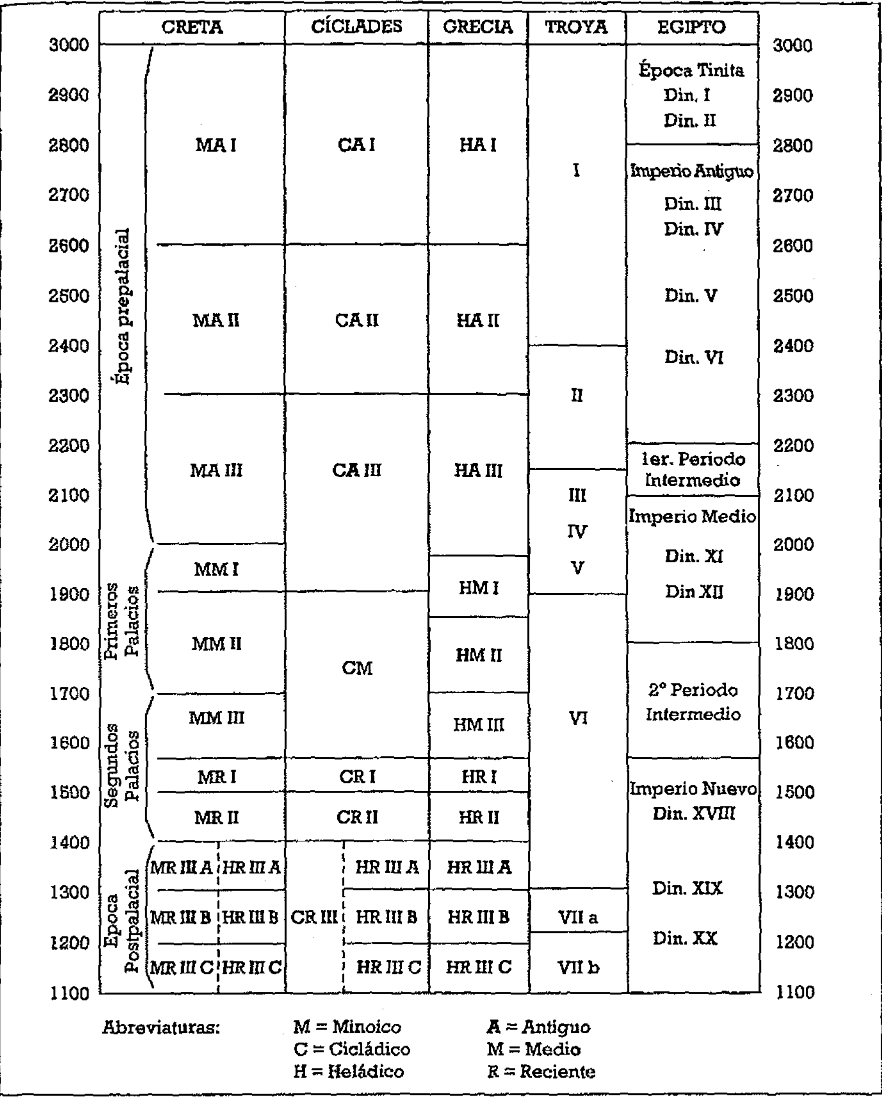


Figura 2.1. Cuadro periodológico.

mente la propuesta tiene su dosis de artificio, por lo demás nunca arbitrario, y provoca interrogantes, pero son cosas inevitables en cualquier intento de sinopsis cronológica. Las referencias a pormenores o a puntos de discusión tendrán su propio lugar más adelante.

3.

El problema del surgimiento del pueblo griego

3.1. ¿Llegada? ¿Formación?

Los especialistas han intentado tradicionalmente responder a la pregunta de cuándo llegan los griegos a Grecia. El problema quedaba planteado como una cuestión sobre el momento y circunstancias en que se produce la incursión de los griegos en la geografía de los Balcanes meridionales que constituiría su principal solar histórico. Hay autores, sin embargo, que expresamente han rechazado la pertinencia de la formulación tradicional, la de cuándo arriban los griegos a Grecia, porque hablar de llegada y buscarle ocasión y una cronología que no repugne ni frente a la secuencia arqueológica ni ante los datos lingüísticos, supone admitir siquiera sea implícitamente la existencia de una invasión o migración masiva unitaria de grecohablantes; y hay quienes no están dispuestos a aceptarlo. Un doble hecho resulta claro y es por todos admitido: primero, que hay evidencia de lenguas no griegas antiquísimas que han dejado su huella en la Hélade y sus aledaños insulares y se conservaron por bastante tiempo, cual ocurrió por ejemplo en Creta, y segundo, que en el Heládico Reciente el griego estaba ya en uso en varios archivos palaciales de la citada isla y del continente, como en su momento se dirá. Si es el pueblo griego –hablante de la lengua que lleva su nombre y que se documenta en la última Edad del Bronce y posteriormente, en época plenamente histórica, bajo diversidad de formas dialectales– quien constituye el objeto de una historia de la antigüedad helénica, como ya quedó dicho,

podemos legítimamente preguntarnos cuándo aparece este pueblo en la tierra que básicamente será la suya en época histórica o, dicho de otro modo, cuándo es posible decir que es griego, o habla lengua griega, mejor, el grupo humano cambiante de la secuencia cultural que revela la arqueología de la prehistoria y la protohistoria egeas. Cómo se deba proponer la pregunta depende en cierta medida de las respuestas buscadas. Los partidarios de una migración, violenta o no, admiten la cuestión de cuándo llegaron los griegos a Grecia, es decir, en su formulación tradicional; quienes prefieren hablar de una conformación paulatina de la lengua helénica en la propia Grecia, convencidos de que la evolución cultural que revelan los distintos niveles arqueológicos no supone en ningún momento la llegada masiva de nuevas gentes, sólo admiten la pregunta de cómo se formó el elemento griego hasta dar en lo que fue cuando lo tenemos plenamente documentado. Las teorías han sido varias al respecto y los argumentos, observaciones e hipótesis puestos en juego, muchos. Expondré las más importantes propuestas con la brevedad a que nos vemos obligados.

3.2. Teorías

3.2.1. Explicaciones por invasión

Descifrada, cual en su lugar diremos, la escritura de los archivos palaciales del Heládico Reciente y reconocida la lengua subyacente como una forma muy arcaica, pero evidente, de griego, nuestros pioneros de los años cincuenta no tuvieron sino que tomar el cuadro periodológico de Evans y de quienes lo complementaron para las culturas del continente y señalar el inicio del Heládico Medio, hacia 1900 a. C., como fecha probable de la llegada a Grecia de los primeros grecohablantes. La cerámica característica de dicho periodo, la llamada minia o miniana, habría llegado de la mano de los griegos inmigrantes o invasores, y a través de sus vestigios se podría detectar la presencia y expansión de los más antiguos hablantes de lengua helénica. Allí donde usaban cerámica miniana había ya griegos, era la tesis. Se trata de una típica alfarería bruñida, gris por lo normal, con ciertas pretensiones de imitación metálica, que recibió el nombre susodicho porque apareció por primera vez en las excavaciones de Schliemann en Orcómeno, el centro mítico del pueblo de los minias y del rey Minia, su epónimo. La idea de que esta típica cerámica del Bronce Medio marca la llegada de los primeros griegos en torno a 1900 a. C. no era nueva. Había sido formulada, siguiendo intuiciones anteriores de Gordon Childe, por los especialistas Haley y Blegen bastante antes del desciframiento de la escritura micénica (Blegen-Haley: 1928). Una vez efectuado éste, Blegen se reafirmó en la propuesta y

la siguió defendiendo. Tiene mucho esta hipótesis de teoría tradicional, pues ha sido aceptada sin reservas por bastantes autores y casi invariablemente por los de síntesis manuales de escasa crítica. La verdad es que no deja de tener su dificultad, porque la cerámica minia parece no ser sino desarrollo local en varios yacimientos y porque el verdadero corte arqueológico –y es una de las deficiencias del cuadro periodológico que tiene el de Evans como base–, el corte que podría suponer en todo caso y en bastantes lugares, sin que lo afirmemos, llegada de nuevas gentes se encuentra entre el Heládico Antiguo II y III, no entre el Heládico Antiguo III y el Heládico Medio I. De ahí que no faltara quien muy pronto, como Schachermeyr, sin dejar de creer en la existencia de una invasión, no relacionara con ella el nuevo elemento cultural de la cerámica miniana (Schachermeyr: 1954, col. 1468), o quien, como el especialista británico Caskey –él detectó en sus excavaciones de Lerna y en la secuencia de otros lugares dónde estaba el auténtico corte arqueológico, a saber, entre Lerna III y IV, no entre IV y V de su propia estratigrafía–, negara expresamente que el inicio del Bronce Medio y la aparición de la cerámica que se tiene por típica del periodo, la miniana, tuvieran relación con invasión alguna y concluyera que la probable arribada de nuevas gentes hubo de ocurrir con el final del Heládico Antiguo II y el inicio del III (Caskey: 1960, 1971, 1973 b). Sólo faltaba un paso para la asunción explícita de que los recién llegados del Heládico Antiguo III, cronología absoluta de en torno a 2000 a. C., eran los *primeros griegos*, que es lo que algunos autores comenzaron a defender.

Dentro de la misma idea de que hubo inmigraciones importantes masivas y unitarias durante la Edad del Bronce se enmarcan las tesis de Palmer y Drews, lingüísta el primero e historiador el segundo; teorías las suyas sólo parcialmente coincidentes y muy diversamente basadas. Palmer formuló la interpretación, airosamente defendida por él y compartida por Heubeck y pocos más, de que hacia 1900 quienes entraron en Grecia no fueron todavía los griegos, sino otros pueblos de la familia indoeuropea, vinculados lingüísticamente a gentes no griegas bien conocidas en Asia Menor y portadores de los sufijos en *-ssos* y *-nthos* que se nos documentan en algunos nombres geográficos. Ya el lingüista Kretschmer había relacionado el sufijo en *-ssos* con formaciones luvitas atestiguadas para concluir que hubo una incursión de pregriegos de esta familia antes de la llegada de los propios helenos a Grecia (Kretschmer: 1925). Lo que haría Palmer sería situar en la secuencia arqueológica esa primera invasión. Los griegos, en esta interpretación del helenista británico, habrían llegado más tarde, entre el Heládico Medio II y III, hacia 1.700 a. C., donde se detecta otro corte arqueológico de significación. Aun descansando en las apoyaturas arqueológicas dichas, las razones de esta teoría son de índole exclusivamente lingüística, como lingüistas son sus sustentadores, y lo que se pretende no es otra cosa sino explicar

algunos fenómenos de sustrato que recuerdan mucho a particulares de hablas indoeuropeas anatolias, en especial el luvita (Palmer: 1965, p. 321 ss). Para este estudioso la hipótesis luvita se convirtió en una de las recurrencias de su investigación. Esta teoría encuentra, sin embargo, la resistencia decidida de la gran mayoría de los especialistas sobre la cuestión, por arriesgada y escasamente fundada.

La faz cultural de Grecia cambia espectacularmente en el periodo Heládico Reciente, como es bien sabido. Chadwick, que cree en una llegada de los griegos a la Hélade anterior al siglo XIX a. C., niega que la nueva cultura tardoheládica que se inicia en torno a 1600 a. C. provenga de una penetración de inmigrantes; afirma, bien al contrario, que las novedades no tienen que ver con movimientos de pueblos, sino con una fortísima influencia cretense (Chadwick: 1977, p. 24). Precisamente esto que el británico rechaza es lo que el historiador norteamericano Drews asume y argumenta como hipótesis defendible. Entiende este autor, precisando y enriqueciendo ideas adelantadas alguna vez por Palmer como segunda parte de su teoría luvita y por otros autores, que no hay griegos propios, aunque pueda haber indoeuropeos pregriegos, en la Grecia del Bronce Medio I y II, y que los primeros, llegados a Grecia en torno a 1600 a. C., son los de la cultura micénica, los poderosos señores –dinastía dice él– del carro de guerra y las tumbas de fosa de Micenas de la centuria siguiente (Drews: 1988). Llevando la contraria a los defensores de la continuidad, piensa Drews que no es posible alcanzar la opulencia y estructura social que revela la cultura de las tumbas de fosa por simples evolución y progreso desde la retrasada etapa del Heládico Medio.

3.2.2. Explicaciones por penetración paulatina

El arqueólogo e historiador británico Hammond, coincidiendo en sus apreciaciones básicas con Marija Gimbutas, popularizadora y generalizadora de esta hipótesis, propuso que los griegos o, para ser más precisos, los hablantes de lengua griega penetran en Grecia mediante unos movimientos lentos a lo largo de la Edad del Bronce Antiguo y Medio, no por lo tanto en momentos concretos, y que esta inmigración paulatina resulta arqueológicamente detectable por la expansión de un tipo de sepultura de túmulo, los de la cultura kurgan, que es posible rastrear en Macedonia, Epiro, Tesalia, hasta la Grecia central y el Peloponeso, es decir, de norte a sur. En la época micénica o heládico Reciente ya serían de habla helénica los habitantes de la Grecia palacial, como demuestran las descifradas tablillas de los archivos (Hammond: 1973, c. 1 y 2). Este autor británico compagina y complementa su interpretación de los hechos arqueológicos con una serie de observaciones sobre las viejas tradiciones griegas de orígenes que nos han llegado tra-

badas en el caudal variopinto del mito, y con una actitud concreta ante los hechos de la diferenciación dialectal lingüísticamente considerados. Pero ni la dialectología griega ha dicho su última palabra, ni el mito deja de ser de problemático aprovechamiento, ni la realidad arqueológica aducida es elocuente en el sentido que se pretende, por lo que la tesis de Hammond pierde valor en los detalles, siendo así que son los detalles lo que la configuran. Es cierto que tiene la ventaja de superar la idea simplista de que un cambio cultural es efecto de una invasión o penetración subitánea de gente nueva, pero no deja de relacionar elemento material, lengua y nuevo pueblo, desde el momento en que ve, a través de la costumbre de enterramiento en túmulos, la llegada a la Hélade de gentes foráneas, aun en paulatina y lentísima penetración, llevando consigo y al final imponiendo una modalidad lingüística diferente, la griega.

La conclusión de Hammond, que es básicamente de fundamentación arqueológica, tiene en su vertiente lingüística un cierto precedente en la vieja teoría del indoeuropeísta Kretschmer sobre la formación de las diferentes lenguas por olas de difusión a lo largo del tiempo y del espacio, y un seguidor parcial en el británico Hooker, al menos en el meollo de la idea, contraria a la existencia de una invasión. Hooker partió precisamente de las ideas lingüísticas de Kretschmer para concluir que los griegos no entraron en la *Hélade en un momento* determinado, *sino* que se dio una gradual difusión de los hablantes de griego y una ulterior helenización de los pregriegos, lo que supone que el elemento que llamamos griego para época histórica, lengua y pueblo que la habla, surge de una penetración, integración, evolución y formación que tuvo lugar en proceso de mucho tiempo (Hooker: 1976 b y 1976 a, c. 2), opinión que parece ha seguido manteniendo a juzgar por sus refutaciones posteriores de las tesis defendidas por otros (Hooker: 1989). Aclaremos, de todos modos, que el hecho de que Hooker se fundamentara en la teoría de las olas de difusión de Kretschmer no supone que el fallecido estudioso inglés tuviera en el destacado lingüista centroeuropeo un precursor, pues éste no se había cuestionado la llegada a Grecia en un momento dado de un grupo de hablantes de griego hecho en otro lugar. Tanto Hammond como Hooker, y lo mismo podríamos decir de otros autores, niegan que los grecohablantes que vemos ya asentados en la Grecia posterior surgieran de un movimiento unitario y único que quepa situar en una ocasión temporal determinada.

3.2.3. Teoría de la autoctonía

En 1973, aunque sobre avances propios anteriores, dos arqueólogos también británicos dieron a conocer una hipótesis, elaborada en paralelo e independientemente, pero expuesta y discutida *a simultaneo*, que supone quizá

llevar a sus últimas consecuencias la idea de una formación paulatina de lo griego y el rechazo de toda invasión o llegada masiva. Estos dos investigadores, French y Renfrew, entienden que los griegos no entran en Grecia en ningún momento de la Edad del Bronce ni a lo largo de ella, sino que estaban allí desde tiempo inmemorial, al menos desde la época neolítica. Y se basan en que no hay evidencia de inmigración durante el Bronce Antiguo y el Bronce Medio, mientras que sí la hay de evolución cultural *in situ*. Es lo que Renfrew ha llamado "modelo de desarrollo autoctónico", y acéptese este último término, que recoge un original tampoco existente en inglés académico (Renfrew: 1973). Las conclusiones de French son, en resumidas cuentas, que es preciso disociar la cuestión de la llegada de los griegos de la cerámica minia, que es imposible una invasión entre el Heládico Antiguo II y III, ni de griegos ni de anatolios luvitas, y que lo más sensato es profundizar en la hipótesis de que lo que aquí se produce es un proceso cultural desde época neolítica cuando menos (French: 1973). Por su parte Renfrew, que es más que French el padre de la teoría, porque le da más consistencia, ha estudiado el problema intentando componer datos arqueológicos y lingüísticos en un repaso de todas las hipótesis manejadas, tanto en los apoyos que todas tienen cuanto en las objecciones de que son susceptibles. Rechaza todas las teorías que presuponen que los grecohablantes llegaron de fuera coincidiendo con alguno de los cortes y cambios que revela la secuencia arqueológica. En primer lugar, por un principio de carácter general: la historia demuestra, viene a decirnos, que toda innovación cultural no supone, ni mucho menos, un cambio de lengua. En segundo lugar, por observaciones concretas sobre la realidad arqueológica que, en su opinión, dificultan la idea de una migración masiva. Renfrew concluye que los hablantes de la lengua griega no llegaron en un momento dado de la Edad del Bronce. Para él, el griego se desarrolló en Grecia por evolución de una lengua más antigua de la familia indoeuropea, llamémosla el protogriego; una lengua que estaba ya en la Hélade desde antes de que se iniciara desde un Neolítico remontado, a saber, desde el VI milenio a. C., cual se desprende de la consideración que hace del fenómeno dentro del más general, y obviamente relacionado, de los movimientos indoeuropeos (Renfrew: 1987). El pretendido sustrato pregriego, pervivente en algunos topónimos, puede deberse en esta teoría no sólo a otras antiquísimas lenguas diferentes desaparecidas con el tiempo, sino también, en parte, a restos de estadios de evolución antiguos de esa misma lengua que acabaría por abocar al griego histórico; fósiles atávicos, anteriores a la Edad del Bronce, en cualquier caso.

3.2.4. Una propuesta aberrante

Así están las cosas, sugeridas a gruesos trazos, con respecto al problema que tratamos; y aun más confusas, si se tiene en cuenta la perturbadora

teoría de que los griegos entraron en Grecia al final de la Edad del Bronce, en torno a 1200 a. C., cuando la destrucción de los palacios micénicos, que, en esta hipótesis, articularían una sociedad no griega. Pero, ¿no estaban escritas en griego las tablillas de contabilidad de los palacios antes de dicha fecha? Según el austriaco Hampl, uno de sus sustentadores, sí (Hampl: 1960); según Grumach, más equivocada pero coherentemente, no (Grumach: 1968-1969). Que las tablillas recogen textos en lengua griega hoy no puede discutirse, y admitir este hecho suponiendo que los griegos no están todavía en Grecia encuentra escasa, por no decir nula, justificación. Ni siquiera la sugerencia de Hampl de que la burocracia palacial griega era mecanismo de control de una minoría dominante sobre un pueblo no helénico, su modo de salvar la inconsecuencia, resulta del todo convincente.

3.3. Cuestión a la fecha sin respuesta

Prescindiendo de esta última postura, insostenible, a pesar de los equilibrios del austriaco para su peculiar variante, las tesis tan brevemente repasadas quedan reducidas a dos: la de que el elemento que será griego en época histórica estaba ya en Grecia, se ha formado en Grecia por evolución *in situ*, esa es la primera, y, la segunda, la de que los griegos han ido entrando, por filtración o por inmigración masiva a lo largo de la Edad del Bronce, especialmente desde finales del Heládico Antiguo. Estas posturas han hecho correr mucha tinta en polémica de varios frentes en cuyos detalles nos perderíamos, y por eso no desciendo a ellos –minucias lingüísticas, arqueológicas y también míticas, muy confusas y discutidas–, polémica que no lleva visos de terminar, dado que los factores decisivos para la solución faltan, pero no autores dispuestos a reflexionar y hacer propuestas sobre el particular. Habría que decir, breves pero únicas posibles conclusiones: 1°) que es posible, hasta probable, la existencia en el escenario griego de alguna lengua anterior e incluso que haya dejado vestigios, pero no contamos con elementos bastantes para fijarla, identificarla y concluir, además, si se dio más de una; la pluralidad de substratos –hasta cuatro; el griego en esta hipótesis constituiría el estrato quinto– en que antes creían los lingüistas carece de fundamento (Villar: 1991, p. 386 ss); 2°) que, sobre la base de que el desciframiento de la documentación de los archivos micénicos es válida, la del Bronce Reciente era una Hélade de griegos o, de otro modo dicho, que la civilización micénica es griega; y 3°) que no es arriesgado afirmar también que los habitantes de Grecia durante el Bronce Medio fueran griegos; unos griegos de lengua en estadios tanto más arcaicos cuanto más nos remontemos en el tiempo. Y antes de esto lo que tenemos es el problema, tal como hemos visto que se discute; una cuestión en torno a la cual están todavía las espadas en alto, insis-

to, y a la que no hay forma de dar respuesta satisfactoria para todos por falta de argumentación decisiva. No es el único problema insoluble hoy por hoy con que nos encontramos para el periodo de que esta síntesis trata, lo que es normal en las siempre complicadas y evanescentes historias de orígenes.

4. Civilizaciones no griegas del Egeo

4.1. Por qué unas culturas no helénicas en una historia de los griegos

Al tratar el problema de la aparición de los hablantes de griego en la Hélade, hemos visto, siquiera sea indirectamente, la dificultad que existe para atribuir unas culturas materiales concretas a los hablantes de modalidades lingüísticas determinadas, y en particular a esos indoeuropeos pregriegos, sobre cuya presencia en forma de sustrato tanto se ha escrito y discutido. Si es cierta la tesis de que los antecesores directos de los griegos históricos radicaban ya en Grecia desde época remotísima, anterior a la edad de los metales, no cabe atribuir los niveles arqueológicos del Bronce Antiguo, ni siquiera los neolíticos, a pregriegos indoeuropeos o no indoeuropeos. Esto en la Grecia propia. No ocurre lo mismo en las Cíclades y en Creta, donde se desarrollan y evolucionan unas civilizaciones específicas, con seguridad anteriores a la helenización tardía de estas islas. Si tienen algo de presencia, bien justificada, en una historia del pueblo griego, no siendo protagonizadas por griegos, es por la influencia que, como precursoras y a través de préstamos, tendrán en la realidad helénica del ámbito continental y porque ocupan un espacio vital propicio a la expansión del pueblo griego en la última parte del Bronce Reciente, llegándose, según zonas y según momentos, a la suplantación en ocasiones, pero por lo general a la integración o a la coexistencia. De este enriquecimiento de la civilización griega del continente a partir de elementos desarrollados en las islas y de su ulterior expansión a las propias islas se tratará más adelante en adecuado lugar.

Hay restos paleolíticos en el continente, si bien escasos, no así en las islas. Pero no es en la Grecia propia, con más historia detrás, donde surgen las que podríamos tener por culturas preparatorias de la que, andando el tiempo, desarrollarán y expandirán los griegos en el Bronce Reciente, sino en las Cíclades y en Creta. Es verdad que los avances técnicos del Neolítico heládico suponen un bagaje en evolución constante que recibirán y superarán las gentes del Bronce en la Grecia propia; pero hay cuatro elementos fundamentales cuyo origen no es otro que las islas: la navegación, el comercio a distancia, la organización palacial y el preciosismo cultural; los dos primeros, herencia de las Cíclades del Bronce Antiguo y, a su remolque, de Creta, y los dos segundos, legado de la Creta del Bronce Medio y de los comienzos del Reciente. Sin estos cuatro logros de ultramar las gentes heládicas no habrían alcanzado, por exclusivo estímulo propio, la indiscutible grandeza de la civilización micénica del último Bronce. Esto no quiere decir que algunos elementos de las culturas neolíticas de Grecia, las de Dímini y Sesklo en especial, no merezcan también la calificación de precursores.

4.2. Cíclades

4.2.1. Neolítico

En lo que ahora se sabe de cierto, las Cíclades se encontraban deshabitadas mientras la Grecia continental conocía el Paleolítico, el Mesolítico y las antiguas etapas del Neolítico. Los primeros habitantes de las islas, de procedencia minorasiática tal vez –las tradiciones griegas posteriores les tenían por carios (Heródoto I, 171, 2 y Tucídides I, 4)–, se encuentran ya en un neolítico avanzado. Importante es el hábitat de la época investigado en Saliagos (Evans-Renfrew: 1968), islote situado entre las más extensas islas de Paros y Antíparos, uno de los primeros yacimientos descubiertos junto con los de la más occidental isla de Ceos, especialmente el de Kephala. Aparecieron después hallazgos de la época en Naxos y en algún que otro punto localizado, como Mykonos y Amorgos. Poco más, quizá porque las excavaciones han sido y siguen siendo escasas. Prescindiendo de atender a detalles de la cultura material, no uniforme, del Neolítico en las Cíclades, diremos que sus gentes conocían los poblados fortificados, cual evidencia el hábitat de Saliagos, un precedente de las poblaciones defendidas de la Edad del Bronce, y que explotaban canteras comercializando el producto, pues hay hallazgos de obsidiana de Melos en estratos neolíticos de Creta y otros lugares (Renfrew-Cann-Dixon: 1965). Todo esto supone por una parte necesidad de garantizar la seguridad de los poblados, con todo lo que ello significa, y una superación, en desarrollos técnicos y relaciones, de la simple vida agrícola que

caracteriza al puro Neolítico. Llama la atención que los isleños del Neolítico Reciente hubieran llegado a ser capaces de explotar yacimientos mineros y de practicar una incipiente metalurgia.

4.2.2. Cicládico Antiguo

Durante el tercer milenio a. C., las Cíclades entran en la Edad del Bronce antiguo mediante un proceso evolutivo en continuidad. Los datos arqueológicos con que contamos para este periodo son mucho más generosos, porque los yacimientos explorados superan en número a los de la etapa anterior. Aunque de muy antigua excavación, si bien con controles recientes, el poblado de Phylakopi, en la costa norte de Melos, es un yacimiento fundamental, porque ofrece una elocuente estratigrafía puesta en valor desde los últimos años del siglo pasado gracias a la investigación sistemática de que fue objeto (Atkinson et alii: 1904). Su secuencia de niveles permite articular en cierta medida los datos más parciales que aportan otros yacimientos, sea Pelos, en la propia citada isla, Ceros, Siphnos o los más importantes de Chalandriani, en Syros (Caskey: 1964 b), Naxos (Treuil: 1983) y Ceos, entre ellos el interesante de Hagia Irini en la última isla citada, excavado hace años por Caskey y sus colaboradores de Cincinnati (Caskey: 1964 a). Los datos arqueológicos obtenidos por estas y posteriores excavaciones nos permiten saber que los isleños conocían los hábitats reforzados o fortificados, de los que Phylakopi y Chalandriani son respectivamente buenos ejemplos, y que tenían un urbanismo de disposición en calles y viviendas de piedra, tanto de paredes curvas como rectas, por lo general de dos habitaciones, sin ladrillo ni tejas, sin revestimientos y con tierra como suelo, lo que les hace detectables con mucha dificultad una vez destruidos. Parece que la más antigua Phylakopi, la que los arqueólogos llaman Phylakopi I, se defendía mostrando hacia el exterior, sin solución de continuidad, las traseras de las casas apiñadas, y no mediante cerca, pero avanzada ya la Edad del Bronce el poblado contó con un muro de protección en toda regla.

Los cicládicos del primer Bronce practicaban los enterramientos aislados y las acumulaciones de ellos que resultaban verdaderas necrópolis. Muy numerosos son los restos de estos cementerios de pluralidad de tumbas, que parecen de poco uso, dos o tres generaciones a lo sumo, de ahí su proliferación, aunque algunos llaman la atención por la cantidad desorbitada de enterramientos que los componen. Abundan las sepulturas de cámara con pequeño corredor y copioso ajuar, como ocurre en la necrópolis de Chalandriani. Más pobres, de tipo cista, ajuar elemental y forma triangular o tendiendo a ella, son las tumbas de Pelos, indudablemente de un estadio anterior, mientras que son posteriores las tumbas de reducido tamaño excavadas en roca, como pequeños pozos, con angosta cámara y lo que podría tenerse

por vestíbulo o antesala. En visión simplificada, estos tres tipos de enterramiento, no excluyentes, podrían corresponder a los tres subperiodos del Cicládico Antiguo, si bien no cabe seguridad en ello (Renfrew: 1972, c. 10-12; Doumas: 1977). Las tumbas más desarrolladas, las de cámara, podían acoger tanto un solo cadáver como un número plural de ellos. En este último caso, cuando hacerlo así resultaba necesario, se llegaba a construir un segundo piso. La mayor parte de las sepulturas carecen de ajuar y son excepcionales las que lo tienen muy nutrido de objetos, particular que es indicio de una clara diversificación social. Se trata en todos los casos de sepulturas de inhumación, y son bastante numerosos los enterramientos de niños.

Es evidente que los cicládicos del Bronce Antiguo sabían aprovechar las riquezas de sus islas, no sólo la agrícola, sino también la minera. Damos por supuesto el cultivo de la vid, tan adaptado a los suelos volcánicos de varias islas, y en los valles interiores el del trigo y la cebada, así como la cría ganadera. Practicaban también la pesca. En lo que respecta a la atávica explotación de canteras de piedra, entre otras variedades que daban las islas, Naxos y Paros extraían mármol, y Melos obsidiana del rico yacimiento de Dhemenagaki, al este de la isla (Renfrew-Cann-Dixon: 1965), que no era el único, y en cuanto a la obtención de metales, Naxos y Ceos daban galena argentífera, de la que se extraía plata y plomo, y Siphnos aportaba oro. De los ingredientes básicos para la obtención del bronce los cicládicos tenían más dificultades para ofrecerse el estaño que el cobre. Con todos estos metales manufacturaban vasijas, diademas, algunas modalidades más de orfebrería, hachas, cuchillos, pesas y otros elementos de utilidad y de adorno (Renfrew: 1972, c. 16). Avanzado ya el Cicládico Antiguo comienzan a aparecer las armas, prueba de que algo había cambiado y de que no era suficiente la simple prevención pasiva que suponían las defensas de los hábitats. Las armas básicas de bronce eran el puñal, la espada y la lanza. La especialización del trabajo metalúrgico puede hacernos pensar que existieran ya entonces artesanos a tiempo completo. Los cicládicos trabajaban espléndidamente la piedra, de lo que son exponentes los ídolos típicos y los recipientes líticos, frecuentemente de mármol y muchas veces, por no decir siempre, más perfectos que los de barro. Eran de piedra, y no metálicas, las puntas de flecha que utilizaban. La cerámica se nos presenta variada, evolutiva y original en muchas de sus características. De todo ello, a la luz de los datos arqueológicos del continente, de Creta y de otros lugares, cabe concluir la existencia de relaciones y contactos con el exterior, sin que sea posible la fijación de orígenes ni procedente la conclusión de que hubiera colonizaciones en alguno de los sentidos, aunque cierto es que hacen pensar observaciones como las de Sakellarakis en el sentido de una fortísima influencia cicládica antigua en Archanes, hacia la Creta central, que podría apuntar a ubicación de gentes de las islas del norte en este lugar (Sakellarakis: 1977).

Lo más importante del Cicládico Antiguo es que los hombres que lo protagonizan han sido capaces de convertir el mar, factor de separación con anterioridad, en un camino relativamente fácil de practicar. Las técnicas de navegación eran todavía, se comprende, muy elementales. Tenemos representaciones plásticas de naves de la época –recordemos las sartenes de Syros–; naves que eran sin duda muy variadas, desde el pequeño barco pesquero hasta el mayor de transporte, incluida quizá la nave-taller, por lo general de remos, aunque parece que los tuvieron también de velas o de ambas modalidades de propulsión –aire y brazos– a un tiempo (Vermeule: 1971, p. 76-77: Casson: 1971, p. 30 ss). No sería arriesgado decir que, dentro de las limitadas posibilidades naúticas de la época, los cicládicos del primer Bronce tuvieron un potencial naval que dominó el archipiélago y más allá, en una tarea de intercambio mercantil, presumiblemente como resultado de iniciativas dispersas y de ámbito familiar, y no desde poderes organizados, porque la articulación política de las islas debía de ser todavía muy primitiva (Vermeule: 1971, p. 77; Platon: 1981, I, p. 194-195).

4.2.3. Las sucesivas influencias minoica y micénica

En la siguiente etapa, la del Cicládico Medio, se operan algunos cambios, entre los que cabe destacar la incorporación de las islas, cada vez más decidida, a la iniciativa que surge de Creta, sin que falten también vestigios de procedencia continental, incluyendo la cerámica minia, que la hay por ejemplo en el islote de Palati, junto a Naxos (Fotou: 1983, p. 46). Una vez más, los yacimientos de Phylakopi, en Melos, y Haghia Irini, en Ceos, proporcionan lo fundamental de la información referente a la vida en el archipiélago durante el Bronce Medio. El tiempo va acusando progresivamente esta dependencia exterior que acabo de señalar (Caskey: 1973 b, p. 129 ss; Platon: 1981, I, 298 ss). Y aunque la civilización de las islas se enriquece, cada vez tiene menos presencia fuera de ellas lo propiamente cicládico, como no sean las materias primas que producían. La entonces más organizada Creta acaba por imponerse del todo, cosa que es ya un hecho en la última parte del periodo. La historia del archipiélago va dejando de ser propia para convertirse en minoica. De otro modo dicho, las Cíclades del Bronce Medio quedan bajo la influencia de los señores de Creta, que buscan en ellas sobre todo la riqueza de su subsuelo. Más tarde, en el Bronce Reciente, los cicládicos entrarán en la historia estrictamente griega. Los micénicos continentales tendrán en las islas similares intereses a los de los minoicos de las etapas palaciales.

4.2.4. Quiénes eran los cicládicos

En lo que se refiere a la naturaleza de las gentes que han protagonizado la aventura cicládica independiente del Bronce Antiguo y han asumido lue-

go el papel supeditado a las iniciativas cretense y micénica, su entronque y su lengua, no es posible decir nada seguro. Los antiguos griegos los relacionaban con el pueblo cario. Todo lo más, cabe señalar la alta probabilidad de que estos cicládicos autóctonos, digamoslo así, no pertenecieran a la familia indoeuropea.

4.3. Creta

4.3.1. Las más antiguas culturas cretenses

Contrariamente a lo que nos documentan las Cíclades, Creta presenta vestigios preneolíticos. Hay probables materiales mesolíticos y Cnoso concretamente ha dado elementos culturales que parecen anteriores a las etapas neolíticas. Este importante yacimiento, sobre el que Evans desarrollaría la interpretación estratigráfico-cronológica que ya conocemos, ofrece también niveles neolíticos de las primeras etapas; es el único en toda Creta para los periodos del Neolítico Antiguo y Medio (Renfrew: 1972, p. 64-65 y 67-68). Ya para el Reciente abundan datos por más zonas de la isla, prácticamente toda, mientras que precisamente Cnoso pasa a escatimar información. Las regiones de Sitea y Zacro, en la parte oriental, y Festo en la meridiocentral –este último yacimiento para los momentos finales– han dado abundante material tardoneolítico (Renfrew: 1972, p. 71-72). No deja de llamar la atención que, mientras las gentes del Neolítico cicládico conocían los poblados fortificados, las de Creta habitaran fundamentalmente en cuevas y en hábitats indefensos de rudimentario urbanismo, aunque también es cierto que las viviendas de construcción evolucionan bastante en la isla según avanza el periodo. Los enterramientos son muy rudimentarios, simple inhumación en la tierra. Hay que destacar el curioso rito de la deposición del cadáver sobre el vientre que nos ofrecen algunas tumbas neolíticas cretenses. La religiosidad, de fecundidad y de la naturaleza, se articulaba de forma especial en torno a la Diosa Madre. Cabe hablar de contactos exteriores de los isleños en esta época; los había con las Cíclades y es indudable que también con Egipto.

4.3.2. Minoico Antiguo

El inicio de la Edad del Bronce cretense supone el importante cambio cultural de la adquisición de las técnicas metalúrgicas, pero no hay razones para suponer una suplantación de lo neolítico. Quedan en el Minoico Antiguo elementos subneolíticos que tienden al empobrecimiento y a la desaparición. Es difícil fijar el momento en que se produce el surgimiento, ya conformado, de la cultura del Bronce Antiguo en Creta, y los especialistas han discutido

como consecuencia detalles no baladíes, que implican tanto el proceso como la duración del periodo. La teoría tradicional fijó la fecha de 3000 como la del inicio del Minoico Antiguo, hasta que Matz sugirió rebajar la cronología a en torno a 2600. Resulta, pues, que, habida cuenta de que el final del periodo tuvo lugar sobre 2000, la duración de esta cultura paleominoica hubo de contar entre quinientos y un millar de años. Ya una duda de este tipo resulta insatisfactoria, si bien los datos arqueológicos no aportan elementos para la seguridad al respecto. Cabría decir en principio que la duración por cerca de un millar de años no queda muy clara en los testimonios de que se dispone, pero que tampoco parece admisible la hipótesis de Levi que reduce a muy corto tiempo el Bronce Antiguo cretense (Levi: 1960, p. 81-121); el autor italiano casi llega a hablar de no existencia del Minoico Antiguo, sino larga pervivencia de lo neolítico, ello con evidente exageración. Posteriormente Tzédakis ha insistido en la existencia de un tardío neolítico de transición que hace empalmar con el primer Bronce en larga evolución y que califica de periodo de aprendizaje continuo (Tzédakis: 1984).

Evans supuso que el uso de los metales llegó a Creta desde Egipto, aunque habría que pensar más bien en Anatolia y las demás islas egeas, a juzgar por la distribución de los hallazgos del Minoico Antiguo en la parte norte y oriental de la isla, lo que no quiere decir que no los haya en el sur. Los yacimientos de más remontada fecha dentro del Bronce cretense son los de Cnoso y Mochlos, éste en el nordeste, y han dado elementos muy antiguos Melidoni, al oeste de Cnoso, Palaikastro, en el extremo oriental de la isla, y Debla, en la parte occidental. En cuanto a Festo, del que antes se hablaba como uno de los centros de cultura del primer Bronce, hace años el arqueólogo italiano arriba citado, Doro Levi, excluyó que en él hubiera materiales del Monoico Antiguo (Levi: 1960, 1976-1988), aunque lo cierto es que no llegan a faltar y que lo ocurrido aquí ha sido la remoción del terreno para aprovechamientos ulteriores, dañando y borrando lo que podían haber sido viejos niveles arqueológicos (Branigan: 1970 b, p. 41-42; Renfrew: 1972, p. 71; Platon: 1981, I, p. 131). De más avanzado el periodo son los restos de Chamazi, no lejos de Sitea, y los revelados por las excavaciones de Myrtos, Malia y Vassiliki, que ofrecen ejemplos de una arquitectura bastante ambiciosa. Debla ha dado un curioso punto de vigilancia en alto, señal de que preocupaba la seguridad de la población. Como enterramientos conoce el Bronce Antiguo cretense tanto el efectuado en cuevas cuanto el dispuesto dentro de recintos, sean simples, sean de distribución más complicada, sean monumentos funerarios de tipo *thólos,* de planta circular y mayor o menor diámetro. De este tipo, con elementos de remembranza cicládica indiscutible, es la tumba de Nea Roumata Chaniôn, al oeste, datable en la primera parte del periodo (Tzédakis: 1984, p. 6-7). Las construcciones funerarias mayores eran, por supuesto, colectivas. Había áreas cementeriales con acumulación de

sepulturas, como la de Haghia Photia, y no era desconocida la práctica de inhumar cadáveres de niños dentro de los recintos de habitación.

No es mucho lo que cabe afirmar de la religiosidad de estos primeros hombres del Bronce cretense; tan sólo que podría ser edificio de carácter sacro el elíptico de Souvloto Mouri, cerca de Chamazi, en la parte oriental de la isla, y que los exvotos y figurillas votivas parecen indicar una vida cultual muy activa, tal vez incluso comunitaria más que en conato (Branigan: 1984). Es posible que la Potnia Therôn, divinidad típica del Minoico Medio, hubiera comenzado a imponerse desde las postrimerías de este periodo anterior, y podría ser que tuviera antecedentes no genéricos todavía más antiguos.

Los recursos de los habitantes cretenses del primer Bronce eran bastante limitados. Creta no les ofrecía sino escasa tierra de labor y poca agua; menos entonces que ahora. La insuficiente agricultura quedaba compensada por ganadería abundante, que daba carne y lana, la obtención de madera explotando la masa boscosa, la caza, la grande y variada actividad artesanal y el intercambio con el exterior. Ello permite esbozar ya un cuadro de la vida social cretense del primer Bronce en lo que respecta a la diversificación laboral: campesinos, ganaderos, leñadores, cazadores, artesanos, comerciantes, marinos y, naturalmente, metalúrgicos (Branigan: 1984). Hasta qué punto de autonomía pudieron haber llegado las especializaciones es cosa difícil de establecer.

La artesanía presentaba diversas especialidades bien conocidas. La sistematización que los arqueólogos han podido hacer dentro de la cultura material del Minoico Antiguo permite seguir la secuencia de los estilos cerámicos: los de Hagios Onouphrios, Koumassa, Vassiliki, Hagios Nikolaos y el nuevo estilo Vassiliki, que se acerca ya a lo que será la cerámica de Kamares, característica del Minoico Medio. Aparte de esta modalidad artesanal, tenemos muestras suficientes de figurillas en barro y piedra, joyas, glíptica y armas, especialmente puñales de bronce; se hacían también vasos de piedra de imitación cicládica, sin que faltaran los realmente importados, que llegaban junto con los ídolos ciclídicos típicos y con la piedra, obsidiana de Melos especialmente, la plata y el oro de las islas del norte. Había en la propia Creta, y se explotaban, canteras de diferentes silicatos de magnesia –esteatita y clorita–, piedras blandas muy fáciles de trabajar, por ejemplo para confeccionar vasos.

Parece errónea la tesis de Renfrew en el sentido de que no eran los ciclídicos los comercializadores de sus propios productos, por ejemplo, los melios con su obsidiana, sino que eran los cretenses quienes iban a las islas Cíclades y tomaban cuanto precisaban (Branigan: 1970 b, p. 185). No es fácil ciertamente distinguir siempre lo cicládico de lo cretense, de ahí las dudas (Doumas: 1976; Sakellarakis: 1977; Tzédakis: 1984), pero hay que reconocer en

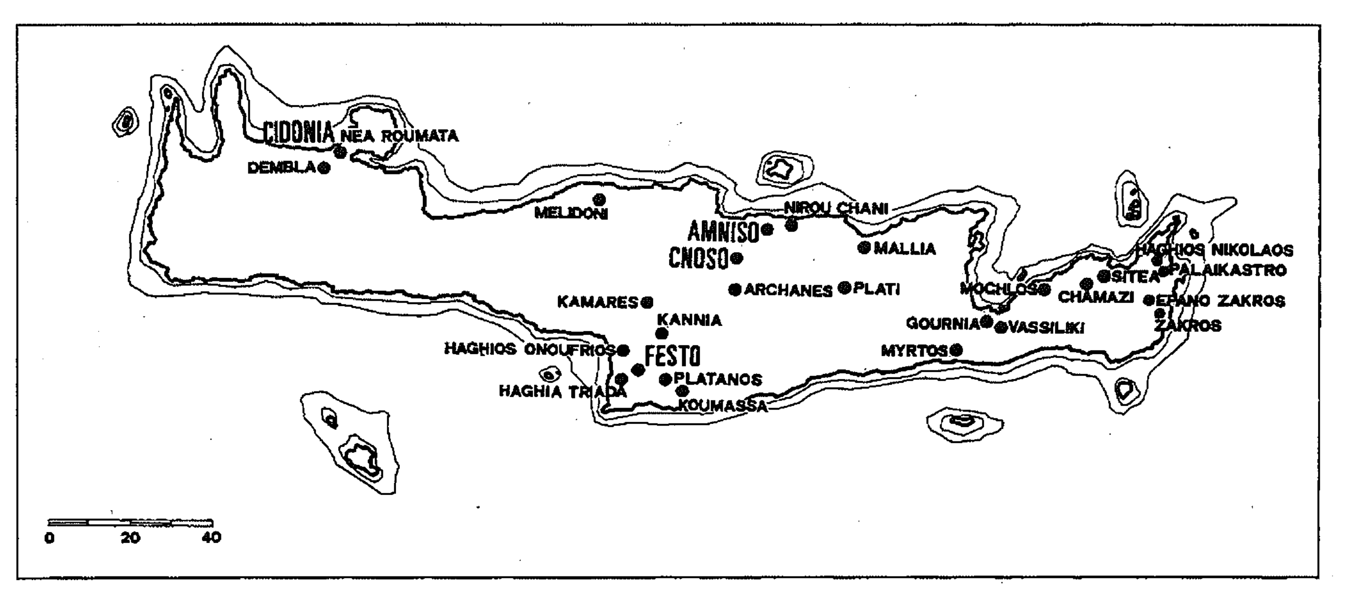


Figura 4.1. Yacimientos cretenses de la Edad del Bronce.

principio un cierto atraso de Creta en lo tocante a técnicas de construcción naval y navegación con respecto al archipiélago del norte y por lo tanto iniciativa desde aquí. Los cretenses podían navegar, por supuesto; tenemos representaciones de barcos, aunque de menos alcance y posibilidades que los cicládicos contemporáneos. Sólo al final del Minoico Antiguo los cretenses han logrado equipararse a sus vecinos de las islas septentrionales y están incluso en condiciones de suplantarles en el dominio comercial sobre el propio archipiélago, aunque será más tarde, con la sociedad organizada en torno al palacio, ya en el Bronce Medio, cuando adquieran cuerpo las posibilidades del comercio ultramarino; sin embargo, tal vez por una incipiente política de imposición y control de grandes familias, desde igualitarismos iniciales (Branigan: 1970 b, p. 128 ss), que iría permitiendo una planificación y cordinación de acciones, los cretenses acabarían moviéndose por las islas antes del final del Bronce Antiguo hasta tomar bases que les facilitarían una situación hegemónica incluso de cara al continente, y ello con intentos muy tempranos. Téngase en cuenta que los primeros conatos de minoización de la isla de Citera, aneja a los salientes meridionales del Peloponeso, podrían ser del Minoico Antiguo II, momento en que quedaría suplantada la cultura del Heládico Antiguo II continental, documentada en la isla, al igual que la del Heládico Antiguo I, para momentos anteriores (Coldstream-Huxley: 1984). Una aproximación de datación absoluta para la presencia cretense en Citera nos la proporciona un pequeño recipiente de piedra con inscripción jeroglífica referida al faraón Userkaf, primero de la V Dinastía, para cuyos siete años de reinado la egiptología da fechas de la primera mitad del siglo XXV a. C., entre las décadas de los noventa a los setenta (Sakellarakis: 1996). Este objeto tan interesante no ha podido llegar sino de la mano de los minoicos colonizadores.

La naturaleza de la primera presencia cretense en Citera queda por dilucidar. No sabemos qué fue de las gentes de cultura heládica que dejaron huellas en la isla hasta el Antiguo Bronce II –pudo haber desplazamiento y no sólo suplantación cultural– e ignoramos si se produjo ocupación minoica permanente o exclusivamente durante ciertos periodos del año. El yacimiento de Kastri, que es el que ilustra sobre este cambio de órbita por parte de la isla de Citera, parece sugerir que al menos en los primeros periodos los minoicos no hicieron sino establecerse temporalmente, tal vez en las estaciones hábiles del año, y que la zona cretense de procedencia debía de ser, como además es lógico, la más occidental (Rutter-Zerner: 1984). Se ha pensado en pescadores de temporada más que en comerciantes para estos primeros minoicos que han habitado Citera, lo que no impide que tengamos en este fenómeno de tímida presencia exterior un antecedente y hasta una preparación de lo que será la expansión minoica en momentos posteriores. Obsérvese que esta más antigua expansión cretense tiene lugar en zona mar-

ginal con respecto a lo que podemos suponer era el escenario de las actividades cicládicas.

4.3.3. Los Primeros Palacios

El dinamismo de que hacen derroche los cretenses a medida que avanza el Bronce Antiguo no sólo les lleva a acentuar su presencia en el exterior, según ha quedado ya dicho, sino que en paralelo van avanzando en organización sociopolítica y adquiriendo nuevas técnicas, cada vez más desarrolladas, al tiempo que dan pasos significados en el terreno de las diferentes ramas de lo intelectual. Las posibilidades de todo tipo en incremento no constituyen el menos destacable capítulo de este cambio, paulatino pero sin retroceso, hacia mejor. Y llega un momento en que todo es tan distinto, que los investigadores se han visto obligados a señalar el inicio de otro periodo: el del Bronce Medio; Minoico Medio, conforme a la nomenclatura convencional que aplicamos a Creta, debida a Evans. Quizá al arqueólogo deba preguntarse si el Minoico Antiguo III es un periodo bien diferenciado e independiente, o si realmente la cultura material es muy distinta, alguna novedad en la cerámica al margen, entre el Minoico Antiguo que termina y el Minoico Medio que comienza. Para el historiador las cosas resultan menos problemáticas; en Creta surgen nuevas realidades indiscutiblemente importantes. Si hay algo que, en ese mundo nuevo, caracteriza la etapa que ahora se abre es el hecho de que la sociedad aparezca articulada en torno a los palacios; lo que no supone tan sólo, es evidente, una novedad desde el punto de vista arquitectónico y urbanístico, sino que comporta una vertiente que afecta a los modos de vida, incluso en la dimensión de lo público. Decir palacio es decir, por primera vez en el mundo minoico, poder monárquico en sentido propio. Comienza, pues, el periodo palacial, particularmente el subperiodo que los historiadores llaman de los Primeros Palacios, y que abarca desde más o menos el paso de milenio hasta en torno a 1700 a. C., coincidiendo por lo tanto con las etapas del Minoico Medio I y II de la periodología basada en el esquema de Evans. Algunos materiales egipcios ayudan al establecimiento de esta cronología absoluta (Poursat en Treuil et alii: 1992, p. 132-133). La sociedad de los palacios ha dejado ya muy atrás la de las comunidades rurales prepolíticas del Bronce Antiguo. Aparte de ese logro que es la estructura palacial, con el tiempo exportada a los griegos –ya diremos cuándo–, los cretenses ensayan otra innovación que constituye en la región una novedad y un instrumento de alcance considerable en el futuro: los primeros elementos de un sistema de escritura, que es el llamado cretense jeroglífico; sin demasiadas posibilidades al principio, pero puerta al cabo para ulteriores y más funcionales desarrollos (Olivier: 1976), y probablemente un silabario primitivo y no una escritura logosilábica al estilo de

algunas orientales bien conocidas (Olivier: 1996). Unos tres siglos de escritura, de la que se conserva muy poco en comparación con lo que pudo utilizarse. Antes de que finalizara el periodo, aparece el silabario Lineal A, más funcional, que será luego el típico de la burocracia neopalacial y que no sustituirá del todo y de inmediato a la escritura jeroglífica (Ruipérez-Melena: 1990, p. 26; Godart-Kanta-Tzigounaki: 1996). Ello aparte, el Minoico Medio protopalacial supone la hegemonía total de Creta sobre el archipiélago de las Cíclades.

No podemos dejar de recordar una sugerente hipótesis propuesta hace algunos años por Damiani Indelicato sobre el surgimiento de los palacios y el lugar en que se produce. Estudiando la topografía palacial cretense observó esta autora italiana que cada uno de estos grandes complejos se encontraba en un cruce de vías estratégico, y no dedujo que estos caminos fueran subsiguientes a la erección del centro palacial, sino, al contrario, que los palacios habían surgido en enclaves que ya previamente eran nudos de comunicación importantes, y es de suponer que también núcleos de población y emporios activos (Damiani Indelicato: 1982).

La Creta paleopalacial, en concreto la central y oriental, conoce un notable aumento demográfico, que se traduce en gran desarrollo urbano. El contraste entre los centros cretenses y los ciclácidos más importantes es ahora tremendamente grande, a favor de los primeros (Wiener en Hardy et alii (edd.): 1990). Por el lado occidental de la isla sólo destaca la importancia del centro de La Canea, activo y lo bastante poblado. Cnoso, que no ha dejado de ser la localidad cretense más importante, presenta un enorme crecimiento hasta el punto de que podemos decir que ahora por primera vez merece que la definamos como una ciudad, articulada por supuesto en torno a su palacio. Algo parecido ocurre en Malia, con la particularidad en este caso de que su expansión suburbana abarca hasta la zona portuaria. Si el Cnoso posterior nunca fue más grande que en este periodo, la Malia neopalacial, aunque rica, fue incapaz de recuperar toda la grandeza que tuvo en el Minoico Medio I y II.

Los más importantes palacios son los acabados de citar, a saber, Cnoso y Malia, y el de Festo, situado en la parte centromeridional de Creta. Los dos últimos, a lo que parece, siguen las pautas del primero de los tres, que se nos presenta como el más antiguo. Al menos el de Cnoso podría existir ya en el siglo XX a. C. Ni la fecha de todos los palacios fue la misma, ni tal vez sea legítimo entender que el sistema palacial esté hecho ya en todo el Minoico Medio I. Hubo reservas entre los especialistas a la hora de aceptar que la mayor parte de lo conservado del palacio de Malia correspondiera al periodo protopalacial, pero sabemos hoy que existen sin duda bastantes elementos del periodo de los Primeros Palacios en algunos puntos de una obra que fundamentalmente, mas no del todo, podría corresponder a momentos poste-

riores a 1700 a. C., por lo tanto, a la reconstrucción que abre el periodo de los Segundos Palacios. Pero además se conocen restos indiscutiblemente paleopalaciales en Malia, como muros, áreas santuariales, algún tramo de vía pavimentada e incluso evidencia de escritura jeroglífica, que es la propia del periodo. Las excavaciones francesas han determinado la cronología paleopalacial del gran recinto abierto conocido como el "ágora" (Watrous: 1994). Los restos del primer palacio de Festo han quedado bastante bien preservados, gracias a que, tras 1700 a. C., cuando la erección del segundo, se procuró elevar el nivel del suelo y hacer construcción nueva, más que reaprovechar y desvirtuar lo que quedaba tras la última destrucción; y digo última porque, en más agitada vida, Festo conoció tres desastres en el poco más de una centuria que media entre finales del siglo XIX y el 1700 a. C. Vestigios de un primitivo palacio de Zakro se conservan asimismo bajo la estructura del nuevo. De Cnoso cabe decir que la reconstrucción del cuerpo paleopalacial debió de tener lugar en torno a esa misma fecha de 1700, que es cuando pudo producirse también la última destrucción del primer palacio de Festo. La fecha que señala en Cnoso el fin del primer palacio y la reconstrucción en lo que llamamos el segundo, se establece por dos referencias egipcias perfectamente datables: material faraónico de la XII Dinastía –estatuilla de diorita con el nombre de Ouser– en el nivel del Minoico Medio II, entrado el siglo XVIII, y ya en capas del comienzo de los segundos palacios, Minoico Medio III, material de la XIV Dinastía hicsa –el cartucho del rey Khyan– con cronología de la primera mitad del siglo XVII (Leclant: 1996). Ello, entre otras cosas, nos da esa fecha redonda y aproximada de hacia 1700.

El pequeño número de palacios del Minoico Medio I y II podría corresponder a otros tantos territorios independientes gobernados y administrados desde cada uno de ellos, aunque nos falta la seguridad. Tampoco sabemos si los príncipes llegaron a controlar todo el poder político, sin limitaciones eficaces ni cortapisas, y en caso afirmativo, si ello ocurrió desde el principio. Probablemente el afianzamiento del poder monárquico sobre el pueblo y la nobleza fuera paulatino. Todas las oscuridades que todavía existen al respecto de la monarquía minoica en la época de los segundos palacios las tenemos, acrecidas, para el periodo de los primeros. No sabemos, por ejemplo, si los primeros soberanos cretenses tenían o no reconocido carácter divino, sacerdotal al menos, o qué podría explicar su ausencia de las representaciones plásticas, absolutamente atípica entre sociedades desarrolladas contemporáneas (Davis: 1995). Las demarcaciones palaciales eran bastante extensas para la época. Aunque todavía pueda producirse el hallazgo de algún palacio más –se nos anuncia ahora otro en Galatás, ignoro todavía si presimible cabeza de principado, cosa improbable, y si con raíces paleopalaciales–, no se espera que puedan ser muchos. Dentro de la jurisdicción de cada principado funcionaban bastantes centros activos de administración y sobre

todo de producción. En La Canea, como en tiempos posteriores, existía un centro administrativo destacable.

Aunque debo evitar los excesivos detalles arqueológicos, añadiré que la cerámica característica del periodo de los primeros palacios es la llamada de Kamares, que presenta la simple, pero bella policromía de dos colores, rojo y blanco, sobre el gris normal de su arcilla cocida. La alfarería de los segundos palacios es mucho más variada, rica y vistosa. Y con respecto a las costumbres funerarias, hay que decir que continúan usándose tanto las construcciones de planta circular, tipo *thólos*, cuanto los recintos cuadrangulares tendiendo a la complicación de planta, tumbas ricas y colectivas, que coexisten con las más pobres inhumaciones en tinajas u otros recubrimientos del cadáver. Las ofrendas funerarias eran copiosas y, a veces, de gran riqueza en las sepulturas de mayor aparato. Es detalle de interés que en uno de los *thóloi* de Platanos, algo al oriente de Festo, apareció un cilindro babilónico de amatista de tiempos del rey Hammurabi entre materiales del Minoico Medio. A medida que avanza el periodo, se nota acusada tendencia al crecimiento de las tumbas –surgen las grandes construcciones cupuladas– y a un cierto particularismo funerario que lleva al uso frecuente de enterramientos en sarcófagos y en vasijas, dispersos por acantilados y cuevas. En lo que toca a las viviendas, preciso es señalar que, aparte de los palacios, en ocasiones en su torno, a veces muy lejos de ellos, van surgiendo abundancia de mansiones, villas y casas de variable tamaño y lujo, desde lo que podría ser denominado palacete hasta habitaciones ordinarias de gente corriente; y es de advertir que incluso las casas humildes presentan por lo general la suficiente solidez arquitectónica. No son raras las construcciones de más de un piso y unión de los niveles mediante escalera. Por lo general los núcleos en que se agrupaban residencias y viviendas formaban hábitats activos y prósperos. Les unía una red de caminos bien atendidos y vigilados, a la vez vías de comunicación y pistas para la fácil defensa del territorio, que surgen ya en este período con las mismas características que conservarán en el siguiente (Tzédakis et alii: 1989 y 1990; Müller: 1991).

La economía del periodo paleopalacial está integrada en la organización del principado. Los palacios dirigen y controlan las diferentes vertientes de la producción y del comercio, aunque sin llegar probablemente a la absorción absoluta de toda la actividad. Los materiales rescatados por la arqueología nos permiten saber algo de las distintas modalidades artesanales de la Creta de los primeros palacios: constructores, alfareros, tallistas, orfebres y metalurgia en general. Para complementar el cuadro social, aparte de las grandes familias que protagonizan la nueva organización de palacio, habría que citar a los madereros, cazadores, pescadores, industriales textiles, traficantes y marinos. Entre otras cosas, los minoicos del Bronce I y II importaban metales, especialmente los dos necesarios para la obtención del bron-

ce. La misma diversificación del periodo anterior, sólo que disponiendo de técnicas más avanzadas y articulándose en la nueva organización social que es la de palacio. Por expresarlo en pocas palabras, la cretense del Minoico Medio I y II es una sociedad jerarquizada y plural. Algo que destacar en la vida cretense del periodo es lo que tiene de apacible y pacífica. Los palacios y los hábitats son abiertos; o casi, pues Malia, muy próxima a la costa, tiene un ligero cerco protector, por lo demás incompleto (Effenterre: 1980 a, p. 266-267). Nada indica que hubiera tensiones sociales, pues los diferentes niveles de destrucción que tenemos en el Minoico Medio se deben a causas naturales, y no a conflictos internos ni a ataques foráneos. Ni siquiera un mal tan endémico en la época como era la piratería llegaba a preocupar demasiado a los pobladores cretenses paleopalaciales, tal vez porque el mar era virtualmente suyo, y no podríamos hoy por hoy negar que su marina, muy nutrida y con barcos relativamente grandes, por lo general de vela, comenzaran a constituir potencia naval militar, como es seguro que ocurrió ya en el periodo siguiente, el neopalacial. Las armas de la época invitan a pensar que estos minoicos no eran tan pacíficos como se pensaba. Pero, en todo caso, aunque se tratara de una flota básicamente mercantil, como una plaga en el mar, garantizaba el control y la vigilancia en sus movimientos de cualquier potencial enemigo o elemento perturbador. La Creta de los Primeros Palacios tiene relaciones estrechas con Citera –como antes–; con el continente griego, con Chipre y con Egipto, en cuyos niveles del Segundo Periodo Intermedio hay cerámica de Kamares (Leclant: 1996); con el Próximo Oriente asiático y por supuesto con las Cíclades, sobre las cuales los minoicos tienen una completa superioridad y notable influencia (Papaiannopoulou: 1991).

Todo indica que Creta tiene ahora una pirámide social en la que existe acumulación de poderes en los príncipes de palacio y en las influyentes familias de su entorno, que le permite gozar de una organización eficaz y una vida administrativa compleja, no desmentida, bien al contrario, por los almacenes, dependencias, factorías y otros indicios que nos revela la arqueología, y confirmada por el hecho de que los minoicos conocieran la escritura desde el comienzo del periodo. E incluso quizá la escritura no se reducía al papel de mero instrumento burocrático (Müller-Olivier: 1991). La lengua minoica, que subyace bajo los signos jeroglíficos, no es indoeuropea ni mucho menos griega, cosa que es preciso afirmar también para la Lineal A de los momentos palaciales. Como ha señalado Warren, Creta no ha conocido invasiones, a juzgar por los datos arqueológicos, desde antes de que los indoeuropeos llegaran a Grecia y Asia Menor, de modo que la primera presencia indoeuropea en Creta es la griega, ya muy avanzado el Bronce Reciente (Warren: 1973). En consecuencia, la lengua de los minoicos del Bronce Medio es la misma de tipo mediterráneo que hablaban los habitantes de Creta de

periodos anteriores. No ha faltado quien señalara la posibilidad de que la organización social cretense en la época palacial se asemejara bastante a la de los reinos orientales contemporáneos, con sus tres elementos fundamentales, palacio, templo y ciudad (Effenterre: 1980b), si bien carecemos de apoyos decisivos para la sustentación de tan cercano paralelismo.

Esta Creta palacial ha conseguido un gran desarrollo económico que heredará la del periodo posterior. Aunque no es posible afirmar que en lo individual el nivel de vida creciera en proporción –podría ser que no, ya que estamos en una sociedad hasta cierto punto estratificada–, cabe decir por lo menos que el hombre cretense de la calle no debía de tener demasiado difícil la lucha por la existencia. Habría trabajo para todos, dentro o en las factorías y colonias del exterior, que comienzan a proliferar a la sombra de una economía ambiciosa con ramificaciones hasta puntos muy lejanos. Los minoicos no sólo dominaban las islas y tenían presencia en la Grecia continental, sino que llevaban sus intereses hasta el Asia Anterior y Egipto, lo que resulta arqueológicamente confirmado para el periodo paleopalacial que básicamente nos ocupa. No hay sino que seguir la expansión de la cerámica de Kamares, típica de este periodo cretense, que es frecuente en las Cíclades, en yacimientos heládicos continentales, en Siria, Asia Menor, Egipto, Chipre y otras islas. Hubo en Egipto incluso fabricación local imitativa de esta alfarería (Wiener: 1984). Cabe suponer que lo que los egipcios buscaban en Creta sería fundamentalmente madera como alternativa a la no siempre fácil oferta de las montañas de Siria occidental; lo que no es óbice para que Egipto importara otras cosas de procedencia minoica, por ejemplo cerámica de Kamares e incluso mano de obra especializada. Refiriéndose a las relaciones de Creta, concretamente Malia, con Egipto, el especialista francés Poursat ha defendido hace algunos años la presencia de minoicos en el país del Nilo en la época de los primeros palacios y las correspondientes consecuencias de índole cultural (Poursat: 1984 b). En lo que respecta al comercio con Asia, la Chipre del Bronce Medio fue eficaz intermediaria y punto de escala, de lo que no faltan pruebas arqueológicas. Los contactos mercantiles de los minoicos, básicamente en procura del estaño, llegaron hasta Siria y Mesopotamia, al menos desde la primera mitad del siglo XVIII a. C., época del gran archivo de Mari y de Hammurabi de Babilonia. Los cretenses aparecen en los textos cuneiformes de Mari bajo la forma Kap-ta-ra-i-im y se les menciona como compradores de estaño elamita y vendedores de armas y manufacturas finas (Heltzer: 1989). Relaciones profundas entre Creta y Asia Menor, no es posible todavía decir de qué índole, quedan evidenciadas por similitudes formales como las indiscutibles del palacio anatólico de Beycesultán, aparte el testimonio de los hallazgos cerámicos. Los datos arqueológicos han hecho remontar el más antiguo asentamiento cretense en el centro rodio de Ialysos al Minoico Medio, incluso a la época primitiva del periodo, la de los primeros palacios (Benzi: 1984). Si esta opinión fuera cierta,

tendríamos aquí una antiquísima aventura exterior cretense, precursora de las que desarrollarían en la costa occidental de Asia Menor e islas adyacentes durante la época de los segundos palacios.

Del capítulo religioso habría que destacar algunos hechos que son importantes. En primer lugar, tengamos presente una novedad inherente a la realidad sociopolítica del momento: el poder religioso como dimensión implicada en el poder monárquico del príncipe, constante, en mayor o menor medida, de todas las realezas antiguas. No contamos con datos para definir el fenómeno, pero hemos de darlo por supuesto. Quizá sea, sin embargo, un tanto exagerado considerar los palacios minoicos como centros religiosos en una sociedad de verticalidad teocrática, tesis expuesta por N. Platon en el Coloquio sobre la Sociedad Minoica que tuvo lugar en Cambridge en la primavera de 1981, recogida también en otros trabajos (Platon: 1981, II, p. 84-85 y 141) y seguida recientemente por diversos autores (Marinatos: 1995). La existencia de lugares de culto dentro de los complejos palaciales y la vinculación de lo religioso a órdenes de la vida diaria quizá no sea razón suficiente para afirmación tan absoluta. Pero que lo religioso era elemento de gran presencia, y no sólo en palacio, lo prueban los muy numerosos santuarios dispersos, de fábrica, cuevas o recintos sagrados al aire libre, con delimitación o no del área; las muchas figurillas votivas; los hogares y mesas de sacrificio que han aparecido; los elementos rituales y los símbolos trascendentes característicos, que son la doble hacha, la cabeza de toro y los cuernos pareados, que es durante el Minoico Medio cuando adquieren todo el carácter y significación que tendrán en momentos posteriores. La diosa madre o señora de las fieras, la Potnia Therôn, representada con los brazos en alto, es divinidad importante y a ella habría que referir en alta proporción los santuarios rústicos y campestres. Existía, parece, al menos en Malia un culto relacionado con el mar, pues se han encontrado allí anclas de muy probable carácter votivo. Si alguna vez se descifraran los documentos en Lineal A, quizá podríamos conocer algo más de la religión minoica; de momento tenemos, en reciente documento aparecido en un área santuarial de Citera y en contexto indiscutiblemente cultual, el que podría ser primer testimonio escrito identificado de una divinidad cretense: Da-ma-te, teónimo curiosamente muy próximo al nombre de la diosa griega Deméter (Shakellarakis-Olivier: 1994), aunque años atrás ya se había entrevisto la posibilidad de que ese mismo nombre de divinidad se escondiera en el I-da-ma-te de un par de ejemplares de doble hacha minoicas, asimismo inscritas con signos de la Lineal A, procedentes de Arkalochori y conservadas en Boston y en Iraklion (Pope: 1956). Hemos de suponer que estos minoicos serían en mayor o menor medida politeístas. Parece que practicaban cultos vinculados a lo funerario, como se desprende de algunos altares, cámaras y objetos encontrados anejos o en la proximidad de enterramientos.

Por ahora la gran aportación de los últimos decenios a nuestro conocimiento de la religión minoica del periodo de paleopalacial es de índole arqueológica. Fue en 1981 cuando se dieron a conocer los curiosos datos que aporta un yacimiento situado en el lugar de Anemospilia, inmediaciones en Archanes, hacia el centro de la isla y al mediodía de Cnoso. En lo que sin duda es un área sagrada, los excavadores encontraron la evidencia de un sacrificio humano interrumpido por una catástrofe natural en el momento en que se celebraba. Al producirse el desastre, el sacerdote cayó sobre el cuerpo de una joven víctima masculina, a la que los antropólogos físicos han atribuido la edad aproximada de dieciocho años. El joven sacrificado murió desangrado. El sacerdote fue quien manejó el arma ritual y otro personaje, a quien apenas dio tiempo a salir del ámbito sagrado, portaba una vasija con la sangre de la víctima. La cronología de este horrendo acto religioso es la del fin del Minoico Medio II, por tanto la de ese 1700 a. C. que marca la separación entre los primeros y los segundos palacios, de que hemos hablado y volveremos a tratar en seguida. La Creta plácida y amable que siempre nos hemos representado conocía y practicaba los sacrificios humanos, ahora hay pruebas que van más allá de los vestigios perdidos en el mito. Si los pequeños movimientos sísmicos que suelen avisar de una inminente catástrofe mayor se hicieron sentir en aquellos momentos, hubo probablemente un intento de conjurar la temida desgracia mediante la ofrenda de este muchacho; inútilmente, ya se ve, pues lo que ocurrió en realidad es que el abominable sacrificio quedó convertido en instantánea arqueológica y en prueba histórica por el mismo acontecimiento volcánico que se había pretendido evitar (Shakellarakis-Sapouna Sakellarakis: 1981; Hughes: 1991, p. 13 ss).

4.3.4. Los Segundos Palacios

El afán de relacionar cualquier nivel de destrucción con la acción de un pueblo o su llegada, explica que algunos autores hicieran coincidir con el fin de los primeros palacios en torno a 1700 a. C., a saber, entre el Minoico Medio II y III, con la arribada de los primeros griegos a Creta o con la de los anatolios luvitas que forman parte del muestrario de teorías vistas para el continente. Deben desecharse por gratuitas tales suposiciones. Entre otras cosas, porque las catástrofes de aproximadamente 1700, importantes a pesar de que Evans las tuvo por secundarias en el establecimiento de la nomenclatura de su cuadro periodológico, se debieron a movimientos sísmicos y no a la acción de enemigos de fuera. Al ocurrir estas calamidades naturales en una sociedad pletórica de posibilidades, los palacios, la vida toda, hallaban sin demasiada dificultad la manera de recuperarse y reconstruirse, y lo hacen con mayor ambición que en la etapa anterior, sin duda porque las necesidades y la burogracia lo exigían, sin duda también porque las nuevas técni-

cas adquiridas lo posibilitaban. La arquitectura pasó a ser más compleja, más cuidada, más ornada. El resto de la cultura material se reharía en consonancia, siguiendo un derrotero marcado de tiempo atrás. Esta recuperación posterior a 1700 abre indudablemente un nuevo periodo, hasta el punto de que tal vez sea inconsecuente iniciar el Bronce Reciente sobre 1575 a. C., que es cuando Cnoso sufre una nueva destrucción, parece que menos significativa que la anterior. El Bronce Reciente, en cualquier caso, y el periodo neopalacial más exactamente, que, cual ya hemos visto comienza un siglo largo antes, corresponden al momento de máximo auge de la civilización minoica.

La época neopalacial es la del Minoico Medio III y los dos primeros periodos del Bronce tardío. Ya el propio Evans advirtió que el corte de hacia 1700 suponía el inicio de un momento esplendoroso y el pórtico del Minoico reciente que vendría detrás. En el paso del Bronce Medio cretense al Reciente hubo otra destrucción, pero la cultura material siguió siendo más o menos la misma. Los arqueólogos se empeñan en distinguir entre los materiales neopalaciales del siglo XVII a. C. y los correspondientes ya al Minoico Reciente, pero en gran medida el suyo es esfuerzo vano. El Minoico Medio III es el comienzo de una nueva andadura que no acaba con los problamas de 1575 a. C., aproximadamente, porque la continuidad es indiscutible. Lo que sí podemos decir es que el último subperiodo del Bronce Medio cretense es preparatorio; cuanto en él se inicia lo llevará el Bronce Reciente a sus últimas consecuencias o a proporciones mayores. La grandeza de los Segundos Palacios y su civilización no se logra, es comprensible, en cuestión de días tras el hundimiento de los antiguos palacios. Además, los nuevos tienen que recuperarse de las dificultades de comienzos del siglo XVI a. C. En el Minoico Reciente I los cuatro palacios conocidos, a saber, Cnoso, Malia, Festo y Zacro, han alcanzado ya la estructura arquitectónica que les será propia hasta el fin de la edad minoica, y que es aproximadamente coincidente para todos ellos en su esquema fundamental. Dos elementos importantes de la planta son el inevitable patio central y las salas de columnas. Ello no quiere decir que estos palacios sean similares. No lo son al menos en el tamaño; el de Cnoso es con diferencia el más grande y el de Zacro, también con mucho, el más pequeño. Las obras en Festo son espectaculares, y no por mayores, sino porque la construcción neopalacial se encuentra en un nivel más alto y ligeramente desplazada en relación con la antigua, lo que hace que en este caso la arquitectura resulte prácticamente nueva. El complejo que, en esta parte de la isla, constituyen Festo y Aghia Triada se complementa con el área portuaria de Commo, de indudable tono palacial –la salida al mar del principado, sin duda– y existente ya con sus características de indiscutible notabilidad desde los comienzos del Minoico Reciente (Shaw: 1987 y 1993).

Los palacios reconstruidos se ven rodeados de más y más ricas mansiones, villas y casas de relativo confort y se rehacen y construyen de nuevo

residencias dispersas por distintas zonas de la isla, parte central y oriental especialmente. A los del periodo anterior, arriba citados, habrá que añadir como remotamente posible el de Galatás, aportación de recentísimas excavaciones cuyos resultados no se han dado a conocer todavía en el momento de redactar estas páginas, y por lo tanto ignoramos si estamos ante un palacio mayor o de segundo orden. De nuevo los cuatro palacios –si el recién aparecido de Galatás fuera un gran centro palacial, es de suponer que no, sería el quinto– aparecen rodeados de construcciones menores, algunas muy notables, cuales las conocidas como "Casa Inexplorada" de Cnoso y Casa "Épsilon" de Malia. De entre las edificaciones alejadas de los centros palaciales, cabe destacar los palacetes de Archanes y de Plati, bastante tierra adentro, hacia el corazón de la isla, el de Gournia, las casas de Nirou Chani y las de Tiliso, Palaikastro, Amniso y Haghia Triada entre otras. Estas mansiones constan de varias piezas y dependencias. Muchas veces tenían sus jardines y otros elementos de confort. En algún caso contaban con pinturas parietales más que notables. Las construcciones de carácter agrícola, por lo general aisladas, llevaban anejos recintos apropiados para el instrumental, los animales, el almacenaje de los productos e incluso una rudimentaria actividad artesanal tendente a la autosuficiencia. Entre estas casas de labor, de las que se conocen varias, quizá las más importantes sean las de Epano-Zakro, al este de la isla, la de Kania, cerca de Festo, la de Myrtos, en la costa sur, y la de Arkhanes, al mediodía de Cnoso y hacia el centro de la isla.

Resultan menos conocidas las agrupaciones urbanas, por insuficiente exploración arqueológica. Son precisamente las formadas en torno a los principales palacios las que, por la atracción lógica de éstos, han tenido mejor fortuna. En el caso de Cnoso, estamos en condiciones de afirmar que la población que rodeaba el palacio, abierta, como es tónica general en la Creta del periodo, contaba con numerosas casas independientes formando calles y que su número de habitantes debía de ser muy elevado; quizá decenas de miles. En cuanto a Malia y Festo, también presentan un conjunto de casas agrupadas, algunas importantes, y lo mismo se puede decir de la villa de Hagia Triada, cercana a Festo, que ofrece asimismo un conjunto de habitación, irregular, pero susceptible de que lo califiquemos de urbano. Es en la parte oriental, y al margen de los palacios, donde podemos calibrar mejor lo que eran las ciudades cretenses. Marítimas por lo general y muy activas, presentan un urbanismo más regular, más propio y más organizado; con casas, talleres, locales comerciales, instalaciones portuarias y podría ser también que santuarios. Palaikastro, y en mayor modestia Gournia (Damiani Indelicato: 1984), podrían constituir los casos más típicos, junto con Zakro, que sin embargo es núcleo palacial, aunque se asemeja más al conjunto urbano que se estilaba en el levante de la isla que a los hábitats palaciales de la región central (Platon: 1971). El palacio de Zakro, como si el mar fuera su vida y su

razón de existir, estaba en la zona menos elevada de la ciudad y muy cerca de la costa. El urbanismo de los conjuntos urbanos de la época de los Segundos Palacios parece bastante cuidado, tanto en trazado como en pavimentación.

Habría que referirse también a las obras públicas de canalización hidraúlica y a las de comunicación, vías y puentes, que unían los diferentes núcleos de población entre sí y de las que se conservan restos, sean de pavimentos, sean de obras de fábrica para salvar alguna dificultad natural del terreno. El puente de Cnoso, no lejos del palacio y tendido sobre una ramificación del Cerato, es buen ejemplo de la ambición que, para la época, tenía este tipo de construcciones. Las vías de más o menos largo recorrido, que tanto servían para las comunicaciones como estaban integradas en un un sistema defensivo del territorio, contaban con puestos de vigilancia y asistencia y tienen sus raíces en la etapa paleopalacial (Tzédakis et alii: 1989 y 1990; Müller: 1991).

Por lo general se afirma que, como es más que probable en el periodo anterior, cada palacio reconstruido hubo de ser cabeza de un principado independiente, y podría ser así. No hay que descartar, de todos modos, que Cnoso tuviera ahora algún tipo de hegemonía sobre toda la isla o la mayor parte de ella. Algunos autores se inclinan a aceptarlo, con argumentos no baladíes que nos llevaría lejos desmenuzar, pero realmente no estamos en condiciones de asegurar ni esto ni lo contrario. Hay quien ha creído detectar huellas arqueológicas de una "jerarquización de las zonas" como consecuencia de la propia organización palacial (Haggis: 1996). Los indicios, pruebas incluso, de administraciones locales dispersas sugieren a muchos estudiosos más una descentralización que la existencia de poderes independientes; en cualquier caso el modelo de administración palacial no se circunscribía, contra lo que algunos pensaban con anterioridad, a puntos concretos de la isla sino que estaba extendido por su totalidad (La Rosa: 1996). Y es evidente también que la administración y la burocracia llegan a más alto grado de complicación en la Creta de los Segundos Palacios que en la etapa precedente. Los minoicos neopalaciales generalizaron la Lineal A, para uso de burócratas en los archivos palaciales, en detrimento del menos funcional sistema jeroglífico. Para este sistema de escritura se ha propuesto –Haarmann– un origen europeo directo, olvidando el jeroglífico paleopalacial, y una finalidad exclusivamente religiosa, cosas una y otra sobre las que caben las más serias dudas (Hooker: 1992). Hace unos lustros apareció un conjunto documental en Lineal A en el centro minoico de La Canea, dos centenares de documentos, evidencia de una contabilidad ya relativamente ambiciosa en dicho lugar (Papaostolou: 1976); también Zacro ha dado documentos de este tipo. La escritura Lineal A se adopta sin duda antes del Minoico Medio III, en que surgen los nuevos palacios, y no hubo de sustituir radical-

mente al sistema jeroglífico, pues ambas modalidades de escritura hubieron de coexistir durante cierto tiempo e influenciarse recíprocamente (Olivier: 1996; Godart-Kanta-Tzigounaki: 1996), y su utilización se prolongará durante el Bronce Reciente. Los textos en Lineal A, muy parcialmente desentrañados hasta el momento y sin identificar la lengua que les subyace, son bastante numerosos (Godart-Olivier: 1976-1985). Los que pasan de ser signos sueltos se acercan a un millar y medio y proceden de Cnoso en su mayor parte.

Las actividades industrial y artística siguen la trayectoria y tradición de momentos anteriores, pero son más variadas, ricas y cuidadas. No en balde es ahora, en el periodo de los segundos palacios, entrado el Minoico Reciente especialmente, cuando la civilización minoica alcanza su máximo grado de desarrollo. La metalurgia, la orfebrería, la glíptica, la escultura de pequeño tamaño y los trabajos de incrustación adquieren una calidad y capacidad productiva como no habían tenido con anterioridad. Lo mismo ocurre con la cerámica típica del momento, que es la denominada de "estilo palacio". Pero si hay algo que caracteriza este periodo es el arte plástica figurativa de los grandes frescos palaciales, domésticos y funerarios, de los que se conservan muchos restos de notable luminosidad y colorido. Tenemos también ambiciosa pintura mural, típicamente neopalacial, fuera de la isla, concretamente en Tera (Morgan: 1988). La variedad de temas, la perfección compositiva y el cuidado por el detalle, el realismo y la alegría que esta plástica revela justifican que hace lustros la conocida prehistoriadora británica Jacqueta Hawkes, en una tópica pero muy bella síntesis, pudiera calificar la civilización cretense como femenina o de miniatura, partiendo de esa minúscula perfección y ese aire blando y sensible de que hace derroche (Hawkes: 1968, c. i-iii). Las pinturas de Cnoso, Hagia Triada y Amniso ofrecen importante muestra de lo que fue la plástica mural y similar en el periodo neopalacial. Se ha destacado por algunos autores el carácter religioso de la pintura minoica, basándose en la representación de juegos de toros y en lo que significan los especímenes de Hagia Triada, especialmente el sarcófago real. Según esta explicación, llevada por Platon a la generalización, toda representación humana tendría una referencia cultual, lo que encaja en la idea de dicho autor, arriba destacada, de que el palacio podía no ser otra cosa que el centro de una sociedad teocráticamente organizada.

Lo dicho a propósito de la sociedad paleopalacial en lo que respecta a la verticalidad del sistema monárquico y a su articulación a partir de la división de funciones y del trabajo, cabe aplicarlo también al periodo de los nuevos palacios, e incluso es ahora cuando cristaliza esa tendencia a la jerarquización y diversificación que se ha venido preparando o advirtiendo desde los primeros momentos del Bronce Medio. La realeza minoica suscita todavía muchos interrogantes. Se da por supuesta como régimen político, ya que

apenas si es posible concebir un estado desarrollado, como debía de ser un principado cretense de la época, sin monarquía, aparte de la propia evidencia que proporcionan los palacios. El hecho misterioso de que el soberano minoico no tenga un presencia clara y continua en la rica plástica deuteropalacial no pude constituir argumento contrario a la índole monárquica de la Creta palacial (Davis: 1995). A falta de un soberano visible o llevando la idea de un matriarcado cretense a sus últimas consecuencias, han pensado algunos que tal vez la sociedad minoica no estuviera tan estructurada como se pretende o careciera de un monarca varón, propuestas peregrinas, difíciles de probar con argumentación arqueológica, no muy bien compatibles con el reflejo del mundo minoico que tenemos en el mito y a veces un poco teñidas de feminismo ideológico. Ultimamente vuelve con fuerza la vieja idea de la realeza divina de los minoicos dentro de lo que sería un sistema teocrático (Krattenmaker: 1995; Marinatos: 1995).

Bajo los príncipes de cada principado autónomo, los que hubiera, existían unas aristocracias palatinas y locales, jerarquizadas y entramadas en el complejo mundo de la administración y de la vida económica. Tendrían sus propios privilegios y los mecanismos y reglas exclusivos de los grupos sociales superiores, como ordinariamente ocurre. Se ha señalado, y parece que con acierto, la probabilidad de que hubiera ritos de iniciación y de paso en las aristocracias minoicas del periodo de los segundos palacios, interpretando de esa manera la representación en bajorrelieve de un famoso vaso de Hagia Triada y otros especímenes de plástica neopalacial (Koehl: 1986 y 1995). El desarrollo creciente de la civilización minoica comporta paralelamente un proceso de diversificación social cada vez más acusado. En la época de los segundos palacios no queda ya nada de los posibles igualitarismos iniciales y el poder y la riqueza están concentrados en un número limitado de familias, con señas de identidad específicas al estilo de cualquier nobleza o casta superior.

Las diferencias entre las casas y los lugares de inhumación nos informan algo de esa desigualdad y de la estructura social de la Creta neopalacial. Si no se ha producido ya del todo la ruptura del *genos* –por utilizar un término bien elucuente de los griegos posteriores–, es decir, de la familia en el sentido amplio, para dar paso a lo individual y familiar en el sentido restringido dentro de la estructura sociopolítica de los principados, quizá el fenómeno esté muy próximo a consumarse. Las familias nucleares ocupan en el abanico social el sitio que les corresponde según función o especialidad laboral de padre y madre; y se vive en relación con ese lugar ineludible. Casa ricas, normales y pobres; tumbas grandes, medianas y pequeñas, sólo excepcionalmente suprafamiliares. En cuanto a la política, da la impresión de que en el periodo de los segundos palacios la supremacía de Cnoso sobre los poderes palaciales de los otros centros es una realidad más probable que para la

época anterior, sin que sea tampoco absolutamente segura. Son varios los puntos en que se utiliza el sistema de escritura Lineal A, iniciado en el Minoico Medio y generalizado en el Minoico Reciente, en especial dentro de este periodo neopalacial; varios puntos que no coinciden con los cuatro palacios conocidos. Podríamos concluir de aquí que los de Cnoso, Festo, Malia y Zakro –estamos pendientes de ver si el palacio de Galatás puede ponerse a la altura de estos cuatro, probablemente no– podían no ser los únicos palacios y que existían varias administraciones parciales, por descentralización o independencia de poderes. De ahí que la hegemonía de Cnoso no sea incontrovertible, al menos para los momentos anteriores al dominio griego sobre la isla. Incluso tal vez la escritura Lineal A no estuviera al servicio exclusivo de la administración palacial y dependiente de los palacios.

La instalaciones portuarias del periodo de los nuevos palacios, sólo parcialmente conocidas, probablemente obras públicas y no privadas, sugieren una actividad naval muy desarrollada, lo que confirma la demostrada expansión de los minoicos del momento desde el Mediterráneo central al Oriente asiático, desde la costa septentrional del Egeo hasta el norte de Africa. Es posible que la marina, tal vez de iniciativa familiar con anterioridad, como en la Cíclades, acabara por convertirse en empresa de estado, como tantas otras facetas de la vida de la isla en el periodo neopalacial. Los barcos son ahora mayores, dotados incluso de dos mástiles, según sabemos por las representaciones plásticas, glípticas o murales. El comercio exterior es estable y agresivo, en el sentido de una permanente inquietud por aprovechar al máximo las posibilidades. Se apoyaba en las factorías y mercados que los cretenses tenían en el exterior, sobre una geografía más amplia en el Minoico Reciente que la que revela la documentación arqueológica del Minoico Medio. Ahora, para el Bronce Reciente, Citera aparte, que en esa isla se da por supuesto, hay apoyos para posibles asentamientos estables en las Cíclades y en la cercana Tera (Marinatos: 1984), a pesar de las reservas de algunos a interpretar de este modo las evidencias documentales (Morgan: 1988), y de elementos cretenses en el continente griego, entre los que es de destacar un pequeño objeto de piedra aparecido en Hagios Stephanos, lugar de la región laconia, datable en el Minoico Reciente, sin que sea posible mayor concreción debido a la limitada explicitud del contexto arqueológico (Janko: 1982b). Existen testimonios de escritura cretense en las Cíclades –Melos, Ceos– (Renfrew: 1977; Palaima: 1982) y últimamente en Tera (Michailidou: 1992-1993) y en Citera, donde podríamos tener además el primer teónimo minoico identificado textualmente con práctica seguridad (Sakellarakis-Olivier: 1994). Es evidente que en las islas continúa la fuerte presencia minoica iniciada en la etapa anterior. Los numerosísimos cuencos cónicos en cerámica, fechables en el periodo, son elocuentes testigos de esta expansión por el Egeo insular y continental. Hace no mucho se ha señalado cómo los intereses minoicos llegaron incluso a la septentrional Samotracia (Matsas: 1991).

Tal vez sean las relaciones entre Creta y Egipto las más continuadas. Son frecuentes las representaciones de cretenses en las tumbas de altos personajes de la sociedad faraónica de la XVIII dinastía, y con práctica seguridad a ellos se hace referencia con el nombre étnico de Keftiu, que se refiere sin lugar a dudas a un pueblo isleño. Este nombre se atestigua en documentos no anteriores al Segundo Periodo Intermedio, sobre todo en los del Imperio Nuevo, salvo algún dudoso caso anterior (Leclant: 1996). Esto nos lleva a momentos contemporáneos del periodo palacial. Nombre aparte, es seguro que son cretenses, por su indumentaria y tocado, así como por los objetos perfectamente identificables que portan, una serie de doróforos representados en tumbas egipcias contemporáneas al Minoico Reciente. Éste y otros aspectos de la relación egipcio-minoica fueron estudiados monográficamente con sobrada competencia hace una cincuentena de años por el arqueólogo Vercoutter en un trabajo de gran envergadura y muy sugerente, todavía fundamental (Vercoutter: 1956), aunque hasta nuestros días han ido acumulándose pluralidad de datos y concreciones que nos permiten una comprensión de los hechos más ajustada (Sakellarakis-Sakellarakis: 1984; Wachsmann: 1987; Rehak: 1996; Leclant: 1996). Se ha podido fijar el fin de estas relaciones en poco antes de 1400, y de lo que significa esta fecha para el palacio de Cnoso en concreto habrá que decir algo más adelante. A través de Chipre, que no ha cesado de ser escala para el comercio minoico-oriental y donde la escritura Lineal A dejará huellas hasta el primer milenio en el silabario chipriota (Masson: 1979), siguen los contactos con Siria y Fenicia, como continuación de los paleopalaciales que dejaron huella en el archivo de Mari, ciudad ahora destruida. Ugarit y Biblos aparecen como los centros de intermediación más importantes en el siglo XVII a. C., especialmente la primera de las dos ciudades cananeas mencionadas (Heltzer: 1989). No son menos de destacar los lazos que unían Creta con Asia Menor y las islas inmediatas (Davis: 1982; Benzi: 1984). En estas regiones había colonias comerciales permanentes. También hay que recordar la importancia de la expansión minoica hacia el Mediterráneo central.

Lo que Creta exportaba era productos agrícolas diversos, de los que tenía excedentes, madera en el caso de Egipto, y sobre todo manufacturas variadas de sus hábiles artesanos, en especial cerámica. Exportaba también, parece, mano de obra especializada, intercambio éste relativamente frecuente en la época. Al menos los griegos del continente acogieron y utilizaron a muchos artífices minoicos, que trabajaron para los palacios micénicos. El pueblo cretense importaba manufacturas exóticas, algunas materias primas de las que la isla era deficitaria, como metales, marfil y determinados tipos de piedra; entre los metales, cobre de Chipre y oro nubio a través de Egipto.

Los datos que conforman el panorama de la expansión minoica sugieren, y de hecho por ahí han ido las lucubraciones de algunos autores, una rela-

ción con el conjunto de mitos relativos a Minos, rey de Creta, personaje al que se atribuía una labor de organización y civilización de los isleños y responsable de una talasocracia que dominó todo el mar Egeo. Según la leyenda, Minos tuvo la soberanía sobre muchas islas cercanas a la suya y sobre regiones continentales de Asia y de Grecia, e incluso organizó expediciones militares a regiones tan lejanas como Sicilia. Resultado de esta política sería, en reflejo mítico, aquel tributo de muchachos y doncellas que los atenienses tenían que satisfacer para pasto del Minotauro. Es evidente que este conjunto de mitos, y por el brevísimo resumen que acabo de hacer fácil es ya verlo, recuerda cuanto la arqueología documenta con respecto a la facilidad del comercio minoico en el exterior y a la expansión colonial cretense en islas y regiones remotas, pero no sabemos si extremar la interpretación de los datos a través de estas tradiciones.

Durante mucho tiempo se ha dicho, y es todavía tesis vigente y compartida, que la talasocracia minoica fue de carácter mercantil y económico, pero no imperialista o de fuerza, porque faltaba para ello un ingrediente fundamental: centralismo militarista. La organización centralizada, de mayor o menor alcance, existía, mientras que, se dice, militarismo no. Se equivocó realmente Evans, el excavador de Cnoso, en no pocos pormenores, cuando, utilizando este manojo de leyendas, consideró la civilización minoica, por él descubierta, como la del pueblo de aquel rey Minos –de ahí el nombre que le atribuyó– que había controlado, en ejercicio implacable de poder, islas y continente y que había sometido a Atenas exigiéndole el cruento tributo de su juventud. Se equivocó, porque no está claro tal dominio cretense sobre los griegos del continente, sino que fueron éstos quienes se establecerían como señores en Creta en un momento dado, avanzado ya el Minoico Reciente. Hasta que esto ocurriera más adelante, no hubo sino relaciones comerciales entre los cretenses y los heládicos continentales; para los siglos XVII y XVI a. C., es indiscutible. Pero quizá no quepa ya insistir en la talasocracia exclusivamente mercantil y desarmada de los minoicos, contra lo que tantos indicios hay ahora mismo acumulados desde hace una docena de años (Hiller: 1984b). Recordemos que ya en época de los primeros palacios los cretenses exportaban armas al Próximo Oriente, de lo que hay huellas en los documentos de Mari (Heltzer: 1989). Señala Matz que la riqueza en oro de Micenas, revelada por los ricos ajuares de sus tumbas de fosa y otros materiales en los que se ve la mano cretense no se explican como no sea suponiendo una política de intercambio amistoso y sin problemas. En todo caso tendríamos, y no es del todo aceptable, muestras del saqueo de centros minoicos por los príncipes micénicos, pero no esa imposición por fuerza de los cretenses sobre la Grecia continental que se presume en el caudal mítico referente a Minos y su casa. La cuestión no queda clara, y hay quien piensa que lo militar de las tumbas de fosa podría ser de origen cretense totalmente

(Hood: 1980), aunque tal vez se trate de una estimación excesiva y por supuesto sea ya otra cuestión.

En paralelo con una sociedad de poder entendida de esta manera, y es lógico que así ocurriera, hay quienes han llegado a la conclusión de que la Creta de los grandes palacios utilizaba mano de obra esclava. Unos autores lo afirman por preconcepciones ideológicas, otros porque es comprensible que una sociedad de empuje productivo contara con trabajadores no libres y los explotara, otros porque las tablillas de Lineal B de Cnoso los mencionan para la etapa griega y cabe retrotraer semejante condición jurídica al momento pregriego de la isla. Pero nada prueba que hubiera esclavos en la Creta minoica, e incluso en lo poco que puede tener de indicativo la arqueología a ese respecto hay en todo caso indicios en contra. Platon, que no descarta esclavitud en el mundo minoico, reconoce que no se han encontrado en hábitats activos del periodo neopalacial barracones o residencias que pudieran servir para alojar contingentes de trabajadores en servidumbre (Platon: 1981, II, p. 80), y cuando recuerda representaciones de negros en la plástica de la época como posible prueba a favor de la existencia de esclavos foráneos, no atribuye a éstos papel alguno en la producción.

La religión minoica de los nuevos palacios recibe la herencia de las etapas anteriores, aunque presenta elementos formales, y no sabemos si también de contenido, que recuerdan lo oriental. Se hace más frecuente la representación de divinidades. La Diosa Madre, sin duda la más importante de las deidades de la isla, aparece en figuración variada, pero siempre acompañada de animales que van desde lo real a lo monstruoso. Contaba, como es normal en los panteones politeístas de la época, con su correspondiente dios masculino. Son elementos de carácter religioso las cabezas de toro, las dobles hachas y los cuernos de la consagración, símbolos que tienen sus antecedentes, como se recordará, en el periodo anterior de los Primeros Palacios. Había un culto ya fijado en ritual y normas, con sus sacerdocios de ambos sexos y vinculación imprecisable a la institución monárquica. Y, si tal cosa es segura para el periodo paleopalacial –recuérdese el sacrificio de Archanes–, no es arriesgado pensar que se practicaban los sacrificios humanos, y mucho menos desde que Warren creyera demostrado que en el Cnoso del Minoico Reciente se practicaba el canibalismo infantil (con bibliografía anterior, Hughes: 1991, p. 18 ss). Como más arriba hemos visto, algunos autores se han constituido en defensores de la idea de la realeza minoica como cúspide de una verticalidad teocrática o al menos como un alto sacerdocio. Abundan los lugares sagrados por la isla y fuera de ella. Son bastantes los santuarios netamente minoicos que han surgido como consecuencia de la expansión cretense, especialmente significativos en el Minoico Medio III y Minoico Reciente I; pensemos en los de Citera, varios, Ialysos en Rodas y Vikri Miglas en Naxos, por citar algunos (Sakellarakis: 1996). Las muchas áreas religio-

sas de los minoicos que están dispersas y ubicadas en las alturas, apuntan a una vivencia religiosa de acercamiento a la divinidad, lo que ha hecho pensar en una religiosidad de epifanía o *manifestación*, conforme al estilo oriental. Así se han expresado por ejemplo Matz y Platon, este último yendo quizá, en esto como en otras cosas, demasiado lejos con respecto a lo que nuestras magras fuentes parecen permitir. Platon, poniendo en juego su generosísimo conocimiento de la arqueología cretense, que nadie le puede negar, ha trasplantado a la isla de los Segundos Palacios toda la cosmoteología y la escatología próximo-orientales; un brillante ensayo con mucho de hipótesis discutible. Poca interpretación segura permiten los elementos formales de posible significación religiosa, muchos de los cuales serían asumidos luego por los griegos micénicos. Si alguna vez los textos de Lineal A llegaran a ser más explícitos porque fuera posible interpretarlos, nuestro conocimiento de la religiosidad cretense adquiriría no escaso incremento, pues se da la circunstancia de que no pocos sugieren contenido de carácter votivo.

4.3.5. Fin de la Creta Minoica

Esta Creta esplendorosa de los Segundos Palacios acaba en un momento no precisable de comienzos del siglo XV a. C., tal vez coincidiendo con el estallido volcánico que destrozó la isla de Tera, aunque la fecha de este acontecimiento sísmico tiene problemas realmente serios. Se ha discutido no poco cuándo tal estallido tuvo lugar e inculso si hubo pluralidad de seísmos entre los siglos XVII y XIV que pudieran afectar gravemente al Egeo meridional. La cronología referente al desastre de Tera es tan confusa, y más tras los resultados de aplicar procedimientos físicoquímicos al análisis de los materiales, que provoca desconcierto y da miedo relacionar el fenómeno con momentos y circunstancias del devenir históríco de la Creta del Bronce, aunque no hay más remedio que arriesgar hipótesis y asirse, mientras no haya pruebas en contrario, a las dataciones arqueológicas y evitar las de laboratorio, poco fiables, por no decir aberrantes. En revisión la teoría de dos grandes movimientos sísmicos (Platon: 1984), que tuvo fortuna tiempo atrás, parece más prudente, en el estado actual de nuestros conocimientos, suponer uno solo, con sus correspondientes avisos, y relacionar el fin de Tera con el de los Segundos Palacios minoicos. Ahí están, sin embargo, la tendencia reciente a fechar la erupción no a comienzos del siglo XV a. C., sino en el XVII, partiendo de dataciones de laboratorio (Manning: 1988 y 1989; Treuil: 1992, p. 277 ss.). Que tal seísmo se hizo notar previamente se deduce de la evidencia arqueológica al respecto de disposiciones de emergencia y huidas de población a lugares de escaso riesgo, pues no han aparecido víctimas, pero todas las perturbaciones, las secundarias y la mayor, son contemporáneas y responden a un único fenómeno (Platon: 1984).

Los datos arqueológicos rechazan hoy por hoy las causas humanas para el final de la sociedad neopalacial, tanto las socorridas revueltas internas, como las no menos fáciles invasiones foráneas. La destrucción es general y la vida cretense no se recupera sino que continúa en tono menor a lo largo del final del periodo y de la llamada época postpalacial, con excepcionales yacimientos intocados, como los de Malia y Festo, y otros malamente recuperados. Hay una cuestión importante, traducida a polémica no resuelta, que es el momento de plantear a propósito de esta catástrofe del siglo XV: la de la llegada de los griegos a Creta o, diciéndolo de otra manera, la del establecimiento de un poder y una administración micénicos en el palacio de Cnoso. Evans fechó como coetáneas de una destrucción de Cnoso en 1400 las numerosísimas tablillas de escritura Lineal B por él descubiertas. No podía figurarse que todo aquel archivo sería descifrado una cincuentena de años después y se vería que la lengua allí notada no era otra que la griega, cuando él pensaba que tenía que ser la propia de los cretenses. Para Evans, aquél era el archivo y aquélla la escritura del pueblo minoico, dominador de la Hélade, y el palacio había sido destruido como resultado de la reacción griega. Cuando fue posible entender aquellos textos, se advirtió que, contrariamente, eran griegos quienes, cuando fuera, habían pasado a dominar a los minoicos. Si Evans acertó a dar nivel arqueológico al archivo, es decir, si la cronología de 1400 para las tablillas es válida, en el siglo XV a. C. el palacio de Cnoso llevaba contabilidad en griego y presumiblemente un prícipe micénico dominaba en él.

¿Cuándo aparecieron los griegos en Creta? Es rechazable la idea de que ellos protagonizaran todo el resurgir de los nuevos palacios, como pretende la tesis de que esta llegada tuvo lugar hacia 1700. La teoría tradicional presenta como ocasión probable para la llegada de la dinastía, corte y administracción griegas que se asentaron en Cnoso el momento subsiguiente a la erupción referida que, en los albores del siglo XV, hundió bajo el mar gran parte de la isla de Tera. Se da por cierto que los efectos de este estallido, que han sido calculados por vulcanólogos y sismólogos, hubieron de ser demoledores, especialmente para las islas cercanas al epicentro, entre las que se encontraba Creta. Las instalaciones costeras y los barcos que no estuvieran mar adentro, y aun éstos, tuvieron que resultar muy perjudicados. Creta quedó tremendamente mermada en su flota, su organización, su economía y sus posibilidades, y no se descarta que fuera ahora la ocasión que aprovecharan los griegos del continente para establecerse en Cnoso, si las tablillas de Lineal B son efectivamente de hacia 1400 a. C., como Evans pretendía. Es una hipótesis muy plausible con la antedicha condición y con otra más: que efectivamente la erupción de Tera, de cronología tan discutida, no sea de mucho tiempo antes. El siglo XV sería el del comienzo de la dominación griega en la isla de Creta. No son pocos los arqueólogos que optan por tal interpretación de los hechos, uno de los últimos Popham, quien ha destacado la paulatina micenización de la cultura material cre-

tense a lo largo del siglo XV, es decir, el periodo Minoico Reciente II (Popham: 1974; 1984, p. 263-264). Sin embargo, hace lustros, el inquieto Palmer rechazó como inadecuada la fecha de Evans y situó las tablillas micénicas de Cnosso en fecha ligeramente posterior a 1200 a. C.; era un retraso cronológico de todo este material de un par de siglos. Evans, según este filólogo inglés metido a analista arqueológico, se habría equivocado de nivel, y no sólo eso, sino que no habría visto que el palacio de Cnoso siguió existiendo tras 1400. En esta hipótesis, el tiempo que media entre 1400 y 1200 sería el de la presencia griega en la isla de Creta. El palacio destruido hacia 1400 no sería el último, sino el penúltimo (Palmer: 1969; Palmer-Raison: 1973), y las tablillas no corresponderían a este punúltimo sino al último. La teoría tiene indudables ventajas: acerca en fecha el archivo de Cnoso a los del continente, encaja con los datos egipcios, que parecen sugerir continuidad del comercio minoico por todo el siglo XV a. C., y comporta la presencia griega en Creta en los siglos XIV y XIII a. C., los del mayor poderío micénico. No se explicaría que los poderosos micénicos de estas centurias dejaran el palacio de Cnoso sin reconstruir y abandonado. Los especialistas siguen divididos sobre esta fundamental cuestión, pero cada vez encuentra menos resistencia la idea de Palmer, que no tiene otra dificultad seria que la lectura arqueológica de Evans, no siempre acertada como hoy sabemos, sino contradicha en ocasiones como resultado de nuevas excavaciones. La incidencia en esta cuestión del hallazgo en La Canea de algunas tablillas micénicas se considerará más adelante.

Desde el momento en que los griegos dominan Cnoso, fuera cuando fuera, Creta está ya dentro de la órbita heládica, a saber, continental. La política y la administración son micénicas; las fuentes escritas, aprovechables desde el desciframiento, están en lengua helénica y al servicio de la administración micénica de palacio. Sólo Cnoso y Cidonia (La Canea), que sepamos, más dudosamente Festo, tuvieron presencia griega notable. El resto de la isla, supeditada o no en su totalidad a la administración de los dos centros citados en primer lugar, siguió su forma de vida tradicional, conservando la lengua autóctona, la cretense, y posiblemente manteniendo en simultaneidad para usos menores, y al servicio de ella, el sistema de escritura Lineal A. Se ha señalado la posibilidad de que la administración de Cnoso no llegara a la parte oriental de la isla, y que aquí radicara otro principado con centro en Palaikastro. El autor proponente, Bennet, ha llegado a sugerir que del arhivo que podría aparecer algún día en este lugar cabe esperar tanto documentos en Lineal B micénicos como en Lineal A minoicos. Se trataría, de ocurrir lo segundo, de un poder residual autóctono escapado de la ocupación foránea (Bennet: 1987). Pese a toda esta pervivencia, la cierta y la hipotética, y a lo que los minoicos pudieron haber influido en el mundo micénico, que fue mucho, la historia de Creta es ya historia de Grecia en el estado actual de nuestros conocimientos y desde esta órbita hay que acometerla en adelante.

5. Las culturas heládicas

Las teorías más importantes sobre el origen del pueblo griego, basadas en lo que se sabe de culturas materiales en el continente griego y con los datos de la lingüística, han quedado ya expuestas al comienzo de esta síntesis, tanto su formulación cuanto, en síntesis, las razones esgrimidas por los autores a favor de cada una. Es posible afirmar, a la luz de lo que del repaso se desprende y de los datos con que contamos, que eran griegos los creadores de la civilización micénica del Bronce Reciente, y también, en estadios de evolución más retrasados, los que en el momento anterior habían desarrollado la cultura del Bronce Medio. Sólo en función de que optemos por la tesis del origen autóctono o por alguna otra está la respuesta que se dé a la cuestión de si eran antecesores directos de los griegos o pertenecían a un pueblo distinto los heládicos del Bronce Antiguo y, antes, las gentes del Neolítico egeo continental. Faltan elementos bastantes y seguros para dar solución definitiva a este problema. Estudiaremos ahora lo fundamental de la vida de los griegos micénicos según la información de la arqueología y de las tablillas en Lineal B, no sin antes hacer un breve resumen de las culturas precedentes de la Grecia propia, desde la Prehistoria hasta el Heládico Reciente, en paralelo con lo hecho para las Cíclades y para Creta.

5.1. Las primeras culturas del continente griego

5.1.1. Periodo Neolítico

El ámbito en que, avanzada la Edad del Bronce, se desarrollaría la brillante realidad micénica continental ofrece indicios de muy remotísima pobla-

ción. La geografía de Grecia, cierto que no toda ella por igual, ofrece bastante Paleolítico, lo mismo Superior que Inferior, y Mesolítico (Runnels: 1995). El siguiente periodo, el Neolítico, se nos documenta largo y completo desde su tránsito a partir de las culturas mesolíticas hasta la introducción de las técnicas metalúrgicas. Los datos arqueológicos son relativamente abundantes y la aplicación sobre ellos de los procedimientos físico-químicos de datación han dado fechas que oscilan entre el VIII y el III milenio a. C., aunque tal vez las dataciones absolutas quedan algo exageradas por el principio. Los materiales cerámicos de Nea Nikomedia, en Macedonia, algo excéntricos por el norte y de los más antiguos, han dado a los análisis fechas de sobre la primera mitad del sexto milenio a. C. (Renfrew: 1972, p. 64). Aunque los restos neolíticos se expanden desde las regiones septentrionales hasta el Peloponeso, es la zona de Tesalia la más explícita –Macedonia aparte, donde la completa estratigrafía de Sitagroi ha dado gran información–, gracias a dos yacimientos y sus correspondientes culturas, que abarcan prácticamente el periodo y que son de particularísimo interés. Este par de yacimientos son los de Sesklo y Dímini. Toda la secuencia desde el Precerámico hasta el Neolítico Medio es clara en Sesklo (VI y V milenios a. C.), mientras que Dímini (IV milenio a. C.) ofrece datos fundamentales para el Neolítico Reciente. A su través, es posible estudiar los elementos, dispersos y diferenciados, que aportan otros yacimientos en ésta y las demás zonas de la península heládica. En la Grecia más meridional hay que destacar para el Neolítico tardío el yacimiento de Eutresis, en Beocia (Caskey-Caskey: 1960). Los hábitats neolíticos más antiguos, los de tipo Sesklo, presentan una acumulación de pequeñas viviendas aisladas de una o dos cámaras, más bien chozas, con frecuencia de tapial y cimientos reforzados para garantizar la resistencia. Es novedad del Neolítico Medio de Sesklo el que se acometieran obras defensivas, tanto muros como fosos. Dímini, en el Neolítico Reciente, presenta una fortificación que merece ya el nombre de acrópolis. La tendencia a la complejidad urbanística y a la defensa de los poblados, relativamente extensos y bastante habitados para la época, se nota según avanza el período, cosa que prueba que estos pobladores, fundamentalmente agricultores y ganaderos, se veían forzados por las circunstancias que fueran a nuevos modos de vida, más complicados y menos plácidos, que luego abocarán a los propios de la Edad del Bronce. Estos núcleos de habitación neolíticos suelen tener en sus proximidades tierras adecuadas para la agricultura y agua bastante. Aunque algunos, costeros, parecen estar también en función del mar y sus recursos.

La vivienda evoluciona poco a poco desde la calificable de simple choza hasta la de planta cuadrangular de hasta tres o más habitaciones. Los enterramientos se efectúan en el interior de los poblados a los largo de todo el periodo, aunque en el Neolítico Reciente comienzan a surgir enterramientos ya dispersos, especialmente en cuevas, sin que falten las fosas y las cons-

trucciones funerarias, de mampostería, piedra o arcilla. El rito practicado es el de la inhumanción, aunque se han encontrado en Tesalia evidencias de incineración de los cadáveres. La cultura material de carácter menor, la cerámica sobre todo, varía mucho de zona a zona. Estos neolíticos heládicos tenían algunas relaciones con el exterior, como prueba el hecho de que haya importaciones cicládicas en algunos de los estratos. Se pensaba que la iniciativa de estos contactos partía de las islas, pues los neolíticos continentales fueron, parece, menos emprendedores que los cicládicos. Pero hoy parece demostrado –por Perlès– que hubo en Grecia obsidiana de Melos antes de la ocupación de las Cíclades, que, como es preciso recordar, tiene lugar en un Neolítico avanzado.

5.1.2. El Heládico Antiguo

El principio de la Edad del Bronce en Grecia, o comienzo del Heládico Antiguo, supone la asunción de las técnicas metalúrgicas por parte de los pobladores continentales, partiendo de los ensayos calcolíticos hasta lograr una cultura del metal semejante a las insulares y minorasiáticas. La cronología más aceptable para el comienzo del periodo es la de 3000 a. C., o algo más tarde. El paso no se ha dado por igual en la Grecia del norte y en la del sur. En esta última la evolución ha sido más rápida y profunda, mientras que en la septentrional se puede hablar de un subneolitismo conservador. Ello explica que los poblados de Tesalia y resto de la zona septentrional tiendan a ser los mismos que en la etapa anterior, mientras que en las zonas meridionales de Grecia encontremos con gran frecuencia el abandono de los núcleos de población antiguos y la construcción de otros nuevos de aspecto distinto. Preocupa, parece, la seguridad de estas agrupaciones urbanas, de ahí que se prefieran las elevaciones y que, desde al menos el Heládico Antiguo II, tengamos amurallamientos de mayor o menor envergadura para los poblados de escasas defensas naturales, como parece ocurrir, cual opinan algunos, en Tebas, Tirinte, Lerna y en otros lugares. Las casas eran por lo general de adobe, aunque quedaban reforzadas por cimientos de piedra y revocos. Algunas apenas si pasaban de simples cabañas y otras tenían plantas más complicadas y arquitectura de mayor fuste, pero sin excepción tendían a la irregularidad y presentan aspecto más primitivo por término medio que las contemporáneas de las islas.

Los antiguos heládicos del Bronce en su primera etapa, y esto vale para los hábitats del norte y del sur, siguen siendo agricultores y ganaderos, cual sabemos por lo que las excavaciones han ofrecido de huesos de animales, de productos naturales y de utensilios de finalidad identificable. Ganado ovino, vacuno y porcino; producción de cabada y otros granos, frutas, vino y aceite; obtención de caseos. La artesanía aprovecha en el parte los despo-

jos del ganado, huesos, cuero y lana, aunque la cerámica y la metalurgia son las modalidades manufactureras más significativas. Tenían relaciones con el exterior, pero no por ellos mismos, pues sus barcos eran inadecuados y escasos, sino a través de la actividad de cicládicos y minoicos. Sólo muy tímidamente eran hombres de mar, hasta el punto de que ni siquiera aparecen como buenos consumidores de productos de la pesca. Los asentamientos de isleños, cicládicos en la costa oriental, minoicos en la cercana isla de Citera, debieron de compensar esta falta de propensión a vivir de cara al mar por parte de los paleoheládicos, para acabar constituyendo un conato de escuela que daría sus frutos, poco a poco, con el paso del tiempo.

No sabemos mucho de las costumbres funerarias de estos hombres del Heládico Antiguo. Los contados elementos de que disponemos permiten deducir que se enterraban en pequeñas fosas, con tinajas no grandes o aprovechando cavas de la roca. Avanzado el período, comienzan a extenderse los enterramientos de túmulo, utilizados por Hammond para su teoría sobre la llegada de los griegos a la Hélade, según ya vimos en el correspondiente lugar. Las hay de este tipo en la Grecia central del Heládico Antiguo II, por ejemplo en Beocia y Atica. En lo que se refiere a las creencias de estos hombres del primer Bronce continental no se puede decir nada seguro, salvo quizá que existía ya una religiosidad hasta cierto punto comunitaria, a juzgar por algunos elementos anómalos dentro de algún que otro hábitat urbano, tal vez área religiosa, como es el caso del túmulo circular que parece no funerario, una veintena de metros de diámetro, del poblado peloponesio de Lerna. Ignoramos si tenía o adquirió entonces carácter religioso un elemento arquitectónico que el Bronce Antiguo hereda de la cultura de Dímini: el mégaron. Se trata de una pieza con hogar central descubierto y techado a vertientes hacia el interior sobre columnas; dos en las manifestaciones iniciales de Dímini, cuatro en los modelos más evolucionados, que pervivirían por toda la Edad del Bronce hasta hacerse particulares indefectibles de los palacios micénicos del Heládico Reciente. Si estos paleoheládicos fueran ya griegos, que no lo sabemos, tendrían ya en su panteón a aquellas divinidades más netamente indoeuropeas, por lo menos a Zeus.

5.1.3. El Heládico Medio

El Bronce Medio continental se inicia en torno a 1900 a. C., si bien, una centuria antes, el término del Heládico Antiguo II y el inicio del III supone un corte arqueológico marcado, cambio subitáneo en la Argólide y a lo que parece más paulatino en otras regiones de Grecia. El verdadero comienzo de las innovaciones, preciso es reconocerlo, está en el Heládico Antiguo III. Se ha llegado a hablar de arribada de nuevas gentes con tradiciones diferentes (Caskey: 1971), aunque no hay seguridad al respecto. El autor aca-

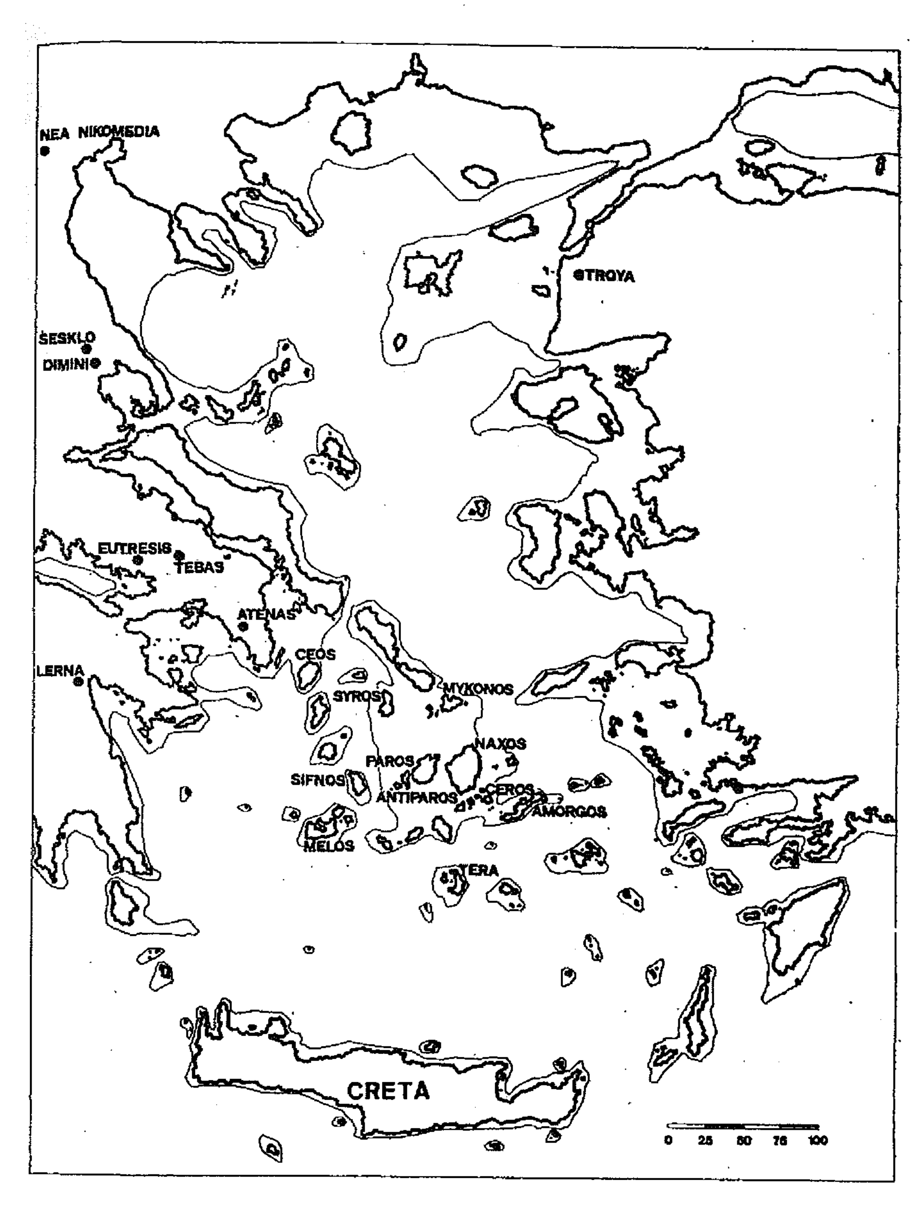


Figura 5.1. Grecia y Cíclades prehelénicas.

bado de citar vuelve a concluir lo mismo para el paso del Heládico Antiguo al Medio, como si se tratara de la prolongación de un largo fenómeno (Caskey: 1973b). Hay quienes comparten esta opinión (Cadogan: 1986), pero no piensan lo mismo otros especialistas, entre ellos, de manera especial, Renfrew, convencido de la autoctonía de lo heládico. Quienes consideran que a lo largo del último subperiodo del Bronce Antiguo y el paso al Medio ha habido asentamiento de inmigrantes se ven tentados a situar aquí el momento en que hacen acto de presencia los primeros griegos. Es el caso del primero y segundo de los autores citados. La civilización que ahora se inicia recibe el nombre de miniana, cual ya quedó dicho en otro lugar, por relación al pueblo de los Minias de Orcómeno, yacimiento primero en que se detectaron vestigios significativos de la típica cerámica bruñida a la que se da la misma denominación convencional. Son varias las modalidades de la cerámica minia, desde la gris a la amarilla, pasando por la mate intermedia; se destribuyen diversamente en lo geógrafico y empalman el final del Heládico Antiguo, en el que hay ya claros antecedentes, con el comienzo del Heládico Reciente, puesto que tenemos evidencia de producción de esta alfarería entrado ya el periodo micénico.

Es de señalar que da la impresión de que en esta etapa del Bronce Medio griego, por lo menos en bastantes zonas, hay aumento demográfico al tiempo que reducción del número de los poblados, indudablemente por una decidida tendencia de aquellas gentes a acumularse en determinados núcleos de habitación. En urbanismo y arquitectura hay que señalar como característica la tendencia de los mesoheládicos a establecerse sobre colinas y elevaciones roqueras, buscando sin duda la fácil protección. Ello no quiere decir que la mayoría de los poblados del Heládico Medio fueran de nueva planta, pues muchos no han hecho sino aprovechar lugares ocupados en el Heládico Antiguo. Ejemplo muy significativo de ubicación reaprovechada lo ofrece el poblado de Malthi, en la Mesenia, que presenta unas defensas de muro protector de la mayor parte del conjunto urbano. Tebas da para la época un cerramiento que admite ya la denominación de verdadera muralla (Symeonoglou: 1985, p. 21), de la que, por los necesarios reaprovechamientos debidos a la escasez de piedra en los alrededores, no quedan muchos restos. Las casas mesoheládicas son irregulares y tienden a la eliminación de ángulos, mediante redondeo de las esquinas y el trazado absidal. En algunos lugares se advierte la influencia cretense, limitada, ocasionalmente muy temprana, como es el caso de Lerna, cuyas excavaciones y análisis de materiales, objetos minoizantes de fabricación local, sugieren la presencia estable de cretenses en este centro desde el Heládico Medio I (Rutter-Zerner: 1984), cosa que puede ser también cierto para otros puntos del Peloponeso oriental (Rutter: 1977).

Las costumbres funerarias del período son muy variadas. Es frecuente encontrar sepulturas intramuros, sea bajo el suelo de las viviendas o en el

exterior. Se conoce, y es típica, la sepultura de cista, con el difunto encogido entre las placas de piedra dispuestas rectangularmente. No falta tampoco el enterramiento en *pithoi*. Hay asimismo tumbas de carácter tumular en el Heládico Medio, de las que se han hallado varios ejemplos desde la Fócide hasta la Mesenia, pasando por el Atica y la Acaya. Existe la tumba de cámara, probable reminiscencia de los enterramientos de túmulo, como el espécimen doble de Lefkandi recientemente dado a conocer, que cuenta con paralelos de la época (Sapouna-Sakellaraki: 1995). A lo largo del período la sepultura de cista evoluciona hasta convertirse en fosa de más capacidad, a veces para una pluralidad de cadáveres, lo que viene a ser preparación para las grandes fosas que tenemos en Micenas en la etapa siguiente del primer Bronce tardío. Es de destacar la pobreza de los ajuares funerarios del Mesoheládico y que, aunque sólo en la Grecia central, haya aparecido alguna que otra modesta estela sin duda de carácter sepulcral. Es doblemente lástima, por ello, que las cámaras de Lefkandi acabadas de citar hayan sufrido saqueo en época reciente antes de que llegaran a ellas los excavadores.

De los pobladores del Bronce Medio se ha dicho que serían quienes introdujeron el carro y el caballo de guerra. No fue así. Conocían el caballo, aunque sólo para usos domésticos y de labor. Eran gentes activas, pero pacíficas y escasamente desarrolladas; dedicadas a la agricultura y a la ganadería, muy primitivamente organizadas en lo sociopolítico, y con una artesanía que es básicamente distinta a la del período anterior, pero no ha supuesto un claro avance en técnicas y posibilidades. Estos heládicos del Bronce Medio van en todo muy a la zaga con respecto a las civilizaciones contemporáneas de los cretenses y los demás insulares que están integrados en su círculo. Una característica que habría que señalar a esta cultura es que compagina la uniformidad y el particularismo; lo primero, como consecuencia de la propia pobreza que le es consustancial, hasta que comienzan las filtraciones cretenses, y lo segundo, por los escasos contactos que en ocasiones se producían entre los diversos grupos.

La cultura miniana, que tiene precedentes claros, como ha quedado ya dicho, en el Heládico Antiguo III, ofrece particulares muy diferenciados con respecto a las continentales anteriores. Estos elementos característicos parecen proceder de Asia Menor y no se han extendido en Grecia ni por igual ni con la misma rapidez. Tesalia, con su tendencia al conservadurismo, recibió muy tardíamente la cultura miniana, circunstancia que podría indicar que los influjos no han venido desde el norte. Existe indudable conexión entre lo que Grecia conoce durante el Bronce Medio y lo que representa la cultura de la Troya VI, contemporánea, aunque, en inicio de período, un poco posterior. La integración de los nuevos influjos fue pacífica y gradual, efectiva a la postre, mas permitiendo la pervivencia de tradiciones locales antiquísimas o anteriores, como el mégaron en lo arquitectónico y algunas variedades de enterra-

miento, por ejemplo el túmulo, en lo funerario. Las influencias de origen cretense, tempranas en algunos lugares como ya se ha dicho, y más intensas al final del período (Graziadio: 1978; Rutter-Zerner: 1984; Korres: 1984; Niemeyer: 1984b), aportarán a esta síntesis mesoheládica la componente que supondrá la superación de los atrasos culturales y la entrada en el Bronce tardío o Heládico Reciente, por otra denominación etapa micénica. Este resurgir parcial y desigual, según las diferentes zonas de Grecia, que caracteriza al Heládico Medio avanzado y es evidente en Peristeria y Hagios Stephanos entre otros lugares, puede considerarse como la preparación o el antecedente directo del Heládico Reciente, pero, salvo mejor prueba, no debemos dar fe todavía al pretendido micenismo del siglo XVII a. C., fundamentado en la perturbadora y sospechosa –no de autenticidad, sino de ajuste a contexto arqueológico y cronológico– pieza inscrita con signos de la Lineal B aparecida en las cercanías de Olimpia (Arapogianni et alii: 1997). De momento es mejor suspender el juicio sobre tan llamativa novedad. Téngase en cuenta que esto haría a la Lineal B contemporánea a los primeros especímenes de la Lineal A.

5.2. La Epoca Micénica

5.2.1. Caracterización del Heládico Reciente

La última parte de la Edad del Bronce en la Grecia continental se caracteriza sobre todo por el papel tan importante que representa lo minoico no sólo en la cultura material, sino también en los modos de vida y en el aspecto sociopolítico. Lo que toman los heládicos de Creta es básicamente la estructura palacial como vertebración de la sociedad. la condición de marinos, la actividad comercial en el exterior, la escritura y muchos aspectos culturales más, entre ellos algunos de carácter religioso. Pero hay otro elemento esencial en la Grecia del Bronce Reciente: el militarismo. De este último factor se decía antes ser ajeno a Creta, y por tanto de procedencia no minoica. Hoy debemos replantearnos su calificación, una vez que cada vez tenemos más clara, cual más arriba hubo ocasión de ver, la importancia de lo militar en la Creta del Bronce premicénico. En el Heládico Reciente los caudillos se entierran con grandes espadas, lanzas y puñales; se adopta el carro de guerra, las ciudades van rodeándose de impresionantes fortificaciones a medida que avanza el período y gustan las representaciones de hechos de guerra y enfrentamientos armados. Bajo un ropaje minoico, toda la mentalidad se ha endurecido sobre pautas sin precedentes en las culturas heládicas anteriores. Aunque esté en franca revisión el pacifismo minoico, sigue siendo difícil llegar a explicaciones precisas de cómo ha surgido esta sociedad en tan marcado contraste con la plácida y sin ambiciones del período anterior.

5.2.2. Las tumbas de fosa de Micenas

Los más antiguos elementos del Bronce Reciente continental descubiertos, altamente significativos por lo demás, surgieron en las excavaciones de las sepulturas de fosa de los círculos B y A de Micenas, dos agrupaciones de sepulturas rescatadas por Papadimitriou y Mylonas, entre 1952 y 1954, y Schliemann y Stakamakis a partir de 1876 respectivamente (Mylonas: 1966, p. 89 ss; Vermeule: 1975). Ambas agrupaciones de tumbas, rodeadas posteriormente de sendas circunferencias de protección, son prácticamente coetáneas, algo anterior la B que la A, pero en cualquier caso complementarias. No parece aceptable la absoluta contemporaneidad de ambos círculos, defendida por Platon en la idea de que lo aparentemente más antiguo del B son supervivencias en el Heládico Reciente de costumbres funerarias del período anterior o, todo lo más, sepulturas de un cementerio mesoheládico previas al conjunto del círculo (Platon: 1981, II, p. 212-213). Los elementos más antiguos del círculo B corresponden todavía al Bronce Medio, mientras que los posteriores y cuanto apareció en el círculo A pertenece ya al Bronce Reciente. La tumba de cronología más remontada del círculo B, la conocida por la letra *heta*, es todavía una cista con el cadáver encogido y materiales cerámicos de tipo miniano amarillo; luego se pasa a las tumbas de fosa, la mayoría en el círculo B y todas las del A, donde el cadáver o cadáveres aparecen estirados y con ajuares más o menos ricos. Es posible afirmar, siempre suponiendo que un círculo tiene un punto de anterioridad con respecto al otro, que los enterramientos del círculo A correspondían a monarcas –teoría de larga tradición– y los del B a personajes distinguidos, quizá, al menos en el principio, cuando la organización palacial, y por lo tanto el ápice monárquico, no era todavía un hecho. Esta suposición no está bien vista entre bastantes estudiosos, pues es moda pretender que la verdadera realeza no llega a Grecia hasta el Heládico Reciente III, como si la falta de pruebas de control palacial o la evidencia de un control más incipiente permitiera negar la estructura monárquica básica para momentos anteriores a dicho periodo. Hay que reconocer, empero, el interés de algunas reflexiones inconformistas sobre el particular de referencia (Laffineur: 1995). Las sepulturas del segundo grupo de enterramientos, los del círculo B, ofrecen muy escasos elementos de influencia cretense; en las del grupo A, por el contrario, lo minoico es muy fuerte, sin que lo puramente heládico quede ausente del todo. Dos estelas del círculo B y once del A, de piedra caliza, aportan representaciones de animales, y lo heládico, cual las ornamentaciones en espiral, se combina con escenas de combate, en carro y a pie, típicamente micénicas. Los variados y ricos ajuares de las tumbas reales están integrados por armas, vasos, máscaras y orfebrería, donde abundan los metales nobles y que conjugan los temas decorativos de tipo heládico, como las rosetas, espi-

rales y círculos, con los minoicos, como el pulpo y las representaciones de cabezas de toro, junto a esa componente invariable que es lo militar, presente no sólo en la propia existencia de las armas, sino también en la plástica, se trate de las estelas antedichas, se trate de sellos con escenas de guerra, se trate por fin del excepcional vaso fragmentario, de plata, que representa el tema del asedio de una ciudad en técnica de repujado (Vermeule: 1971, p. 128 ss). Todo el material hallado en las tumbas del círculo A y el menos antiguo de las del círculo B, pues aquí lo hay anterior, debe ser datado en el siglo XVI a. C.

Las novedades de estilo, modo de vida y mentalidad que revela el Heládico Reciente o Micénico, del que son principal y más antiguo exponente los hallazgos en las tumbas de fosa, han hecho pensar a los especialistas en el origen posible de cuanto contribuye a configurar el carácter del período, y las posturas al respecto han sido varias (Hooker: 1976a, p. 45 ss). Evans había sugerido la procedencia cretense de todo lo micénico en la idea de que había tenido lugar una dominación del continente griego desde la isla (Evans: 1929; 1935, p. 237 ss y 549). Un gran conocedor de las cosas de Micenas, Wace, siguiendo una teoría de Karo del primer tercio de nuestra centuria, sustentó la idea de que los griegos habían hecho incursiones piráticas muy organizadas a Creta, de donde habían traído no sólo objetos típicos que, como preciosos, harían suyos, sino incluso también artesanos para hacerlos trabajar a su servicio (Karo: 1930, p. 334 ss; Pendlebury: 1939, p. 258). Otro intento de explicación fue el de Persson, quien lanzó la hipótesis de que mercenarios heládicos auxiliaron a los egipcios para expulsar a los hicsos y que, al regresar, trajeron elementos culturales desconocidos en Grecia, entre ellos el carro de guerra (Persson: 1942, p. 164 ss y 178 ss). Cada una de estas teorías tiene sus apoyaturas en el mito y su valor explicativo parcial, pero no dejan de ser susceptibles de crítica. La hipótesis de Evans perdió mucha fuerza cuando, descifrada la escritura Lineal B, se vio que la contabilidad de los palacios, incluyendo el de Cnoso, utilizaba la lengua griega y no la desconocida lengua minoica, pretendidamente dominante. Sin embargo se vuelve a insistir en el carácter minoico, al menos posible, de lo que revela el círculo A de Micenas, aunque tendiendo más a la idea de la influencia que a la rechazable de la conquista en que creyó Evans (Hood: 1981; Hägg: 1984). La teoría del pillaje presenta como dificultad la falta de evidencia arqueológica en Creta al respecto de actuaciones violentas de los continentales y la incapacidad para explicar todo cuanto de nuevo presenta la Grecia del Bronce Reciente. La teoría egipcia no está suficientemente fundada, no explica la fuerte influencia minoica y sólo vale para justificar algún elemento egipcio así como la dimensión militar característica; pero los rasgos egipcios se entremezclan con otros indiscutiblemente cretenses, lo que apunta más a una llegada indirecta a través de la gran isla. Es el caso de los objetos egiptizantes de la fosa

V del círculo A, que en el mejor de los casos aparecen minoizados y, en el peor, eran conocidos por los cretenses con anterioridad a su documentación en Micenas. Aparte de que no faltan temas de procedencia anatólica y centroeuropea (Harding: 1984, p. 281 y passim). Hay quienes hablan de una estrecha relación entre Micenas y Cnoso, más fuerte que la de otros lugares continentales, lo que explicaría que el fenómeno de las tumbas de fosa carezca de parangón en el resto de los yacimientos del Heládico Reciente I (Dickinson: 1977, p. 54-55). Ultimamente los arqueológos tienden a limitarse, en mayor prudencia, a distinguir entre los materiales de ambos círculos lo que es cretense, lo imitado, lo simbiótico o ecléctico y lo que responde a la propia tradición heládica; qué es de producción local y qué ha llegado por vía de importación (Laffineur: 1990-1991).

Qué ha pasado en Grecia, o más concretamente en la Argólide, a comienzos del siglo XVI es muy difícil precisarlo y explicarlo. Destrucciones que hagan pensar en invasores no se detectan y sin embargo las innovaciones que apuntan a estímulos foráneos son muchas. Entre la sociedad y la cultura del Bronce Medio y lo que nos ofrece este periodo micénico que comienza hay, en muchos aspectos, diferencias abismales y de complicada comprensión, por más que el Heládico Medio III y los comienzos del Reciente I constituyan un largo momento transicional. Más fácil resulta describir que interpretar, como fácil es deducir de síntesis aceptables, que satisfacen más en lo que tienen de presentación del fenómeno que de cumplida explicación de éste (Dietz: 1991). Es claro que la sociedad se ha endurecido y solidificado, respectivamente en el doble fenómeno del militarismo y de la articulación palacial. Ambos factores pueden haber llegado desde Creta, aunque no son de descartar otros estímulos o influencias convergentes. De todas maneras, lo cretense es mucho y perceptible, por muy externo, en la vida de estos continentales del tardo Bronce. Cabe decir en principio que lo micénico es resultado de una simbiosis, no exclusiva, entre la tradición heládica y la minoica; y no necesariamente por mezcla entre los griegos y los cretenses, como alguien ha sugerido (Platon: 1981, II, p. 261). El estudio de los materiales de estas elocuentes tumbas de fosa de Micenas hace pensar en un eclecticismo vario donde lo cretense tiene presencia importante, sea en objetos minoicos propios, sea en objetos hechos por cretenses a encargo de continentales, sea en material manufacturado en el continente a imitación de lo minoico (Dickinson: 1984). De todo esto hay, o es posible que haya, en los ricos ajuares de las tumbas de fosa. Aparte de la cabeza de toro, son elementos minoicos en origen la doble hacha, algunas formas de vasos y de orfebrería, el tipo de sellos y ciertos convencionalismos de escena. Preciso es buscar otro origen para las máscaras funerarias de oro y el gusto por el ámbar. Sobre las armas, puñales y espadas, es difícil pronunciarse, a pesar de que cada vez se imponga con más fuerza la tesis del militarismo minoi-

co. Es sugerente la idea de que en la base de los principados y de esa cultura material tan extraordinaria y brillante, estrechamente dependiente de la minoica, se encuentra el propio proceso de afirmación de las personas o grupos familiares poderosos sobre el pueblo ordinario, de tal manera que ese acceso a bienes de prestigio inalcanzables para la generalidad pudiera haber supuesto el mecanismo de dominación y, como respuesta, el reconocimiento (Wright: 1995). Lo cretense, así, sería el envoltorio posibilitante y justificativo del poder, y más concretamente del poder principesco en vías de constituirse o cristalizar. Por decirlo mediante otra formulación, en este momento puede haberse pasado a la suplantación de unos pequeños poderes en forma de jefaturas locales a unos dominadores de nivel superior, que revisten su figura y su significación mediante el aparato formal y material propio de los minoicos (Palaima: 1995).

5.2.3. La influencia cretense

Aunque es mucho el valor de testimonio de estos enterramientos de notables excavados en Micenas, no toda la arqueología del Bronce Reciente inicial se reduce a ellos, y mucho menos si pensamos en el Heládico Reciente en su totalidad. Con razón se ha señalado cuánto desequilibra la visión general de lo que es la primera parte del micénico una excesiva dependencia de los espectaculares materiales que dieron las grandes tumbas de fosa (Touchais en Treuil et alii: 1992, p. 239-240). Otros lugares de Grecia, la Mesenia puede servirnos de ejemplo, presentan distintas manifestaciones de cultura material funeraria, innovadora y rica. Pensemos en los notables enterramientos de la zona cementerial de Peristeria. Las viviendas y hábitats, por lo general todavía no muy distintos de los mesoheládicos, son más evolucionados en las zonas peloponesias de superior desarrollo. Es la cerámica sobre todo lo que ha permitido distinguir subperíodos e incluso subdividir en ellos con la consiguiente posibilidad de datación aproximativa para cualquier elemento al que cabe atribuir coetaneidad con alguna de las variedades cerámicas sistematizadas en la tipología al uso, escasamente contestada. A la cerámica miniana amarilla, denotativa de cierto influjo exterior, isleño, y propia del último Heládico Medio, la sustituyen vasos correspondientes a prototipos cretenses, en forma y decoración, que evolucionarán con el tiempo en cierta independencia a como lo harán los originales minoicos en Creta. Las primeras influencias minoicas se habían notado ya antes de que terminara el citado período del Bronce Medio, y recuerda Niemeier al respecto la presencia minoica en la isla de Citera y en Hagios Stephanos, lugar de la región laconia (Niemeier: 1984 b), pero en el Bronce Reciente adquieren ya carta de naturaleza y lo que al principio pudieron ser materiales cretenses propios importados, o productos de artesanos de Creta asentados en el continente,

evoluciona a su aire sea en imitación de lo minoico, sea en simbiosis con la tradición heládica. Para la cerámica, el mismo Niemeier ha aportado una interpretación global de los datos no carente de interés ni de ajuste. La minoización se nota también en el ámbito religioso. Y aquí no cabe sino ponderar el papel tan importante de la isla de Citera, cuyos santuarios van ofreciendo datos día a día más significativos, en la difusión de la religiosidad cretense hacia el Grecia continental (Sakellarakis: 1996). Tal vez el caso más elocuente de elementos religiosos minoicos en el continente, de entre los que la arqueología nos testimonia, sea el del área sagrada de Apolo Maleatas, en las proximidades de Epidauro, que aporta elementos muy antiguos, quizá los de fecha más remontada de índole directamente religiosa, y datos indicativos de una fuerte influencia cretense, no sólo en materiales sino en lo que toca a simbología específica (Lambrinoudakis: 1980 y 1981; Hägg: 1996).

5.2.4. Palacios y grandes construcciones de los micénicos

Es preciso tener presente que los palacios micénicos sólo se fortificaron avanzado el período. Al principio eran abiertos lo mismo que los cretenses. Parece que todas las acrópolis micénicas fortificadas reciben las defensas en la última parte del Micénico, es decir, en el Heládico Reciente III. Cabe afirmarlo así para las tres más importantes ciudadelas conservadas: Micenas, Tirinte y Gla. Hubo palacios que nunca llegaron a fortificarse, como por ejemplo los de Pilo y Yolco. En Micenas concretamente el excavador Wace creyó poder distinguir restos de fortificación del Heládico Medio (Wace: 1949, p. 62, 69, 84-87; Rowe: 1954), apreciación contestada entre otros por Mylonas, quien considera que las pretendidas defensas mesoheládicas son en realidad un contrafuerte del Heládico Reciente y distingue tres recintos fortificados –los posteriores, extensiones del inmediatamente anterior–, pero todos ellos de fecha micénica tardía (Mylonas: 1966, p. 15-16 y 22; Iakovidis: 1983, p. 70); sería precisamente en el Heládico Reciente III C cuando el círculo A de tumbas de fosa quedó protegido intramuros. Es asimismo tardía la fortificación impresionante de Tirinte, la primera de todas posiblemente (Iakovidis: 1983, p. 108), y lo mismo se podría decir, en cuanto a cronología, aunque es menos seguro, de las defensas de Atenas y del extensísimo recinto murado de Gla (Iakovidis: 1983, p. 86 y 105). Ningún elemento ni resto de fortificación parece anterior al Heládico Reciente III A, si hacemos excepción del posible caso particular de Tebas (Symeonoglou: 1985, p. 21 y 26 ss). Los más antiguos, detectados en Tirinte, son del primer cuarto del siglo XIV a. C. En cuanto a los palacios en sí, existieron desde el Bronce Reciente I, aunque fueron frecuentemente remodelados y enriquecidos. Se caracterizan por su complicación de planta, con ámbitos nobles y de servicio, y una pieza imprescindible e invariable, tal vez recinto sagrado, que es el tradicional mégaron. Costumbres heredadas

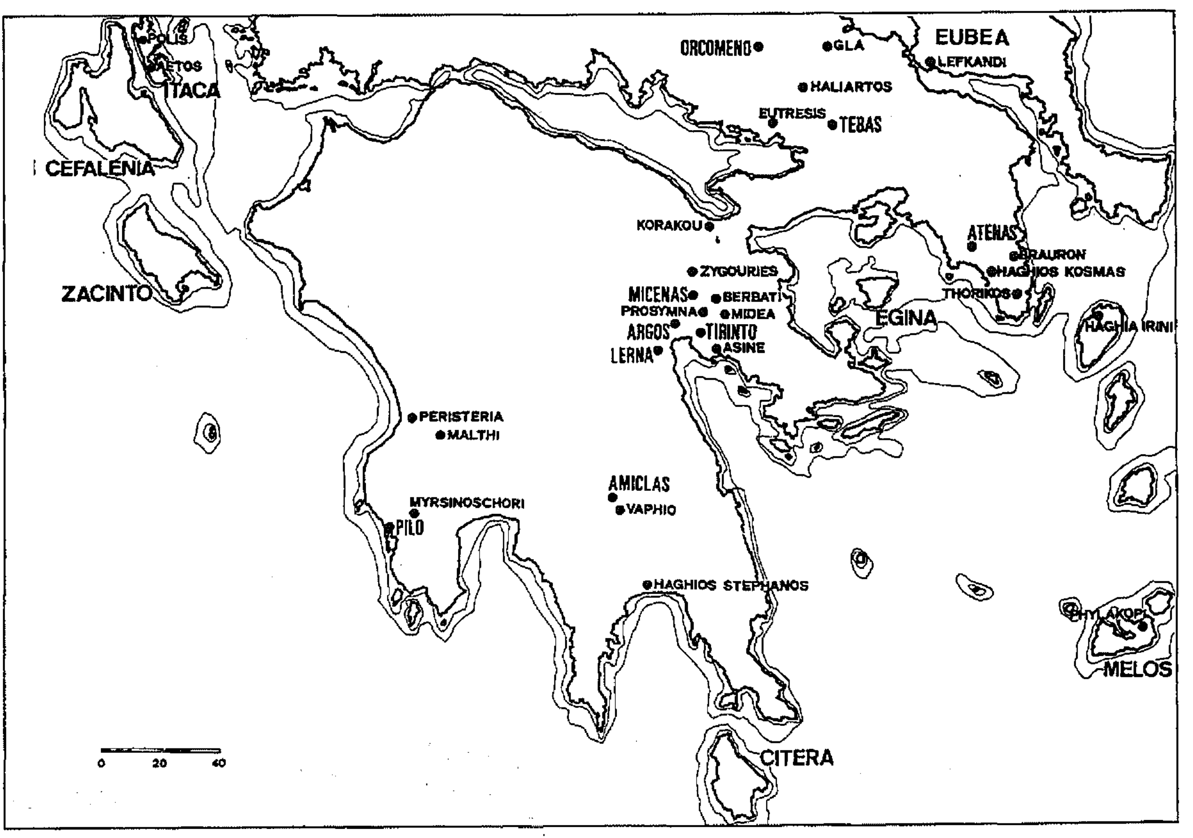


Figura 5.2. Grecia micénica.

de Creta son las de utilizar columnas troncocónicas invertidas bajo capitel abombado y decorar ricamente los muros mediante la técnica del fresco. Tirinte sobre todo, pero también Pilo, Micenas, Orcómeno y Tebas, ofrecen representaciones pictóricas de interés; que no son exclusivas de muros palaciales, sino que se encuentran también en construcciones menores, podría ser del área pública, podría que de la particular. Son muchas las construcciones de casas de diversa época y modalidad que han sido atribuidas al Bronce Reciente; unas anejas a los palacios, otras diseminadas cerca de ellos, otras en dispersión remota, otras en fin formando hábitats no palaciales. El uso de cierto número de esas habitaciones ha sido identificado o intuido, con más o menos precisión, por el material arqueológico encontrado en ellas, cual es el caso de algunas de las cercanías de Micenas, conocidas muy elocuentemente como "casa del mercader de vino", "casa del mercader de aceite", "granero" y "casa del plomo". No hay razones para asegurar que estas construcciones fueran de uso privado, antes bien, podría tratarse de dependencias dispersas de palacio. En algunas de ellas han aparecido tablillas en escritura Lineal B.

En lo que se refiere a las costumbres funerarias, sólo hemos aludido, para la primera parte del período, a las tumbas de fosa de Micenas y los *thóloi* mesenios. La primera, es modalidad de enterramiento típica y prácticamente exclusiva del Heládico Reciente I. No son los de Micenas, por descontado, los únicos ejemplares, ya que hay fosas en otros lugares del Peloponeso e incluso fuera de él. Cuando están en uso los enterramientos en fosa, se conocen ya otros dos tipos de tumba, que son los de cámara con corredor, construidas o cavadas en la ladera de una colina, y las de *thólos*, o construcción circular en falsa bóveda apuntada, también con corredor (Mylonas: 1966, p. 111 ss). Estos últimos monumentos funerarios acabarán siendo los propios del Heládico Reciente III, aunque se inician antes, y el ejemplar más significativo es el llamado Tesoro de Atreo, en Micenas, denominación convencional escasamente ajustada. Hay otros *thóloi* conocidos en la propia Micenas, en Orcomeno, en Dendra, en Peristeria (Trifilia), en Mirsinoscorio (tambien en Trifilia), en Vaphio y en otros muchos lugares, por nada decir los de Mesenia aludidos más arriba.

Los *thóloi* han sido puestos en relación con las familias principescas, lo que vale para los más aparatosos, si bien parece cierto que gentes de situación social intermedia se enterraron en monumentos de ese tipo, pero de pequeñas dimensiones. Tengamos en cuenta que una cierta moda reduccionista pone énfasis en la disociación absoluta entre los *thóloi* y las familias reales (Darcque: 1987). Para este tipo de construcciones funerarias se señala origen cretense. La mayor parte de los ajuares, en lo que toca a los más ricos objetos que pudieran contener y de hecho contenían, han desaparecido por el saqueo a que unos monumentos tan externos se prestan, con la excepción de elementos cerámicos, poco apreciados, que al menos ayudan a la atribución de fecha. Los *thóloi* de Micenas se suceden desde el Heládico Reciente

II hasta el Heládico Reciente III B, es decir, se extienden cronológicamente entre los siglos XV y XIII a. C. Contemporáneos de los más antiguos, y aun anteriores, hay *thóloi* en otras zonas de Grecia, como por ejemplo en la Mesenia y en la Laconia. Para esta última región es de destacar el *thólos* de Vaphio, en el que aparecieron, entre otras piezas, los valiosos y bien conocidos vasos de oro con representación de escenas de caza del toro en técnica de repujado (Davis: 1977; Xenaki-Sakellariou: 1996). El *thólos* de Dendra, en la Argólide, ha salvado asimismo del saqueo un ajuar precioso de valor testimonial y reminiscencias minoicas, lo que cabe decir también de los materiales de Vaphio. Los vasos de oro podrían ser de fabricación local dentro de la tradición cretense; hay en ellos detalles heládicos y minoicos combinados. Ambos monumentos funerarios citados, los de Vaphio y Dendra, parecen corresponder al Heládico Reciente II. Tanto estas sepulturas de falsa bóveda como las más antiguas –en sus primeros especímenes– de cámara servían para diversos enterramientos de miembros de una misma familia. De las de cámara hay que destacar el cementerio de Prosymna, en la Argólide y no lejos de Micenas y Argos, en el que han aparecido materiales de los tres períodos del Heládico Reciente, lo que acerca el inicio de esta modalidad al momento de boga de las grandes fosas. Debemos recordar, por último, que hasta este Bronce tardío han llegado y han continuado en uso túmulos funerarios de tipo kurgan, que ya conocemos para etapas anteriores. Ninguno de los citados tipos de tumbas carece de precedentes más o menos próximos en el Heládico Medio. El rito practicado es el de la inhumación. Es caso excepcional el de una fosa con cadáver incinerado encontrada en Argos (Daux: 1968).

Los micénicos del Bronce Reciente no descuidaron las grandes obras públicas para garantizar servicios y facilitar comunicaciones. Obras públicas ambiciosas eran los sistemas de abastecimiento de agua anejos a las defensas de las ciudadelas y a los palacios. Por lo general se trata de fuentes naturales que manan en la propia ciudadela o en las inmediaciones, y en ambos casos no hay sino que facilitar el acceso al manantial sin que pueda producirse riesgo para el eventual aguador o para el abastecimiento. Es muy especial la circunstancia detectada en Tebas (Symeonoglou: 1985, p. 50 ss), donde no había agua en la cercanía, lo que obligó a una importante obra de conducción subterránea de la que se han encontrado vestigios en cinco lugares diferentes. Y no hay la menor duda de que se trata de un acueducto micénico, tanto por las diferencias con respecto a los de épocas posteriores, cuanto por los hallazgos cerámicos. Da una idea de su envergadura como obra de ingeniería saber que en sección mide 2 metros de altura por más de 1 de anchura –entre 1 y 1,20– y que, en lo conservado, tenemos trazas por casi un par de kilómetros. Al margen de estas fuentes y conducciones que están al servicio de las ciudadelas y de los palacios, procuraron los micénicos la irrigación de zonas secas, mediante canalizaciones y reservas, de las que, si

algunas sobresalen, son las obras de aprovechamiento del lago Copais (Kenny: 1935) y la presa ciclópea de las proximidades de Tirinte dada a conocer por Balcer hace ya algunos lustros (Balcer: 1974).

Existía también una red de caminos en cada uno de los reinos, y posiblemente incluso uniéndolos entre sí, de la que han sido estudiados bastantes vestigios. Los viajes de Telémaco en la homérica *Odisea* parecen el recuerdo de largas travesías micénicas en carro, confirmadas por algunos vestigios observados en los tramos que se conservan. Han sido identificados como micénicos sectores de vías en la Argólide, en Mesenia, en Beocia y en otros lugares. Hay quienes interpretan como contrafuerte de vía la obra ciclópea de Isthmia que se suele tener como defensas del istmo de Corinto. Así Kardara, no parece que con mucho acierto (Kardara: 1971). No faltan tampoco las alcantarillas y puentes de diverso tamaño para salvar corrientes o fallas del terreno. Los griegos tardoheládicos se preocuparon de facilitar, en lo que cabe, las comunicaciones por tierra, como antes habían hecho los minoicos, aunque ahora las vías, o algunas vías, adquieren el nuevo carácter que les confiere su integración en un sistema de control y vigilancia, en suma, defensivo.

5.3. Panorama de la arqueología micénica

5.3.1. Centros y yacimientos continentales

El investigador sueco M. P. Nilsson, gran especialista en religión griega, advirtió ya en los años veinte la coincidencia entre la mayoría de los lugares destacados del mito con los centros palaciales revelados en todo o en parte por la arqueología (Nilsson: 1950 y 1932). El ciclo de la casa de Atreo, uno de cuyos soberanos , Agamenón, fue según el mito rey de reyes para los griegos sitiadores de Troya, está relacionado con Micenas. Tebas es la residencia de la casa de Cadmo, a la que perteneció Edipo y cuya trágica descendencia protagonizaría el episodio de los siete caudillos que atacaron la ciudad. Orcómeno, cual quedó ya dicho en otro lugar, aparece en la leyenda como la ciudad de Minias y de los minias. Pilo es el reino de Neleo y los neleidas, entre ellos Néstor, el más anciano y prudente de los caudillos helenos destacados en Troya. El príncipe Diomedes está vinculado a Tirinte y Argos. Se refieren a Atenas los ciclos de Erecteo y de Teseo. En el norte, Yolco, identificada con los restos de los alrededores de la moderna Volos, es la ciudad de Jasón y de los Argonautas, relacionada con las tendencias expansionistas de Peleo, hijo de Éaco y padre de Aquiles, rey de la Ftía. Al margen de estos centros mítico-arqueológicos del continente, habría que citar Cnoso, en Creta, que no sólo es en la tradición helénica la residencia de Minos, sino que en los poemas homéricos lo es del príncipe griego Idomeneo, caudillo de

los contingentes cretenses ante Troya. Y no son exclusivamente estos citados los lugares importantes del mito griego que han proporcionado materiales arqueológicos de época micénica, si bien quizá sean los de mayor interés.

Llama poderosamente la atención la concentración de fortificaciones palaciales micénicas en la Argólide, rodeadas de áreas funerarias y otras obras de la época (Scoufopoulos: 1971, p. 29 ss). Destaca sobre todo Micenas, el centro que da nombre a toda la civilización y que aparece colocada por Homero al frente de toda Grecia. Sobre una altura en la que confluyen varias vías suficientemente exploradas, se alza el palacio, protegido por amplio recinto fortificado del que lo más sobresaliente es la principal puerta, la del lado occidental, llamada de los Leones por el bien conocido relieve triangular que descansa sobre el dintel. Ya ha quedado dicho que la ciudadela de Micenas es del Heládico Reciente III, mientras que en su origen el palacio es anterior, del Heládico Reciente I. Disimulada en la muralla había una cisterna que recibía el agua de manantiales situados relativamente lejos. Hay restos de casas importantes en significación tanto dentro como fuera del recinto murado, algunas de las cuales han sito ya citadas más arriba. En la "del mercader de aceite" y en la "de las esfinges" se encontraron tablillas en Lineal B. Algunos otros de estos documentos aparecieron en la propia ciudadela, si bien no se ha dado con el archivo del palacio (Sacconi: 1974 a).

Aparte de los círculos de tumbas, uno de los cuales, el A, sin duda real, quedaría protegido por la primera ampliación de la muralla debido sin duda a motivaciones político-religiosas, y de los enterramientos de tipo *thólos* de las inmediaciones, hay en las cercanías de Micenas numerosas tumbas de cámara, entre las que destacan el conjunto, algo alejado, de Prosymna, que da una cincuentena de estos recintos funerarios circulares (Mylonas: 1966; Wace: 1980). Tirinte, por su parte, es una ciudadela que conoce tres etapas de construcción por sucesivas ampliaciones. En la parte alta está el palacio, que ha dado preciosos restos de pintura y bajo el que existen elementos constructivos anteriores a las defensas, que son del Heládico Reciente III y en origen ligeramente más antiguas que las de Micenas; tal vez las primeras en erigirse, pues aportan restos del primer cuarto del siglo XIV a. C. (Iakovidis: 1983, p. 5) El recinto bajo de la ciudadela acoge diversas construcciones, posiblemente almacenes y dependencias, y los accesos a los pozos que garantizaban el abastecimiento de agua. Fuera de la fortificación quedaban las casas y las construcciones funerarias, así como una serie de obras de ingeniería para la irrigación del territorio. Este centro estaba mucho más cerca de la costa en tiempos micénicos que en la actualidad y, contra lo que se ha venido diciendo, no aumentó su superficie habitada en el Heládico Reciente III C, tras las destrucciones de 1200 a. C., como consecuencia de un nutrido aflujo de refugiados, pues las observaciones recientes no detectan dicho fenómeno (Zangger: 1994). No han aparecido en este centro micénico documentos en Lineal B, salvo algunos signos sobre cerámica.

El caso de Argos y su papel en época tardoheládica constituye un problema muy particular. Es un centro mítico de primer orden, sin claro correlato arqueológico, que tanto se podría explicar por las dificultades que la población posterior, antigua y moderna, provoca como por una exaltación artificial del lugar y su historia en momentos postmicénicos. Se ha supuesto que hubo otra ciudadela en Argos, concretamente en la altura de Larissa, sin pruebas concluyentes. No se descarta que el palacio estuviera aquí y que el hábitat alcanzara hasta el vecino Aspis, si bien los materiales apuntan en especial al Heládico Medio, mucho menos al Reciente, y hay muchas inseguridades sobre lo que pudo representar este centro. Tienta la idea de que fue importante, ya que presenta la mejor posición natural de la región argólica, por nada decir de su papel en el mito, pero tal vez lo más prudente sea suspender el juicio o negar provisionalmente que Argos fuera cabeza de un principado. Los materiales micénicos quedan, empero, bastante cortos para lo esperable (Touchais: 1996). Son de destacar las construcciones, funerarias y otras, de la parte baja y de la inmediata cuenca del río Deiras, en las que no faltan ajuares. Todo ello del Heládico Reciente avanzado, ya que, al menos en lo que hasta el momento hay, falta aquí una continuidad estricta y brillante entre el Bronce Medio y la primera parte del Reciente. Inútil es buscar en la gloriosa Argos nada que sugiera lo que daba la Micenas de las tumbas de fosa. La habitación de Argos, todo lo precaria que fuera, siguió en el Heládico Reciente III C.

Otros yacimientos interesantes de la Argólide son los de Berbati, Asine, Zygouries, Prophitis Ilias y Midea. El primero presenta un pequeño asentamiento murado, con una posible casa-templo de interés y construcciones funerarias. En Asine hay una fortificación en la colina, con ciudad baja y tumbas de cámara en las proximidades; da también otra casa-templo en la que aparecieron objetos de culto y figurillas de carácter religioso. Los restos de Zygouries los constituyen un pequeño hábitat no fortificado y enterramientos (Blegen: 1928). El conjunto funerario de Prophitis Ilias, *thóloi* y cámaras, el más representativo de las cercanías de Tirinte, abarca desde el Heládico Reciente I hasta el III C. El tercer centro micénico de la Argólide en importancia, tras los de Micenas y Tirinte, es Midea, situada en el lugar de Palaikastro, donde tenemos una ciudadela bien defendida, quizá del siglo XIV a. C., como las demás argólicas (Iakovidis: 1983, p. 21-22), con dos puertas, una conocida de antiguo y otra, la occidental, revelada en excavaciones de los años ochenta, derrumbada por un terremoto y luego ciega (Demakopoulou: 1996), y los restos funerarios de Dendra, entre los que sobresalen un *thólos* y un curioso cenotafio en forma de tumba de cámara. Habría que destacar también los restos micénicos del área santuarial de Apolo Maleatas, próxima a Epidauro (Lambrinoudakis: 1981), con todo lo que esta continuidad religiosa entre el segundo y el primer milenio pueda significar. Estos y otros restos micénicos más de la Argólide presentan un conjunto de no fácil explicación

en lo sociopolítico, pues tanto pueden sugerir alguna clase de unidad bajo la hegemonía de Micenas, cuanto que se tratara de poderes independientes y bien defendidos ante la recíproca desconfianza de cada uno frente al vecino. El intrincado mito griego no permite, en lo que a este región se refiere, una interpretación segura al señalado respecto. Hacia el norte, la zona del istmo de Corinto se puebla muy notablemente en el Bronce Reciente, a juzgar por los hallazgos micénicos, pero no se han encontrado restos palaciales en la región (Salmon: 1984, p. 16-19).

Había en Atenas, y en lo que sería la acrópolis posterior, otra ciudadela ciclópea de la que se conservan algunos vestigios, entre ellos la fuente, profundísima, que le daba agua. Fuera del recinto fortificado se extendía una ciudad baja con vida en el Heládico Reciente III B, y tumbas de cámara por las inmediaciones (Iakovidis: 1962). Atenas ha dado elementos arqueológicos anteriores a la cronología tardoheládica de la fortaleza. Se puede hablar incluso de un primitivo palacio no fortificado (Iakovidis: 1983, p. 74 ss). La región del Atica ofrece otros muchos restos micénicos, aparte los de Atenas; así las fortificaciones de Thorikos, Brauron y Hagios Kosmas, el complejo religioso de Eleusis –mégaron protegido por amplio recinto cuadrangular– , y las numerosas áreas cementeriales, *thóloi* y cámaras, que proliferan por toda la zona (Scoufopoulos: 1971, p. 67 ss). La historia posterior de Atenas explica que la propia ciudad no haya sido demasiado generosa en material de época micénica, pero al menos el que tenemos respalda lo bastante la importancia de la capital ática como centro mítico y la que cabe atribuirle como centro palacial, a pesar del curioso papel oscuro que representa en los poemas homéricos.

En torno a Tebas, toda la región de Beocia es rica en restos de época micénica (Scoufopoulos: 1971, p. 77 ss). La propia ciudad mencionada ha hecho honor a su importancia mítica con materiales de interés (Symeonoglou: 1973; Aravantinos-Godart: 1995). Es evidente que había aquí un palacio fortificado, aunque queda reducido a sólo escasos restos aprovechables por la dificultad que para la exploración proviene de la propia ciudad moderna. Del acueducto micénico de Tebas quedó ya dicho lo fundamental en otro lugar. Contamos también con restos de pinturas, con objetos de gusto oriental, marfiles que son prueba de rico mobiliario, jarros inscritos en signos de Lineal B y origen cretense prácticamente seguro (Catling-Cherry et alii: 1980), y con un cierto número de tablillas micénicas, varias decenas, conocidas desde hace años y que ahora se fechan en el Heládico Reciente III B, cercanas en tiempo a las de Pilo, y no del III A como se había pensado en un primer momento (Spyropoulos-Chadwick: 1975, p. 53-55 y 85; Godart-Sacconi: 1978). Se encontraron además en 1982 una sesentena de precintos con representaciones ideográficas (Aravantinos: 1990; Piteros-Olivier-Melena: 1990). Ahora se anuncia lo que puede ser el hallazgo de una gran parte del archivo palacial tebano, dos centenares de tablillas nuevas que añadir a los documentos

escritos conocidos con anterioridad (Aravantinos-Godart: 1995). La región beocia tiene en derredor de lo que fue el lago Copais un complejo de obras micénicas altamente interesdante: el poblamiento de Orcómeno, la fortaleza de Gla y la ciudadela de Haliartos, más una serie de construcciones y artificios para el aprovechamiento y drenaje de las aguas del lago –canales y diques– y para dotar de un sistema defensivo a todo el complejo. Orcómeno parece que carecía de fortificación y conserva diversas tumbas de *thólos*, entre las que destaca la llamada desde la antigüedad "Tesoro de los Minias", mientras Gla brinda el atípico ejemplo de una ciudadela de enorme extensión y varias puertas, algunas de ellas bien defendidas, con un palacio excepcionalmente sin mégaron en la parte norte, de cuyo carácter se ha dudado, y unas construcciones en prolongación hacia el sur, dentro de área cuadrangular acotada, que reciben la denominación de ágora y que para algunos autores no serían sino cuarteles. Otro centro beocio fortificado es el de Eutresis. De arqueología funeraria destaca el yacimiento de Tanagra, con sus numerosos sarcófagos de terracota figurados.

Hay que descender a la Mesenia para encontrar otro conjunto arqueológico tardoheládico tan llamativo como los reseñados. Allí estaba el palacio de Pilo, existente desde el Heládico Reciente I y luego rehecho y enriquecido. En él aparecieron centenares de tablillas en Lineal B de su archivo, o parte de archivo, que constituyen tan importante vía de información para la organización y funcionamiento de un principado micénico. El palacio pilio ha dado también restos de frescos murales y, en el ala nordeste, lo que podría ser un ámbito sagrado, la denominada habitación 93, al margen de lo que de tal pudiera tener también el mégaron central. El complejo palacial se abastecía de agua mediante un acueducto de terracota, que recogía su caudal en una fuente situada a unos dos millares de metros y estaba rodeado, a más o menos distancia, por áreas cementeriales, bien sean *thóloi* antiguos, bien tumbas de cámara. Las vías de comunicación de la zona han sido suficientemente estudiadas. Como yacimientos de interés por su significación habría que recordar, entre otros, los de Malthi-Dorion, donde quedan restos de casas y un templo del Heládico Reciente III relacionado con la doble hacha; Routsi, que ha dado dos *thóloi* con ricos ajuares; Mousiatada, poblado sobre una colina protegido por defensas ciclópeas, y los monumentos funerarios de Peristeria, de enorme importancia.

Entre los restantes yacimientos micénicos del Peloponeso, no pocos, habría que mencionar el de Korakou, en la Corintia, con buenos ejemplos de construcciones domésticas y posiblemente defendido por murallas (Blegen: 1921); el de Lerna, que está situado hacia el sur de Argos y ofrece una fortificación y enterramientos en derredor, y los de la región laconia, donde se asentaba el palacio de Esparta, residencia y cabeza de reino del caudillo Menelao en los poemas homéricos. Este palacio no ha sido todavía localizado y rescata-

do, pero en sus cercanías están la tumba de Vaphio, tal vez sepultura real espartana, con su riquísimo y bien conocido ajuar (Davis: 1977; Xenaki-Sakellariou: 1996), y el recinto sagrado de Amiclas, activo en el Heládico Reciente III C, entre otros restos de la época esparcidos por todo el valle del Eurotas y aun más allá, abrazando el golfo Lacónico. En la parte costera, no lejos del mar y a unos kilómetros al oeste de la desembocadura del río, se encuentran la acrópolis fortificada de Haghios Stephanos, que junto con el material propio ha dado, cual quedó ya dicho, algún elemento tardominoico significativo, del que no es fácil saber cómo ha llegado hasta aquí (Janko: 1982 b).

Hacia el norte de Grecia, la Tesalia cuenta con un centro micénico importante en las cercanías de la moderna Volos. Se trata de lo que parece un palacio sin fortificar, que ha sido relacionado con la antigua Yolco de la tradición griega. Asentamiento heládico bastante antiguo, alcanza gran prosperidad en el Bronce Reciente, especialmente en el período III B. No bien excavado el yacimiento por las dificultades provenientes de la expansión suburbana de Volos, se ha podido explorar al menos varias amplias estancias en las que no faltan las pinturas murales, entre otros restos. En las cercanías existen tumbas de cámara y *thóloi*, así como vestigios de poblamientos, algunos de ellos situados bastante tierra adentro. Hacia el norte y el oeste, Macedonia y Epiro respectivamente, lo micénico típico se enrarece hasta su práctica desaparición y cuanto hay más allá, por ejemplo en Tracia, es consecuencia de relaciones comerciales (Smit: 1989). En la segunda de las regiones citadas destacan algunas tumbas de falsa cúpula, especialmente la de Kiperi (Parga), los muros ciclópeos de Mosopótamos y cierto número de materiales micénicos o de carácter micenizante, fechables en el Heládico Reciente II y III; es el del Epiro un micenismo marginal y limitado, que sin embargo parece permanente y encaja con viejas tradiciones conservadas por los griegos posteriores (Biancofiore: 1996; Soueref: 1996). Estos elementos se encuentran, evidentemente, dentro de un contexto transicional hacia lo propiamente europeo.

5.3.2. Los micénicos en las islas jónicas y egeas

En parte por lo que tiene el mito de testimonio, y en parte, de más peso, por lo que nos documenta la arqueología, sabemos que los micénicos continentales pasaron a dominar las islas en un momento dado del Bronce Reciente, tal vez mediante imposición paulatina a lo largo de mucho tiempo. No es fácil decir cuándo pudieron producirse los primeros saltos y en qué circunstancias. Diversos autores se han referido a una presencia de griegos en la isla de Tera contemporánea a la época de las tumbas de fosa de Micenas, por lo tanto con cronología de Bronce Reciente I, siglo XVI a. C., anterior, pues, a la fecha arqueológica del estallido del volcán (Immerwahr: 1977). Se basan en cierta evidencia de los restos excavados, que acerca elementos apareci-

dos en la isla al espíritu y a las formas micénicas primitivas del continente: por una parte preocupación por lo militar –argumento muy fuerte cuando se creía ciegamente en el pacifismo cretense–, por otra identidad de motivos plásticos. Se ha insistido sobre todo en las pinturas descubiertas por Marinatos en la llamada "casa occidental" de Akrotiri, que representan una flota en acción, en la que se advierten motivos ornamentales idénticos a los continentales, de forma especial a los que proporcionan las tumbas de fosa de Micenas. Esto supondría que la expansión micénica fuera del continente comienza en más remontada época de lo que se venía pensando (Iakovidis: 1979; Laffineur: 1984). No faltan, sin embargo, los autores que no ven micénicos en esta Tera anterior a la erupción –en hipótesis de hacia 1500–, la Tera del XVI, sino todavía minoicos, probablemente con razón, sin perjuicio de las dudas que afectan a la cronología del seísmo; y las similitudes formales con cosas del continente serían resultado de una koiné cultural y social en todo el Egeo y de la fuerte minoización de los materiales de las tumbas de fosa (Shaw: 1978; Warren: 1979; Doumas: 1982; Marinatos: 1984). Pero para aceptar que lo de Tera del siglo XVI es minoico habría que replantearse, como ya se viene haciendo, la idea extendida del no militarismo cretense, lo cual no supone esfuerzo excesivo, en revisión como está el pretendido pacifismo de la sociedad minoica (Hiller: 1984), y por supuesto establecer en lo cronológico, con un mínimo de seguridad, la referencia que en sí es el propio estallido del volcán. La duda que pesa sobre la cronología de la erupción de Tera –siglo XVII a. C., o comienzos del XV– acentúa cualquier problema interpretativo sobre el Bronce Reciente en la isla. Hoy por hoy nos encontramos en la aporía de la irreductibilidad de las cronologías llamadas arqueológicas y las resultantes de los análisis de laboratorio (Hardy-Renfrew (edd.): 1990). Por supuesto, es lógicamente micénico lo que existe en Tera, una vez parcialmente recuperada tras el desastre; pensemos en los hallazgos arqueológicos de Monolithos. No son, de todas maneras, muy abundantes los materiales claramente micénicos en Tera, de manera que todavía se sostiene lo bastante la idea de Davis de que pudo no haber habido asentamientos estables en la isla (Davis: 1981), en lo que parece coincidir Morgan, al plantear la cultura material terense al margen de toda posible colonización, minoica primero, micénica después (Morgan: 1990, p. 171-172).

Pasando a los mares occidentales de la Grecia continental, uno de los centros micénicos de documentación mítica es el de Itaca, en la isla que lleva este nombre, la que en el mito era el reino de Laertes y de su hijo, el caudillo Odiseo. No se han descubierto, sin embargo, restos palaciales que quepa identificar con el escenario en que se desarrollan diversos episodios de la *Odisea* homérica. Tal evidencia arqueológica puede surgir cualquier día, no sólo por la demostrada relación entre la geografía mítica y muchos de los palacios excavados, sino porque los griegos del Bronce Reciente incorporaron a su órbita las

islas anejas y en concreto Itaca ha brindado materiales micénicos suficientemente explícitos, en especial en el yacimiento de Aetos y en la zona próxima a la bahía de Polis, aunque la verdad es que los trabajos de los últimos años acrecientan la información sobre los periodos oscuros y arcaicos y continúan escatimando referencias a la Edad del Bronce (Waterhouse: 1996). No pocos son los hallazgos tardoheládicos de la inmediata isla de Cefalonia, vinculada asimismo en el mito al principado de Odiseo, como se desprende de la épica homérica. Los cementerios micénicos de esta isla son de notable valor arqueológico.

La inclinación de los poderosos señores del continente a extender influjo y presencia sobre las islas acabaría dando sus frutos, a pesar de las prevenciones que sin duda en algunas de ellas se tomaron. En el Cicládico Reciente III casi todo es ya micenismo, es decir, cultura heládica de procedencia continental. Defensas detectadas en Egina y en Ceos podrían tener como finalidad disuadir o contener a los príncipes de los palacios de la Grecia propia; pero tanto una como otra isla terminaron por integrarse en el mundo micénico, como lo prueban los datos arqueológicos de avanzado el Bronce Reciente. Egina en concreto aporta la evidencia de santuarios micénicos en las áreas religiosas de época posterior, a saber, las de Aphaia y Kolonna, y algunas tumbas. Ceos por su parte ha dado otra área sagrada en Hagia Irini (Caskey: 1967) y también en Delos, isla por lo demás deshabitada a lo que parece, han aparecido estructuras que podrían corresponder a templos, si juzgamos por lo materiales, y algunos vestigios funerarios; resulta, pues, que el carácter sacro que esta última isla tenía en época histórica posterior debía de remontarse a la etapa micénica. De los hallazgos delios de época tardoheládica llama la atención el depósito de dos millares y medio de marfiles de la zona del Artemisión, compuesto por piezas de diversas procedencias (Tournavitou: 1995). Otras islas del archipiélago cicládico aportan prueba arqueológica de otra índole: así Melos, en el antiquísimo yacimiento de Phylakopi, cuenta con una área palacial en la que no falta el típico mégaron, y Naxos testimonia ocupación micénica en todo el Heládico Reciente III mediante construcciones, enterramientos y restos cerámicos abundantes, especialmente en el lugar de Grotta, pero no en exclusiva (Fotou: 1983). También las islas orientales de Kos, Kalymnos y sobre todo Rodas acabaron por integrarse en la koiné micénica. En esta última isla, los hallazgos de Kamiros y de Ialysos, respectivamente en las costas occidental y septentrional, parecen probar que aquí radicaron los más activos poblamientos micénicos no continentales de los postreros períodos del Heládico Reciente, es decir, los de máximo poderío de los griegos del Bronce tardío.

5.3.3. Los micénicos en Creta

La presencia y control de Creta por los griegos micénicos supone un problema especial de interpretación de los datos arqueológicos, según ya se

dijo. Es indiscutible que Cnoso tuvo príncipes y administración micénicos, pero no hay acuerdo a la hora de fijar el momento de llegada de los griegos y el final de la vida normal de palacio. Todo depende de si la destrucción de hacia 1400 a. C., corresponde al último (Evans) o al penúltimo (Palmer) de los palacios cnosios y si, consecuentemente, el archivo de tablillas en Lineal B corresponde a dicha fecha o es preciso situarlo por algo después de 1200 a. C. Si el palacio micénico de Cnoso quedó destruido a comienzos del siglo XIV a. C., los griegos hubieron de asentarse como dominadores en Grecia en el siglo XV; si la destrucción de Cnoso fuera de fines del siglo XIII, la llegada de los micénicos a la isla, sin descartar la cronología del XV, que sigue siendo la más probable, admitiría que se la rebajara al siglo XIV (así Levi: 1976-1988, II/1, p. 79 ss). La documentación egipcia parece apuntar a que la sustitución de los minoicos por los micénicos en el comercio con el país del Nilo ocurrió en torno a 1400. De otro lado, tengo por difícil de explicar que Cnoso quedara abandonado a partir de esta última fecha, que es lo que prácticamente implica la primera de las dos hipótesis. ¿Cómo comprender que en los siglos de máximo poderío de los griegos, siglos XIV y XIII a C., no estuviera activo el emblemático centro cretense? El yacimiento de La Canea, la antigua Cidonia, prueba sin embargo que Creta no quedó fuera del mundo micénico durante el Heládico Reciente III, pues sus materiales cerámicos, los elementos constructivos, incluido un mégaron de tipo continental, y las tablillas de Lineal B encontradas hace no mucho son muy explícitos en ese sentido (Hallager: 1988 a; Hallager-Vlasakis-Hallager: 1990 y 1992). El problema estriba en dilucidar si el asentamiento micénico de La Canea es contemporáneo o posterior a cuando se llevaba desde el palacio de Cnoso una administración centralizada bajo una monarquía y el correspondiente aparato funcionarial de carácter griego, como se ha venido pensando.

Sigue viva, pues, la polémica sostenida entre los seguidores de Palmer y los defensores de la interpretación arqueológica de Evans, partidarios los primeros de datar el archivo cnosio hacia 1200 y los segundos de hacerlo en torno a 1400. Al menos estos últimos han tenido que reconocer que no se dio un abandono total del derruido palacio tras el salto al siglo XIV, y se han visto forzados a admitir que hubo asentados en sus ruinas mediante ocupación y reaprovechamiento precarios. Ello quiere decir que incluso quienes consideran el palacio destruido sobre 1400 el último de Cnoso, no lo dan por tan último como en los primeros momentos de la polémica. No deja de ser dato que hace pensar que tengamos en Cnoso, concretamente en la llamada desde Evans "Casa Inexplorada", reexcavada por Popham y sus colaboradores de la misión británica, una inscripción de Lineal B pintada en vaso del Bronce tardío III B, dada a conocer por el citado autor, prueba de que con posterioridad a 1400 se utilizaban aquí utensilios y escritura micénicos (Popham: 1969; 1984: p. 10-11 y 184-185). Lo que no quiere decir que este autor hubiera venido a ser partidario de

la datación tardía de las tablillas cnosias, pues, si bien se manifestó convencido de que hubo nuevo poblamiento del palacio en el Minoico (o Heládico) Reciente III B y destrucción al final del período, relaciona sin embargo el grueso del archivo con el nivel de destrucción de hacia 1400, como había señalado Evans, e interpreta el poblamiento último de Cnoso como más minoico que micénico (Popham: 1964: p. 9; 1970 a, p. 86). Sobre todo ello se ha reafirmado más recientemente el profesor británico (Popham: 1988). También el danés Hallager ha insistido, argumentándolo con datos arqueológicos, en que Cnoso estuvo habitado durante el Bronce Reciente III B y la mayor parte de la isla, no sólo la zona occidental cercana a La Canea, tuvo vida micénica en dicho periodo (Hallager: 1978, 1988 a y 1988 b), entre otros puntos, el lugar significativo de Archanes (Sapouna-Sakellarakis: 1990; Sakellarakis-Sakellarakis: 1996).

A juzgar por el contenido de las tablillas del archivo, y sea cual sea la cronología que se les atribuya, la administración que llevaba el palacio de Cnoso cuando el tiempo de su actividad como centro micénico abarcaba amplios sectores de la isla, si no su totalidad. La aparición reciente de algunas tablillas micénicas del Bronce Reciente III B en Cidonia (La Canea) (Hallager-Vlasakis-Hallager: 1990 y 1992) deja las cosas en su sitio al respecto de que no hubo vacío micénico en la isla, pero ha resultado un espejismo el pretendido testimonio de estos documentos a favor de la necesaria cotaneidad entre estos nuevos textos y los del archivo cnosio, puesto que todavía hay autores que tienen todo el micenismo cidonio por posterior a la caída definitiva de Cnoso (Haskel: 1981 y 1989). La identificación de una misma mano de escriba en las tablillas de Cnoso y La Canea descartaría la fecha de 1400 para el archivo encontrado por Evans. Es muy reciente, y muy solvente también, la propuesta, basada exclusivamente en argumentos espigráficos, de que el escriba 115 de Cnoso y el que trazó la tablilla Ar 4 de La Canea son el mismo, lo cual, si se confirmara, haría estrictamente contemporáneos, del siglo XIII a. C., los conjuntos documentales trazados por esta mano (Olivier: 1993), pero ha habido tiempo ya para que saliera la refutación multiargumentada –no digo infalible–, que deja las cosas en la misma incertidumbre en que se encontraban (Palaima: 1992-1993; Godart-Tzédakis: 1995). Una duda que ahora tenemos es la de si Cidonia, en la hipótesis plausible de la coetaneidad, dependía de Cnoso o constituía principado independiente.

Una pregunta es inevitable ante la realidad histórica indiscutible del dominio micénico sobre la isla de Creta: habida cuenta de que los minoicos no eran un pueblo atrasado, sino que tenían larga tradición de desarrollo social y de cultura, y que lo más moderno del acervo de la civilización dominadora tenía precisamente origen en la isla, nos interrogamos si hubo fácil y profunda colaboración, e incluso fusión, entre el pueblo autóctono y la estructura de poder helénica, o por el contrario los minoicos fueron meros dominados, incluyendo lo que quedara de sus viejas aristocracias. A favor de una amplia integra-

ción social de las dos comunidades, la helénica y la autóctona cretense, se manifestó hace una quincena de años Lidia Baumbach. Sus observaciones sobre los nombres propios de las tablillas cnosias de la serie As conducen a pensar, y así concluye esta investigadora, que al menos en la época del archivo, que para ella de hacia 1400 a. C., la mezcla de nombres griegos y no griegos es exponente de gran presencia de micénicos y de no distinción social entre éstos y los indígenas insulares (Baumbach: 1983b). Aunque hace poco la estudiosa sudafricana ratificaba sus conclusiones (Baumbach: 1992), Firth se manifestaba simultánemente en sentido contrario, basándose en el estudio seriado de los nombres propios griegos y cretenses que tenemos en las tablillas. Este autor muestra que entre las élites abundan los antropónimos helénicos y entre los pastores son éstos notable minoría dentro de una abundancia de onomástica local, lo que le lleva a concluir que los micénicos contituían la sociedad dominadora y los indígenas minoicos, el pueblo sometido, y por lo tanto que la ingración de unos y otros era más bien escasa (Firth: 1992-1993). Aunque a ningún lector crítico se le oculta la posibilidad de que simples modas onomásticas enmascaren diferente panorama al que desvelan las tablillas, puesto que podría ser que en un par de generaciones las clases cretenses superiores hubieran dado en preferir nombres griegos o que, contrariamente, entre los micénicos no hubiera habido reticencia para dar a sus hijos nombres de tradición autóctona, hemos de tener en principio por bueno el método de abordar la cuestión observando la onomástica documentada en la tablillas cnosias, y no es arriesgado hoy por hoy concederle más razón a Firth que a la investigadora surafricana. La cultura material de Creta, sin embargo, seguía siendo básicamente de tradición local o minoica.

Por volver a algo apuntado líneas arriba, cabe atribuir a Cnoso una cierta primacía general sobre centros como Amniso, Tiliso, Festo, Hagia Triada, Malia y Cidonia, aun en la hipótesis de la cronología tradicional, recordando que en el mito troyano era Idomeneo, un príncipe de Cnoso, quien acaudillaba todos los contingentes aportados por la isla; así lo acepta Platon, quien se apresura sin embargo, quizá para no comprometerse demasiado a favor de la tesis de Palmer, a negarle el palacio minoico-micénico por residencia. Cidonia (La Canea) pudo constituir un centro administrativo aparte; hubo de ser así en el caso de la posterioridad y pudo serlo, aunque no es descartable una dependencia por descentralización, si se dio comtemporaneidad. Pero obsérvese que la identificación de una mano de escriba que dejó textos en Cnoso y La Canea abonaría no sólo la coetaneidad de la actividad buropcrática de ambos centros, sino también la dependencia del segundo con respecto al primero; y, si Festo y su área portuaria, Commo, estaban integrados en esa misma gran unidad, tendríamos que Cnoso fue cabeza de una gran demarcación administrativa por todo el segmento central de la isla (La Rosa: 1996). El sector más oriental de la isla, quizá autónomo con respecto a

Cnoso, ha hecho pensar en la existencia de un principado con cabeza en Palaikastro, micénico o incluso minoico residual (Bennet: 1987).

Los partidarios de la teoría tradicional deben hacer cada día más equilibrios para no acabar aceptando las razones de Palmer y las ulteriores evidencias que las avalan. La lógica histórica y, además, los indicios documentales apuntan hacia un Cnoso vivo en el Heládico Reciente III B y no es aceptable que se interprete la tendencia a reconocerlo como una caída ante la ley del péndulo, para concluir que lo que se impone es la solución intermedia (Haskell: 1989). No falta, por otra parte, alguna argumentación muy reciente a favor de la antigüedad de todo el archivo de Cnoso, partiendo de un buen conocimiento, por cierto, de la documentación de Pilo y su posible contraste con la del gran palacio cretense (Shelmerdine: 1992), lo que no supone garantía de acierto. Hay quien ha llegado a la solución salomónica de distinguir en los documentos del archivo de Lineal B entre textos antiguos y posteriores, es decir, de hacia 1400 a. C., –las tablillas de carros– y 1200 –otros sectores de la documentación cnosia– respectivamente y en números redondos (Driessen: 1990). Digamos ahora tan sólo que, si hay seguridad de rehabilitación del palacio de Cnoso, aunque fuera precaria, entra dentro de lo posible que se recuperara la función monárquico-administrativa y que la contabilidad en Lineal B correspondiera a este período de reaprovechamiento del palacio destruido. Y así, sería en Cnoso micénica y palacial la etapa de los siglos XIV y XIII que tan abusivamente se ha venido calificando de postpalacial y postmicénica. Al fin y al cabo fueron estos los mejores tiempos de los griegos de la Edad de Bronce. Téngase lo sugerido por posibilidad, si no absoluta, al menos más que próxima. En el estado actual de nuestros conocimientos no es arriesgado hoy por hoy afirmarlo de este modo.

5.3.4. La expansión micénica

Siguiendo en gran medida las huellas y apertura de vías de los cretenses del Minoico Medio, los griegos del Bronce Reciente, especialmente en el período III, pero también antes, institucionalizaron los contactos con puntos lejanos y no sólo mantuvieron relaciones económicas con diversas gentes, sino que llegaron a fundar establecimientos y colonias permanentes. En su momento se hablará del comercio micénico. Nos referiremos ahora tan sólo a los asentamientos micénicos estables, seguros o con alto grado de probabilidad.

Chipre, ese puente de relaciones entre el Asia Anterior y el Egeo, es fecunda en cerámica micénica del Heládico Reciente III, especialmente en los yacimientos de la costa oriental y meridional. Posiblemente gran parte de este material sea de producción local, a pesar de que los análisis de las arcillas no han dado resultados seguros en ninguno de los sentidos. De ser así, habría que suponer no tanto una dificultad de importación cuanto una nutrida pre-

sencia de griegos que se bastaban para atender las propias necesidades de vasijas de barro. Esto es seguro a finales del período III B, porque el estilo cerámico de Chipre, sin dejar de ser de tradición micénica, adquiere características que le separan de la producción continental; es el llamado "estilo rudo". Se argumenta, no obstante, contra que hubiera asentamientos micénicos permanentes en la isla, sobre la observación de que no han aparecido en ella asentamientos con las características conocidas en el continente. Pero aunque la razón aducida no carece de valor, tampoco es probatoria, si se tiene en cuenta los fuertes intereses que aquí tenían los griegos, el gran comercio que revela la cerámica encontrada y que para el Heládico Reciente III C la población helénica en Chipre es incuestionable. De todas maneras, aun admitiendo que hubiera micénicos en asiento permanente, debían de constituir clara minoría dentro de la población de la isla, pues la cultura local o de tradición chipriota continúa viva con toda la fuerza que hereda de momentos anteriores. Cabe suponer, e incluso se puede decir que es demostrable, que los micénicos se interesaban en Chipre no sólo por productos orientales que pudieran tener mercado aquí, sino por el cobre de la propia isla. La expresiva cerámica micénica III C de Chipre, aparecida en Enkomi, Sinda, Pyla-Kokkinokremos y otros lugares, parece sugerir procedencia egea y se ha pensado en la llegada masiva de griegos poco después de 1200 a. C., cuando las destrucciones de los palacios (Karageorghis: 1984; Kling: 1984); curiosamente, los niveles de esta cerámica se superponen siempre, tras una destrucción, sobre la vida normal del nivel de habitación anterior (Kling: 1984). Los datos arqueológicos de época micénica, que las excavaciones chipriotas día a día ofrecen en mayor proporción, permitieron ya hace unos lustros al francés Fortin restituir valor histórico, en lo que cabe, a las antiguas leyendas referentes a primitivas fundaciones griegas en la isla, tamizadas de mito, en contra de anteriores actitudes críticas al respecto (Fortin: 1980).

Hubo asentamientos en la costa occidental de Asia Menor, y lo sabemos a pesar de que las excavaciones en la zona se resisten por lo general a descender a niveles profundos, anteriores al primer milenio. Mileto, colonia minoica con práctica seguridad, continúa como centro micénico (Desborough: 1964; p. 161-163), fortificado, seguramente bajo príncipes griegos, aunque la mayor parte de los habitantes del territorio pertenecieran a la base de poblamiento anatólico. El último material cretense de Mileto es del Minoico Reciente III A, lo que da referencia cronológica a la sucesión por los micénicos (Niemeier: 1984 a). Más al norte, Colofón ofrece una tumba de *thólos* de tipo heládico y cerámica micénica, y es posible que hubiera habido en el lugar un poblado fortificado (Holland: 1944; Bridges: 1974). Siguiendo más a septentrión, tanto por la costa como por las islas anejas, los datos arqueológicos se hacen menos significativos y más tardíos. Los materiales micénicos de los siglos XIV y XIII a. C., que ofrece Troya no sugieren colonia de micénicos en este centro, sino que proceden

de importación por vía de comercio (Blegen: 1963, p. 141-143; Desborough: 1964, p. 163-165). Pero hacia desde Mileto hacia el sur no faltan otros asentamientos seguros, como los de Muskebi, junto a la posterior Halicarnaso, con tumbas de cámara y materiales de estilo continental, y Iasos, donde parece documentarse una fortificación micénica y cerámica tardoheládica, en sustitución de la minoica del Bronce Reciente de primeras fases (Hooker: 1976 a, p. 115). En este último lugar, como en Mileto, los griegos no han hecho sino construirse en herederos de los cretenses (Laviosa: 1984). Las islas dodecanesias mayores, como Cos, Rodas y Cárpatos presentan un panorama desigual, en el que destaca el micenismo de las dos primeras y la tradición minoica residual de la tercera. En Cárpatos no abunda lo micénico local.

Gran parte del inquieto comercio micénico con puntos lejanos se realizó sin la apoyatura de factorías permanentes. No las hubo a lo que parece en Egipto. De todos modos hay razones para pensar que existieron, pese a los excepticismos de que algún autor ha hecho gala, en puntos de la región costera siro-palestina, como en Tell Abu Hawan y, con menos seguridad, otros lugares (Harding: 1984, p. 232-235). La hipótesis de Schaeffer de que Ugarit pudiera haber contado con una colonia estable de micénicos, que ha tenido tanta fortuna entre los especialistas, resulta hoy por hoy difícilmente defendible (Kochavi: 1992). De cara a occidente, por donde los griegos micénicos emprendieron ambiciosas aventuras (Biancofiore: 1967; Peruzzi: 1980), no es verosímil, sobre los datos con que ahora contamos, que tuvieran más colonias de carácter permanente que las de Scoglio del Tonno, en las cercanías de la futura Tarento, como cabe concluir de la evidencia arqueológica del yacimiento, que ha dado materiales incluso del siglo XIV a. C. y, en lo que a cerámica respecta, se relaciona más con las islas, Rodas en concreto, que con la Grecia propia (Jones: 1986), y la de Tapso, en las proximidades de la posterior Siracusa, Sicilia, a juzgar por los resultados de los últimos lustros (Vagnetti, en Peruzzi: 1980). Los muy abundantes restos micénicos de Italia e islas adyacentes, al margen de los dos puntos citados, provendrían de intercambios más que de penetración griega numerosa y estable (Harding: 1984, p. 257 ss), entre ellos, por poner algunos ejemplos de interés y de tratamiento reciente, los del Lacio (Constantini: 1993), los de Apulia (Benzi-Graziadio: 1996), los del Convento de S. Domenico, en el golfo de Tarento (Gorgoglione: 1996) y los sicilianos de Cannatello, en la región agrigentina (De Miro: 1996). Más hacia poniente son de destacar los hallazgos micénicos de Cerdeña, de aroma chipriota bastante acusado (Vagnetti: 1996) –Cannaletto podría haber constituido punto de recalada y paso– y de la localidad cordobesa de Montoro, qua apuntan a origen argólico (Martín de la Cruz: 1988 y 1990).

6. Escritura y archivos palaciales

6.1. Los textos en Lineal B

6.1.1. Hallazgos

Cuando en 1900 se presentó Arthur Evans en Cnoso para iniciar la excavación del palacio, juzgando sólo a través de los materiales cretenses prehistóricos que había podido ver, a saber, los que rodaban en el mercado anticuario, estaba convencido de que el pueblo creador de aquella cultura que él llamaría minoica tenía que saber escribir, tan grande era la especialización y tan complicado el sistema económico que cabía deducir de los elementos arqueológicos conocidos. El investigador británico tuvo la fortuna de encontrar muy pronto el muy nutrido archivo, o un sector de archivo, del palacio de Cnoso en un contexto arqueológico al que atribuyó cronología de 1400 a. C., aproximadamente. Una cuarentena de años después, ya en 1939, hallaría Blegen en un palacio continental, el de Pilo, centenares de tablillas muy semejantes a las cretenses de Evans, porque los procedimientos de escritura y los convencionalismos eran prácticamente idénticos, aunque la fecha a que apuntaban estos nuevos documentos resultaba notablemente posterior, de más o menos 1200 a. C. Se trata del sistema silábico llamado Lineal B, adaptación del silabario minoico que conocemos como Lineal A (Hooker: 1979a; Godart: 1984). Existen piezas del mismo tipo que las de Cnoso y Pilo en Tebas –estamos a la espera de que se publiquen las decenas y decenas de recentísma aparición (Aravantinos-Godart: 1995)– , Micenas, la

mayor parte de localizaciones extramuros, en especial de la "casa del mercader de aceite", Tirinte, La Canea y algún otro lugar. Los pequeños hallazgos de La Canea son recientes (Hallager-Vlassakis-Hallager: 1990 y 1992) y de altísimo interés histórico, como en otros lugares se verá. De Tirinte se conoce hasta el momento una modesta muestra (Protonotariou-Sacconi: 1978; Godart-Killen-Olivier: 1983), de Midea un sello inscrito (Walberg: 1992) y de la santuarial Olimpia tenemos un texto suelto del que de momento sólo se ha ofrecido un provisional e incompleto avance (Arapogianni et alii: 1997) y una fecha del siglo XVII a. C., si no inverosímil, sí difícil de admitir salvo por quien esté dispuesto a trastocar los fundamentos de toda la cronología egea. Adviértase que esta cronología alta haría casi contemporáneos la generalización de la Lineal A y su acomodo al griego, la Lineal B, cuando lo propio sería que hubiera corrido un tiempo prudencial, computable por más que décadas. De todos modos, antes ya de que se conociera este documento eleo habíamos tenido sugerencias de bastante antigua adaptación; no sólo siglo XVI a. C. (Ruipérez-Melena: 1990, p. 33; Ruijgh: 1996 a), sino incluso finales del XVII (Sacconi: 1996b). El lugar en que se hizo la adaptación, que debió de ser único, se ignora. Seguramente el subsuelo egeo oculta, por más que su conservación sólo fuera posible en muy especiales circunstancias, otras tablillas con que el tiempo se irá encargando de obsequiar a los arqueólogos y de enriquecer los gabinetes de los estudiosos de la micenología. Se sabía pues, desde que surgieron los primeros conjuntos documentales, cómo escribían las gentes del Bronce egeo en Creta y Grecia continental y que llevaban una complicada contabilidad, ya que eso era lo que estaban dando a entender los al principio extraños, ahora ya legibles, escritos encontrados.

6.1.2. Desciframiento

Para que hubiera aprovechamiento de los testimonios que encerraban aquellos textos era preciso descifrar la escritura y poder entender la lengua; y los investigadores, un cierto número de ellos en paralelo, se aplicaron a la tarea con diversos métodos y también varia fortuna. Se produjeron ensayos de desciframiento disparatados a todo lo largo de la primera mitad del siglo, pero hubo quienes más modestamente se dedicaron a la ingrata, pero seria y meritoria tarea de estudiar los signos, su frecuencia, sus combinaciones, para arrancar poco a poco y sin aparatosidades sus secretos a la escritura y la lengua que tras ella se ocultaba. En esta vía de la labor oscura y tesonera avanzó mucho Alice Kober en los años cuarenta. Esta estudiosa norteamericana dejó a su muerte, ocurrida en 1950, unas sólidas bases sobre el juego de los signos e incluso la estructura flexiva de la todavía ignota lengua que bajo ellos se escondía. Otros quedaban en la brega para coronar la tarea (Chadwick: 1962, p. 46 ss; Bennett: 1989). Como en toda carrera sólo un par-

ticipante alcanza la meta el primero, de entre los investigadores bien encaminados dieron con la verdadera solución en Inglaterra Michael Ventris y John Chadwick, reducidísimo pero eficaz equipo integrado por un arquitecto, experimentado especialista en claves y artífice verdadero del desciframiento, el primero, y un filólogo helenista profesional de la Universidad de Cambridge, eficaz auxiliar, el segundo. Estos dos estudiosos anunciaron en 1953 que habían conseguido dar valor a los signos de la Lineal B, y no sólo eso, sino que habían identificado la lengua que se encontraba tras ellos como una forma muy arcaizante y muy disimulada de griego; muy arcaizante, cual era lógico en una lengua helénica varios siglos anterior a la de Homero, y muy disimulada, porque el silabario, adaptación de un sistema de escritura pensado para una lengua muy distinta –la autóctona cretense–, se adecuaba limitadamente a las características lingüísticas del griego (Ventris-Chadwick: 1953). A pesar de las reticencias, polémicas y dificultades, que no llegaron a faltar, los especialistas acabaron por reconocer, salvo excepciones recalcitrantes, que Ventris y Chadwick habían atribuido valor fónico ajustado a los signos de más uso del silabario Lineal B y que habían acertado al entender que aquellos documentos estaban escritos en lengua helénica.

Todo encajaba en el casillero de correspondencias de Ventris y Charwick y su aplicación práctica sobre los documentos conservados daba unos resultados que siempre eran esperanzadores –no quiere esto decir que hubiera solución posible o aceptable para todo– y nunca parecían inevitablemente aberrantes. La prueba de la validez del desciframiento, si todavía alguna necesidad había de confirmarlo, la aportó Blegen con una tablilla de Pilo hacía poco aparecida, la 641, en la que junto a ideogramas inconfundibles de trípodes figuraba, aplicando los valores del casillero, la palabra ti-ri-po, en distintas formas de su flexión, y junto a vasijas de cuatro, tres y ninguna asas se leía respectivamente qe-to-ro-we (de cuatro orejas), ti-ri-o-we (de tres orejas) y a-no-we (sin orejas), entre otras coincidencias. Casi a nadie quedaron dudas en adelante y no fue el menor argumento a favor del acierto de Ventris y Chadwick que los más aviesos de sus oponentes se limitaran a minusvalorar el papel de los descifradores acusándoles de conocer y haber utilizado esta tablilla, silenciando la circunstancia para realzar luego la pretendida confirmación (Chadwick: 1962, p. 117 ss).

Una vez producido el desciframiento y asumido por la comunidad científica más o menos directamente afectada, la historia de los griegos primitivos ganaba la posibilidad de utilización de estos textos, como antes se había sumado la información arqueológica a la procedente del mito. Muy poco después del desciframiento, los especialistas ya se creían en condiciones de atreverse a la presentación de un cuadro coherente de lo que era la vida en un palacio micénico; de exponer las instituciones político-administrativas, de describir el cuadro de las relaciones sociales, de detallar el sistema económico en

todas sus manifestaciones y de precisar muchos elementos culturales. Se debatía, pero menos de lo que se ha hecho después. No era tanto época de discusión como de hallazgos y soluciones. Había por lo menos motivos para cierta euforia. Y en este triunfalismo inicial se enmarcan dos hitos de 1956: la gran obra conjunta de Ventris y Chadwick en la que se daba a conocer, justificaba y aprovechaba el desciframiento (Ventris-Chadwick: 1973 [primera edic. 1956]), y el primer Coloquio de Estudios Micénicos, celebrado en Gif-sur Yvette (Lejeune [ed.]: 1956), viviendo Ventris todavía, pues fallecería trágicamente en accidente de automóvil pocas semanas más tarde.

6.2. Los archivos de palacio

Antes de pasar a la reconstrucción de la vida micénica que permiten las tablillas, veamos algo sobre lo que estos documentos son y lo que el archivo era en el aspecto más formal y externo. Para empezar, las tablillas. Son planchas de arcilla, de diverso tamaño y forma, con los signos grabados a punzón previamente al secado y ahora cocidas y endurecidas accidental y afortunadamente por las llamas que devoraron las salas de archivo que las contenían. En ellas se escribía una o varias líneas con anotaciones, asientos, inventarios de las más diversas actividades, personas y cosas de un palacio que lleva una administración complicada y un control en consonancia. Todo quedaba registrado con una meticulosidad que hasta nos llega a extrañar, dadas las escasas facilidades que ofrece el sistema de escritura en sí, muy poco adecuado a las peculiaridades de la lengua griega, cual ha quedado ya dicho, y las no menos limitadas, frente por ejemplo al papiro, que brinda el manejo de unas placas de barro seco. Pese a estas cortas posibilidades y aunque acierta Carlier al decir que no se trataba de un control burocrático omnisciente (Carlier: 1984, p. 118-119), la contabilidad micénica resulta ambiciosa y de pormenor.

Es interesante de señalar que los avances de los estudios paleográficos han permitido identificar un número importante de manos de escribas diferentes, que se acercan al medio centenar en Pilo y que lo superan con mucho, hasta unos setenta y cinco, en Cnoso (Bennett: 1958b; Olivier: 1967a; Palaima: 1988); demasiadas manos, demasiadas personas que sabían escribir en cada archivo como para pensar que fuera un colegio restringido de escribas profesionales los encargados de las anotaciones al dictado de los funcionarios. Lo más probable es que muchos de éstos, si no todos, conocieran los signos y mecanismos de la escritura y se encargaran directamente de redactar los textos, porque se da también el caso de una cierta relación entre la distribución de caligrafías diferentes y las series de tablillas de idéntico o similar contenido, cual si las manos tuvieran una cierta especialización en

temas. Hay quien ha llegado a distinguir grados de especialización en estos burócratas palaciales, al menos para Cnoso. No hace falta decir que, en ocasiones y para documentos de contenido y significación dudosos, identificar la mano del escriba puede suponer atribución a una serie o a un determinado campo de actividades. Desde que los diversos autores fueron sentando unas bases serias de sistematización paleográfica, no es raro ver invocada como argumento la identificación de la mano que escribió una o más de una pieza. Si un modo especial de escribir los signos aparece relacionado con un campo concreto de actividades, y esa mano se identifica también en documentos discutibles, es posible legítimamente concluir en principio que esto que no sabemos qué es pertenece al mismo ámbito de actividades que revelan los textos bien interpretados. Y no olvidemos, pues lo hemos visto más arriba, cómo una identificación de manos en documentos de Cnoso y La Canea que se tenían por lejanos en el tiempo, llevaría, en el caso de confirmarse, a retrasar casi dos centurias el archivo del primero de los dos centros cretenses citados.

En lo que ahora nos es dado saber, toda la escritura micénica tiene que ver con el ámbito público y no hay seguridad ninguna de que este intrumento de control y de uso hubiera llegado al ámbito estrictamente privado. Los vasos inscritos eran de palacio y dependencias del principado debían de ser las de la zona extramuros de Micenas en que aparecieron algunos textos (Palaima: 1987). En principio, hablar de escritura Lineal B es hacerlo de burocracia palacial. El funcionamiento del archivo venía a ser como sigue. Los escribas u oficiales anotaban día a día sobre unas tablillas de arcilla blanda, previamente preparada por personal auxiliar, quizá aprendices –existen en bastantes de estos documentos huellas dactilares y palmares de muchachos muy jóvenes–, utilizando un estilete de hueso o bronce, de los que algunos se conservan, cuanto era conveniente que quedara controlado por palacio: objetos, entradas y salidas de productos, relaciones de personas... Una vez secas las pequeñas planchas quedaban archivadas en cestos, en continuidad contable, cerrada cuando corresponde, y con una etiqueta identificatoria, de arcilla también, en la parte exterior. Sabemos que se depositaban en tales recipientes, porque es frecuente ver huellas de su típico entramado en algunas tablillas de arcilla que no estaban todavía endurecidas cuando se las dispuso para su almacenamiento definitivo. Y es un decir lo de definitivo, ya que hay razones para pensar que las tablillas corresponden a un único ejercicio anual de palacio, con lo que, cerrado éste y hecho el correspondiete balance, los textos eran destuidos y su arcilla reaprovechada para nuevos usos de idéntico menester. Así pues, hasta finalizar el año, las tablillas quedaban conservadas por su orden, con una suma global de los asientos como cierre y su referencia identificadora. Por ejemplo, la tablilla totalizante de la serie Mc pilia tiene que ser Mc 4457 (Perna: 1996). Recientemente Palaima

ha ensayado un estudio sobre los mecanismos de dicha continuidad documental, "contigüidad" en su terminología, basándose en los documentos de las diversas series S del archivo de Pilo (Palaima: 1996). Parece que las esportillas eran dispuestas en estanterías de madera, porque los excavadores de los más importantes archivos micénicos hallaron piezas de un mismo conjunto, diseminadas y rotas, lo que podría tenerse como indicio de que cayeron de lo alto al quemarse el recipiente y la madera de los paneles, mientras otros conjuntos están más enteros, sin duda porque se encontraban colocados a ras de suelo o a escasa altura. He ahí cómo la observación de los detalles ha permitido a los estudiosos establecer hipótesis verosímiles, casi seguras, por encima de más de treinta siglos y de unos voraces incendios destructores de todo, menos de nuestras plaquitas de barro seco que, bien al contrario, ganaron una consistencia que les permitió llegar hasta nosotros.

7.

La vida de los principados micénicos

Aplicando los principios y correspondencias del desciframiento, estos numerosos textos aportan información de incalculable valor. Desde el primer momento, los mismos descifradores tuvieron ocasión de calibrar la auténtica dimensión y el interés de los documentos, porque las tablillas desveladas comenzaron a brindar curiosidades y coincidencias sosprendentes, no sólo lingüísticas, sino también en punto al contenido. Causó especial impacto sobre todo la documentación en los textos de Lineal B de algunas atipicidades de Homero, que a partir del desciframiento se pudieron explicar como pervivencias micénicas en la tradición épica, y también el hecho de que aparecieran mencionados en estas placas de barro de la última Edad del Bronce, anteriores al siglo XII a. C., nombres de divinidades del panteón griego clásico. Sobre la base de estos escritos, entre problemas e inseguridades, pues por lo general no entregan fácilmente su secreto, es posible decir algo de cómo estaba constituida y funcionaba la sociedad micénica en sus más diferentes aspectos; no sólo en Pilo y Cnoso, donde los testimonios son más ricos, sino en cualquier otro principado, pues si hay algo que caracteriza al mundo micénico es su notable homogeneidad.

7.1. Instituciones micénicas

Es muy difícil recomponer a partir de la documentación de los archivos el cuadro institucional de los principados micénicos; intentar hacerlo con pre-

cisión es pretensión inútil. Las inseguridades son tantas y los datos tan poco claros, que apenas si cabe presentar, entre muchas dudas que van más allá del detalle, un esquema de poder o función que refleje cómo se gobernaba y administraba el pueblo y el territorio dependiente de un palacio. En lo que respecta concretamente a las instituciones que llamaríamos de carácter político, el esquema a que nos referimos queda en un mínimo de elementos seguros; bastantes menos que los que se manejaron en lo primeros años tras el desciframiento y se siguen dando por buenos en bastantes síntesis manuales al uso, dada la lentitud con que este tipo de obras renueva por lo general sus doctrinas.

7.1.1. Los principados y los soberanos de los palacios

La estructura palacial comporta sin duda un régimen monárquico. Para el caso de los palacios micénicos esto queda confirmado, aparte lo que es posible deducir de las tumbas de fosa y otros monumentos de gran aparato arqueológico, funerarios o no, por la documentación tanto en Cnoso como en Pilo del término wa-na-ka aplicado al más importante personaje de la sociedad palacial, en estricta correspondencia con el homérico *(F)ávax*, "soberano", y del adjetivo wa-na-ka-te-ro, "perteneciente al monarca", referido unas veces a productos y otras a artesanos, que supone por su sola existencia la oposición entre una esfera real y otra, inferior, que no lo es (Carlier: 1984, p. 45). Aunque se ha sugerido alguna vez la posibilidad de varios wa-na-ka-te simultáneos (Hooker: 1979b), es indiscutible que, al menos desde que la realeza queda verdaderamente constituida, sólo había uno en cada principado; y aunque se haya dicho que pudiera no ser el soberano del palacio, sino un señor local o un "señor divino" (Hooker: 1987), es evidente que esta figura encarnaba la cúspide de la jerarquía de los reinos micénicos. Hasta aquí, lo cierto. Pero hay inseguridades no baladíes en relación con la figura del wa-na-ka y con los diversos testimonios de este término y los con él relacionados.

Una cuestión que ha interesado a los especialistas, aunque no afecta a la realeza de la época de las tablillas, sino al origen de la institución, es cómo han podido surgir por una parte el principado, a saber, el poder monárquico y cómo se ha llegado por otra a la organización sociopolítica de los estados micénicos independientes. Aunque cada principado haya tenido su particular historia de orígenes, hemos de suponer que haya existido al menos un cierto paralelismo de hechos y de evolución entre unos y otros. Lo que en cada reino que surge acaba siendo una autoridad política suprema y hereditaria puede tener su origen en el robustecimiento de una familia de jefes o reyezuelos locales, posiblemente a costa de otras de menor fuerza o fortuna; una adquisición más o menos paulatina de poder, prestigio y carisma. Tal

preeminencia en proceso, cuando por otra parte se estaba produciendo una enorme impregnación minoica, quedaría formalmente determinada y en gran medida definida por el modelo monárquico cretense. En la interpretación de este fenómeno de afirmación y luego institucionalización de las jefaturas heládicas al surco de la realeza minoica destaca en lo que tiene de sugerente la idea de un proceso de emulación provocado sobre los reyezuelos emergentes por las deslumbrantes estructuras sociopolíticas de Creta, la referencia que imitar para unos y otros (Wright: 1995). El hecho es que los wa-na-ka-te micénicos alcanzan un poder, un fasto y un respeto que les hacen soberanos no muy diferentes de los que proliferan en los imperios y reinos próximo-orientales de la época. Hay sólidos indicios sobre los que fundamentar la posibilidad próxima, casi certeza, de que hubo príncipes micénicos que obtuvieron el reconocimiento oficial de igualdad por parte de poderosos monarcas contemporáneos.

Ha preocupado también a los estudiosos el carácter de la monarquía micénica una vez alcanzada su plenitud. Es muy probable la índole militar del soberano micénico. Pregunta ineludible, consecuente de similar interrogante para los soberanos minoicos, es la de si el príncipe de los palacios era o no también figura de carácter divino o un sumo sacerdote mediador, cosa que propuso Palmer por los momentos iniciales de la micenología textual y volvió a defender luego años más tarde (Palmer: 1958; 1983) y que muchos autores aceptan con diferentes matices, aunque otros lo niegan (Hooker: 1979b). En el caso de que se opte por la afirmación, estaría dentro de toda lógica que la dimensión sacral de la realeza micénica fuera herencia recibida de la Creta minoica (Melena: 1972). Es cierto que alguna tablilla, la Fr 1235 de Pilo, parece presentar al wa-na-ka en listado con la po-ti-ni-ja, "diosa o señora" como recipiendario de aceite perfumado, y que esa *Potnia* podría ser una divinidad, dado que también aparece Posidón en la relación; y es cierto asimismo que en Er 312 el personaje aparece con te-me-no, voz que en griego posterior significa no otra cosa que recinto sagrado. Mas ni en unos documentos la interpretación es unívoca, ni en el otro el significado de te-me-no tiene que responder exactamente al del griego clásico. Interpretando las tablillas que llevan la mención te-o-jo do-e-ro, "esclavo del dios", Tovar entendió hace años que ese te-o-jo, silabización gráfica de **theoio*, griego clásico *theoû*, correspondía al príncipe, por lo que se trataría de esclavos del monarca, a quien el autor citado atribuye carácter divino. Tampoco este argumento es indiscutible, bien al contrario. La fuerza de Palmer estriba en la posible interpretación de términos relacionados con wa-na-ka o de este mismo en sí referidos a divinidades femeninas o masculinas, lo que lleva a concluir que la soberanía inherente es de carácter religioso incluso cuando se aplica al príncipe temporal (Palmer: 1983). La única formulación admisible es la de Carlier: los reyes micénicos no eran dioses, todo lo más, protegidos de los

dioses (Carlier: 1984, p. 131). No es fácil la conclusión definitiva sobre el particular. De todos modos, en boga de nuevo la idea de la teocracia minoica, se advierte en paralelo una tendencia fuerte a interpretar de modo parecido la figura de los wa-na-ka-te micénicos y a considerar, al menos, que las familias reales tardoheládicas imbricaban sus genealogías en la esfera de las deidades (Wright: 1995). Del propio término que designaba al príncipe, wa-na-ka, y de toda la ideología en que se insiere hay explicación conjetural extra-indoeuropea, en particular, como no podía ser menos, minoica, e incluso, es sólo hoy por hoy una hipótesis, oriental (Palaima: 1995). En efecto, el término que el griego micénico reservaba para el soberano del palacio no admite fácil explicación por el indoeuropeo.

La cuestión precedente enlaza con otras, como la de si el príncipe de palacio pagaba o no pagaba algún tipo de tributo religioso o si en la Pilo previa la destrucción se llamaba o no E-ke-ra2-wo. Esto último, que fue propuesto al principio por los descifradores partiendo de la tablilla pilia Un 718 (Ventris-Chadwick: 1973, p. 265) y defendió más tarde Chadwick en un pequeño trabajo monográfico de mucha repercusión (Chadwick: 1975b), no es cuestión baladí, pues de aceptar la identificación nos veríamos forzados a atribuir al monarca cuanto se desprende de las tablillas que mencionan a dicho personaje, quien evidentemente era importante en la escala jerárquica, hasta el punto de que no resultar descabellada, ni mucho menos, la propuesta a que hacemos referencia. En ningún lugar, es cierto, se dice que E-ke-ra2-wo fuera titular de un te-me-no, como lo era el wa-na-ka, lo que habría constituido argumento casi decisivo a favor de la identificación; y, como todas las menciones de este E-ke-ra2-wo aparecen vinculadas al distrito de Sa-ra-pe-da, podría tratarse, y son propuestas que se han hecho, no del príncipe de palacio, sino de persona de muy alto nivel en la demarcación (Lejeune: 1975), o en concreto del sacerdote de Posidón en este lugar (De Fidio: 1977, p. 134 ss), o de un notable rico y nada más, con funciones primordialmente religiosas (Carlier: 1984, p. 58 y 62). Queda, no obstante, para alimentar la duda, la observación de que las tablillas referentes a E-ke-ra2-wo y la que testimonia la atribución de un te-me-no a altos personajes del reino (para el wa-na-ka el de mayor tamaño) pertenecen a la mano del mismo escriba, el convencionalmente conocido por el número 24 de Pilo (Lejeune: 1975), con lo que ello pueda significar. Recientemente Palaima ha roto una lanza a favor de la tesis tantas veces defendida por Chadwick (Palaima: 1995). El hecho de que el wa-na-ka pagara o no tributo a divinidades, Posidón concretamente, es cosa que depende de la identificación antedicha o su negativa; y desde luego es algo paradójico que tenga deberes de contribución religiosa un monarca al que se le atribuye dimensión religiosa.

Hay que dar por cierta la existencia de tantos wa-na-ka-te o soberanos cuantos reinos independientes hubiera. Con la documentación de Lineal B

en la mano se concluye que eran poderes independientes bajo un wa-na-ka los centros palaciales de Cnoso, Pilo y, con menos segura documentación escrita, Tebas. A este último lugar, a más de una posible mención del wa-na-ka en una tablilla, corresponde la inscripción wa-na-ka-te-ro sobre soporte vascular de procedencia cretense cierta. Micenas y Atenas no podían dejar de ser residencia de otros wa-na-ka-te, si bien no hay textos micénicos que lo confirmen, lo cual, por lo demás, ni siquiera se echa de menos en estos dos casos. Salvo Atenas, los centros mencionados han dado partes sustanciosas de sus archivos; en volumen, por este orden: Cnoso, Pilo, Tebas y Micenas. Ya esta circunstancia sería suficiente para la afirmación de que eran cabezas de principados (Diessen: 1996). Sin duda los reinos micénicos eran más, al menos tantos como palacios. Todo apunta a que Yolko, al norte, Orcómeno, en Beocia, Tirinte, en la Argólide, y Esparta, en el Peloponeso, estaban también regidas por príncipes. No hay dificultad en admitir, si acaso indicios favorables, que Orcómeno y Tirinte compartieran, con Tebas y Micenas respectivamente, las regiones beocia y argólica. Y algunos reinos más –además de Cnoso– podrían haber existido fuera de la Grecia continental; se ha dicho de Malia, de La Canea e incluso de Mileto. Se ha señalado asimismo como muy posible que Eleusis fuera cabeza de otro principado independiente, ya que en el lugar ha aparecido un mégaron, que podría ser palacial, y sus tradiciones míticas cuentan con vestigios de una dinastía real, aunque una cierta relación de dependencia con Atenas no sería descartable (Ozanne: 1990, p. 86; Driessen: 1996). Tal vez la lista egipcia de Kom-el-Hetan, un extraordinario documento aparecido en la primavera de 1964 y que es, grabada en el plinto de una estatua, una relación de diversos lugares egeos de la primera mitad del siglo XIV a. C. (Edel: 1966), nos brinde seguridades para algunos otros estados palaciales más. Sobre los del Peloponeso la propuesta de Sergent ha sido ésta: Esparta controlando Laconia, Tegea como cabeza del reino de la Arcadia, Tirinte-Argos-Nauplión compartiendo la Argólide con Micenas (ésta la parte norte, Tirinte la sur), y Pisa hegemonizando la Élide; aparte del reino pilio de Mesenia y otro poder independiente en la inmediata isla de Citera. Creta daría, junto con el principado de Cnoso, otros más, los de Amniso, Festo y el de Cidonia, este último al menos hoy por hoy casi seguro, tras los incesantes hallazgos de La Canea, donde sin embargo no han surgido todavía restos de arquitectura de aparato. Pero en la lista aparece también Cnoso, siendo así que la teoría tradicional da este gran palacio como ya definitivamente destruido, lo que cada vez es más difícil de aceptar. Estamos ante resultados de la más probable interpretación del documento faraónico de referencia, aunque lo anterior no comporta que deba ser igual la importancia de todos los reinos dichos (la de Tegea como la de Micenas, la de Pisa como la de Pilo, la de Amniso como la de Cnoso, pongo por casos) ni faltan voces autorizadas, entre ellas la de Carlier, que piensen que la argu-

mentación de Sergent incurre en círculo vicioso y que es escaso el fundamento de la teoría. Armonizando estos datos con los arqueológicos y los míticos, es posible acercarse al número de wa-na-ka-te autónomos al frente de estados micénicos independientes. Independientes hasta cierto punto, pues de las relaciones entre micénicos y egipcios, así como de esta lista de Kom-el-Hetan en concreto, el propio Sergent ha extraído la idea de una posible unidad o federación, en suerte imprecisable, entre los diferentes estados tardoheládicos, lo que no repugna ante las tradiciones míticas que hereda la Grecia posterior. Poderes independientes, administraciones autónomas, pero una especie de internacional monárquica y unidad relativa de cara al exterior; esto es lo que parecen constituir los palacios micénicos. Y, obviamente, quienes así piensan señalan a Micenas como el principado que ejercería el poder hegemónico o de representación (Cline: 1987).

No podemos, aquí llegados, preterir el problema que plantea el término pe-re-ku-wa-na-ka de Pilos Va 15, porque se ha pensado que podría hacer referencia al príncipe de Micenas, quien tendría reconocida sobre los otros príncipes una supremacía semejante a la que el mito atribuye al Agamenón de la guerra de Troya. Esto daría carácter institucional a la dependencia interpalacial referida. El wa-na-ka de Micenas sería en esta hipótesis el pe-re-ku-wa-na-ka de Pilo, o sea, el soberano hegemónico. Propuso esta teoría Luigia M. Stella, aceptando la interpretación del primer elemento del compuesto a través de la palabra **presgus*, "anciano, venerable", y aportando alguna coincidencia léxica que no cabe tener por significativa. Pero el carácter institucional de la hegemonía de Micenas sobre la comunidad de principados no es incuestionable, y existen otras interpretaciones propuestas para el discutido término, desde la de quien ve tras él, como viejo monarca retirado al ilustre Néstor homérico, hasta la de quien se conforma con entender que se trata de simple antropónimo, pasando por la hipótesis de un título religioso, "señor de la doble hacha", relacionando la parte inicial del compuesto, pe-re-ku, con la palabra *pélekus*, "hacha". Recientemente Chadwick ha propuesto que estamos ante dos palabras separadas, pe-re-ku y wa-na-ka, pero sin descartar que se trate de un compuesto notado de ese modo, cosa por lo demás frecuente en las tablillas de Lineal B. Sobre el primer elemento, si **presgus* o *pélekus*, el descifrador no se pronuncia (Chadwick: 1992).

Inmediatamente por debajo del wa-na-ka, cual parecen testimoniar las tablillas, aunque no faltan reservas para esta deducción (Ruipérez-Melena: 1990, p. 137), se encontraba el ra-wa-ke-ta, silabización que corresponde al parecer a un término **lawagétas*, "el conductor del pueblo". Todo indica que era personaje único en el principado. Al igual que el soberano, recibía una parcela (te-me-no) que estaba con la de éste en relación de uno a tres (Er 312); es decir, el te-me-no del ra-wa-ke-ta tenía una superficie tres veces menor que la del wa-na-ka, o príncipe del palacio. Así sería, si el testimonio

conservado fuera representativo de una relación en constante. Partiendo del contenido del propio nombre, se ha tenido al ra-wa-ke-ta por jefe del ejército, entendiendo que el pueblo no es otra cosa que los hombres en armas. Su papel era importante, a juzgar no sólo por el hecho de contar con un te-me-no, cosa ya de por sí significativa, sino por otros detalles, como que se nos testimonie el auriga del ra-wa-ke-ta o artesanos ra-wa-ke-si-jo, que éste es el adjetivo que significaba "propio del **lawagétas*". Pero su carácter militar no es seguro, aunque se acepte corrientemente; y así vemos a Adrados revisando esta teoría y a Hooker insistiendo en la oscuridad de su función y en el hecho de que las referencias predominantes, cuales él las interpreta, le asocien con el culto más que con otra cosa (Hooker: 1987). Una nueva duda que añadir a las ya anotadas en relación con el wa-na-ka. También para este otro personaje se ha especulado con una identificación que podría dar nombre propio al ra-wa-ke-ta de Pilo. Propuso la profesora nórdica Lindgren hace años que el ra-wa-ke-ta pilio, durante al menos el último año de la vida del palacio mesenio, se llamaba We-da-ne-wo, silabización de lo que sonaría *Wedaneus* (Lindgren: 1973, II, p. 134-136). La vieja propuesta de identificación, que dista de ser segura, ha encontrado algún respaldo significativo reciente (Palaima: 1995). Aunque quede el detalle en la duda, permanece la certeza de que ese We-da-ne-wo, como ya vieron Ventris y Chadwick, era un personaje de importancia, si bien por debajo en rango de aquel E-ke-ra2-wo que algunos han pensado era el último soberano del principado pilio. Es más; o las dos identificaciones son acertadas o no lo es ninguna, pues se deducen en íntima conexión.

7.1.2. Nobleza y funcionarios palatinos y de los distritos

Es lógico que bajo estos dos personajes de la alta jerarquía micénica hubiera un grupo de notables o aristócratas que desempeñaran destacadas funciones en palacio y en los diferentes distritos en que se dividían los territorios. Que los oficiales y funcionarios de los más elevados niveles de la administración y el mando salgan de una nobleza restringida es algo consustancial con una sociedad monárquica, como la palacial. Conocemos las denominaciones de algunos cargos y situaciones de privilegio, aunque definirlos e identificar sus competencias con cierto ajuste no es tarea fácil, por no decir que lo es imposible en el estado actual de nuestros conocimientos. Entre estos altos personajes estaban los te-re-ta y los e-qe-ta, respecto a los que no es posible concretar mucho. En el mismo documento en que se nos valora el te-me-no del wa-na-ka y del ra-wa-ke-ta de Pilo, a saber, Er 312, tres te-re-ta o *telestai* disfrutaban cada uno de tanta tierra como el segundo de los personajes anteriores y, por consecuencia, entre los tres tenían la misma superficie que el soberano. Recuérdese que la relación entre la parcela del príncipe

y la de su segundo estaba en la proporción de tres a uno. Dicho documento no habla de te-me-no en el caso de los te-re-ta, tal vez porque se dé por supuesto, o quizá porque el régimen de ocupación de esa tierra fuera diferente desde el punto de vista jurídico. Sobre estos personajes hay muchas dudas en lo que respecta a situación y funciones; pues si unos los tienen por investidos de carácter religioso, otros les atribuyen responsabilidades civiles y aun otros hablan de una naturaleza mixta; y, mientras hay quienes les sitúan en los distritos, no faltan aquéllos que los relacionan con el palacio central. La vienesa Deger-Ialkotzy los definió como hombres del servicio real, se entiende que civiles y cortesanos; civiles en lo que pueden tener de tales dentro de un mundo que podría no haber llegado a la completa distinción de niveles. En cualquier caso, la autora los tiene por no pertenecientes a la clase sacerdotal (Deger-Ialkotzy: 1983). Años más tarde Hooker ha puesto en duda la necesidad de interpretar la palabra por *telestaí* y ha supuesto para estos personajes una conexión íntima con la tierra y la posesión fundiaria (Hooker: 1987), en lo que le siguen Ruipérez y Melena al referirse escuetamente a ellos como "propietarios de tierra" con obligación de una contraprestación al Estado (Ruipérez-Melena: 1990, p. 133), mientras que Adrados recientemente, matizando sin desdecirlas ideas propias de tiempo atrás, escribe que estamos ante "un título de funcionarios importantes de los dominios sacrales"; para este helenista español, la palabra tiene que ver con la idea de cumplir un compromiso de servicio, y en concreto el te-re-ta ha de hacerlo al santuario, el de Pa-ki-ja-na, a cambio de los correspondientes beneficios fundiarios (Adrados: 1996). El número de te-re-ta era elevado, puesto que sólo la tablilla pilia En 609 menciona catorce para la demarcación santuarial mencionada.

Los e-qe-ta, por su parte, "seguidores", según prácticamente seguro entendimiento del término por su etimología –lo mismo que el *comites* latino–, han recibido también interpretaciones diversas, que van desde que se trata de oficiales de enlace hasta tenerlos por aristócratas, pasando por lo religioso, cuando la verdad es que ignoramos qué funciones tenían exactamente incluso después del voluminoso estudio monográfico que les dedicó hace años la antes citada Deger-Ialkotzy, pues si Pilo apuntaría a una solución dentro del ámbito de lo militar, Cnoso, cual han señalado Melena y Hooker, sugiere más bien para ellos funciones de carácter económico; aparte de que Camera, algo en la línea del autor británico, ha defendido que sus funciones son técnico-agronómicas y Uchitel y Hooker que eran supervisores de unidades de trabajo (Camera: 1981; Uchitel: 1984; Hooker: 1987). Ya años atrás Deroy y Gérard habían creído solucionar toda dificultad mediante la atribución de funciones multiformes, religiosas, jurídicas y administrativas dentro de su interpretación de los e-qe-ta como inspectores. Es descorazonadora la conclusión última de Deger-Ialkotzy, pues no pasa de señalar que

los e-qe-ta dependían directamente de palacio y actuaban como agentes del rey; muy corta conclusión para doscientas páginas largas que tiene el estudio (Deger-Ialkotzy: 1978). De estos personajes sabemos que tenían esclavos a su servicio y que su *status* era indudablemente alto. El problema de su función, al menos para Pilo, depende sin duda de cómo se interpreten esas unidades llamadas o-ka, con las que aparecen relacionados como sus mandos propios y de las que hablaremos más abajo en el momento de tratar de la milicia. Adelantemos ahora que si las o-ka eran cuerpos de ejército de vigilancia costera, sería de afirmar el carácter militar de estos personajes, y si la interpretación fuera de otra clase, habría que atribuirles distinta función. Cierto número de documentos relacionan estos personajes con aspectos de la producción, en concreto la textil en Cnoso y la de carros en Pilo, quizá porque fueran sus responsables últimos. De ser así, deberíamos concluir que no valen para el mundo micénico los simplismos con que pretendemos interpretar cada figura documentada en los textos. Conocemos los nombres personales de algunos e-qe-ta, que aparecen por cierto con el detalle aristocrático del patronímico añadido, si no hay error a la hora de entender los textos correspondientes. Según la tablilla Ed 847, tenían esclavos, los do-e-ro e-qe-si-jo, que a su vez (obsérvese la nota de distinción) eran beneficiarios de tierras de la modalidad o-na-to, de las que se hablará en su lugar correspondiente. Los e-qe-ta de Pilo eran al menos once, los de Cnoso trece sólo en la tablilla B 1055, cosa que no excluye que pudieran existir algunos más.

La documentación del archivo de Pilo menciona dieciséis distritos de gobierno y administración. Apenas si admite dudas que era el llamado ko-re-te, quien tenía la responsabilidad de cada uno de ellos, auxiliado por un po-ro-ko-re-te. La traducción que se suele dar a estos términos es la de gobernador y vicegobernador, lo que no acarrea excesivos problemas con tal de que no pretendamos ir más allá, sea en definición, sea en establecimiento de relación con otros cargos documentados y aun dentro del propio par en sí, puesto que nada asegura que en estos dos cargos haya sólo referencia jerárquica y no diversidad de funciones. En una tablilla pilia, la Jn 829, muy conocida por su contenido, se incluye un diferente tipo de altos funcionarios entre los ko-re-te y los po-ro-ko-re-te; nos referimos a los du-ma-te, sobre los que nada firme podemos establecer. También tenían situación privilegiada en los distritos los llamados po-ro-du-ma-te, no menos oscuros. ¿Habría que pensar en unos prepósitos de los distritos de designación real y otros poderes propios de los territorios y de sus gentes cuyo nombramiento escapaba del palacio, aunque reconocieran la soberanía del wa-na-ka y estuvieran integrados en la estructura sociopolítica del principado? ¿El ko-re-te sería el gobernador y el du-ma un reyezuelo? ¿Quizá al revés? ¿Tal vez estamos ante dos designaciones de la misma figura (Chadwick: 1977, p. 102)? No menores inseguridades pesan al respecto de los mo-ro-ka, de los que se ha dicho

que pueden ser nobles de corte, nobles locales, comandantes militares, poseedores de *moîra* o *móros* o sacerdotes; y al de los da-mo-ko-ro, oficial y funcionario como se entiende por lo general, desechada la idea de que pudiera ser un nombre propio, pero sin competencia que se les pueda atribuir, pues la responsabilidad sobre movimientos de ganado propuesta por Jean-Pierre Olivier no llega a convencer del todo, pese a que en algún documento aparece junto a un inventario de bueyes. El propio Olivier, inseguro con respecto al rango, se pregunta si se trataba de un mando o funcionario de alto nivel, como el du-ma o el ko-re-te, o de rango subalterno, como el po-ro-du-ma y el po-ro-ko-re-te, atribuyendo a unos y a otros categorías que distan mucho de ser seguras e incluso de estar fundamentadas. No ha faltado en este juego, que muchas veces no descansa sino sobre similitudes terminológicas relativas, la vinculación del da-mo-ko-ro con el *tamkaru* de los textos semíticos mesopotámicos, entendiendo que aquella institución deriva de ésta (Astour: 1965). Lo que sí resulta admisible es la relación del primer elemento con el término da-mo, *dámos*, "pueblo", establecida no sólo por la similitud evidente, sino por el asombroso paralelo proporcionado por el *lawokóros* ateniense –**lawós*, pueblo en armas–, que algunos autores han recordado desde 1968 como pervivencia posterior de una institución semejante, al menos en nombre, a ésta micénica que comentamos. Destaquemos, por último, que una tablilla, la Ta 711 de Pilo habla, en posible aunque no segura interpretación, de cuando el príncipe nombró da-mo-ko-ro a un personaje de nombre Au-ke-wa, uno de los escasísimos actos administrativos testimoniados documentalmente en las tablillas.

Mucho se ha escrito también sobre el pa2-si-re-u, una figura a la que se designa con lo que evidentemente es un antecesor directo y cercano del término *basileús de* Homero y de la lengua helénica posterior. Aunque *basileús* en griego postmicénico significa "rey", las tablillas han dejado muy claro que existe una gran distancia entre el uso homérico del término y el uso micénico. Lo que ya no resulta tan evidente es a qué tipo de personajes y con qué funciones se aplicaba este pa2-si-re-u, precedente del *basileús* del griego histórico: jefe local para Ventris y Chadwick; noble para Lejeune; funcionario oscuro para Chantraine; capataz para Ruijgh; sacerdote de culto mayor para Pugliesse Carratelli; supervisor para Lindgren; funcionario industrial para Palmer; oficial de bajo nivel, dependiente de palacio, pero móvil, en opinión de Morpurgo Davis; funcionario subordinado con responsabilidad de mandos menores para Gschnitzer. Matices distintos para una evidencia que no admite el desacuerdo: la palabra pa2-si-re-u, con ser la misma –*basileús*– que se emplearía luego para designar a los reyes, significaba otra cosa en época micénica. ¿Se trataría de altos responsables de sectores, productivos o de otra índole? ¿Podría tener su origen el término en jefaturas indígenas integradas en la estructura social de los principados? Desde luego se

señala origen pregriego, no indoeuropeo, tanto para la raíz como para el sufijo de la palabra (Palaima: 1995). Si efectivamente estos personajes pertenecían al ámbito local, es muy difícil establecer la relación de papel y funciones con respecto al ko-re-te, máximo representante del príncipe en los distritos. Es indudable que un pa2-si-re-u estaba al frente de una ke-ro-si-ja, como ya se ha venido observando de tiempo atrás. Pero esto nos conduce a un nuevo problema, ya que ignoramos si la ke-ro-si-ja es, como se interpretó al principio, una *gerousía* o asamblea de ancianos (nadie defiende hoy esta posibilidad), o, cual se ha dicho después, una corporación de la clase que sea o una modalidad artesanal. Los pa2-si-re-we aparecen también en algunas relaciones de bronce contabilizado según broncistas, tal vez en papel de controladores o responsables (Uchitel: 1990-1991). En cualquier caso, se impone la afirmación de que el cargo no tenía nada que ver en categoría y consideración con el poder monárquico, al igual que debemos descartar la interpretación tradicional, aparentemente obvia, pero falsa, de lo que era la ke-ro-si-ja. Más adelante, en la parte dedicada a la evolución sociopolítica de los griegos postmicénicos, aludiremos a los cambios que se producirán en el sistema monárquico y a la posible vía por la que ha llegado el cambio de sentido del término *basileús*.

Huelga decir que tantas dudas de interpretación sobre unos textos que podemos leer son descorazonadoras. Hay notables intentos de comprensión de la estructura de poder y administración, pero quizá debamos contentarnos con el convencimiento de que debía de ser precisa y sobre todo compleja (Kilian: 1988a). De cualquier modo, montar teorías sobre instituciones de gobierno y administración sirviéndose de datos como los que hemos visto es, en gran medida, construir en el aire. Pero, al menos, los testimonios escritos de Lineal B confirman la organización monárquica del palacio y nos hacen saber, siguiera sea sobre la base de elementos sueltos, no bien precisables y de dudoso encaje, algo de la trama complicada sobre la que se basaba una administración jerarquizada, compleja y, parece, muy especializada. Se ha dicho que los principados micénicos constituyen el primer experimento de gran poder político, administrativo y económico de los antiguos griegos (Deger-Ialkotzy: 1996), y todo indica que es rigurosa verdad.

7.1.3. La milicia

Hemos destacado ya el carácter militarista consustancial al Heládico Reciente. Los monarcas y personajes importantes se entierran con armas y con objetos adornados de representaciones bélicas; surge el carro de guerra; las cuidades se rodean con el tiempo de impresionantes defensas; la marina comienza a utilizarse para el servicio de la guerra. Era lógico que todo esto quedara confirmado y completado mediante la información de las

tablillas descifradas. Y así es, tanto por contenido interpretable cuanto por algunas representaciones ideográficas elocuentísimas. No todo lo que era la organización militar, evidentemente, está documentado en las tablillas. Textos que son asientos, cuentas, inventarios, dejan muchas cosas sin explicar. No es muy arriesgado pensar que el wa-na-ka, el rey, estuviera en la cúspide de la línea de mando, con responsabilidades inherentes a su situación. En Homero, al menos, eran los reyes quienes dirigían la guerra personalmente a la cabeza de su pueblo. Si al ra-wa-ke-ta, "el conductor del pueblo", competía o no primordial función militar es duda a la que ya se ha hecho referencia. Hay quien prefiere negar función militar al soberano y reconocérsela en exclusiva a este segundo personaje de la jerarquía palacial (Palaima: 1995). Los e-qe-ta parecen tener oficio militar en algunos textos. Nada indica, sin embargo, que fuera ese mismo el caso del ko-re-te y del po-ro-ko-re-te, y me permito decirlo contra la opinión de Platon. Nos faltan seguridades en este sentido para otros de los cargos conocidos.

La documentación de Pilo, concretamente las tablillas de la serie An, se refiere a e-re-ta, plural del griego posterior *erétes*, remeros, en cantidades que apuntan más a lo militar que a lo civil (Palaima: 1991), aparte de lo significativo que resulta el simple hecho de su contabilización en el archivo de palacio. Se pretende que también los textos de esta serie nos hablan de un cuerpo de vigilancia para la costa mesenia, dividida ésta en tres zonas por razones de funcionalidad; dicho cuerpo da un montante de cerca del millar de hombres y estaban mandados o coordinados por e-qe-ta en número de once. Entramos de nuevo en problema, pues irrumpimos en la cuestión discutida de las unidades llamadas o-ka. El contexto de las pocas, pero muy largas tablillas que integran la serie o-ka, parece ser militar. Pero no hay certezas sobre lo que son tales o-ka. Ventris y Chadwick, así como Palmer y Lejeune, interpretando las o-ka como **orchá* –en relación con *arché*, "mando, poder"–, las tuvieron por unidades militares, mientras que Pugliesse Carratelli y Mühlestein, como los descifradores en un primer momento, entendieron que se trataba de **olchás*, naves de transporte; el último de los citados utilizando como argumento convergente la paleografía y la identificación de la mano del escriba. En el segundo Coloquio de Estudios Micénicos, celebrado en Pavía, Risch presentó un específico e importante tratamiento de la cuestión y, sin descartar la posibilidad de leer **ochá* en vez de **orchá*, insistió en la interpretación militar para concluir que cada o-ka no era sino una formación que englobaba mando, oficiales y tropa (Risch: 1958). Sin embargo, a pesar de la minuciosidad del estudio del citado autor, no han quedado disipadas las dudas. Más adelante Ruipérez ensayó la solución ecléctica de que se trataba de tropas navales; Deroy las interpretó como pertenecientes al ámbito fiscal, y luego, para mayor desconcierto, Camera defendió que lo más seguro en su opinión era que las o-ka no eran cuerpos de soldados, sino

cuadrillas de trabajadores encargados de acondicionar para tierras de labor aquéllas que resultaban inutilizadas por inundación de agua del mar. Baumbach ha vuelto a la interpretación militar, inclinándose menos por la situación de emergencia que por las defensas ordinarias frente a los riesgos piráticos de la costa (Baumbach: 1983). En cualquier caso, el problema está ahí y la interpretación de los descifradores de las once zonas, sus efectivos y sus mandos, desarrollada, junto con algún otro, por Lejeune, dista mucho de ser segura, puesto que sigue sometida a debate y discusión. Hace algo más de una docena de años, un trabajo minucioso de Uchitel ha sugerido que se trata de unidades de supervisión costera, pero sin carácter militar (Uchitel: 1984), conclusión a la que alguien ha dado tanta importancia e indiscutibilidad como para decir que tras este estudio es ya imposible seguir afirmando la interpretación militar de la figura (Hooker: 1987). No están las cosas tan claras, sin embargo. De todos modos, ignoraremos siempre si este manojo de documentos, en el caso de que realmente afecten a aspectos y particulares de la milicia, es de relacionar con la amenaza que se cernía sobre Pilo y que a la postre no fue posible evitar. Carlier parece aceptarlo implícitamente, al tiempo que sugiere que la milicia micénica podía consistir simultáneamente en un ejército de palacio, permanente, y en efectivos ciudadanos o movilizaciones locales de acción ocasional y hasta cierto punto independientes.

Si poco sabemos de seguro sobre la oficialidad y unidades de tropa, menos podemos extraer de las tablillas sobre los procedimientos de movilización o la amplitud con que el pueblo contribuía a nutrir la milicia activa. Sólo podemos aducir al respecto las observaciones de Killen componiendo algunos textos An de Pilo: que tal vez la contribución de e-re-ta, e incluso de tropas en general, se hiciera por los diferentes lugares sobre unas proporciones constantes de aportación, que serían idénticas cuando se tratara de proporcionar fuerzas en situación de emergencia o de contribuir civilmente en tiempos de paz.

Algo mejor informados estamos en relación con el armamento, aun cuando los datos son incompletos y es de suponer que las armas del pueblo llano las guardara cada cual en su casa y no tuvieran presencia en los inventarios de palacio. Cnoso ha sido más generoso que Pilo a la hora de ofrecer información sobre armamento. En este segundo palacio tan sólo tenemos testimonio de armas defensivas, mientras que en el primero se nos documentan no sólo de este tipo, sino también de ataque. Las tablillas nos brindan los ideogramas de corazas y coseletes, y es segura para las primeras el nombre de to-ra-ka, *thóraka* del griego posterior; conocemos también otros elementos del atuendo defensivo del guerrero con sus nombres más o menos identificados. Para el casco encontramos el correspondiente ideograma y el nombre ko-ru, claro correspondiente del *kórys* del griego histórico. La arqueología documenta diversos tipos de defensas corporales, sea como ajuares

de tumbas –es el caso de la famosa armadura de Midea–, sea en representaciones plásticas. En lo que se refiere a cascos, es curioso el de colmillos de jabalí, testimoniado por Homero y durante siglos inexplicable fósil, ahora conocido a través de representaciones (figurillas de marfil, frescos, sellos, cerámica) y de algunos ejemplares mejor o peor conservados. Nada seguro nos dan las tablillas sobre escudos, pero sí la tradición y las representaciones: el escudo en forma de ocho, el pequeño escudo redondo y el cuadrangular alargado, que podría corresponder al que Homero llama en forma o tamaño de torre. Lanzas, espadas, dagas y flechas abundan en museos y en la plástica, y además tienen su presencia en las tablillas de Cnoso. Es identificable el ideograma de las lanzas y su denominación es e-ke-a, *énchea*, algunas veces con el calificativo de ka-ka-re-a, es decir, *chalkárea*, de bronce. No menos claro es el ideograma de flecha, si bien el término correspondiente no está testimoniado. De armas de mano tenemos las pa-ka-na, en Homero *phásgana*, y un dual extraño, qi-si-pe-e, que no puede corresponder sino al *xíphos* del griego posterior. Ambas modalidades de armas de empuñadura cuentan con sus correspondientes ideogramas, elocuente sobre todo el de la primera.

La plástica micénica y la tradición homérica prueban la utilización militar del carro y algo de la forma en que se hace. Pero también las tablillas de Pilo y Cnoso nos dan datos sobre este instrumento de guerra o que puede ser empleado al menos en el campo de batalla. Pilo no aporta más que relaciones de pares de ruedas, pero Cnoso, a más de inventarios similares, hace inventario también de carros sin ruedas, de simples bastidores y de carros completos. Da la impresión de que en los almacenes de palacio se conservaban las armazones por un lado y las ruedas por otro, lo que permite suponer que la contabilidad de carros completos hace referencia a los que han sido montados para distribución o se encuentran en uso. La palabra micénica para el carro es i-qi-ja, *hippía*, y para las ruedas a-mo, *harmós*, aunque la terminología de las tablillas para estos vehículos, sus partes, sus materiales y sus descripciones es enormemente rica, cierto que también problemática (Bernabé et alii: 1990-1991 y 1992-1993; Bernabé: 1996). Contamos asimismo en las tablillas con inventarios de caballos de tiro. Aun aceptando la observación de Carlier en el sentido de unas más limitadas posibilidades de las formaciones de carros en Grecia, dada la configuración del terreno, que en las regiones próximoorientales en que este instrumento de guerra se utilizaba, es evidente que los carros tenían entre los micénicos empleo militar, porque en ocasiones aparecen relacionados con armas, como corazas; y el hecho de que correspondan un par de éstas por carro confirma que eran dos hombres quienes ocupaban el vehículo, uno como conductor y otro como combatiente, cual sabemos por alguna representación figurada y por la memoria conservada en el *Ilíada* homérica.

Un archivo micénico registraba no otra cosa que el armamento del palacio; el no susceptible de propiedad individual, como el carro, y el que el estado facilitaba en momentos de movilización a determinados cuerpos y personajes. Es indudable que habría en los almacenes palaciales más y diferentes armas que las testimoniadas, ya que los archivos encontrados pueden no estar completos y con seguridad no son exhaustivos. Corresponden al último ejercicio anual, no cerrado, por lo tanto incompleto, y además nada obliga a pensar que los inventarios se hicieran íntegramente todos los años. Con respecto a los artesanos especializados en armamento, hablaremos cuando nos refiramos a la producción, y la cuestión de las posibles emergencias militares en Pilo para hacer frente a las amenazas que acabarían por destuir el palacio, se abordará en el momento en que tratemos la caída de los principados.

7.1.4. Fiscalidad

Es demasiado lo que dudamos sobre el modelo económico de los principados micénicos para concretar mucho sobre la práctica fiscal y la teoría que la subyacería. Sin embargo hay algunas series de tablillas interpretables como documentos fiscales sin demasiada dificultad y otras que, más o menos decididamente, han sido entendidas por algunos autores en el mismo sentido. A reservas de posibles explicaciones alternativas, fuera de alcance debido a los muy someros conocimientos que nos es dato tener de las relaciones económicas internas de un principado micénico, hay términos testimoniados en los archivos que parecen responder a operaciones y situaciones fiscales controladas por la administración centralizada. Esos términos son fundamentalmente do-so-mo (*dosmós*), sin duda impuesto religioso, a-pu-do-si (*apúdosis*), "entrega", o-pe-ro (*óphelos*, o el participio *ophéllon*), "deuda", di-do-sí (**dídonsi*) ó o-u-di-do-di (*ou *dídonsi*), respectivamente "entregan" o "no entregan", y e-re-u-te-ro (*eléutheros*), "libre". Hay práctico acuerdo entre los especialistas, por encima de diferencias de detalle, a la hora de entender que aquí tenemos referencias a circunstancias impositivas, lo que es posible en todos los casos, aunque la seguridad varíe luego entre unos y otros. Se ha propuesto también que las tablillas cnosias que contienen la palabra o-pa, antes relacionadas con el mundo de la producción, podrían corresponder al ámbito de lo fiscal y, si la suposición fuera cierta, basada en la cercanía léxica a la antevista o-pe-ro (Melena: 1983a).

Este conjunto terminológico se nos testimonia en series documentales muy diversas. Las de Cnoso Ma y Pilo Ma, Na, Ng y Nn, pequeños textos por lo general, asientan entregas del propio ejercicio fiscal, deudas y exenciones e incluso pagos correspondientes al año anterior, que es como hay que interpretar a2-te-ro we-to di-do-si (*háteron wétos *dídonsi*) de la tablilla Ma

365 de Pilo. La diferencia entre deuda fiscal y exención impositiva queda establecida sobre las palabras o-pe-ro, o-u-di-do-si y e-re-u-te-ro, dotadas de sentidos distintos y por tanto de uso no intercambiable. Si se documenta la entrega de lo correspondiente al deber fiscal del ejercicio anterior, no extraña que también tengamos referencias a deudas atrasadas. Para ello se emplea la fórmula pe-ru-si-nu-wo o-pe-ro, cuya primera palabra responde al adjetivo *perusinós* del griego posterior, que significa "del año pasado".

Dado el carácter natural, no monetario, de la economía micénica, los deberes fiscales se fijaban y satisfacían en productos concretos. Los ideogramas utilizados en estas series son el signo silábico SA, que algunos piensan que puede referirse al lino, en los textos del grupo N-, y otros varios, siempre el mismo orden, en los del grupo M-. En la serie Es de Pilo, que testimonia el impuesto llamado do-so-mo, el ideograma del producto utilizado es el de trigo. Llama la atención que alguna vez (Es 644 de Pilo) se nos hable de do-so-mo we-te-i we-te-i (*wetei wetei), que significa algo así como año por año. Algunos de los textos de esta serie, por mencionarse una divinidad como destinataria de las entregas, Posidón en concreto, sugieren que se trata en este caso de un tributo de naturaleza religiosa. Tanto o-pe-ro cuanto un adjetivo derivado de do-so-mo reaparecen en la serie Ge de Micenas, que recibe también interpretación fiscal (Killen: 1983b).

Los términos de aparente equivalencia podrían estar especializados en sentidos distintos. Por una parte tenemos a-pu-do-si, do-so-mo y las formas positivas de *dídomi*, "dar", y por el lado contrario se encuentran las formas negativas de dicho verbo, la palabra e-re-u-te-ro y, por último, *opheílo* y palabras relacionadas. A favor de que e-re-u-te-ro marque una exención está el hecho de que en la serie Na de Pilo se construya con un dativo de interés, el de la persona o grupo que se beneficia (Killen: 1992-1993). No es fácil, sin embargo, concretar los diversos valores de los términos. Podría entenderse en principio que a-pu-do-si es el pago del tributo y que las formas de *dídomi* se refieren a dicha operación. Do-so-mo podría ser el impuesto (Duhoux: 1976, p. 164 ss). Es clara la diferencia conceptual entre lo que hay que pagar y el hecho en sí de hacerlo en todo o en parte. Lo no pagado en cada momento es el o-pe-ro, lo debido al fisco. Para o-u-di-do-si existen dos interpretaciones: que de hecho no han pagado los sujetos pasivos del deber fiscal o, por las razones que sean, no tienen obligación de hacerlo. En el primer caso se trataría de un impuesto no satisfecho, y por lo tanto pendiente, y en el segundo estaríamos ante una exención tributaria. Pero e-re-u-te-ro se entiende normalmente como franquicia fiscal, lo que supondría doble modo de expresar lo mismo, si de la fórmula anterior se acepta la segunda posibilidad. La economía de lenguaje, que es obligada en unos textos necesariamente simples como los de las tablillas, induce a rechazar la coincidencia. Cabe considerar que en el caso de o-u-di-do-si podemos tener referencia al

pago no efectuado, pero que sigue obligando, y en el de e-re-u-te-ro, exención. La prudencia y la verosimilitud debe inducirnos a aceptarlo de este modo. Creo que introduce excesiva dosis de confusión y gratuidad la sugerencia que se ha hecho de que en la primera posibilidad tendríamos la exención tributaria y en el segundo, una liberación a favor de terceros de un tributo que sólo en teoría, mas no en la práctica, debería recibir el palacio (Duhoux: 1976, p. 164 ss). La interpretación es original, pero en exceso arriesgada. Si acaso ambas situaciones tuvieran que ver con exenciones tributarias, se trataría de dos modalidades establecidas sobre bases jurídicas y económicas distintas, cuya precisión nos quedaría fuera de alcance.

El problema de los impuestos y exenciones se complica con otros particulares, algunos ya aludidos y otros que quedan por tratar. Hablaremos en su lugar de las posibles o pretendidas exenciones tributarias de los broncistas de Pilo; de ellos, como de los cazadores, constructores y calafateadores de barcos, se ha dicho que estaban fiscalmente mimados en este reino. Afirmaciones así resultan tanto más fantasiosas cuanto menos cierta sea la interpretación de los elementos en que se apoyan, y a más de que nunca la seguridad es excesivamente grande, en ocasiones cabe decir incluso que el fundamento es nulo. Sobre el caso especial de los broncistas (Smith: 1992-1993) y sobre si tenía o no carácter fiscal la institución de la ta-ra-si-ja, cosa posible, se dirá más adelante, en el apartado referido a la industria metalúrgica. En todo caso se trataría de una fiscalidad del ámbito artesanal medida en trabajo y traducida a productos de los talleres. Avanzo ahora, pues éste es su lugar, la hipótesis muy dudosa del micenólogo Deroy que apunta a que los broncistas actuaban como cobradores de impuestos (Deroy: 1968, apend. I), y no eran, cual se ha dicho por lo general hasta ahora, trabajadores para el palacio o contribuyentes. El autor francés, que ha revisado luego algunos de sus puntos de vista, inserta esta teoría en una más amplia investigación sobre la percepción de impuestos en Pilo, que le lleva a interpretar la serie o-ka, relacionada con lo militar por la mayoría de los autores, como unidades zonales de cobro, a saber, oficiales y funcionarios del fisco, rechazando por lo tanto la extendida idea de los sectores defensivos de la costa mesenia y los cuerpos de vigilancia encargados de la seguridad del reino por el lado del mar. Basa su teoría en la equivalencia y significado que atribuye a la palabra o-pi-a2-ra: plural de **opíaron*, "multa". Rechaza en consecuencia la relación ordinariamente admitida con el homérico *éphalos*, "marino". Pero si la interpretación militar de las unidades o-ka no es segura, menos lo es la fiscal que Deroy nos sugería.

Son de lamentar tantas dudas. Cuando pretendemos ir más allá del sentido originario de la terminología fiscal menos discutible, las inseguridades aumentan. Es cierto que algunas tablillas referidas a impuestos, seriadas, permiten hablar de una ley fiscal micénica (Olivier: 1974). Todo parece apuntar

a que en dichos documentos se asientan pagos, deudas y exenciones, en productos varios, siempre los mismos, siempre en el mismo orden y siempre en indiscutible proporción. La serie Ma de Pilo es particularmente ilustrativa. En sus textos se contabilizan cantidades de seis productos distintos, que son los correspondientes a los ideogramas *146 (vestidos), RI (lino tal vez, sílaba inicial de su nombre), KE (un producto pesable sin identificar, para algunos cera), *152 (pieles), O (también producto pesable, se sospecha que alguna especia) y ME (probablemente miel). Los diferentes textos de la serie recogen para cada demarcación, las cantidades teóricas del deber fiscal en cada uno de los seis productos, lo que de ellas se ha pagado ya, lo que resta por abonar y, en su caso, especificadas, las exenciones. Por lo general las operaciones matemáticas son exactas, aunque a veces encontramos algún que otro error contable. Las cantidades mayores son las de Ma 216, las menores las de Ma 193 y Ma 365. Parece que el distrito más potente era el de Ra-wa-ra2-ta y el de menor capacidad el de Ri-jo. Se trata de un sistema proporcional de reparto del montante general contibutivo (Shelmerdine: 1973; Lejeune: 1979). Las dos provincias del territorio pilio aportaban lo mismo y dentro de cada una de ellas se hacía la distribución proporcionada a lo que podía cada distrito. La serie Na de Pilo relaciona tan sólo un producto, el del ideograma SA, que sólo podría ser lino, como algunos autores pretenden, si no se refiriera a este producto el ideograma RI. Las arriba citadas tablillas pilias de la serie Es, que se refieren al impuesto llamado do-so-mo en favor de Posidón, contabilizan trigo y no tienen que ver con imposiciones territoriales sino personales. El deber fiscal de los trece individuos contribuyentes viene a ser el de una sexta parte de la cantidad de cereal que se precisa para la sementera de sus fincas respectivas. Parece que el sistema de reparto tributario de Cnoso era similar, como lo revela la serie Mc, aunque quedaba establecido sobre tan sólo cuatro productos con sus respectivos ideogramas: *150 (pieles), ovejas, *142 (producto desconocido) y cuerno.

Podemos afirmar, pues, que hay textos que contienen contabilidad fiscal muy precisa, aunque no estemos en condiciones de reconocer en ellos todo su valor y de extraer conclusiones de gran alcance. Las reservas suscitadas por la inseguridad fundamental que tenemos sobre el modelo económico de los principados, podrían limitar el convencimiento de que las entregas e impagos que se nos contabilizan tengan necesaria relación con el ámbito de lo impositivo y no con libración de productos y rendición de cuentas simplemente económico-productivas por parte de unos operarios dependientes del palacio. Sin embargo, la rigidez que se observa en la constante de los productos, que no parece preocuparse de lo que pueda dar cada zona, suena más, es verdad, a frialdad de la exigencia fiscal que a otro tipo cualquiera de operación económica. Es inverosímil, me parece, la hipótesis de una uniformidad de producción en todo el reino de Mesenia (Shelmerdine: 1973).

Hay que decir de todos modos que tal vez nuestro empeño en separar el nivel fiscal y el resto de las relaciones entre el mundo del trabajo y el palacio puede responder más a un condicionamiento de nuestra mentalidad moderna que a una real separación de dimensiones en la sociedad a que nos estamos refiriendo. Una aproximación a las propuestas de Melena sobre lo que significaría o-pa, que él relaciona con la fiscalidad en trabajo y producto de los talleres libres, nos intruduce en una pluralidad de niveles en los que lo tributario quedaría imbricado en realidades económicas que en estricta teoría serían ya de otra índole. Por otro lado, es difícil separar lo que pertenecería al ámbito de los impuestos religiosos y al de las ofrendas a divinidades y santuarios. Si estas ofrendas fueran obligadas y estuvieran regladas, sería lógico reconocerles alguna suerte de carácter fiscal.

Queda una sola cosa que añadir. Cabe la posibilidad de que las diferentes zonas tributarias de un reino tuvieran calculados y fijados los montantes de su aportación de manera permanente, aunque pudiera estar prevista –no lo sabemos– la revisión cada cierto tiempo. La proporción impositiva entre las localidades o demarcaciones sería permanente y desde ella se establecerían los cálculos concretos de las obligaciones contributivas para todo tipo de participación obligada en la empresa común, tanto la fiscal como la de cualquier otra naturaleza. Hace años concluyó Killen que los números de remeros contabilizados por lugares en la tablilla An 1 de Pilo presentaban proporciones constantes con otros documentos de índole distinta en que hay referencia a los mismos topónimos, y entendió que las contribuciones extraordinarias respondían numéricamente a las calculadas y prefijadas obligaciones fiscales (Killen: 1983a). Si esto es así, y lo parece, queda evidenciada en nuevo aspecto una sociedad de notable preparación y desarrollo.

7.1.5. El régimen jurídico de la tierra

En todos los manuales y tratados al uso, desde un artículo pionero de Furumark, se habla de dos modalidades básicas de posesión de la tierra perfectamente diferentes: por un lado están las ko-to-na ki-ti-me-na y por otro las ko-to-na ke-ke-me-na, entendidas como tierras privadas y tierras comunales respectivamente (Furumark: 1954). Las ko-to-na (*ktoînai*), parece evidente, son las unidades mayores de parcelación de la tierra; son posibles luego algunas modalidades de subparcelación. Tampoco hay apenas dudas a la hora de entender ki-ti-me-na como *ktímenai*, del verbo *ktízo* y de la misma familia del término anterior; significaría tierra ocupada. La explicación de ke-ke-me-na es mucho más difícil y ha provocado dudas y suscitado polémicas entre los especialistas. Ni siquiera hay seguridad sobre cuál es la palabra griega que se esconde bajo esos cuatro silabogramas de la Lineal B. De todos modos, a pesar de las inseguridades, se llegó a hacer tesis tradicional

la ya apuntada idea de que se refiere a tierras comunales; y no sin que hubiera alguna discrepancia de primera hora, dado que en un primer momento los descifradores e inmediatamente Pugliese Carratelli interpretaron la oposición ki-ti-me-na / ke-ke-me-na respectivamente como tierras cultivadas y tierras sin cultivar, lo que tendría más bien que ver con la situación agronómica de los fundos y no con su régimen jurídico. Este punto de vista quedó en minoritario y nada pudo contra la propuesta de Furumark, hecha ya teoría tradicional. Pero años más tarde arreciaron las dudas y llovieron las sugerencias más diversas. Hubo quien volvió a acogerse a la olvidada solución de tierras cultivadas y tierras sin cultivar, aunque con tanto condicionamiento, que se llegó a juegos eclécticos como interpretar las ko-to-na ke-ke-me-na como tierras sin cultivar para que sirvieran de pastizales comunitarios (Ruijgh: 1967, p. 364-366; 1972). La verdad es que la interpretación de ke-ke-me-na por lo comunitario, tan difícil de erradicar, no es ni mucho menos gratuíta, ya que esta modalidad de tierra aparece alguna vez de forma explícita en relación con el da-mo, el pueblo, contrariamente a lo que ocurre con las parcelas ki-ti-me-na que se nos documentan atribuídas a individuos, concretamente a los te-re-ta.

A mediados de los setenta comenzaron las arremetidas en cadena contra la tesis tradicional, tan –al menos aparentemente– inexpugnable y bien fundamentada. Entre los muchos que la cuestionaron mencionaríamos a Duhoux, que se atrevió a negar la vinculación de las fincas ke-ke-me-na con el da-mo y de las ki-ti-me-na con los particulares (Duhoux: 1976, p. 9 ss); a Dunkel, que negó la oposición tal como hasta entonces se establecía para admitir la posibilidad de que también pudiera haber tierras ke-ke-mena privadas y tierras ki-ti-me-na cultivadas, pero comunales (Dunkel: 1981a); a Carpenter, que tampoco admite que las ko-to-na ki-ti-me-na sean tierras cultivadas, sino suelo construido y habitado, y las ke-ke-me-na serian tierras marginales más pobres (Carpenter: 1983); a Krigas, que propone que ke-ke-me-na y ki-ti-me-na no son modalidades opuestas sino derivada la una de la otra y entiende que la primera es tierra comunal, pero dividida y no de uso público, y piensa que lo que hay en el fondo es un "leasing" fundiario a cambio de servicios (Krigas: 1985); a De Fidio, que vuelve a apostar por el sentido de tierra sin cultivar o abandonada (De Fidio: 1987). La nómina de discrepantes podría estirarse todavía más, y por descontado no falta el contrapunto de quienes han ido saliendo al paso de todo prurito de novedad.

Si nos atenemos exclusivamente a la significación de las palabras, ki-ti-me-na es sólo explicable, cual ya quedó dicho, como *ktímenai*, en el sentido de instalarse o establecerse que tiene el verbo. Pero no hemos de olvidar que a la familia pertenece el adjetivo negativo *áktitos*, que significa inculto, por lo que la interpretación de tierra cultivada no deja de tener su fundamentación. La

relación de las tierras ke-ke-me-na con el da-mo parece cierta, constante y exclusiva. Pero hay otros términos referidos a la tierra y su régimen jurídico, su ocupación o su concesión. En primer lugar tenemos la palabra da-ma-te, de significación bastante oscura, que debe de tener relación con la tenencia individual de tierra (Ruipérez-Melena: 1990, p. 146-147), aunque no faltan otras interpretaciones muy distantes. Destaquemos también lo que en las tablillas se llama el o-na-to y e-to-ni-jo, modalidades de tierra que parecen responder a parcelaciones menores o secundarias, denominadas por algunos arriendos y por otros concesiones en usufructo. El primero de los dos términos responde al verbo *onínamai*, que significa "gozar" o "disfrutar", y las dos interpretaciones vistas, las de usufructo y arriendo, si este concepto moderno vale, son semánticamente admisibles (Deroy: 1989). Los e-to-ni-jo podrían ser concesiones privilegiadas de que eran beneficiarios algunos altos sacerdocios (Adrados: 1996) y los o-na-ta, quizá beneficios, alquileres o medianías. Unos y otros aparecen documentados como desgajamientos a favor de particulares, lo mismo en documentos referidos a ko-to-na ke-ke-me-na como a ko-to-na ki-ti-me-na. Los beneficiarios de un o-na-to se llaman o-na-te-re, y eran generalmente te-o-jo do-e-ro, es decir, esclavos de la divinidad en traducción literal, lo que no quiere decir que se tratara de personas jurídicamente no libres, antes bien todo indica que gozaban de cierto rango en el ámbito de lo sagrado. Por su parte, el e-to-ni-jo, beneficio o concesión de tierra ke-ke-me-na, recaía ordinariamente sobre un sacerdote de alto rango. La diferencia jurídica entre el o-na-to y el e-to-ni-jo resulta evidente en un par de tablillas pilias, Eb 279 y Ep 704, que parecen reflejar un contencioso interpretativo sobre cuál es la modalidad de las dos dichas a que se atiene una finca concreta, adjudicada a la sacerdotisa Erita. Da la impresión, por cómo se plantea el asunto, que para el concesionario era más favorable el e-to-ni-jo, al menos si lo es de una divinidad, que el o-na-to; probablemente la diferencia quedaba establecida en el distinto nivel de las contraprestaciones. Los o-na-te-re, al menos los subalquilados, llamados ki-ti-ta, "cultivadores" o "colonos", estaban por definición sujetos a unas obligaciones de servicio. En suma, el juego de estas parcelaciones se reduciría a que unos pocos funcionarios o titulares tendrían asignadas grandes extensiones de tierra y se encargarían de conceder a otros fincas menores, a cambio de servicios concretos al principado o a los cultos oficiales de éste; el arriendo a que arriba me refería, reconociendo que el término no deja de ser impropio, se referiría a alguna modalidad de este segundo nivel.

Hay algo que conviene señalar por lo que pueda tener de indicativo. Las tablillas de Cnoso documentan una tercera modalidad de ko-to-na, las ko-to-na pu-te-ri-ja, que no sabríamos si colocar en el mismo plano que las otras (si es que las otras comparten plano) o tenerla como independiente de la oposición, si lo es, vista más arriba. Lo más probable es que debamos entender en este caso *phutaliá*, tierras fértiles o plantadas de árboles.

De todo esto se pueden concluir pocas cosas seguras. No hay razones suficientes para rechazar, pero tampoco para aceptar, la teoría tradicional de la tierra comunal y la tierra privada. El significado de los términos de que se extrae ni apoya la tesis ni se opone a ella. Por otra parte, nada impide pensar que en la sociedad micénica se hubiera llegado a la teórica propiedad real de todo el territorio del principado. Fuera la tierra del monarca o no, las fincas ke-ke-me-na y ki-ti-me-na se repartían entre diversas personas de las escalas civil y religiosa, de cuyas parcelas el palacio llevaba control riguroso. Aparte de los o-na-te-re y de los concesionarios de e-to-ni-jo, estaban los ko-to-no-o-ko, que eran los beneficiarios de ko-to-na. Y el cuadro se complementa con los te-me-no, quizá tierras de significación religiosa, que poseían el príncipe y el segundo en la jerarquí a del palacio, según ya se vio.

Todas las modalidades de ocupación permitían la valoración de los fundos por una cantidad concreta de semilla, que servía para dar idea de la superficie. Esa referencia a grano no era equivalencia de valor, o sea, precio; tampoco grano producido, que sería renta; ni grano entregado al palacio, y entonces se trataría de un impuesto. Estamos, contrariamente, ante la práctica antigua de medir la extensión de las fincas por la cantidad de grano que exigiría la sementera (últimamente Adrados: 1996).

7.2. Economía micénica

7.2.1. La agricultura

Toda sociedad antigua, por mucho que hubiera desarrollado la tecnología metalúrgica y de transformación, fundamentaba su economía en la agricultura. No podía ser excepción en esto la Grecia micénica. La documentación con que contamos, de manera especial las tablillas de los archivos, brindan suficientemente evidencia de lo dicho. Sin embargo, no hay que esperar de estos textos demasiada información sobre técnicas agrícolas y distribución de cultivos, puesto que sólo quedaban registrados en palacio aquellos movimientos que tenían que ver con la contabilidad estatal. Lo que sí hacen la plaquetas micénicas es mencionar una serie de productos del campo que entraban en los almacenes palaciales o que se entregaban a los templos, así como raciones alimentarias, y registrar tierras para las que en ocasiones se especificaba la especialización agrícola e incluso la contabilización de árboles o plantas. No mucho más. Se nos niega también información sobre qué productos de los citados producía el propio territorio del principado a que corresponden los documentos y cuáles llegaban por vía de comercio, fuera éste exterior o intramicénico. Es de suponer, no obstante, que sólo serían productos agrarios importados algunos de los más raros y exóticos, por lo tanto de escasa circulación y testimonio.

Todo cuanto sabemos que fue cultivado en la Grecia posterior y son productos mediterráneos típicos, tiene su respaldo documental en los textos en Lineal B. No es exacta la correspondencia que ofrecen los dos archivos mejor representados, tal vez debido a la selección que las circunstancias han hecho de las series burocráticas conservadas, tal vez también porque Pilo y Cnoso fueron destruidos en diferentes épocas del año, como parece evidente que ocurrió, y en consecuencia sus funcionarios respectivos han registrado productos y circunstancias de éstos correspondientes a momentos distintos del ciclo agrícola. En efecto, el palacio micénico de la Mesenia cayó, a lo que parece, a primeros de año o, todo lo más, durante la primavera; por su parte el palacio cnosio lo hizo en verano o en otoño. Lo que uno y otro archivo nos ofrece es información diferente y complementaria. Se puede suponer, por razón de clima, que no habría, en lo que respecta a las especialidades agrarias más importantes, excesiva distancia entre Creta y el continente.

Son muchas las tablillas micénicas que documentan grano. Los más importantes cereales eran el trigo y la cebada, cada uno de los cuales queda distinguido en ellas por su específico ideograma. Desconocemos sus nombres, porque lo que para ambas clases de grano tenemos en los textos son términos genéricos como si-to (*sítos*), grano, y pe-ma (*sperma*) o pe-mo (el reconstruido **spermo*), semilla. En aquellas tablillas que registran raciones entregadas a individuos para su mantenimiento o como pago de servicios, An 128 y las de la serie Ab, la cantidad de cebada es casi doble a la de trigo, cosa que podría interpretarse como que la cebada abundaba más o valía menos que el trigo, o quizá mejor como prueba de que los micénicos habían llegado a establecer una equivalencia entre ambos cereales en punto a valor alimenticio y una relación de volumen entre grano que se muele y harina resultante, que no son idénticos para uno y otro, sino que justifican esa ratio de casi uno a dos (Chadwick: 1977, p. 145-146). La posible preocupación de los micénicos por el valor alimenticio de los productos parece quedar patente también en las relaciones constantes entre raciones de mujeres y niños y en las de trigo e higos en el mismo juego de tablillas acabado de citar (Palmer: 1989). Algún estudio reciente sobre cálculo de calorías y el análisis de las tablillas ha llegado a establecer algunas concreciones distintas al respecto de lo que aquí tratamos, como por ejemplo la equivalencia entre cantidad doble de cebada y cantidades simples sumadas de trigo e higos, para concluir que las raciones de las trabajadoras resultaban suficientes, lo que no queda claro en lo referente a las de los niños (Aloni-Negri: 1996). Por lo ya dicho con respecto a la época del año en que sucumbieron los palacios, Pilo no da testimonios sobre la cosecha de grano, pues todavía no había sido recogida. Lo que tenemos en sus tablillas son cereales circulantes o valoraciones en grano de la superficie de los fundos. Contrariamente, el archivo de Cnoso sí parece reflejar que la recolección cerealista estaba cerrada o, por lo menos, en marcha.

La vid y el olivo están también representados en los archivos micénicos. Hay en Cnoso documentos que recogen contabilidad de árboles y arbustos, entre ellos olivos y cepas. Para éstas contamos con la palabra micénica atestiguada, wo-na-si, en dativo del plural, relacionada con *(w)oinâs*, "viña", pero no ocurre lo mismo con su fruto, la uva, cuyo término no ha sido identificado en los textos de Lineal B. Tenemos también el ideograma correspondiente a la planta. Para el olivo y la aceituna disponemos de los ideogramas, más de uno, marcando al parecer variantes botánicas; también testimonian los archivos el nombre del fruto, e-ra-wa, a saber **elaíwa*, griego posterior *elaía* (Bennett: 1958; Melena: 1983, p. 96 ss). Otro árbol documentado es la higuera, contabilizada por unidades en Cnoso. Su fruto, el higo, se consumía sin duda en grandes cantidades. A uno y otro hay que referir los nombres su-ko, no del todo seguro, y su-za, correspondientes a *sukéa* y *sûkon* del griego clásico. Sobre la problemática de estas y de algunas otras variedades de frutales, dudosamente testimoniadas, y cuestiones relacionadas, ha tratado hace años monográficamente el micenólogo austriaco Hiller, aunque las inseguridades siguen siendo grandes (Hiller: 1983a). Término genérico para los frutos de diversos árboles es el de ka-po, conservado por el griego posterior sin variación fonética alguna en la forma *karpós*. Un posible fruto conocido y consumido por los micénicos era el dátil. Sobre el término cnosio po-ni-ki-jo, o sea *phoiníkion*, y sus variantes se ha escrito mucho y divergentemente, en propuesta de tan dispares explicaciones como púrpura, aroma, hierba medicinal y especia de alguna clase; pero hace años desde la micenología española, con argumentos no desdeñables, se propuso la interpretación de dátil (Melena: 1975), lo que no ha sido contestado con fundamento suficiente. Queda, por otra parte, la duda de si serían o no de producción local, es decir, cretense.

Hay referencias en nuestros textos a otros productos alimenticios o de utilización culinaria. Algunos de procedencia oriental, inmediata o lejana; así el comino y el sésamo, cuyos nombres son préstamos semíticos. Como foráneos, no caben en el capítulo de la producción micénica, sino que corresponderían al del comercio. Pero otros son mediterráneos, como el hinojo, la menta, el cártamo y el apio, por citar solamente algunos. Al profesor Melena debemos la identificación del ki-ta-no, *krítanos*, con el teberinto, árbol del pistacho, y un trabajo monográfico sobre el cilantro, ko-ri-ja-do-no, supuestamente **koríadnon*, griego posterior *koríannon* y *koríandron* (Melena: 1974b y 1974c). Ambas plantas quedan documentadas en Cnoso y evidencian cultivo en grandes cantidades. El cártamo, aparte de su uso en la cocina, tiene también aplicación industrial para el tinte de tejidos. Y esto nos lleva a cerrar este breve repaso sobre la producción agrícola de los reinos micénicos, en lo que las tablillas permiten recomponer con dos plantas de gran producción y uso: el lino, testimoniado en Cnoso y Pilo por su nombre ri-no, entién-

dase *línon*, y por tal vez dos ideogramas a él referentes, y la juncia o alguna otra ciperácea, ku-pa-ro en las tablillas tanto pilias como cnosias; se utilizaban respectivamente en la industria textil y perfumera. El azafrán, documentado sólo por su inconfundible ideograma, debía de utilizarse como colorante.

7.2.2. La ganadería

Consideramos ahora la producción ganadera tal como queda reflejada en los textos de los archivos palaciales. En primer lugar habría que mencionar el ganado, que cubría primeras necesidades alimentarias y utilitarias, carne, leche, lana y pieles. La cabaña ovina era importantísima, hasta el punto de que, con los documentos de Lineal B en la mano, podemos deducir que alcanzaba cientos de miles de cabezas. Sólo las tablillas de las series D cnosias han permitido calcular un censo controlado de entre noventa mil y cien mil unidades (Killen: 1964; Olivier: 1967c y 1972), cantidad que ya es en sí misma significativa. Hay que tener en cuenta la utilidad de la oveja, que brinda toda la serie de productos acabados de mencionar. La mayor parte de estas numerosísimas cabezas de ganado constituían rebaños de propiedad palacial destinados a la producción de lana, sólo una pequeña parte de la documentación registra rebaños de cría (Halstead: 1990-1991). Al margen de que pueda ser casual el desequilibrio informativo entre ambas especialidades de ganadería ovina, queda clara la importancia que los micénicos de Cnoso concedían a la obtención de lana. La producción total de lana debía de alcanzar en el territorio de Cnoso varias decenas de toneladas. Los datos del archivo de Pilo, menos explícitos, no permiten concluir nada similar, aunque tampoco excluyen que fuera importante este sector ganadero también en el principado de la Mesenia. Chadwick supuso que la ausencia de montantes de lana en los documentos pilios se debe a que, por el tiempo en que Pilo fue destruido el despojo de la lana no había sido todavía efectuado (Chadwick: 1977, p. 167-168). Huelga decir que el ganado controlado por los archivos de la administración palacial sería de propiedad real. A los textos micénicos de Cnoso que hacen referencia al ganado ovino dedicó Killen un trabajo monográfico fundamental, aludido líneas arriba. El citado autor solucionó, entre otras cosas, el enigma del exceso de machos que registraban los textos, proponiendo la ahora aceptada explicación de que se trataba mayoritariamente de castrados para la producción de lana. Habría sin embargo un solo signo ideográfico para los capones y los carneros sementales: el correspondiente a ovino macho. Junto a este ideograma se utilizan también los relativos a ovejas y corderos. Hay además, al menos en Cnoso, una tendencia a distribuir por edades en los rebaños, tal vez para tener más fácil el control de los animales que llegaban a la hora del sacrificio y la correspondiente

reposición de la cabaña (Killen: 1964). Los micénicos no esquilaban, como ahora se hace, sino que empleaban el procedimiento del cardado, por lo que la cantidad de lana que conseguían por cada animal quedaba muy por debajo –menos de un tercio– de la que en la actualidad se consigue por término medio de cada cabeza de ovino. Debemos a Melena muy interesantes observaciones a este respecto y la seguridad de que la producción lanera de los micénicos estaba planteada de forma extraordinariamente similar a la de los próximo-orientales asiáticos (Melena: 1987). El ganado caprino, por su parte, era mucho menos numeroso, y se utilizaba para lo mismo que las ovejas, incluyendo el pelo, que se utilizaba también en la industria textil. El ideograma correspondiente a la cabra ha quedado identificado sin problemas. El ganado vacuno tiene importante representación en las tablillas de los archivos, bien sea en textos de control ganadero, bien sea en aquéllos que parecen sugerir un destino sacrificial, pero es evidente que su significación era muchísimo menor que la del ovino. Los ideogramas de toro y buey y de vaca son seguros. El ganado mayor proporcionaba carne, leche y pieles. Los bueyes se empleban también como animales de tiro. Había asimismo piaras de cerdos, el ideograma correspondiente a los cuales no admite la menor duda. Un encaje de fragmentos de tablillas, de los muchos logrados por Melena, ha permitido identificar al cochinillo en el ideograma acrofónico KO, sílaba inicial de *choîros*, término del griego clásico para designar al ejemplar joven de porcino (Ruipérez-Melena: 1990, p. 163).

Testimonian las tablillas algunos términos relacionados con la ganadería mayor y menor: po-me, *poimén*, es el pastor; qo-u-qo-ta, *boubótas*, y qo-u-ko-ro, *boukóloi*, son los vaqueros; su-qo-ta, *subótas*, es el porquero; qo-o corresponde al griego posterior *boûs* en evolución fonética normal; si-a2-ro es el *síalos*, cerdo de engorde, y podría tener relación con el ovino el discutido a-ka-na-jo, quizá **hagnaîos*, vinculable a *hagnós*, animal sin mancha, en un contexto de contabilidad de ganado menor. El estudio de las tablillas en punto a contenido y menciones topográficas, gracias a lo que ha sido posible avanzar en el conocimiento de la geografía micénica, nos permite saber que en el reino de Pilo las zonas más ganaderas, sin duda por más adecuadas, eran las del norte, mientras que en Creta dicha circunstancia se daba en la parte central de la isla.

Aparecen también documentados en el mundo micénico otros animales útiles para el hombre. Tenemos los de carga y tiro tanto en representaciones plásticas como en los textos de los archivos. El caballo, cuyo nombre está en las tablillas bajo la forma i-qo, **iquos*, que daría *híppos* en griego clásico y tiene su paralelo en el *equus* del latín, se emplea en la época de los principados para los usos militar y civil, el primero de ellos, contra lo que se solía decir, desconocido durante el Heládico Medio; sobre todo para el arrastre de carros. Debían de ser altamente costosos. Los animales adultos y jóvenes

tienen sus propios ideogramas. Para el potro contamos con el término po-ro, a saber, *pólos*, como en el griego posterior. También vale este vocablo para el ejemplar inmaduro de pollino. La palabra específica para el asno es o-no, *ónos*, al igual que en griego clásico. Cada equino, caballo o asno, macho o hembra, adulto o joven, cuenta con su propio ideograma, bien diferenciado en todos los casos. Con ser los más importantes, no son los anteriores los únicos animales mencionados en los textos micénicos. Los hay de caza, como el venado, el jabalí y la cabra salvaje de Creta, referencia ésta que nos permite recoger una reciente sugerencia en sentido de que la sociedad micénica pudiera haber concedido importancia bastante a la ideología y a la práctica de la caza como manifestación de superioridad y poder, interpretando por esa vía una tumba de cámara del nordeste peloponesio, en la que se entremezclan los huesos de personas y los de perros, y otras evidencias paralelas de distintos puntos de la geografía micénica continental e insular (con bibliografía anterior, Hamilakis: 1996). Está asimismo documentada, aunque en rigor indirectamente, la abeja para la producción de cera y especialmente de miel. La palabra que se refería a este último producto era me-ri, *méli*, lo mismo que en el griego del primer milenio. Tan importante era la preocupación del palacio por la apicultura, que había funcionarios con la exclusiva responsabilidad de supervisar las colmenas y de controlar su producción. Eran éstos los me-ri-da-ma-te, posiblemente responsables de los colemeneros menores, los me-ri-te-wo.

7.2.3. La minería

Es indiscutible el desarrollo de la metalurgia, incluyendo las más finas modalidades de transformación del mineral, en época micénica. De la minería en la Edad del Bronce Reciente en Grecia y las islas egeas se sabe algunas cosas; menos de técnica de explotación que de zonas explotadas y especialización de cada una de ellas. Los metales conocidos por los micénicos eran básicamente los siguientes: el estaño, el cobre, el oro, la plata y el plomo; en muy escasa medida, el hierro, para cuya extracción y temple no había entonces suficiente tecnología. Los objetos que precisaban de un metal resistente eran de bronce, sin duda una aleación cara, porque los dos elementos que la componen eran importados. No se producía en Grecia ni cobre ni estaño, sino que el primero de estos metales llegaba en su mayor parte desde Chipre y el segundo desde Anatolia y desde Occidente. La Grecia continental daba galena argentífera, de la que se extraía el plomo y la plata. El oro procedía fundamentalmente de las islas, en concurrencia con el importado –de Nubia, por ejemplo–, aunque no es posible en el metal que se nos conserva en objetos arqueológicos preciosos hacer atribuciones a yacimientos concretos mediante la técnica analítica correspondiente, puesto que el oro micénico

carece de impurezas típicas que se den en unas zonas mineras sí y en otras no. El electro, mezcla de oro y plata, se utilizaba en algunos trabajos de orfebrería. Tenemos ideogramas para el bronce, el oro y la plata, menos seguro el de ésta que el de aquéllos, y los nombres ka-ko, *chalkós*, para el bronce, ku-ru-so, *chrusós*, para el oro, a-ku-ro, *árguros*, para la plata, y mo-ri-wo-do, *mólibdos*, para el plomo. Aunque su importancia pueda parecer mucho menor que la de la minería metalífera, no debemos olvidarnos de la obtención de la piedra y de la sal, productos ambos de gran uso; el primero para la construcción y la elaboración de objetos, según lo que es propio de cada variedad, y el segundo como condimento, nutriente, antiséptico y conservante.

7.2.4. La industria

La producción transformativa afecta a prácticamente todos los sectores de la producción primaria tocados bajo los epígrafes precedentes. Existía, comenzando por los productos agrícolas, una industria de molienda de grano y de panificación. Me-re-u-ro en las tablillas es harina, y equivale a una forma *máleuron* documentada posteriormente con cambio de timbre vocálico en la sílaba inicial. Se ha propuesto que las trabajadoras me-re-ti-ri-ja de Pilo sean **meletriai*, a saber, molineras. En los textos de Pilo y Micenas está testimoniado el a-to-po-qo, *artópopos*, a saber, panadero. Otro producto del campo del que los micénicos extraían derivados era la uva. No debía de ser desdeñable la industria del vino, para el que las tablillas reservan dos palabras, wo-no (**woînos*) y we-je-we. Conocemos el ideograma de esta bebida alcohólica conseguida del fruto de la vid. Los arqueólogos nos han rescatado detalles sobre su obtención y almacenamiento, gracias al estudio de algunos lagares cretenses, de las bodegas del palacio pilio y a la llamada, desde Wace, su excavador, "casa del mercader de vinos" de Micenas. Podría ser que el vino no se limitara a ser un producto derivado más, sino que, como otros de lujo y de significación social, tuviera una gran importancia en rituales de la nobleza y como seña de identidad aristocrática (Wright: 1995). El aceite era producido en diferentes variedades y en cantidad mayor aún que el vino. Las tablillas silabizaron e-ra3-wo la palabra **élaiwon*, correspondiente a la griega posterior *élaion*, y utilizaban un ideograma, conocido, para el producto. Dedicada la mayor parte del aceite para el consumo alimentario, no era desconocida la derivación de alguna parte para la iluminación mediante candiles o velones ni la manipulación de cierta cantidad para lograr ungüentos y perfumes variados (Foster: 1974; Jasink: 1983; Melena: 1983b). La ciudad extramuros de Micenas nos brinda el interesante testimonio de la "casa del mercader de aceite", exhumada también por Wace, en la que se da la circunstancia de que aparecieron varias decenas de tablillas en Lineal B. En ella encontraron los arqueólogos, además, numerosos vasos con señales inequívocas de que contuvieron no otra cosa que aceite.

Los ungüentos y perfumes los conseguían los micénicos mediante adiciones de productos, por lo general aromáticos, al aceite de oliva, aunque también a la grasa animal. Asimismo aplicaban tratamientos específicos para el logro de otros resultados oleaginosos o de aceites esenciales. Wylock estudió hace años los documentos en Lineal B referentes a perfumes, aprovechando cuanto es posible de las técnicas generales antiguas conocidas para la obtención de este producto, a fin de extraer conclusiones susceptibles de aplicación a época micénica (Wylock: 1970 y 1972). Hay razones para pensar que eran el perfume de aceite el más empleado y que la extracción del producto aromático no se hacía exclusivamente en frío, sino también mediante calor, técnica ésta más evolucionada que se atestigua en la tablilla pilia Un 267. Como elemento aromático se empleaba preferentemente la rosa, pero no en exclusiva; también la salvia, la juncia y otras hierbas. Cabe incluso que existiera en tiempos micénicos la técnica de composición para conseguir perfumes mixtos. Algunas de las plantas utilizadas tenían asimismo aplicación medicinal. La fabricación de perfumes, según ha señalado recientemente Sacconi tras investigar los textos de la serie Fr de Pilo, se efectuaba en talleres del principado situados fuera del palacio y en una doble fase, cada una de las cuales tenía sus propios especialistas; una vez convenientemente acabado el producto, se trasladaba en ánforas a los almacenes del palacio bajo la responsabilidad de un funcionario denominado i-pe-se-wa (Sacconi: 1996a). Hay manos de escribas especcializadas en los registros de este sector, y de al menos cuatro perfumistas pilios se conocen sus nombres propios y algunas otras circunstancias particulares (Jasink: 1990-1991).

Un derivado alimenticio, en este caso de origen animal, es el queso, que está testimoniado en los archivos bajo la forma tu-ro2, trasunto sin problemas de la palabra *turós* del griego posterior. La industria de transformación de productos de extracción ganadera y venatoria, ya no alimentarios, se complementa con la cura de las pieles y su trabajo, es decir, todo el conjunto de actividades propias de la guarnicionería artesana, y con el tallado del cuerno. El marfil, téngase en cuenta, era de importación, aunque también lo tallaban los micénicos, un tanto al gusto oriental. Se ha supuesto que los artesanos del marfil podían estar representados en las tablillas bajo las formas pi-ri-je-te y pi-ri-je-te-re (Biraschi: 1978); la materia prima que trabajaban era el e-re-pa-te, un trasunto de la palabra griega que todavía nos permite a nosotros designar a los grandes paquidermos. Parte de esta producción artística estaba dedicada al adorno del mueble de lujo.

Era importante la industria de la madera, tanto la destinada a confeccionar mobiliario palacial y doméstico, como la que fabricaba los carros de uso militar o civil. Había también una carpintería al servicio de la construcción. Para el mobiliario y los adornos de taracea y engastado se utilizaban diversas maderas, algunas de ellas nobles, preciadas y caras. Las tablillas dicen en ocasiones cuál era el tipo que se empleaba –sauce, ébano, boj...–, aun-

que por lo general son menos dadas a precisar la madera básica de un mueble o un carro que los materiales, madera o no, con que estaban ornados. Las descripciones son a veces bastante minuciosas, aunque nuestra urgencia de brevedad no nos permite entrar en ellas. Sólo debe quedar claro que la artesanía de la madera llegó en la Grecia del Bronce tardío a grados increíbles de riqueza y de perfección formal.

De la actividad constructora nos dicen más los vestigios de las grandes obras –palacios, murallas, sepulturas de aparato, obras públicas en general–, que las propias tablillas micénicas. Los materiales de construcción los conocemos por lo conservado. La madera, que también se empleaba en la arquitectura, se nos ha perdido, ya que en el clima mediterráneo no resiste el paso de los siglos. De las técnicas de construcción funcionales, es decir, las que no dejan huellas arqueológicas, no sabemos demasiado. Se ha venido pensando por muchos, desde la magna obra de los descifradores, que en Vn 46 de Pilo tenemos una relación de materiales de construcción, la madera incluida. El documento es, sin embargo, poco explícito: tal vez lo que significaría vigas, jambas y columnas, y tres veces repetida la palabra ka-pi-ni-ja, tradicionalmente interpretada como *kapnía*, que en griego posterior significa chimenea. Ahora se tiende, sin embargo, a interpretar este documento, así como el más breve y menos explícito Vn 879, como testimonio relativo a materiales destinados a la construcción naval; y es que algunos otros términos podrían referirse a bancos y a quillas (Hocker-Palaima: 1990-1991). En An 35, también de Pilo, hay referencia a doce to-ko-do-mo de-me-o-te, constructores de paredes, cuyos nombres no se dan, sino sólo la procedencia geográfica de cada grupo de dos, tres o cuatro hombres.

Tal vez fuera la industria de transformación de los metales la de más peso en la sociedad micénica. Si atendemos al monto de producción, podría ser que la sobrepasara la artesanía alfarera, pero si pensamos en la complejidad técnica, en la significación y en el alcance económicos, la metalurgia se impone sin lugar a dudas. De algunos de sus especialistas conocemos la denominación genérica: el broncista se llamaba ka-ke-u, el orífice, ku-ru-so-wo-ko. Era la aleación bronce la que representaba el mayor porcentaje de esta modalidad productiva, por ser el elemento utilizado para los objetos que precisaban de un soporte metálico resistente. Debía de ser importantísima, incluso en lo tocante a volumen, esta actividad artesanal, como se desprende del material arqueológico y de las tablillas. En el reino de Pilo el número de talleres broncistas alcanzaba la cifra de cuatrocientos en números redondos, según incontestables cálculos de Lejeune, suponiendo , como es lo más verosímil, que hubiera tantos talleres como artesanos especializados en el bronce se nos mencionan por su nombre en los documentos.

La serie Jn de Pilo nos relaciona un buen número de broncistas, ka-ke-we, de los que se nos dice que unos tenían ta-ra-si-ja y otros no; unos tenían esclavos y no así otros. Junto a los que tenían ta-ra-si-ja va asentada una can-

tidad de bronce, lo que no ocurre con los a-ta-ra-si-jo, es decir, los broncistas carentes de ta-ra-si-ja. Las interpretaciones que han propuesto los diversos autores para este término se polarizan en un doble sentido: o bien la ta-ra-si-ja es bronce que entrega el palacio a los fundidores, o bien es el que éstos entregan al palacio. Salvadas las diferencias, a esas dos posibilidades se acaban reduciendo las propuestas que ofrece la abundosa bibliografía (recientemente, con referencias anteriores, Smith: 1992-1993). En el primer caso estaríamos ante una asignación de materia prima para su elaboración, y en el segundo ante un tributo. Consecuentemente, cuando hay alusión a broncistas a-ta-ra-si-jo, se está hablando de quienes no han recibido bronce para trabajarlo o están exentos de esa tributación, según cuál sea la hipótesis aceptada. Sobre cada una de las posibilidades hay montadas hipótesis ambiciosas, unas y otras ocurrentes y bienintecionadas, unas y otras verosímiles, pero todas en el fondo inciertas. En el caso de que la ta-ra-si-ja fuera una asignación, se podría pensar, y así se la hecho, que el palacio monopolizaba el bronce y que sólo entregaba a los artesanos exiguas cantidades para su trabajo, tal vez porque el metal escaseaba, sobre todo el componente estaño. Por partidarios de la consideración de la ta-ra-si-ja como un tributo se ha pensado, sin embargo, atendiendo a los presuntos exentos, que el principado mimaba fiscalmente a los fundidores porque había urgente necesidad de su trabajo, para fabricación de armas, ante la amenaza militar que se cernía sobre el reino de Pilo. En este segundo caso los talleres serían necesariamente privados, dado que los públicos no podían estar cargados de obligaciones fiscales. Podría avalarlo el hecho de que en algunas tablillas de la serie Ma de Pilo aparezcan broncistas con la indicación o-u-di-do-si, que parece ser una especie de previsión legal de impago al fisco. La relación que exista entre los asientos de Ma y Jn es desconocida, pero no deja de resultar interesante la observación de que en Jn nunca aparece la referencia pe-ru-si-nu-wa, es decir, a un ejercicio fiscal pasado. En la hipótesis primera, a saber, la ta-ra-si-ja como asignación, cabría la posibilidad de que las fundiciones fueran de palacio y los especialistas encargados de ellas no otra cosa que trabajadores o funcionarios del principado. Ignaramos en principio, pues, si los talleres de manufacturación de bronce eran establecimientos por cuenta propia de los operarios o por cuenta del palacio. De todos modos hay un indicio favorable al carácter privado de las fundiciones, a saber, el hecho de que los broncistas no recibieran raciones alimentarias contabilizadas por la burocracia palacial, que era la forma de pago ordinaria de los trabajadores del principado. Cuestión distinta es la razón de por qué unos fundidores tenían señalada ta-ra-si-ja y otros no. Al margen de que la situación de a-ta-ra-si-jo respondiera a no asignación o a exención de trabajo obligatorio, podría pensarse en una práctica de rotación, cual se ha propuesto partiendo de posibles pararelos orientales (Uchitel: 1990-1991).

En la valiosa, aunque en puntos discutible, monografía de Duhoux sobre el vocabulario económico micénico está estudiada ampliamente la cuestión de la ta-ra-si-ja, con propuestas de matización y de posibilidades intermedias que no son ahora del caso (Duhoux: 1976, p. 69 ss.). Quedan claras, sin embargo, en este estudio dos cosas: en primer lugar que la institución de la ta-ra-si-ja parece haber desempeñado un papel importante en la vertiente pública del negocio de manufactura del bronce; y en segundo lugar que la ta-ra-si-ja podría consistir en un proceso menos simple de lo que se pensaba, a saber, tres fases que serían entrega de productos brutos a los talleres, manufacturación de ese material y restitución en forma de objetos ya elaborados a los almacenes de palacio. Se trataría de un tributo, pero solamente el trabajo, no la materia prima, y en consecuencia los talleres de los broncistas serían privados. Y por supuesto no se limitarían a las pequeñas cantidades de bronce a que se refieren las tablillas Jn, sino que atenderían su actividad privada y no estarían al borde del paro, hubiera o no dificultades para abastecerse de los metales que intervienen en la aleación bronce.

A favor de la escasez del bronce circulante y de una gran necesidad de disponer de armas en el último tramo de existencia del principado de Pilo se ha utilizado la tablilla Jn 829, del archivo de este palacio, que habla de un bronce especial, ka-ko na-wi-jo, *chalkòs náwios*, entendido como una requisición de dicha aleación en momentos de necesidad para hacer espadas y puntas de armas arrojadizas, como en el documento se nos dice. Pero por una parte lo requisado sólo asciende a unos cincuenta kilogramos, y por otro lado la duda que siempre persigue a los micenólogos ha llevado a discutir si na-wi-jo tiene que ver con *naós*, templo o casa, o con *naûs*, nave. Unos han concluido que los pilios echaban mano, ante una emergencia, del bronce de los exvotos y objetos de los lugares sagrados, o de los bronces domésticos, mientras que otros han propugnado que lo que hacían era aprovechar los herrajes de las naves inutilizadas (Leukart: 1979; Hiller: 1979). Alguna de estas tres sugerencias es la adecuada, pues parece menos verosímil la interpretación que de ka-ko na-wi-jo hizo Duhoux años atrás: bronce fundido en oposición a bronce forjado (Duhoux ad Hiller: 1979). Hay una cosa que no cambia, optemos por la posibilidad que sea: muy pocas puntas de flechas y muy pocas espadas saldrían de una suma de asientos que no superan el medio quintal métrico, cual ya se dijo. Este documento nos deja en la duda del tipo de requisa, del origen del bronce requisado, de si se hacía o no la expropiación o recogida por apremiante necesidad de bronce en momentos de escasez y en circunstancias delicadas para la supervivencia del palacio, aunque es verdad que aquel Pilo de en torno a 1200 a. C., se encontraba al borde del desastre.

Tan gran cantidad de talleres producirían más de lo que el palacio y todo su territorio necesitaba, sin duda con vistas al comercio exterior, tanto el que

tenía que existir entre diferentes principados como el extramicénico. Aparte de las armas ofensivas y defensivas –espadas, puñales, puntas de lanza y dardos, corazas, grebas y cascos– producían los broncistas gran variedad de material utilitario; desde vasijas de todo tipo hasta utensilios, como hoces o lámparas; desde herrajes de carros y naves hasta simples alfileres, pasando por figurillas variadas y objetos de carácter religioso. en cuanto al bronce, obtenido pero no transformado, se almacenaba en lingotes, al igual que el cobre. De este último metal la arqueología de excavación y subacuática ha rescatado numerosos especímenes, con la típica forma de piel de vacuno abierta. En lo que se refiere al bronce, la serie Oa del archivo de Cnoso engloba textos que son registros de esta aleación en lingotes.

La fabricación de carros y armas con elementos no metálicos tendrían sus propios especialistas, lo mismo que la construcción naval. Existían artesanos especializados en orfebrería, glíptica, tallado de la piedra ordinaria o semipreciosa y del marfil, cestería y artes plásticas decorativas. El trabajo del marfil debió de ser muy importante en el territorio de Pilo (Blázquez: 1972; Poursat: 1977a y1977b). Por su parte los textiles, estudiados por Melena sobre la base de la documentación de Cnoso, constituían una industria de gran importancia en la economía al menos del principado cretense. Se trabajaba especialmente con lana y con lino. La cabaña de ovino del principado cretense producía decenas de toneladas de lana, como más arriba ha quedado dicho, y los documentos de las series L registran varios millares de piezas confeccionadas. Los más explícitos testimonios de producción y circulación de lino son los del archivo de Pilo, en cuyos campos debía de darse en grandes cantidades. Recuérdese, además, que era uno de los productos que servían para calcular y satisfacer las obligacciones fiscales. Había talleres para la doble manufacturación esperable: el tejido –telas y tapices– y la confección. De los varios procesos propios de la actividad textil, hilar, tintar, tejer, tundir, abatanar, cortar y coser, las mujeres atenderían la mayor parte y los hombres a lo sumo alguno de los físicamente más duros, como el abatanado. Se trataba de una industria muy especializada y compleja. Los textiles debían de exportarse en grandes cantidades, especialmente los productos de lujo, entre los que sobresaldrían los llamados "tapices regios", de los que tenemos documentados cierto número producidos en lo que podría ser la cretense Malia. Había talleres que eran del palacio, es decir, de iniciativa no privada. La mano de obra era en este caso dependiente. Tenemos tablillas que contabilizan las raciones alimentarias que, como manutención o pago en especie, recibían las obreras del ramo, que al menos en Cnoso debían de contarse por millares. Sólo las tablillas de la serie Lc se refieren a una treintena de talleres textiles y a un número de trabajadoras de casi un millar.

Otra producción destacada de los reinos tardoheládicos era la alfarera; vasijas pequeñas y grandes, finas y bastas, destinadas a contener, expender

o consumir productos no sólidos o valorada por sí misma como objeto bello o decorativo. En general la cerámica micénica era variada aunque homogénea, rica y evolutiva, hasta el punto de que sobre ella basan los arqueólogos una periodología y una interpretación estratigráfica de bastante ajuste y precisión. Los vasos micénicos de alfar, que por no ser material reaprovechable como los objetos de bronce, pongo por caso, nos han llegado con gran generosidad, constituyen el elemento más típico de la cultura micénica y el testigo veraz, desde Asia anterior hasta occidente, de la presencia de estos antiquísimos griegos o, al menos, de su comercio a lo largo y lo ancho del ámbito mediterráneo. Una tablilla cnosia, la K 700, recuenta hasta dos mil cuatrocientas vasijas, en lo que parece más un control de producción en serie que un inventario. Los especialistas alfareros están documentados en el archivo de Pilo bajo la palabra ke-ra-me-we, a saber, el plural *keraméwes*, y podría ser que también en algunos casos del singular correspondiente a ke-ra-me-u, *kerameús*. El alfarero real, ke-ra-me-u wa-na-ka-te-ro, debía de ser un personaje destacado en palacio, pues se nos documenta como concesionario de una parcela de tierra del tipo ko-to-na ki-ti-me-na, según textos pilios como En 467 y Eo 371. La inscripción wa-na-ka-te-ro, precisamente, está repetidas veces testimoniada en diversos vasos con signos de la Lineal B aparecidos en el continente y procedentes de Creta, isla en la que se han producido también hallazgos similares. Sabemos que el lugar de manufacturación era La Canea, desde los significativos hallazgos de cerámica de este tipo en este centro occidental cretense (Tzédakis: 1967) y tras los correspondietes estudios de laboratorio. Podrían ser productos del taller cerámico, tal vez prestigioso, del wa-na-ka cretense que controlara ese lugar micénico occidental, se tratara del de Cnoso o, como es bien posible, de un príncipe cidonio propio. La producción vascular micénica tenía que competir con las vasijas metálicas, de piedras varias e incluso de marfil.

Se ha señalado la posibilidad, e indicios hay en tal sentido, de que no faltarían algunos talleres alojados dentro de los complejos palaciales, bien fuera para la obtención de material u objetos que no exigieran procedimientos en exceso dificultosos, bien se tratara de lugares destinados a los trabajos ordinarios de reparación de intrumentos en uso. De algunas dependencias de Pilo se afirma con gran verosimilitud que alojarían factorías de este carácter: laboratorios para el tratamiento de armas o de textiles, por ejemplo (Jasink: 1990-1991). Lo normal sería, de todos modos, que los talleres de tratamiento de materias primas y manufacturación de productos, muy numerosos en cada territorio y en ocasiones sucios y molestos, estuvieran fuera y hasta en cierta lejanía con respecto a los palacios. De algunos productores, así como de ciertos productos, nos dicen las tablillas que eran wa-na-ka-te-ro, "del príncipe". Estas menciones no son muchas, si tenemos en cuenta la importancia que tendría el sector público en la industria micénica, lo que no supo-

ne afirmar que superara al privado. Debía de tratarse de artesanos que trabajaban directamente para el rey y su servicio o de productos –cerámica, textiles– de estos talleres especiales (Carlier: 1996). Algunos de tales especialistas privilegiados contaban con la concesión de lotes de tierra como altos funcionarios.

7.2.5. El comercio

Al igual que, conforme quedó dicho, los micénicos no hicieron en su expansión sino seguir los caminos abiertos por los minoicos, en lo que toca al comercio aprovecharon los mismos mercados, satisficieron similares demandas y estructuraron sus relaciones económicas con el exterior de idéntica manera. Ya hemos resumido lo que hoy por hoy sa sabe de una expansión micénica estable por las diferentes zonas del mediterráneo o que lo bordean. La presencia comercial directa, pero ocasional, o indirecta, fue mucho más allá. Una actividad artesanal febril, ambiciosa y de calidad, como la que ha quedado descrita en el párrafo anterior, debía proyectarse hacia el exterior, pues de otra forma no tendría sentido ni podría mantenerse. Piénsese además que gran parte de la materia prima que los griegos tardoheládicos trabajaban había que importarla. La orientación que los micénicos dieron a su dimensión productiva es a un tiempo consecuencia de una dependencia exterior y factor determinante de reproyección hacia fuera. Por ejemplo, la gran industria metalúrgica no era posible sin la importación de cobre y de estaño, que llegaban desde regiones lejanas, y la actividad de los cuatrocientos talleres de fundición de bronce que podía haber sólo en el reino de Pilo no se concibe si prescindimos de que estuviera en función de una demanda exterior. Los millares de vasos encontrados desde oriente hasta occidente son prueba de que allí donde los micénicos los colocaban, con derivados o sin ellos dentro, había demanda de aquello y asimismo la oferta de algo que les interaba. La economía de los griegos del Bronce tardío radicaba evidentemente en la producción, pero también en la comercialización.

Ignoramos hasta qué punto los principados micénicos atendían directamente la comercialización y en qué medida existía una actividad mercantil libre de la iniciativa palacial; tampoco sabemos qué porcentaje del comercio exterior que revelan los hallazgos arqueólogicos recaía en los propios micénicos y cuál era canalizado a través de intermediarios ajenos. Se han señalado a estos respectos algunos detalles que hacen pensar, si bien no ofrecen sulución inequívoca a las dudas planteadas. Destaca sobre todo la evidencia de que no tenemos en las tablillas términos que sea posible aplicar sin dudas a los dedicados al comercio y la navegación, aunque no ha faltado quien interpretara la palabra pa-ra-ke-te-e-we, para la que se manejan otras posibles hipótesis, como **praktêwes*, griego posterior en singular *prák-*

tor, agente u hombre de negocios. Da la impresión de que los contactos entre mercados escapaban al control contable del palacio o, al menos, no interesaban; y no quiero decir con ello que tal conclusión se imponga de manera absoluta, porque su aceptación dejaría otras muchas cosas sin explicar. Es imposible que los principados fueran del todo ajenos a las actividades de intercambio, cuando producían mucho para comerciar. Entre los intermediarios de oficio hay que contar con los chipriotas para el mercado asiático. Su concurrencia y colaboración con los micénicos debió de ser extraordinaria (Hirschfeld: 1996). Con este comercio son de relacionar, en principio, los términos a-ra-si-jo, de la tierra de Alasia, y ku-pi-ri-jo, de Chipre, que tenemos en las tablillas micénicas (Himmelhoch: 1990-1991).

Ante todo tenía que darse un comercio institucionalizado y estable, aunque pasara por las manos de mercaderes privados, entre las diferentes regiones del propio mundo micénico. Todos los reinos tendrían parecidas exigencias, pero no idénticas posibilidades de atenderles. Lo que a unos faltaba a otros sobraba y se equilibrarían sin duda excesos y defectos mediante los oportunos contactos mercantiles. Pilo exportaría aquéllo que le sobraba, bronce manufacturado y lino; Creta, sus manufacturas reputadas, como sugieren algunas tablillas y se comprueba, limitémonos a este ejemplo ilustrativo, por la salida masiva de los vasos de La Canea, encontrados en Tebas, Micenas, Tirinte y Eleusis; otros lugares exportarían sus excedentes agrarios, al natural o transformados. Un documento en Lineal B de Micenas, la tablilla X 508, se refiere a un envío de tejidos, concretamente faldellines, a Tebas desde el gran palacio de la Argólide. La cerámica miraría más al mercado exterior que al intramicénico, puesto que, dentro de la homogeneidad que caracteriza a la cultura material micénica, cade centro tendría sus talleres para cubrir sus propias necesidades de los productos de alfar. El comercio cerámico interior, con excepción de algunos productos especialmente lujosos, se reduciría al territorio de cada principado o a regiones continentales alejadas de los centros palaciales, así como a algunas islas menores, en las que la cerámica claramente importada supera con mucho a la de fabricación local, cuando la hay. De Rodas y de Cos, aunque excéntricas en el Egeo, sabemos que desarrollaron su particular industria de alfarería, significativa y comprensible en dos grandes islas de notable población micénica desde el siglo XIV a. C., a diferencia de la Cárpatos del tardo Bronce, más en dependencia de la vieja tradición minoica, y aun así siempre dependieron parcialmente de la alfarería argólica, aunque en esto, como en otras cosas, hubo diferencias más que de detalle entre las grandes islas dodecanesias (Benzi: 1996).

Lo más destacable del comercio micénico es su irradiación fuera del ámbito egeo. Y llama la atención lo que el fenómeno tiene de unidireccionalidad en lo que ahora es posible medir arqueológicamente. Es infinitamente superior el número de testigos de cultura micénica fuera de Grecia que los

objetos foráneos que aparecen en sus yacimientos, continentales o insulares. La cultura material micénica es, pues, expansiva. Las materias primas que constituían lo fundamental de la importación no dejan normalmente huella. Los lugares heládicos han dado algún material hitita, muy escaso, algunos especímenes de cerámica cananea, cierto número de sellos orientales, pobres muestras de cosa egipcia y poco más como contrapartida de los materiales micénicos, sobre todo cerámica, pero no en exclusiva, que invadieron las regiones ribereñas del Mediterráneo oriental, incluso bastante tierra adentro, y hasta del central y occidental. Y no perdamos de vista la actividad de intercambio que existió hacia regiones septentrionales europeas. Este gran comercio, de tan notable volumen y ambición, requería unas apoyaturas firmes en puntos del extranjero mediante centros estables y, en su dinámica expansiva, hacía crecer los mercados a medida que se extendían las factorías y las colonias de mercaderes. La época de máximo desarrollo del fenómeno es aquélla en que las cerámicas al uso eran las llamadas por los arqueólogos las de tipo Heládico Reciente III A y III B, especialmente esta segunda. Paralelamente al aumento del comercio con puntos lejanos, se desplegaba una náutica con superior capacidad de transporte y mayores posibilidades de navegación en larga distancia.

Ha quedado ya dicho que lo micénico que se encuentra fuera es mucho más que los materiales de culturas exteriores que ofrecen los yacimientos griegos de la época. El comercio exterior era muy ventajoso para los micénicos y no precisamente por este desequilibrio, que en parte se debe a que no toda mercancía deja la misma huella arqueológica. A cambio de manufacturas cotizadas y pulcras, pero con frecuencia de escaso valor intrínseco, y a trueque de excedentes no necesarios, los micénicos obtenían materias primas de primera necesidad y alto valor para el consumo interno y, parcialmente, para la reesportación en pura ganancia una vez transformadas.

Lo que llegaba a Grecia desde fuera era lo siguiente: ámbar, oro, marfil, cobre, estaño, maderas exóticas, piedras preciosas y semipreciosas, manufacturas apreciadas, especias y probablemente también trigo. El ámbar procedía del norte, a través de las líneas de contacto europeas, terrestres (Harding: 1984, p. 70 ss), y también de occidente, en concreto de la Península Ibérica, que lo produce en diversos sitios: Portugal, Extremadura, zona que va del medio y alto Guadalquivir hacia la región sudoriental; desde luego, cada día es más difícil sostener la existencia de una sola ruta del ámbar (Aubert: 1996). Es éste en los yacimientos micénicos un producto de lujo típico, exponente de un gusto sin precedentes en la región –es ajeno a periodos heládicos anteriores y a la cultura material minoica propia–, que los griegos del Bronce Reciente en sus últimas etapas exportarían a otras regiones, como por ejemplo Egipto (Stella: 1965, p. 210). Desde aquí, desde el país del Nilo, recibían los principados oro nubio, para complementar la insuficiente

producción aurífera que ofrecían las islas Cíclades. Ultimamente se tiende a proponer también la existencia de vias europeas de importación del precioso metal (Davis-Muhly: 1983). El marfil tenía que proceder o de Africa o de Asia. Se viene diciendo que es más probable la segunda procedencia que la primera, a juzgar por las técnicas y estilo de manufacturación (Blázquez: 1972; Poursat: 1977). El material de esta procedencia arribaría desde Siria y Canaán, con ese punto de escala mercantil tan importante que era Chipre. Esta primacía del marfil asiático sugerida desde tiempo atrás es conjetural, por lo que los especialistas no dejan de reflexionar sobre la cuestión (Hayward: 1990). De la gran isla del Mediterráneo oriental acabada de citar se importaba cobre en ingentes cantidades, siendo como es el ingrediente mayoritario en la aleación bronce. Aunque en Grecia y en la península Balcánica septentrional había depósitos cupríferos numerosos, eran ignorados por los micénicos o no era posible explotarlos con la tecnología del momento (Harding: 1984, p. 46-48). Se ha llegado a proponer la idea de un monopolio micénico sobre todo el comercio del cobre, tal vez con algo de exageración. Tenemos bastantes lingotes de cobre rescatados por la arqueología, aunque si hay hallazgos de especial interés y significación, son éstos los de los dos barcos naufragados en las cercanías de cabo Gelidonia (Bass et alii: 1967) y de Ulu Burun (Bass: 1986 y 1987; Bass et alii: 1989), ambos en la costa meridional de la actual Turquía, sobre todo los más generosos del segundo. El estaño se obtenía en Asia, Anatolia y regiones más orientales y también desde occidente, quizá en intercambio indirecto, a través de intermediarios, si bien no se pueden descartar algunas correrías de naves egeas a la búsqueda de las fuentes de este necesario metal. Esto último no fuerza a aceptar como buenas muchas de las conjeturas que se han hecho al respecto de algunas viejas tradiciones, mezcladas y confusas, de la maraña mítica, interpretadas como reflejo de lejanas aventuras mercantiles micénicas. Entre las maderas importadas se encontraban con seguridad el ébano y probablemente las de las coníferas del Líbano, o al menos su resina, aunque Creta era generosa en bosques de esta especie. El lapislázuli era la piedra foránea que más se trabajaba de cara a la exportación. Productos importados eran el comino y el sésamo, entre otros condimentos, especias y plantas aromáticas de seguro o posible nombre semítico tomado en préstamo. El trigo, si tal compra exterior se dio realmente, para compensar el déficit de este cereal en determinadas regiones de la Grecia micénica, llegaría, como en tiempos históricos posteriores, desde los aledaños del Mar Negro entre otras procedencias.

Los griegos, en contrapartida de estas adquisiciones en el exterior, vendían sus cerámicas, apreciadas como objetos de lujo, otras manufacturas variadas y productos derivados, como el aceite y el perfume. Cual ha quedado ya dicho, el material de exportación más elocuente arqueológicamente hablando es el de la alfarería, pero de los reinos micénicos salían otras

manufacturas, metálicas, de talla, de modelado, que eran objetos de lujo para los compradores. Algunas de estas muestras de la artesanía micénica de calidad destinada al comercio exterior tenían como soporte material importado en bruto. Es el caso de los objetos de lapislázuli, de marfil o de ámbar. Se exportaban también textiles lujosos de los hábiles artesanos seguidores de la notabilísima tradición minoica en esta especialidad industrial. No sólo cabe la posibilidad, sino que es cosa muy probable a juzgar por algunos indicios destacados por los especialistas, que los griegos micénicos no se limitaran a lanzar al exterior sus propias formas, convencionalismos y gustos, sino que incorporaran en cierta medida elementos respondentes al gusto y demanda de los compradores, facilitando de esa manera el volumen y la fidelidad del mercado.

Hay hallazgos micénicos que evidencian comercio en Asia desde Troya hasta Licia; desde Cilicia hasta la región de Gaza, profundizando por el valle del Orontes y en Palestina; en Chipre oriental y meridional; en Egipto, zona del delta y Nilo arriba, especialmente en Tell-el-Amarna, donde hay un auténtico depósito; en el Adriático, sur de Italia, Sicilia e islas menores de la zona, y más a occidente, como en Cerdeña, donde los hallazgos son espectaculares (Vagnetti: 1996) y en la Península Ibérica. Aquí, en el solar hispánico, nos faltaba material micénico dentro de contexto arqueológico preciso, aunque se esperaba que pudiera surgir algún día, una vez que comenzó a sugerirse que el vaso de Coria del Río, habido al principio por submicénico, pudiera corresponder al Heládico Reciente III B. Pero ese vacío documental lo llenaron, con toda la modestia del hallazgo, los restos cerámicos de procedencia argólica aparecidos hace cortos años en el lugar conocido por el Llanete de los Moros, en término de la cordobesa Montoro (Martín de la Cruz: 1990). Aunque de tiempo atrás se ha pensado que las tradiciones míticas griegas referentes al Mediterráneo más occidental, y en concreto a las tierras ibéricas, podrían reflejar el comercio micénico por esta zona, no cabe descartar que la extrema occidentalización de los mitos sea en Grecia secundaria y tardía (García Iglesias: 1979).

Las relaciones económicas con el Asia anterior quedaban atendidas directamente por los egeos, en concurrencia con los intermediarios chipriotas y cananeos. El destacado papel de estos mercaderes orientales, sobre todo el de los de Canaán ha sido puesto en valor recientemente y con acierto (Kochavi: 1992). Los micénicos tuvieron centros o colonias estables en algún punto del litoral asiático –no necesariamente en la costa–, pero por lo general la cerámica tardoheládica se encuentra mezclada con la chipriota como si fueran los navegantes de Chipre quienes colocaran en los mercados sus propios productos y los traídos del Egeo o, al menos, como para no descartarlo; y, al revés, hay materiales cananeos, no tantos, por el Egeo insular y continental, y es tan importante la actividad mercantil en Ugarit y su irradia-

ción, que no parece imposible una directa actividad de los semitas incluso en el solar helénico.

Por el lado asiático, extraña la exigua representación de la cultura material hitita en los yacimientos micénicos continentales e insulares. Son sólo media docena los objetos de segura procedencia de la Anatolia central. Este raro fenómeno explica la fortuna que ha tenido la sugerencia de Cline en la vía de un embargo mercantil decretado por el Imperio Hitita en contra los micénicos (Cline: 1991 a). Observa este autor que de todos los pueblos orientales importantes los hititas son los únicos mal representados por su cultura material propia en los yacimientos tadoheládicos, desde la Grecia continental hasta Rodas. En estricta correspondencia, sólo los micénicos, de entre todos los pueblos del Mediterráneo oriental y del Próximo Oriente, han dejado escasa huella en el territorio hitita interpretable como resultado de comercio. Añádase a esto que no están testimoniados los hititas entre los extranjeros mencionados en las tablillas de Lineal B y que no hay referencia a intercambios mercantiles entre el Egeo y Anatolia central en los textos del archivo de Bogazkoy, que sin embargo son explícitos en este sentido cuando se trata de otras gentes destacadas de la zona. Habida cuenta de que los hititas no desconocían los embargos mercantiles, y hay prueba documental de que es así, cabe concluir que muy bien pudieron haber decretado una sanción excluyente de este carácter contra los griegos micénicos. Los pocos materiales intercambiados que existen podrían proceder de comercio indirecto. La hipótesis de Cline es sugerente. Hace poco se daba a conocer el hallazgo de una importante pieza de estilo egeo, una espada, en el propio yacimiento de Bogazkoy, que con toda probabilidad no apunta a una actividad de intercambio directo, sino a botín de guerra. Lo más notable es que en un lateral de la hoja existe una inscripción en lengua semítica oriental en la que se dice que la espada es una ofrenda del rey Tuddalia tras su victoria sobre Assuwa. Las interpretaciones de esta excepcional pieza, que parece bastante antigua, probablemente de fines del siglo XV a. C., no son coincidentes. Hay quien la ha relacionado con la guerra de Troya, pretendida vertiente en la tradición griega del mismo acontecimiento aludido en el epígrafe, a saber, el enfrentamiento de Assuwa contra los hititas (Hansen: 1994). Sobre el lugar de fabricación del objeto hay opiniones diversas, pues tanto se ha propuesto que es de origen heládico continental (Salvini-Vagnetti: 1994), como que es de imitación y no manufactura micénica propia (Cline: 1996). El autor al que se acaba de hacer referencia ha encontrado ocasión para ver en ese conflicto entre los de Assuwa y los hititas, en el que los micénicos debieron de apoyar a los primeros, la razón del embargo comercial arriba comentado.

En lo que atañe al comercio con Egipto, a más del material faraónico encontrado en yacimientos egeos, algunos de gran interés, como los monos

de porcelana hallados en Tirinte y Micenas (Cline: 1991 b) –integrantes del mismo lote, pero separados; ¿uno destinado al príncipe de Micenas y otro al de Tirinte?– o las piezas telamarnienses seguras o posibles del pecio de Ulu Burun (Bass: 1986 y 1987; Bass et alii: 1989), tenemos la información complementaria que nos brinda el propio país del Nilo (Vercoutter: 1954). Parece que los egipcios comerciaron con los cretenses, a quienes llamaban Keftiu, hasta que en la primera mitad del siglo XIV a. C., coincidiendo con la caída del palacio de Cnoso en el Minoico Reciente III A, algo después de 1400, estas relaciones se rompen. Quizá en la centuria inmediatamente previa, el siglo XV, la relación de Egipto con minoicos y cretenses fue simultánea (Leclant: 1996). Se trataba de un comercio que compaginaba el mero intercambio de productos de demanda recíproca con una vertiente diplomática en la que eran elementos básicos la pleitesía y el regalo. Las representaciones de dadóforos en tumbas egipcias son testimonio de esta dimensión especial que arroparía el trueque mercantil, más oscuro y prosaico, calificable de ordinario. Antes eran los cretenses quienes aparecían portando sus objetos, algunos perfectamente reconocibles como minoicos, por su estrecha cercanía a los que llenan las vitrinas de los museos, especialmente el de Iraklion. Son ahora los hombres del "Gran Verde" y los Tinay, micénicos del Peloponeso, los que ofrecen sus productos, a pesar de alguna reticencia de hace años (Wachsmann: 1987, p. 108 ss); griegos de las islas y del continente, portadores de dones propios, representados en la plástica sepulcral faraónica y de grandes personajes, pero en realidad, por encima o debajo de los gestos protocolarios, comerciantes interesados en el negocio de intercambio egeo-egipcio e incluso intermediarios de mercaderías orientales. El comercio micénico con Egipto comienza en tiempos de Amenhotep III, en la primera mitad del siglo XIV a. C. (Cline: 1987 y 1990-1991). Considerando las pinturas egipcias de egeos oferentes, podemos dudar si estamos ante embajadas corteses expedidas por los prícipes palaciales, o ante algo más informal y de menor aparato. Cabe pensar que los egipcios exageraran y atribuyeran un carácter institucional, por razones de mitomanía propagandística, a una realidad que distaba mucho, en alcance y significación, de ser como se la presentaba.

Lo anterior enlaza de alguna suerte con la fundamental inseguridad al respecto de si los soberanos de los palacios estaban o no directamente interesados, involucrados mejor, en la actividad comercial. Carecería de sentido que no lo estuvieran, al menos en cierta medida. No podemos olvidar que la civilización micénica estaba en estrecho contacto con los pueblos desarrollados del Próximo Oriente y con Egipto, lo que nos fuerza a admitir como más que posible que los griegos de la Edad del Bronce hubieran asumido las prácticas comerciales y anejas de los poderosos vecinos con quienes tenían relación, y conocidas son las instituciones de relación económica y diplomática de los grandes imperios antiguos; la cultura de la amistad entre sobe-

ranos y del intercambio de regalos, como superficie prestigiosa del comercio común. Esta práctica comportaba el reconocimiento recíproco de los monarcas y su rango, y en principio no cabe negar que los faraones y algunos reyes próximo-orientales otorgaron dicho reconocimiento de igualdad a por lo menos algunos príncipes micénicos (Cline: 1995). En consecuencia, a pesar de que la documentación escrita contemporánea no lo respalda, entra dentro de lo probable el flete de naves por el palacio con destino a ultramar, bajo la responsabilidad de mercaderes funcionarios y trabajadores oficiales; como también es admisible que algunas de estas naves, cuando su destino lo facilitaba o lo requería, llevaran misión diplomática en nombre del príncipe ante los soberanos extranjeros, pues es sabido que ya en la antigüedad remontada se ponía la política al servicio de los intereses.

El almacenamiento de artículos susceptibles de comercialización en las dependencias palaciales y el hecho de que los principados fueran centros de producción a gran escala, así como lo que se sabe de los mecanismos de funcionamiento en las sociedades de la época, constituyen indicios suficientes a favor de que los palacios debían de ser puntos de irradiación mercantil, sin que sea preciso acudir a míticas discutibles, como el carácter fenicio atribuido a la casa de Cadmo, para concluir que en Tebas radicaba un emporio activo e importante, por poner un ejemplo significativo entre otras tradiciones por el estilo, quizá menos claras y conocidas.

Los pecios de cabo Gelidonia y de Ulu Burun, arriba mencionados, constituyen valiosos testimonios sobre el comercio ultramarino de los micénicos. Se conoce desde antes el primer naufragio y desde hace pocos años el segundo, aunque su cronología específica va a la inversa, dado que el barco de Ulu Burum pertenece al siglo XIV a. C., y el de cabo Gelidonia a la centuria siguiente. Eran naves de transporte bastante capaces y tal vez también factorías flotantes. Parece que una y otra navegaban desde oriente a occidente, es decir, desde Chipre al Egeo por la costa medidional minorasiática. Aunque no cabe descartar que alguna de ellas fuera cananea o de Chipre, es posible que se tratara de barcos propiamente micénicos. Llevaban cerámica heládica, chipriota y cananea –grandes vasos estos últimos para el almacenaje–, cristal, objetos de lujo variados y sobre todo lingotes de cobre procedentes de la gran isla del Mediterráneo oriental.

7.3. Modelo socioeconómico

Entramos ahora en una cuestión en gran medida resbaladiza, porque hay en ella obligada superación del simple nivel de información objetiva, filológica o histórica, y salto al interpretativo general, demasiado dependiente de subjetivismos y hasta de condicionamientos ideológicos. Pero es que, al mar-

gen de este factor, en sí mismo ineludible y tantas veces distorsionador por apriorístico e incluso acrítico, partimos de una documentación muy parcial y muy problemática, como hemos ido viendo, que proporciona menos apoyaturas para las construcciones ambiciosas y conclusivas de lo que precisaríamos. Hemos de hacer, sin embargo, algunas consideraciones de carácter general y reflejar aquí, siquiera sea de pasada, algo de lo que han sido las interpretaciones propuestas desde diversas ópticas, con breve referencia a razones y sinrazones. Todo ello, evitando caer en la tentación de exceder de lo histórico para incurrir en lo teórico-ideológico, que aquí estaría, pienso, fuera de lugar. Los resultados –se avanza– han de ser magros, porque magra es la fundamentación y magros son el valor y el interés de las construcciones esquemáticas y dogmáticas que nos vienen de este campo, por basarse casi siempre en composiciones infundadas sobre tan escasos y tan inseguros testimonios, como los de nuestra documentación. No perdamos de vista que tratamos con pocos millares de textos, muy escuetos y crípticos, selectivos en lo referente a los aspectos que contemplan, de unos lugares muy particulares y escasos –casi tan sólo Cnoso y Pilo–, palaciales y no privados ni rurales, y correspondientes a momentos temporales muy concretos y apretados, los meses finales de la vida de cada palacio. ¿Pueden permitir unas fuentes de este tipo la gran generalización? Rotundamente no (De Fidio: 1992), aunque como veremos más abajo los intentos no han dejado de sucederse. Lo más prudente desde el punto de vista metodológico es, desde luego, reflexionar parceladamente sobre los diversos aspectos que reflejan nuestros limitados documentos y ver qué pequeñas conclusiones independientes resultan posibles, e incluso si admitirían alguna suerte de encaje, no en un modelo histórico simple, sino en un esquema comprensivo específico y flexible.

7.3.1. Algunas propuestas

Es evidente que el mundo micénico está ya diversificado en lo económico y lo social. Grecia tiene ya en la Edad del Bronce mucho de sociedad evolucionada. Esta realidad es la que quieren reflejar los cinco subsistemas que Renfrew distingue en el sistema privativo y global que se desprende en su opinión de las fuentes micénicas: subsistema de subsistencia, a saber, producción y distribución de productos alimentarios; subsistema tecnológico, o sea, transformación y manufacturación de objetos; subsistema proyectivo-simbólico, todo el complejo mundo espiritual del hombre; subsistema social, es decir, la organización socio-política, y por último subsistema de comercio y comunicación, o intercambio dentro del propio sistema y en el exterior (Renfrew: 1972, p. 22-23). No cabe duda de que este esquema es ilustrativo y polivalente, pero a un tiempo artificial e híbrido. Lo cierto es que en lo organizativo, en el aprovechamiento de recursos y en las relaciones externas el

mundo micénico está bien lejos de las simplicidades primitivas. El problema estriba en cómo definir, cómo articular los diferentes elementos de esta plural diversidad. No han faltado quienes, en lo que va de lo social a lo público, hayan pretendido encajarla en el esquema de la trifuncionadilad indoeuropea, que distingue en la sociedad los niveles de lo militar, lo religioso y el trabajo y hace responder cada sector a castas tendentes a impenetrables entre sí, que dan por resultado una realidad tripartita con tripartición de funciones. Que ello fuera rigurosamente así en época micénica dista de ser cosa cierta. La tesis de la trifuncionalidad indoeuropea, uno de cuyos valedores más destacados fue Dumézil, no pasa hoy por indiscutible ni se le reconoce validez tan general como hace años tenía atribuida. Por otra parte, el esquema parece demasiado elemental para lo que las tablillas nos reflejan, y además queda por demostrar la autonomía y la caracterización de cada nivel. No es ésta una estructura cuya aceptación se imponga, pues caben otras diferentes que parecen recoger mejor lo que testimonia la documentación llegada a nosotros.

Nada de extrañar tiene que los especialistas hayan ensayado, desde hace tiempo, nuevos y más complejos modelos de interpretación. Por ejemplo, en una propuesta de primordial intención antropológica, debida a Feuer, se estableció la siguiente estructuración de la sociedad micénica: una aristocracia guerrera; un sector intermedio que englobaba a funcionarios, oficiales, artesanos y comerciantes; la mayoría de la población, dedicada al trabajo del campo, y por último los esclavos, fuera cual fuera el número de éstos (Feuer: 1977, p. 81-82). Cierto es que este cuadro tiene también debilidades y, si lo traigo a colación, es no tanto por la indiscutibilidad de que carece, cuanto como testimonio de otra posible visión de la estructura social micénica. Y hay otras sugerencias en la literatura más o menos especializada, como la que considera a la sociedad de los micénicos semejante a la medieval en su articulación, en la idea de que se fundamentaba en un sistema de relaciones de tipo feudal; la que ha defendido su carácter propiamente oriental antiguo, entendiendo que la sociedad de los griegos del Bronce tardío no desentonaba apenas de las organizaciones despóticas del Próximo Oriente –con sus tres componentes básicos: palacio, templo y ciudad–, o la que, por último, ha querido ver en la micénica una estructura social cimentada sobre el trabajo abundante, mayoritario incluso, de mano de obra esclava. Innegable es que existe una cierta similitud en las relaciones sociales entre las sociedades micénica y medieval, pero se han señalado también divergencias de suficiente peso como para que la caracterización feudal resulte rechazable. Hay, efectivamente, concomitancias estructurales y de aparato entre los reinos micénicos y los imperios orientales, aunque en los primeros falta la específica nota del despotismo y sobra la virtual pervivencia de los grupos sociales menores. Conocían los griegos tardoheládicos la esclavitud, mas nada apunta a que la pro-

ducción radicara fundamentalmente en el trabajo servil a gran escala. Algo falla siempre en cualquier intento de aplicación de un modelo preexistente y ajeno. Nos movemos en este juego caracterizador entre afanes de explicación, clichés ideológicos y cuestión de palabras; y lo malo es que una búsqueda en principio legítima acabe propiciando una distorsión abusiva de los datos. Y nada se gana con la propuesta de modelos mixtos –sociedad medio oriental, medio primitiva; sociedad medio oriental, medio esclavista...– o con la salida de que estamos en el caso más típico del "modo de producción egeo", tan tautológica como ridícula. Sería mejor liberarse del todo y de una vez de la servidumbre incómoda del marxismo, del maxweberismo, del polanyismo o de la que sea.

Hay cosas que no admiten ni la menor duda en la interpretación de la sociedad micénica, aunque limitarnos a ellas nos deje en cierto poso de decepción. Antes nos referíamos a la diversificación; podemos ahora añadir otro detalle seguro: un principado tardoheládico, organización de poder y de administración con su centro, sus distritos, su jerarquía de responsables y sus súbditos, era un verdadero estado territorial; y todavía un tercero, no menos indiscutible: los reinos micénicos integraban una estructura palacial –arriba– y unas comunidades rurales –debajo–, básicamente compuestas por lo que en las tablillas recibe el nombre de da-mo, en colaboración mutua y en recíproca limitación. Si pretendemos concretar más, superior será el riesgo de desacierto. Es preferible la modestia de unas conclusiones pobres o modestas sobre lo cierto o lo menos dudoso que contienen nuestras fuentes, que la ambición de generalizaciones altisonantes no del todo fundadas, y más si contradicen mucho o algo datos válidos con toda probabilidad. Esto último ocurre con las interpretaciones que han hecho bascular la economía y la sociedad sobre el trabajo esclavo a gran escala. La dificultad estriba en que no basta que tengamos documentada la esclavitud en las tablillas para que la aplicación de esclavismo a los micénicos resulte válida. Todo parece indicar que en los reinos tardoheládicos el trabajo esclavo era muchísimo menos significativo que el simplemente dependiente del palacio y el libre, y además la esclavitud podía ser muy distinta, en realidad jurídica y en significación social, de lo que solemos entender por tal, partiendo de otras circunstancias históricas. Nada abona que los esclavos micénicos supusieran y produjeran como los de época romana o como los de las plantaciones americanas, por poner dos casos.

7.3.2. Los esclavos micénicos

Los do-e-ro y do-era (*doûloi* y *doúlai*), es decir, esclavos, aparecen en las tablillas en diversos contextos, pero no en gran número ni siempre en relación con lo laboral. Algunos autores han sugerido que pudo darse la dis-

tinción entre esclavos públicos y esclavos privados, y que los habría dedicados al servicio de los santuarios. Esto último entra dentro de lo posible, por no decir que parece cierto, pero la distinción de esferas palacial y particular se nos escapa en la documentación. No se puede descartar, por ejemplo, sin que esto suponga afirmarlo, que los esclavos aparentemente privados lo fueran realmente, ya que es posible una concesión de uso de do-e-ro de palacio –que ellos serían los esclavos públicos– a personajes y centros de producción. Por otra parte, hay abuso grave en potenciar intencionadamente el número de esclavos micénicos para justificar una propuesta de sociedad esclavista, como se ha hecho por algunos, por ejemplo considerando que lo son todos los broncistas sin distinción, cosa insostenible, o todas las mujeres y sus hijos menores, los ko-wo y kowa (**kówoi* y **korwai*, respectivamente muchachos y muchachas), que se relacionan en determinadas series de tablillas y recibían raciones alimentarias de palacio, lo que tienden a aceptar más especialistas, o la totalidad de los e-re-ta, remeros. Verdad es que a integrantes de algunos de estos grupos, excluyendo el primero, se dan procedencias foráneas o se sugiere cautividad, y cierto es que cabe aducir paralelos orientales, como los que ofrecen las tablillas de Ugarit, a favor de entender que nos las habemos con esclavos, pero no debemos perder de vista que nunca se les aplica en los textos la palabra do-e-ro, o la correspondiente forma femenina, sino el término a-pi-qo-ro, posiblemente *amphípoloi*, "sirvientes" (Hiller: 1987), y no deja de ser un riesgo ir más allá de los datos y forzar soluciones partiendo de ideas preconcebidas y de mundos que pueden ser muy diferentes. Por otro lado está la posibilidad de que en los textos de raciones haya que distinguir entre las que son de subsistencia y las de remuneración (Palmer: 1989), cosa que llevaría a excluir la condición servil en pluralidad de casos. Hay grupos de trabajo documentados, en los que por cierto se distingue por grados de veteranía laboral, que pueden ser simples cuadrillas de productores dependientes del palacio sin más.

Sin que se llegue a negar absolutamente el carácter servil de algunas de las partidas antedichas, aceptable como posible en algunos casos particulares bien ponderados, cual el de las mujeres cnosias de la serie Ap (Baumbach: 1986), hay que creer, con la prudencia de rigor, que están más puestos en razón los autores que insisten en lo restringido del número de los esclavos micénicos y en su insignificante incidencia en el mundo del trabajo. En lo que se refiere a si existían esclavos privados, se ha señalado el hecho que parece testimoniar la tablilla de Cnoso B 822: la compra por un personaje de nombre incompleto,]-pi-ro, a otro llamado Ku-ro2 de un esclavo de nombre Ku-te-ro. El verbo que significaría el hecho de la adquisición es qi-ri-ja-to, "ha comprado", *príato* en griego posterior una vez resuelta en oclusiva labial sorda la labiovelar inicial. Otro documento también cnosio, B 988, resultante de un acoplamiento de fragmentos sueltos acabados de integrar en 1985, apuntaría a una

operación similar: el esclavo en este caso se llama Ka-ra-na-ko, el comprador Pa-qo-si-jo y el vendedor Ko-ma-we. Cuesta creer que el archivo del palacio registrara una compraventa entre particulares, por lo que nos vemos tentados a considerar que estamos ante una operación de otra índole, concretamente del principado. No hay que perder de vista que las posibilidades de la burocracia de entonces eran mínimas, por muy complicada y precisa que pueda parecernos la de las tablillas en Lineal B, y que ello obligaba a reducir la contabilidad a lo imprescindible para el funcionamiento del reino; y desde luego el palacio no podía permitirse el lujo de llevar un suplementario registro de actividades particulares. Olivier ha estudiado detenidamente estos dos documentos y, tras concluir que el mundo micénico conocía los contratos de compraventa de esclavos, ha propuesto que el principado debía de ser parte interesada en las operaciones y que probablemente nos las habemos con una "ficha de entrada" en palacio de las dos personas adquiridas (Olivier: 1987). Mención aparte merecen los te-o-jo do-e-ro *(theoû doûloi)*, esclavos del dios, empleados subalternos del culto para algunos y de alta categoría para otros, que incluso tenían derecho a la concesión de parcelas de tierra en calidad de beneficio, o-na-ta, y se les concedía la distinción de aparecer en los documentos palaciales con sus nombres personales (Deroy: 1989). A juzgar por este último detalle difícilmente se los podría considerar como esclavos en el sentido que normalmente le atribuimos al término y menos aún se les podría separar de la esfera pública. El autor acabado de citar sugiere, quizá en este caso sin demasiada fortuna, que podría tratarse de libertos.

Muy pocas son, como ha podido verse, las seguridades que tenemos a propósito de los esclavos micénicos, lo que nos conduce a la conjetura y a la hipótesis, cuando no nos deja en la duda y el desconcierto. Es poco gratificante tener que decir, como hace Anna Morpurgo en uno de sus trabajos, que prescinde de los do-e-ro porque, aunque la identificación con el griego *doûlos* es cierta, el *status* de los esclavos micénicos es infinitamente menos cierto (Morpurgo Davies: 1979). Como contraste de las exageraciones esclavistas de hace lustros, en un trabajo posterior al de la autora británica acabada de citar llegamos a ver negado decididamente que en la época micénica estuviera ya claramente establecida la oposición libre/no libre aplicada a personas (Beringer: 1982). Hay algo que sí es posible afirmar: que son escasas las apoyaturas firmes a que podrían acogerse los partidarios de la idea de que los esclavos pesaban mucho en la economía micénica.

7.3.3. Un sistema complejo de redistribución

En otro lugar hemos hecho referencia al problema de si coexistían o no la iniciativa privada y la pública y, en caso afirmativo, si se imponía una sobre la otra. Cabe planteárselo para el campo, el comercio y los talleres artesa-

nales. Ha quedado en el aire la cuestión para los tres ámbitos dichos del mundo productivo. No tenemos seguridades ni sobre la existencia del concepto de tierra privada ni con respecto a si la artesanía era toda controlada por el palacio mediante funcionarios y operarios públicos, aunque esto segundo parece inverosímil ante los indicios contrarios existentes. Al menos, la referencia wa-na-ka-te-ro en productores y productos resulta enormemente escasa (Carlier: 1996), lo que sin embargo no supone que no hubiera otra industria de palacio al margen de esta "real" por antonomasia. Desde luego, a menor monopolio del principado, mayores posibilidades de entender que los productos que entraban en el palacio constituyeran tributación; a más iniciativa estatal, menor nivel de la dimensión fiscal. Lamentablemente nuestra documentación no nos saca de dudas. Piénsese que nos movemos entre testimonios muy incompletos y parciales, nunca explicados además en nuestros textos de Lineal B. Lo que parece ser cierto es que en el planteamiento redistributivo de la economía de un principado estaba prevista la derivación de una parte de lo producido hacia el palacio para el mantenimiento de la estructura política y burocrática; un "drenaje" de un porcentaje de la producción hacia el sector palacial, como alguien ha dicho (De Fidio: 1992). La élite de los reinos micénicos se mantendría, pues, además de lo producido por iniciativa del propio principado, por las aportaciones fiscales (Halstead: 1992), que a fiscalidad respondían dichas derivaciones.

Tal vez asista la razón, por ejemplo, a quienes piensan que en la institución de la ta-ra-si-ja puede estar la clave del modelo económico micénico. Tendríamos quizás en ella una de las vías para hacer efectivo ese drenaje de carácter en el fondo fiscal. Lo que ocurre es que no hay explicación segura para lo que subyace a este término, pues mientras unos encuentran razones para decir que es un impuesto, otros pretenden que es una asignación del palacio a los talleres. La ta-ra-si-ja aparece en tres contextos de contabilidad diferentes: el de los textiles, el de los inventarios de ruedas de carros y, sobre todo, el del control de los fundidores y manufacturas de bronce. Precisamente nos hemos referido más arriba a la ta-ra-si-ja, y lo que pueda ser, a propósito de los broncistas, pero es evidente que no se trata de algo que afecte en exclusiva a la relación entre los fundidores y el palacio, contra lo que parece afirmarse frecuentemente. Ya quedó dicho que para Duhoux la ta-ra-si-ja es un proceso de doble sentido desde el palacio a los artesanos, materia prima en bruto, y desde éstos al palacio, entrega de productos manufacturados. Según el micenólogo suizo, la ta-ra-si-ja domina sectores enteros de la economía y da la impresión de que encarna el fundamento de la relación entre los talleres y el principado. Las series Jn de Pilo y Oe de Micenas reflejarían el primer sentido de la ta-ra-si-ja: bronce y lana, respectivamente, que entrega el palacio a los artesanos; en la serie So de Cnoso, relativa a ruedas de carros, la ta-ra-si-ja respondería al segundo sentido: objetos que desde los

talleres han llegado a los almacenes palaciales. Concretamente So 4442 de Cnoso combina la referencia a la ta-ra-si-ja del año anterior con la palabra o-pe-ro, deuda, lo que reafirma que la institución de que tratamos tiene un carácter de compromiso susceptible de retraso en el cumplimiento. Que las series Oe y So de Micenas y Cnoso, enteras, hagan referencia a la ta-ra-si-ja, siendo así que sólo algún texto concreto de cada una la menciona, es suposición verosímil de Duhoux. Quizá, sin embargo, arriesgue demasiado dicho autor cuando intenta generalizar el control de la ta-ra-si-ja a otras series que normalmente son consideradas como inventarios de objetos del palacio, sin que existan argumentos en contra. Refiriéndose en exclusiva a las tablillas cnosias relativas a carros, Lejeune hizo de ocurrente precursor, cuando escribió que la artesanía del carro "estaba regida por un sistema de prestaciones de contingente fijado anualmente" (Lejeune: 1968b). La ta-ra-si-ja sería en todos los sectores la obligación de manufacturar para el palacio por parte de los talleres según una proporción establecida.

Por otra parte, sobre los datos con que nos manejamos y aplicando el principio de verosimilitud, daríamos un paso más con respecto a lo que al tratar de los broncistas y su ta-ra-si-ja dijamos dicho. Es impensable que atender la ta-ra-si-ja constituyera el total del trabajo de los talleres artesanales. Sería tanto así como suponer que cientos de centros de trasformación se encontraran al borde del paro, por escasez de entrega de materia prima. Es algo carente de sentido. Cada uno de ellos atendería, al margen, su propia tarea, mientras que la de la ta-ra-si-ja sería una obligación complementaria; como una especie de tributo, vuelvo a insistir. Si esto es así, y parece lo más verosímil, los obradores artesanales eran libres y estaban controlados por la burocracia palaciega por razones de los compromisos con el principado, la ta-ra-si-ja, tuvieran o no tuvieran aparte deberes fiscales más específicos. Se trataría, digamoslo así para entendernos, de un tributo en especie (trabajo), y ello hace altísimamente posible –permítaseme insistir– que el mundo de lo laboral afectado fuera privado, es decir, independiente de la iniciativa del principado y sólo sujeto a contribución. Extendiendo el modelo a otro fundamental sector de la economía, la tierra, privada o concedida, entederíamos que se trabajaba en beneficio particular, con la obligación de subvenir al palacio con porcentajes o topes fijos de lo cosechado, en el producto de que se trate o en el equivalente de valor en productos distintos. Aunque las tablillas no nos lo digan claramente, más bien sugieran en ocasiones lo contrario, no es arriesgado suponer una gran autonomía en lo privado frente al palacio, entre otras cosas porque la nueva estructuración palacial no pudo barrer por completo, sólo superestructurar, la situación libre y atomizada de etapas anteriores, época del Bronce Medio y primera parte del Bronce Reciente, hasta que se afianzó el nuevo sistema de jerarquización y centralización.

También parece una institución importante para explicar la función productiva y redistributiva de los principados la que se esconde bajo la figura de los llamados colectores y el misterioso término a-ko-ra y sus derivados. Una vez más, estamos ante una figura fundamental de la realidad micénica y a un tiempo difícil de explicar. Aparece tanto en las tablillas de Cnoso como de Pilo. Las más frecuentes propuestas para entender la significación de a-ko-ra pasan por relacionar la palabra con la figura de los "colectores", para otros mejor "propietarios", aunque el hecho es que no todos los autores lo aceptan (Godart: 1992). Están los colectores documentados en las tablillas de la serie Cn de Pilo relativa a ovejas, en varias de Cnoso, entre ellas Co y algunas de las series D y L, siempre en contexto de ganado menor, lana, industria textil y fuerza de trabajo, y en los sellos Wu de Tebas. En los documentos dichos tanto puede encontrarse la presencia del colector como su ausencia; es decir, hay rebaños y grupos de trabajadores con colector o sin él, sin que los mecanismos parezcan gravemente alterados –incluso podría decirse que no existe la menor diferencia– en uno y otro caso de la alternativa. Estos colectores no aparecen en documentos de control productivo relacionados de cerca con el palacio del príncipe, lo que induciría a pensar en principio que el mundo de la producción conocía dos situaciones, la no estrictamente de palacio, en la que los colectores eran los responsables y de ellos se daba referencia explícita en los textos del archivo, y la palacial, que no necesitaba de estos personajes y que utilizaba tan sólo referencias topográficas: por ejemplo, rebaños mencionados por su colector, o rebaños mencionados por un topónimo. Al menos sobre los testimonios conservados, en la medida en que son intepretables, la proporción entre los sectores con colector y sin él quedaba en un cierto desequilibrio, mas tampoco excesivo, favorable a la segunda posibilidad (Bennet: 1992). En las series contables referidas a rebaños, las cuentas de los que tenían colector y de los que carecían de él se totalizan aparte.

Qué sean los colectores es difícil de precisar. Los estudiosos han pensado que podrían ser propietarios o concesionarios, frente a los oficiales al servicio del palacio que atenderían los sectores organizados por lugares, pero tampoco falta quien crea que los propios colectores son también funcionarios. Pertenecientes o no al sector privado, los colectores llevaban la supervisión del pastoreo, de la esquila y de la lana, de la fabricación textil y de los grupos de trabajadores, especialmente mujeres, destinados a ese sector artesanal. No queda clara la equivalencia exacta entre lo que presentan las tablillas de Pilo y las de Cnoso, pero es de suponer que no habría una gran diferencia estructural entre uno y otro principado. El posible carácter privado de los colectores no es incompatible con la dimensión pública de lo que la burocracia de un principado controlaba, pues sabido es que los funcionarios y escribas de los archivos no tenían por misión registrar actividades ajenas a la economía palacial.

Los colectores mencionados en las tablillas, al menos cierto número de ellos, pertenecían a la élite social. En opinión de Godart debían de moverse en el entorno del príncipe, y de ahí la movilidad de que hacen gala, en contraste con el apego a su territorio de los altos funcionarios de los distritos, el ko-re-te, el du-ma y los demás (Godart: 1992). Así pues, los sectores productivos controlados territorialmente se atenderían por altos funcionarios de los distritos, y los de responsabilidad de los colectores dependerían directamente de éstos, personajes privilegiados de la sociedad palatina. Esta suposición es compatible con la posibilidad, por que algunos autores apuestan, desde Palmer, de que la producción gestionada por colectores –"propietarios" preferirían decir ellos– pertenecía al ámbito privado y la de articulación territorial al público o, más propiamente, al wa-na-ka. De ser esto así, el control funcionarial de un sector de producción perteneciente al ámbito privado tendría que ver con la aportación de carácter fiscal que recibía el palacio. La escasa diferencia que se aprecia en los documentos entre la producción con colectores y sin ellos (Carlier: 1992) sería una dificultad; de ahí que haya quienes prefieran pensar que toda esa actividad ganadera y transformativa era de palacio y que la diferencia que hubiera entre lo gestionado a través de colector o sin él no excedería del mero nivel de control; de otra manera dicho, se trataría de dos modalidades diferentes de controlar un importante sector productivo. Los rebaños y talleres del territorio inmediatos a los poderes funcionariales del principados no precisarían de colector, pero el papel de este personaje sería inevitable en regiones alejadas de los centros burocráticos. Los colectores representarían una intermediación entre el palacio y los trabajadores palaciales dispersos por zonas a las que difícilmente podía llegar el control directo de la administración del principado (Godart: 1992). Esto es aceptable tanto se admita la relación entre los colectores y lo que designara la palabra a-ko-ra, de donde se extrajo el propio término ya por los descifradores, como si tal vinculación se niega, que es lo que Godart prefiere hacer. No faltan los estudiosos que hayan propuesto téminos más adecuados que el usual de colectores, bien sea el de beneficiarios (Driessen: 1992), bien sea el de "fermiers" (Carlier: 1992), que nosotros traduciríamos por arrendatarios. Estaríamos ante una cesión del control, entre el beneficio y el riesgo, que no cambiaría lo fundamental. El importante papel de los colectores no se limitaba al sector de la lana y los textiles, sino que afectaba a la mayor parte de la producción micénica, incluyendo aquélla que dependía los centros santuariales (Franceschetti: 1996).

Otro aspecto que tratar del modelo económico es el del tipo de transacción de intercambio. Es indudable que la economía micénica era natural y redistributiva, y que su comerico radicaba en el trueque de productos. Hemos de suponer que el papel redistribuidor lo compartían el poder estatal y la fuerza del mercado, en una coexistencia de niveles imposible de negar. La

operación mercantil se basaba en unas relaciones de valor y en oferta y demanda concretadas en el juego de unos intereses compatibles. Dentro del propio sistema se acaban estableciendo unas referencias de valor convenidas para cada producto, frente a los otros, por supuesto. Esos convencionalismos de valor relativo resultan más y más difíciles cuando los intercambios se hacen con el exterior, porque no es pensable que adquieran el carácter de generalmente compartidos en pueblos diversos, que viven en contextos económicos y culturales diferentes. El establecimiento de una relación de valor entre el ámbar y el vino, pongamos por caso, no es difícil que exista en un lugar dado, la Grecia micénica por ejemplo, pero no puede lograrse con facilidad una aceptación general de la convención desde Europa a África, desde oriente al Mediterráneo central, donde caben todo tipo de posibilidades: que no conozcan el primero y demanden el segundo; que no conozcan el primero y tengan excedentes del segundo; que no concedan valor y desprecien el primero, ni tengan el segundo como producto de primera necesidad y de aprovisionamiento prioritario; que atribuyan altísimo valor simbólico al primer producto, y el vino les sobre, o les falte... Las posibilidades son infinitas, si además salimos de la relación bilateral de valor para saltar a la múltiple. El comercio internacional de la época tenía necesariamente que carecer de unos convencionalismos universales en las relaciones de valor. Sin embargo, la práctica tendería a fijarlas, si no absolutas, sí indicativas, y ello no sólo dentro de la comunidad micénica, sino en el exterior, mercado por mercado; a no dudarlo, con variantes muy fuertes de zona a zona.

En los estadios de economía premonetaria se da la tendencia a establecer un determinado tipo de producto como patrón o referencia para la valoración de los demás. Puede ser el ganado; Homero valoraba en bueyes y el término latino *pecunia*, dinero, es un derivado de *pecus*, rebaño. Puede ser el metal, y en este último, acuñado y a peso fijo, radica el origen de la moneda de tiempos históricos posteriores. Ignoramos qué funcionaría como patrón o referencia valorativa predominante en la sociedad griega del Bronce Reciente. Tienden a pensar los micenólogos que la palabra o-no presenta en algunos contextos el sentido de "precio" y que a su través se establecía una relación de valor entre productos; por ejemplo en Un 1322, problemático texto en el que se ha pretendido ver que, en este caso concreto, el trigo daba la medida de valor de materiales textiles (Duhoux: 1976, p. 130-131; Ruipérez-Melena: 1990, p. 180). No es seguro, y hay que tener por más prudente resignarnos a decir que, en el estado actual de nuestros conocimientos, no sabemos qué producto o qué mecanismo pudiera facilitar en el mundo micénico la valoración de todos los demás. Cuando las superficies de tierra aparecen estimadas en trigo dentro de las tablillas, y esto es seguro, no se está marcando una equivalencia de valor, sino que estamos ante un convencionalismo de diferente nivel y por lo tanto ajeno a toda cuestión de precio. Recuér-

dese que se trata de medir la extensión de un terreno por el grano que se requiere para la sementera. Y en lo que respecta a la relación trigo-cebada, aludida en otro lugar, casi de dos a uno, no hay tanto referencia al valor en mercado cuanto al de posibilidades alimenticias. Nos vemos, por lo tanto, obligados a reconocer que los documentos en Lineal B no aportan información clara y segura sobre el intercambio, la valoración y qué producto concreto representaba el papel de referencia submonetaria.

Antes de cerrar este apartado sobre el modelo económico y social de los reinos tardoheládicos, parece oportuno hacer alguna llamada a la prudencia con respecto a la acción de este factor dentro de la mecánica de desarrollo y de crisis del mundo palacial micénico. Desde varias ópticas historiológicas, más o menos recientes, se ha insistido en concretos aspectos de lo socioeconómico como elemento explicativo del fenómeno griego en la última Edad del Bronce y sus avatares. Arriba han quedado señalados el peligro y la inconsistencia de tales ensayos, que algunos, por dogmatismos ideológicos, presentaron como única historia científica posible. Combinar determinismo y simplicidad es no otra cosa que esforzarse en dar carácter contingente a la interpretación del fenómeno histórico que se pretende desentrañar. La brillantez y el atractivo del mundo micénico ha hecho que algunos ensayistas, más dados al juego intelectual que al apego a los testimonios, y también no pocos especialistas, gustosos de la explicación original basada en insignificantes indicios, hayan dedicado a él su tiempo e intentado la solución simple y vistosa, perdiendo de vista que un fenómeno de gran complejidad no tiene sino causas complejas, no sigue sino un derrotero complejo y nunca tendrá por suficiente una explicación que no sea compleja. Las elementalidades con pretensiones de justeza no sirven.

7.4. Religión

Sobre la religión micénica, sus relaciones con la minoica y demás mediterráneas, y las coincidencias de panteón con la homérica y la de época griega posterior, se ha escrito mucho y se sigue escribiendo en cantidad. Los resultados de los primeros contactos con las tablillas micénicas una vez descifradas fueron altamente alentadores, por no decir que espectaculares. De entrada, los textos en Lineal B confirmaron la conclusión de que la religión griega tenía un origen micénico, a la que había llegado Martin P. Nilsson por los últimos años veinte, aunque un especialista de hoy, por lo demás señero, ha ironizado un tanto en torno al sabio nórdico y su fundamental tesis, pero sobre todo a propósito de la exagerada y rendida recepción por parte de otros autores, al escribir "el origen nilssoniano de la mitología micénica" como título de un artículo de reciente publicación (Van Leuven: 1996). Es ver-

dad que no hay por qué empeñarse en el origen micénico del caudal mítico de los griegos posteriores, pero es evidente al menos que la religión helénica tiene algunas raíces en la Edad del Bronce. Los registros palaciales documentaban de forma más o menos segura algunos dioses del panteón griego clásico, algunos sacerdocios y algo del juego de las ofrendas cultuales; lo suficiente para animar a bastantes investigadores a sumergirse en un aspecto que se presentaba tan prometedor. Lo que en las tablillas hay de mundo religioso ha dado lugar a capítulos especiales en obras generales sobre la Grecia micénica, a precisiones y reafirmaciones de Nilsson, a monografías de cierta amplitud y a infinidad de trabajos de menor volumen, pero en ocasiones de no inferior interés. Todo un caudal de páginas que van desde el oportunismo triunfalista de la primera hora hasta la crítica implacable y desconfiada que vino después.

7.4.1. Simbiosis heládico-minoica

Cualquier aproximación a la religiosidad micénica debe partir de una evidencia indiscutible: la de que en ella confluyen y se funden dos mundos de diverso origen y muy diferente carácter, a saber, el indoeuropeo continental y el mediterráneo en su manifestación cretense. La Grecia tardoheládica es en religión, como en otras cosas, una simbiosis entre lo heládico y lo minoico. Ya señaló el citado Nilsson, uno de los grandes especialistas sobre el particular, la coincidencia formal, externa, de lo religioso entre Creta y el continente, lo que le llevó a aproximar, tal vez más de la cuenta, las religiosidades micénica y minoica, considerándolas una misma e indistinguible; cretense en lo fundamental, pues en alguna ocasión, minimizando lo indoeuropeo, llega el profesor sueco a decir que nuestra seguridad al respecto de lo que los griegos aportan apenas si va más allá de sólo el nombre de Zeus. Es claro que Nilsson extrema aquí su interpretación y en momentos posteriores matizaría algunas de sus proposiciones más exageradas, como cuando reconoce que representaciones coincidentes pueden ocultar diversas ideas, que es tanto así como decir que tras un ropaje simbólico de origen minoico pueden seguir existiendo la religiosidad y la concepción del mundo y de la vida de tradición indoeuropea; pero en el fondo Nilsson dio siempre más importancia en la religión micénica a lo insular cretense que a lo continental heládico. No es raro sin embargo encontrarse con la opinión contraria, como la de N. Platon cuando afirma que entre los dos elementos constityentes de la religión micénica, el naturalismo minoico y el antropomorfismo celeste heládico, será este último el que se imponga y el que siga informando el caudal religioso griego de épocas posteriores (Platón: 1981, II, p. 351).

Es riesgo del primer extremo dejarse llevar en exceso por lo formal, perdiendo de vista que bajo el ropaje minoico pudo mantenerse viva la religio-

sidad ancestral de los heládicos. El riesgo del segundo extremo radica en minusvalorar el componente cretense partiendo de la religiosidad griega de épocas arcaica y clásica, atribuyendo a la veta indoeuropea lo que pudiera ser resultado de un proceso de racionalización ocurrido en momentos posteriores. Evitando las posturas extremas, téngase presente que la religiosidad micénica enriqueció la propia tradición indoeuropea con elementos mediterráneos varios, asiáticos también, pero especialmente mediante aportaciones específicas de la religiosidad cretense, no sólo externas, pero extrenas en grandísima medida. Un complicado fenómeno de sincretismo que comportaría el cambio, la yuxtaposición, la fusión y la reinterpretación de muchas cosas. El especialista sueco Robin Hägg ha creído posible distinguir tres fases diferentes y sucesivas en la influencia de la religiosidad cretense en la micénica. Es la primera, en su opinión, la que tiene lugar en el Heládico Reciente I, siglo XVI a. C., es decir, en el periodo de las tumbas de fosa de Micenas; su origen está en la importación a gran escala, como productos de lujo, de objetos religiosos cretenses por parte de las élites griegas continentales. Se trataría de una influencia exclusivamente formal, sin que comportara paralela recepción de la religiosidad subyacente a ese material. En el Heládico Reciente II, siglo XV, habría tenido lugar la segunda fase de la influencia minoica, que supondría la penetración de las primeras creencias insulares, con una tímida y conativa integración sincrética, a través de las estrechas relaciones establecidas entre las clases superiores del continente y de Creta. Y la tercera fase, respondente ya al Bronce más tardío, consistiría en la minoización formal, a un tiempo progresiva y generalizada, del mundo religioso de los micénicos, al tiempo que lo heládico adquiría carta de naturaleza en una Creta que, como es sabido, acabó bajo el control de dinastías helénicas (Hägg: 1988 y 1996).

7.4.2. Los teónimos de las tablillas

Los dioses testimoniados en la documentación micénica coinciden en gran medida con los de la religión griega del primer milenio. Tendencia obvia es interpretar el carácter y la función de cada divinidad a través de los bien conocidos estadios del panteón helénico posterior. Y ello no es legítimo salvo en escasa medida. En la religión de los griegos, como en otras muchas cosas, tienen que haberse producido cambios significativos desde la época micénica hasta que Grecia resurge a la historia con el arcaísmo. No faltan indicios de que se dieron tales trnasformaciones, si bien es imposible fundamentar en ellos un panorama del panteón micénico, definición y mitos de sus dioses, porque las tablillas, nuestra única fuente de información contemporánea, apenas si se limitan a damos no más que los nombres. Hay que desconfiar también de las individualizaciones y funciones de los dioses micéni-

cos que algunos autores han pretendido fundamentar sobre análisis etimológicos de los propios teónimos. Con razón Chadwick ha cuestionado dichos intentos, partiendo de lo dudosas, por diversas, que por lo general son las etimologías propuestas. Deberemos contentarnos, en lo que al panteón respecta, con poco más que los meros teónimos y apelativos que en los textos en Lineal B están documentados; lo que no es poco, si no perdemos de vista que estamos hablando de un pueblo de la Edad del Bronce. Hallamos en nuestros archivos, además del nombre de los más destacados dioses griegos, algunas referencias locales esperables: Zeus en el monte Dicte, Ilitía en Amniso y Posidón en Pilo (Adrados: 1972); cosa que se corresponde muy bien con lo que conocemos por la mitografía posterior y la geografía de los cultos históricos. Además, de sólo los nombres, cabe concluir que la religión micénica distaba mucho del carácter matriarcal o femenino que se ha pretendido fundamentar en un tronco religioso mediterráneo, en especial cretense; sin excesivo acierto, pues no hay más que ver el número de divinidades masculinas testimoniadas en las tablillas (Stella: 1978, p. 78).

La primera deidad que salta a la vista en los textos de los archivos es Zeus, documentado bajo la forma –comprensiblemente arcaica y rigurosamente ajustada a lo que sabemos de fonética histórica– de Di-we y Di-wo, casos dativo y genitivo respectivamente. En la tablilla de Cnoso Fp 1+31 encontramos Di-ka-ta-jo Di-we (*Diktaíoi Díwei*), "a Zeus Dicteo", referencia sin duda a un santuario a esta divinidad en el monte Dicte. En Pilo, documento Tn 316, leemos Di-ri-mi-jo Di-wo i-je-we, entre varios nombres de dioses recipiendarios de ofrendas, lo que cabe interpretar como *Drímioi Diwós iewei*, "a Drimio, hijo de Zeus", caso único de testimonio en las tablillas de una filiación de divinidades. Existía un correlato femenino del nombre de Zeus: la diosa Di-u-ja, *Diwia*, quizá antecedente del teónimo posterior Día. Otra divinidad testimoniada con seguridad, y además con reiteración indicativa de indubitable importancia en el principado de Pilo, es Posidón. Lo tenemos bajo la forma Po-se-da-o en nominativo y con las correspondientes grafías esperables en el resto de la flexión. Aparece por lo general en contextos ofrendarios y como destinatario de do-so-mo, *dosmoí*, tributos religiosos. Como ocurre en el caso ya visto de Zeus, también esta divinidad masculina presenta en el archivo de Pilo, en la misma tablilla Tn 316 arriba mencionada, un correspondiente femenino en no sabemos qué suerte de relación: Po-se-da-e-ja. Esta deidad es una de las que pierden memoria los griegos posteriores. Posidón, dios importante en el principado mesenio, se nos documenta en Cnoso una sola vez, en el texto V 52, junto con otras divinidades, entre ellas A-ta-na Po-ti-ni-ja y E-nu-wa-ri-jo, entendidos como *Athána Pótnia*, Atenea la Señora (o *Athánas Pótnia*, la Señora de Atenas), y *Enúwalios*, Enialio, conocido sobrenombre de Ares entre los griegos posteriores y aquí, a lo que parece, teónimo independiente, ya que Ares está documentado aparte bajo

la forma A-re, lo que es indicio de que no se ha llegado todavía al sincretismo de ambas deidades.

De entre los Olímpicos, conocen también las tablillas a Hera, Dioniso, Artemis y posiblemente Hermes. La primera diosa la encontramos en el teónimo E-ra, atestiguado en documentos de Pilo y de Tebas, y a Dioniso, cuyo nombre se escribía Di-wo-nu-so, testimoniado en textos siempre conocidos y ahora en muy recientes de La Canea. Es notable este último testimonio, porque con anterioridad al desciframiento del silabario Lineal B, los especialistas tendían a considerar muy tardía la incorporación de Dioniso al panteón helénico, atribuyéndole un origen oriental bastante reciente. Desde el principio la documentación micénica invitó a revisar la modernidad de dios, aunque ha existido a veces la tentación de considerar un antropónimo y no un teónimo la referencia textual a él. Hoy esas dudas no subsisten desde que apareció la tablilla Gq 5 de La Canea (Hallager-Vlasakis-Hallager: 1992) y podemos afirmar que la presencia de Dioniso entre las divinidades griegas se remonta al menos al segundo milenio y por tanto su culto tiene raíces egeas (Pugliese Carratelli: 1991). Menos seguro es el caso de Hermes, tal vez enmascarado bajo E-ma-a2 A-re-ja de la tablilla pilia Tn 316; si lo que aquí tenemos es referencia a Hermes en alguna suerte de relación con Ares, se trataría de una identificación o vinculación no detectable en la mitología de los periodos subsiguientes (Adrados: 1972). De todos modos, el teónimo E-ma-a2, por sí solo, está también testimoniado en la documentación en Lineal B de Tebas. En lo que respecta a la mención de Artemis, el archivo de Pilo nos ofrece A-te-mi-to y A-te-mi-te, seguros genitivo y dativo de lo que parece ser, y en alguno de los contextos cuadra sin dificultad, el nombre de la diosa a que nos referimos. Hefesto no se testimonia, salvo quizá tras el derivado a-pa-i-ti-jo, del que se hablará más abajo, y se pretende que Apolo se enmascara bajo la palabra quizá incompleta Pa-ja-wo en la tablilla V 52 de Cnoso, documento de carácter religioso; quienes esto último piensan son de la opinión de que Pa-ja-wo es *Paiáwon*, antecedente de *Paián*, epíteto de diversos dioses en época posterior, pero sobre todo de Apolo, o bajo la forma incompleta A?-]pe-ro-ne de la tablilla E 842 de Cnoso, un dativo en contexto de ofrendas a divinidades, que podría corresponder a la forma **Apellonei* (Ruijgh: 1971).

Otros teónimos para los que se han propuesto identificaciones más o menos plausibles son I-pe-me-de-ja y Pe-re-sa2, ambos documentados en Tn 316, de Pilo. Por lo general se señala la correspondencia del primero con *Iphimédeia*, Ifimedea, y del segundo con *Persephóne*, Perséfone, caso este segundo, cual es fácil advertir, de menos que mediana seguridad (Ruipérez: 1958). Terreno más firme pisamos con E-re-u-ti-ja, es decir, *Eleuthía*, Ilitía, testimoniada en Gg 705 de Cnoso tras el topónimo A-mi-ni-so, *Amnisós* (Hiller: 1982), siendo así que la vinculación de esta deidad con la mencionada loca-

lidad cretense la teníamos ya documentada en Homero (*Odisea*, XIX, 188) y otras fuentes posteriores (Estrabón, X, 476, 8). Nombres de dioses son también E-ri-nu, tal vez *Erinús*, singular del nombre clásico de las Erinis o Furias; Qe-ra-si-ja, relacionable con *Therasia*, denominación probable de una diosa de las fieras de rememoraciones minoicas y presumible origen cretense; y Da-pu2-ri-to-jo Po-ti-ni-ja, a lo que parece Señora del Laberinto, entendiendo en la primera palabra el genitivo de *laburínthos*, posible fonéticamente y además lógico en Cnoso, pues allí es donde se nos documenta. ¿Serían las *Pótniai* del Laberinto y de Atenas una misma deidad en dos advocaciones y dos localizaciones de culto? Alguna vez se ha sugerido, pero, verosimilitud al margen, no pasa de conjetura. En el primer elemento de A-ne-mo i-je-re-ja de la tablilla Fp 1+31 podríamos tener la divinización de un fenómeno natural, pues todo apunta a que hay que entender *Anémon hieríai*, "a la sacerdotisa de los Vientos". Queda por añadir, entre las interpretaciones seguras o verosímiles la de pa-si te-o-i, **pánsi theoîs*, "a todos los dioses", de un cierto número de documentos de Cnoso, y Ti-ri-se-ro-e en Tn 316 y Fr 1204, ambas tablillas de Pilo, tal vez referencia a un culto a los "tres héroes" o al "tres veces héroe". Señalemos, por último, la proliferación de deidades femeninas denominadas Po-ti-ni-ja, "la Señora", a más de las ya referidas: son de mencionar, a modo de ejemplos, la Señora de los Marjales, la Señora de los Caballos y la Señora de Asia (van Leuven: 1979; Ruipérez-Melena: 1990, p. 182-185; Boëlle: 1992-1993). Y a partir de aquí entraríamos ya en un terreno resbaladizo, que es el de las hipótesis arriesgadas, bien se refieran a teónimos desconocidos en época posterior, bien respondan a afanes de explicar cuestiones específicas más allá de lo que permiten nuestros conocimientos. Tal vez sólo merezca la pena recordar que no son pocos los autores inclinados a interpretar desde el fenómeno religioso diversos términos relacionados con wa-na-ka, lo que respaldaría el carácter de soberanía sagrada inherente a esta familia de palabras en opinión de algunos; así Wa-na-so-i y Wa-no-so-i, testimoniados en contexto de culto.

Llama la atención que entre las deidades de tan nutrido panteón como las tablillas documentan no figuren algunas tan importantes para los griegos posteriores como Deméter y Afrodita. En el primer caso podemos tener un disimulo testimonial de la diosa bajo otra denominación, pero no su inexistencia, pues una divinidad de la tierra y de la fertilidad, como Deméter fue siempre, no puede carecer de viejas raíces prehistóricas. Hace muy poco se nos ha propuesto que a esta divinidad debe de referirse el teónimo Ma-ka, varias veces testimoniado en las nuevas tablillas aparecidas en Tebas; respondería a *Mâ Gâ*, a saber, Madre Tierra (Aravantinos-Godart: 1995). Señalan los autores acabados de citar que los textos micénicos tebanos mencionan, junto a Ma-ka, a otra diosa llamada Ko-ma, y recuerdan que en la mitología griega posterior Deméter era madre de la diosa Core, coincidencia

que invita a la doble identificación. Si así fuera, el panteón micénico se habría enriquecido de golpe con dos deidades importantes para los griegos posteriores. Otros estudiosos, reflexionando también sobre documentación y tradiciones tebanas, han creído que, al menos en el principado beocio, la Po-ti-ni-ja, la Señora, era precisamente Deméter (Schachter: 1996). Y hemos de recordar, por otra parte, la propuesta de que es Deméter quien se encuentra bajo los signos Da-ma-te de la Lineal A en un vaso votivo de la época deuteropalacial hace poco aparecido en Citera (Sakellarakis-Olivier: 1994). No repugna, ni mucho menos, un origen minoico para una divinidad de la tierra y la fecundidad. En el caso de Afrodita sin duda nos encontramos con la constatación por vía de silencio de la modernidad de su incorporación al cuadro de creencias de los griegos supuesta desde antaño. Queda muy exigua, como se puede ver, la nómina de los verdaderos "grandes ausentes" –la expresión es de Ozanne: 1990, p. 182– en las tablillas de Lineal B. La autora francesa citada añade a Apolo, en lo que tal vez no debamos seguirla, y otros estudiosos echan en falta a más deidades señeras de la religión griega posterior, con no mayor acierto.

7.4.3. El culto y sacerdocios

Se ha señalado la posibilidad, no la certeza, de que los griegos micénicos practicaran el culto a las imágenes, ajeno del todo según parece a la Creta minoica. Algunas estatuas y figurillas encontrados en ámbitos sagrados pueden responder a esa finalidad (Hägg: 1988) y estas viejas representaciones de dioses antropomórficos acabarán sirviendo de base a fundamentales aspectos de la plástica teofórica posterior (Dietrich: 1996). Por otra parte, afirmar que no existían templos en época micénica, como algunos autores han hecho, es negar la evidencia o aplicar un reduccionismo excesivo al propio concepto de templo. Es legítimo entender por templos aquellos locales o recintos reservados para el culto a una o más divinidades; y existían esos lugares de culto específicos, aunque quizá su arquitectura no abundara en elementos diferenciadores con respecto a los edificios no religiosos. La arqueología confirma que había, y además en abundancia, ámbitos destinados exclusivamente a la consideración y a la utilización sacrales. Las propios textos de Lineal B también nos los documentan, y nos dan para algunos sus denominaciones particulares, derivadas del nombre de la divinidad a que estaban consagrados. En la tablilla pilia Tn 316 los términos po-si-da-i-jo, pe-re-sa2-jo, i-pe-me-da-ja-jo, di-u-ja-jo y di-u-jo no admiten más explicación que las de "templo de Posidón", "templo de Peresa (Perséfone?)", "templo de Ifimedea", "templo de Di-u-ja y "templo de Zeus", lo que se respalda por una parte con la mención de cuatro de los teónimos de los cinco dioses junto al término correspondiente de la quinteta, y con el hecho de que el griego pos-

terior testimonie formaciones similares para idéntica significación: *Heraîon*, templo de Hera; *Hephaisteîon*, templo de Hefesto, y *Poseideîon*, templo de Posidón. Se señala también como posible la interpretación de da-de-re-jo como *Daidaleîon*, a saber, "el templo de Dédalo", lo que no parece en este caso incuestionable.

La arqueología, por su parte, es más explícita, porque ha identificado áreas y edificios cultuales en importante número de yacimientos de época micénica, o ha detectado niveles micénicos en santuarios de época posterior, que evidencian, hacen probable al menos, que no ha habido cambio de uso o de carácter entre la Edad del Bronce y el primer milenio. Hemos tenido ya ocasión de referirnos a algunos de los recintos sacros revelados arqueológicamente cuando hicimos breve repaso de los centros micénicos de interés, continentales e insulares. Destacamos ya el de la zona santuarial posteriormente dedicada a Apolo Maleatas, junto a Epidauro, tal vez el área sagrada micénica que haya aportado elementos de cultura material más antiguos (Lambrinoudakis: 1981; Hägg: 1996). A las casas-templos de Berbati y Asine, a los recintos sacros de Pilo y Amyclas y a los santuarios de Eleusis, Egina, Ceos y Delos, allí citados, habría que añadir algunos más. Comenzando por Micenas, preciso es destacar las casas llamadas "de los ídolos" y "de los frescos", situadas intramuros y muy cerca del sector meridional del recinto. El material encontrado y algunos detalles incorporados a la fábrica prueban que se trataba de templos o de centros de culto con más de un ámbito sagrado. En su interior se han encontrado altares y lugares para libaciones, e incluso podemos ver un *aditus* procesional (Mylonas: 1972). Y no era ésta la única área religiosa de Micenas, cual apuntan diversos indicios. La Acrópolis de Atenas guarda su pasado micénico, como es natural, más celosamente que la vieja Micenas. A pesar de ello, hay autores que dan por seguros en ella sectores sacros de tiempos tardoheládicos, concretamente en la zona donde con posterioridad se situaría el Erecteo, pero la verdad es que la cosa dista de ser segura. Tres centros religiosos de primer orden en la Grecia posterior, Delfos, Olimpia y Epidauro, han dado restos micénicos de mayor o menor importancia, y lo mismo ocurre con el Menelaion o complejo religioso cercano a Esparta. En Creta tenemos cierto número de santuarios activos en el Bronce Reciente III, entre ellos los conocidos desde tiempo atrás de las dobles hachas de Cnoso y el centro sagrado de Amniso, a los que habría que añadir el área santuarial, cada día mejor conocida, de Archanes, cuya continuidad entre la época palacial minoica y el periodo micénico es innegable (con bibliografía anterior, Sakellarakis-Sakellarakis: 1996). De la Grecia periférica habría que mencionar los restos micénicos aparecidos bajo el templo de Apolo en la antigua Termo, Etolia. A lo dicho añadiremos otras posibles vinculaciones con lo sagrado en Tirinte y en Tebas, así como la existencia más que probable de cuevas y lugares abiertos de uso cultu-

ral. Es frecuente encontrar en los escritos especializados referencias al carácter religioso del *mégaron* palacial (v.c. Platon: 1981, II, p. 351), lo que no constituiría sino una manifestación más de la estrecha ligazón entre la organización de los principados y la religión en que algunos autores insisten.

Los dioses recibían, según se desprende de las tablillas, tributos religiosos y ofrendas varias, y seguramente habría fiestas en su honor. En relación con lo primero, tenemos *dosmoí* de trigo asentados en diversos documentos de la serie Es de Pilo, con Posidón como deidad recipiendaria. Vasijas de oro y mujeres u hombres, según si su carácter era femenino o masculino, reciben las divinidades citadas en la tablilla pilia Tn 316. En la serie Fp del archivo de Cnoso es aceite lo entregado a los dioses, y en otros textos son ánforas de miel, cantidades de coriandro y productos de menos fácil identificación. Es de suponer que todo este trasiego iría destinado a los sacrificios, al mantenimiento de al menos parte de los servidores de los templos y a las necesidades del culto en general. El costoso funcionamiento de estos complejos y la urgencia de garantizar lo preciso para el culto explica que los santuarios micénicos fueran activos centros productores, cosa suficientemente documentada en los textos en Lineal B y que no deja de tener paralelos en las sociedades orientales contemporáneas.

Existían colegios de sacerdotes o, al menos, la encarnación de funciones sacerdotales por parte de personas que recibían nombres como i-je-re-u, *hiereús*, i-je-re-ja, *hiéreia*, i-e-ro-wo-ko, de primer elemento relacionado con las palabras anteriores y correspondiente al griego posterior *hierourgós*, te-o-jo do-e-ro, *theoû doûlos*, es decir, esclavos del dios –caben casos concretos: Do-qe-ja do-e-ro o do-e-ra, esclavos de la diosa *Dórpeia* (Quattordio: 1992)–, y quizá también wo-ro-ki-jo-ne, **worgiones* (los *orgeônes* constituían una modalidad de clero sacrificial en la Grecia posterior, aunque el término valía también para corporaciones civiles), de cuyas jerarquía y competencias no sabemos nada concreto y seguro. Tal vez fuera un colegio sacerdotal, vinculado al culto de Posidón, lo que se enmascara bajo la forma o-wi-da-ta-i de Un 718 de Pilo. Atendería todo este clero los sacrificios, incruentos o cruentos, incluidos en estos últimos los humanos, que pudieron existir a juzgar por algunos indicios en este sentido, como episodios míticos del tipo de la muerte de Ifigenia y otros sacrificios de personas, voluntarios o no; por la posible interpretación, como víctima humana destinada a la inmolación, de la palabra po-re-na de la tablilla de Pilo Tn 316 y de otras más también pilias, así como de Of 26 de Tebas (Buck: 1989; contrariamente Sacconi: 1987), y por el hecho, arriba visto, de que constituyeron con seguridad costumbre en la Creta minoica, como tenemos ahora probado arqueológicamente por las excavaciones de Archanes. Del mismo radical que las palabras i-je-re-u y relacionadas es el verbo i-je-to, al que siempre se ha atribuido valores vinculados a aspectos del culto, en lo que estudios muy recientes abundan (Gar-

cía Ramón: 1996) o discrepan (Hajnal: 1996). En cuanto a la posibilidad de fiestas, no podemos sino decir que quizás el término te-o-po-ri-ja, documentado en dos tablillas cnosias de contexto cultual, responda a celebraciones especiales, como el propio término sugiere y alguna vez se ha defendido o aceptado (Hiller: 1984a; Trümpy: 1989).

La relación de dioses, los santuarios detectables por la arqueología y los escasos elementos clericales y de culto conocidos aportan muy poco al cuadro que podemos componer de lo que fue la religiosidad micénica. En primer lugar, nada nos dicen sobre el estado de diferenciación de los dioses en época tardoheládica, es de suponer que menos hecho que en el momento en que Grecia se reasoma a la historia con los poemas homéricos y con Hesiodo. Las genealogías y la organización de las deidades en un sistema funcional se encontrarían poco más que en conato con respecto a lo que llegarían a ser posteriormente. Los varios cientos de años que separan lo micénico de Homero han dejado necesariamente su huella sobre un caudal transmitido de creencias y tradiciones con sus raíces en la Edad del Bronce. No es preciso, para reconocer este hecho, llegar a la vieja hipótesis de Otto, que nos presenta a un Homero colector, integrador y sistematizador de un magma mítico escasamente clarificado antes de él. Más que actuar sobre un antiguo caudal informe, Homero refleja un estadio bastante moderno ya de su evolución. Cuatro, cinco, seis siglos antes, la situación debía de ser notablemente distinta: dioses que luego desaparecieron, perfil de algunos otros que se modificó o precisó, desdoblamientos y sincretismos, elementos nuevos que se incorporaron... Más no es posible concretar. La religiosidad mediterránea, en lo que la conocemos, comportaba creencias y ritos que no dejaron de hacer suyos los micénicos. Algunos de ellos dejarían vestigios en la religión helénica posterior. Otros cultos, como el del héroe o el de los muertos, que no andan muy distantes y que los griegos del primer milenio tendrían por propios, podrían remontarse a esta prehistoria ligeramente iluminada, aunque circunstancias posteriores los acabaran potenciando, y pienso sobre todo en la prolongación del culto al héroe en el culto a los fundadores de ciudades. Si estos cultos no aparecen en las tablillas, será porque no hemos podido identificarlos o porque carecen de la dimensión oficial inherente a cuanto queda reflejado en los archivos de palacio. Pero todo esto queda en la bruma, pues tampoco las representaciones plásticas añaden mucho en torno al particular. De éstas, tal vez sean los sellos los que más aportan para el capítulo religioso, por más que apenas pasan de ofrecer teselas, y sueltas, para un panorama no muy claro de lo sacrificial.

7.4.4. Balance

Una vez sabido lo que de cierto hay, echamos de menos seguridades y profundizaciones de mayor proporción. En el V Coloquio de Estudios Micé-

nicos, estudió Adrados metodológicamente la cuestión religiosa en época micénica, más sobre los textos de Lineal B que sobre las otras fuentes, y cuando quiso descender al terreno de lo concreto, encontró dificultades muy serias, si bien algunas de sus observaciones, valiosas, han quedado incorporadas a esta síntesis. Comentando en coloquio su propia ponencia, a propósito de la insatisfacción expresada por el micenólogo suizo Mühlestein, señaló Adrados que había pretendido aportar soluciones, pero que éstas seguían siendo menos evidentes que las dificultades. Lo que ha pasado lo señaló el propio helenista español: se había caído en el riesgo de ver demasiadas cosas (Adrados: 1972). También la homerista y micenóloga italiana Stella, en un trabajo de hace años, insistió más o menos en la misma línea de decepción, porque las grandes espectativas depositadas en las tablillas en orden a profundizar sobre la religión micénica habían quedado reducidas a una relativa escasez de resultados seguros (Stella: 1978, p. 77). Esto explica, por ejemplo, el distante cuadro que nos ofrecen los diversos especialistas; explica fenómenos como los desacuerdos polémicos de tiempo atrás entre Hooker y Van Leuven sobre la interepretación de datos religiosos significativos; explica la insatisfacción que experimentamos ante el cuadro resultante de la composición de los datos seguros o casi seguros. En fin, que de los iniciales entusiasmos los micenólogos e historiadores de la religión griega abocaron a algo de discusión estéril y a una sensación de desánimo y desconfianza. Sin embargo, con sólo volver la vista a un siglo atrás, o no más que a 1952, advertimos que no deja de ser envidiable lo que en este momento damos por adquirido. En lo que particularmente toca a los dioses, los documentos micénicos han permitido trastocar la tradicional distinción entre los antiguos y los de incorporación reciente, puesto que no pocos de éstos recibían ya culto en la Grecia de la Edad del Bronce, por lo que no son tan tardíos como se pretendía (Stella: 1996).

8.

Geografía micénica

No es fácil, ni posible siquiera, establecer un atlas ajustado y preciso de los reinos griegos tardoheládicos. Para establecer una geografía del mundo micénico, y en concreto del territorio de los principados, sería preciso tener presentes las evidencias arqueológicos, extraer datos de las tablillas y aprovechar lo poco de interés que existe en documentos escritos ajenos a los archivos palaciales. A este último capítulo pertenece la lista de Kom-el-Hetan, texto egipcio de la época de Amenhotep III, primera parte del siglo XIV a. C., en que figuran diversos topónimos egeos. Lo más interesante que aporta el testimonio egipcio acabado de citar para el historiador de la Grecia tardoheládica lo hemos visto ya cuando hablamos del número e identificación posibles de los principados micénicos. En cuanto a los restos materiales, no darían por sí mismos sino una carta arqueológica, que por otra parte quedó esbozada en las páginas dedicadas a los centros del Bronce Reciente, continentales e insulares, y a la expansión griega de los siglos XIV y XIII a. C. Ningún esfuerzo por esta vía garantiza una buena comprensión de la realidad territorial micénica. ¿En el caso de la Argólide, carta arqueológica aparte, podríamos pasar de plantearnos si Micenas al norte y Tirinte al sur se reparten la región, y en el del Atica, si ocurre lo mismo entre Atenas y Eleusis? No sería posible ir más allá. ¿Y qué decir de Laconia, si ni siquiera está localizado con seguridad el palacio de Esparta? Lo que interesa aquí ahora, menos ambiciosamente, son los elementos de información geográfica que tenemos en los textos en Lineal B y que con más o menos dificultad y aplicando métodos interpretativos pertinentes, podemos llegar a aprovechar siquiera sea par-

cial y aproximativamente. Huelga decir que ello es posible en exclusiva para los reinos de Cnoso y Pilo, únicos de los que contamos con un sector realmente significativo de sus archivos, y a lo sumo para Tebas, de cuyos últimos hallazgos textuales conocemos todavía bastante poco. No debo entrar aquí en el juego identificatorio o localizador que entretiene desde tiempo atrás a diversos autores, por más qua haya contribuido en ocasiones a avances indiscutibles, antes bien no iré más allá de apuntar la problemática y de referirme a algunos resultados casi o del todo seguros.

8.1. Principado de Cnoso

Las tablillas cnosias mencionan diferentes topónimos relativos a lugares dependientes del palacio e integrados por lo tanto en lo que el principado controlaba administrativamente, que debía de ser exclusivamente la parte central de la isla, desde La Canea hasta Malia. Sólo algunos de estos nombres de lugar han sido identificados con certeza o con verosimilitud rayando en ella. Posiblemente el más llamativo sea A-ka-wi-ja-de, un acusativo de dirección interpretable por el nominativo **Achaiwía*, se trate o no de la Acaya, tenga o no relación con *Achaioí*, los aqueos, y el topónimo hitita *Ahhijawa* (Steiner: 1996). Pero son otros, mejor controlables, los nombres geográficos de la documentación cnosia que realmente interesan. En primer lugar, el mismo nombre del centro palacial, Ko-no-so, *Knossós*, y sus correspondientes derivaciones adjetivales. Una cosa que llama la atención es que en el propio archivo del gran palacio cretense tengamos una tablilla, C(1) 5753, en la que se ha escrito ko-no-so-de, es decir, "para Cnoso", una dirección o un destino que lejos de ser un punto distante es aquél en que el propio documento se ha escrito. Frente a la obvia sugerencia de que esta tablilla se ha escrito fuera de Cnoso y ha sido trasladada aquí con la mercancía, trece cabezas de vacuno, se ha señalado como muy posible que el escriba no ha hecho más que copiar lo que figuraba en unos sellos que, éstos sí, han venido desde el exterior identificando a los animales (Killen: 1996). Tenemos también documentado el nombre de la localidad micénica del occidente de Creta, Ku-do-ni-ja, *Kudonía*, es decir, La Canea, que tan interesante arqueológica y documentalmente se está revelando en los últimos lustros. Festo, el gran centro meridional, está testimoniado bajo la esperable forma Pa-i-to y sus adjetivaciones normales. Otros topónimos identificados con seguridad son Tu-ri-so y A-mi-ni-so, *Tulissós* y *Amnisós* respectivamente, situados hacia el occidente de Cnoso el primero y al nordeste, cerca de la costa, el segundo. Todos los lugares citados han dado cultura material micénica más o menos elocuente, por lo que se puede decir que existe concordancia bastante entre los testimonios arqueológicos y textuales (Shelmerdine: 1992). Son también válidas las reducciones de Su-ki-ri-ta a la posterior *Subrita*, en la parte central de la isla, al oeste

del monte Ida, de Wi-na-to a *Inatos*, en la costa meridional, y de A-pa-ta-wa a *Aptara*, hacia occidente, pero se duda al respecto de Se-to-i-ja, nombre de un lugar repetidas veces testimoniado en las tablillas cnosias, identificado antes por lo general con Sitea y hoy tenido por alguno como el nombre antiguo de Malia (Bennet: 1985; en la duda, Farnoux: 1996). Con estas referencias seguras, y en algún caso confirmándolas, los micenólogos, en especial Melena, Cremona y sus colaboradores, Palmer y recientemente McArthur, pero también Chadwick y Popham, han acometido la labor de ver si las tablillas cnosias permiten componer un mapa de las ubicaciones relativas de los topónimos, los antes dichos y otros, mencionados en los documentos del archivo (Melena: 1975; Cremona et alii: 1978; Palmer: 1979; McArthur: 1993). Los resultados no han sido siempre coincidentes y dichos estudiosos han llegado a mantener alguna vez su pequeña punta de polémica; recordemos la ya bastante antigua de Palmer y Melena en el Coloquio de Chaumont sur Neuchâtel, en 1975 (Palmer: 1979), muy reciente el libro del segundo. El método empleado ha sido el de considerar las relaciones predominantes entre topónimos tales como las presentan los textos, por si algo pudieran sugerir con respecto a la situación de cada uno de ellos; es el llamado por Melena método de la "textual adjacency" y por otros método contextual. Seguido más o menos por todos los autores citados, ha abocado a soluciones diferentes en algo más que el detalle. Palmer y Melena directamente, en cierta medida también el grupo de investigadores italianos y en un trabajo más ambicioso y de mayor exposición motodológica Mc Arthur, han pretendido componer un esquema de mapa y, además, el establecimiento de unas rutas de escribas-funcionarios itinerantes, en movimiento de sitio a sitio en su tarea de control administrativo. Las divergencias de resultados se explican por la intrínseca dificultad de extraer una carta geográfica de sólo el orden en que aparecen mencionados los nombres de lugar en las tablillas, y no hay que ser demasiado optimistas y ambiciosos en lo que respecta a logros objetivos en el futuro, partiendo de unos testimonios tan limitadamente explícitos. Sin embargo, el intento es loable y hay algunos elementos de confluencia en los esquemas que justifican de alguna manera el método y los esfuerzos. Al menos podemos dar por cierto que el territorio del principado de Cnoso no se extendía por la parte oriental de la isla, lo que obliga –y hay indicios en ese sentido– a proponer la existencia de un centro palacial en Palaicastro, del que se ha dicho que podría ser micénico o quizá todavía, curiosa hipótesis, una reliquia de tradición de poder y burocracia minoicos (Bennet: 1987).

8.2. Principado de Pilo

También el principado de la Mesenia ofrece cierto número de topónimos a través de sus textos en Lineal B y lo mismo aquí se han dado esfuerzos de

localización, no sin polémica. Una vez más, como en Cnoso, tenemos el nombre del propio centro palacial, Pu-ro, *Púlos*, entre otros nombres de lugar. Es de destacar que sabemos que el territorio de este principado estaba dividido en dieciséis distritos, cuyos nombres conocemos por diversas tablillas. Tienden éstos a aparecer en el mismo orden. A partir de esta observación, algunos especialistas intentaron la localización cartográfica, con resultados que hacían mayor o menor la extensión del territorio, según si se aceptaban o rechazaban posibles reducciones a localidades conocidas. La geografía del reino de Pilo ha sido objeto de estudio, sobre todo, por parte de Hiller, Chadwick y Shelmerdine. Las conclusiones de los dos últimos encajan bastante bien entre sí, pero contrastan vivamente con las del micenólogo austriaco citado en primer lugar. Mientras a Hiller le resulta un territorio muy dilatado hacia el norte, hasta el valle del Alfeo, los otros dos autores, en especial Chadwick, fijan para el reino pilio más reducida superficie, concretamente no más a septentrión del río Nedas.

Nueve de los distritos de Pilo pertenecían a una zona citerior, llamada De-we-ro-a3-ko-ra-i-ja, y otros siete a la ulterior, de nombre Pe-ra-a3-ko-ra-i-ja. La referencia del más acá y más allá, siempre desde el punto de vista de la ubicación de Pilo, se establecería sobre un accidente geográfico, tal vez la cadena montañosa que vertebra la Mesenia. En concreto se ha relacionado el segundo elemento de este par toponímico, a3-ko-ra-i-ja, con un monte llamado *Aigaléon*, que no sería por supuesto la elevación de ese nombre que existe entre Eleusis y Atenas, sino otra homónima de la región mesenia (Estrabón, VIII, 359). Así pues, los nueve distritos citeriores serían occidentales y costeros, mientras que los siete ulteriores se extenderían por el valle del Mavrozúmeno y del Pámiso. En la citerior, de norte a sur en la región costera y por este orden, se sucedían Pi-sa2, Me-ta-pa, Pe-to-no, rico y de grandes dimensiones, Pa-ki-ja-ne, en él o en inmediata cercanía estaba la propia Pilo, A-pu2, A-ke-re-wa, E-ra-to (o, en variante, Ro-u-so), Ka-ra-do-ro y Ri-jo. Hasta dónde alcanza el reino por el norte depende de si se acepta la identificación de Pi-sa2 con la *Písa* posterior, al otro lado del Alfeo, o, contariamente, si tal reducción se rechaza. Hiller la admite, pero por lo general no se ha seguido su tesis. Un argumento en contra se podría añadir: la lista de Kom-el-Hetan parece dar por sentado que Pisa no pertenecía al reino de Pilo, sino que era cabeza de un principado que controlaba la Elide. No carece tampoco de interés al respecto la interpretación de U-ru-pi-ja-jo como "los olimpieos", habitantes del conocido lugar santuarial del lado norte del Alfeo. La identificación, empero, dista mucho de ser segura, aunque recordemos que Olimpia acaba de darnos su primer testimonio en forma de signos de la Lineal B. Parece lo más prudente atenerse a la geografía reducida de Chadwick y considerar que la ubicación de la activa A-ke-re-wa debía de ser la bahía de Navarinos y que Pa-ki-ja-na es inseparable de la propia Pilo.

Pasando a la zona ulterior, sus siete provincias han sido distribuidas por Hiller, coherente con el alargamiento hacia septentrión de su propuesta, en línea de norte a sur por la cuenca del Pámiso en este orden: Ti-mi-to-a-ko, Ra-wa-ra-ta2, Sa-ma-ra, A-si-ja-ti-ja, E-ra-te-re-we, Za-ma-e-wi-ja y E-ro. Pero Shelmerdine, Chadwick y la mayoría de los autores prefieren acumularlas hacia el sur en cuatro sectores que resultan de la distribución del valle por los cursos de agua y las alturas de Skála; la primera región al suroeste, la segunda al sureste y las restantes al norte, a ambos lados de la cuenca. Y no faltan otras hipótesis asimismo incoincidentes (Lukermann en McDonald-Rapp (ed.): 1972).

Las tablillas pilias nos ofrecen otros topónimos que suenan a conocidos, aunque no siempre son identificables, porque las ciudades de época posterior que los llevan se encuentran en localizaciones muy remotas, aunque sean peloponesias. No es ese el caso de Ku-pa-ri-so, topónimo relacionable con la localidad citada por Homero en el catálogo de las naves bajo la forma de acusativo *Kuparisséenta* –el nominativo sería *Kuparisséeis*– como una de las dependientes del reino pilio de Néstor (*Ilíada*, II, 593), aunque la forma micénica responde a un evidente *Kupárissos*. Sí apunta en apariencia a un lugar lejano el topónimo Ko-ri-to, susceptible de entender como *Kórinthos*, Corinto. En consecuencia de lo anterior se ha llegado a proponer que el principado de Pilo pudiera haber controlado el istmo, idea que Chadwick tiene por disparatada y que Sergent adoba defendiendo la existencia de un enclave del principado mesenio en el istmo, sin dejar de reconocer que la Corinto propia debía de ser en todo caso plaza de la soberanía de Micenas (Sergent: 1981). Hay también quien piensa que bajo la forma Ku-te-re-u-pi de la tablilla An 607 de Pilo temenemos una referencia a la isla de Citera.

8.3. Principado de Tebas

De los cortos textos tebanos, los hasta ahora publicados o de los que existe alguna clase de avance, y de los nódulos de este mismo centro micénico de la Beocia (Piterós-Olivier-Melena: 1990), no cabe extraer datos geográficos de excesivo cuerpo, aunque al menos nos es dado establecer algunas referencias espaciales seguras y saber que está documentado, como en Pilo y en Cnoso, el nombre de la cabeza del principado, Te-qa, es decir, **Tegwa*, y el gentilicio correspondiente te-qa-jo, **tegwaios*, tebano (Aravantinos: 1987), en un estadio en que la labiovelar sonora no ha pasado todavía a oclusiva labial sonora. Encontramos también aquí la fórmula Te-qa-de, "para Tebas", pero no en tablillas del archivo sino en los sellos de identificación, a modo de albaranes, que llevaban los animales destinados al palacio. El territorio de Tebas llegaba en época micénica hasta el mar por el lado del Euri-

po, e incluso parece absolutamente cierto que se extendía por parte de la isla de Eubea, ya que las localidades euboicas de Amarinto y hasta la lejana Caristo figuran en la documentación tebana en Lineal B. Notable es el gentilicio Ra-ke-da-mo-ni-jo, el lacedemonio, documentado en las nuevas tablillas tebanas; un testimonio que anticipa en varios siglos la principal referencia adjetiva a Esparta y sus cosas en época histórica. ¿Habría aquí no sólo alusión al reino micénico de la Laconia, sino al propio príncipe espartano (Aravantinos-Godart: 1995)? Otra referencia geográfica externa tenemos quizá en la doble forma mi-ra-ti-jo, masculino, y mi-ra-ti-ja, femenino, que deberíamos entender como "de Mileto", localidad minorasiática de fuerte implantación micénica.

9. El colapso del mundo micénico

A pesar de la gran expansión y ambiciosa organización que nuestras fuentes, arqueología y tablillas, revelan para estos griegos micénicos del Bronce tardío, el colapso de los principados y la destrucción de los palacios estaba cerca y se produjo de forma encadenada y en relativamente corto tiempo. Mito, tablillas y arqueología, con más problema también los estudios dialectológicos, muestran bastante de este misterioso final, de tan difícil explicación e inasible todavía en tantos particulares.

9.1. Leyendas referibles al fin de los principados

Las tradiciones griegas, si se nos permite encajar, dentro de lo que es posible y pueda resultar legítimo, el tiempo mítico en la periodología arqueológica, refieren al Heládico Reciente III B algunas empresas guerreras que podrían ser exponente de un proceso de debilitamiento y de presión económica en los palacios. La expedición de los Argonautas podría reflejar incursiones micénicas por la ruta del Mar Negro en búsqueda de nuevas vías de aprovisionamiento de productos necesarios; los dos ataques de los siete caudillos contra Tebas, primero los padres, después los hijos, parecen evidenciar una situación conflictiva entre los diversos principados; y la guerra de Troya, la más antigua coalición de griegos de que tenemos noticia, siquiera sea a través del tamiz de la leyenda, sugiere una salida desesperada –canto de cisne, como se ha llegado a decir– que no es, ni siquiera en el mito, una

gran victoria de la alianza helénica, sino todo lo más una victoria pírrica, a juzgar por las dificultades que encontraron los caudillos a su regreso y por la inminencia del colapso definitivo de sus reinos. Esto, por no citar las tres aventuras más significativas dentro del conjunto de tradiciones que abocaron a los ciclos épicos. Hay otros mitos que se refieren a las destrucciones y guerras, especialmente en el Peloponeso, provocadas por gentes, se entiende que también griegas, llegadas desde el exterior: y es el del retorno de los Heraclidas el de más destacable significación. La arqueología, por su parte, muestra que, tras la uniformidad cultural, y es de suponer que social, del Heládico Reciente III B –realidad indiscutible, aunque alguna vez matizada (Darcque: 1996)– vino un periodo de ruptura y diferenciación, y además es elocuente en lo que respecta a la serie de destrucciones. De las tablillas no es mucho lo que de seguro se puede extraer sobre si había preparativos de emergencia o indicios de disolución en los últimos momentos de aquellos palacios cuyos archivos, en mayor o menor medida, han llegado hasta nosotros. Hay autores que han hecho gala de no pequeño optimismo a la hora de extraer de las tablillas, las de Pilo concretamente, presuntos indicios de que el palacio se esforzaba por obviar una situación de peligro inminente. En lo que toca a los dialectos griegos, las relaciones y disimilitudes con el micénico y entre ellos, su historia en suma, y el mapa de su predominio en época posterior, aportan, por lo menos teóricamente, elementos informativos para el periodo confuso del final de los palacios y posterioridad inmediata, como una muestra de lo que puede suponer la lingüística al servicio de la historia, si bien son muchos los problemas, algo más que de detalle, que impiden el acuerdo a los dialectólogos. De todo esto, y de algunas otras realidades conexas, vamos a ver algo en la exposición que sigue.

9.1.1. La guerra de Troya: historicidad de una leyenda

De todas las tradiciones heredadas por la Grecia del primer milenio y que tienen sus raíces en el periodo micénico hay que destacar la guerra de Troya, porque está detrás de los dos grandes poemas homéricos, más inmediatamente de la *Ilíada*, los más antiguos documentos que los griegos tenían de su pasado heroico y más remontada fuente escrita, también, para los modernos sobre la prehistoria o protohistoria griega, como se prefiera, hasta el desciframiento de las tablillas en Lineal B. Es admitido por todos los teóricos que el mito no surge gratuitamente y de la nada, sino que tiene siempre una motivaciones y le puede respaldar una fundamentación histórica de mayor o menor entidad. A la pregunta de si cabe atribuir algo de historicidad a la guerra de Troya no se puede dar respuesta concreta y segura. En los poemas de Homero, y luego en larga literatura posterior, este episodio aparece magnificado y convertido en elemento troncal de la nebulosa histo-

ria griega de orígenes, la particular Edad de Oro de la que los griegos recordaban confusamente tantas, pero tan lacunarias y distorsionadas cosas en forma de mitos. En Homero esta guerra de ultramar queda celebrada con los tintes heroicos propios del género y lo mismo cabe decir de otros poemas épicos, no conservados sino fragmentariamente, como la *Pequeña Ilíada*, la *Iliou Persis* (o Saqueo de Troya), y en parte los *Nóstoi*, o regresos de los caudillos desde Troya a sus lugares de procedencia. Una gran parte de la literatura arcaica y clásica, como la poesía lírica y especialmente la tragedia, tiene esta guerra como fondo y a los personajes que en ella actuaron como protagonistas. Pero los poemas de Homero constituyen la obra más antigua conservada.

¿Tuvo lugar la guerra troyana? No es imposible que el origen de esta saga que ha mantenido viva su memoria esté en un hecho realmente histórico; una guerra que no tenía por qué ser exactamente como el *épos* la presenta. Por ejemplo, podrían haberse mezclado confusas tradiciones de más de un conflicto; o podría no haber sido tan larga como la de la epopeya, ya que parece que la duración de diez años de la guerra de Troya es artificial, pues los nueve primeros realmente carecen de entidad en la tradición (Jones: 1995). Homero es el último eslabón de una larga cadena de poetas de tradición oral –y entiéndase por Homero los poemas a él atribuidos– y no hay que descartar que de generación en generación se conservara recuerdo de una guerra importante, sonada, gloriosa, quizá magnificada desde el principio y luego a través de los quinientos o seiscientos años que median entre la fecha que cabría en principio atribuirle, segunda mitad del siglo XIII a. C., y la época en que los poemas se conforman, sea o no una persona llamada Homero el artífice de tal conformación. Que los poemas vienen de muy atrás, es decir, que antes de ellos hay un largo desarrollo oral, lo prueba el hecho de que presentan muchos elementos de época micénica, confirmados por la arqueología y las tablillas, pero muy extraños al siglo VIII, fecha *ante quam non* de la composición última. Estos elementos micénicos han llegado a los poemas por tradición oral. Y si ha existido tal oralidad ininterrumpida, bien puede ser que el meollo argumental de los poemas, la guerra de Troya, sea un hecho realmente ocurrido, quizá sin tanto brillo como la heroización y la poesía acabaría dándole, pero básicamente histórico y conservado en la memoria del pueblo griego por tradición y por poesía de creación y transmisión oral. Los filólogos homeristas han descubierto y estudiado en nuestros poemas los mecanismos típicos de una poesía oral: los recursos formularios, la recomposición y la acumulación de elementos de las diversas épocas a lo largo de las cuales se gestan. Difícil es, sin embargo, disecar tal complicación para disponer cada pieza en su cronología y detectar de paso aquellas que son realmente primitivas. Menos al alcance está todavía fijar, si los hay, personajes y hechos históricos, hasta el punto de que la historicidad del propio

magno acontecimiento, que tan gran fortuna literaria tuvo, no puede pasar de hipótesis.

Cualquier pretensión de respaldar documentalmente la guerra troyana debe pasar, con el consiguiente riesgo, por la arqueología y la documentación hitita; y no son pocos los autores que han hecho sus ensayos por estos caminos. Si nos conformamos, en un plan más modesto, con la mera búsqueda de la verosimilitud, podemos simplemente plantearnos la coherencia del acontecimiento con el contexto egeo y en la época que cabe atribuir. Con respecto a esto último, es legítimo pensar que los micénicos tenían intereses en el Egeo nordoriental y concretamente en la Tróade, pues hay evidencia de comercio en toda esta zona. Añádase a esto las relaciones interpalaciales, la ambición de la política exterior micénica y el militarismo que caracteriza la época. Todo ello hace posible una guerra exterior y concretamente aquí. Troya ha dado mucha cerámica micénica y en concreto el nivel VIIa ha sido generoso en vasos tardoheládicos del momento, que eran los de estilo Heládico Reciente III B; prueba de que la ciudad estaba dentro de la órbita mercantil micénica. No es imposible que cierta suerte de conflicto coligara a diferentes griegos en contra de Troya, quizá por una cuestión de competencia de mercados, tal vez por no más que colisión de áreas de influencia o por problemas políticos ordinarios. La arqueología respalda la tradición griega y en concreto la representación homérica, ofreciendo una ciudad importante y rica, esplédidamente amurallada, que no contrasta, bien al contrario, con el cuadro que tenemos en los poemas. Schliemann, el primer excavador, no fue capaz de identificar la Troya homérica entre los muchos niveles de su estratigrafía. Fue su seguidor Dörpfeld quien ajustó bastante la cronología hasta considerar la Troya VI como la cantada por la *Ilíada*, si bien desde Blegen hay práctico acuerdo en que todos los factores apuntan mejor a la VIIa que a la VI (Blegen: 1963). No sólo encaja mejor la fecha, sino que Troya VIIa fue destruida militarmente y por el fuego. Se equivocó, sin embargo, el arqueólogo norteamericano al dar datación absoluta a tal destrucción. La fija en torno a 1260 a. C., distorsionando no poco los datos, mientras que hoy se tiende a llevarla a la última parte del siglo XIII, lo que acercaría el final de Troya, precediéndolos, a la serie de desastres que acabaron con muchos palacios micénicos. Mylonas y Hooker, por ejemplo, aun divergiendo en detalles, coinciden a la hora de discutir y retrasar la cronología de Blegen. En lo arqueológico, hay que tener en cuenta que la cerámica micénica de la Troya VIIa es la de tipo Heládico Reciente III B y la de la VIIb la III C., "estilo granero". Hoy, sin embargo, notamos algunos repuntes de moda favorables a volver a la Troya VI, concretamente a una subfase final (la h), aunque sin respaldo documental que podamos tener por suficiente. Entre otros, Sperling ha sugerido que esta Troya VI fue víctima del expansionismo micénico (Sperling: 1991). Esto nos daría una fecha de en torno a 1300 a. C., excesivamen-

te remontada por lo demás. Y hay más: una reciente propuesta de dos guerras troyanas históricas, detectables arqueológicamente y coincidentes con las destrucciones de las Troyas VI y VIIa (Hiller: 1991). Las fechas literarias griegas no ayudan demasiado, pues apuntan a una pluralidad de momentos que van, según los autores, desde el segundo cuarto del siglo XIII a. C., hasta el segundo cuarto del XII, un siglo entero de oscilación, por lo tanto (Demetriou: 1996). Este autor acabado de mencionar, propone para la destrucción bélica de Troya una fecha de hacia 1250 a. C., que todavía parece demasiado alta, y lo hace basándose no en observaciones arqueológicas en la Tróade, sino en yacimientos chipriotas.

Los textos hititas de los siglos XIV y XIII a. C., que recogen no poco de la política exterior del reino de Hatti y en concreto de la que vierte hacia el lado occidental, para nuestro tema la más interesante, aportan datos de altísimo interés, a pesar de su difícil aprovechamiento. Ciertos paralelismos de situación y de onomástica entre lo que estos documentos recogen y lo que tenemos en el mito griego de la guerra troyana han impulsado a algunos autores a considerar los testimonios hititas como un respaldo histórico para las tradiciones griegas o, diciéndolo de otra manera, a entender que helenos e hititas, independientemente o por vías distintas, han conservado memoria de unos mismos acontecimientos con Troya como protagonista.

En primer lugar tenemos memoria del conflicto surgido entre el reino de Assuwa y el Imperio Hitita en tiempos de Tudhalia II, finales del siglo XV a. C. Estaba situado Assuwa en la parte más occidental de Asia Menor. Hay quien ha pensado que los griegos micénicos tuvieron algo que ver con esta guerra, en la que intervendrían en contra de los hititas. La reciente aparición de una espada de tipo micénico en Bogazkoy, con inscripción que sugiere pudiera ser botín de guerra, supondría una prueba de la intervención militar griega en Asia y un posible fundamento histórico para la tradición de la guerra troyana cantada por el *épos* (Hansen: 1994), hipótesis tan atractiva como poco segura. Nuestra guerra de Troya, en cualquier caso, exige una datación más tardía.

Por otra parte, uno de los reinos que aparecen en las fuentes hititas, alternativamente amigo, opositor o neutral con respecto a Hatti es el de Wilusa, uno de cuyos reyes tenía por nombre Alexandus. Con sólo establecer la ecuación Wilusa = *Wilios* (Ilión es el otro nombre de Troya) y Alexandus = *Aléxandros*, el otro nombre de Paris, el hijo de Príamo y raptor de Helena, tenemos la guerra troyana testimoniada en los documentos hititas. La carta de Talakalawa, dirigida por un rey hitita que podría ser Muwatalis al príncipe de Ahhiyawa, se refiere a una guerra entre este último reino y el de Wilusa. Si los de Ahhiyawa son *Achaioí*, aqueos o micénicos, una antigua y polémica cuestión (Bernabé: 1986), y Wilusa es Ilión, nos encontraríamos ante un apoyo documental hitita para la guerra de Troya que Homero cantó en la *Ilíada*.

No se puede negar que el nombre épico de Alejandro conserve memoria de un personaje histórico, pero tampoco cabe llevar los paralelismos demasiado allá. Hay otro texto del mismo rey hitita, éste ahora como destinatario, que habla de ocupación de Lesbos, o lo que muy bien podría serlo, por los de Ahhiyawa y de un ataque contra Wilusa, que respondería tal vez al mismo acontecimiento. Y todavía hay otra coincidencia más: la alusión de Esteban de Bizancio a la hospitalidad prestada por un cierto Motylos a Helena y Alejandro, y es fácil entender que el primer nombre sea corrupción del antropónimo hitita Muwatalis. Estos detalles, puestos al servicio de la historicidad de la guerra de Troya, llevarían el acontecimiento a la última parte del siglo XIV a. C., cosa que no deja de tener su dificultad, pues ello no coincide ni con las cronologías tradicionales del pueblo griego ni con las observaciones arqueológicas susceptibles de aprovechamiento.

Más adecuada sería la fecha resultante de otras aproximaciones y otros textos, asimismo hititas. Si lo anterior descansa fundamentalmente en la ecuación Wilusa = Ilión, otra similitud onomástica, la de Truisa = *Troía*, nos traería posiblemente a la segunda mitad del siglo XIII a. C., época de Tudhalia IV o de su hijo Arnuwanda, y esto ofrece datación más admisible. Truisa es miembro de una alianza de ciudades asiáticas en torno al rey de Assuwa; y esta coalición ha hecho pensar a ciertos autores en el catálogo troyano del canto II de la *Ilíada*, idea difícilmente defendible hoy por hoy. Aquí tendríamos otra posible documentación histórica de la guerra de Troya, sólo que bastantes decenios posterior a la antes vista. Son, sin duda, más reservados los helenistas que los hititólogos en atribuir valor a este tipo de composición de testimonios, aunque no faltan excepciones notables en el campo de los primeros (así Stella: 1978, p. 199 ss, y, menos comprometido, Bernabé: 1986). Por desdicha no tenemos seguridades sobre lo que podrían ser simples paralelismos casuales; y el hecho de que haya no una, sino hasta tres pretendidas guerras de Troya en la documentación hitita vierte la duda sobre todas ellas.

No se quiere decir con esto que haya que apostar por la no historicidad de la guerra cantada por Homero. Aunque, descendiendo a lo particular, sean muchas las reservas que puedan suscitar intentos como los antevistos, basados en los documentos hititas, y nada digamos de otros más complejos, que añaden datos del mito, de los documentos ugaríticos y egipcios y apoyaturas arqueológicas (por ejemplo, Mégalomatis: 1996), no tengo por ilegítimo este tipo de ensayos y evidentemente compensan la inseguridad con una eventual utilidad parcial y un alto grado de articulación sugestiva. Y hay algunos detalles que evidencian la coherencia del mito y le confieren de paso cierto valor. Por ejemplo, el que un centro palacial tan importante como Tebas estuviera ausente de la coalición griega; poco antes había sido destruida por los siete Epígonos, hijos de los primeros caudillos que habían fracasado en el ataque. Por segundo ejemplo, la verosimilitud que aporta el catálogo de

efectivos y aliados troyanos en el canto II de la *Ilíada*, tanta que algunos autores han llegado a defender la historicidad total de ambos catálogos y que la alianza protroyana pertenece al núcleo originario de un hecho realmente acaecido, lo que no supone la admisibilidad absoluta de la hipótesis (matizaciones en García Ramón: 1974). Puede que la tradición griega tuviera antiquísimas raíces históricas. No existen razones para negarlo. Es arriesgado, sin embargo, forzar la documentación. En cualquier caso, mito y literatura troyanos nos presentan a los griegos de la última edad heroica sometidos a presiones políticas y a situaciones extremas abocantes a una magna guerra exterior, no más que punitiva, en la que se quemaron grandes recursos. Y no sólo esto, sino que la propia tradición magnificatoria de la guerra de Troya la vincula con problemas de inestabilidad en los principados griegos –piénsese en el regreso de Agamenón y en el de Odiseo, traumáticos ambos– e incluso con la destrucción de los palacios. El mito griego no da mucho tiempo al periodo que corre entre la guerra de Troya y el fin de algunos principados.

9.1.2. El retorno de los Heraclidas

Hay otras leyendas griegas que reflejan una situación complicada de disturbación y migraciones que es posible relacionar con el final de los palacios micénicos o, cuando menos, con el tiempo dificultoso previo a ese colapso. Ninguna merece tanto que se la destaque como la del llamado regreso de los descendientes de Heracles, porque ofrece en mitificación lo que la memoria helénica conservaba de las convulsiones que acompañaron el fin de los principados del Peloponeso y algunas otras circunstancias exteriores a él. Extraordinarios son el alcance y la significación que tiene el mito del retorno de los Heraclidas, que admite explicación desde los avatares de los reinos micénicos peloponesios y aporta elementos de discusión al problema de quiénes fueron los destructores. Dicen los mitos griegos que, cuando la muerte y glorificación de Heracles, Euristeo, rey de Argos, expulsó a los hijos del héroe. Estos Heraclidas, que se tenían por herederos legítimos del Peloponeso, intentaron la vuelta al país de origen repetidas veces. Siendo monarca de Micenas Tisameno, nieto de Agamenón e hijo de Orestes, por lo tanto tan sólo a la segunda generación tras la guerra de Troya, ocupan toda la Argólide, la Corintia y la Laconia, regiones las tres bajo la soberanía de Micenas, siempre según el mito. Una vez conquistados los diferentes lugares, los Heraclidas fueron estableciendo nuevas dinastías en ellos. La ocupación del reino de Pilo tuvo lugar aproximadamente en el mismo tiempo mítico; tres generaciones tras Néstor, quien, aunque conmilitón de Agamenón en Troya, le superaba con mucho en edad, pues el de Micenas era un hombre joven, con hijos prácticamente niños, y el caudillo pilio se encontraba ya en edad provecta. Situada la guerra troyana en alguna fecha de la segunda mitad del siglo

XIII a. C., nos vamos para el regreso de los Heraclidas a no mucho después de 1200-1180 a. C.; y entiéndase, cuando mencionamos uno y otro de estos acontecimientos del mito, que nos referimos a lo que de histórico puedan tener de trasfondo.

Este definitivo retorno de los Heraclidas adquiere valor a la luz de dos evidencias posteriores: que los dorios del primer milenio pretendían descender de los Heraclidas y que éstos, en el mito, ocupan la misma geografía por la que se extendería el dialecto dorio de la época histórica. Más adelante tocaremos la controvertida cuestión de la invasión de los dorios y la paternidad de las destrucciones de los centros tardoheládicos. De momento queden estas referencias a mitos de cierta significación al caso y las precedentes breves alusiones a su cronologización, en espera de que consideremos las fechas arqueológicas del colapso micénico. De todos modos, téngase en cuenta ya que la interpretación de la leyenda del retorno heraclida como memoria mítica de la invasión de los dorios sólo es aceptable por quienes creen en ésta y no por aquellos estudiosos que hacen propuestas contrarias a las tradicionales, sean del tipo que sean (así Chadwick: 1976 a; López Eire: 1978; Carruba: 1995).

9.1.3. La leyenda de Mopso

No podemos dejar de recordar por último, debido a su gran dosis de fundamento histórico, la tradición de Mopso, un oriundo de Tebas nacido en el exilio, una vez destruida la ciudad cadmea, y descendiente de la casa real. El mito nos presenta a este personaje tras la guerra de Troya, protagonizando unos movimientos migratorios por toda la parte meridional de Asia Menor. Si esta tradición tiene superior interés al de otras parecidas del caudal mitográfico griego, es porque una importantísima inscripción bilingüe de Karatepe, hitita y fenicia, y algún otro texto en la primera de dichas lenguas brindan respaldo histórico prácticamente seguro a este personaje y a sus actuaciones. De ellas, en concreto la ocupación de Cilicia con sus seguidores griegos, la Hélade conservó memoria a través de la nebulosa legendaria.

9.2. Testimonios históricos

9.2.1. ¿Aportan algo las tablillas?

Sabido es que los documentos de los archivos micénicos pertenecían al último ejercicio de la vida administrativa de palacio. Siendo esto así, podemos preguntarnos si, tan inminente la caída de los principados, quedan rastros en los textos de Lineal B de medidas excepcionales o de emergencia encaminadas a

obviar una situación de peligro que se previera. Sólo las tablillas de Pilo han aportado elementos utilizables al respecto, no todos ellos del mismo valor; la fecha de este archivo es más segura que la del de Cnoso y además cierto número de sus series admite, más o menos discutible o indiscutiblemente, explicación en ese sentido. Ya Ventris y Chadwick, en su magna obra de 1956, interpretaron algunos datos de los textos pilios como preparativos ante un ataque; así, por ejemplo, las cuentas de remeros, las tablillas de la serie o-ka en la interpretación que ellos le dieron, los inventarios de material de guerra, el trabajo a todo tren de los talleres de fundición y requisiciones de bronce. Algunas de estas cosas han quedado ya expuestas, con toda su carga de problema, en el lugar correspondiente y no es segura la intepretación al servicio de quienes pretender ver en los textos preparativos militares extraordinarios. Otra dificultad, no pequeña, es que carecemos de documentación paralela para tiempos de paz que permita el establecimiento de un contraste, si realmente lo hubo.

Pese a todo, y porque atina Chadwick al decir que una sociedad próspera no se hunde de la noche a la mañana y seduce buscar en los documentos indicios del inminente desastre, es legítimo releer tos textos a la luz de lo que sabemos que ocurriría. Los autores que han tratado esta cuestión se fijan sobre todo en dos cosas: en que parece que Pilo esperaba un ataque por mar y en que los textos apuntan a movilizaciones de personas y recursos. Un importante estudio sobre el particular fue el de la sudafricana Baumbach, una vuelta a las viejas y problemáticas tesis, pero que recrea un cuadro coherente y completo de indiscutible valor; sólo que bastantes de sus piezas carecen de seguridad en el sentido en que la autora las utiliza (Baumbach: 1983a). De las varias series de tablillas pilias, Baumbach comienza por distinguir entre las que parecen registros rutinarios y las que apuntan más bien a medidas extraordinarias; y aun de las primeras piensa que algunas pudieran contener información con respecto a preparativos fuera de lo normal. Parte de los textos referentes a remeros y de los de la serie o-ka, no es preciso decir que interpretándolos como evidencia de que amenazaba a Pilo un ataque por mar; con lo que resulta moverse, por lo tanto, en la tesis que ya podría merecer el calificativo de tradicional, no sin cierta concesión a la duda. La tablilla Jn 829, registro de no demasiado alta cantidad de bronce para hacer puntas de flechas y otras armas, así como los montantes de bronce de otros documentos, entre ellos el total de más de una tonelada de Ja 749, también quedan integrados en el panorama excepcional, al igual que todo lo referente al trabajo de los broncistas y número de éstos, que podría reflejar una situación anormal, en la que todo el bronce trabajado resultaba escaso para las armas necesarias. Utiliza asimismo Baumbach como significativos de la pretendida situación insegura de Pilo aquellos documentos en que registradas contribuciones de oro y ofrendas cuantiosas a divinidades varias; así la tablilla Tn 316, interesante no sólo por su contenido, sino también por las peculiaridades externas que el texto presenta, como si hubiera sido redactado mala-

mente en circunstancias más bien azarosas. Entre los asientos de Tn 316 hay varias personas, mujeres y varones, víctimas destinadas al sacrificio en sugerencia de la autora, no exenta de precedentes, sobre paralelos griegos y egeos en general, entre ellos el descubrimiento de Arcanes aludido ya en el lugar correspondiente, dentro del capítulo dedicado a la Creta minoica. No es de descartar, entiende la estudiosa surafricana, que este texto se refiera a preparación de sacrificios humanos en una circunstancia de peligro real, en lo que encontrará el apoyo nuevamente argumentado de autores posteriores (Buck: 1989), aunque también la decidida discrepancia (Sacconi: 1987). No sin tratar algunas otras cuestiones, de diversa validez para el caso, concluye Baumbach que el conjunto de todos estos indicios es suficiente, aunque cada elemento suelto no lo sea, para permitir la afirmación de que en Pilo se establa viviendo una amenaza grave y que esta situación anormal deja rastros en las tablillas. Una conclusión no nueva, sobre ideas ellas mismas tampoco nuevas, aunque establecida sobre un repaso más general y completo de la evidencia. Sin embargo, el conjunto tiende a tener el valor de las piezas que lo integran, y las de este cuadro no son en gran proporción lo suficientemente indiscutibles. Apoyada por algunos (Hooker: 1982), esta interpretación, digamos, tradicional de los documentos pilios ha suscitado las reservas de otros (Shelmerdine: 1987). Quede, de todas maneras, recogida la hipótesis, por lo que tenga de verosimilitud y por la sugestión que le han dado cuarenta años de vigencia. Algunos otros estudiosos han pretendido que las tablillas del archivo de Pilo lo que hacen es reflejar una gran debilidad económica que minaba al palacio, se insista luego en el agudizamiento del problema poco antes de la caída del principado, con unos últimos momentos dramáticos (De Fidio: 1982), o se prefiera considerar que esa decadencia fue larga, más cosa de largas décadas de problemas que de días o meses de colapso, y efecto de la propia inviabilidad del reino (quizá más por esta idea De Fidio: 1987; Shelmerdine: 1987).

Los textos del archivo cnosio no aportan nada de intererés. Por más que hoy se tienda a atribuirles fecha cercana a la de los documentos de Pilo, lo que ocurre en el palacio cretense escapa un tanto de lo que es el panorama continental y además nada se aprecia en la documentación que sea anuncio de catástrofe. Las tablillas de Cnoso revelan una absoluta normalidad económica y particularmente agraria; nada hay en ellas que sugiera un peligro inminente por amenazas exteriores. Como señalan Ruipérez y Melena, el fin de la administración micénica en Cnoso se ha podido producir por fenómenos naturales o por levantamientos internos.

9.2.2. Los datos arqueológicos

El hecho es que todo el aparato político, económico y sociocultural que revelan los archivos palaciales y la cultura material micénica se vino abajo

con extraordinaria rapidez, y que la arqueología, la más elocuente vía de información para el fenómeno, ofrece rica panorámica del particular y clara confirmación también de las tradiciones helénicas a que se hizo relación páginas arriba. En el Heládico Reciente III B tenemos síntomas de desórdenes y de conflictos, y también problemas originados por causas naturales; se refuerzan las fortificaciones, como ocurre en Micenas, en Tirinte y en Atenas, lo que es indicio de que hay temores de ataques más o menos inmediatos; en Micenas existe evidencia de destrucciones e incendios en la acrópolis y en la ciudad baja extramuros, probablemente provocados por movimientos sísmicos, lo que obligó a un cierto esfuerzo de reconstrucción; en el istmo de Corinto se elevan obras que tradicionalmente los especialistan han tenido por defensivas. Algo después, la propia ciudadela de Micenas tuvo dificultades serias incluso dentro del propio recinto amurallado, aunque también, como los anteriores, se procuró reparar los daños producidos y hubo continuidad de vida al menos en las zonas más significativas de este centro. Cuando ya el estilo cerámico III B comienza a simultanearse con el III C., hacia 1200 a. C., el palacio de Pilo fue destruido por un incendio de gran intensidad para no reconstruirse u ocuparse muy precariamente (con la bibliografía anterior, Càssola Guida: 1996); y es más, sus habitantes dejaron, hasta que los excavadores los encontraron muchos siglos más tarde, los ricos objetos que quedaron sepultados entre las ruinas. Esta destrucción de Pilo arrastraría el abandono de habitats vecinos, algunos de los cuales serían reocupados después en tono marcadamente menor; incluso parece que hubo también en el palacio algo de reocupación.

Conocieron también su fin al final del Heládico Reciente III B centros palaciales de la Beocia, como los de Tebas, Orcómeno y Gla; el primero con seguridad, incluso quizá antes de ese momento, aunque luego viviría un cierto periodo de reocupación, y los otros dos en un momento difícil de precisar, si bien uno y otro no ofrecen materiales posteriores a los de tipo III B, prueba de que no sobrevivieron tras 1200 a. C. Otros centros de reconocida importancia, como Berbati, Prosymna y Zygouries en la Argólide, Eutresis en la Beocia y Hagios Stephanos en Laconia dejaron de existir por el mismo tiempo, tal vez abandonados, pues no estuvieron ocupados en el periodo III C y no aportan evidencia de destrucción en el III B. También resultó arruinado en torno a 1200 el poblado fortificado de Teichos Dymaion, en la región de la Acaya, aunque en este caso hubo reocupación durante la etapa III C. En Midea tenemos pruebas de destrucción a finales del siglo XIII a. C., que es cuando queda derruida e inutilizada la puerta occidental de la fortificacción; durante la precaria continuidad de este centro en el periodo Heládico Reciente III C sigue en uso la puerta oriental (Demakopoulou: 1996).

La ciudadela de Tirinte, en la Argólide, tuvo problemas en diversos momentos, y su palacio cayó y fue destruido por el fuego en no bien preci-

sada fecha, aunque la mayor proporción de cerámica III C apunta a una cronología ligeramente posterior a la de la caída de Pilo. Este centro argólico, sin embargo, experimentaría algo de reocupación en el III C (Kilian: 1978, 1983 y 1988 b) –no parece que, contra el autor citado, aumento del área de habitación (Zangger: 1994)– quizás a la sombra de la cercana Micenas, que tuvo, pese a las dificultades, vida organizada durante algunos decenios hasta muy avanzado el citado periodo, aproximadamente 1150 a. C. Se ha dicho que el palacio de esta gran ciudadela argólica, en la que se habían producido ya destrucciones varias hacia mediados del siglo XIII a. C., fue arrasado por el fuego, unos afirmando que en la indicada fecha tardía de hacia 1150 (Wace: 1921-1925), y otros declarádose partidarios, así Alin y Mylonas, de remontar la cronología hasta las postrimerías del periodo III B, a saber, 1200 aproximadamente, coincidiendo con las detectadas destrucciones de intramuros y con el final de la mayoría de los centros anteriormente aludidos (Alin: 1962, p. 14; Mylonas: 1966, p. 222). Fuera cuando fuera el incendio del palacio, Micenas no salió indemne de las dificultades de en torno a 1200, aunque tuvo luego vida fácil en el III C., a juzgar por la variedad de la cerámica del momento que han dado las excavaciones y otras evidencias de su cultura material. En lo que se refiere a la fecha del fin del palacio, parece más puesta en razón la tesis de los especialistas nórdico y norteamericano que la del excavador británico, aunque sólo sea por el hecho de que los niveles posteriores al incendio ofrecen materiales III C., si no hay error, que no lo parece, al interpretar los datos. Pero cabe también la afirmación, que recientemente se está haciendo valer por algunos, de que no hubo un final catastrófico y violento de Micenas en el Heládico Reciente III C., sino una decadencia marcada, pero paulatina, entre los siglos XII y XI a. C., hasta el abandono natural del palacio y de la acrópolis (Iakovidis: 1996). Al margen de los problemas que los palacios argólicos hubieron de sufrir, se produjo no escasa continuidad e incluso hemos de reconocer certeza de algunas pervivencias hasta la centuria siguiente, el siglo XI. El palacio de Yolco se mantuvo intocado hasta el Heládico Reciente III C y tampoco dan señales de catástrofe en el III B los centros de Korakou, en la Corintia, de Asine, en la Argólide, y de Hagios Kosmas, en el Atica, pues todos ellos continúan activos en el periodo siguiente. Es de destacar que son muy numerosos los centros menores que desaparecieron en torno a 1200 a. C., dado que los habitats del III C son muchísimos menos que los del III B.

Sin embargo, no todo el ámbito micénico resulta alcanzado por el desastre. Las destrucciones suponen un fuerte golpe a la normalidad micénica, pero hay zonas intactas que apenas si experimentan disturbación. Tales son los casos de Tesalia y Elide, regiones marginales, quizá la Arcadia, muy poco explorada en sus yacimientos de la época, y de manera especial las islas. Las Cíclades y el Dodecaneso no se vieron afectados en el Heládico Reciente III

B, lo que prueba que tan sólo la Grecia continental estuvo amenazada por el enemigo o la circunstancia que tantos trastornos provocara. La ciudad micénica de Mileto, en la costa occidental de Asia Menor, siguió con su actividad habitual, lejos de los problemas, ya que tan sólo se detectan migraciones y asentamientos nuevos de la época en zonas inmediatas. Ni tan siquiera las islas más cercanas al continente resultan alcanzadas. Eubea, por ejemplo, acostada a la Beocia y al Atica, no se vio perturbada; bien al contrario, presenta un florecimiento particular de su centro de Lefkandi en el siglo XII a. C. Quedó a salvo gracias a la estrechísima manga del Euripo. También Cefalenia se mantuvo al margen de las destrucciones, quizá porque su vida micénica era muy limitada antes del 1200, y, si algo trastocó su normalidad, no fue otra cosa que el gran número de refugiados procedentes de otras zonas que pasaron a ella. Lo que llama la atención en esta isla es que no haya cementerios anteriores a una población del Heládico Reciente III C., nutrida, pero, como dijo Desborough, de "mediocre prosperidad" (Desborough: 1964, p. 107). En cuanto a Creta, que se resiste todavía a desvelar del todo el misterio de la ruina del palacio último de Cnoso, cual ha quedado ya dicho, conoció en el periodo III B al menos la destrucción de La Canea, probablemente también la del propio palacio antes citado, y fue asilo igualmente de micénicos desplazados. También Chipre acogió micénicos en fuga en el siglo XII, e incluso hay quien cree que es ahora cuando la isla se heleniza (Aström: 1972).

En el continente hay dos regiones que presentan circunstancias peculiares. Una de ellas es la zona peloponesia costera del golfo de Lepanto, la Acaya, y la otra es el Atica. Acaya ha dado bastante material funerario del Heládico Reciente III C., a pesar de la destrucción de Teichos Dymaion, ya mencionada. Algunos autores han interpretado muy verosímilmente esta evidencia como prueba de asentamientos de micénicos huidos, que han buscado refugio en esta región relegada (Desborough: 1964, p. 101), tal vez al amparo de un Teichos Dymaion recuperado. En el Atica son indicativos los testimonios de Atenas y de Perati. La ciudadela que el mito relaciona con Teseo sufrió ataques, pero no cedió, y ofrece el único caso elocuente de centro continental que presenta continuidad de vida desde la época micénica hasta la arcaica, a través de las etapas definidas por los estilos cerámicos III B, III C., submicénico, protogeométrico y geométrico; continuidad arqueológicamente palpable que resulta confirmada por las tradiciones posteriores: la de la inmunidad ateniense cuando el retorno de los Heraclidas, gracias al sacrificio del rey Codro, y la del tópico de la autoctonía del pueblo de Atenas, hijo de la tierra y nunca dislocado. La propia tradición hace de Codro un oriundo de Pilo, refugiado en la ciudadela del Atica cuando el colapso del principado mesenio. Y es posible realmente que Atenas y toda el Atica constituyeran, como la Acaya , Cefalenia y otros lugares, otro territorio de refugio. El cementerio de Perati da rica cultura del Heládico Reciente III C y obje-

tos importados de todo el Egeo, Egipto, Asia anterior e incluso el norte de Europa. No hay habitat estable en las cercanías, y parece válida la interpretación de que estamos ante enterramientos de refugiados. Se desprendería de esta posibilidad una confirmación de las tradiciones que hablan del Atica como región de asilo.

Todos estos datos arqueológicos ofrecen un panorama coherente, lo bastante expresivo como para convencer de que en el paso del periodo micénico III B al III C., y a lo largo de éste, la *koiné* griega sufrió un fuerte descalabro mediante destrucciones en cascada, movimientos de población, desastres reiterados y decadencia general, salvo excepciones. El mundo micénico de los siglos XIV y XIII a. C., desaparece. Es cierto que la constante que suponen los estratos de destrucción con cerámica III B y III C admitirían explicaciones varias como resultados en cada caso de azares diferentes en momentos distintos y que la concatenación podría ser pura apariencia. Vista, sin embargo, la serie de testimonios en su conjunto, se llega al convencimiento de que se precisaría impensable casualidad en cadena para que esa convergencia de hechos no respondiera a una real convergencia de motivos. El testimonio de la arqueología sugiere más bien que el mundo micénico vivió decenios de inseguridad y que, como resultado de ello, numerosos centros activos, aun los más importantes, se vieron disminuidos, paralizados e incluso algunos destruidos definitivamente.

9.3. Causas del hundimiento micénico

9.3.1. La tesis doria y sus dificultades

La explicación tradicional para el colapso de los principados, ya apuntada más arriba, ha sido la que adjudicaba la paternidad de las destrucciones a un grupo griego diferente y relegado, los dorios, que irrumpen en el escenario micénico y provocan su quiebra. El fundamento último de esta tesis de tan larga vigencia se encuentra en la conjugación de las tradiciones heraclideas y del mapa dialectal helénico del primer milenio. Los dialectólogos helenistas, que encontraron un filón para sus discusiones y el avance de su ciencia en la documentación micénica descifrada, no han conseguido todavía llegar a un acuerdo en lo fundamental de la desmembración dialectal del griego, la historia del fenómeno y las relaciones entre las distintas modalidades de habla helénica. Aunque en teoría se defiende el interés de la dialectología de la lengua griega para la historia o la posibilidad de conexión de las evidencias lingüísticas y arqueológicas (por ejemplo López Eire: 1970-1971), en la práctica se evanesce, en el estado actual de nuestro conocimientos, cualquier intento de establecer hechos firmes utilizando como apoyatura el testimonio de los dialectos.

La ubicación del micénico en relación con la familia jónico-ática, arcado-chipriota y eólica, e incluso con los dialectos del noroeste y dorio, hasta ahora tenidos con práctica unanimidad por grupo independiente, está sin resolver y sigue viva una polémica siempre renovada, que se complica, pero no cesa. Mas abajo nos referiremos a ella. Sin embargo tiene todavía valor la vieja observación de que la mayor parte del Peloponeso, donde estuvieron los más importantes centros colapsados, está ocupada en época posterior por hablantes de dorio, siendo así que en el centro de la península, aislados, quedan los arcadios, cuyo dialecto tiene concomitancias con el de Chipre y ambos, en opinión común, se encuentran muy cerca, lingüísticamente hablando, de las tablillas. Es conclusión obvia considerar que el arcadio y el chipriota son evoluciones del habla de grupos micénicos desmembrados y que los dorios fueron los disturbadores del mapa dialectal griego y también de las destrucciones peloponesias. Aportando los elementos míticos conocidos, tenemos todos los ingredientes que fundamentan la problemática tesis doria.

Así pues, y sobre esta base, surgió la atribución de la caída de los palacios a una invasión de dorios, griegos marginales que se encontrarían relegados en la región septentrional, al margen de la *koiné* micénica totalmente o en gran parte. A lo sumo se llegó a defender la entrada de los dorios en un vacío de poder y de sociedad, que haría esta teoría compatible con alguna de las que veremos más abajo, en especial la que sigue inmediatamente. De todos modos, la tesis doria ha seguido siendo la más aceptada para explicar las propias destrucciones, entre otras cosas porque tiene su lógica la observación de Palmer de que la invasión en vacío es hipótesis innecesaria; si hay destrucciones y recién llegados, lo más simple es concluir que éstos provocaron aquéllas. Pura economía de hipótesis. Pero los arqueólogos tuvieron pronto cosas que decir. Desde mediados de los sesenta Desborough, menos claramente Mylonas y con decisión Snodgrass, por supuesto otros tras ellos, han ido señalando las dificultades arqueológicas de tal invasión. Ni hay evidencia de irrupción ni de nuevos asentamientos. A pesar de todo, la hipótesis doria parecía que iba a poder resistir este serio embate, y se vino sustentando sin dificultades hasta mediados de los setenta. Fue entonces cuando el israelí Rubinsohn negó abiertamente la paternidad doria de las destrucciones, en la idea de que la llegada de los dorios al Peloponeso ocurrió un par de siglos más tarde (Rubinsohn: 1975), y cuando, con mayores efectos para hacer tambalearse la tesis doria, Chadwick excluyó la invasión de unos griegos del norte, los dorios, convencido de lo contrario que afirmara el autor anterior; para el británico había ya hablantes de dialectos occidentales, el dorio entre ellos, en la época de las tablillas micénicas y, por lo tanto, antes de la caída de los palacios. En su opinión los dorios constituirían una clase inferior, "lower class" dice el autor, sometida a los hablantes de las modalidades dialectales micénicas (Chadwick: 1976a).

La afirmación de Chadwick encontró apasionada respuesta en una serie de trabajos que se publicaron en años sucesivos, algunos de ellos aparecidos en España (Moralejo: 1977; López Eire: 1978). Pero el codescifrador de la Lineal B no se quedó solo. En 1976 Hooker, por distintos caminos, y luego Caroline Thomas, creo que también en paralelo, coincidieron en cuestionar la invasión doria y en defender la presencia de estos particulares grecohablantes en la propia Grecia micénica. La polémica estaba servida, y en concreto la revista sudafricana *Acta Classica* abrió sus páginas a un pequeño debate entre Greenhalgh, Ball y Baumbach. Como muchas veces ocurre, entre posiciones encontradas, surge el proponente de la vía intermedia, que en este caso parece más la solución salomónica aplicada por principio, que el hallazgo del verdadero camino: Soesbergen sugirió que por 1200 a. C., lo que ocurrió fue la entrada de sólo un sector del pueblo dorio, que es tanto así como hablar de media invasión; estos dorios y otros griegos de dialecto cercano, a los que el autor llama protogriegos, pudieron haber estado antes de la migración muy hacia el norte, pero en contacto con las gentes y la cultura del sur. Ello explicaría que no haya rastros de una cultura material de suplantación. No muy lejos, ni en el tiempo ni en la idea, está la propuesta del italiano Brillante, quien en su estudio sobre las leyendas heroicas griegas y el mundo micénico se manifiesta a favor de que los dorios, invasores desde el norte, fueron los destructores de la civilización micénica, de la que debían de estar penetrados más o menos profundamente (Brillante: 1981, p. 181-182). La investigación de los últimos quince años ha afrontado la cuestión con superior tranquilidad, pero con no mayores seguridades; y además surge de vez en cuando la propuesta original y perturbadora, como puede ser la que considera que no ha habido más invasión –y ésta sería la reflejada en el mito del retorno de los Heraclidas– que la de unos griegos procedentes de Asia Menor (Carruba: 1995).

9.3.2. Teorías de los factores internos

Frente a esta teoría tradicional no han faltado los estudiosos que, aguzando el ingenio, han ofrecido otras explicaciones de mayor o menor verosimilitud y de diversa índole. En primer lugar, comenzó a tener fortuna la idea de que no fueron sino factores internos los que minaron el mundo micénico hasta dar los resultados conocidos; factores internos que serían guerras sin cuartel entre palacios, con la consiguiente quema de recursos y ruptura de un entramado de relaciones inherente al sistema, y de manera especial revueltas civiles. Es cierto que algunas tradiciones del caudal mítico griego podrían recibir luz de una explicación de este tipo, y también lo es que se comprendería, si la tesis fuera acertada, que la arqueología no haya detectado una cultura de ocupación. Queda de todos modos el extraño fenómeno de una adecuación entre el aparato defensivo monumental de las ciudadelas y los,

digamos, insignificantes enemigos que serían tales presuntos revoltosos; entre éstos y los efectos generales habidos. Sólo algunas destrucciones menores podrían explicarse de esta forma, y más concretamente las ocurridas en pleno Heládico Reciente III B, cuales las de Tebas y Micenas. Cuesta trabajo entender cómo unas revueltas antimonárquicas y antiaristocráticas, sin más, pudieran tener como consecuencia el abandono de tantos hábitats menores y la disrupción total de la mayor parte de la Grecia micénica continental. Pero ahí está la sugerencia, con no menos valor que el de cualquiera de las demás, pues todas tienen, como se verá, su carga problemática. En este apartado deberíamos incluir también las teorías que ven la causa del hundimiento micénico en la rigidez del propio aparato burocrático, en una desproporción entre lo que el aparato palacial demandaba y necesitaba absorber y la tierra cultivable del principado, que sería insuficiente, o en unas prácticas agronómicas que provocaron a la corta el agotamiento del suelo cultivable. Se ha escrito también sobre un cambio en el modo de hacer la guerra como causa del colapso (Drews: 1993), cuando podría tratarse del efecto, y sobre un posible empobrecimiento de la población por excesiva presión fiscal y una inmoderada exigencia de trabajo obligatorio, cuestiones éstas que empalmarían muy fácilmente con las tesis de la revolución o de la inflexibilidad contraproducente (con bibliografía anterior, Deger-Ialkotzy: 1996).

9.3.3. Explicaciones por causas naturales

Hace ya algunos lustros aparecieron sobre la mesas de los estudiosos varias sugerencias de explicación del final micénico por causas de carácter natural. De ellas habría que recoger básicamente tres, y lo hacemos en el orden en que fueron ofrecidas a la consideración especializada. Son ellas las tesis del cambio climático, de la catástrofe sísmica y de las motivaciones patológicas; Carpenter, Pomerance y Angel sus respectivos promotores y sustentadores.

Para el primero de estos autores, el motor último de las calamidades que se abatieron sobre los principados micénicos hay que buscarlo en un cambio de régimen de los vientos y, como consecuencia, de distribución de las lluvias, que provocaría enrarecimiento de las cosechas, empobrecimiento de los recursos y, a partir de ahí, toda una serie de efectos encadenados, como despoblación, intrigas internas, revueltas civiles, saqueos y destrucciones (Carpenter: 1966). No es precido decir que el valor de esta hipótesis radica en si se produjo o no en realidad el cambio climático que se pretende, cosa no descartable, pero hasta el momento sin demostrar suficientemente. Por lo general, los especialistas han acogido esta solución explicativa con grandes reservas.

Algo parecido ocurre con la propuesta del norteamericano Pomerance. En su idea la caída de los principados micénicos se produjo por no otra cosa

que un formidable desastre natural: el estallido del volcán de la isla de Tera. Por lo general, la erupción que sumió bajo el mar casi la mitad de la isla de Tera se sitúa cronológicamente en torno a 1470 a. C., si bien es cierto que hay opiniones distintas al respecto, muy difíciles de conciliar como ya hemos visto. Es la datación propuesta por Marinatos, quien fue el conocedor indiscutible de la arqueología terense. Cree Pomerance que hay que retrasar dicho fenómeno sísmico hasta fecha aproximada de 1200 a. C. Serían los tremendos maremotos provocados por la erupción los que colapsarían la vida micénica, destruyendo cultivos y salinizando la tierra, afectando a la ganadería, arruinando los poblados y las obras públicas de comunicación y, naturalmente, aniquilando la flota. Todo lo demás serían consecuencias ulteriores (Pomerance: 1970). Esta teoría tiene una dificultad y una debilidad. La dificultad estriba en que no se entiende cómo una enorme erupción en el Egeo ha podido conmover y paralizar la Grecia continental, lo que es posible, sin perturbar la vida en las islas más próximas. La debilidad está en que no tenemos, hoy por hoy, seguridad al respecto de la datación que Pomerance defiende para la catástrofe de Tera, que en principio parece muy anterior. Las alternativas a las cronologías arqueológicas usuales provienen de los métodos de datación de laboratorio, y éstos apuntan no a momentos posteriores, sino a fecha más remontada. Una variante de esta hipótesis es la de quienes creen –así Kilian– en un terremoto muy violento y destructivo, ajeno en principio al estallido de Tera.

La tercera teoría basada en calamidades naturales, debida al antropólogo físico nortenamericano Angel, pretende que la tarda Edad del Bronce experimentó serias complicaciones, hasta la destrucción de los principados, por la generalización endémica de algunas enfermedades. El valor de la teoría de Angel radica en evidencias indiscutibles del material osteológico analizado por él, procedente de las excavaciones de Lerna (Angel: 1971 y 1972). Con gran frecuencia los esqueletos de la época presentan pruebas de lo que se denomina hiperostosis porosa del cráneo, huella de endemias hereditarias como pueden ser la talasemia y la drepanocitosis, más posiblemente la primera en el caso que nos interesa (Grmek: 1983, c. 10). Los resultados del estudio osteológico están ahí y tenemos incluso seguridad de tal padecimiento en otros lugares de la Grecia micénica, como por ejemplo Tirinte según datos conocidos más tarde (Bräuer-Fricke: 1980), pero falta por justificar que una endemia de este tipo pudiera provocar los efectos que entraman el fin del esplendor micénico.

9.3.4. La tesis de los Pueblos del Mar

Ya ha quedado dicho que los indicios extraídos, dentro de la inseguridad, de las tablillas de Pilo sugieren que lo que en este principado se temía no era

sino un ataque por mar. Lo que podrían ser medidas extraordinarias ante una situación de peligro se concretan en disposiciones de defensa costera. Nada tiene de extrañar que surgieran autores que ponían al servicio del misterioso colapso egeo las certezas existentes sobre convulsiones, históricamente bien atestiguadas, que conmocionaron el Mediterráneo oriental. La cercanía temporal del fin del mundo micénico con la actividad de los llamados Pueblos del Mar, los que amenazaron Egipto en más de una ocasión, hicieron desaparecer al poderoso imperio hitita y fueron protagonistas de otras perturbaciones algo antes y algo después de 1200 a. C., invita a relacionar lo que ocurrió en el Egeo con las correrías de estos pueblos marinos, desarraigados y piráticos. La teoría tiene un indudable atractivo, aunque también sus problemas. En los años sesenta Vermeule propuso una formulación bastante prudente de esta hipótesis, pues la combina con un factor distinto y a un tiempo muy relacionado: la disminución drástica de las posibilidades del comercio en aquella época de inseguridad en la navegación. Según esta autora, lo más grave que les pudo ocurrir a los griegos micénicos fue la quiebra del entramado comercial; peor todavía que una invasión. Tal ruptura de las relaciones comerciales hubo de ser consecuencia de la confusión provocada en el Mediterráneo oriental por los Pueblos del Mar. Las relaciones micénicas con Egipto se interrumpen, por descontado, como consecuencia de estas perturbaciones, pues el último material micénico aparecido en Egipto es el de la pequeña Bates' Island, junto a la costa occidental egipcia, de comienzos del siglo XII. Diversos autores han seguido por esta vía sin exceso de convicción, esa es la verdad, entre otros menos sonados, Desborough, quien no puede separar las destrucciones y despoblamientos de las convulsiones egeas contemporáneas (Desborough: 1964, p. 237 ss), Strobel y Sandars, como una parte, digamos necesaria, de la panorámica general que hacen sobre el fenómeno (Strobel: 1976; Sandars: 1978), y Chadwick, que acepta la hipótesis, aun no habiendo a su favor pruebas decisivas, y recuerda que la escasez de bronce en Pilo parece sugerir que los metales de dicha aleación llegaban por mar y éste se había tornado inseguro, aunque no cree probada la paternidad directa de estas gentes marinas (Chadwick: 1977, p. 242).

Han sido los arqueólogos Desborough y Mylonas los primeros en señalar las fallas de esta teoría. En primer lugar hay que señalar que las destrucciones de centros micénicos han tenido lugar con frecuencia lejos de la costa, por lo que no valen las formulaciones más extremas que presentan a los Pueblos del Mar como los responsables directos. Llama la atención, en segundo lugar, que en las islas no se aprecien señales palpables de dificultad particular, cosa esperable de ser el mar el foco de los problemas. Además, son zonas perfectamente alcanzables por piratas y guerreros marinos las que eligen los desplazados como lugar de refugio (Desborough: 1964; Mylonas: 1966). Más interés y peso tiene la hipótesis que relaciona con micénicos y

egeos en general algunos de los grupos integrantes de esas bandas de marinos piratas y guerreros que conturbaron las regiones costeras del Asia anterior y el delta del Nilo.

9.3.5. Hacia una explicación compleja para un fenómeno complejo

El hecho es que, cuando prestamos atención al hundimiento micénico, nos las habemos con una realidad muy compleja, en la que es difícil distinguir entre causas y efectos encadenados. Cada una de las teorías fundamentales arriba repasadas explica algunos hechos, dejando otros inexplicados. Todas o casi todas cuentan con sus apoyaturas en la documentación y en los hechos, pero ninguna es inmune a una crítica argumentada. Consecuentemente hay que poner bajo sospecha cualquier hipótesis simplista y plantearse la posibilidad de que actuaran causas múltiples –ninguna de ella la primera–, con sus múltiples efectos que a su vez podían acabar constituyéndose asimismo en causas. Las propuestas simples, si algo de base sólida tienen y no son meras especulaciones infundadas, valen en función de la concurrencia e interacción que podamos establecer entre ellas. Se impone, pues, una explicación compleja, que habrá de ser naturalmente ecléctica. El eclecticismo en este caso, contrariamente a otros, no es la salida fácil de síntesis de distintos, sino algo impuesto o por la evidencias o por la verosimilitud. Ha habido autores que han sugerido concatenaciones de fenómenos, aun partiendo de uno inicial, motor de los demás. De lo que se trata es de ir más allá todavía; a saber, de atreverse a reflexionar sobre si no serían varias o muchas las causas principales y primeras. Hace años Desborough insinuó ya el camino de la solución poliexplicativa. Siquiendo estos pasos, el norteamericano Feuer saltó a la palestra, algo más tarde, con una memoria de graduación que contenía la fórmula más comprensiva que se haya defendido por escrito, en cosas bastante discutible, pero muy completa, hasta el punto de que su valor global es incuestionable. Aunque la metodología antropológica del autor pueda incomodar a estudiosos más positivistas y a veces parezca que el modelo no está tanto al servicio de los datos como los datos al del modelo, pienso que hay muchos elementos firmes, por tanto aprovechables, en el cuadro que se nos ofrece.

Advierte Feuer que los pilares fundamentales de la estructura micénica eran la sociedad dominante, el nivel de población y el fácil suministro de cobre y estaño para la obtención del bronce. Una afectación de estos tres soportes supondría un fortísimo golpe al sistema. Pero aparte de ello, siguiendo de cerca el cuadro de subsistemas anteriormente propuesto por Renfrew, señalaba el entonces joven estudioso norteamericano algunas debilidades de la sociedad micénica. La subsistencia dependía demasiado de una agricultura especializada; la tecnología era en exceso tributaria de los círculos dominantes y

de los suministros exteriores de los dos metales necesarios para obtener bronce; la organización sociopolítica era extraordinariamente rígida, estratificada y centralizada, permitiendo poca iniciativa y escasa capacidad de reacción; el comercio estaba en función, excesiva, de circunstancias políticas externas, y las creencias en el más amplio sentido, la mentalidad diríamos, podrían haber contribuido a encorsetar a los griegos micénicos en planteamientos conservadores y poco adaptables. Quebrados los tres pilares, con las consecuencias previsibles en los diferentes sectores mencionados, el sistema que articulaba la vida de los principados no podía sobrevivir.

Aparte las consideraciones de principio resumidas aquí, el autor añade otros elementos particulares. Unos geográficos y ambientales, cuales la indefendibilidad de las costas, la insuficiencia de las regiones montañosas como protección ante ataques por tierra, la propensión del Egeo a las conturbaciones sísmicas y la posibilidad de sequías prolongadas. Otras, políticas; así la escasa unitariedad del mundo micénico bajo apariencia homogénea que presenta, la tendencia al enfrentamiento, la incapacidad de proteger a las poblaciones dispersas por parte del sector dominante de la sociedad. Por otro lado están las circunstancias exteriones, se trate de las presiones desde el norte, de las correrían devastadoras de los Pueblos del Mar o de la ruptura del comercio exterior debida a desfavorables condiciones. Este cuadro de circunstancias coadyuvantes, intento de explicación compleja al complejo fenómeno del colapso micénico, permite a nuestro autor la siguiente secuencia de acontecimientos: disensiones internas interpalaciales en el siglo XIII a. C., que dan contexto a la guerra de Troya, a la destrucción de Tebas y a ataques y daños sufridos por algunas ciudadelas con anterioridad a 1200; desde antes de esta última fecha, el Mediterráneo oriental ha entrado en efervescencia, se han producido los primeros síntomas de disturbación mercantil y comienzan las presiones desde la región septentrional de Grecia. Todo esto se agrava en el decenio que sigue a 1200; golpes duros a los dos imperios orientales del momento, el Hitita y Egipto, sobre todo al primero, total ruptura comercial, inicio del fenómeno de despoblación y tan vez condiciones naturales adversas. Entre 1190 y 1125 tiene lugar un periodo de estabilización de lo que queda de sociedad y de cultura tardoheládicas, tras el que se procuden nuevas destrucciones; Grecia es ocupada por gentes del norte, al tiempo que prosigue la migración de grupos micénicos. A continuación tiene lugar el asentamiento de los dorios y el fin prácticamente absoluto del micenismo. Hasta aquí lo que viene a decirnos Feuer.

No le faltan al cuadro debilidades manifiestas, que es posible detectar partiendo de aspectos tratados más arriba. Lo que realmente vale de lo precedente, con no ser reflexión desdeñable en su conjunto una vez salvadas las deficiencias, es la idea de que un solo factor no ha podido provocar el fin de la sociedad palacial. La propuesta de Feuer tiene la ventaja de que va más

allá de lo que fueron otros autores en el intento de una explicación general a ese hecho histórico complicado e inexplicable, pero indiscutible sobre los datos que poseemos: el de un mundo micénico esplendoroso que se quiebra en pocas décadas y que no necesita más que un siglo para desaparecer; el de un ambicioso ensayo político, económico y administrativo que fracasa en mucho menos tiempo que otros similares de la antigüedad contemporánea (Deger-Ialkotzy: 1996). Aceptemos en mayor o menor proporción el modelo explicativo de Feuer, al menos se impone en mi opinión como ejemplo de adecuada manera de afrontar la difícil cuestión, y de ahí que le haya prestado particular atención, sin preocuparme de que el estudioso norteamericano, perfilado hacia otros saberes, no se haya hecho un gran nombre en el mundillo de la micenología.

10.

Los siglos oscuros

Como uno más de los usos convencionales que los historiadores nos vemos abocados a adoptar, por razones de comodidad o porque no se encuentra nada mejor, denominamos Edad Oscura al periodo que media entre la caída de los palacios micénicos y el arcaísmo griego. El pueblo helénico comenzó a tener conciencia de su propia historia a raíz precisamente de la Edad Arcaica, mientras que el tiempo anterior se difuminaba en lo que llamaríamos pasado legendario. Gracias al desciframiento de la Lineal B y al descubrimiento de la brillante civilización micénica, los investigadores de nuestro siglo han podido rescatar de alguna suerte para la historia verdadera la última parte de la Edad del Bronce. Queda en penumbra todavía, por pobreza e inadecuación de fuentes, la parte del pasado brumoso de los griegos que precede al periodo arcaico y se inicia con el colapso micénico. Durante la mayor parte de esos siglos oscuros, salvo que se sepa tan sólo en Chipre, los helenos han perdido el uso de la escritura; olvidado el sistema silábico Lineal B, tardarán tiempo los griegos en adoptar para su propia lengua el alfabeto de los semitas occidentales, a saber, el sistema de escritura cananeo-fenicio. Las vías de información que nos quedan no son otras que las tradiciones orales, míticas y poéticas, si en algo se diferencian, y especialmente la arqueología. Hay que señalar que los avances de esta ciencia están haciendo cada vez más inadecuada la vieja idea de una Grecia brumosa e inasequible, porque al menos cabe decir que se nos está, a pesar de todos los problemas, materializando en las manos. Abundan ya los autores reticentes a la hora de aceptar la etiqueta de Epoca Oscura para este tiempo interme-

dio entre los de la Grecia micénica y la arcaica. Los espectaculares hallazgos de la rica e incluso organizada Lefkandi justifican de por sí que algunos autores pongan en cuestión esa extendida denominación del periodo. Y es posible que la sociedad griega no se encontrara en una depresión tan generalizada como se ha venido pensando, aunque tal vez no quepa tampoco hacer de la excepción categoría. No son suficientes, de todos modos, los datos arqueológicos y por eso las cuatro centurias largas de este periodo nos aportan objetivamente menos contenido histórico que los cuatro siglos inmediatamente anteriores, los del micenismo, y los cuatro que siguen, que son los del arcaismo y el clasicismo. Como alternativa a la fórmula usual, contamos con otras dos, de diversa fortuna y también discutible conveniencia: medievo griego y época homérica.

10.1. El momento subsiguiente al fin de los palacios

10.1.1. Panorama arqueológico

Ha quedado ya dicho que, aunque los palacios, con excepciones, van sucumbiendo entre finales del Heládico Reciente III B y avanzado el III C., sigue habiendo zonas apenas tocadas por el desastre. Tal es el caso de las islas y de los asentamientos griegos en Asia. Las destrucciones primeras afectaron de manera especial a los centros micénicos continentales y algunos, con todo, conocieron un resurgir en tono menor que les permitió varios decenios más de vida. Es lo que le ocurrió a la propia Micenas, el lugar emblemático de aquel mundo tambaleante. La supervivencia no dejó de ser precaria en el continente y efímera en las islas. El colapso micénico de primera hora provoca una fuerte recesión, que se nota sobre todo en la Grecia continental.

Quizá la más elocuente información que nos aporta la arqueología sea la drástica reducción del número de poblamientos activos entre los periodos Heládico Reciente III B y III C. A juzgar por los yacimientos conocidos, la zona meridional del Peloponeso, a saber, los territorios de Laconia y Mesenia, y al norte del istmo la Beocia se vieron prácticamente paralizadas. Sólo una mínima parte de los centros del periodo III B presentan evidencia de continuidad en el III C. Más afortunadas son regiones cuales Elide, Corintia y Argólide, así como las demás situadas al norte, donde, a pesar de todo –salvo en Tesalia, que sugiere menos disturbación– la vida de periodo a periodo ha quedado reducida en aproximadamente la mitad. Para algunos de los poblamientos la cultura material de tipo III C no pasa de testimonial. Si atendemos a su cerámica del momento, la de los llamados estilo "granero" y "cerrado", Micenas alcanza un tiempo de prosperidad relativa, pero acaba también des-

truida. Lo mismo ocurre en las islas y Asia Menor, a pesar de la seguridad de que gozan por cierto tiempo y del hecho significativo de que en estas zonas los yacimientos del III C no son muchos menos que los del III B. Varios centros importantes resultan arruinados o son abandonados antes de que termine el Heládico Reciente III C o coincidiendo con su final. Phylakopi, en Melos, queda desierto y no fue reocupado y lo mismo ocurrió con Serraglio, en la isla de Cos, con la única diferencia de que tiempo después aparecerían aquí nuevos pobladores. Hubo abandonos asimismo en la isla de Rodas, lo que es seguro para el centro de Kameiros y posible para algunos otros más. En la isla de Quíos, el lugar de Emborio fue destruido y se mantuvo desocupado hasta pasado larguísimo tiempo. En Asia Menor, Mileto conoció destrucción también antes de que finalizara el Heládico Reciente III C. Esta secuencia prueba que los problemas no habían terminado y que llegaron hasta donde con anterioridad apenas se habían hecho notar. Raros son los yacimientos elecuentes que ofrezcan casos de continuidad. Llama la atención en este sentido el de Grotta, en Naxos, donde se mantenían relaciones con la también superviviente región del Atica. Por el lado de la expansión occidental, sólo algunos puntos del sur de Italia desarrollan cultura III C. Tal es el caso de la colonia de Scoglio del Tonno, especialmente, pero también de los yacimientos de Torre Castellucia y Leporano y de las cercanas islas Lipari, puntos todos con relaciones enrarecidas hacia la Grecia de oriente, tal vez en exclusiva hacia las islas y más concretamente hacia la de Rodas (Jones: 1986). Pero este micenismo suritálico, que tiene mucho de residual aunque se haya renovado conforme a la evolución que experimenta lo superviviente de la cultura egea, termina muy pronto; en pleno periodo III C. El de Sicilia había finalizado antes de que acabara el siglo XIII, en uso todavía la cerámica III B.

Si hay algo que caracteriza a la cerámica del Heládico Reciente III C es su variedad, que contrasta con la uniformidad de la del periodo III B. Esta tendencia a la diversificación no es otra cosa que la regionalización de los estilos y las culturas como consecuencia de una mayor dificultad de relaciones; la evolución y las innovaciones tienden a hacerse independientes de centro a centro. Los cambios, sin embargo, no se hacen mediante cortes. Toda variedad tiene su raíz anterior. Los estilos "simple" y "cerrado" de la cerámica III B se perpetúan respectivamente en los estilos "granero" y "barroco" de la III C. La transformación del estilo "pulpo" supone otro caso de continuidad, y las variantes surgen y proliferan más por evolución que por renovación. Por otra parte, no deja de ser mero simplismo regularizador considerar que los estilos submicénicos han sustituido, simultáneamente en todo el ámbito griego, a las cerámicas III C en un proceso de empobrecimiento general y uniforme. Lo submicénico, si es que todavía podemos dar por válida esta terminología (propuso su rechazo Rutter: 1978) es un fenómeno de origen local,

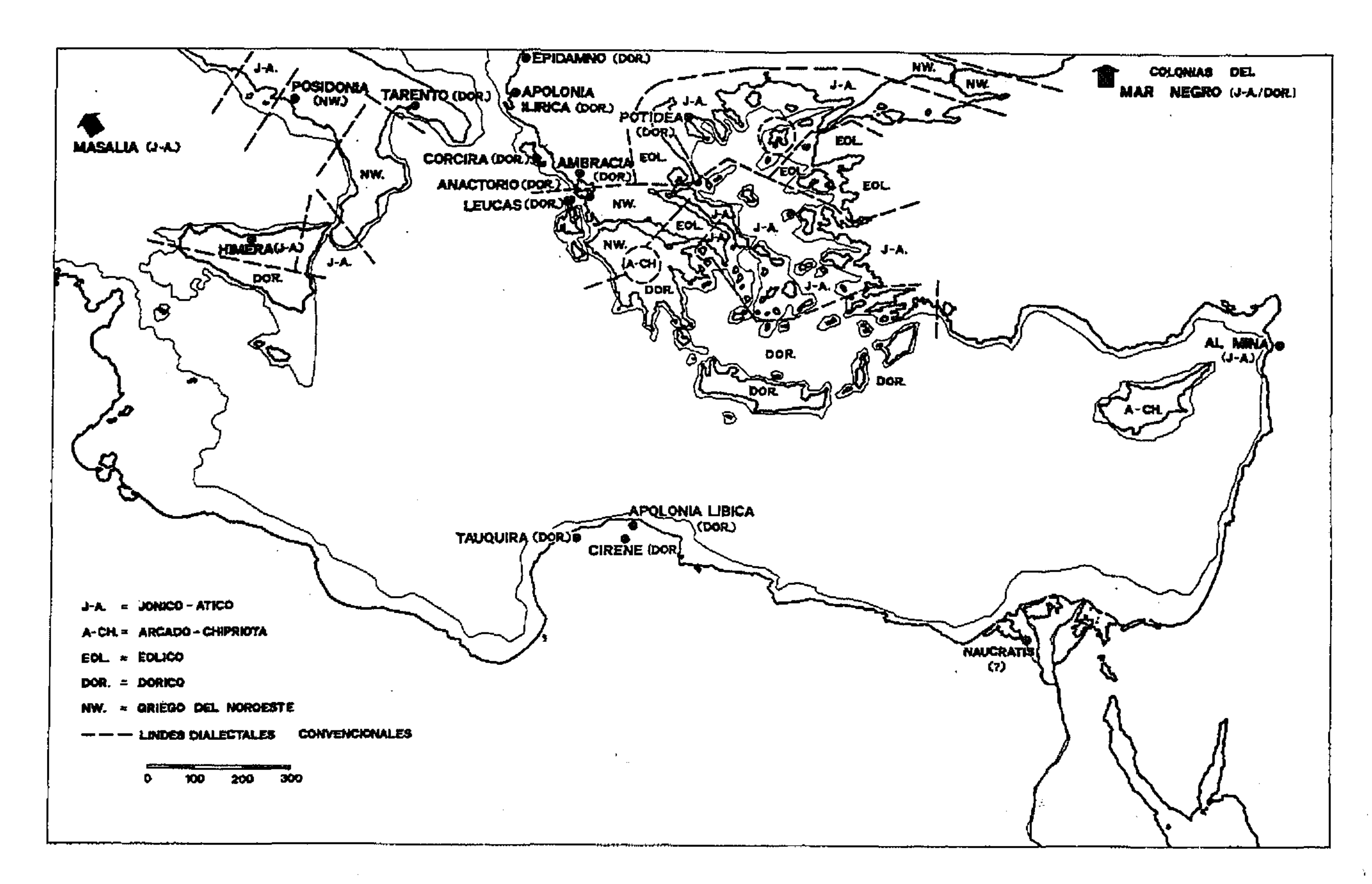


Figura 10.1. Expansión dialectal con anterioridad a 600 a. C.

digamos ateniense y de la Grecia central, que comienza antes de que se consumen las últimas etapas del Heládico Reciente III C., lo que le da contemporaneidad a estos estilos y no precedencia necesaria y general del uno sobre el otro. Es sólo en algunos lugares donde el submicénico será la cerámica del siglo XI a. C., hasta que acabe por generalizarse –y tómese la expresión con cautela– la posterior cerámica protogeométrica, que antecederá a la geométrica de la última fase de la Edad Oscura. En paralelo con las degeneraciones submicénicas, Creta ha conservado elementos de su propia tradición insular en el estilo llamado subminoico, mientras que Chipre tiene en uso las últimas variantes de su alfarería típica. Todo esto confiere al mundo griego, en lo que se refiere a ese particular característico en superficie de toda cultura antigua, que es la cerámica, una sensación de gran variedad, de notable independencia de usos y en ocasiones también de que existen lagunas locales y temporales.

Naturalmente, no todos los cambios que caracterizan el periodo se reducen a las evoluciones y diferencias carámicas. Como contrastes con la Grecia anterior a las destrucciones, habría que señalar el deterioro general de la artesanía en todas sus manifestaciones, el empobrecimiento e incluso desaparición de algunas modalidades artísticas, la incapacidad para acometer grandes obras arquitectónicas y el cambio de algunas costumbres con reflejo en la cultura material. Entre otras cosas, cabe decir que la Grecia del siglo XI se encuentra ya, utilizando la terminología ptrehistórica, en la Edad del Hierro. Dada la importancia que tienen los enterramientos como medio de aproximación arqueológica a cualquier pueblo de la antigüedad, tanto mayor cuanto menos explícitos sean otros tipo de fuentes, conviene hacer breve mención del cambio de costumbres funerarias. Si el monumento sepulcral del Heládico Reciente III B era la tumba colectiva, la de *thólos* en algunos lugares y la de cámara en otros, el Heládico Reciente III C ya no conoce los grandes recintos circulares, a lo sumo se continúa utilizando alguno de vieja construcción, y apenas si erige una que otra sepultura de cámara. Creta parece proporcionar la única particular excepción a este panorama. Lo que ahora se practica es el enterramiento individual, sencilla deposición del cadáver en tierra sin más o, nada frecuentemente, dentro de *píthoi* o tinajas. Proliferan los enterramientos de cista, que son novedad típica del submicénico, y comienza a aparecer la incineración en sus primeras manifestaciones hasta la fuerte expansión de este rito, en un cierto paralelo con la que experimenta la cerámica protogeométrica. El cambio de rito de la inhumación a la incineración es fenómeno fundamentalmente ateniense y desde la capital del Ática se irradia a otros puntos de la misma región, a Beocia, a Creta y a otros lugares. Ya en el cementerio III C de Perati exsisten numerosos enterramientos tras cremación, antecedente de la costumbre que ahora prolifera. Este cambio de rito, obviamente, no tiene por origen la llegada de nuevas gentes.

Otro aspecto destacable es el de las novedades en la metalurgia. Dos de ellas importantes son la fíbula de arco de violín y la gran espada de punta, únicos elementos de los que se ha pensado que podrían responder a manifestaciones de cultura instrumental importadas por grupos humanos llegados desde fuera. En cuanto a las armas, que siguen siendo de bronce hasta que la tecnología del hierro acaba por imponerse, implican algo más que simple evolución de factura: una transformación en el modo de combatir. Las espadas anchas y pesadas del periodo micénico clásico eran adecuadas para la lucha caballeresca del cuerpo a cuerpo por pareja. La evolución de esta arma en la Edad Oscura parece indicativa de un combate más vivaz y agresivo, cosa que también es posible deducir de los más manejables escudos del momento. La imposición del hierro, preparada por importaciones más y más frecuentes, pasa por la adquisición de su compleja técnica por parte de los talleres griegos, y se ha pensado que podría ser consecuencia de un aprendizaje casi obligado a causa del agudizamiento de la escasez del bronce y su consiguiente encarecimiento.

10.1.2. Panorama lingüístico

Son muchas las dudas que llevan a los dialectólogos a discutir sobre la historia de las diferentes modalidades de habla documentadas en la Grecia del primer milenio, sus relaciones entre sí y con el micénico en particular. Se sabe cuál era la distribución dialectal de época histórica, pero no tanto cuál era la de finales de la Edad del Bronce; se conocen las diferencias y similitudes de los dialectos, pero menos la historia y la explicación de los fenómenos peculiares; es posible distinguir en cada modalidad los elementos conservadores e innovadores, pero no agrupar los dialectos y establecer cuándo y cómo se han producido los desgajamientos o, como prefieren decir los lingüistas, la fragmentación. El problema es doble. Por una parte, habría que fijar la ubicación de cada dialecto frente a los demás, ubicación lingüística se entiende, e intentar establecer conclusiones del hecho mismo de la individualización, mientras que, de otro lado, interesaría localizar en lo geográfico cada dialecto o los estadios previos de cada dialecto en sucesivos momentos de tiempo.

Pese a todas las inseguridades y las polémicas que mantienen los especialistas, hay algunos hechos que cabe dar por adquiridos. Uno es que el dialecto micénico se encuentra muy alejado del dialecto dorio, el que precisamente ocuparía gran parte de lo que había sido territorio de principados importantes en el Heládico Reciente. Otro hecho comúnmente admitido es la cercanía del arcadio y del chipriota entre sí y de ambos con el griego de las tablillas, de tal manera que no habría demasiado problema en entender que el arcado-chipriota del primer milenio fuera, si no una pervivencia esca-

samente evolucionada del dialecto micénico, como la mayoría de los filólogos defiende, al menos una modalidad de habla helénica en notable cercanía dialectal con el micénico; porque no perdamos de vista que hay algún lingüista que señala hoy, como prueba de que el arcadio y el chipriota no son descendientes directos del micénico, las innovaciones ajenas al griego de las tablillas que presentan y sobre todo que algunos rasgos documentados en micénico no hayan dejado rastros en los dos dialectos históricos a que nos referimos (Bartonek: 1996). Curiosamente, como ya ha quedado dicho más arriba, el dorio se hablaría en regiones que habrían tenido gran vitalidad en época del tardo Bronce y en las que se había llevado registros en la modalidad del griego micénico, mientras que los dialectos más cercanos a ésta, el arcadio y el chipriota, quedaban relegados y segregados, el uno en el corazón del Peloponeso, el otro en la gran isla oriental, con un amplio sector peninsular e insular de habla doria de por medio. El grupo jónico-ático aparece en época histórica en el segmento central de la costa occidental de Asia Menor, en las islas Cíclades, en Eubea y en la región del Atica. Lingüísticamente se encuentra muy lejos del dorio y de los dialectos noroccidentales emparentados con éste. Si en la variedad jónico-ática del griego tenemos otra derivación postmicénica más evolucionada que la arcado-chipriota o deriva de una fragmentación más antigua, apuntada ya en la Edad del Bronce y por lo tanto más o menos independiente del dialecto de las tablillas, es cosa que los especialistas siguen discutiendo todavía, sin resultados en los que convengan. En cuanto al eolio, se hablaba en Tesalia, Beocia, Lesbos y la Tróade, y tampoco hay seguridad en relación con su ubicación lingüística, pues también a su respecto hay defensores tanto del carácter postmicénico como de la antigüedad de sus innovaciones y por ende de que constituía rama independiente. Y estamos ya, como se ve, metidos en problemas; y tanto mayores serán éstos cuanto más lejos pretendamos llegar. No solamente las conclusiones históricas que querríamos extraer o la composición del panorama lingüístico con el arqueológico resulta difícil, sino que incluso cuesta dar consistencia y seguridad al propio esquema dialectal, si se intenta concretarlo, y los lingüistas comprensiblemente aspiran a ello, aunque a la hora de la verdad disienten bastante. Si nuestro objetivo es distinguir los grupos griegos y ver las relaciones existentes entre ellos al salto de la Edad del Bronce al postmicenismo, establecer y seguir las migraciones a partir de los datos dialectológicos e incluso alcanzar concreciones históricas mayores, no nos resultan suficientes las cortas generalidades indiscutibles.

Es posible decir, en principio, que las familias griegas tienen que ser al menos dos: la occidental y la oriental. A la occidental pertenecerían los dialectos dorio y del noroeste, emparentadas muy de cerca, mientras que en la oriental, junto con el micénico, se integrarían el arcado-chipriota y el jónico-ático. Pero, ¿es indiscutible esta simplicidad? ¿Cómo se la podría desarro-

llar y complementar? En primer lugar, queda por situar el eolio, que algunos acercan al grupo de dialectos occidentales y otros vinculan a los orientales; los dialectos beocio y tesalio, pertenecientes a este grupo, presentan elementos que los imbrican de alguna suerte con las modalidades occidentales propias. Lingüistas hay que para explicar mayor cantidad de cosas reconstruyen una familia más: la del grupo central. Es lo que puede verse en un trabajo de Dunkel, que llama griego del norte al occidental y griego del sur al oriental, y recompone un griego central intermedio entre ambos. Del griego septentrional, en este esquema tripartito, derivan según el autor citado el dorio y el griego del noroeste; del griego meridional, el jónico-ático, y del griego central intermedio, independientemente, el eolio por un lado y el micénico y arcado-chipriota por otro (Dunkel: 1981b). Otros van más lejos, como Ruijgh, quien establece cuatro ramas: la micénica, la jónico-ática, la eolia y la doria; independientes todas y con raíces ya autónomas en la Edad del Bronce, en la que habría otras tantas variantes de griego, predecesoras de cada modalidad, o sea, el protoaqueo, el protojónico, el protoeolio y el protodorio, de los cuales sólo tendríamos documentado textualmente el primero a través de las tablillas (Ruijgh: 1995 y 1996a). Estas propuestas, como se ve, minimizan la fragmentación del micénico tras 1200 a. C.

No faltan los autores que prefieren simplificar la evidente pluralidad del panorama dialectal helénico por una vía que en principio parece paradójica: negar la unitariedad del dialecto micénico y distinguir en él dos variedades de las que derivarían, en paralelo e independientemente, algunos dialectos históricos. Es otro modo de facilitar una explicación para las diversas modalidades del griego histórico. En otras palabras, el grupo occidental, dorios y griegos del noroeste, por un lado, y las dos modalidades micénicas darían razón de todo el panorama lingüístico de los dialectos helénicos conocidos. Fue el micenólogo Risch quien por primera vez distinguió un micénico normal y un micénico especial, el primero compartido por la mayoría de los funcionarios de palacio, el segundo específico de un número restringido de escribas (Risch: 1966). Se da la circunstancia, según advierte el estudioso suizo, de que las peculiaridades del micénico especial no han sobrevivido a los principados micénicos, mientras que las del especial pervivieron en el arcado-chipriota, cosa que le permitió concluir que la primera modalidad era la canónica de las clases superiores o de los escribas y la segunda la del pueblo llano, de escasa canonicidad. Hay, sin embargo, una anterior contribución del propio Risch, no contradictoria con la suya antevista, que ha tenido notable fortuna: la que considera que los dialectos jónico-ático y arcado-chipriota derivan directamente del de las tablillas por fragmentación en época postmicénica (Risch: 1956). Esta conclusión, lingüísticamente obtenida, encaja sin dificultades en lo que sabemos de la historia del Atica y de la continuidad ateniense. Preciso es reconocer, sin embargo, que el acercamiento del

jónico-ático al arcado-chipriota, en cuanto que derivados ambos grupos del tronco común micénico, no deja de tener sus problemas, y de ahí que algunos helenistas hayan separado ambos subgrupos, concediéndole independencia al jónico-ático y vinculando el arcado-chipriota a una por ellos llamada rama suroriental o aquea, que es más o menos alguna de las soluciones vistas más arriba.

Risch ubicaba el eolio fuera del micénico y sus derivaciones, lo que unos han aceptado y otros rechazan. Un alegato a favor del postmicenismo del eolio y, por lo tanto, de su acercamiento al arcado-chipriota –no se compromete con el jónico-atico–, como dialectos fragmentados desde un origen común, es el de García Ramón, fundamentado y respetado, aunque también discutido por muchos (García Ramón: 1975). Años antes otro autor, Wathelet, había publicado un voluminoso trabajo en el que se sustentaba la idea contraria: la de una preexistencia del eolio antes de 1200 a. C., por lo tanto su no postmicenismo (Whatelet: 1970). Algo que explica estas dudas e incoincidencias es la evolución desigual dentro de un dialecto concreto, conservadurismo e innovación a un tiempo, según rasgos, y el préstamo reciente, secundario pues, de elementos entre modalidades geográficamente vecinas. Así, por ejemplo, el eolio de Beocia tiene rasgos noroccidentales, y lo mismo el tesalio, mientras que el eolio de Lesbos presenta notorias influencias jónicas, cosa que a veces lleva a descolocar todo el grupo entero y al desconcierto de los especialistas. Quizá la más radical de las posiciones, para solución de éste y otros problemas dialectológicos de la lengua helénica, sea la que niega toda continuidad micénica en el panorama dialectal del griego (Bartonek: 1996); no sólo el eolio no derivaría de diferenciación postmicénica; tampoco el jónico-ático y ni siquiera, como ya se dijo, el arcado-chipriota. Aunque, ¿puede una modalidad de habla extendida desaparecer así como así, sin pervivencia alguna? ¿Iba a estar el dialecto de las tablillas tan restringido a un grupo ruducido de hablantes que, desarticulado éste, sus peculiaridades lingüísticas habrían de desaparecer o perder los rasgos de su identidad?

En parte por las muchas dificultades de su aplicación –de limitaciones habla Bartonek: 1993)–, en parte por razones estrictamente teóricas, los dialectólogos tienden últimamente a desentenderse del método genealógico, consistente en el establecimiento de familias, dependencias y relaciones. La síntesis de líneas arriba refleja ese modo de hacer, ahora en recesión, que ha impuesto ley durante muchas décadas. El principio básico que articula los nuevos planteamientos es que no resulta posible ni legítimo comparar modalidades de habla no bien conocidas (con bibliografía reciente anterior, Ruipérez: 1993). Lo que ahora se sugiere o la vía por la que los filólogos van es el estudio de los fenómenos diferenciales sin prejuicios comparativos ni afanes de establecer conclusiones más allá de lo que los análisis particulares

permitan. No puedo ocultar que este repliegue de la dialectología hacia sí misma, por más fundamento que pueda tener y más necesario que sea desde el punto de vista de la propia ciencia, merma notablemente su papel como fuente histórica. Conforta por ello, desde nuestra óptica de historiadores, que siga habiendo lingüistas punteros que se resisten a romper con el método comparativo y siguen decididos a hacer propuestas conclusivas más o menos generales, por muy provisionales que resulten (García Ramón ad Morpurgo Davies: 1992; Bartonek: 1996).

El estudio de las variedades dialectales no puede ser un mero recreo de los filólogos, entretenidos en detalles sin interés para quienes no sean ellos. Muchos lingüistas estudiosos de la dialectología no han podido evitar la necesidad de seguir las conclusiones arqueológicas y se han planteado, utilizando en diversos sentidos sus propios datos, la cuestión de las migraciones en el ámbito egeo, su número y su cronología, su alcance y su geografía. No es posible, en efecto, ocultar la debilidad de unas deducciones basadas en tan discutidos cimientos, pero los intentos están ahí y al menos algunos de los más seguros datos lingüísticos suponen apoyo, referencia o negación por imposibilidad con respecto a deducciones extraídas de otras fuentes informativas o a meras hipótesis de trabajo. Una cosa es indiscutible: la conformación de los dialectos griegos, sus diversidades y relaciones, tales como las encontramos en época histórica, es fenómeno que en gran medida ocurre en la Edad Oscura, aunque algunos elementos de las variantes tengan sus raíces en época anterior y ya en la época micénica pudiera haber una suerte de diferenciación dialectal.

10.2. Las migraciones

10.2.1. La ocupación de las islas por los dorios

A la tesis tradicional, problemática, que relaciona las destrucciones del tardo Bronce en la Grecia continental con una invasión de dorios se le pueden aducir algunas debilidades desde el lado de la documentación arqueológica. En primer lugar, la falta de componentes de cultura material significativos, de posible atribuición a unos recién llegados que se convierten en nueva población. En segundo término, la posibilidad de explicación para todas las novedades, evoluciones y cortes sin que sea necesario echar mano al socorrido expediente de la invasión. La fíbula de arco, la espada de nuevo tipo y algunas otras innovaciones que la arqueología detecta no constituyen prueba de que tal suplantación de gente se produjo, mientras que, bien al contrario, toda la secuencia cultural, detalles aparte, dificulta la teoría de la nueva población inmigrada. Aunque hace años Hammond pretendió no

sólo respaldar la invasión de los dorios, sino incluso identificar su determinante en las migraciones y presiones sobre la parte norte de Grecia de gentes portadoras de aspectos de la cultura centroeuropea de Lausitz, que él relaciona con los bridges de la tradición griega (Hammond: 1973, p. 36 ss), quizá sean más ajustadas las observaciones que están detrás de expresiones como las de Trigger, "migraciones arqueológicamente invisibles", o Snodgrass, "invasión sin invasores". Este último autor afirma que, si hubo invasión, los recién llegados tenían una cultura material prácticamente idéntica a la de los griegos micénicos, que es tanto así como decir que no cree demasiado en la existencia de tal penetración (Snodgrass: 1971, p. 300 ss y 311-312). En la misma línea, Desborough sugiere que las innovaciones culturales antedichas pertenecen a los antiguos habitantes de Grecia, y no han sido aportadas por invasores (Desborough: 1964 y 1972). Hay que precisar, en relación con la fecha, que la invasión doria preconizada por Hammond encaja más, según su visión de los hechos arqueológicos en que la sustenta, entre 1140 y 1120 a. C., es decir, avanzado el Heládico Reciente III C., que en los momentos de las destrucciones de finales del periodo III B. La de este especialista británico viene a ser nueva formulación de la antigua tesis de la llegada de los dorios en vacío político-social.

Tras el problema de la invasión doria, por ahora no resuelto, apareció y tiene su vigencia la idea arriba vista de que el pueblo dorio estaba ya instalado en la Grecia continental durante la época micénica como sociedad sojuzgada. Sin embargo, el mapa de la distribución de dialectos en tiempos históricos muestra que los hablantes de la modalidad doria y relacionadas ocupaban también amplia geografía fuera del Peloponeso, no sólo el perímetro de esta península en que hubo más civilización micénica, a saber, Corintia, Argólide, Laconia y Mesenia. Las islas situadas más al sur del archipiélago de las Cíclades, Creta, el Dodecaneso y sectores meridionales de Asia Menor eran dóricohablantes. Pregunta que surge es la de cuándo se impuso la variedad dialectal doria en esta zona del Egeo sur. Porque, si nos encontramos aquí idéntico silencio arqueológico para una invasión doria que el que arriba aducíamos para la Grecia continental, resultaría más difícil ahora imponer la tesis de la "lower class" que sugiriera Chadwick. Al menos para Creta tal explicación es rechazable, porque la clase inferior de la isla, la constituida por el pueblo ordinario, cuando la hegemonía micénica no podía ser otra que la gente cretense propia, es decir, los autóctonos minoicos, y en el primer milenio el griego hablado aquí era el de modalidad doria. Cuando sea, y ahí está el problema, se ha debido producir la dorización de la isla.

Las tradiciones griegas relacionadas con la discutida invasión dórica tienen sus ramificaciones ultramarinas, que podrían reflejar, y ciertos autores así lo han creido, el salto a algunas islas de gentes dóricohablantes. El mito asocia la dorización de Tera a un personaje llamado Teras, epónimo de la

isla, pretendidamente llegado desde Esparta una generación tras la ocupación doria del Peloponeso. Melos, escala en este camino, estaba habitada en época posterior por hablantes de dialecto dorio. Es desde luego sugerente la hipotética relación del abandono de Phylakopi en las postrimerías del Heládico Reciente III C con el poblamiento dorio de Melos, que podría corresponder, sacando punta a una tradición cronológica recogida por Tucídides (V, 102,2), a una fecha de en torno a los años centrales de la penúltima década del siglo XII a. C. No falta, sin embargo, quien preferiría retrasar en algunas centurias la real espartanización de Melos y Tera (Cartledge: 1979).

Si es cierto que en Creta el pueblo llano no tenía el griego como lengua materna, cosa que es posible afirmar, por lo que no cabe la aplicación a la gran isla meridional de Egeo de la teoría de Chadwick y sus seguidores, los dorios hubieron de llegar en algún momento o, al menos, tuvo que producirse por la via que fuera la dorización de Creta. El propio filólogo de Cambridge, y Baumbach tras él, se dieron cuenta de la dificultad y tuvieron la salida de suponer que los micénicos se llevaron desde el Peloponeso a sus dominios cretenses una amplia "lower class" hablante de dorio, lo que no deja de sonar a subterfugio gratuito. La arqueología es de por sí insuficiente para enseñarnos algo en relación con este fenómeno e incluso para tan sólo respaldarlo. Si acaso podría decirnos algo de una cierta despoblación del territorio cretense y ofrecer indicios de afluencia de asilados, no conquistadores. De Karfi es legítimo afirmar que pudo ser, tras el colapso micénico, lugar de refugio. Téngase presente, de todos modos, que es más lógico que los refugiados hablaran dialecto micénico que dialecto dorio, y es la dorización de Creta lo que nos preocupa y querríamos explicar. Debemos contentarnos, parece, con saber que la imposición del dialecto dorio ocurrió.

En la Creta del siglo XII a. C. prevalece la cerámica de tradición insular, la llamada subminoica, dentro de una indiscutible decadencia cultural. Nada, si prescindimos de los acogidos al asilo de la isla, apunta a la llegada de nuevas gentes en esta centuria. El siglo siguiente presenta como novedades, por encima de la propia realidad subminoica pervivente, la presencia de elementos submicénicos comunes con el continente y el establecimiento de lazos con Chipre. El uso del hierro se hace cada vez más frecuente a partir de este momento. Pero nada de esto nos fuerza a interpretar que tengamos en ello indicios arqueológicos de la arribada de los hablantes de dorio. Y lo mismo cabe decir del siglo X, que, si por algo se caracteriza, es por una influencia particularmente notable de la cultura protogeométrica ateniense y del fenómeno anejo de la incineración de los cadáveres. Posteriormente encontramos que la isla queda dentro del ámbito de influencia del geométrico ateniense, y para entonces Creta está ya dorizada. ¿Cómo y cuándo ha podido ocurrir? Otro misterio más de nuestra primitiva historia helénica. La presencia de gentes dorias en la isla poco después de la guerra de Troya, sugeri-

da por Homero (*Odisea*, XIX, 177), debe considerarse como un anacronismo de los últimos estratos de composición del poema. Pero, como la dorización de Creta es un hecho cierto y se explica difícilmente si no es por llegada de invasores, habrá que aceptar la idea expuesta por Coldstream, aunque los indicios en que se apoya no parecen decisivos, de que tal vez debamos relacionar la presencia doria con la disrupción de costumbres funerarias que él ve en la primera de sus fases de la Edad Oscura en Creta, 1100-970 a. C. Y es que, mientras más avanzamos por el periodo, menos hueco y ocasión encontramos para ubicar el fenómeno.

El caso de Rodas se presenta más fácil. Abandonada del todo o en sus centros micénicos importantes al final de la Edad del Bronce, tras la indudable actividad que conoció en el Heládico Reciente III C., resurge con habitantes que ya han hecho suya la cultura protogeométrica. Estos nuevos pobladores rodios de la décima centuria podrían ser ahora, sin dificultad, hablantes de dialecto dórico y por lo tanto antecesores directos, incluso en lo lingüístico, de los rodios posteriores.

10.2.2. La llamada colonización jonia

Las islas Cíclades, salvo las meridionales, tendrían población hablante del dialecto jonio en época histórica , al igual que la costa occidental de Asia Menor. Aunque preservadas en un primer momento cuando los problemas del tránsito del Heládico Reciente III B al III C., conocieron después destrucciones y despoblación para resucitar dentro de la *koiné* protogeométrica. Algo parecido había ocurrido con Mileto, recuperada cuando todavía corría el siglo XI a. C., como primer jalón de la serie de asentamientos helénicos que proliferaron en la zona ya entrada la centuria siguiente. La presencia micénica no tuvo aquí continuidad, por lo que es preciso concluir que la ocupación griega de Jonia es toda ella de época postmicénica y, como consecuencia, no es resultado de migraciones que reforzaran preexistentes asentamientos griegos, cual observó hace tiempo el británico Cook, uno de los mejores conocedores clásicos de la arqueología de la zona. De esta migración postmicénica a Asia Menor de hablantes de griego jónico derivan, entre otros centros, las famosas doce cuidades de la Liga Paniónica posterior, de norte a sur siguiendo la costa, Focea, Esmirna, Clazomenas, Eritras, Teos, Colofón, Éfeso, Priene, Mius y Mileto, y las insulares Quíos y Samos.

Las tradiciones helénicas vinculaban el surgimiento de estas ciudades jonias con una considerable emigración de grupos de procedencia pilia, refugiados primero en Atenas y embarcados luego hacia oriente bajo la dirección del alguno de los hijos del rey Codro, sea Androclo, sea Neleo. Se trataba, según la memoria tradicional griega, de un desplazamiento masivo, si bien es cierto que los griegos posteriores pudieron teñir el fenómeno de las

características de la colonización de época histórica. Aunque Atenas quizá estuviera en gran medida detrás de esta expansión hacia el otro lado del Egeo, como importante foco activo que era desde antes del 1000 a. C., no cabe entender que hubiera auténtica colonización, a falta de un ingrediente fundamental: ocupación de tierra por parte de un sector de *polis* para constituir otra independiente. La ciudad-estado quedaba todavía muy lejos en esta época. Parece más bien que aquí ha habido una migración en toda regla, no del todo coordinada, en oleadas dispersas, de gentes más o menos mezcladas. Así lo sugieren los datos arqueológicos. Sólo con el tiempo estos griegos de oriente irían conjuntándose y adquiriendo las especiales características que hicieron de los jonios un pueblo particular y en muchas cosas conjuntado. Dialectalmente están emparentados con los atenienses y, aunque Heródoto habla de diversas variedades de jonio, los testimonios escritos no nos ofrecen pruebas de dicha diversidad.

10.2.3. La migración eolia

Queda por tratar la llamada migración eolia, que tiene dos partes no igualmente seguras: por un lado la ocupación de Beocia desde Tesalia, que podría haber coincidido con la resurrección de Tebas dentro de la cultura subminoica algunos años antes del 1100 a. C. y, por otro, el movimiento de gentes de un dialecto de la familia, más tarde influenciado por el jónico, al Egeo nordoriental, Tróade e isla de Lesbos, en torno al al año 1000. De estos dos movimientos, el primero es más problemático y el segundo más indiscutible. Existe un caudal de tradiciones griegas posteriores que coinciden en que los beocios proceden de Tesalia, de donde fueron expulsados entre una y cuatro generaciones tras la guerra de Troya. Estas tradiciones sugieren una migración organizada, bajo el mando de un rey, y dan fechas oscilantes entre 1200 y 1100 a. C., aunque la cronología dominante es la que apunta a la década de los veinte dentro del siglo XII. Los anteriores habitantes de Beocia, de los que se piensa que podrían haber hablado un dialecto próximo al del Atica, quedarían absorbidos o forzados a sumarse a éxodos como el jonio hacia las islas y oriente. Sin embargo, explicar el beocio desde una migración procedente de Tesalia tiene sus dificultades en un momento en que incluso la invasión doria, aquélla de la que se dijo que, aunque no hubiera tradiciones a su respecto, habría necesariamente que inventarla, está en entredicho. No es imposible que lo fundamental del dialecto beocio sea lo autóctono –lo oriental–, existente en época micénica, y que las aportaciones nuevas fueran las de influencia occidental, desde el griego del noroeste. No es preciso invocar, tampoco ahora, la panacea de la invasión, diga el mito lo que diga en este caso.

En un momento dado, y esto es más cierto, hablantes de la modalidad eolia saltaron a la isla de Lesbos, desde donde más tarde pasarían a la región

noroeste de Asia Menor, la Tróade. Y esto ha tenido que producirse cuando sea dentro de la Edad Oscura, porque no cabe pensar en una continuidad griega aquí desde la época micénica. Las excavaciones de Miss Lang en Lesbos prueban que la cerámica tardoheládica encontrada era material de importación intruso (Desborough: 1964, p. 159) y los últimos datos relativos a esta isla en el salto de la Edad del Bronce a la del Hierro no apuntan a cosa distinta: elementos micénicos importados y cultura material de imitación local, siempre además con un claro corte entre la población de la Edad del Bronce y la evidencias de nueva actividad en el periodo protogeométrico, más o menos por 1000 a. C. (Spencer: 1995). También lo micénico de la Tróade es no otra cosa que resultado de intercambios comerciales y tampoco aquí cabe la continuidad de habla. Más al sur de la costa minoasiática podía haber habido asentamientos helénicos antes del fin de los principados; en la Tróade no. No podía faltar en el mito griego referencia a esta migración eolia hacia el este. Eran descendientes del príncipe atrida Orestes, de la casa real de Micenas por lo tanto, quienes dirigían a estos eolios desplazados, lo que no deja de presentar notable debilidad frente a otras tradiciones semejantes de superior coherencia. Hay también, en referencia concreta a Lesbos, testimonios poéticos en el sentido de que hubo aquí un establecimiento griego estable desde antes de la guerra de Troya, lo que no encaja con los datos de la arqueología. La evidencia de no ocupación micénica y los cortes arqueológicos, así como el hecho indiscutible de que la variedad dialectal de la isla en época histórica presentaba grandes coincidencias con el beocio y el tesalio, son las pruebas suficientes de esta expansión eolia al Egeo nororiental. Es admisible la suposición de que la cultura protogeométrica en la zona puede haber sido protagonizada por estos eolios emigrados.

10.3. Pervivencias micénicas

Preciso es preguntarse qué lega la Grecia micénica a la más o menos inmediata posteridad. En lo que se refiere a cultura material y lengua hemos tenido ya ocasión de ver más arriba algunas cosas. Pero hay otros aspectos que convendría no olvidar. La pirámide social, la estructura económica y, especialmente, el entramado burocrático sobre el que todo ello descansaba no pudieron sobrevivir a la catástrofe. El pueblo sí; aquí o allá, desplazado o en su tierra de siempre. Y decir que el pueblo pervive es incluir sus necesidades, sus costumbres y su propia memoria. Este recuerdo de sí mismo pasa por tradiciones en mayor o menor medida adulteradas y por poemas de transmisión oral. El sistema de escritura Lineal B, que era el instrumento de la burocracia micénica, tampoco pudo sobrevivir, ya que la generalidad de los griegos, Chipre aparte –y aquí deja huella la Lineal A–, no sólo perderían el uso

del sistema silábico, entrando en largo periodo de analfabetismo, sino que llegaron a olvidar que hubieran sabido escribir alguna vez.

En los miles y miles de versos de los poemas homéricos la escritura aparece una sola vez, y para eso en forma muy confusa y misteriosa. Es en el episodio de Belerofonte, acusado falsamente de seducción por su madrastra despechada (Homero, *Ilíada*, VI, 168-170). Preto, el rey de Argos, su padre, en lugar de castigarle por propia mano, le envía a Licia, a su suegro, para entregarle una tablilla sellada en la que había trazado "signos funestos" (*sémata lygrá*) y "muchas cosas destructoras" (*thymophthóra pollá*), a fin de que se le hiciera morir por parte del destinatario. Una orden de muerte, pues, en una tablilla de pérfidos signos. Es cuanto hay de escritura en Homero. Y como no es posible fijar a cuál de los estratos de formación de la *Ilíada* habría que atribuir el pasaje, si a los más antiguos o a los más recientes, nos falta seguridad para decidir qué tenemos aquí: un recuerdo nebuloso de la vieja escritura micénica perdida ya en el siglo XII a. C., o un anacronismo derivado de la reciente asunción por los griegos, quizá no lejos de la época del cierre compositivo del poema, del nuevo sistema de escritura fenicio de que derivará el alfabeto griego clásico (así últimamente Crielaard: 1995). Pero todavía cabe, como tercera posibilidad, ya que el episodio tiene precedentes orientales indiscutibles, que los signos en él implícitos nada tengan que ver con los de las escrituras helénicas ni de antes ni de después, sino que en todo caso pertenezcan al nucleo originario y transmitido del –permítaseme la denominación– propio cuento foráneo (Bellamy: 1989). Aunque no podemos olvidar que la descripción que en Homero tenemos de la tablilla articulada y sellada de la que Belerofonte era portador coincide hasta casi la exactitud con la aparecida hace unos años en las excavaciones subacuáticas del pecio de Ulu Burun (Bass: 1987; Payton: 1991), y esta similitud podría avalar el micenismo de la velada alusión a la escritura que hay en este episodio, no nos faltan otros soportes similares de cronología posterior, si bien no sea en el ámbito griego.

Así pues, los griegos pierden el uso del que había sido su sistema silábico en la época de los principados, y llegan a ignorar casi del todo que alguna vez hubieran contado con este instrumento. En cuanto al mundo que tras esa escritura latía y se nos ha transmitido, el pueblo helénico lo pierde en parte, porque son cosas anajas a la estructura palacial e inseparables de ella, y el derrumbamiento de los palacios las barren y las aventan; porque varían las circunstancias y un cambio trae necesariamente realidades nuevas y arranstra las viejas; porque la ruptura que va de lo político a lo social es, en el salto del siglo XIII al XII a. C., demasiado fuerte. Pero el corte y el cambio no son tan decisivos como para que no quede nada del pasado micénico que llegue como herencia a los griegos posteriores. Se transmiten recuerdos de las brillantes familias reales, sus genealogías y sus gestas, material auténtico

entre material espurio. Sabido es que quienes están todavía incapacitados para escribir su propia historia, si quieren no autoolvidarse, se fabrican mitos; mitos que tienen una indiscutible carga histórica detrás, más o menos disimulada o detectable. Los griegos, a lo largo de la prolongada Edad Oscura, no olvidan del todo su viejo y esplendoroso ayer arrumbado. Lo mitifican; pierden la proporción y la ajustada medida. Acaban por convertir el periodo de los palacios en el glorioso pasado de una raza de héroes semejantes a los dioses y en la edad de oro en que las divinidades vivían mezcladas con los hombres. En Homero, y no exclusivamente, tenemos un reflejo del final de este proceso de interpretación y recreación magnificante. Final que es a la vez origen de un principio; porque aquí beberán inspiración los poetas helénicos posteriores durante siglos. No se pierdan de vista dos cosas: primero, que han sido poetas anónimos anteriores quienes han hecho posible que no se produjera una desmemoria absoluta, y segundo, que un factor que ayuda poderosamente a que un fenómeno de este tipo ocurra es la entremezcla de la referencia a un pasado mitificado con el mundo religioso en que se cree. Los griegos posteriores han sacralizado y convertido casi en vivencia religiosa esa línea histórica de orígenes, que en parte recuerdo, en parte olvido y en todos los sentidos magnificación.

Sucede muchas veces que el especialista, que se mueve entre minucias, encuentra dificultades para remontarse a la conclusión general desde el cúmulo de detalles no siempre compaginables que es su objeto de consideración. De ahí que se vean a veces abocados a propuestas contradictorias cuando parten del análisis de una misma documentación. Esto se da en el tema que nos ocupa. Por traer un ejemplo particularmente ilustrativo de esta dificultad de composición conclusiva a que me refiero, voy a permitirme aducir el caso curioso que se presentó en el Coloquio de Estudios Micénicos de Chaumont sur Neuchâtel al respecto de la continuidad o discontinuidad de lo micénico en la Edad Oscura. Dos investigadores, Morpurgo Davies y Gschnitzer, coincidieron en sus respectivas ponencias en preguntarse sobre si era más lo micénico perdido que lo conservado o lo contrario, fijándose uno y otro en el vocabulario y en las realidades institucionales y sociales subyacentes. La sorpresa de los asistentes, y luego de los lectores de las actas impresas, fue hallarse ante conclusiones contrarias tras planteamientos semejantes y preguntas idénticas sobre un mismo caudal documental. Mientras que la estudiosa oxoniense se manifestó a favor de la ruptura, el profesor alemán prefirió hablar de continuidad (Morpurgo Davies: 1979; Gschnitzer: 1979).

Conviene evitar la cuestión bizantina y la reducción de lo complejo a la simplicidad de palabras. Hay cosas que quedan y que, si no perduran tales cuales, al menos conservan una cierta referencia a lo que fueron antes. Y las hay que desaparecen o por lo menos se difuminan hasta hacerse irreconocibles. De los citados autores, uno se ha detenido en el capítulo de las pri-

meras y el otro lo ha hecho en el de las segundas. Ambos tienen razón al interpretar los elementos sobre los que han hecho bascular su estudio; los dos la pierden cuando adoptan la postura excluyente: continuidad sí, discontinuidad no, o al revés. Además, si nos fijamos, uno y otro hacen referencia a niveles distintos. Si Morpurgo ha atendido, sobre todo, al refinamiento de la civilización, a la especialización, a la administración ambiciosa y compleja y a la gran economía, tiene razón; no hay pervivencia de todo eso, pues lo arrastraron los palacios al caer y es evidente que cayeron. Gschinitzer, sin embargo, no se detiene en los niveles más elevados de lo institucional, de lo socioeconómico; sus observaciones se dirigen básicamente a los niveles inferiores, el mundo rural en especial, donde la inercia que preside en el hombre la vida de todos los días no se ve afectada por lo que pueda ocurrir con las superestructuras, dado que en esos ambientes se funciona, o se puede funcionar, con microestructuras suficientemente autónomas. Hay otro terreno propicio para el conservadurismo, que es el religioso. La religiosidad es algo tan vitalmente enraizado en el hombre, que éste cambia antes y más fácilmente de modos de vida que de creencias. Indudablemente muchos elementos religiosos han pervivido. Otro campo en el que la continuidad –de técnicas, de gustos– es de todo punto natural, y no puede dejar de darse, es el de los talleres de transformación. Con razón se la llegado a hablar de "la memoria del artesano" (Le Roy: 1984).

Así pues, junto con realidades que desaparcen hay otras que se perpetúan. Por estas últimas, es posible decir que la Grecia posterior es depositaría de una tradición, más o menos mermada, herencia del mundo micénico. En Homero, por ejemplo, donde hay infinidad de cosas no reductibles al estadio micénico, hay otras que no se explican sino en él y a través de él, por cuanto que no cuadran en la realidad de la Edad Oscura. Algunos otros extremos de esta cuestión reaparecerán más abajo en sus lugares correspondientes.

10.4. Evolución social y política

10.4.1. De la monarquía a la aristocracia

La sociedad micénica estaba organizada monárquicamente, mientras que las ciudades griegas de la Edad Arcaica surgen a la historia bajo el régimen de aristocracias restringidas. A lo largo de los siglos oscuros, pues, se ha pasado de la monarquía a la oligarquía. Los datos que tenemos para la recomposición del fenómeno distan mucho de ser suficientes y además el proceso no pudo ser idéntico en las diferentes regiones y núcleos urbanos. Conociendo la situación anterior y posterior, el punto de partida y el punto de lle-

gada de la evolución, es posible, aunque sea con limitaciones, reconstruir en lo fundamental el cambio político, pero no llega a satisfacer la generalidad explicativa que resulta. Los reflejos que conserva Homero y las noticias heredadas mediante tradición por los autores posteriores apenas si contribuyen a dar algo de cuerpo a la somera idea que podemos hacernos del paso de las monarquías a las aristocracias. Las breves apoyaturas no impiden que debamos quedarnos en lo hipotético y que nos veamos forzados a echar mano de la analogía más de lo deseable.

El fin de las grandes monarquías palaciales, hegemónicas, no supuso que esta organización desapareciera completamente, bien sea porque algunos centros siguieron existiendo, como Atenas, bien sea porque los desplazados continuaron reconociendo la preeminencia de determinadas familias de las que sacaban sus reyes o ya se deba a que monarquías menores, digamos no hegemónicas, pudieron escapar del desastre. La figura de los grandes *(w)anáktes* de los palacios desaparece y el término entra en retroceso y clara tendencia a la especialización en el ámbito de lo religioso. Curiosamente para esta monarquía postmicénica disminuida se va imponiendo el uso de la palabra *basileús*, que en tiempos micénicos servía para designar a jefes menores de no fácil concreción y ahora acaba por significar "rey". Es interesante la explicación que Morpurgo Davies da a este fenómeno y que otros matizan a su estela. Entiende la profesora oxoniense que en el momento de la desintegración de los reinos micénicos esas jefaturas menores, dependientes del palacio en su opinión, a que se refiere la palabra pa2-si-re-u pudieron adquirir un protagonismo en aquellas circunstancias difíciles, que esté en el origen de la fuerte mutación semántica luego experimentada (Morpurgo Davies: 1979). Hay quien cree que se explica mejor el fenómeno, si se entiende que los pa2-si-re-we eran jefes locales influyentes, no integrados necesariamente en la estructura palacial, que pudieron salvar gran parte de su poder o incluso acrecentar el que tenían al producirse el colapso de los principados (Palaima: 1995).

En cualquier caso, estos personajes poderosos, a los niveles cortos que imponen las nuevas circunstancias, algunos vinculados a las viejas castas reales y otros, la mayoría, ajenos a ellas, acaban considerados como monarcas, es decir, depositarios de una gran autoridad –religiosa, militar, civil– de transmisión heriditaria. Pero, además de no brillar como los soberanos de los pujantes principados micénicos, porque están al frente de pueblos mal organizados y empobrecidos y no al de complejos y sólidos estados, se encuentran en el comienzo de un largo proceso de debilitamiento abocante a la desaparición en beneficio de fuertes oligarquías limitadas. Homero presenta, sin duda como reflejo de lo que era la jerarquía del periodo oscuro más que la micénica, una situación mixta, en la que la autoridad del rey está limitada por los privilegios de una pluralidad de reyes menores, una

especie de consejo de corte o quizá incluso algo más todavía: unos corresponsables o partícipes de las tareas de gobierno. Es lo que tenemos en concreto en el país de los feacios (Homero, *Odisea*, VIII, 390-391), donde Alcínoo es el primero entre otros doce reyes; en la misma Itaca se nos dice que había pluralidad de reyes, se sobreentiende que bajo la primacía del ausente Odiseo (Homero, *Odisea*, I, 394). Esta situación es susceptible de explicación como el estadio intermedio entre la monarquía propiamente dicha y la oligarquía. La tendencia es, pues, la del debilitamiento hasta la desaparición de la realeza estricta, pero se trata de un proceso que lleva dilatado tiempo, de tal manera que al final de la Edad Oscura perviven todavía en muchas partes fósiles monárquicos (Drews: 1983). El segundo paso, que es el que ya conoce la Grecia posterior, es el de la comunidad política en manos de los *áristoi*, los nobles, desaparecida ya la monarquía o reducida a institución más o menos residual. Pero no hay que pensar que la aristocracia se robustece exclusivamente gracias a la limitación del poder monárquico; su fuerza efectiva será tanto mayor cuanto menos autónomos sean los grupos sociales menores, en concreto los *gené* o conjuntos familiares en un sentido amplio. El surgimiento de la *polis* es un fenómeno inherente al florecimiento de las aristocracias.

Cabe decir que los aristócratas son los integrantes de los *gené* privilegiados y poderosos. Nutrían los consejos de notables y las noblezas –es un decir para la época– palatinas. Estos *gené* dominantes constituyen el elemento más sobresaliente y definitorio de la estructura social del periodo oscuro y representarán luego papel fundamental en la Grecia de las *póleis*. Herederos de atávica nobleza, algunas familias vinculadas incluso a viejos clanes reales, otras sin embargo engrandecidas secundariamente por las circunstancias históricas que sean, aparecen como sociedad superior, que controla los medios productivos, la tierra muy especialmente, entonces la principal fuente de riqueza, y adorna y apuntala su poder a través de variados exponentes de lujo y regalo, de unos blasones genealogísticos más o menos estrictos o adulterados, de mecanismos ideológicos excluyentes y de unas pautas de comportamiento diferenciales, aspectos todos ellos definitorios de clase. Los aristócratas eran los únicos que podían permitirse alardear de brillantes antepasados, llevar una vida desocupada y placentera, regir y controlar una mayoritaria sociedad dependiente o de servicio, dedicar tiempo a la adquisición y práctica de una destrezas específicas, como el combate y el agonismo deportivo, relacionarse con otras familias destacadas mediante la hospitalidad y la cultura del obsequio, y por último la dispensación de la generosidad para con los inferiores. Es probable que estas peculiaridades inherentes a la clase superior se remonten a tiempos antiquísimos, pero parece indispensable que la aristocracia que hereda la época arcaica, en sus características y composición, es hechura sobre todo del periodo oscuro. Los poemas homé-

ricos, en especial *Odisea*, contienen elocuente reflejo de este mundo de los *áristoi* y sus particularidades.

10.4.2. Superación de la estructura gentilicia

La organización gentilicia ha tenido gran importancia en Grecia, sobre todo desde el momento en que se hunden o deterioran las monarquías tras el colapso de los palacios. Era, además, la única estructura social posible en las comunidades pequeñas dispersas y autónomas con respecto a poderes superiores reconocidos. El *génos* era comunidad de poderosos vínculos, en la que parientes de varias generaciones, diversas ramas y distintos grados de consaguinidad vivían preferentemente sobre la misma tierra y los mismos recursos, en referencia a un origen común que se traduce en antepasados compartidos de mayor o menor lejanía. En cuanto que gran agrupación de familias nucleares, el *génos* funcionaba como un grupo de solidaridad, bajo una especie de tutela patriarcal y con una dimensión religiosa que le daba fuerte cohesión. Era el padre de familia el depositario de una autoridad reconocida por los otros miembros y del destino del propio grupo; responsable también de los deberes religiosos que vertebraban el clan: el culto a los dioses familiares, el culto a los muertos de la familia y la continuidad de ésta como deber sagrado. El patriarca debía cuidar la aplicación de las reglas de derecho privado por las que se regía el *génos*: el derecho de propiedad, el de sucesión, el matrimonial y, de forma muy especial, la persecución del crimen como obligación ineludible y derecho irrenunciable de toda comunidad de familias. Los matrimonios podían realizarse entre personas de diversos *gené*, acordados por los jefes de éstos, con la consecuencia de que la mujer pasaba a integrarse en el grupo familiar del esposo. Algunos *gené* privilegiados buscaban su propia defensa en la endogamia, mientras que otros lo hacían estableciendo lazos con familias distintas, también destacadas, lo que contribuía no pocas veces al robustecimiento de ambas. Con el tiempo, el aumento demográfico, particular muy puesto en valor hace no mucho en este contexto aprovechando datos de la arqueología funeraria (Morris: 1987), así como necesidades de índole económica y militar quizá derivadas de lo anterior, tal vez el mismo desbordamiento de los grupos menores como consecuencia del paulatino aumento demográfico, forzaron a las familias a dar primer plano a unidades sucesivamente más complejas, como las fratrías, las tribus y por último las ciudades estatalmente constituidas. Durante todo este proceso el *génos* se fue desdibujando. A la superación de la unidad familiar amplia contribuyeron otros factores: el auge de la vida urbana y, sobre todo, la tendencia de los *gené* aristocráticos, los de los *áristoi*, a institucionalizar el dominio sobre los demás grupos. La religión hubo de constituir un factor referencial y aglutinante de primer orden y, a través de los santuarios reconoci-

dos como propios por la comunidad surgente, generador de derechos territoriales irrenunciables y por tanto defendibles incluso militarmente (Polignac: 1984 y 1994).

El proceso de algunas ciudades griegas invita, por las razones de originalidad que sean, a la consideración de sus particulares evoluciones. Aunque no dejaré de hacer alusión a otras comunidades urbanas griegas, deberé atender particularmente y de forma más pormenorizada, dentro de la brevedad, a sólo dos de ellas, las inevitables Atenas y Esparta, y se comprenderá fácilmente, por lo que una y otra aportan de peciliaridad, que no las selecciono por mero capricho.

10.4.3. El caso de Atenas

Atenas nos ofrece un caso de interés, no sólo por las noticias que de su evolución tenemos, todo lo problemáticas que se quiera, pero ilustrativas, sino por la ya resaltada circunstancia de que en ella se dio una continuidad de que otros centros palaciales se vieron privados. Entre la Atenas micénica y la arcaica se han producido dos cambios fundamentales: la pérdida de poder de la monarquía en beneficio de una oligarquía y la unificación del Atica en torno a la ciudad, conformando, mediante sinecismo, un cuerpo ciudadano estatalmente estructurado. Los atenienses posteriores conservaron memoria de su unificación envuelta en el consabido ropaje mítico. Es a Teseo a quien se atribuía el sinecismo del Atica, lo que da, en tiempo mítico, una cronología anterior a la guerra de Troya. Las explicaciones propuestas para esta tradición son dos: la que pretende que la unificación del Atica recordada en el mito es de época micénica, a saber, el principado de Atenas y su territorio ático, único caso, como se recordará, de supervivencia de un palacio importante tras el colapso, y la que atribuye al fenómeno histórico subyacente una datación muy posterior, en la idea de que se trata de la unificación por sinecismo, como tantas otras similares se produjeron en la última parte de la Edad Oscura. En el primer caso se trataría de un recuerdo en forma de mito, en el segundo de una etiología mítica.

Hace unos años destacó Diamant las dificultades que a su entender existen para aceptar que tras el este mito tenemos reflejo del estado micénico de Atenas como centro palacial con su organización territorial (Diamant: 1982). En primer lugar, señalemos las dudas que dicho autor abriga al respecto de que Atenas pudiera haber sido efectivamente cabeza de un reino organizado como el de Pilo en época micénica, a partir de algunos detalles arqueológicos y del hecho de que no hayan aparecido tablillas en Lineal B; en segundo lugar, lo deduce así el citado especialista porque, aun aceptando la existencia de un gran principado micénico en el Atica, no podemos asegurar, siempre en opinión de Diamant, que sobreviviera en la Edad Oscura

como entidad política territorial, antes bien, lo más prudente es considerar que dejó de existir; en tercer lugar, el autor se alinea con Finley –sobre quien más abajo se verá– en la opinión del escaso micenismo de Homero y ello le empuja a cuestionar que cualquier mito, como éste de Teseo, pueda ser reflejo de historia verdadera de la Edad del Bronce. Sin embargo, tampoco Diamant hace suya la idea de que la organización estatal ateniense pudiera ser de la tarda Edad Oscura o periodo geométrico, dado que la tradición, al atribuir el sinecismo a Teseo, la llevaba a un pasado más remoto que el de mayoría de los sinecismos, y porque la cultura protogeométrica, surgida de Atenas y exportada desde aquí ya en el siglo XI a. C., parece sugerir una estructura políticamente muy fuerte.

Las conclusiones de Diamant van, pues, por el sinecismo del Atica en una fecha muy temprana de la Edad Oscura y por la ruptura en lo político, cuando precisamente Atenas presumía de continuidad y la arqueología, hasta donde puede llegar, la confirma. Para el estudioso norteamericano, Codro sería reflejo de que los atenienses conocieron la institución monárquica antes que otras áreas helénicas y no de que conservaran el principado de raíz micénica por más tiempo que otros lugares. De esta hipótesis, parece más fácil la disgregación postmicénica del Atica que el corte político en la propia Atenas, para la que no hay que dudar que en el tardo Bronce fuera un principado micénico y todo indica que la monarquía pervivió en ella de una u otra manera. Al menos se puede conceder a Diamant que el mito del sinecismo puede conservar memoria de una incorporación de las diferentes zonas del Atica a las instituciones de una *pólis* centralizada que se estructura en Atenas todavía no muy avanzada la Edad Oscura.

La continuidad de los atenienses, que éstos sustentaban en su tradición de autoctonía, tiene dos aspectos principales, que a lo mejor sería preciso separar: el de la continuidad de la monarquía y el de la continuidad de la unión de todo el territorio ático. Más probable se presenta la primera, la del sistema monárquico que se diluye luego en otro oligárquico, que la segunda, la de que el territorio ateniense hubiera mantenido su unidad desde época micénica hasta la constitución de la ciudad-estado. Los griegos de época clásica conservaban tradiciones suficientes como para justificar dudas sobre esta segunda continuidad; por ejemplo las referidas a enfrentamientos entre Atenas y los pobladores de otros puntos del Atica. Así lo peinsa Hignett, quien además lleva la reunificación por sinecismo a fecha tan tardía como el siglo VIII a. C., coincidiendo con movimientos unitarios similares que darían vida organizada a otras ciudades de Grecia. Fuera cuando fuera la unificación, las comunidades áticas debieron de integrarse en la *pólis* sin excesivo problema, a juzgar por el igualitarismo que la sociedad ateniense, en contraste con las de otras ciudades, como Esparta, presentaría en época posterior. Los espartanos nunca consideraron que la absorción de Mesenia por la fuerza fuera sinecismo.

En lo que se refiere a la continuidad monárquica, apenas si cabe ponerla en cuestión, pues no se concibe en la época ningún otro régimen, aunque se den por sentadas dos circunstancias de diverso nivel: el muy verosímil desdibujo de su poder durante largo tiempo postmicénico, con el consiguiente paso al primer plano de la organización menor de los *gené*, y la memoria que en la Atenas posterior se conservó de dos dinastías diferentes, una la casa de Erictonio y otra la casa de Melanto, vinculada ésta última a los Neleidas de Pilo. Melántidas eran Codro y Medonte, el segundo de los cuales, pese a que muy probablemente mítico todavía, era presentado como ancestro de la familia aristocrática de los Medóntidas (Drews: 1983, p. 87 ss). Tanto Medonte como su hijo Acasto, éste probablemente personaje histórico, aparecen de alguna manera relacionados ya con el régimen aristocrático del arcontado. Aristóteles se hace eco (*Constitución de Atenas*, III, 2-4), como también algunas otras fuentes (Eusebio, *Canon*, 298-305, y *Cron*. I, 134), de esta relación entre la dinastía de Melanto y la institución de los arcontes, y no deja de ser interesante que, tras sugerir que Medonte –o quizá Acasto– fue el primer arconte vitalicio, el Estagirita se refiera al arcontado de diez años como primer paso en el camino hacia el régimen republicano, digámoslo así, y al de renovación anual como segundo. Por más que pueda parecer presentación demasiado simplista de la transformación institucional, no hay argumentos serios para rechazar que en realidad se produjera de esta manera, al menos aproximadamente. En el fondo, cabe afirmar que el fin de la monarquía en Atenas pasa por dos limitaciones a los *basileîs*: la temporal y la que les privaba de la responsabilidad militar en beneficio de un magistrado que recibiría, tal vez tardíamente, el nombre de polemarco. Lo verdaderamente problemático es fijar en el tiempo cada uno de los pasos que acabarían por transformar el gobierno monárquico en aristocrático, pues no en balde nos basamos para el fenómeno exclusivamente en tradiciones y éstas, diferentes e incoincidentes, no dejan de ser confusas (Hignett: 1970, p. 38 ss; Arnheim: 1977, p. 42 ss). Aunque no han faltado autores contrarios a aceptar la histórica vinculación de los Medóntidas a la casa de Melanto, en la idea de que se trataría de posteriores manejos genealogísticos, la antigüedad de la familia es indiscutible y no hay razónes de peso para contradecir la, en este caso, unánime tradición.

Los *gené*, las fratrías y las tribus áticas serían unidades de organización preexistentes a la institucionalización de la *pólis* de Atenas. Su función y su sentido se irían perdiendo a medida que se fijaban y enriquecían los de la ciudad-estado. Con el tiempo se mantuvieron, gracias al tradicionalismo ateniense, como fósiles muy alterados, en el simple y regularizado esquema de las cuatro tribus –Geleontes, Hopletes, Argadeis y Aigikoreis–, doce fratrías, tres por tribus, y trecientos sesenta *gené*, a razón de treinta por fratría. En algún momento pues, borrada ya la esencia de las primitivas unidades socia-

les, se hubo de proceder a tan artificial distribución de la ciudadanía, no se sabe si violentando mucho o no demasiado los grupos sociales primitivos. La antedicha es la situación que heredaría la Atenas de la Edad Arcaica o que se crearía a comienzos de ese periodo.

10.4.4. La *eunomía* espartana

La otra ciudad-estado que merece atención especial, Esparta, brinda un modelo tan interesante como peculiar. Aquí radicó un principado micénico, Menelao el más famoso de sus reyes míticos, aunque tras el descalabro de los palacios –el espartano, todavía no localizado– la región laconia quedó controlada por los dorios. Estas gentes presentaban a partir del siglo XI a. C., los elementos fundamentales de una cultura protogeométrica, no demasiado cercana a la ateniense, y posteriormente asumieron la cultura geométrica. Eran sin duda, a juzgar por todos los indicios, un pueblo básicamente campesino y, más en concreto, pastoril. Viejas tradiciones atribuyen a los dorios de Laconia una organización en tres tribus, Hylleis, Pamphili y Dymanes, compuestas a su vez por unidades sociales inferiores. el pueblo en armas, un consejo de ancianos y un poder monárquico carismático-sacerdotal y militar compondrían, hay razones para pensarlo, todo el entramado institucional de estos primitivos dorios del Peloponeso suroriental. Desde muy remontada época los restos de poblaciones predorias sometidas quedarían marginados y reducidos a la condición de periecos, bien conocida para momentos posteriores, sin que se sugiera que el término existiera desde tan antiguo y que la situación jurídica de los libres mermados de derechos estuviera ya entonces del todo definida.

Llega un momento en que estos dorios laconios se organizan en forma de *pólis* dando lugar a la ciudad-estado de Esparta. La tradición llamaría a esta institucionalización política *eunomía*, y la atribuiría a un personaje magnificado de nombre Ligurgo. Si damos valor a las cronologías antiguas para este cambio fundamental, nos colocamos todavía dentro del siglo IX a. C. Tucídides, por ejemplo, nos lleva a una fecha anterior a 804 a. C. (I, 18, 1). A la *pólis* de Esparta precede lo que se podría interpretar como sinecismo laconio: cinco hábitats independientes, llamados obas, se unen para formar la ciudad-estado: el de Amiclas y los cuatro espartanos de Limnas, Cynooura, Pitana y Mesoa. La tradición establece diferencias en el primero y los otros cuatro poblados, atribuyendo a Amiclas un carácter aqueo o de raíz micénica y a los demás, los propiamente de Esparta, un carácter dorio. Todavía algunos autores aceptan la incorporación por fuerza de Amiclas a la unión. Sin embargo cuesta trabajo aceptar tal dualidad y el sinecismo en pie de igualdad de una Amiclas predoria y sojuzgada. En sustitución de las viejas tres tribus, y sin barrarlas del todo, parece que la articulación de la sociedad espartana

institucionalizada en forma de *pólis* aboca a cinco tribus nuevas, coincidentes con cada una de las cinco obas: las de los Amycleîs, los Limnaeîs, los Cynooureîs, los Pitanatae y los Mesoatae. Los tres factores tradicionales arriba citados, pueblo en armas, consejo de ancianos y monarquía, quedan integrados en la nueva constitución: la asamblea general o *apélla*, la *gerousía* de treinta miembros, a saber, veintiocho ancianos y los dos titulares de una realeza dual vinculada a sendas familias concretas, la de los Agiadas y los Euripóntidas.

De la antigua monarquía unitaria, por desdibujo o por fusión, se ha pasado a una realeza colegiada, reducida con el tiempo a no otra cosa que un generalato hereditario con su carga de teórica dimensión carismática y religiosa, con la servidumbre, además extraordinariamente perturbadora, tratándose de un mando militar supremo: la facilidad con que la heriditariedad sin automatismo de primogenitura provocaba reinados en minoridad (García Iglesias: 1990). Quizá antes del surgimiento del eforado, el colegio ejecutivo de la Esparta propiamente histórica, este colegio de dos reyes pudo tener plenitud de poderes, que luego iría perdiendo con mayor o menor rapidez; en estos primeros momentos los dos reyes no sólo serían jefes religiosos y comandantes militares, sino que tendrían también competencias políticas.

Sobre las raíces de tan curiosa diarquía se han manejado hipótesis varias, bien sea la de un origen gemelar –los protectores de los reyes espartanos eran los Dióscuros–, bien sea fusión de pueblos con realezas independientes, y en esta teoría vuelven a surgir una vez más aqueos y dorios (los Agiadas, aqueos, los Euripóntidas, dorios), bien ocurriera el añadido de una segunda familia que adquiere el carácter de real por robustecimiento a costa de la preexistente y como contrapeso a ella, es decir, habría una finalidad limitatoria. Todas estas explicaciones tienen sus valedores, sus razones y sus debilidades, y nos faltan de momento datos para una conclusión segura al respecto del curioso fenómeno. Teóricamente la soberanía es del pueblo que gozaba de plenitud de derechos, el pueblo conquistador, los llamados espartiatas, quienes, según noticia recogida por Plutarco (*Licurgo*, VIII, 1 y 6), alcanzaba en la época de la *eunomía* el número de cuatro mil quinientos integrantes, que se corresponde con la cantidad de parcelas establecidas por el reformador cuando instituyó la *isomoiría*, reforma agraria que se basaba en el derecho igualitario a la tierra. Otra cantidad idéntica de fundos pudo deberse, según el propio Plutarco recoge, a Polidoro, ya en el siglo VIII a. C., tal vez por una necesidad derivada del crecimiento demográfico.

La institucionalización de la *pólis* espartana en las reformas eunómicas atribuidas a Licurgo nos ha llegado documentalmente en forma de una *rhétra* o decreto, que recoge Plutarco. Se nos presenta como la prosificación de un oráculo y recoge lo fundamental del cambio político, sobre todo la rees-

tructuración de las viejas unidades menores y el papel que corresponde a la nueva sociedad estatalmente organizada. Aunque aceptemos que Esparta surgiera como *pólis* todavía dentro del siglo IX a. C., hay muy poderosas razones para pensar que la *rhétra* conservada no sea tan antigua, sino que no vaya más allá de 700 a. C. El propio texto que nos ha llegado recoge en sí elementos institucionales del siglo VIII, atribuidos a los reyes Teopompo y Polidoro, lo que no supone que la parte constitucional anterior carezca de básica historicidad. Parece indiscutible que Plutarco tiende a retrotraer hasta Licurgo toda la constitución de la Esparta antigua, sin distinción, y dado que no hay indicios en la *rhétra* de una parte licurguiana de redacción más antigua y añadidos posteriores que sugieran fecha más reciente, podemos dar por adquirida esa cronología baja –fines del siglo VIII– del documento (Liberman: 1997). La hipercrítica del salto de siglo sugirió la no autenticidad total de la *rhétra*, en la idea de que sería falsificación tardía, ya de muy avanzada la época clásica. Hoy tal actitud ante el documento se rechaza, aunque sólo sea por el hecho de que no es posible reconocer móviles concretos para la ficción pretendida. Al margen de esta discusión que toca a la historicidad de la *rhétra*, en sí incontestable, y a su redacción postlicurguiana, hay que reconocer que no todos los especialistas están de acuerdo en atribuir datación alta a las reformas asociadas a Licurgo y por lo tanto al propio personaje; sea porque algunas tradiciones cronológicas, recogidas por fuentes anteriores, rebajan la cronología del reformador hasta mediados del siglo VIII a. C., sea por otras razones, digamos de verosimilitud histórica, como la de Jones que rechaza toda limitación del poder real y la adquisición de conciencia de soberanía por parte del guerrero espartiata para antes del momento en que éste se robusteciera mediante el sistema hoplítico, cosa que le hace apuntar también hacia la octava centuria (Jones: 1968, p. 32-33). El hecho indiscutible es que, antes o por las mismas fechas en que otras ciudades se daban la organización como *póleis*, Esparta se constituyó también en ciudad-estado a través de un proceso de sinecismo y de una institución de monarquía debilitada abocante a amplia oligarquía; y, si la originalidad lacedemonia radica en algo, es menos en cierto número de notas distintivas sin paralelos claros en otras *póleis*, salvo imitaciones, que en la proverbial capacidad de los espartanos para dar larguísima vigencia a su cuadro constitucional primitivo, básicamente intocado durante centurias.

10.4.5. Otras ciudades helénicas

Las noticias y tradiciones referentes a otras ciudades apuntan a que las características de sus aristocracias primitivas coinciden en lo fundamental, si bien se daban divergencias externas que las hacen susceptibles de clasificación por grupos. Al estilo de alguna rama de la aristocracia ateniense,

existían en diversas ciudades las que se vinculaban, o lo pretendían sin contestación, a los antiguos clanes reales. Tal es el caso, por ejemplo, de Corinto y de las *póleis* minorasiáricas e insulares, como Mileto, Efeso, Eritras, Clazomenas, Quíos y Mitilene, en Lesbos. Algunas otras presentan connotaciones que parecen menos herencia de las antiguas monarquías que de primitivos círculos militares dominantes, constituidos en caballería restringida. Tal es el caso de ciudades como Cálcide y Eretria, en eubea, y Cime y Colofón, en la Jonia. Estas aristocracias alcanzaban por lo general varios cientos de miembros, número redondo y limitado, algunas veces alto, lo que nos coloca frecuentemente ante la duda de si estamos realmente frente a auténticas aristocracias amplias, o si por el contrario se trata sólo de un cuerpo cerrado de ciudadanos en plenitud de derechos. Algunas de estas aristocracias militares han pasado al primer plano social a raíz de guerras de conquista, controlables o no desde el punto de vista histórico: Tebas, Sición, Argos y sobre todo Esparta pertenecen a este grupo particular. Finalmente, las ciudades de nueva creación, resultantes de la actividad colonizadora de primera época, presentan aristocracias relacionadas con las de la ciudad madre y una tendencia al monopolio del poder por parte de los colonos primitivos y sus descendientes. Algo de esta clasificación está ya recogida y explicada por Aristóteles.

10.5. Distribución y trabajo de la tierra

Aun con muchos problemas, sabemos de la agricultura y de la tierra micénicas suficientes cosas como para advertir el contraste que ofrece el campo de tiempos de las tablillas en comparación con lo que de lo mismo conocemos para la época arcaica. Al menos tal diferencia existe, y muy marcada, si nos atenemos al panorama agrario que reflejan los archivos palaciales, es decir, el mundo agrícola controlado por los grandes reinos. De los sectores campesinos marginales o relegados, que los había en el Bronce Reciente, no sabemos nada. Tras la Edad Oscura, la sociedad arcaica se presenta como eminentemente rural. La tierra es prácticamente la única, o en el mejor de los casos la principal, fuente de riqueza de las ciudades-estados emergentes, muy insuficiente, muy disputada por ello y aprovechada bastante rudimentariamente. Lo que ha pasado desde la caída de los principados hasta el lamentable panorama agrario del arcaísmo no resulta fácil de reconstruir. Es legítimo suponer que gran cantidad de tierras quedaron desocupadas e incluso devastadas cuando el hundimiento de las estructuras palaciales micénicas, especialmente del continente, si bien pudieron quedar, donde antes habían existido los controles funcionariales de los principados, grupos más o menos numerosos apegados a sus terruños y autonomizados por la nueva situación

de vacío político y administrativo. Hay que tener en cuenta, asimismo, la continuidad rural que hubo de existir en aquellas regiones más al abrigo de disturbaciones y migraciones. Lo que afectó sin duda gravemente al campo postmicénico fue la conjunción del hundimiento de los reinos, la caída demográfica y los movimientos de población.

10.5.1. La ocupación del territorio

A medida que los grupos griegos, cada vez más a su propia suerte y merced, intentaban normalizar su vida, donde siempre o en nuevos asentamientos, hubo de comenzar un lento y desigual proceso de apropiación, según las necesidades y en función de las variaciones de éstas. Una ocupación de doble nivel: el territorio en que se establece el grupo y los fundos concretos que ha de trabajar cada familia campesina. Un proceso desigual, digo, porque la apropiación favorecería a los grupos más fuertes frente a los débiles y, dentro ya de un grupo, a las familias poderosas en detrimento de las humildes.

Una vez más, como es tónica en todo aspecto de los siglos oscuros que no sea su cultura material, no han faltado los estudiosos que han pretendido ver en algunas tradiciones de corte mítico un reflejo del proceso de apropiación fundiaria y, a partir de éste, el fundamento de las estratificaciones sociales posteriores; aristocracia frente a pueblo llano, ricos frente a pobres, terratenientes frente a campesinos desposeídos. La aristocracia que los tiempos homéricos legan a la época arcaica es latifundista, y esta situación se ha producido en las centurias que siguen a la destrucción de los palacios.

Muchas de las tradiciones griegas posteriores reflejan cambios, hechos, desplazamientos realmente ocurridos en el postmicenismo y, en principio, no cabe negar la posibilidad de que haya en el mito vestigios relativos a las raíces de la sociedad aristocrática y, concretamente, al fenómeno de la ocupación de la tierra, que, cuando menos al final del periodo, ha favorecido en alta medida a las grandes familias en perjuicio de las pequeñas. Se ha pensado que tras las tradiciones que relatan enfrentamientos personales entre dos guerreros, el combate singular, tenemos algo de esta realidad histórica en que nos gustaría penetrar. Hace unos lustros, ensayó entre nosotros Fernández Nieto este camino de interpretación (Fernández Nieto: 1975). Dado que el combate singular supone un acuerdo para la exposición de sólo dos paladines y la aceptación comunitaria del resultado, como en una especie de ordalía, cabría deducir que se dirimían, sin excesivo costo de guerra, los desacuerdos todos, fueran los que fueran, y de manera especial los referentes a la ocupación de terrenos. El resultado de la lucha singular daba razón y derechos a unos y se los quitaba a otros; éstos abandonaban y los ganadores ocupaban el bien en litigio. En el caso del contencioso por tierras, podría valer sin dificultad este modo de ventilar los asuntos cuando grupos

enteros se disputaban *choría*, territorios, en los que tenían la intención de asentarse, como tampoco habría problema para aceptar que el enfrentamiento entre dos decidiera en un caso de pretensión coincidente entre dos familias destacadas de un mismo grupo. El citado especialista español utiliza en su presentación de la hipótesis varios combates singulares de los que los helenos tenían memoria en sus viejas tradiciones: el de Melanto y Janto y el de Ferio e Hipéroco, ambos en la Grecia central, y en el Peloponeso, los que enfrentaron a combatientes de Tegea y Feneo, en Arcadia, y los combates singulares de Hillo y Equemo, y Piregmes y Dégmeno, dos parejas éstas representantes de aqueos y dorios en disputa de territorios. Una vez que había resultado, se procedería al reparto de tierras de acuerdo con la organización de los *gené* y esta asignación, aceptada en sus reglas, favorecería a unos por encima de otros y lógicamente concedería lote especial y otros reconocimientos de más alcance al guerrero vencedor. De todo esto se podría concluir que la primitiva distribución de la tierra fuera quizá subsiguiente a la ocupación de *choría* tras combates singulares y que nació ya, necesariamente, beneficiando a determinadas familias, que serían las antecesoras de la nobleza terrateniente gracias a una continuidad celosa en la conservación –y también acrecimiento– de los fundos de privilegio. Un privilegio que es consecuencia teórica de los servicios de esas familias a la comunidad y causa en paralelo o después del poder político y religioso.

Esta teoría es sugerente en lo que tiene de aprovechamiento del mito, pero también adolece de un cierto exceso de simplidad, inevitable, que no empece sin embargo su más que posible básica validez. En cualquier caso, es evidente que la ocupación de tierras fue desigual o acabó siéndolo, con el resultado de que las familias poderosas poseían más que las demás, lo que es tanto así como decir que eran más ricas –no había entonces fuente de riqueza comparable a tenencia agraria–, y por supuesto por encima de lo que precisaban para una vida sin sobresaltos. No hubo especiales problemas en ello mientras los campesinos humildes podían extenderse por terrenos desocupados a medida que la familia crecía o se desdoblaba, con el consiguiente aumento de las necesidades. Pero llega un momento en que eso ya no es posible, debido a la total ocupación del territorio y comienzan los problemas, agudizados por las apetencias cada vez mayores de las grandes familias, que también crecen según pasan las generaciones y que se incorporan a una dinámica de lujo, paralela al incremento de posibilidades y en concreto del comercio exterior, conforme avanza el preriodo. Las consecuencias de todo esto son altamente negativas para los campesinos débiles. El problema de la mala distribución de la tierra sería una de las cuestiones que dificultarían la vida de las *póleis* recién nacidas y lo heredaría, con urgencia de solución, el arcaísmo griego.

Aunque durante la Edad Oscura hubo en la Hélade una notable producción artesanal, especialmente avanzado el periodo, la mayoría de la pobla-

ción griega dependía de la tierra. La parcela poseída por una familia, y de la que ésta vivía, recibía la denominación de *klêros*. Estos *klêroi* debieron de ser muy flexibles durante largo tiempo, hasta que la tierra comenzó a escasear. Antes no debía de ser difícil extender los límites u ocupar terreno aprovechable por la parte más lejana del territorio, los *eschatía*. Alguna referencia homérica nos sugiere que la adquisición, no se concreta la vía, era cosa posible aunque no fácil (*Odisea*, XXIV, 205-212). Hay razones para pensar que la proporción entre ganadería y agricultura comienza siendo favorable a la primera y va quedando invertida a lo largo de los siglos oscuros, de tal manera que, al final del proceso, los *klêroi* estaban en principio destinados básicamente al aprovechamiento agrícola. Cuando la presión de la tierra, insuficiente, se hace ya notar, el campesino debe procurar la conservación del propio predio, si le es posible, y la compra de la propiedad vecina, cosa más dificultosa, al alcance sólo de los poderosos (Hesiodo, *Trabajos y días*, 341). Así pues, el *klêros* poseído podía venir de ocupación, compra y herencia, estando prevista en esta última la partición entre los hijos legítimos (Homero, *Odisea*, XIV, 202 ss), aun cuando ello suponía el empequeñecimiento de los fundos y, consecuentemente, más problemas.

Al producirse la institucionalización de las *póleis*, ante tan grandes problemas como los que afectaban al campo, se ven aquéllas en la necesidad de reglamentar la posesión de la tierra, su adquisición y enajenación, dadas las dificultades por que pasa este sector, que era la base económica y de subsistencia de la ciudadanía en particular y de la comunidad entera en general. Unas antes, otras después, irán dictando normas encaminadas a mantener la suficiencia de los *klêroi*, legislación de la que tenemos noticia, por lo general referentes ya al periodo arcaico. Se parte del principio de que la *chóra*, el territorio, es responsabilidad de la ciudad y de que es preciso procurar la estabilidad social limando los problemas de la mala distribución de la tierra. Al menos como teoría a la que tender, surge la idea de la *isomoiría*, o partición igualitaria, que ni es en esencia absoluta ni tiene siempre viabilidad en la práctica. Obviamente, la igualdad de los *klêroi* resultaba más fácil de conseguir en ciudades de nueva fundación y territorio ilimitado, como las colonias más antiguas, que allí donde había ya una situación de hecho con raíces desde muy atrás. Pese a las dificultades, hubo intentos antiquísimos, incluso en ciudades-estados surgidas de viejos habitats, de redistribuir los lotes procurando que todos tuvieran el suyo dentro de una tendencia al igualitarismo. La tradición atribuye a Licurgo la introducción de la *isomoiría* en Esparta, allá todavía por el salto del siglo IX al VIII a. C.; en la *polis* lacedemonia cada uno de los ciudadanos de pleno derecho era beneficiario de la concesión de una finca, indivisible e intransferible, como algo inherente a la propia condición política del espartiata. En algunos lugares practicarían la adjudicación periódica de la tierra cultivable para que todos contaran con su

parcela suficiente. Lo normal, sin embargo, era la desigualdad, la insuficiencia, la ruina del pequeño campesino y la prepotencia de las familias privilegiadas, en absoluto interesadas ordinariamente por que cambiara el estado de cosas.

10.5.2. La agricultura

Bastante penosa y muy rudimentaria debía de ser la agricultura de la época. La situación del final del periodo, pintada por Hesiodo, deja patente que el agricultor necesitaba no solamente palabras de aliento, sino la más elemental información con respecto a su trabajo. A dársela se destinan los *Trabajos y días* del poeta de Beocia. Todo hace suponer que durante la Edad Oscura, dentro de un marcado tono menor, los agricultores se movieron en el más apático conservadurismo. Los cultivos fundamentales serían la vid, el olivo, las legumbres, la higuera y los cereales. Eran los más adecuados al suelo y al clima, y venían a coincidir con los de la Grecia micénica y, luego, con los de la arcaica y clásica. Pero los procedimientos, rudimentarios y estancados, debían de favorecer escasamente una producción suficiente, que es lo que ocurre cuando perviven técnicas ancestrales, sin renovación material o de planteamientos. Al depender el hombre griego de la producción agrícola, debía proveer ésta de lo suficiente, lo que no era fácil siempre, como no fuera extendiendo el suelo roturado o multiplicando el trabajo, cosa por otra parte frecuentemente inútil. La otra alternativa, la de la importación para compensar la insuficiencia, no estaría en las manos de los helenos hasta muy avanzados los siglos homéricos. Los azares, que tanto afectan al campo, forzaban al agricultor a un esfuerzo por aumentar al máximo las reservas almacenadas. Sólo a los privilegiados les era posible lograrlo, y la ruina y el hambre eran próximas amenazas para el campesino pobre.

10.6. La recuperación del comercio exterior

10.6.1. Expansión mercantil de Eubea en oriente y el Egeo

La ruptura de las relaciones en general y de las económicas en particular con la caída de los palacios micénicos, hace que el gran comercio exterior desaparezca en la Grecia del siglo XII a. C., en adelante. Es cierto que Chipre conserva algo de actividad en su papel de intermediación o punto escala entre oriente y occidente (Kochavi: 1992; Rigway: 1992, p. 27-29) y continua exportando cobre a los mercados demandantes, y que Atenas y la euboica Lefkandi mantienen contactos con puntos diversos del Egeo y reciben productos de lujo foráneos –es muy posible el comercio directo entre

Egipto y Lefkandi (Popham et alii: 1982; Leclant: 1996)–, al tiempo que Creta, que cada día es más elocuente en ese sentido (Coldstream: 1991 y 1994), tiene tendidos puentes hacia lugares lejanos, por lo menos desde el siglo XI, pero lo de ahora no se parece en nada a la gran empresa productiva y comercial micénica, coordinada y centralizada, y además la mayor parte de Grecia y las islas queda fuera de estos mínimos circuitos existentes. De otro lado, la iniciativa de estos contactos estuvo más en la zona oriental que en la propia región helénica. Lo específicamente griego que se encuentra fuera, cuando lo hay, o es ático o es euboico; no existe en la Hélade otra cultura material significativa que disponga fácilmente de canales de distribución en ultramar. De Atenas y de Eubea es la céramica geométrica que comienza a aparecer en Chipre tras largo tiempo de que no llegara a la isla oriental producto de alfar ninguno procedente de Grecia (Coldstream: 1985).

El Asia anterior, que había estado tan cerca de la cultura egea durante la época micénica, pierde ahora contacto con el depauperado ámbito heleno y lo único que en ella recuerda lo cretomicénico es el hibridismo cultural filisteo. La cerámica de las ciudades filisteas tiene mucho de los vasos micénicos, especialmente de los correspondientes al Heládico Reciente III C., estilo cerrado. Las formas y las decoraciones –espirales, medias circunferencias concéntricas, líneas paralelas, paneles y pájaros– son de inspiración micénica, pero a esto aúna esta alfarería elementos orientales como la clase de arcilla, la pintura mate y el uso de colores, quizá un recurso para compensar la pérdida de brillo de estos recipientes comparados con los micénicos y sin duda herencia de larga tradición cananea. Las pervivencias de lo egeo son aquí de antigua raíz y evolución local independiente. Nada indica que continuaran los contactos griegos en la zona. Todo lo más, Chipre pudo mantener relaciones con la costa asiática, si bien es más lo oriental que asume que lo propio (chipriota, egeo) que irradia. Arruinada la región cananea septentrional –Ugarit y Alalach ya no existen como centros activos–, los fenicios de las ciudades emprendedoras del sur, como Biblos, Tiro y Sidón, al menos desde que amainaron las convulsiones en el Egeo y las perturbaciones provocadas por los Pueblos del Mar, se aprovecharon del vacío resultante de la ruptura comercial micénica para su gran empresa mercantil (Kochavi: 1992), y es indiscutible que actuaran no sólo en las islas del Mediterráneo oriental, Creta especialmente (Shaw: 1986 y 1989), sino incluso en la Grecia propia y por descontado hacia occidente, sacando el partido que fuera de la natural pobreza de los mercados helénicos, al menos de la gran mayoría. Los griegos de época posterior creyeron que habían existido antiguos emplazamientos fenicios en el mundo griego, de lo que no hay pruebas arqueológicas indiscutibles, pero tampoco seguridad absoluta en contra. En algún momento avanzado las influencias orientales en Grecia son tan fuertes, es decir, tal es la impregnación orientalizante, que no estamos en condiciones

de distinguir siempre lo que podría ser fenicio entre lo griego. Y estos mercaderes orientales, perdida en la Hélade la memoria de un gran comercio, han podido ser los maestros –no necesariamente conscientes y voluntarios– de los griegos en el planteamiento, dentro todavía de un sistema de economía natural, de un comercio de ganancia (Niemeyer: 1990; Hudson: 1992).

Hay sin embargo, en esta situación empobrecida y confusa de la Grecia oscura, algunas iniciativas que, sumadas a los otros focos de actividad pervivientes, vienen a ser significativos y estimulantes pasos hacia una recuperación. Ya la expansión del protogeométrico ático supone quizá la apertura de líneas marítimas, aunque sea tímida, y algunos yacimientos, como Lefkandi (Eubea), cuya prosperidad enlaza con las postrimerías de la Edad del Bronce, no se explican sin una cierta actividad de cara al exterior desde época postmicénica muy temprana. En el siglo X los griegos han recobrado bastante de su antigua capacidad de expandir productos por la parte oriental, cerámicos sobre todo, movimiento que es de manera especial iniciativa ática y euboica. Desde la mencionada centuria hay testimonios arqueológicos de origen euboico en determinados puntos de Chipre y del Asia anterior, aunque la generalización es más tardía (Perrault: 1991). Todo indica que los de Eubea pasan a comercializar sus propios productos. Es claro que en este esfuerzo hay una intención económica de logro, por muy cortas que queden todavía las empresas y muy primitivos que sean los planteamientos que están detrás; y no cuesta trabajo aceptar que algunas materias de primera necesidad o apetecidas por las aristocracias emergentes, cual metales –fundamentalmente hierro– y productos alimentarios, así como perfumes, especias y otros lujos, constituyeran el movil de esta nueva y tímida aventura comercial hacia el exterior. Destaca en esta recuperación, hemos de insistir en ello, el papel de la isla de Eubea, que es de extraordinaria importancia ya en los siglos IX y VIII a. C., periodo geométrico, hasta el punto de que se ha podido hablar de un "poder comercial euboico" entre 900 y 700 a. C., en números redondos.

Tras esta actividad están los centros de Lefkandi y de Cálcide y sólo muy posteriormente Eretria, cuyo surgir es de ya avanzado el siglo VIII y que puede ser fundación y continuidad de la primera ciudad citada, decadente y abocada ésta a la extinción en torno a 700 a. C. Lefkandi, que ha recibido gran afluencia de desplazados como consecuencia de las convulsiones de hacia 1200 para debilitarse tal vez con motivo de las migraciones jónicas, recupera su actividad en el siglo XI con un protogeométrico de muchos lazos con Atenas, aunque desarrollado y remodelado en la isla. Es sin duda este centro la pieza clave en el emergente comercio exterior euboico; el papel de Cálcide pudo ser secundario.

Esta potencia mercantil de Eubea, de que ahora podemos hablar con bastante conocimiento del fenómeno, fue descubierta gracias a los resulta-

dos de un reestudio del material cerámico del yacimiento sirio de Al Mina, concretamente el de procedencia helénica, al que se había prestado escasa atención y del que no se sabía demasiado. Las cerámicas griegas del periodo oscuro aparecidas aquí son de procedencia euboica totalmente segura, cual se averiguó andando el tiempo por un mejor conocimiento de formas y decoración derivado de otras excavaciones. Cabe decir que los de Eubea, y quizá algunos epígonos cicládicos a su sombra, tuvieron en Al Mina un centro muy activo de comercio, cruce de muchas líneas, espléndidamente situado en una región de control político débil. Compartían también este emporio cierto número de chipriotas. No se trataba de un asentamiento anejo a población indígena preexistente, parece, sino de un centro comercial de nueva planta, y tampoco hay que entender que su fundación respondiera a una *apoikía* colonizadora, con las características e implicaciones que no mucho tiempo después presentaría el fenómeno expansivo griego; por descontado, su existencia y vitalidad no se explican sin una colaboración entre los mercaderes griegos y los semitas, quienes con toda probabilidad aprovechaban las mismas líneas de navegación y de contacto (Boardman; 1990). Este centro euboico de Al Mina, sin duda tras largos contactos previos, surgió en torno a 825 a. C. Parece que hubo también, aunque en menor grado, presencia de eubeos en otros puntos del Asia anterior, Tell Sukas entre otros, a juzgar por los vestigios cerámicos encontrados. Desde estas factorías quedaban a alcance los mercados de Siria, Fenicia, Palestina e incluso Mesopotamia. Los vasos euboicos, en especial los característicos *skyphoi*, han aparecido en diversos lugares de estas regiones próximo-orientales. Contendrían vino y aceite, aunque los recipientes eran apreciados también por ellos mismos. A cambio de su cerámica y de los pocos productos de consumo o materias primas que Grecia podía comercializar hacia fuera, los mercaderes euboicos se llevaban de oriente metales, como oro, estaño en escasa cantidad, cobre al paso por Chipre, marfil y manufacturas metálicas y textiles, incluidos los productos de origen egipcio, aunque probablemente adquiridos en mercados fenicios y chipriotas. Seguramente habría comercio de esclavos en los dos sentidos. Todo este trasiego consistía fundamentalmente en un intercambio de lujo y hasta de signos de poder. La proporción de cada cosa, que pudo variar con el tiempo, la ignoramos. El interés de Eubea en esta región, y por lo tanto el propio emporio griego de Al Mina, disminuye un poco, quizá por las dificultades que pudieron venir desde el lado asirio, en el paso del siglo VIII al VII a. C., y de ahí que se vuelque hacia el Mediterráneo central, lo que no supone decadencia de centros como el citado o como Tell Sukas en la última de las dos centurias dichas, sino acaso lo contrario.

Este comercio de Eubea con la lejana Asia, que coexiste con la actividad mercantil de los fenicios y las factorías y líneas particulares de éstos, no se

entiende sin una actividad importante, a iniciativa de la propia isla, en prácticamente todo el Egeo. Gran parte de lo que se depositaba en los mercados orientales procedía de distintos puntos del mundo helénico y, de la misma forma, cuanto se importaba quedaba distribuido por las diferentes zonas de la Grecia continental e insular. Eubea actúa como intermediaria en una ambiciosa e inteligente empresa de ganancia. También los *skyphoi* típicos de producción euboica, aparecidos en Tesalia, Beocia, la islas, Asia Menor, Macedonia y la Calcídica, constituyen las huellas de una actividad mercantil, de más alcance del que podemos calibrar, pues gran parte de los productos movilizados debieron de ser perecederos o fungibles. El norte del Egeo, la Calcídica y Macedonia, ofrecía productos de demanda en Grecia y previsiblemente, al menos para algunos de ellos, en los mercados asiáticos: metales, oro, plata, plomo y hierro; maderas, ámbar, pieles, pescado y productos agrícolas varios.

10.6.2. Los euboicos en el Mediterráneo central

La inquietud de los mercaderes de Eubea les llevó a extender asimismo su campo de intereses al Mediterráneo central, por donde los fenicios y probablemente también los chipriotas habían conseguido desarrollar un gran comercio desde bastante tiempo atrás, con ramificaciones todavía más occidentales y evidente continuidad en la zona (Markoe: 1992). Las relaciones entre Chipre y Cerdeña, todavía no bien establecidas por los estudiosos, son muy notables en momentos previos a la actividad euboica por la zona centro-mediterránea (Ridgway: 1996). Esta presencia precolonial en Italia y Sicilia por parte de los griegos de Eubea es ligeramente posterior a la comentada de oriente. Tiene lugar ya del siglo VIII a. C., y la protagonizan sin duda Cálcide y la surgente Eretria (Bartolini-Cordano: 1978). Parece que Pitecusas, en la isla de Ischia, donde han aparecido tres centenares de piezas cerámicas geométricas procedentes de Eubea (Coldstream: 1995), fue un centro mercantil al estilo de Al Mina, aunque abierto decenios más tarde. Nada impide sin embargo, aun siendo cierta la posterioridad de la expansión euboica hacia occidente con respecto a la egea y oriental, que hubiera contactos esporádicos previos con los pueblos de la zona. Es más, habría que darlo por cierto. Existen vestigios arqueológicos del fenómeno en Italia, Cerdeña y Sicilia (Ridgway: 1992, p. 129-147). En esta época avanzada los planteamientos expansivos comienzan a adquirir otro carácter, con el establecimiento de fundaciones coloniales en el sentido propio y ello nos fuerza a tratar la presencia euboica en el Mediterráneo central, y lo mismo habría que decir del Egeo septentrional, desde el nuevo fenómeno colonizador, aspecto que dejo para más adelante. Digamos tan sólo que los vasos euboicos, en especial los aludidos *skyphoi* del momento, aparecen en los alrededores del Vesubio, en

Calabria, en Sicilia oriental y hasta en Etruria, huellas de la actividad comercial de Cácide y Eretria por occidente. Al igual que los otros mercaderes que hacían competencia en la zona a los euboicos, buscarían éstos sobre todo mercados en los que aprovisionarse de metales (Markoe: 1992).

10.6.3. Otros puntos griegos de irradiación mercantil

No estuvieron solas las ciudades de Eubea en el resurgir del comercio exterior de Grecia. Atenas en parte, hasta su decadencia en la segunda mitad del siglo VIII a. C., mantuvo la presencia de su espléndida cerámica, la protogeométrica primero, aunque limitadamente, y sobre todo, luego, la geométrica hasta en zonas lejanas, y quizá fuera abusivo concluir que la exportación de su cultura material se hiciera en exclusiva mediante intermediarios. Los llamativos vasos geométricos atenienses van llegando a las islas, a Asia Menor e incluso a la lejana Chipre como objetos de un comercio que a cada paso admitiría menos el calificativo de modesto. Las más aparatosas piezas del geométrico de esplendor, medio y reciente, debían de estar destinadas a un comercio de lujo, tal vez no separable de las relaciones diplomáticas y de amistad entre élites sociales y hasta cierto punto ya políticas. Corinto fue también centro de actividad mercantil desde el siglo IX y ha sobrevivido, e incluso pasado a un primer plano, tras el oscurecimiento de la ciudad ática. Entre las islas, Samos y Rodas han constituido también puntos de confluencia de líneas comerciales de bastante alcance. La práctica y los intereses no diferirían demasiado de los de las ciudades mercantiles de Eubea. Conocemos suficientemente bien la actividad y los mercados de Corinto durante esta época gracias a algunos trabajos recientes que han ido aportando datos y conformando el cuadro. Los comienzos de esta salida de la ciudad del istmo hacia el exterior se remontan a la primera parte del siglo IX, tímidas exportaciones de productos corintios a regiones preferentemente cercanas, en todo caso sin exceder de la Grecia central. En la centuria siguiente aumenta considerablemente el comercio exterior de Corinto, y los lugares a que llegan sus vasos y demás productos ya no son la Argólide, la Megarense, la Beocia, Eubea y el Atica, sino Asia Menor, Rodas, Creta, Lesbos, algunas otras islas y el Mediterráneo central. La cultura material corintia, objeto entre otros de este intercambio, fuertemente influenciada por la ática hasta mediados del siglo, acaba por independizarse y tomar nuevos derroteros, coincidiendo con la pérdida de presencia de Atenas.

10.7. La religión

Al tratar de las pervivencias de lo micénico, me permití recordar que la religiosidad tiende al conservadurismo y que muchos elementos de la tar-

doheládica deben de haber pervivido durante los siglos oscuros. Habría que empezar por preguntarse si en religión es más lo que se perpetúa que lo que cambia, o si por el contrario son mayores las diferencias entre el periodo micénico y los posteriores que el caudal transmitido. De ser cierto, como sugirió Nilsson, que las raíces de la religión griega están en la Edad del Bronce, hay que concluir que hubo continuidad, al menos alguna. Ya quedó dicho que una de las sorpresas estimulantes producidas en los primeros momentos del desciframiento de la Lineal B fue encontrar un cierto número de dioses griegos conocidos, y de los más importantes, testimoniados en los documentos micénicos. Con el tiempo fue ganando terreno la idea de que esta identificación de dioses no comportaba identidad de contenidos, de características, de funciones. Zeus, Atenea, Posidón, Hera, Hefesto, Ares, Dioniso, Artemis y otros dioses griegos clásicos podían ser también divinidades en tiempos micénicos, pero no necesariamente se definirían y se les honraría como en etapas posteriores.

10.7.1. Entre el corte y la pervivencia

Son muchos los autores que han abogado por la discontinuidad religiosa entre la Edad del Bronce y el arcaísmo, en la idea unos de que la religión micénica era más oriental que griega y, paradójicamente, otros en la de que la avalancha de origen oriental asumida por la Hélade en la parte final de la Edad Oscura deja insignificante el legado heládico tardío. Es evidente que las manifestaciones religiosas especialmente enlazadas al aparato palacial tuvieron que volatilizarse cuando éste se hundió. Es lo que ocurrió sin duda, por ejemplo, al muy activo conjunto santuarial de Pa-ki-ja-na, en Pilo, que no se perpetuó. También es indiscutible que una religiosidad vinculada a pequeños grupos humanos, a los *gené*, las células sociales operativas en la Edad Oscura, tuvo que experimentar un notable desdibujo en lo referente a muchos elementos que le eran propios cuando estaba integrada en el entramado político-administrativo de los muy centralizados reinos micénicos. Y es lógico que un complejo mundo religioso, no sustentado ya por el poder, quedara expuesto a más fáciles transformaciones. Pero todo esto no niega la existencia de un núcleo transmitido, en evolución y enriquecimiento continuos, pero sin ruptura. Las deidades son las mismas, aunque puede que las atribuciones que presentan en época posterior sean parcial o totalmente postmicénicas. Es lo que piensan aquellos estudiosos que retrasan hasta el final de la Edad Oscura, pensando en un decisivo papel de Homero y Hesiodo, el proceso de fijación. Es demasiado lo que ignoramos de la religión micénica, diferenciación de los dioses y manifestaciones de culto, como para dogmatizar al respecto de si en las líneas maestras de lo religioso hubo corte o tradición ininterrumpida; más de lo uno, o más de lo otro.

Obviando las inseguridades, digamos en qué se aprecia continuidad y en qué no parece que la haya. Existe en los nombres de bastantes divinidades; también en cierto número de elementos que, originariamente históricos, constituirán la complicada mítica; la hay en los santuarios, de forma que muchos de los activos en épocas posteriores o se remontan al periodo micénico o tienen en él paralelos notables; y la habría, cabe suponerlo, en no pocos particulares de índole religiosa que no son de fácil desarraigo. Nuestro desconocimiento de los detalles no es suficiente argumento –no vale ni siquiera como argumento– a favor de la discontinuidad. En lo que sí la hay es en todo aquello que hacía de la religión algo sostenido por el aparato burocrático palacial e imbricado en él. Todo lo demás pudo quedar, naturalmente expuesto a mutaciones: enriquecimientos, influencias, préstamos, cambios de sentido, concreción paulatina. No sería la menor de las transformaciones la que este fenómeno experimentaría en paralelo con la evolución de la sociedad helénica en el largo camino que media entre la articulación en grupos menores de lazos familiares y la institucionalización de la ciudad-estado.

De todo aquello que ha pervivido desde lo micénico a lo arcaico y clásico, la Edad Homérica ha actuado como transmisora, y mucho de lo transformado, renovado e incorporado al cuerpo religioso griego es hijo de este periodo. El fenómeno de la religiosidad oscura y su evolución queda prácticamente del todo fuera de nuestro alcance, pues hay que no perder de vista que contamos sólo con fuentes arqueológicas y con los poemas homéricos y hesiódicos, y que la arqueología es comprensiblemente poco explícita en cuestiones de contenido, mientras que Homero y Hesioso constituyen solamente el punto de llegada del largo proceso. Al menos cabe decir de estos dos poetas –permítaseme que me refiera así también a Homero–, que, al margen lo que hayan podido aportar de sí, son herencia de la Edad Oscura y ellos mismos pertenecen más a ésta que a la etapa posterior. En lo referente a las observaciones arqueológicas, una pluralidad de yacimientos evidencian que lugares de culto de la época micénica lo siguieron siendo durante nuestro periodo y hasta plena época histórica. Muchos de ellos dan materiales de los siglos oscuros con la suficiente explicitud como para legitimar la conclusión de que el uso del centro en el periodo que tratamos no fue otro que el de lugar de culto. Debido a las circunstancias históricas y culturales del momento, no parece que sea insalvable el hiato, para ciertos autores grande, entre los materiales del ultimo Heládico Reciente y los protogeométricos que se advierte en algunos sitios de carácter religioso. Durante el tiempo de mayor recesión y empobrecimiento las visitas a los santuarios, menos frecuentes y con menos disponibilidades los viajeros para ofrendas no deleznables y exvotos, no dejarían apenas huellas. Podemos admitir la posibilidad de continuidades artificiales, aunque no son fáciles; pero pensar que todas lo fueran e incluso que pudieran serlo la mayoría supondría creer en formidables coincidencias o inverosímiles manipulaciones.

10.7.2. Continuidad de santuarios

Los más importantes santuarios griegos tienen antecedentes micénicos en idéntica utilización religiosa, por lo que cabe conjeturar una cierta continuidad de los sitios como lugares sagrados. Eleusis, Delfos, Epidauro y Delos son claros ejemplos de ello. Las excavaciones de Eleusis, el gran centro religioso ático de misterio, ha dado restos micénicos y posteriormente geométricos, que no establecen puente arqueológico completo, pero bastan como exponente de la pervivencia sacra del establecimiento. Que no haya materiales votivos abundantes o que Deméter, su diosa de época histórica, no esté documentada en las tablillas de Lineal B (ahora en contra Aravantinos-Godart: 1995) no constituyen argumento de valor en contra. También hubo persistencia de uso religioso en Delfos, pues, si bien no han aparecido en lo que sería el famoso santuario oracular construcciones micénicas, sí se han hallado terracotas de carácter religioso fechables en la última Edad del Bronce, con secuencia posterior de materiales protogeométricos y geométricos. Epidauro, el posterior santuario de la divinidad terapeútica de Asclepio, fue lugar de culto en tiempos tardoheládicos, conforme apuntan indicios arqueológicos indiscutibles. En cuanto a la isla de Delos, donde recibían culto los hermanos Apolo y Artemis en época histórica, hubo pluralidad de santuarios micénicos y todo indica que en la tarda Edad del Bronce la isla no era sino un complejo sagrado. La continuidad de uso, respaldada por restos protogeométricos que constituyen el eslabón arqueológico, puesta en valor hace algunos años (Le Roy: 1984), no puede discutirse. Ofrecen también pervivencia segura de uso religioso la isla de Egina, el Heraion de Samos y el área santuarial de Amiclas. Los depósitos cerámicos, votivos, aparecidos en Egina, con material micénico, protogeométrico y geométrico, respaldan esa continuidad (Touchais: 1982). Centro sagrado importante en el mundo griego, el Haraion de Samos da material arqueológico desde época protogeométrica. Las terracotas votivas en forma de animales aportan prueba del carácter religioso de la utilización del lugar en los siglos oscuros; y además puede estar en lo cierto Desborough cuando señala que el tipo de estas figurillas tiene su origen en época micénica, lo que supone respaldo a una verosímil continuidad de las antiguas raíces. La zona sagrada de Amiclas, coincidente con una de las obras que formarían la Esparta histórica, presenta una construcción micénica, muy posiblemente de destino sacral, un templo absidal geométrico y, al medio, restos protogeométricos. La pervivencia como santuario a lo largo del periodo arcaico completa la continuidad de uso religioso que cabe atribuir a este centro. En Hagia Irini, isla de Ceos, tenemos un caso de mantenimiento de un lugar de culto prácticamente sin cortes: un edificio, templo con seguridad, de época micénica y, tras los materiales del Heládico Reciente, elementos

protogeométricos y geométricos, así como posteriores. Tras el colapso del lugar, que afecta al primer templo, se erige uno más pequeño sobre las ruinas y en parte aprovechándolas. Otro santuario con raíces micénicas y continuidad probable es el de Kalapodi, en la Fócide. Por último, aunque faltan las pruebas decisivas en forma de restos arqueológicos del periodo oscuro, quizá quepa sugerir continuidad en uso cultual para el importante centro de Olimpia. Y, aparte de estos lugares que han conservado un carácter sagrado desde tiempo inmemorial, un gran número de puntos menores, con frecuencia refugios, cuevas y alturas, han aportado adicionales pruebas del conservadurismo de la geografía religiosa. Algunos de éstos adquieren con el tiempo importancia grande, como es el caso, realmente destacable, de la cueva del Ida, centro de culto zeusino de primer orden desde el final de la Edad Oscura, pero con antecedentes que se remontan hasta la época minoica. Chipre, lugar con presencia micénica y luego de acogida para griegos desplazados tras el hundimiento de los palacios, presenta en difirentes puntos evidencias cultuales de larga continuidad, definidas primordialmente por algunas notas características de la simbología religiosa egea, especialmente los cuernos de la consagración. Y no olvidemos la continuidad incompleta de la religiosidad de los jonios asiáticos, que, como se deduce de los estrechos paralelos de festividades, onomástica cultual y otros detalles con el mundo jónico-ático de la Grecia propia, sugiere una notable antigüedad (Burkert: 1985, p. 48). En la última parte del medievo griego, en la época geométrica, se incrementa notablemente el número de lugares de culto, por lo que surgen muchas áreas sagradas sin tradición o con antecedentes muy tenues o imprecisos.

Otra cuestión distinta es la de si se da continuidad en lo referente a los dioses que recibían culto en cada santuario de viejas raíces. En principio habría que suponer que sí, pero no es legítimo descartar a priori, aun aceptando el inmovilismo propio del área religiosa, la posibilidad de cambios. La vías más fáciles son la del sincretismo y la de la asociación de divinidades, con el segundo paso de que la deidad incorporada más tarde acabe por saltar al primer plano, relegando a la primitiva. Parece haber evidencia de cambio en Hagia Irini, donde, desde un santuario cicládico que rendiría luego culto a una diosa minoica, se pasa a considerar a Dioniso como el dios del lugar; en Delos, donde Apolo es un dios de indiscutible intrusión tardía, y también en Olimpia, posible primitivo santuario de una Diosa Madre, que con el tiempo cedería plaza a Zeus, tal vez mediante sincretismo de la primitiva divinidad femenina con Hera y más adelante asociación de ésta con la citada deidad masculina típicamente griega. Sin embargo, son más los casos de fidelidad: Ilitía en Amniso, Zeus en la cueva del Dicte y Jacinto, el joven dios de nombre pregriego (Dietrich: 1975), en Amiclas, constituyen algunos de los ejemplos más seguros.

10.7.3. La religión y la ciudad-estado

Un aspecto de la religión helénica y su evolución, ineludible de abordar, es el de su estrecha dependencia con respecto al fenónemo de la constitución de las *póleis*. No sólo la ciudad-estado asume y potencia la dimensión comunitaria de las creencias y del culto, superando la atomización religiosa de los grupos familiares y solidarios, ni se limita su papel en el dominio de lo sagrado a dar importancia a unas divinidades frente a las otras, convirtiendo a las primeras en los dioses de todos y del estado, a veces incluso en la divinidad tutelar, y dejando relegadas a las restantes al ámbito particular o a un lugar secundario (Snodgrass: 1980), sino que la misma estructura estatal que ahora surge acarrea algunos elementos nuevos, como pueden ser el culto a los héroes a quienes la comunidad cree poder referirse, a los responsables del sinecismo o la institucionalización y, en el caso de las *póleis* coloniales recién establecidas, a los *oikistaí* o fundadores. Adrasto en Argos, Teseo en Atenas, Palemón en Corinto, Alcátoo en Mégara y Pélope en Olimpia pueden servirnos como ejemplos señeros del culto a los héroes ancestrales de las ciudades. Tucles en Naxos, Is en Síbaris, Arquias en Siracusa, Falanto en Tarento, Míscelo en Crotona son fundadores coloniales a quienes se honraba como dioses en las *póleis* de cuya fundación fueron responsables. Los héroes y fundadores solían tener su altar o su tumba en lugares públicos destacados, que frecuentemente era la misma ágora, recibían culto público y reglado, y se celebraban en su honor fiestas anuales, coincidentes muchas veces con la festividad comunitaria y política por excelencia. En este contexto, a modo de anticipo, habría que interpretar la extraordinaria construcción funeraria del guerrero de Toumba, en el área de Lefkandi, aparecida hace unos años y fechable en el protogeométrico avanzado. Se ha señalado que podemos estar ante un heróon, en el que los restos de un destacado personaje recibían una suerte de culto, aunque no falta algún otro punto de vista, por lo demás no demasiado divergente (Popham et alii: 1982 y 1993; Antonaccio: 1995). Es ésta, la religiosa, una entre otras de las plurales apoyaturas sobre las que las ciudades-estados cimentaron su esencia y su identidad (Malkin: 1987, p. 189 ss y 261 ss; Scully: 1990). Otra nota que tener en cuenta es la integración de los santuarios dispersos en la comunidad política como manera de delimitación del territorio y afianzamiento de los derechos de la ciudad-estado sobre ellos (Polignac: 1994).

Coldstream ha señalado ajustadamente que el templo propiamente dicho es creación del final de la Edad Oscura, concretamente del siglo VIII a. C. (Coldstream: 1977), aunque no faltan las construcciones religiosas específicas en la Creta de los siglos postmicénicos inmediatos, tal vez como consecuencia de tradición propia y exclusiva (Crielaard: 1995). En la época micénica los lugares de culto no eran tanto construcciones diferenciadas, arquitectónicamente

hablando, como ámbitos destinados al efecto. La única estructura peculiar era el mégaron y, aun así, quedaba subsumido por la arquitectura del palacio. Cree el británico, y sin duda tiene razón, que los siglos homéricos rindieron culto a sus dioses por lo general en lugares abiertos y que el altar es anterior al templo. Ello explica fácilmente que para los sitios de continuidad de uso religioso podamos hablar de materiales muebles encontrados, pero no de edificaciones hasta momentos bastante tardíos. Algún mégaron, tras largo vacío de construcción, puede haber resurgido tardíamente como templo de nuevo estilo; un caso posible, el primitivo Erecteo ateniense.

Los objetos de culto son, aparte de la omnipresente cerámica vascular, recipientes e instrumentos metálicos variados y las típicas figuras votivas de bronce y terracota, más frecuentemente representaciones de animales que de personas, contra lo que ocurría en el periodo anterior micénico. No se descarta la conservación y veneración de estatuillas de culto micénicas a lo largo de los siglos oscuros. La proliferación de depósitos de objetos ofrendados y la utilización del bronce en muchas de las piezas votivas del periodo son fenómenos que se acentúan de manera especial en la etapa geométrica y más concretamente en el siglo VIII a. C., que es cuando además, como ha quedado ya dicho, comienza a surgir la arquitectura específica de finalidad religiosa. En esa misma época se advierte un incremento notable de imágenes antropomórficas de dioses (Dietrich: 1996) y una fuerte presencia de objetos orientales en los santuarios helénicos, hasta el punto de que se ha llegado a sugerir que algunos de estos centros mantuvieran relaciones y contactos con mercados asiáticos (Strom: 1992) y que gran parte del lustre orientalizante que conoce la Grecia del VIII pueda estar en función de los santuarios o recibir de ellos los estímulos que lo hacen posible (Polignac: 1992). Pero se impone también, inmediatamente, la obvia relación de estos cambios, que requieren una movilización de recursos sólo al alcance de aristocracias muy pujantes o comunitariamente integradas, con el proceso de robustecimiento social, luego con la institucionalización de las *póleis* y la consiguiente oficialización de la religiosidad, que antes no excedía de los grupos menores, incapaces obviamente de suscitar la prosperidad subyacente a estos brillantes signos externos.

11.

Los poemas homéricos

Los dos poemas atribuidos a Homero por la tradición, *Ilíada* y *Odisea*, constituyen toda la cultura literaria conocida de la Edad Oscura. Su importancia es inmensa, tanto por lo que reflejan de la sociedad y la mentalidad, sin duda cambiantes, de los varios siglos de su composición y transmisión, cuanto por lo que aportan a la cultura y la identidad espiritual de la Hélade posterior. La educación en los poetas, propugnada en teoría y práctica por los griegos del clasicismo, tiene en Homero el mejor y más propio de los instrumentos; la literatura helénica posterior no se explica sin Homero; las artes plásticas tendrán en Homero desde muy pronto, y durante centurias, una cantera inagotable; el mundo proyectivo trascendente —mitos y creencias— de la Grecia arcaica y clásica tiene contraída una extraordinaria deuda con Homero.

Los poemas que nos han llegado bajo el nombre de este personaje son el gran legado de los siglos oscuros a los griegos históricos y es tal su significación, que han podido darles convencional denominación alternativa. No es gratuito el apelativo de homéricos que no pocos prefieren para el periodo y la sociedad que median entre el fin del micenismo y el arcaísmo griego. Hemos tocado ya más arriba particulares tocantes a Homero, a propósito especialmente de la guerra de Troya. Ahora, en su específico contexto histórico, consideraremos la dificultosa cuestión de la formación de *Ilíada* y *Odisea* y de su valor testimonial.

11.1. Formación

11.1.1. Homero, "cuestión"

Podemos dar por cosa adquirida que *Ilíada* y *Odisea* son resultado de un largo proceso de siglos que tiene sus raíces en la Edad del Bronce. Al final de la Edad Oscura reciben su redacción última tras una lenta prehistoria de conformación como poesía oral. No resulta fácil, cual se comprende, reconstruir el proceso de composición de nuestros dos poemas y el carácter de la herencia que en ellos puede haber del pasado micénico, y de ahí que los especialistas hayan discutido ampliamente, y lo sigan haciendo, sobre aspectos varios de la problemática que presentan. Por otro lado, el hecho de que nuestros dos principales especímenes de *épos* primitivo precisaran de hasta varios siglos para abocar a lo que acabarían siendo comporta casi necesariamente la incorporación de elementos, no sólo formales sino también de contenido, pertenecientes a los diversos momentos del proceso conformativo. Pero tampoco en esto los diferentes autores han llegado a establecer criterios indiscutibles que permitan fijar y ponderar lo correspondiente a cada estadio o época de la estratificación de ambas epopeyas atribuidas a Homero. Sólo una actitud de evidente optimismo explica que se haya hablado de estas dos soberbias piezas, que conservan vestigios desde la Edad del Bronce hasta el final de la Edad Oscura, como de un yacimiento arqueológico legible al modo que se hace con la estratigrafía de una excavación (Antonaccio: 1995). En la práctica no es tan fácil. Tantos son los enigmas en torno a los poemas, que hablamos con toda propiedad de una "cuestión homérica".

Los más sobresalientes interrogantes de la cuestión homérica podrían formularse, en resumidas cuentas, de la siguiente manera: en qué medida nuestros dos poemas conservan memoria del pasado micénico y, en concreto, elementos que no se expliquen sino por él; hasta qué niveles los antecedentes de *Ilíada* y *Odisea* pueden ser una poesía de transmisión oral y no escrita; si la época micénica conoció o no un género literario más o menos similar al de los poemas homéricos; si éstos derivan de una diversidad de poemas anteriores integrados en la composición última; si hubo o no una sociedad homérica unitaria, la reflejada por los poemas, lejos ya de la micénica y previa a la de las *póleis;* cuáles son los ambientes y zonas por los que pasa la tradición épica heredada por los poemas transmitidos a nombre de Homero; y, finalmente, dónde, cuándo, cómo y por quién o quiénes se hizo la redacción definitiva. Cada una de estas incógnitas, que realmente lo son en mayor o menor medida, arrastra tras sí una discusión, que en ocasiones llega a larguísima polémica. Las inseguridades que afectan a algunos de estos puntos, implicando a los demás, dejan un tanto fuera de alcance la verdadera esencia y la historia de nuestros poemas. Por eso, como arriba recorda-

ba, Homero es "cuestión" y en ésta puede más la controversia que lo universalmente compartido. A la fecha, sin embargo, se han alcanzado algunos puntos generales de acuerdo, quedando superadas viejas hipótesis inadmisibles en el estado actual de nuestros conocimientos. Esos elementos de aceptación universal, así como lo que todavía queda de discusión abierta, nos ocuparán brevemente en las páginas que siguen.

11.1.2. Raíces micénicas en los poemas homéricos

Dejé ya dicho en otro lugar que a Homero han llegado recuerdos de cosas que podemos retrotraer al pasado micénico y que no encuentran lugar en el periodo subsiguiente. Nos parece tan natural leer en Page, y además con subrayado del mismo autor, la siguiente frase: "La Ilíada y la Odisea describen con cuidadoso detalle lugares y objetos que no existieron en el mundo después de la época micénica" (Page: 1972, p. 218). O encontramos en Chadwick que la Grecia que vemos en Homero, organizada y rica, no se parece en nada ni a la de su época ni a la de las cuatro centurias precedentes, una Hélade ésta desorganizada y pobre (Chadwick: 1977, p. 227-228). Parece con frecuencia que el poeta, sin perjuicio de que por lo general no retrata tal cual fue el mundo de los palacios micénicos, está describiendo en pluralidad de aspectos un estado de cosas de siglos antes, y ello no se concibe si no admitimos un cuerpo de tradición que pervive en la memoria popular y en los versos de los aedos y rapsodos. Son bastantes los autores que, en esta línea, defienden e incluso magnifican el micenismo de los poemas homéricos. Una robusta lanza rota hace casi una veintena de años a favor el legado micénico en la *Ilíada* es la de la helenista Luigia Achillea Stella, quien destaca con mucho pormenor, sin caer en el extremo de ver mundo micénico en todo, aunque lo ve en mucho, aquello que en el Homero cantor de Troya se explica muy difícilmente cuando no se acepta la existencia de una tradición conservadora, expuesta a cambio y a corrupción con el tiempo, pero enraizada en la época de esplendor de los palacios (Stella: 1978). Sin embargo, de vez en cuando surge el estudioso que resta importancia al legado micénico en Homero, bien sea reduciéndolo al máximo, cual es el caso señero de Finley, que hizo escuela, bien sea negándolo prácticamente del todo, como hizo Gallavotti cuando escribió que el Homero que nos ha llegado "no puede ser poesía que provenga, ni en pequeña ni en gran medida, de la edad micénica" (Finley: 1961; Gallavotti: 1968). Esta actitud conoce hoy formulaciones no más prudentes, pues se llega a afirmar que Homero no refleja realmente el mundo de las tablillas, que la Edad del Hierro no fue tan pobre como se ha venido diciendo y, exagerando la "actualización" del *épos,* que lo significativo del Homero más propio responde a cosas del siglo VIII a. C. (Morris: 1986; De Wees: 1992, p. 53-58 y 158-162) e incluso del siglo VII (Crielaard: 1995). De todos modos esta

postura no coincide, preciso es aclararlo, con la de Finley arriba aducida, pues el estudioso británico apunta hacia un postmicenismo de lo homérico de los siglos X y IX a. C., y no de las dos centurias subsiguientes. Se discute en realidad si en Homero prima lo tardío, lo contemporáneo a los estratos postreros de formación, o si por el contrario los poemas tienen, en razón de género literario, necesaria dependencia de un mundo pasado, aunque no sea excesivamente remoto. Los nuevos defensores del postmicenismo preponderante de Homero suelen criticar a Finley por alegremente generalizador, aunque ellos mismos, cuando su prurito les lleva a concreción, fundamentan muy discutiblemente sus conclusiones basadas en lo particular. Es lo que ocurre, por ejemplo, a De Wees, quien últimamente ha retrotraído hasta el siglo VII el ambiente de Homero, basándose en los sistemas de combate (De Wees: 1994), cuando en realidad parece apreciarse gran distancia entre la guerra homérica y la de la Grecia de las *póleis* y de la táctica hoplítica (Singor: 1995). Malo es sacar conclusiones generales de lo general, pero no es mejor extraerlas de lo particular.

Quienes, como los especialistas arriba mencionados, piensan que no es demasiado lo que de tardoheládico conservan los poemas de Homero e insisten en el reflejo de lo postmicénico se basan principalmente en el contraste que existe entre la cultura del Bronce Reciente y la que *Ilíada* y *Odisea* reflejan, contraste que ellos extreman, y en otros argumentos filológicos, como la inexistencia –es su opinión– en tiempos tardoheládicos de una poesía épica y la reductibilidad al griego micénico de algunas fórmulas utilizadas por Homero, que, trasladadas al viejo dialecto de las tablillas, no darían verso hexamétrico. Cómo se encuentra al presente la cuestión relativa a estas dos observaciones filológicas lo veremos más adelante. En lo referente a lo primero, se impone decir que nadie niega tal contraste, ni aun defendiendo que existiera un fuerte legado micénico, antes bien resulta comprensible que existiera, pues es natural que en unas composiciones de larga formación haya elementos adheridos a la tradición originaria, reflejo de la sucesión de épocas sucesivas, así como incluso que se produzca alteración y enmascaramiento de lo primitivo. Ante cierto número de cosas, por más que no sean demasiadas, claramente anteriores al descalabro de 1200 a. C., se sostiene menos la tesis de la ruptura que la de la continuidad.

La investigación moderna ha destacado algunos particulares presentes en Homero de muy posible, cuando menos, raigambre micénica. La propia memoria de la guerra de Troya, acontecimiento que podría ser histórico en lo fundamental, cual en otro capítulo vimos, se nos presenta como una reliquia conservada a lo largo de la Edad Oscura y encarnada en los poemas homéricos. Hay quien todavía va más allá de esa historicidad básica de la guerra troyana, y sugiere la real existencia de los más destacados personajes que el *épos* presenta como sus protagonistas. Page, por ejemplo, escri-

be que los nombres de los grandes reyes homéricos se corresponden sin duda con los de hombres que realmente vivieron en época micénica y que combatieron incluso contra los muros de Troya (Page: 1972, p. 253 ss). Algo similar encontramos, aunque la formulación sea menos extremada, en páginas de Durante, quien defiende la condición de históricos para muchos personajes de la épica, Aquiles por ejemplo, y se la niega a otros no menos des-

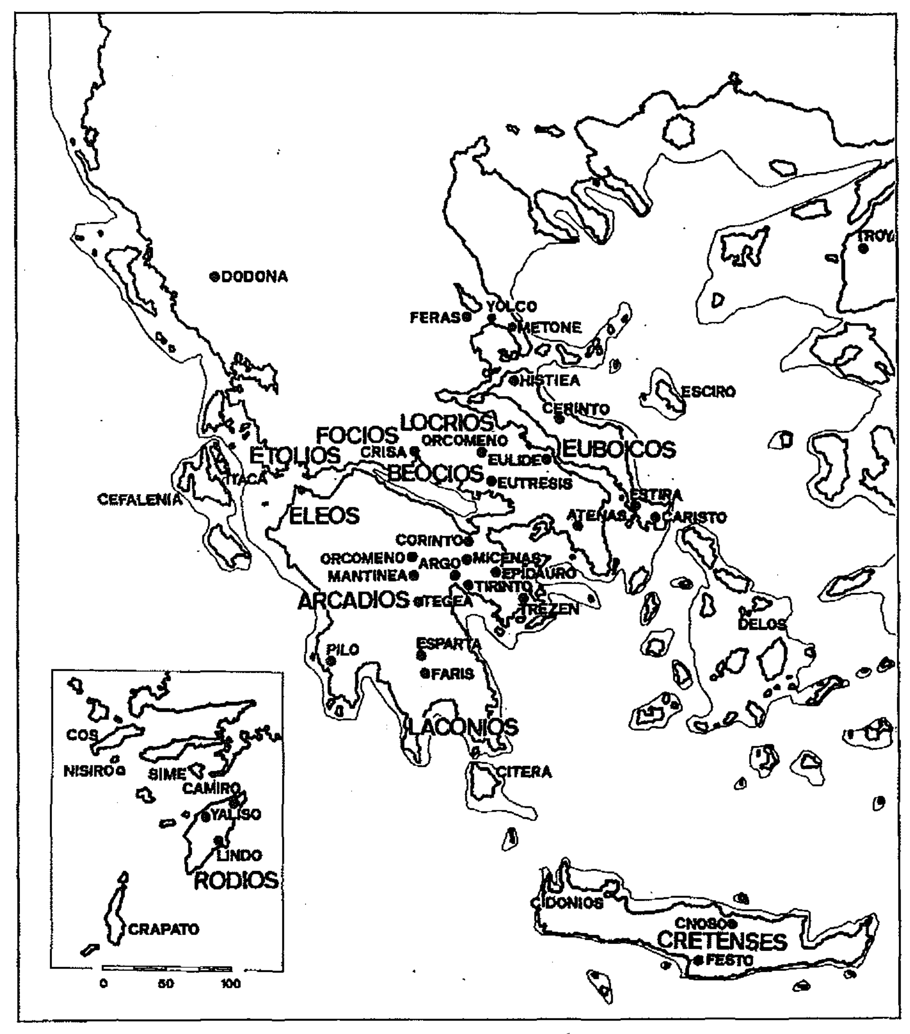


Figura 11.1. Grecia homérica.

tacados, cual es el caso de Agamenón (Durante: 1971-1976, I, p. 122). Si admitimos una poesía heroica en continuidad, difícilmente es concebible la celebración en ella de hazañas y personas de cuya existencia no estuvieran seguros, o más todavía, de cuya inexistencia estuvieran bien ciertos, en la sociedad que tal género producía. Este argumento, que es de Page, tiene peso en función de la continuidad poética y de memoria, mas carece de él para quien opta por la ruptura.

El pretendido corte, sin embargo, topa con evidentes dificultades, que se resumen en la práctica imposibilidad de que cosas indiscutiblemente antiguas puedan ser utilizadas, aunque fuera mal, en tiempos en que no existía memoria de ellas. Y al decir cosas, me refiero a objetos y realidades no tangibles. Pero es que también algunas personas del *épos* llegan a inquietar en similar sentido y en relación con lo anterior. Personajes como Ayante Telamonio, Aquiles y Príamo se nos presentan con un ropaje individualizador y formulario que no puede ser sino efecto de una tradición que remonta a la época micénica. Ello es particularmente claro en el caso del primero de dichos personajes, con quien está documentado el gran escudo como una torre, de pieles de vacuno, arma defensiva desconocida ya en la última parte de la Edad del Bronce. Lo curioso es que Homero no aplica dicho elemento a ningún otro guerrero. Ese antiquísimo escudo, exclusivo de Ayante, parece un auténtico fósil, anterior incluso a la fecha que cabría atribuir a la guerra troyana (Page: 1972, p. 235). En cuanto a Aquiles y Príamo, ambos, y sólo ellos, aparecen con una espada llamada *melíe*, y los dos mismos casualmente utilizan la madera de fresno en su armamento. Estas dos coincidencias han hecho pensar que constituyen razón bastante para aceptar la antigüedad de ambos personajes, tan peculiarmente caracterizados en su armamento (Page: 1972, p. 240-242), y la idea no es descabellada. Llama la atención que Homero tiende a no intercambiar los epítetos que atribuye a diferentes protagonistas de sus poemas, de tal manera que tras el nombre de que se trate viene la caracterización o caracterizaciones propias, es decir, esperadas. Y no es siempre por imperativo de la métrica del verso. Hay especialistas que sostienen que esos epítetos particulares responden a la individualización de personajes históricos, más que a figuraciones artificiales o a funcionalidad literaria. No hay, evidentemente, seguridad en tal sentido, pero ahí está la hipótesis, por lo que pueda valer. Al menos, muchos epítetos pertenecen con certeza a la prehistoria de la lengua griega.

Elementos culturales que la Edad Oscura no conocía y sin embargo su épica testimoniaba, señala Durante, son, junto con el gran escudo, el casco de colmillos de jabalí, las grebas metálicas, la espada tachonada de plata, la coraza de bronce y algunas modalidades de mobiliario. Este tipo de objetos, sin paralelos arqueológicos en el medievo griego, son pervivencias de la Edad del Bronce, ya que sólo por ella admiten explicación. Su memoria se

ha conservado de generación en generación, sin que quizá ni el recitador ni el oyente estuvieran en condiciones de hacerse precisa idea, según corría el tiempo, de qué y cómo podría ser aquello que en su tiempo no se daba. De no haber estado condicionado por una tradición secular, ningún poeta de los tiempos homéricos habría tenido la ocurrencia de inventar cosas que su entorno cultural no ofrecía y el del periodo precedente sí. Y este mismo argumento, que es de aplicación segura al menos a algunas de las particularidades dichas, no para todas, ha sido utilizado por ciertos autores para pasajes de los poemas que parecen muy antiguos, como el catálogo de los combatientes del canto segundo de la *Ilíada*, de cuyas dos partes, naves griegas y aliados de los troyanos, se ha afirmado que son documentos poéticos de época micénica, integrados luego en el poema, y que su contenido tiene gran carga de historicidad. Contrariamente, otros estudiosos prefieren ver en estos repasos de contingentes creación y reflejo de la Edad Oscura. En concreto la antigüedad o modernidad del catálogo de las naves griegas del canto II de la *Ilíada* ha dado lugar a propuestas encontradas; Hope Simpson y Lazenby, en libro conjunto, han defendido que se trata de un documento de época micénica (Hope Simpson-Lazenby: 1971), mientras que poco antes, por el otro extremo, Giovannini había situado su redacción en las puertas ya del arcaísmo (Giovannini: 1969). Y hay que prevenir contra la fácil salida del "falso arcaísmo", al menos cuando se equivocan cosas como elementos pretendidamente antiguos que nunca dados como tales y otros realmente antiguos utilizados con eventuales impropiedad y anacronismo. Estos segundos arcaísmos nunca serán falsos y, en la medida en que no haya otra vía de transmisión más fácil, habrá que concluir que se han transmitido oral y poéticamente.

En cualquier caso, hay cosas, muchas o pocas, que la épica helénica primitiva ha heredado del remoto pasado micénico. Esto justifica que Durante haya podido escribir que "la tradición heroica griega se ha desarrollado en condiciones de continuidad desde una fase de la Edad del Bronce, anterior a los documentos micénicos, hasta las primeras experiencias documentadas" (Durante: 1971-1976, I, p. 129). Quienes, en la línea de Gallavotti, no admiten tal formulación difícilmente pueden explicar el puñado de viejas pervivencias seguras, pues éstas requieren continuidad de memoria y de transmisión. Esa continuidad, innegable, no se limita a un canal único, si bien el recuerdo del pasado ha debido de pervivir en todo caso no de otra manera que por tradición oral. Las posibilidades de la escritura en los siglos postmicénicos o fueron nulas o muy limitadas hasta una época bastante avanzada. Aceptada la continuidad de memoria transmitida oralmente, todo lo micénico que hay en Homero queda mejor explicado si entendemos que esa tradición oral ha sido primordialmente poética. Las características de los poemas homéricos suponen no sólo su composición oral, sino también la precedencia durante centu-

rias de un género poético del mismo tipo, e incluso la existencia de una épica micénica. No está claro cómo se formó el verso homérico, el hexámetro dactílico, y menos su antigüedad, aunque son bastantes los estudiosos a quienes no repugna el origen micénico (Ruijgh: 1996; Pavese: 1996) y hasta hay quien llega a defender una más remota procedencia minoica (Ruijgh: 1995). Al menos, pudo haber antes del fin de los palacios una poesía heroica, aunque formalmente menos depurada, antecesora de la de Homero. Son muchos quienes lo han admitido y lo admiten, aunque lo puedan hacer sin comprometerse demasiado al respecto de una continuidad total del caudal y formas épicos desde tiempos micénicos hasta Homero (Wyatt: 1996). El carácter formulario, los ya vistos elementos de probabilísima o segura pertenencia a tiempos prehistóricos, la conservación de palabras obsoletas y formas de particular arcaísmo, son cosas que hacen pensar que en Homero tenemos el punto de llegada de una larga tradición poética iniciada en la época micénica. Mucho de lo que Homero es y en sus poemas hay no se explica sin aceptar una muy alta antigüedad de la épica. Marcello Durante ha creído posible incluso identificar numerosas formas métricas –un verso entero o una parte de él– que son anteriores a la época oscura y otros autores convienen en ello con el estudioso italiano. Mas este género épico antiquísimo, como poesía viva, se enriquecería y evolucionaría con el tiempo, acumulando materiales posteriores y ganando en precisión formal.

11.1.3. La tradición épica

Los poemas homéricos son el genial resultado de una dilatada y colectiva labor de creación y tradición épicas, sin menoscabo del extraordinario papel desempeñado por el poeta o los poetas de enorme aliento que se encargaron de darle forma última. Esa memoria que es el *épos*, engrandecida y cantada a lo largo de generaciones, constituye el alma de la sociedad trasmisora y consumidora, es la recuperación, a través de los recuerdos magnificados, de las propias raíces y del propio ser colectivo. Por lo general los estudiosos han tendido a figurarse a los aedos y rapsodos como ornato y reserva de identidad para los grupos aristocráticos, que serían los demandantes y receptores del brillo y las hazañas de los reyes y notables del pasado, de otra parte sus antecesores. En este modo de ver las cosas, la épica tendría por destinatarios, en salones, en banquetes, a un limitado número de auditores. Los *arístoi* serían los mecenas y degustadores del género literario que llamamos epopeya o de sus estadios previos. Ultimamente, sin embargo, se ha negado esta presentación reduccionista del fenómeno para considerar que las audiencias de las recitaciones poéticas debían de ser más amplias de lo que era común opinión o, diciéndolo de otra manera, que el caudal épico era más bien literatura popular que elitista (Dalby: 1995). En

este modo de interpretar el *épos* griego de la Edad Oscura, el pasado heroico no sería en rigor un factor de afirmación de la nobleza del siglo VIII, a través de la memoria y la reivindicación de sus iguales antiguos, sino la proyección de la sociedad humilde hacia la rica, o sea, la compensación del pobre. Esté donde esté la verdad al respecto, los elementos básicos de la cuestión homérica no varían.

Hoy no se puede afirmar, como durante decenios sostuvieron las escuelas analíticas, que nuestros grandes poemas épicos son resultado de una larga tradición de composiciones menores, de carácter popular, integradas andando el tiempo por acción de poetas recopiladores o por intervención de uno sólo, que podría ser el propio Homero. Las contradicciones, las repeticiones, los saltos, las diversidades y las inconsecuencias, que no siempre y necesariamente deben ser asumidas como deficiencias –para los analíticos, sin embargo, constituían el lamentable tributo de la obra colectiva carente de suficiente acoplamiento–, tienen explicación bastante en la oralidad de la épica y en una peculiar estética del género, sin necesidad de entender que la *Ilíada* y la *Odisea* sean resultado de la simple adición de poemas de menor entidad. Tampoco cabe el unitarismo radical que se figura a un poeta de mucho aliento componiendo estas epopeyas al modo de la creación individual, como en la literatura moderna. Los componentes tradicionales constituyen un argumento suficiente en contra de esta tesis, que sin embargo vuelve a encontrar últimamente algunos apoyos trasnochados. El *épos* homérico surge de un caudal previo, variado, cambiante, muy formular, que cristaliza en tradiciones poéticas que con el tiempo se enriquecen, integran y depuran. De esta gestación lenta quedan vestigios en la propia forma épica y también en los estratos lingüísticos detectables. Es la gran aportación de Milman Parry todavía por los años veinte (recopilación en Parry: 1971), a la que se podrán aplicar todas las matizaciones –notamos hoy una cierta tendencia a revisarlas–, pero de la que no es posible ni justo prescindir.

El claro retroceso que en nuestros días iconoclastas conoce el oralismo que propugnara Parry, hasta hace muy poco doctrina intocable, ha dado paso a un punto de vista neoanalítico, más moderado que el de los analíticos netos, consistente en interpretar los poemas homéricos como resultado de la composición de un material cíclico, conocido e integrado por el poeta recopilador y a un tiempo creador. Homero partía de unos productos tradicionales y fijados, sobre los que aplicaba luego su gran capacidad de aprovechamiento y de composición (Dowden: 1996). Se solucionan así las graves carencias de la teoría análitica en su formulación radical, que hablaba de unas composiciones hechas, independientes y cosidas, contra toda evidencia y verosimilitud. Pero la interpretación neoanalítica no es, sin embargo, contradictoria con el oralismo, sino que más bien lo demanda y lo exige. El ciclo épico de que Homero se nutría, no podía ser de otra forma, era oral y for-

mulario en creación y transmisión. La gran aportación de Parry permanece vigente al menos en su esencia, no necesariamente en todos sus detalles. "Mérito imperecedero" le reconoce un micenólogo puntero (Chadwick: 1976, p. 228) y todavía es posible ver cómo le rinden tributo destacados filólogos de hoy (por ejemplo Ruijgh, en Treuil et alii: 1992, p. 459 ss).

Los dos poemas homéricos presentan características dialectales diferentes, algunas próximas al arcadochipriota, otras que parecen eolismos y muchas que responden a las variantes jónicas. La primera de estas cercanías dialectales puede ser consecuencia del orígen micénico del género, admitida generalmente la proximidad del arcadochipriota al dialecto de las tablillas, y los jonismos pueden constituir la aportación lingüística del ambiente en el que los poemas reciben su forma definitiva. Lo más particular y discutido de la lengua de Homero es el conjunto de rasgos eolios, que para algunos evidencian una etapa mejor o peor explicada en la configuración –creación y transmisión– del material épico, postmicénica, y para otros un simple fantasma sin consistencia. Si hubo un estadio eolio en la prehistoria de Homero, correspondería a la etapa intermedia de la tradición épica: postmicénica y prejónica. Hace años estudió Wathelet la cuestión eólica en Homero y propuso que de los tres dialectos eolios fundamentales, el beocio, el tesalio y el lesbio, sólo los dos últimos ejercieron influencia sobre el caudal épico, lo que limitaría a la Grecia del norte y a los eolios orientales el escenario de esa tradición intermedia a que apuntarían las huellas de este dialecto. El citado autor se vio tentado a concluir que los aedos tuvieron por centro Tesalia en la primera parte de la Edad Oscura, más o menos hacia 1100 a. C., y que posteriormente fue Lesbos el solar de la creación poética en cronología cercana a 900 a. C. (Wathelet: 1970). La fase jonia, la última, se desrrollaría en el avance del siglo IX, y Homero actuaría en el estadio último de gestación épica. No difieren mucho, al menos para la *Ilíada*, las conclusiones recientes de Ruijgh, quien considera que la tradición épica, compartida por los micénicos peloponesios y septentrionales, respectivamente denominados por él proto-aqueos y proto-eolios, quedó relegada al solar de estos últimos cuando el colapso de los principados, durante los siglos XII y XI a. C., y que de allí pasó a la Eolia ultramarina, donde continúa en las dos centurias siguientes, siendo allí, en Asia Menor, donde los jonios reciben y cierran la rica herencia poética. La *Odisea* sería la aportación del mismo gran poeta creador y recopilador, ya en un ambiente euboico, como es detectable en este poema por encima de las fases de transmisión y gestación precedentes (Ruijgh: 1995).

11.1.4. El último estrato formativo

Así pues, la continuidad del *épos*, que tantos elementos micénicos conserva y que a lo mejor es de origen micénico propio, ha podido producirse en Tesalia, zona relegada septentrional menos perturbada cuando el colap-

so de los principados micénicos. Y es fácil que desde Lesbos, o quizá desde la Tróade, la Jonia importara el gusto por las viejas tradiciones poéticas, que tendrían en su geografía el último y definitivo crisol. Pero todo esto, que parecía intocable hace años y hoy encuentra algún que otro solvente defensor, está en cierto entredicho. Hay quienes niegan la fase eolia de los poemas, que en realidad es la más débil; hay quienes minusvaloran el papel de la Jonia en la última fase del *épos* y prefieren apuntar hacia Eubea como lugar del que surgen los dos poemas homéricos; hay quienes, renuentes a aceptar la segunda mitad del siglo VIII a. C. como la fecha en que les llega la mano final, retrasan ese momento en un siglo (Dickie: 1995) e incluso proponen una cronología del siglo VI (García Blanco-Macía: 1991; Stanley: 1993, p. 280), que es difícil de aceptar, ya que supone en la práctica confundir el cierre compositivo de los poemas con la recensión pisistrática, es decir, la recepción y manipulación atenienses. También Page apunta a una última mano ateniense del siglo VI (Page: 1972, p. 260), pero en ningún lugar identifica esa actuación con el verdadero final del proceso formativo de los poemas homéricos; Homero, persona o fenómeno, sería de fecha muy anterior. Los criterios para la datación de los poemas son incontrovertibles. Tengamos por más importantes, aunque no los únicos, el reflejo que haya en éstos de instituciones, costumbres, lugares, gentes e incluso objetos que puedan aportar referencias fechables y la presencia de temas claramente homéricos en otra literatura y en representaciones plásticas de cronología bien fijada (Dickie: 1995). El problema está en que no siempre de unos criterios válidos es posible hacer aplicación práctica que aporte resultados coincidentes y universalmente asumidos, como en este caso ocurre, y de ahí que las propuestas varíen hasta en los dos siglos.

La *Ilíada* y la *Odisea* reciben su última mano de un poeta, quizá dos, al final de la Edad Oscura. Nada se opone en serio a que el Homero de la tradición fuera el encargado de este menester de conformación final; Homero, un aedo jonio de riquísimo depósito tradicional y de aliento excepcional. Parece sin embargo que el segundo de los poemas, en su forma definitiva, es posterior al primero en algún que otro decenio. Lo más prudente es considerar que el fenómeno ha ocurrido en las postrimerías de la Edad Oscura y que la épica es la magnífica aportación literaria de un periodo básicamente iletrado. Sólo cabría hablar de post-oralidad de Homero, como algunos prefieren formular, en el sentido de que la recopilación y la forma final de los poemas acaban facilitando la fijación por escrito. Sin embargo, los partidarios de un Homero post-oral parecen sugerir algo más: como si hubiera habido un corte neto entre el *épos* en génesis y el último estadio, es decir, los poemas tales como nos han llegado. Algunos han señalado la imposible oralidad de las epopeyas homéricas, por razones de calidad y de cantidad. La danesa Jensen hace años y más cerca de nosotros Taplin han desmontado desde ópticas distintas tales fundamen-

tos (Jensen: 1980; Taplin: 1992) y algún otro autor ha explicado por su lado, acuñando el concepto de "memoria racional", cómo son posibles esos poemas sin apoyatura de texto escrito (Detienne: 1988). Desde hace tiempo, en posición intermedia, han existido los defensores de la idea de que, aunque sus antecesores fueran poetas orales, Homero recompone ya por escrito. Hay quien, en esta línea, ha lanzado la hipótesis de un Homero inventor del alfabeto griego al servicio de la fijación de los poemas que llevan su nombre (Powell: 1991). Pero también quien, en posición contraria, considera que lo verdaderamente difícil era un Homero escrito, millares y millares de versos notados sobre el soporte que fuera, papiro o pergamino (Dowden: 1996). Recientemente Stanley ha aplicado a los poemas homéricos los criterios de oralidad establecidos hace años por el Padre Ong. Son nueve, resumibles de esta manera: preponderancia de parataxis sobre la hipotaxis, acumulación frente a análisis, redundancia frente a sobriedad, tradicionalismo y memorización repetitiva, conocimiento experiencial del hombre, agonismo y violencia, empatía, homeóstasis y, por último, preponderancia de lo situacional sobre lo conceptual y abstracto. Como resultado de la reflexión, Stanley ha concluido que en *Ilíada* y *Odisea*, por neta superación de lo establecido en tales criterios, hay ya una evidente contextura de creación literaria (Stanley: 1993, p. 268 ss.). Los unitaristas radicales prefieren el Homero que compone sosegadamente y por escrito, mejor manera en su opinión de explicar no sólo la riqueza de las piezas, sino algunos numerosos detalles de estructura tendentes a la simetría (visualmente destacados por Whitman: 1967; Stanley: 1993), tan sorprendentes que se ha llegado a hablar del "geometrismo" de Homero, como una adecuación intencional al ambiente de la cultura material llamada geométrica, su contemporánea.

11.2. Valor testimonial

La tradición épica que aboca en la obra de Homero y éste último constituyen todavía un buen puñado de misterios; que se hacen mayores, además, si salimos de contexto y, por resistimos a abandonar nuestras categorías literarias, perdemos la perspectiva histórica. Es evidente que tras Homero hubo muchos poetas cantores, depositarios de una tradición heroica y creadores dentro de ella y para ella. Y, siendo esto así, se comprende que sus poemas constituyan un testimonio de largo tiempo y de realidades sociales y culturales cambiantes.

11.2.1. Los poemas, herencia de siglos

Como ha quedado ya dicho, aunque no está de más la insistencia, lo que *Ilíada* y *Odisea* presentan es producto de decenios y decenios, centurias de

creación, y de una recomposición final. E ignoramos, por cierto, qué distancia –textual– pueda existir entre el resultado de esa recomposición última y los poemas tales como se nos conservan; lo que Stanley ha denominado, no respectivamente sino a la inversa, "nuestra Ilíada" y "la Ilíada de Homero" (Stanley: 1993, p. 293 ss). Se entiende que la épica griega sea reflejo de varias épocas sucesivas e integre elementos de diversa cronología. Distinguir estos elementos no es fácil, como tampoco lo es calibrar si es más lo antiguo que lo posterior o esto que lo reciente. La investigación moderna plantea la cuestión en los simples términos de micenismo preponderante o mayor peso de lo que es producto y reflejo de la sociedad oscura. Y no se trata de sopesar lo que con seguridad es heládico frente a lo que es indiscutiblemente posterior, como es el caso de la monarquía difuminada, los utensilios de hierro, la cremación, la mención de los fenicios, algunas armas arrojadizas, la ausencia de escribas o lo que podría sonar ya a táctica hoplítica. Se trata de si el cuadro, el ambiente, lo general es más micénico que posterior o más postmicénico que heládico, con haber, cuando menos, de todo un algo. Desde el impacto producido hace años por un popular librito de Finley, hemos visto, excepciones aparte, cómo ganaba terreno el convencimiento de que en Homero tenemos sobre todo un reflejo de la sociedad del periodo oscuro y que lo aparentemente micénico no responde sino a realidades que perviven, por lo menos en su mayor parte. Habría que rechazar las formulaciones absolutas en este sentido, pero no cabe negar que nuestros poemas, de manera especial la *Odisea*, han vivido la parte más larga e importante de su conformación en el medievo helénico y son en gran parte deudores de él.

La tesis de Finley, que no carece de antecedentes, resucitó la vieja idea de que los poemas homéricos reflejan sobre todo una sociedad unitaria y coherente, marcadamente postmicénica. Hace unos años insistió Adkins en ello a partir de algunos conceptos homéricos referentes a valores morales, extraídos de la terminología y de las relaciones existentes entre los personajes de los poemas, para concluir que en esa ética subyace una sociedad unitaria; y no sólo unitaria, sino también histórica (Adkins: 1971 y 1972). Para este autor es impensable que los poetas de la tradición oral pudieran montar artificialmente una sociedad varia y coherente, sin que responda a una realidad verdaderamente existida y vivida. Es verdad que Adkins dice desentenderse de la identificación concreta de tal sociedad, pero ofrece indicios suficientes de su inclinación hacia el postmicenismo. Otros estudiosos, por su parte, se han visto impulsados a conclusiones diferentes. Así Long, MacIntyre y Snodgrass, entre otros, quienes por diversos caminos han cuestionado la historicidad y unitariedad de la pretendida sociedad homérica; sobre todo el segundo, especialmente inclinado a sustentar la idealización de la sociedad que los poemas ofrecen, y el último, que argumenta partiendo de elementos homéricos concretos, como el matrimonio y otros fenómenos de dere-

cho conexos, las armas y demás aspectos de la metalurgia, las prácticas funerarias y más cosas de la cultura material (Snodgrass: 1974). Este arqueólogo escocés cree que los aspectos por él estudiados son, en conjunto y uno a uno, de épocas distintas, y que hay inconsecuencias que resultan de la mezcla de prácticas y objetos transmitidos por fuentes de diferente antigüedad. Concluye Snodgrass que Homero, heredero de poetas de muchos periodos, puede haber compuesto, mediante un esfuerzo de selección e idealización, esa sociedad homérica de los poemas, que en su idea es más artificial que unitaria e histórica. Un creador de genio, nos dice, es capaz de lograr de la varia tradición el montaje de una sociedad consistente, pero nunca existida como tal.

No admite discusión que, por más que hasta Homero hayan llegado recuerdos de la Edad del Bronce, sus acontecimientos y sus cosas, los poemas reflejan un mundo básicamente posterior, más o menos heredero de aquél y más o menos en ruptura con él. Nada sabe la epopeya de las grandes estructuras políticas, administrativas y sociales que conocemos por las tablillas y hasta la geografía épica difiere no poco de la que es posible reconstruir para el periodo micénico (Crielaard: 1995). Que la sociedad de los poemas es postmicénica en su mayor parte es indiscutible. Cosa distinta resulta su unitariedad y su sincronía, particulares sobre los que se ha discutido y discute, a falta de datos bastantes –algo acabamos de ver al respecto–, con la vacuidad y recurrencia típicas de las cuestiones bizantinas.

Aunque la filología homérica ha llegado a superiores cotas de finura, tras centurias de dedicación sin respiro (tan sólo la filología bíblica presenta niveles semejantes de depuración metodológica y de posibilidades inmediatas), el misterio de los dos geniales poemas que la tradición atribuye a Homero sigue sin desvelarse en sus interrogantes esenciales. Es posible sin embargo decir, huyendo de formulaciones extremas y de dogmatismos categóricos, que en ellos tenemos el fin de una dilatada tradición oral, en la que hay conservados bastantes elementos antiquísimos junto a otros de épocas posteriores; que tal tradición pudo ser poética desde mucho tiempo atrás y haber pasado por diferentes puntos geográficos y ambientes dialectales, Jonia en el final del proceso, hasta llegar al resultado literario conocido; que este magnífico cierre se debió quizás a un genial poeta, Homero para la tradición, en el siglo VIII a. C.; y que tenemos aquí uno de los más importantes fenómenos de la Edad Oscura. Tal es el peso del caudal épico en la última parte del periodo, que la cerámica contemporánea, la geométrica, en especial la más tardía, ofrece representaciones susceptibles de referencia a episodios concretos de la epopeya, algunos de ellos identificables sin dificultad en el propio Homero o en el ciclo: el naufragio de Odiseo, el rapto de Helena, los Actoriones Moliones en combate y la muerte de Actianacte pueden servirnos de ejemplo.

11.2.2. Influencias orientales en Homero

Presentan los poemas homéricos un último baño que merece la pena tener en cuenta: la influencia oriental. Es muy difícil saber a qué momento de su historia de formación se remontan los aspectos que parecen tener, o tienen con seguridad, origen en Asia anterior. Algunos pueden estar enraizados en la época micénica y pertenecer, consecuentemente, al caudal más antiguo transmitido, otros son sin duda aportaciones del final de la Edad Oscura. Tienen raíz oriental temas cuales el de la mujer despechada, la carta fatal, las tres esferas –cielo, tierra, subterráneo–, particulares míticos concretos, como la creación y la decepción divina, y clichés épicos, fórmulas y contenidos, de procedencia mesopotámica u oriental en general. La descripción del escudo de Aquiles apunta también a cosa oriental o de fuerte orientalismo (Crielaard: 1995). Los especialistas prefieren atribuir la mayor parte de estas influencias a los postreros momentos del proceso de formación de las epopeyas, coincidiendo con la adopción de la escritura, fenómeno del que no puede ser independiente, y con la gran penetración de lo oriental en Grecia, como en toda la cuenca mediterránea, por los siglos VIII y VII a. C., que nos lleva a hablar de época orientalizante.

11.2.3. Homero y el panhelenismo

Otro aspecto de Homero destacable es el que tiene que ver con el ambiente panhelénico que se crea y aumenta en el salto del medievo al arcaísmo griegos (Morgan: 1993), porque los poemas a él atribuídos son, entre otras cosas, si no hijuelas, que sería minusvalorarlos, sí al menos beneficiarios en gran medida de esa ideología. El panhelenismo que tanto se nota en el siglo VIII a. C., y que en sus primeros barruntos ha de ser anterior a él, explica la importancia que adquieren la *Ilíada* y la *Odisea* y sin duda también no poco de su contenido. Lo destacaba hace una docena de años la neozelandesa Thornton: todos los griegos se identificaban con la tradición épica, todos asumieron los poemas homéricos como cosa propia; y a lo mejor el último estadio de composición y hasta la puesta por escrito son consecuencia de alguna suerte de esta identificación de toda Grecia con la epopeya (Thornton: 1984, p. 144-145). El objeto de la épica de Homero, y eso se ve claro especialmente en la *Ilíada*, no es la aventura de un héroe, la saga de los hechos de un lugar o de una dinastía aristocrática; se trata del relato de las empresas comunes de héroes de diversos lugares de la Hélade, en los que los griegos todos se veían reflejados y creían tener sus raíces. En el caso de la *Ilíada*, además, como un mensaje subliminal, nos encontramos con una amenaza patente de fracaso debido a la incapacidad de dos hombres, los caudillos

Agamenón y Aquiles, para entenderse y cooperar, de lo que se desprende una clara lección: Grecia depende de la unidad y del esfuerzo conjunto. En este sentido, Homero representa, o al menos contribuye a potenciar, la nueva mentalidad que pone la unidad y la conjunción por encima de los principios aristocráticos, individualistas, de la defensa del interés propio como un derecho y del honor como un deber y un ideal.

Homero destaca lo que une: de las viejas costumbres, la hospitalidad y la súplica; del nuevo estilo, la cooperación. Nuestro poeta, fin como ha quedado dicho de una gran cadena de tradición, respeta los antiguos hechos gloriosos del pasado heroico, pero destaca y denuncia los peligros derivados de la beligerancia aristocrática particularista, que ponen en riesgo las nuevas venturas de la empresa común. Se aúnan en la epopeya la tradición y el nuevo espíritu. Los poemas homéricos son el eslabón entre el mundo viejo y el mundo nuevo. Las hazañas de los héroes del pasado, antecesores de todos los griegos, quedan presentadas como lecciones válidas para las nuevas circunstancias. Es entonces, y por lo dicho, cuando Homero y Grecia se hacen inseparables.

12. Un final que es un principio

12.1. Hacia la ciudad-estado

La *pólis* consiste no en la vida urbana, que le es preexistente y ni siquiera resulta del todo necesaria, sino en la organización ciudadana superando los grupos menores, en la unificación del territorio y en la agrupación de las gentes de que se trate bajo unas normas más generales que las de los particulares códigos de familia, un juego de obligaciones y derechos, si no aceptados por todos, sí al menos reconocidos. La *pólis* como estado radica más en la idea de la unidad y en la institucionalización de los mecanismos de la conducta politicosocial sobre una comunidad amplia, que en el hecho mismo de la existencia de un núcleo urbano por muy importante que éste pueda ser. Muchas de las *póleis* no surgen en Grecia de aglomeraciones urbanas, sino de la fusión jurídica y política más o menos voluntaria de pequeños hábitats dispersos mediante el fenómeno llamado sinecismo. Es lo normal, empero, que exista un núcleo de habitación que funciona como centro político y social. La difuminación del *génos* en la unidad superior de la ciudad-estado comporta la asunción por ésta de muchos de los elementos de derecho y de religiosidad que antes estaban en el ámbito de aquél. La religiosidad familiar va dejando paso a cultos que ya son públicos, con los consiguientes cambios apuntados en anterior capítulo, y el derecho como algo restringido a los límites del grupo menor pasa a ser competencia de la nueva comunidad más amplia. Ni que decir tiene que este proceso, aunque predominante, no se dio por igual en todas partes. Unas zonas llegaron más lejos, otras menos; unas ciudades asumieron más compe-

Figura 12.1. La Grecia de las antiguas *póleis*.

tencias y se organizaron de forma más compleja y estricta, otras dejaron que las familias mantuvieran mayores niveles de autonomía dentro de la propia tradición de cada una. Y en lo que se refiere a la fundamental cuestión del poder político en tránsito de monarquía hereditaria a oligarquía aristocrática, hubo *póleis* que se constituyeron a mitad de camino de la evolución y no llegaron a perder del todo la institución de la realeza.

La *pólis*, es decir, la estructura políticosocial de la ciudad-estado, se constituye tanto por una necesidad, que se deja sentir en diferente grado y de ahí los diversos tipos de organización que podemos encontrar, cuanto por la iniciativa interesada de las familias poderosas. La ciudad-estado, con sus normas propias fijadas y condicionantes, supone un límite teórico a los aristócratas, porque éstos se someten a una reglas que les coartan en el capricho y la arbitrariedad; pero, como generosa contrapartida, su poder adquiere cuerpo y ellos controlarán la marcha de las ciudades, monopolizarán su gobierno y no soltarán esta presa, ya entrada la Edad Arcaica, si no es ante presiones o por la fuerza. En el fondo no admite la menor duda que tras la pérdida de la monarquía y la organización de la ciudad-estado se encuentra el fenómeno del robustecimiento aristocrático. No puede ser más elocuente y atinado este título interno de una síntesis clásica, en la que colaboran Ettore Lepore y otros: "La fioritura delle aristocrazie e la nascita della *polis*" (Bianchi Bandinelli (ed.): 1978, p. 181). Cuando las ciudades griegas irrumpen en una historia de fuentes más explícitas, como ocurre en el periodo arcaico, lo hacen de la mano de estos *gené* privilegiados. Por lo general, el proceso de formación de la *polis*, que tiene raíces anteriores, culmina en la última parte del siglo VIII a C., y en la centuria siguiente (Sakellariou: 1989, p. 338-340).

La Edad Oscura echa las bases de lo que adquirirá cuerpo en el arcaísmo y constituirá el modelo político fundamental de la Grecia clásica, de tal manera que la grandeza de la civilización helénica resultará inseparable de la ciudad-estado e incluso cabe decir que en muchos aspectos será la gran aportación de ésta.

12.2. El comienzo del fenómeno colonizador

Los contactos comerciales cada vez más decididos que hemos visto en el capítulo anterior, acabarán por abrir a los griegos posibilidades en zonas muy lejanas y facilitarán el fenómeno de la proliferación de nuevas ciudades, auténticas fundaciones de *póleis*, como un segundo paso tras las visitas ocasionales y las factorías estables al estilo de Al Mina en Siria y de Pitecusas en Ischia. Por una pluralidad de motivaciones, no las mismas en todos los casos ni siempre claras para nosotros, el siglo VIII a. C., supone el ensayo de una solución a los problemas de las ciudades griegas mediante la fundación de otras, moviendo parte de la ciudadanía, en remotas regiones de ultramar. Grecia comienza a

establecer colonias precisamente en el Mediterráneo central, Italia y Sicilia, para continuar por la parte norte del Mar Egeo y, en las centurias siguientes, sembrar de ellas desde el este hasta el más reculado occidente. Donde no lo hace es en el Asia anterior, la región por donde había comenzado la expansión mecantil, probablemente porque la amenaza del poderoso Imperio Nuevo Asirio aconsejaba olvidarse de esta parte de la geografía oriental.

12.2.1. La colonización griega

La colonización griega es hija, en principio, de las líneas de intercambio con el exterior, que descubrieron a los helenos nuevas tierras y gentes, y de los problemas que en la época presionaban a las *póleis*, en especial el exceso demográfico y la escasez de terrenos de labor, si bien no se descartan otras circunstancias que pudieran actuar en cada caso como motivos coadyuvantes, entre ellas las tensiones dentro de las familias dirigentes. La solución que encuentran los griegos a sus dificultades insoportables es la dislocación de una parte de los habitantes de las ciudades, familias enteras o sólo hombres activos, para constituir en un país lejano otra *polis* independiente. El término que usaban para lo que nosotros denominamos colonia era el de *apoikía*, emigración; concepto el que le subyace no del todo coincidente con el moderno, porque para el hombre de hoy colonia supone dependencia y tal connotación no se daba en el mundo helénico. Una *apoikía* era una ciudad-estado por sí, no ligada a la metrópoli por lazo alguno de sumisión política, salvo las excepciones derivadas de los libres acuerdos que la ciudad madre y la nueva quisieran establecer desde el comienzo de la duplicación. Es el caso, por ejemplo, de las fundaciones corintias, que solían estar abiertas a las indicaciones procedentes de la metrópoli e incluso recibir unos magistrados anuales llamados epidemiurgos. Pero no era esto lo que ocurría ordinariamente. En ocasiones las relaciones entre los establecimientos coloniales y las ciudades fundadoras eran buenas, pero a veces se producían rupturas, tanto más dolorosas cuanto más al principio de la existencia de la nueva *polis* se produjeran, habida cuenta de que la emigración de cierto número de ciudadanos suponía que familias y amistades quedaran materialmente distanciadas y en el caso de enfrentamientos, en bandos contrarios. Por lo general pervivía una consecuente vinculación religiosa y de culto entre la *apoikía* y la ciudad madre, dado que es el mundo de las creencias el más profundamente atornillado al espíritu de los hombres; los emigrados llevaban a la nueva tierra, como no podía ser menos, los dioses de la comunidad y les rendían culto de la única forma que sabían, la practicada en la ciudad de procedencia.

En la época de las primeras fundaciones la institucionalización de las *póleis* no estaba todavía en el final del proceso, por lo que las ciudades fundadoras no debían de haber logrado, al menos del todo y por igual, la precisión jurídica de los mecanismos de gobierno sobre los nuevos plantea-

mientos políticos, superadores de atomismos atávicos. como consecuencia, a pesar de que una fundación desde la nada facilitaba la constitución, sin condicionamientos que lo dificultaran, del marco socio-político en que moverse, podemos suponer que probablemente las más antiguas colonias carecieran de los automatismos institucionales, complejos, bien precisos y rigurosos, de las *apoikíai* posteriores. Mas, como consecuencia de esa superior facilidad que concedía el establecimiento *ex novo*, no es de descartar que algunas veces las colonias anduvieran en estructura política por delante de las metrópolis y hasta pudieran servir de modelo a éstas, cuando se movían con un cierto retraso evolutivo y constituyente. En cualquier caso, se puede dar por cosa segura que desde el principio las colonias griegas fueron establecimientos ciudadanos, dirigidos por una personalidad responsable, el *oikistés*, con la finalidad de erigirse en comunidad autónoma con respecto a la ciudad-estado de origen, fueran cuales fueran, y tuvieran el desarrollo que tuvieran, las reglas fundacionales y el cuerpo institucional originario. Se descarta, pues, que los primitivos colonos fueran espontáneos o pequeños grupos carentes de coordinación y de conciencia de unidad política.

Tras las exploraciones necesarias, se elegía un lugar bien situado, de fácil defensa, junto al mar y dotado de suficiente tierra de labor para que los campesinos trasladados pudieran reconstruir sus modos de vida tradicionales, que eran por descontados los agrarios, y dar a la ciudad lo más que se pudiera de su avituallamiento e incluso producir excedentes para su comercialización. Mejor o peor logrados los objetivos propuestos, cosa que la propia historia de la colonia se encargaría de demostrar, la nueva fundación ofrecía, al menos, a sus ciudadanos mejores expectativas que las que habían tenido antes de la emigración: tierras suficientes para los agricultores, mercados para que fuera posible una generosa artesanía y pudieran vivir otros como traficantes, igualdad para la mayoría –salvados los privilegios aristocráticos, por supuesto– y, sobre todo, la tranquilidad de no depender de situaciones insoportables y petrificaciones sociales de difícil reconducción, como las de la metrópoli. Las preocupaciones de la colonia eran fundamentalmente tres: los indígenas vecinos, que tanto podían ser clientes y suministradores como enemigos preocupantes, la *chóra* o territorio, que debía ser suficiente y susceptible de ampliación cuando aumentaran las necesidades, y la fácil comunicación con el exterior, tanto por tierra como por mar. Establecida la nueva *polis*, comenzaba lo más inmediatamente posible su vida normal, enfocada hacia la doble dimensión económica de la producción y del intercambio. Algunas de estas nuevas ciudades deberían, ante los inconvenientes prácticos presentados, replantearse la fundación, bien fuera buscando otro y mejor lugar al que trasladarse, o desgajando de sí parte de su cuerpo ciudadano para montar colonias de colonias. Ejemplos no faltan de ambas soluciones desde los primeros momentos del fenómeno colonizador.

12.2.2. Primeras colonias helénicas en Italia y Sicilia

De la misma manera que la iniciativa comercial griega por el mediterráneo central había correspondido a las ciudades euboicas de Cálcide y Eretria, las dos metrópolis de la factoría de Pitecusas, en Ischia, son también euboicos los fundadores de las primeras colonias propiamente dichas en Italia y Sicilia. Si Pitecusas puede remontarse a 770 a. C., aproximadamente, con toda seguridad al menos a antes de 750, Cumas, la que se tenía por más antigua colonia de Italia en la tradición griega, es sin duda del tercio central de la centuria, de entre 740 y 735, aunque no faltan los autores que prefieren llevarla al último cuarto del siglo. Cumas es fundación de Cálcide, como la siguiente en fecha, la siciliana Naxos, que es datable, por confluencia de los testimonios literarios y arqueológicos, en 734, lo que hace de ella la más antigua de las *apoikíai* establecidas en la gran isla centromediterránea. Fue el *oikistés* de Naxos, según la tradición, Tucles de Cálcide, quien tal vez llevara tras sí, entremezcladas con el cuerpo euboico fundacional, a gentes cicládicas, cosa que explicaría el nombre recibido por la nueva *pólis*. Sabida es la ascendencia de Eubea sobre algunas islas del archipiélago de las Cíclades. Según los datos tradicionales griegos, llegados a Tucídides, la fundación de Siracusa, ciudad que tan brillante historia tendría por delante, ocurrió un año después, y nada hay que oponer a esta cronología literaria de 733 a. C. El gran historiador ateniense dice que su *oikistés* fue Arquias, "heraclida" de Corinto, una manera de recordar que se trataba de un dorio, y añade que para establecer el primitivo núcleo expulsó del lugar escogido a los pobladores sículos que lo habitaban. Si la tradición en que Tucídides se basa tiene fundamento histórico, nos presenta el caso de la elección de un lugar no desocupado; y, si es cierto que Arquias, miembro de la familia aristocrática corintia de los Baquíadas, iba a ser condenado en su ciudad por el turbio motivo del asesinato de un adolescente, tenemos también en esta fundación un ejemplo de motivaciones particulares –de carácter judicial, más en concreto– interviniendo en una emigración colonial.

Son una vez más calcídicos los fundadores de Regio, en la parte meridional de la península itálica, se dice en la tradición literaria que por desplazados desde Eubea por el hambre que había en la isla, azote que no habría que separar totalmente del ya conocido problema de la insuficiencia de la producción agrícola y del exceso demográfico. Regio es otra de las colonias primitivas, puesto que su establecimiento puede datar de hacia 730 a. C. De muy poco después, en torno a 728 a. C., son Leontino y Catania, *apoikíai* del lado oriental de Sicilia fundadas por la también colonia siciliana de Naxos, bajo la dirección del propio Tucles, y de la misma fecha aproximada es Mégara Hiblea, colonia megarense a la que su *oikistés*, Lamis, no pudo evitar serios problemas iniciales, menos con los indígenas que con los establecimientos griegos preexistentes, hasta el punto de que, con anterioridad al emplazamiento definitivo, conoció dos traslados,

el último generosamente facilitado por el rey sículo Hiblón de Pantálica, detalle que el propio sobrenombre de la *pólis* recordaría en adelante. Unos años más tarde, hacia 720, Is de Hélice, ciudad de la región de Acaya, estableció la colonia de Síbaris en la Italia meridional; posteriormente, desde la calcídica Cumas o quizá directamente desde Cálcide, se fundó Zancle –es decir, Mesina– antes del 710, desde donde muy pronto saldría la *apoikía* de Milas.

Las últimas colonias de la centuria son Crotona y Tarento, una y otra en la Italia del sur; la primera, fundación aquea de Míscelo de Ripe, en 709 a. C., y la segunda, fundación espartana, con cronología tradicional de 706, de los llamados "partenios", hijos ilegítimos de las mujeres de Esparta nacidos cuando sus maridos guerreaban Mesenia, forzados a la emigración como consecuencia de las complicaciones que, ya mayores, provocaban en la ciudad laconia. Este proceso de multiplicación de ciudades griegas en Sicilia y Magna Grecia continuará en decenios subsiguientes, según avanza la época arcaica. Entre las nuevas colonias que surgirán en el siglo VII a. C., estará la de Metaponto, cercana a Tarento, para cuya fundación anterior al fin del VIII, una pretensión de la tradición literaria, no hay respaldo de carácter arqueológico.

12.2.3. Retraso colonial del Egeo septentrional y del Mar Negro

Nada de extrañar habría tenido que los continuos movimientos griegos por el Mediterráneo oriental hubieran acabado cristalizando en asentamientos coloniales estables, al menos allí donde los grandes imperios asiáticos no generaban insalvables dificultades. Sin embargo, la colonización en el Egeo septentrional y en la zona del Mar Negro es posterior a la de Italia y Sicilia. Hay, no obstante, viejas tradiciones literariamente conservadas que apuntan a la primera mitad del siglo VIII a. C., para algunas *apoikíai* pónticas y de la Propóntide, todas ellas fundaciones de Mileto. Si hubo o no tales antiquísimos establecimientos es una de las cuestiones abiertas a la discusión, aunque la fuerza de la negación parece muy superior a los argumentos afirmativos. Es evidente que los griegos del VIII navegaron y comerciaron, aunque probablemente no mucho, por los estrechos hacia el Mar Negro, pues existen algunos indicios arqueológicos que lo prueban; el problema estriba en el valor que debamos atribuir a las noticias tradicionales y si se fundaron ciudades-estados propiamente dichas en esa centuria. Las discutidas colonias del Mar Negro son Sínope y Trapezunte, situadas ambas en la costa norte de Asia Menor, colonias establecidas por los milesios. Los autores que creen en el valor de la tradición se ven obligados a pensar que estas fundaciones, expuestas a las razias y presiones de los bárbaros indígenas, desaparecieron y fueron restablecidas ya dentro del siglo VII. Nada arqueológico lo prueba (Tsetskhladze: 1994) y, en todo caso, si hubo primitivos asentamientos aquí tuvieron que distar mucho, en lo referente a circunstancias y dimensión institucional, de lo que serían las

apoikíai de avanzada la centuria –las centromediterráneas– y de la siguiente. También se han dado fechas del siglo VIII para algunas colonias de la Propóntide, Cícico, Pario y Astaco en concreto, cosa discutible para las dos primeras y rechazable para la tercera; y una vez más es la ineludible prueba arqueológica lo que nos falta. Lo mismo ocurre con Metone, en la costa de Macedonia. Estos y otros establecimientos coloniales son posteriores y pertenecen, pues, a una historia que, aunque arranque de nuestro periodo y no se entienda sin lo que él anticipa, corresponde recoger y pormemorizar a la síntesis que es subsiguiente a ésta (Domínguez Monedero: 1991).

12.3. El alfabeto griego

12.3.1. Adopción

Durante los siglos homéricos, u Edad Oscura, los griegos no tuvieron la capacidad de escribir, olvidado el viejo sistema silábico Lineal B, tan escasamente funcional, hasta que la recuperaron mediante la adaptación del alfabeto fenicio. Sólo Chipre fue excepción en este generalizado analfabetismo, ya que el hecho de que el peculiar silabario chipriota clásico derive directamente de la Lineal A prueba ya de por sí que nunca perdió la continuidad de su uso. Nadie discute hoy el origen fenicio del alfabeto helénico, por la forma de las letras, su orden y también sus nombres, que no significan nada en lengua griega, pero sí en semítico. Es evidente que los griegos, una vez dentro de la dinámica de desarrollo y modernización que caracteriza la última parte de los siglos oscuros, advirtieron la utilidad de tal instrumento para la vida económica, concretamente la mercantil, y que incluso las nuevas circunstancias les forzaron a sentir la necesidad de hacerlo suyo. A pesar de las consabidas explicaciones míticas que los helenos daban a cualquier conquista intelectual o técnica –en el caso de la escritura, se disputan el honor de su invención Palamedes, Orfeo, Dánao, Cadmo, Lino y Museo–, Grecia tuvo siempre conciencia del origen semítico de su alfabeto; los testimonios de Heródoto y de un escolio de la *Ars Grammatica* de Dionisio Tracio constituyen pruebas suficientes de que se conocía la procedencia precisa. La adaptación se hizo partiendo de los veintidós signos semíticos occidentales, todos consonánticos, especializando algunos de ellos para notar sonidos vocálicos, aunque, como señaló Lauria, incluso en esto último los mismos fenicios pudieron aportar cierto precedente de valor vocálico para algún signo, en determinadas circunstancias. Posteriormente quedarían introducidas varias letras complementarias, como las que se añanen al alfabeto tras la *tau*.

Las más antiguas inscripciones griegas conservadas son: un fragmento cerámico de Grotta, en Naxos, de hacia la mitad del siglo VIII a. C.; vasos inscritos de Atenas probablemente anteriores a 700 a. C., con seguridad del siglo

VIII una *oinochoé* geométrica con grafito trazado de derecha a izquierda; vasos del santuario del monte Himeto, de en torno a 700 a. C.; vaso de Itaca de aproximadamente la misma cronología; hombro de un *pithos* cretense del siglo VIII; algunos signos aparecidos en estratos geométricos de Lefkandi, en Eubea; un borde de cratera de hacia 725 en Pitecusas (isla de Ischia); en este mismo lugar, la famosa copa de Néstor, anterior en fecha al 700 a. C., y un borde de ánfora tardogeométrica de Esmirna, que admitiría fecha de sobre 700 ó, a lo sumo, de muy poco después. Es posible, por curiosa paradoja, que el más antiguo testimonio de escritura griega haya aparecido fuera del ámbito y la cultura material helénicos: anterior a 770 a. C., parece ser un fragmento de cerámica local, con signos del alfabeto, aparecido en un yacimiento del Lacio (Bietti Sestieri: 1992). Por entonces, paso del siglo VIII al VII, los etruscos habían tomado ya el sistema de escritura de los calcídicos asentados en puntos de Italia y de Sicilia. Es indudablemente seguro, por más que siempre sea posible, en el caso de los graffiti, la posterioridad del trazado de los signos con respecto a la cronología del vaso, aunque esta dificultad queda compensada por la datación estratigráfica cuando existe, que la asunción por parte de los griegos del sistema de escritura de los fenicios tuvo que hacerse al menos en el siglo VIII, sin que falten los estudiosos que, sobre diversos argumentos, remontan muy decididamente la cronología, como veremos más abajo.

Muchos autores han pretendido aportar algo más de precisión a la fecha y, de paso, a las circunstancias de la adopción del alfabeto fenicio por los griegos. El siglo VIII da cronología *post quam non* y en sí aporta un buen momento, pues el comercio helénico está afianzándose y desde tiempo atrás existen contactos comerciales entre fenicios y griegos, e incluso establecimientos estables de éstos últimos en la propia Asia anterior y en el Egeo, aunque todo apunta últimamente a que es preciso descartar la segunda mitad. Pero no es imposible tampoco que la adaptación se produjera en fecha más remontada, porque estas condiciones favorables señaladas tienen sus raíces, cual ha quedado ya explicado en su lugar, bastante tiempo atrás. Carpenter formuló hace ya varios decenios un principio metodológico irreprochable: el momento en que el alfabeto griego se desgajó del fenicio es aquél en el que ambos sistemas de escritura tienen similitudes más estrechas, por lo que no hay sino que estudiar la evolución del alfabeto semítico y fijar el estadio que mejor explica las características formales del helénico originario. El inconveniente está en que tal principio, una vez llevado a la práctica, ha dado según los autores resultados divergentes. Mientras Carpenter obtuvo las conclusiones más extremadas por el final, datando la adaptación pasada la mediana del siglo VIII a C. (Carpenter: 1938), hubo especialistas que han obtenido cronologías del IX, del X, e incluso anteriores. Aparte de las consideraciones paleográficas, que podrían sugerir por algunos detalles un origen protocananeo, los autores partidarios de remontar la fecha entendían que el alfabe-

to que tenemos en los más antiguos textos griegos conservados es resultado de una evolución, por lo que antes de esa fecha de la segunda mitad del siglo VIII ha debido de producirse una fijación del sistema, que requiere tiempo en opinión de quienes así piensan. Pudieron haberse perdido textos anteriores a los que nos han llegado, tal vez en material deleznable. Se ha llegado a utilizar el término "prehistoria" para esos estadios anteriores, no documentados, por que se supone que pasó el alfabeto de los griegos, apoyando la idea en indicios que hacen pensar en ciertos ensayos y algunas modificaciones evolutivas, previos a los primeros especímenes conservados de la nueva escritura (McCarter-Kyle: 1975, p. 103 ss). Hay quien en esta prehistoria sin documentar cree que ha podido ocurrir un fenómeno que se daba por excluido: en un primer momento los griegos pudieron escribir sin signos vocálicos y sólo más adelante adecuaron algunos para remediar al incómodo vacío, lo que requeriría al menos un siglo (Isserlin: 1983). Como se ve, la inquietud y las hipótesis no se echan a faltar. Es curioso que han sido por lo general semitistas los más inclinados a atribuir fechas muy tempranas a la asunción del alfabeto por el pueblo griego, mientras que son los helenistas quienes suelen señalar hacia las fechas más tardías entre las posibles. La tendencia general última ha sido la de no remontar la recuperación por Grecia de la capacidad de escribir a momentos anteriores al siglo IX, y todavía pesa de todos modos la tesis del préstamo tardío debido a la autoridad que emana de la monumental monografía de Jeffery, pero ahí está la concurrencia de las propuestas contrarias y sobre todo la cronología de primera mitad del siglo VIII que algunos testimonios de epigrafía vascular hacen indiscutible. La fecha de 800 a. C., en números redondos parece admisible (Wachter: 1989; Crielaard: 1995).

No cabe dar la cuestión por cerrada, pues no cejan los especialistas convencidos de la antigüedad del préstamo. Un argumento de peso en contra de que el alfabeto surgiera en el siglo VIII es que presenta la ya aludida no fijación del sentido de la escritura y además las letras tienden a la cuadratura, cuando en esa centuria el sistema fenicio utilizaba signos más cursivos y disponía en líneas sucesivas todas de derecha a izquierda. Ello haría pensar, y así lo defendió Naveh hace años, que no es en ese estadio, sino en otro anterior, donde hay que situar el nacimiento del alfabeto helénico (Naveh: 1982, 176 ss), reasumiendo sobre nuevas y mejores bases la antigua propuesta de Larfeld, en su clásico manual de epigrafía griega de comienzos de siglo, a favor de una cronología del II milenio para la adaptación. Aparte de lo anterior, el citado semitista, que, dicho sea de paso, también piensa que la introducción de las vocales ha requerido largo tiempo hasta su sistematización, ha insistido en que algunos de los elementos que aparecen en los primeros alfabetos griegos no admiten explicación por las modalidades semíticas tardías, sino por las de mayor antigüedad. Así la ómicron con punto

central, que responde a la *ayin* protocananea; la sigma vuelta a la izquierda, que deriva de la muy antigua *shin* vertical, mientras que en el siglo VIII se utilizaba la horizontal, y la mi originaria, que derivaría de variantes de *mom* muy arcaicas. También de otras varias letras dice el especialista israelí que recuerdan las modalidades del protocananeo. Sólo la adopción de la kappa bajo la normal invertida supone una dificultad para el origen protocananeo del alfabeto griego, porque la *kaf* protocananea era un signo diferente, que por cierto los griegos utilizarían más tarde con otro valor, como uno de los signos añadidos tras la tau, aunque Naveh se las acaba arreglando para obviar esta dificultad. El hecho es que este prestigioso autor se nos presenta hoy por hoy como el máximo sustentador de la cronología alta, hasta del siglo XII a. C., para el alfabeto de los griegos, y no en solitario ni sin apoyos de solventes estudiosos desde el lado del helenismo (Ruijgh: 1995).

Hay dos curiosas propuestas recientes que vinculan el surgimiento de la nueva escritura griega con dos fenómenos culturales y sociales importantes en las postrimerías de la Edad Oscura: la composición última de los poemas homéricos y el comienzo de los Juegos Olímpicos. Powell lanzó la hipótesis de un Homero adaptador del alfabeto para poner por escrito la *Ilíada* y la *Odisea* en su forma definitiva (Powell: 1991) y Garbini ha creído defendible la idea de la precedencia en no mucho tiempo del alfabeto con respecto al primer certamen, digamos regulado, de Olimpia, el de 776 a. C., y el comienzo de la memoria olímpica (Garbini: 1996). Estos dos autores apuntan, como se ve, a una fecha tardía.

12.3.2. Variantes primitivas

El alfabeto griego primitivo presenta notables variedades locales y queda utilizado, en lo que respecta al sentido de la escritura, tanto de derecha a izquierda, como de izquierda a derecha, y también en la doble dirección, la llamada modalidad bustrofedónica. Estas dos características de no fijación pervivirían durante toda la época arcaica y hasta muy avanzada la clásica, que es cuando el sistema jónico-ático en línea, de izquierda a derecha, desbancaría a las demás modalidades. Llaman la atención estas variantes de signos y de uso, y no han faltado quienes han creído posible explicar el fenómeno desde variedades locales existentes ya en el modelo fenicio. En esta hipótesis, los helenos habrían tomado el alfabeto en varios sitios independientemente, y de ahí vendrían las diferencias. Parece una idea rechazable. Las diversas modalidades griegas no son originales, sino resultado de una diferenciación secundaria. Aquello en lo que coinciden todas las variantes resulta demasiado notable como para que sea posible la múltiple adaptación. Pensemos en las vocales alfa, épsilon y ómicron, invariablemente tomadas de los signos *aleph*, *he* y *ayin*; la semiconsonante wau; el sistema de silban-

tes simples y compuestas, y el propio bustrofedonismo, que es inherente desde el origen a todas las variantes. Estas coincidencias serían imposibles, si se habieran dado varias adaptaciones independientes. El nacimiento de la escritura griega hubo de ser unitario.

12.3.3. Lugar de adaptación

Difícil resulta establecer el lugar en que por primera vez a alguien se le ocurre poner los signos fenicios al servicio de la lengua griega y lo lleva con éxito a la práctica. Los especialistas han vuelto a caer, al tratar esta otra cuestión, en el juego de las hipótesis varias. Dos cosas parecen claras: la primera, que el traspaso ha debido de tener lugar en un ambiente bilingüe; la segunda, que las variedades más antiguas parecen ser las de Creta, Melos y Tera. Y advierto que no me refiero a los textos más antiguos conservados, sino al superior arcaísmo de los signos utilizados en las islas citadas. Por lo primero, el ambiente bilingüe, se ha pensado en los centros asiáticos con presencia griega, como Al Mina y Tell Sukas –en ambos lugares hay vestigios de antigua escritura alfabética griega (Boardman: 1982; Perrault: 1991)–, lo que apuntaría hacia gentes procedentes de Eubea; y es de recordar que los eubeos no sólo han puesto en nuestras manos algún material escrito muy antiguo, sino que en época bastante primitiva llevaron el alfabeto al Mediterráneo central y lo legaron a indígenas de la península itálica, concretamente a los etruscos. Ruijgh en concreto se ha manifestado a favor de la adaptación euboica, compatibilizándola incluso con su cronología alta, pues no olvida la notable prosperidad de Lefkandi desde antes del salto de milenio (Ruijgh: 1995), y a lo mismo apunta Crielaard, basándose en que los testimonios de escritura más antiguos pertenecen al ámbito euboico (Crielaard: 1995). Otros han pensado en Chipre y en Rodas, islas con frecuentes contactos orientales e incluso presencia estable de fenicios. Y también la Jonia ha tenido sus valedores. Por el más acusado arcaísmo de las modalidades que utilizarían las islas dorias del Egeo meridional, Creta para unos y Tera para otros han sido los lugares propuestos para la adaptación. Un apoyo a la hipótesis del origen cretense lo ha supuesto la inscripción fenicia de Tekke sobre una vasija de bronce aparecida en las cercanías de Cnoso (Sznyger: 1979) y la propia existencia del santuario de Commo, en el sur de la isla, un templo fenicio a disposición de los navegantes y residentes temporales semitas del sur de la isla (Shaw: 1986 y 1989). Pero lo mismo ocurre con Eubea, pues concretamente en Eretria se ha encontrado otro bronce con inscripción semítica de origen sirio (Marek: 1993).

El problema del lugar en que se inventa el alfabeto griego, lo mismo que el de la fecha, queda sin solucionar, a la espera de nuevos hallazgos documentales o de las precisiones que por otras vías les sea posible hacer a los estudiosos. Cabe decir, de todos modos, que en el lugar y en el tiempo de la

adaptación no quedaba memoria de la escritura Lineal B, lo que explica que no se utilizara ninguna solución proveniente del antiguo silabario micénico para remediar las insuficiencias iniciales del alfabeto fenicio puesto al servicio de la lengua griega. Por otro lado, fuera cual fuera el punto geográfico en que nació el alfabeto, sin que ello sea óbice la mayor antigüedad que ahora se vislumbra para éste, sigue siendo válido el hecho establecido de que la Edad Oscura era básicamente iletrada y que la realeza y la aristocracia dominantes no tenían el uso de la escritura como uno de sus mecanismos de control y de poder.

12.4. El origen de los Juegos Olímpicos

12.4.1. La reconstrucción de Hipias de Elis

Aunque los Juegos Olímpicos son un fenómeno social y político de gran raigambre en la Hélade y de notable antigüedad, como vamos a ver, los griegos tardaron bastante tiempo en controlar su historia olímpica y ponerla al servicio del cómputo de tiempo. El uso de la era olímpica llega casi cuatro siglos después de que los certámenes celebrados en Olimpia adquieran su carácter institucional. Un sofista del siglo V, Hipias de Elis, recopiló la lista de los vencedores olímpicos en la carrera, única modalidad agonal que tuvieron los Juegos en un principio, y el resultado fue que al salto del siglo V al IV, y en concreto al año 400 a. C., le correspondía el número de serie noventa y cinco. Sobre esta relación de los olimpiónicos, un estudioso preocupado por la historia, que pudo ser Timeo –tras él irían luego Aristóteles, Eratóstenes y los demás historiadores y cronistas–, hizo la reconstrucción de las olimpiadas y echo las bases de la llamada era olímpica (Samuel: 1972). Habida cuenta de que una olimpiada es el tracto de cuatro años que van de unos Juegos a los siguientes, entre 404 y 400 había corrido la olimpiada nonagésima cuarta. En consecuencia, llevando la larga serie hacia atrás, los primeros Juegos propios celebrados en Olimpia correspondían al año 776 a. C., por lo tanto se remontaban nada menos que a la primera mitad del siglo VIII. A partir del trabajo reconstructivo de Hipias, comenzó a imponerse la utilización de la cronología olímpica para las referencias temporales de la historia griega, dejando que se perdiera en la nebulosa del pasado remoto y hasta en el mito todo lo anterior a esa primera fecha controlable, por cuanto que para ese tiempo precedente no contaban sino con un poco firme cómputo de generaciones y con hitos de concreción histórica muy difícil, como la guerra de Troya o el regreso de los Heraclidas. En ese sentido, la era olímpica viene a ser el esqueleto de una historia real, ante la que no hay sino bruma e imprecisión; para los griegos desde el siglo IV en adelante y para la tradición historiográfica moderna, que ha encontrado en este columna vertebral cronológica el pretexto para

marcar un inicio preciso a la verdadera historia helénica, lo que, reconozcámoslo, adolece de un excesivo convencionalismo, como no se ha dejado de señalar recientemente (Morris: 1992, p. 123), aunque no menos verdad es que estos artificios, por lo demás no gratuitos, tienen su indudable utilidad. Si a la datación resultante de la reconstrucción de Hipias asiste algo de valor histórico, y parece que efectivamente es el caso, el origen de las competiciones periódicas celebradas en Olimpia, que acabarían con el tiempo por convertirse en una de las instituciones panhelénicas de mayor prestigio, se remontaría a las postrimerías de la Edad Oscura. Y cabe decir, en efecto, que tal cronología tiene notable coherencia y cuenta con respaldo arqueológico bastante.

12.4.2. Validez de la era olímpica

No se ha dejado de discutir el valor de los datos que sirvieron de base a la reconstrucción que hizo Hipias, si bien la mayoría de los autores aceptan de grado la fecha de 776 a. C., para el comienzo de la serie. Se puede dudar de la total capacidad de acierto del sofista en el manejo de los elementos y de que los datos conservados en Olimpia fueran completos y absolutamente fidedignos. Pero hay dos cosas que no admiten discusión: la primera es que la armazón cronológica que deriva de la recomposición de Hipias –en la medida en que podemos conocerla por referencias indirectas, ya que la lista establecida por el sofista no se conserva– aplicada a las referencias de que disponemos para el fin de la Edad Oscura y las épocas arcaica y clásica no repugna ni da resultados aberrantes que obliquen a darla por inservible; es la segunda que la arqueología respalda suficientemente el que Olimpia pudiera haber sido sede de competiciones deportivas durante la mayor parte del siglo VIII a. C. En relación con esto último, muchas de las ofrendas, a no dudarlo de vencedores, que las excavaciones han rescatado, son de dicha centuria. Esta admisibilidad básica no supone que haya que aceptar la historicidad íntegra de la lista de los vencedores más antiguos, que podría tener algo o mucho de artificial, ni que los Juegos fueran desde el principio, en alcance, mecanismos y significación, como los conocemos en tiempos posteriores. Eusebio de Cesarea, que nos ha conservado la lista de todas las olimpiadas, desde la primera hasta la número doscientos cuarenta y nueve, recoge una noticia de Aristodemo de Elis en el sentido de que no se conservaron relaciones documentales de vencedores hasta los Juegos vigésimo octavos, que corresponden a los del 668 a. C.; es decir, acepta un siglo largo de inseguridad en la memoria. Hay sin embargo notables coincidencias e indicios, al menos, de historicidad parcial: así, que no haya vencedores mesenios tras 716 a. C., lo que inmediatamente recuerda la primera guerra entre Mesenia y Esparta, en la que se impusieron los lacedemonios; o que los más antiguos ganadores en los Juegos sean locales y luego peloponesios de las restantes

regiones (Morgan: 1990, p. 61 ss), sin que aparezcan atletas de ciudades lejanas, cosa que no repugnaría a un manipulador o que sería lógica en un montaje del todo artificial; o que, ya entrado el siglo VII a. C., se note en la lista la usurpación de los Juegos por Fidón de Argos; o que el megarense Orsipo, antiguo vencedor olímpico que liberó su ciudad del control corintio, esté efectivamente en la lista como corredor victorioso en 720 a. C. Todo muy coherente; con mayor coherencia de la que podría esperarse en un falsificador ignorante de la historia que ahora nosotros conocemos o en un reconstructor de buena voluntad sobre materiales inconsistentes.

Lo apuntado de una restricción geográfica cada vez más acusada según nos remontamos a Juegos más antiguos, encaja en la modestia lógica de los primeros encuentros, cuando el viaje no resultaba fácil, ni el desarrollo económico era suficiente, salvo excepciones, ni los eventos organizados en Olimpia tenían todavía renombre en toda Grecia, que llevaría tiempo conseguir. Esta evidencia, entiendo, no apunta necesariamente a la inexistencia de los juegos formalizados en la mayor parte del siglo VIII a. C., como algún estudioso ha llegado a sugerir (Morgan: 1990, p. 47-48); al menos hay que desconfiar de las formulaciones demasiado tajantes en este sentido. El panhelenismo de los Juegos es una adquisición paulatina ahora iniciada, pero que no será realidad hasta más adelante.

Parece además que, en origen, los modalidades agonísticas eran más simples al comienzo que en la época clásica y que, al menos hasta muy avanzado el siglo VII, no hubo competiciones en las que participaran las categorías de edad inferiores.

Los jueces que decidían sobre el proceso deportivo, su validez y a quién correspondiera la victoria, recibían el hombre de *hellenodikaí*, no sabemos si desde el comienzo de la serie organizada; al menos pretendían la nobleza de una gran antigüedad, pues se decían descendientes del héroe eleo Oxilo.

12.4.3. Antecedentes y características de los Juegos

Tienen los acontecimientos agonales de Olimpia prestigiosos precedentes en los juegos aristocráticos del mito y de la tradición literaria de los griegos. Pensemos en los de cáracter funerario celebrados en honor de Patroclo (Homero, *Ilíada*, XXIII), en los de Anfidamante (Hesiodo, *Trabajos y días*, 654 ss) y en los organizados en el país de los feacios para honrar a Odiseo (Homero, *Odisea*, VIII). Eran acontecimientos de vida social o conmemorativos de hechos sobresalientes, que con frecuencia sería la muerte de un caudillo o de un príncipe, aunque con frecuencia eran meramente honoríficos. Grecia atribuía la organización de los primeros Juegos Olímpicos propiamente dichos a un personaje llamado Ifito, a quien sin embargo presenta más como restaurador que como fundador, lo que implica un cierto convenci-

miento de que pudo haber o de hecho hubo una prehistoria para estos certámenes ahora institucionalizados. Algunas tradiciones hablan de victorias olímpicas en el remontado periodo mítico. El primero de los atletas vencedores de la nueva etapa, el de los Juegos de 776 a. C., se llamaba Corebo y era de la región, concretamente de la ciudad de Elis.

Los primitivos juegos aristocráticos constituían la ocasión y el medio en que la juventud noble ejercitaba y demostraba su destreza, en manifestación no bélica de la *areté* o excelencia inherente a la nobleza de cuna. Los competidores en Olimpia fueron invariablemente nobles durante muchos decenios, y esta institución se insiere sin la menor dificultad en esa época de afianzamiento aristocrático que es fenómeno paralelo y vinculado a la constitución de las unidades políticas estatales que los griegos denominaban *póleis*. El panhelenismo, nota inseparable de estos Juegos, encaja también perfectamente en el ambiente histórico en que surgen, pues el siglo VIII conoce el auge de la ideología de la unidad de lo griego, por encima de toda diferencia interna y de la desunión política, frente a lo verdaderamente otro que era el mundo exterior, o bárbaro.

Queda por decir que estos concursos tienen indiscutible dimensión religiosa. Estaban dedicados al héroe Pélope, y no es casualidad que surjan en relación con el gran santuario de Zeus o que los demás juegos importantes que se organizarían más tarde, ya en el siglo VI, conforme al modelo de los de Olimpia aparezcan vinculados a otras áreas sagradas de primera magnitud. Sabemos que se observaban en ellos costumbres de carácter ritual, como la abstinencia sexual y la dieta vegetariana de los atletas durante el mes previo a la competición, y que existían ceremonias y sacrificios reglamentados. El entronque con héroes y con mitos, la dimensión carismática de la nobleza y, por último, la religiosidad común como uno de los elementos en que los griegos basaban su panhelenismo ahora naciente, al que estos eventos no eran ajenos, explican ese carácter sacro de los festivales celebrados en Olimpia y los que en otras partes seguirían sus huellas.

12.5. Los influjos orientalizantes

Una de las notas características del medievo helénico avanzado es su fuerte impregnación oriental. Primero comienza la importación de objetos asiáticos, de la que hay vestigios de cierto peso ya en los siglos X y IX a. C., que sin duda han llegado por comercio de iniciativa oriental (Niemeyer: 1984); luego o por entonces se asientan artesanos extranjeros, semíticos sobre todo, en algunos lugares de Grecia, sin que olvidemos que en la segunda mitad del siglo IX existen establecimientos euboicos en la Siria mediterránea; el siguiente paso es el del apredizaje de técnicas y estilos por parte de los griegos, y al final se producirá una notable orientalización de la cultura material. El fenómeno orien-

talizante tiene, pues, viejas raíces, algunas de ellas bastante antiguas y significadas, pero se puede decir que en sus manifestaciones más netas es propio de la segunda mitad del siglo VIII a. C., y luego de la centuria siguiente, dentro ya del periodo arcaico. La adopción del alfabeto fenicio y los rasgos orientalizates de Homero, arriba aludidos, forman parte de esta dependencia griega –mediterránea incluso, podríamos decir– con respecto al Próximo Oriente y a sus antiguas civilizaciones. No extraña nada este aflujo de elementos orientales a las ciudades griegas, si tenemos en cuenta el continuado contacto del pueblo helénico con las gentes del Asia anterior e incluso la convivencia estable por decenios de griegos y orientales en algunos centros concretos.

Los estímulos orientales se aprecian en no pocos ámbitos, al margen de la plástica y en general de la cultura material, donde comprensiblemente se hacen más visibles. No podemos olvidar préstamos como el mito de la sucesión de las edades y de las tres esferas, entre otros, o la composición y transmisión de genealogías de mayor o menor artificio y de entronque mítico. Otros muchos aspectos de religión y de mentalidad son asiáticos; por ejemplo el culto de Adonis, probable importación religiosa integral ocurrida en este periodo, a lo que parece a través de Chipre, la isla de Afrodita, diosa a la que el personaje mítico aparece vinculado, y el de Ortia, probablemente divinidad fenicia en algún momento sincretizada con Artemis. Algunos episodios épicos concretos han llegado de oriente, entre ellos el de Belerofonte, algunas de cuyas facetas –la carta fatal, la seductora despechada– tienen múltiple atestación documental extragriega (Bellamy: 1989; Powell: 1991, p. 199-200). Recordemos también el cambio que conoce la costumbre del banquete, que en la tradición griega se hacía en postura sedente, como vemos en Homero y en algunas representaciones plásticas del periodo geométrico (Van Wees: 1995), y en la oriental, que Grecia asume ahora, en la reclinada; al margen de otras connotaciones que también varían (Burkert: 1991). Tengamos presente, por último, la importación de la gallina, que se llamaría el "ave persa", o la helenización de gran cantidad de palabras semíticas –y con la palabra viene lo significado– que los filólogos creen de posible atribución al tardo medievo griego. Algunos de estos préstamos podrán ser ya del siglo VII a. C., pero otros son anteriores y en cualquier caso todo este proceso de impregnación tiene raíces prearcaicas que conviene destacar aquí.

La orientalización se hace notar sobre todo en la cultura material. Formas, tipos y representaciones responden a modelos y estímulos próximo-orientales, no ajenos a la segunda mitad del siglo VIII. La notable decadencia de Atenas y el desgaste de su cultura y estilo geométrico dejan fácil paso a las modas asiáticas, que llegan primero a través de marfiles, bronces y relieves, para imponerse más tarde en la cerámica. Los motivos típicos que ahora se importan son, entre otros, algunos animales sin tradición en Grecia, así el león y la pantera, o monstruos como las górgonas, las quimeras y las esfinges; también

ornamentaciones de rosetas, flores de loto, árboles de la vida, palmeras y volutas entre otras; prótomos de animales en los bordes de los calderos y hasta la propia vasija, que algunos autores atribuyen originariamente al círculo cultural urartuano. Cabe que muchos de estos objetos, formas y ornamentos de tipo oriental hayan salido de las manos de artesanos llegados a Grecia y establecidos en ella; el último paso será el de la asunción de las técnicas y los gustos por los mnufactureros locales. Los calderos más propiamente orientales, en concreto, podrían ser productos salidos de los talleres de artesanos inmigrados, sin que sea posible descartar las importaciones (Muscarella: 1992).

No todos estos elementos directa o indirectamente asiáticos se remontan a la primera fase orientalizante, la del siglo VIII, pero bastantes de ellos sí. Por lo general, proceden de las regiones sirias, neohititas y cananeas. Algunas islas greco-orientales, como Rodas y en especial Chipre han estado muy expuestas a la influencia asiática por razones de proximidad geográfica. También la orientalización de Creta es muy temprana. Si el fenómeno es típico de la segunda mitad del siglo, en la cerámica del continente no aparece hasta el último cuarto; primero en los vasos del protocorintio antiguo y sólo más tarde, posiblemente por la fuerza que aquí tenía la propia tradición geométrica, en la ciudad de Atenas. Otros lugares experimentaron todavía más tarde la invasión de la moda orientalizante en la cultura material.

12.6. Los griegos del continente y ultramar en los umbrales del periodo arcaico

Cuando Grecia pasa –y es mera convención historiográfica– de su medievo al arcaísmo, gira ya en torno a una serie de ciudades influyentes, unas de larga historia, otras de más reciente presencia y significación. Atenas es de las primeras, aunque por la época se encuentra muy disminuida como consecuencia de un proceso de decadencia que le espera en la segunda mitad del siglo VIII a. C. Corinto, por el contrario, se ha recrecido no poco, hasta el punto de que ha llegado a ser quizá la más importante de las ciudades helénicas de la mano del clan aristocrático de los Baquíadas, que en ella monopoliza el poder. La vecina Argos es una correosa *pólis*, militarmente muy fuerte, más estable que innovadora, salvo en lo que de moderno presentaba el gran peso e integración de su ciudadanía frente a los sectores oligarquizantes, y muy dada desde bastante pronto a las aventuras expansionistas. Mégara, al otro lado del istmo, se libera por entonces del control de Corinto, según la tradición por iniciativa exitosa del vencedor olímpico Orsipo, para abrir un periodo de independencia muy activo en el exterior. Las primeras expansiones a costa de Mesenia constituyen la razón del auge que conoce Esparta, ciudad de antigua renovación política e institucional, que ahora se va incor-

porando decididamente a la evolución cultural que han protagonizado otras ciudades-estados más dinámicas en este campo, tanto continentales como de ultramar; la mentalidad cerrada y cuartelera de los lacedemonios no existe en esta época, sino que es posterior. Delfos se nos presenta como un influyente santuario, y Beocia aparece organizada en ciudades independientes no demasiado desarrolladas, una docena, entre ellas, como la más destacable, la histórica Tebas. Otras regiones están mucho más atrasadas. Tales son los casos, en el Peloponeso, de la Acaya, muy marcadamente de Arcadia, y la Elide, donde Elis y Pisa, sobre todo la primera, son *póleis* embrionarias, a pesar de las pretensiones que las llevan a enfrentarse frecuentemente. El retraso eleo, de todos modos, no impedirá a estos griegos ensayar muy pronto la expansión hacia el norte, al otro lado del golfo, hasta el Epiro. La suerte de Mesenia, si no consumada, al menos está decidida. La Grecia septentrional ha evolucionado muy poco, y así regiones como la Fócide, la Lócride y la Tesalia son no otra cosa que estados periécicos –es decir, preciudadanos–, bajo monarquías o aristocracias de corte primitivo.

Por el este egeo están las evolucionadas y activas *póleis* de Jonia, entre las que habría que citar especialmente a Mileto, muy próspera a la sazón. Los navegantes griegos se mueven por todo el Egeo, por la Propóntide y por el Mar Negro. No consta que hubiera todavía colonias aquí, pero el fenómeno de las fundaciones en cadena no tardará en producirse. Lo que sí es de destacar es el movimiento de los eolios por la zona sententrional egea, pues a la época hay que atribuir la presencia de éstos en Samotracia y en la región de la Tróade. En este tiempo languidece la actividad exterior euboica hacia el lado oriental, al tiempo que Al Mina se verá amenazada por el poderío asirio en el Asia anterior, lo que es arqueológicamente detectable en el abandono del nivel VII de su estratigrafía; este centro greco-oriental, de todos modos, lograría recuperarse bastante y pervivir hasta en torno a 600 a. C. Hacia el comienzo del arcaísmo los griegos tenían contactos directos con los egipcios.

En las islas Cíclades comienza a notarse el influjo orientalizador, que luego, fuera ya de nuestro periodo, adquirirá notable fuerza; algunas de ellas desarrollan una cultura material importante, como es el caso de Melos. Se advierte también a partir de este momento el inicio en la Grecia insular de una etapa de prosperidad indiscutible. Creta se presenta como orientalizada un poco antes, pero conservadora; lo normal, sin embargo, es lo contrario: orientalización retrasada de las islas, pero tendencia en ellas a la modernización. Esto no quiere decir que la Grecia insular alcance estadios de alto desarrollo político-social y cultural en poco tiempo, que no es el caso. Hay que tener en cuenta que gran parte de las relaciones interinsulares y hacia fuera no pasaban de ser actividades piráticas. Algunas islas, de todos modos, vivieron más sosegadas en situación de dependencia exterior estable. Eubea desde tiempo atrás fue pionera a la hora de incorporar islas vecinas a su círculo,

como es el caso de Andros, por lo demás no el único. La gran isla protagonista de la resurrección del gran comercio ultramarino sale del periodo oscuro y entra en el arcaico en cierta situación de debilidad, aunque Cálcide y Eretria, sobre todo ésta, seguían siendo ciudades activas. La disminución del peso euboico en el exterior acabará facilitando un nuevo cuadro de relaciones entre las Cíclades. Pensemos en el giro de Andros hacia Tenos y en el papel de Naxos a partir del momento.

Por occidente, la isla de Corcira ha sido en el siglo VIII a. C., lugar de escala para los griegos en el camino hacia el Mediterráneo central; ocupada primero por euboicos, pasará luego al control de los corintios antes de finales de la centuria. La cuenca del Mar Jónico y hasta la del Adriático son zonas de actividad helénica. Por la época no ha terminado todavía, ni mucho menos, el proceso de colonización en Sicilia y Magna Grecia, no sólo porque se seguirán estableciendo *apoikíai* desde ciudades griegas orientales, sino porque algunas de la propia zona se desdoblarán en nuevos establecimientos. Todas las *póleis* centromediterráneas se encuentran con la competencia semítica –muy pronto se hará notar también la etrusca– y en contacto ventajoso con pueblos indígenas de menor desarrollo.

No es el cierre de este manual, cuyo objetivo ha sido componer un panorama de la historia griega anterior, el lugar adecuado para definir la época arcaica que ahora comienza y que, partiendo precisamente de las realidades históricas apuntadas también por mí en las últimas páginas para conseguir ajustado entronque –excúseme el lector el inevitable y conveniente solapo–, estudia con superior detenimiento el volumen siguiente de la serie (Domínguez Monedero: 1991). Si algo resulta legítimo decir, no es tanto por mirar hacia adelante e introducir en lo que viene, cuanto por establecer secuencia y contraste con el periodo que despedimos, que su caracterización sí nos incumbe. Abandonamos el seguimiento de la evolución griega cuando las ciudades están llegando a una consolidación en su evolución institucional y en sus mecanismos; cuando el influjo oriental, iniciado previamente, crece y se generaliza; cuando los griegos se vuelcan hacia el exterior más que antes; cuando el sistema de escritura adquiere carta de naturaleza como instrumento de comunicación, e incluso aparece la literatura escrita; cuando la economía comienza a desarrollar medios y planteamientos de mayor modernidad y superiores posibilidades. Todo esto es un ir más allá en lo que comienza o se atisba en la última parte del periodo oscuro. Y será novedad de la siguiente etapa la posibilidad de una historia fáctica en general y de una historia particular de ciudades, ya con cierta densidad y fiabilidad de datos, cosa impensable para los momentos anteriores al arcaísmo que han constituido el objeto de la síntesis que aquí llega a su punto final.

Apéndice

La era olímpica (776-400 a. C.)

En uno de los apartados del último capítulo de este libro hemos visto la reconstrucción que hizo Hipias de Elis de las victorias olímpicas desde 776 a. C. La relación de vencedores comportaba una historia completa de los Juegos. A partir de aquí los cronistas, quizá Timeo el primero de ellos, pudieron aplicar la era resultante para el cómputo del tiempo. El cuadro de Juegos y de las olimpiadas que median entre ellos, desde el principio hasta Hipias, queda de la siguiente manera:

Juegos	Año	Juegos	Año	Juegos	Año
1	776 a. C.	12	732 a. C.	23	688 a. C.
2	772 a. C.	13	728 a. C.	24	684 a. C.
3	768 a. C.	14	724 a. C.	25	680 a. C.
4	764 a. C.	15	720 a. C.	26	676 a. C.
5	760 a. C.	16	716 a. C.	27	672 a. C.
6	756 a. C.	17	712 a. C.	28	668 a. C.
7	752 a. C.	18	708 a. C.	29	664 a. C.
8	748 a. C.	19	704 a. C.	30	660 a. C.
9	744 a. C.	20	700 a. C.	31	656 a. C.
10	740 a. C.	21	696 a. C.	32	652 a. C.
11	736 a. C.	22	692 a. C.	33	648 a. C.

Juegos	Año	Juegos	Año	Juegos	Año
34	644 a. C.	55	560 a. C.	76	476 a. C.
35	640 a. C.	56	556 a. C.	77	472 a. C.
36	636 a. C.	57	552 a. C.	78	468 a. C.
37	632 a. C.	58	548 a. C.	79	464 a. C.
38	628 a. C.	59	544 a. C.	80	460 a. C.
39	624 a. C.	60	540 a. C.	81	456 a. C.
40	620 a. C.	61	536 a. C.	82	452 a. C.
41	616 a. C.	62	532 a. C.	83	448 a. C.
42	612 a. C.	63	528 a. C.	84	444 a. C.
43	608 a. C.	64	524 a. C.	85	440 a. C.
44	604 a. C.	65	520 a. C.	86	436 a. C.
45	600 a. C.	66	516 a. C.	87	432 a. C.
46	596 a. C.	67	512 a. C.	88	428 a. C.
47	592 a. C.	68	508 a. C.	89	424 a. C.
48	588 a. C.	69	504 a. C.	90	420 a. C.
49	584 a. C.	70	500 a. C.	91	416 a. C.
50	580 a. C.	71	496 a. C.	92	412 a. C.
51	576 a. C.	72	492 a. C.	93	408 a. C.
52	572 a. C.	73	488 a. C.	94	404 a. C.
53	568 a. C.	74	484 a. C.	95	400 a. C.
54	564 a. C.	75	480 a. C.		

Este cuadro recoge el año concreto en que tuvo lugar cada convocatoria de Juegos Olímpicos y responde a la recomposición hacia atrás de la cronología; la cronología olímpica o era olímpica que utilizarían los griegos desde el siglo IV. Se databa por olimpiadas y, para los cuatro años de cada una de ellas, se hacía la correspondiente concreción numérica (año 1, 2, 3, 4 de la olimpiada "x"), siendo el primer año de la siguiente aquél en el que de nuevo se celebraban Juegos.

Bibliografía

Adkins, A.W.H. (1971): "Homeric values and homeric society", *Journal of Hellenic Studies*, 91, p. 1-14.

Adkins, A.W.H. (1972): "Homeric gods and the values of homeric society", *Journal of Hellenic Studies*, 92, p. 1-19.

Adrados, F.R. (1968): "Wa-na-ka y ra-wa-ke-ta", *Atti e Memorie del I Congresso Internazionale di Micenologia*, II, Roma, p. 559-573.

Adrados, F.R. (1972): "Les institutions religieuses mycéniennes", en Ruipérez (ed.) (1972), p. 170-203.

Adrados, F.R. (1996): "Notas de entrega, no catastro en Pa-ki-ja-na", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 139-157.

Ahlberg-Cornell, G. (1992): *Myth and Epos in Early Greek Art*, Jonsered.

Alcock, S.E.-Osborne, R. (edd.) (1994): *Placing the Gods. Sanctuaries and sacred Space in ancient Greece*, Oxford.

Alin, P. (1962): *Das Ende der Mykenischen Fundstätten auf dem griechischen Festland*, Lund.

Aloni, A.-Negri, M. (1996): "El valore dell'orzo nella Grecia micenea e classica", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 159-168.

Allen, S.H. (1995): "'Finding the Walls of Troy': Frank Calvert excavator", *American Journal of Archaeology*, 99, p. 379-407.

Alonso Troncoso, V. (1994): "La realeza micénica: textos en la lineal B y problemas de interpretación histórica", en L. Castro Pérez-S. Raboreda Morillo (edd.), *Edad del Bronce*, Ginzo de Limia, p. 73-154.

Andersen, O.-Dickie, M. (edd.) (1995): *Homer's World. Fiction, Tradition, Reality*, Bergen.

Angel, J.L. (1971): *Lerna, a preclassical Site in the Argolid*, II: *The People*, Princeton-Washington.

Angel, J.L. (1972): "Ecology and population in the Eastern Mediterranean", *World Archaeology*, 4, p. 88-105.

Antonaccio, C.M. (1994 a): "Placing the past: The Bronce Age in the cultic topography of early Greece", en Alcock-Osborne (edd.) (1994), p. 79-104.

Antonaccio, C.M. (1994 b): "Contesting the past: Hero cult, tomb cult, and the epic in early Greece", *American Journal of Archaeology*, 98, p. 389-410.
Antonaccio, C.M. (1995): "Lefkandi and Homer", en Andersen-Dickie (edd.) (1995), p. 5-27.
Arapogianni, X. et alii (1997): "Scoperta presso Olimpia un'iscrizione rivelatrice risalente al XVII secolo a. C.", *Archeo*, 146, p. 8.
Aravantinos, V. (1987): "Mycenaean place-names from Thebes: the new evidence", en Killen-Melena-Olivier (ed.) (1987), p. 33-40.
Aravantinos, V. (1990): "The Mycenaean inscribed sealing fron Thebes", *Aegeaum*, 5, p. 149-170.
Aravantinos, V.-Godart, L. (1995): "La straordinaria scoperta dell'archivio di tavolette micenee custodito nella reggia di Tebe", *Archeo*, 125, p. 41-47.
Arnheim, M.T.W. (1977): *Aristocracy in Greek Society*, Londres.
Astour, M. (1965): *Hellenosemitica*, Leiden.
Astour, C.M. (1966): "Aegean place-name in an Egyptian inscription", *American Journal of Archaeology*, 70, p. 313-317.
Aström, P. (1972): "The Late Cypriote Bronze Age. relatie and absolute chronology, foreing relations, historical conclusions", en *The Swedish Cyprus Expedition*, IV, 1 D, Lund, p. 675-781.
Aström, P.-Palmer, L.-Pomerance, L. (1984), *Studies in Aegean Chronology*, Göteborg.
Atkinson, T.D.-Crowfoot, J.W.-MacKenzie, D. et alii (1904): *Excavations at Phylakopi in Melos*, Londres.
Aubert, C. (1996): "La diffusion de l'ambre à l'époque mycenienne: hypothèse d'un role de la Péninsule Ibérique", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 263-275.
Aura Jorro, F. (1991-1993), *Diccionario micénico*, I-II, Madrid.
Aux origines (1984): *Aux origines de l'Hellénisme. La Crète et la Grèce. Hommage à Henri van Effenterre*, París.
Bakker, W.F.-Davaras, C.-Willets, R.F. (edd.) (1988): *Cretan Studies*, I, Amsterdam.
Balcer, J.M. (1974): "The mycenaean dam at Tiryns", *American Journal of Archaeology*, 78, p. 141-149.
Barber, E.J.W. (1991): *Prehistoric Textiles. The Development of Cloth in the Neolithic and Bronze Ages with special Reference to the Aegean*, Princeton.
Bartolini, G.-Cordano, F. (1978): "Calcidesi ed eretriesi nell'Italia centrale e in Campania nel secolo VIII a. C.", *La Parola del Passato*, 33, 1978, p. 321-330.
Bartonek, A. (1993): "Greek: Prospects and limitations of the dialectological study of the stages of ancient greek", en Crespo-García Ramón-Striano (edd.) (1993), p. 17-22.
Bartonek, A. (1996): "The Mycenaean language and dialect", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 7-25.
Bass, G.F. et alii (1967): *Cape Gelidonya: a Bronze Age Shipwreck*, Filadelfia.
Bass, G.F. (1986): "A Bronze Age shipwreck at Ulu Burum: 1984 campaign", *American Journal of Archaeology*, 90, p. 269-296.
Bass, G.F. (1987): "Splendors of the Bronze Age", *National Geographic Magazine*, 172, p. 693-733.
Bass, G.F. et alii (1989): "The late Bronze Age shipwreck at Ulu Burum: 1986 campaign", *American Journal of Archaeology*, 93, p. 1-29.
Baumbach, L. (1979): "The Mycenaean contribution to the study of Greek religion in the Broze Age", *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, 20, 143-160.

Baumbach, L. (1980): "A Doric fifth column?", *Acta Classica*, 23, p. 1-12.
Baumbach, L. (1983 a): "An examination of the evidence for a state of emergence at Pylos c. 1200 BC from the Linear B tablets", en Heubeck-Neumann (edd.) (1983), p. 28-40.
Baumbach, L. (1983 b): "An examination of the personal names in the Knossos tablets as evidence for the social structure of Crete in the Last Minoan Period", *Minoan Society*, Bristol, p. 3-10.
Baumbach, L. (1986): "The personal names on the Knossos Ap tablets", en A. Etter (ed.), *O-o-pe-ro-si. Festschrift für Ernst Risch*, Berlín-Nueva York, p. 273-278.
Baumbach, L. (1992): "The people of Knossos: further thoughts on some of the personal names", en Olivier (ed.) (1992), p. 57-63.
Baurain, C. (1991): "L'écriture syllabique à Chypre", en Baurain et alii (edd.) (1991), p. 389-424.
Baurain, C. et alii (edd.) (1991): *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Mediterrannée*, Namur.
Bellamy, R. (1989): "Bellerophon's tablet", *The Classical Journal*, 84, p. 289-307.
Belmont, J.S.-Renfrew, C. (1964): "Two prehistoric sites on Mykonos", *American Journal of Archaeology*, 68, p. 395-400.
Bennet, J. (1985): "The structure of the Linear B administration at Knossos", *American Journal of Archaeology*, 89, p. 231-249.
Bennet, J. (1987): "The wild country east of Dikte: the problem of east Crete in the LM III period", en Killen-Melena-Olivier (edd.) (1987), p. 77-88.
Bennet, J. (1992): "*Collectors* or *ownes*? An examination of their possible functions within the palatial economy of LM III Crete", en Olivier (ed.) (1992), p. 65-101.
Bennett, E.L. (1958 a): *The Olive Oil tablets of Pylos*, Salamanca.
Bennett, E.L. (1958 b): "Tentative identification of the hands of the scribes of the Pylos tablets", *Atti del 2° Colloquio Internazionale di Studi Minoico-Micenei*, Pavía, p. 34-39.
Bennett, E.L. (1979): "Pu-ro, *vacant* (Py Tn 316)", en Rich-Mühlestein (edd.) (1979), p. 221-234.
Bennett, E.L. jr. (1989): "Michael Ventris and the Pelasgian solution", en *Problems in Decipherment*, Lovaina la Nueva, p. 9-23.
Benzi, M. (1984): "Evidence for a Middle Minoan settlement on the Acropolis at Ialysos (Mt. Philerimos)", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 93-105.
Benzi, M. (1996): "Problems of the Mycenaean expansion in the south-eastern Aegean", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 947-978.
Benzi, M.-Graziadio, G. (1996): "Late Mycenaean pottery from Punta Meliso (Santa Maria di Leuca)", en De Miro-Godart-Sacconi (Edd.) (1996), III, p. 1523-1529.
Beringer, W. (1982): "*Servile status* in the sources for early Greek history", *Historia*, 31, p. 13-32.
Bernabé, A. (1986): "Hetitas y aqueos. Aspectos recientes de una vieja polémica", *Estudios Clásicos*, 28, p. 123-137.
Bernabé, A. (1996): "Estructura del léxico micénico sobre el carro y sus partes", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 195-207.
Bernabé et alii (1990-1991): "Estudios sobre el vocabulario micénico 1: Términos referidos a las ruedas", *Minos*, 25-26, p. 133-173.
Bernabé et alii (1992-1993): "Estudios sobre el vocabulario micénico 2: Términos referidos a los carros", *Minos*, 27-28, p. 125-166.
Best, J.-Vries, N. de (edd.) (1989): *Thracians and Mycenaeans*, Leiden.

Betancourt, Ph. (1987): "Dating the Aegean late Bronze with radiocarbon", *Archaeometry*, 29, p. 45-49.
Bianchi Bandinelli, R. (ed.) (1978): *Origini e sviluppo della città. Il medioevo greco*, Milán.
Biancofiore, F. (1967): *Civiltà micenea nell'Italia meridionale*, 2ª ed., Roma.
Biancofiore, F. (1996): "L'Epiro durante l'età micenea", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1145-1158.
Biancofiore, F.- Toti, O. (1973): *Monte Rovello. Testimonianze dei micenei nel Lazio*, Roma.
Bietti-Sestieri, A.M. (1992): *The Iron Community of Osteria dell'Osa*, Cambridge.
Bintliff, J. (ed.) (1977): *Mycenaean Geography. Proceedings of the Cambridge Colloquium*, Cambridge.
Biraschi, A.M. (1978): "Miceneo pirijete: intagliatore d'avorio", *La Parola del Passato*, 33, p. 281-287.
Bisi, A.M. (1991): "Les plus anciens objets inscrits en phénicien et en araméen retrouvés en Grèce: leur typologie et leur rôle", en Baurain et alii (1991), p. 277-282.
Blázquez, J.M. (1972): "Ivoires minoens et mycéniens", en Ruipérez (ed.) (1972), p. 398-417.
Blegen, C.W. (1921): *Korakou: a prehistoric Settlement near Corinth*, Boston-Nueva York.
Blegen, C.W. (1928): *Zygouries: a prehistoric Settlement in the Valley of Cleonae*, Cambridge-Mass.
Blegen, C.W. (1963): *Troy and the Trojans*, Londres.
Blegen, C.W.-Haley, J.B. (1928): "The coming of the Greeks", *American Journal of Archaeology*, 32, p. 141-154.
Blegen, C.W.-Rawson, M. (1966): *The Palace of Nestor*, I, Princeton.
Boardman, J. (1980): *The Greeks overseas*, Londres, 2ª ed.
Boardman, J. (1982): "An inscribed sherd from Al Mina", *Oxford Journal of Archaeology*, 1, p. 365-367.
Boardman, J. (1990): "Al Mina and history", *Oxford Journal of Archaeology*, 9, p. 169-189.
Boardman, J. (1991): "Early Greek pottery on Black Sea sites?", *Oxford Journal of Archaeology*, 10, p. 387-390.
Boëlle, C. (1992-1993): "Po-ti-ni-ja à Mycénes", *Minos*, 27-28, p. 283-301.
Borgna, E. (1996): "Un arciere dall'Amyklaion?", *La Parola del Passato*, 286, p. 49-68.
Bräuer, G.-Fricke, R. (1980): "Zur Phänomennologie osteoporotischer Veränderungen bei Bestehen systemischer hämatologischen Affektionen", *Homo*, 31, p. 198-211.
Branigan, K. (1970 a): *The Tombs of Mesara*, Londres.
Branigan, K. (1970 b): *The Foundations of Palatial Crete. A survey of Crete in the Early Bronze Age*, Londres.
Branigan, K. (1984): "Early Minoan society: the evidence of the Mesara tholoi reviewed", en *Aux origines* (1984), p. 29-37.
Branigan, K. (1987): "The economic role of the First Palaces", en Hägg-Marinatos (edd.) (1987), p. 245-249.
Bridges, R.A. (1974): "The Mycenaean tomb at Kolophon", *Hesperia*, 43, p. 264-266.
Brillante, M. (1981): *La leggenda eroica e la civiltà micenea*, Roma.
Brixhe, C. (1991): "De la phonologie à l'écriture: quelques aspects de l'adaptation de l'alphabet cananéen au grec", en Baurain et alii (edd.) (1991), p. 313-356.

Buchner, G. (1975): *Contribution à l'étude de la societé et de la colonisation eubéennes*, Nápoles.
Buck, R.J. (1989): "Mycenaean human sacrifice", *Minos*, 24, p. 131-137.
Burkert, W. (1983): "Oriental myth and litterature in the Iliad", en Hägg (ed.) (1983), p. 51-56.
Burkert, W. (1985): *Greek Religion*, Oxford.
Burkert, W. (1991): "Oriental Symposia. Contrasts and Parallels", en Slater (ed.) (1991), p. 7-24.
Burzachechi, M. (1976): "L'adozione dell'alfabeto nel mondo greco", *La Parola del Passato*, 31, p. 82-102.
Cadogan, G. (ed.) (1986): *The End of the Early Bronze Age in the Aegean*, Leiden.
Camassa, G. (1988): "Aux origines de la codification écrite des lois en Grèce", en Detienne (ed.) (1988), p. 130-155.
Camera, C. (1981): "Il mare nei documenti micenei", *Kadmos*, 20, p. 26-37.
Cantilena, M. (1986): "Lo sviluppo della dizione epica", *Rivista di Filologia*, 114, p. 91-124.
Carlier, P. (1984): *La royauté en Grèce avant Alexandre*, Estrasburgo.
Carlier, P. (1992): "Les collecteurs sont-ils des fermiers?", en Olivier (ed.) (1992), p. 159-166.
Carlier, P. (1996): "A propos des Artisans wa-na-ka-te-ro", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 569-580.
Carothers, J.J. (1992): *The Pylian Kingdom: a case of an early State*, diss. Univ. California.
Carpenter, M. (1966): *Discontinuity in Greek Civilisation*, Cambridge.
Carpenter, M. (1983): "Ki-ti-me-na and ke-ke-me-na at Pylos", *Minos*, 18, p. 81-88.
Carpenter, R. (1933): "The antiquity of the Greek alphabet", *American Journal of Archaeology*, 37, p. 8-29.
Carpenter, R. (1938): "The Greek alphabet again", *American Journal of Archaeology*, 42, p. 58-69.
Carpenter, R. (1966): *Discontinuity in Greek Civilization*, Cambridge.
Carruba, O. (1995): "L'arrivo dei greci, le migrazioni indoeuropee e il 'ritorno' degli Eraclidi", *Athenaeum*, 83, p. 5-44.
Cartledge, P. (1979): *Sparta and Lakonia. A regional History 1300-362 BC*, Londres-Boston-Henley.
Caskey, J.L. (1960): "The Early Helladic period in the Argolid", *Hesperia*, 29, p. 285-303.
Caskey, J.L. (1962): "Excavations in Keos", *Hesperia*, 31, p. 263-283.
Caskey, J.L. (1964 a): "Excavations in Keos, 1963", *Hesperia*, 33, p. 314-335.
Caskey, J.L. (1964 b): "Chalandriani in Syros", en L.F. Sandler (ed.), *Essais in Memory of Karl Lehmann*, Nueva York, p. 63-69.
Caskey, J.L. (1966): "Excavations in Keos, 1964-1965", *Hesperia*, 35, p. 363-376.
Caskey, J.L. (1967): *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 91, p. 752-757.
Caskey, J.L. (1971): "Greece, Crete, and the Aegean Islands in the Early Bronze Age", *Cambridge Ancient History*, I, 2, Cambridge, p. 711-807.
Caskey, J.L. (1973 a): "The Early Age at Ayia Irini in Keos: preliminary notes", en Crossland-Birchall (edd.) (1973), p. 29-31.
Caskey, J.L. (1973 b): "Greece and the Aegean Islands in the Middle Bronze Age", *Cambridge Ancient History*, II, 1, Cambridge, p. 117-140.
Caskey, J.L.-Caskey, E.G. (1960): "The earliest settlements at Eutresis: supplementary excavations 1958", *Hesperia*, 29, p. 126-167.

Càssola Guida, P. (1973): *Le armi difensive dei Micenei nelle figurazioni*, Roma.
Càssola Guida, P. (1996): "Considerazioni sulla crisi della civiltà micenea: il palazzo di Pilo", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 693-700.
Casson, L. (1971): *Ships and Seamanship in Anciente World*, Princeton.
Catling, H.W. (1975): "Cyprus in the Late Bronze Age", *Cambridge Ancient History*, II, 2, p. 188-216.
Catling, H.W.-Cherry, J.F.-Jones, R.E.-Killen, J.T. (1980): "The Linear B inscribed stiprup jars and Western Crete", *The Annual of the British School at Athens*, 75, p. 49-113.
Chadwick, J. (1962): *El enigma micénico*, Madrid.
Chadwick, J. (1969): "Linear B tablets from Thebes", *Minos*, 10, p. 115-137.
Chadwick, J. (1975 a): "The prehistory of the Greek language", *Cambridge Ancient History*, II, 2, Cambridge, p. 805-819.
Chadwick, J. (1975 b): "Who was E-ke-ra2-wo?", en *Le monde grec. Hommage à Claire Préaux*, Bruselas, p. 450-453.
Chadwick, J. (1976 a): "Who were the Dorians?", *La Parola del Passato*, 31, p. 102-117.
Chadwick, J. (1976 b): "Mycenaean e-re-ta: a problem", en A. Morpurgo Davies-W. Meid (edd.), *Studies offered to L. R. Palmer*, Innsbruck, p. 43-45.
Chadwick, J. (1977): *El mundo micénico*, Madrid.
Chadwick, J. (1987): *Linear B and related Scripts*, Londres.
Chadwick, J. (1992): "Pylos Va 15", en Olivier (ed.) (1992), p. 167-172.
Cline, E. (1987): "Amenhotep III and the Aegean: a reassessment of Egypto-Aegean relations in the 14th century BC", *Orientalia*, 56, p. 1-36.
Cline, E.H. (1990-1991): "Contact and trade or colonization?: Egypt and the Aegean in the 14th-13th centuries B.C.", *Minos*, 25-26, p. 7-36.
Cline, E. (1991 a): "A possible embargo against the Mycenaeans", *Historia*, 40, p. 1-9.
Cline, E. (1991 b): "Monkey business in the Bronze Age Aegean: the Amenhotep II faience figurines at Mycenae and Tityns", *The Annual of the British School at Athens*, 86, p. 29-42.
Cline, E.H. (1995): "'My Brother, My Son': Rulership and trade between the Late Bronze Aegean, Egypt and the Near East", en Rehak (ed.) (1995), p. 143-150.
Cline, E.H. (1996): "Assuwa and the Achaeans: the 'mycenaean' sword at Hattusas and its possible implications", *The Annual of the British School at Athens*, 91, p. 137-151.
Coldstream, J.N. (1973): "Kythera: the change from Early Helladic to Early Minoan", en Crossland-Birchall (edd.) (1973), p. 33-36.
Coldstream, J.N. (1977): *Geometric Greece*, Londres.
Coldstream, J.N. (1976): "Hero-cults in the age of Homer", *Journal of Hellenic Studies*, 96, p. 8-17.
Coldstream, J.N. (1985): "The Geometric and Archaic Periods", en Karageorghis (ed.) (1985), p. 47-59.
Coldstream, J.N. (1991): "Knossos: an urban nucleus in the Dark Age?", en Musti et alii (edd.) (1991), p. 85-95.
Coldstream, J.N. (1994): "Urns with lids: the visible face of the Knossian *Dark Age*?", en Evely et alii (edd.) (1994), p. 105-121.
Coldstream, J.N. (1995): "Euboean geometric import from the Acropolis of Pithekoussai", *The Annual of the British School at Athens*, 90, p. 250-267.
Coldstream, J.N.-Huxley, G.L. (1984): "The Minoan of Kythera", en Haag-Marinatos (edd.) (1984), p. 107-112.

Constantini, L. (1993): "Prime testimonianze micenee nel Latium Vetus", *La Parola del Passato*, 270, p. 190-217.
Cremona, M.V. (1982): "I cerealinelle tavolette in Lineare B di Cnosso", *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, 23, p. 73-82.
Cremona, M.V. et alii (1978): *La toponomastica cretese nei documenti in Lineare B di Cnosso*, Roma.
Crespo, E.-García Ramón, J.L.-Striano, A. (edd.) (1993): *Dialectologica Graeca. Actas del II Coloquio Internacional de Dialectología Griega*, Madrid.
Crielaard, J.P. (ed.) (1995): *Homeric Questions*, Amsterdam.
Crielaard, J.P. (1995): "Homer, history and archaeology: some remarks on the date of the homeric world", en Crielaard (ed.) (1995), p. 201-288.
Crossland, R.A.-Birchall, A. (edd.) (1973): *Bronze Age Migrations in the Aegean*, Londres.
Dalby, A. (1995): "The Iliad, the Odyssey and their audiences", *The Classical Quarterly*, 45, p. 269-279.
Damiani-Indelicato, S. (1982): *Piazza pubblica e palazzo nella Creta minoica*, Roma.
Damiani-Indelicato, S. (1984): "Gournia, cité minoenne. Une mise à point", en *Aux origines*, p.47-54.
Darcque, P. (1981): "The vestiges mycéniens découverts sous le Télestérion d'Eleusis", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 105, p. 593-605.
Darcque, P. (1987): "Les tholoi et l'organization socio-politique du monde mycénien", en Laffineur (ed.) (1978), p. 185-205.
Darcque, P. (1992): "Textes et contextes mycéniens: recherches actuelles", en Olivier (ed.) (1992), p. 597-606.
Darcque, P. (1996): "L'unité de la Grèce mycénienne", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 709-713.
Daux, G. (1968): "Chronique des fouilles et découvertes archéologiques en Grèce en 1967", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 92, p. 711-1138.
Davis, E.N. (1977): *The Vapheio Cups and Aegean Gold and Silverware*, Nueva York.
Davis, E.N. (1995): "Art and politics in the Aegean: the missing ruler", en Rehak (ed.) (1995), p. 11-19.
Davis, E.-Muhly, J.D. (1983): "The gold of the shaft graves: the Transylvanian connection", *Temple University Aegean Symposium*, 8, p. 32-38.
Davis, J.L. (1979): "Minos and Dexithea: Crete and the Cyclades in the Later Bronze Age", en J.L. Davis-J.F. Charry (edd.), *Papers in Cycladic Prehistory*, Los Angeles, p. 143-157.
Davis, J.L. (1981): "Mycenaeans at Thera", *American Journal of Archaeqlogy*, 85, p. 69-70.
Davis, J.L. (1982): "The earliest Minoans in the South-East Aegean. A reconsideration of the evidence", *Anatolian Studies*, 32, p. 33-41.
De Fidio, P. (1977): *I dosmoi pilii a Poseidon. Una terra sacra di età micenea*, Roma.
De Fidio, P. (1982): "Fiscalità, redistribuzione, equivalenze: per una discussione della economia micenea", *Studi Micenei ede Egeo-Anatolici*, 23, p. 83-136.
De Fidio, P. (1987): "Fattori di crisi nella Mesenia della tarda Età del Bronzo", en Killen-Melena-Olivier (edd.) (1987), p. 127-136.
De Fidio, P. (1992): "Mycènes et Proche-Orient, ou le theorème des modèles", en Olivier (ed.) (1992), p. 173-196.
De Jong, I.J.F. (1995): "Homer as literature: some current areas of research", en Crielaard (ed.) (1995), p. 127-146.

De Miro, E. (1996): "Recenti ritrovamenti micenei nell'Agrigentino e il villagio di Cannatello", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 995-1011.
De Miro, E.-Godart, L.-Sacconi, A. (edd.) (1996): *Atti e Memorie del Secondo Congresso Internazionale di Micenologia*, I-III, Roma.
Deger-Ialkotzy, S. (1978): *E-qe-ta. Zur Rolle des Gefolgschaftswesens in der Sozialstruktur mykenischer Reicher*, Viena.
Deger-Ialkotzy, S. (1983): "Zum Charakter und zur Herausbildung der mykenischen Sozialstruktur", en Heubeck-Neumann (edd.) (1983), p. 89-111.
Deger-Ialkotzy, S. (1987): "*Near Eastern Economies* versus *Feudal Society*: Zum mykenischen Palaststaat", en Killen-Melena-Olivier (edd.) (1987), p.137-150.
Deger-Ialkotzy, S. (1996): "On the negative aspects of the Mycenaean palace system", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 715-728.
Demakopoulou, K. (1996): "Midea in the light of recent excavations", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 979-994.
Demakopoulou, K.-Divari-Valakou, N. (1992-1993): "A Linear B inscribed stirrup jar from Midea", *Minos*, 27-28, p. 303-305.
Demetriou, A. (1996): "Traditional dating of the Trojan war and Cypriot archaeology", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1423-1431.
Deroy, L. (1968): *Les leveurs d'impôts dans le royaume mycénien de Pylos*, Roma.
Deroy, L. (1989): "Quelques réflexions sur le cadastre mycénien de Pylos", *Minos*, 24, p. 125-130.
Déroy, L.-Gerard, M.(1965): *Le cadastre mycénien de Pylos*, Roma.
Desborough, V. (1964): *The last Mycenaeans and their Successors*, Oxford.
Desborough, V. (1972), *The Greek Dark Ages*, Londres.
Descoeudres, J.-P. (ed.) (1990): *Greek colonists and native Populations*, Canberra-Oxford.
Detienne, M. (1988): "L'espace de la publicité, ses opérateurs intelectuels dans la cité", en Detienne (ed.) (1988), p. 29-81.
Detienne, M. (ed.) (1988): *Les savoirs de l'écriture en Grèce ancienne*, Lille.
Diamant, S. (1982): "Theseus and the unification of Attica", en *Studies presented to A. Vanderpool*, Princeton, p. 38-47.
Dickie, M. (1995): "The geography of homeric world", en Andersen-Dickie (edd.) (1995), p. 29-56.
Dickinson, O. (1977): *The Origins of Mycenean Civilisation*, Göteborg.
Dickinson, O.T.P.K. (1984): "Cretan contacts with the mainland during the period of the Shaft Graves", Haag-N. Marinatos (edd.) (1984), p. 115-118.
Dickinson, O.T.P.K. (1986): "Homer, the Poet of the Dark Age", *Greece and Rome*, 33, p. 20-37.
Dickinson, O.T.P.K. (1994): *The Aegean Bronze Age*, Cambridge.
Dietrich, B. (1975): "The Dorian Hyacinthia. A survival from the Bronze Age", *Kadmos*, 14, p. 133-142.
Dietrich, B. (1986): *Tradition in Greek Religion*, Berlín-Nueva York.
Dietrich, B.C. (1996): "The transformations in Mycenaean religion", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 737-740.
Dietz, S. (1991): *The Argolid at the Transition to the Mycenaean Age*, Copenhague.
Domínguez Monedero, A. (1987): *Colonización griega y el mundo indígena en el Mediterráneo occidental*, I-III, Madrid.
Domínguez Monedero, A. (1991): *La* polis *y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI*. Madrid.

Donlan, W. (1989): "Homeric *témenos* and the land economy in the Dark Age", *Museum Helveticum*, 46, p. 129-145.
Doumas, Ch. (1976): "Prehistoric Cycladic people in Crete", *Archaiologikà Análekta ex Athenôn*, 9, p. 68-80.
Doumas, Ch. (1977): *Early Bronze Age Burial Habits in the Cyclades*, Göteborg.
Doumas, Ch. (1982): "The Minoan thalassocracy and the Cyclades", *Archäologischer Anzeiger*, p. 5-14.
Dowden, K. (1996): "Homer's sense of text", *Journal of Hellenic Studies*, 116, p. 47-61.
Drews, R. (1983): *Basileus. The Evidence for Kingship in Geometric Greece*, New Haven-Londres.
Drews, R. (1988): *The Coming of the Greeks. Indo-European Conquests in the Aegean and the Near East*, Princeton.
Drews, R. (1993): *The End of the Bronze Age. Changes in Warfare and the Catastrophe ca. 1200 B. C.*, Princeton.
Driessen, J. (1990): *An early Destruction in the Mycenaean Palace at Knossos*, Lovaina.
Driessen, J. (1992): "*Collector's items.* Observations sur l'élite mycénienne de Cnossos", en Olivier (ed.) (1992), p. 197-214.
Driessen, J. (1996): "Architectural context, administration andpolitical architecture in Mycenaean Greece", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1013-1028.
Driessen, J.-MacDonald, C. (1984): "Some militaty aspects of the Aegean in the late fifteenth and early fourteenth centuries BC", *Annual of the British School at Athens*, 79, p. 49-74.
Duhoux, Y. (1976): *Aspects du vocabulaire économique mycénien (Cadastre, artisanat, fiscalité)*, Amsterdam.
Dunkel, G. (1981 a): "Mycenaean ke-ke-me-na ki-ti-me-na", *Minos*, 17, p. 18-29.
Dunkel, G. (1981 b): "Mycenaean and central greek", *Kadmos*, 20, p. 132-142.
Durante, M. (1971-1976): *Sulla preistoria della tradizione poetica greca*, I-II, Roma.
Easton, D.F. (1985): "Was the Trojan war been found?", *Antiquity*, 59, p. 188-196.
Easton, D.F. (1989): "Schliemann's excavations at Troy", en Best-De Vries (edd.) (1989), p. 15-38.
Edel, E. (1966): *Die Ortsnamenlisten aus dem Totentempel Amenophis III*, Bonn.
Edwards, R.B. (1979): *Kadmos the Phoenician. A Study in Greek Legends and the Mycenaean Age*, Amsterdam.
Effenterre, H. van (1980 a): *Le palais de Mallia et la cité minoenne*, I-II, Roma.
Effenterre, H. van (1980 b): "Jalons pour une nouvelle histoire des premiers palais", *Acts of the IV Cretological Congress*, Atenas, p. 137- .
Evans, A.J. (1929): *The Shaft Graves and Beehive Tombs of Mycenae and their Interrelations*, Londres.
Evans, A.J. (1935): *The Palace of Minos*, Londres.
Evans, J.D.-Renfrew, C. (1968): *Excavations at Saliagos near Antiparos*, Londres-Atenas.
Evely, D. et alii (edd.) (1994): *Knossos, a Labyrinth of History*, Atenas.
Farnoux, A. (1993): "Delos à l'époque mycénienne: recherches en cours", en Zerner et alii (edd.) (1993), p. 271-274.
Farnoux, A. (1996): "Mallia et Se-to-i-ja", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 249-254.
Faure, P. (1969): "Toponymes créto-mycéniens dans une liste d'Amenophis III (environ 1380 av. J.-C.)", *Kadmos*, 8, p. 138-149.
Fernández Nieto, F.J. (1975): "Observaciones sobre el sistema de distribución de la tierra tras la desaparición del mundo micénico", en *Actas de las I Jornadas de*

Metodología de las Ciencias Históricas, I: *Prehistoria e Historia Antigua*, Santiago de Compostela, p. 197-205.

Feuer, B.A. (1977): *Toward an explanatory Model for the Mycenaean Collapse*, diss. California State University, Ann Arbor.

Finley, M.I. (1961): *El mundo de Odiseo*, Méjico-Buenos Aires [1954].

Firth, R.J. (1992-1993): "A statistical analysis of the greekness of men's names on the Knossos lineal B tablets", *Minos*, 27-28, p. 82-97.

Ford, A. (1992): *Homer: The Poetry of Past*, Ithaca-Londres.

Fortin, M. (1980): "Foundation de villes grecques à Chypre: légendes et découvertes archéologiques", *Melanges d'études anciennes offerts à Maurice Lebel*, Saint Jean Chrysostôme, p. 25-44.

Foster, E. (1974): *The manufacture and Trade of Mycenaean perfumed Oil*, diss. Duke University, Ann Arbor.

Foster, E.D. (1981): "The flax impost at Pylos and Mycenaean landholding", *Minos*, 17, p. 67-121.

Fotou, V. (1983): "Les sites de l'époque néolitique et de l'âge du bronze à Naxos", en *Les Cyclades. Matériaux pour une étude de géographie historique*, París, p. 15-57.

Foxhall, L. (1995): "Bronze to iron: agricultural systems and political structures in Late Bronze Age and Early Iron Age Greece", *The Annual of the British School at Athens*, 90, p. 239-250.

Foxhall, L.-Davies, J. (edd.) (1985): *The Trojan War: its Historicity and Context*, Bristol.

Franceschetti, A. (1996): "La centralizzazione del potere e i colectori micenei", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 256-260.

French, D.H. (1973): "Migrations and 'Minyan' pottery in western Anatolia and the Aegean", en Crossland-Birchall (edd.) (1973), p. 51-57.

French, E. (1989): "Possible northern intrusions at Mycenae", en Best-De Vries (edd.) (1989), p. 39-51.

Furumark, A. (1954): "Aegäische Texte in griechischer Sprache", *Eranos*, 52, p. 18-60.

Gagarin, M. (1986): *Early Greek Law*, Berkeley-Los Angeles-Londres.

Gallavotti, C. (1967): "Tradizione micenea e poesía greca arcaica", *Atti e Memorie del I Congresso Internazionale di Micenologia*, II, Roma, p. 831-861.

Garbini, G. (1996): "The genesis of the Greek alphabet", en Pugliese Carratelli (ed.) (1996), p. 43-46.

García Blanco, J.-Macia, L.M. (1991): "Introducción", *Homero. Ilíada*, I, Madrid, p. xi-cccv.

García Iglesias, L. (1974): "Deshispanizando un mito: la autoctonía de los atenienses y el relato platónico de la Atlántida", *Hispania Antiqua*, 4, p. 7-24.

García Iglesias, L. (1979): "La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico", *Archivo Español de Arqueología*, 52, p. 131-140.

García Iglesias, L. (1988): "La menor edad en los poemas homéricos", *Emerita*, 56, p. 185-206.

García Iglesias, L. (1990): "La sucesión real en Esparta: fallas y paliativos de un sistema", *Polis*, 2, p. 39-51.

García Ramón, J.L. (1974): "En torno al *Catálogo de las Naves* homérico", *Cuadernos de Filología Clásica*, 7, p. 145-180.

García Ramón, J.L. (1975): *Les origines postmycéniennes du groupe dialectal éolien*, Salamanca.

García Ramón, J.L. (1996): "Sobre la tablilla PY Tn 316 y el pretendido presente radical i-je-to", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 261-268.

Gérard-Rousseau, M. (1968): *Les mentions religieuses dans les tablettes mycéniennes*, Roma.
Gil, L. (ed.) (1963): *Introducción a Homero*, Madrid.
Gillis, C. (1996): "The Asine chamber tombs - graves of kings?", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1193-1203.
Giovannini, A. (1969): *Étude historique sur les origines du Cataloque des Vaisseaux*, Berna.
Godart, L. (1976): "La scrittura Linear A", *La Parola del Passato*, 31, p. 30-47.
Godart, L. (1983): "Quelques aspects de la politique extérieure de la Crète minoenne et mycénienne", en Heubeck-Neumann (edd.) (1983), p. 131-139.
Godart, L. (1984): "Du Linéaire A au Linéaire B", en *Aux origines*, p. 121-128.
Godart, L. (1988): "Autour des textes en Linéaire B de Tirynthe", *Archäologischer Anzeiger*, p. 245-251.
Godart, L. (1992): "Les collecteurs dans le monde égéen", en Olivier (ed.) (1992), p. 257-283.
Godart, L. (1994): " La civiltà delle Cicladi", *Archeo*, 108, p. 56-99.
Godart, L.-Kanta, A.-Tzigounaki, A. (1996): "La bureaucratie palatiale: naissance et évolution d'un système de pouvoir en Égée", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 581-598.
Godart, L.-Olivier, J.-P. (1976-1985): *Recueil des inscriptions en Linéaire A*, I-V, París.
Godart, L.-Sacconi, A. (1978): *Les tablettes en Linéaire B de Thèbes*, Roma.
Godart, L.-Tzedakis. Y. (1992): *Témoignages archéologiques et épigraphiques en Crète occidentale du Néolithique au Minoen Récent III B*, Roma.
Godart, L.-Tzedakis, Y. (1995): "La chute de Cnossos. Le royaume de Kydonia et le scribe 115", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 119, p. 27-33.
González García, F.J. (1991): *A través de Homero. la cultura oral de la Grecia antigua*, Santiago de Compostela.
Gorgogione, M.A. (1996): "La civiltà micenea nel Golfo di Taranto: il Saggio di S. Domenico", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1571-1578.
Graham, A.J. (1986): "The historical interpretation of Al Mina", *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 12, p. 51-65.
Graham, A.J. (1990): "Pre-colonial contacts: questions and problems", en Descoeudres (ed.) (1990), p. 45-60.
Graham, J.W. (1962): *The Palace of Crete*, Princeton.
Graziadio, G. (1978): "Le influenze minoiche e cicladiche sulla cultura Tardo Medio-Elladica del Peloponneso", *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, 19, p. 165-204.
Graziadio, G. (1991): "The process of social stratification at Mycenae in the Shaft Grave Period: a comparative examination of evidence", *American Journal of Archaeology*, 95, p. 403-440.
Grmek, M.D. (1983): *Les maladies à l'aube de la civilization occidentale. Recherches sur la realité pathologique dans le monde grec préhistorique, archaïque et classique*, París.
Grumach, E. (1968-1969): "The Coming of the Greeks", *Bulletin of the John Rylands Library*, 51, p. 73-103 y 399-430.
Gschnitzer, F. (1979): "Vacabulaire et institutions: la continuité historique du deuxième au premier millénaire", en Risch-Mühlestein (edd.) (1979), p. 109-134.
Hägg, R. (ed.) (1983): *The Greek Renaissance of the Eighth Century B.C.; Tradition and Innovation*, Estocolmo.
Hägg, R. (1984): "Degrees and character of the Minoan influence on the mainland", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 119-122.

Hägg, R. (1996): "The religion of the Mycenaeans twenty-four years after the 1967 Mycenological Congress in Rome", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 599-612.
Hägg, R.-Marinatos, N. (edd.) (1981): *Santuaries and Cults in the Aegean Bronze Age*, Estocolmo.
Hägg, R.-Marinatos, N. (edd.) (1984): *The Minoan Thalassocracy. Myth and Reality*, Estocolmo.
Hägg, R.-Marinatos, N. (edd.) (1987): *The Function of the Minoan Palaces*, Estocolmo.
Hägg, R.-Marinatos, N. (edd.) (1988): *Early Greek Cult Practice*, Estocolmo.
Haggis, D.C. (1996): "Archaeological survey at Kavousi, east Crete: preliminary report", *Hesperia*, 65, p. 373-432.
Hajnal, I. (1996): "Mykenisch i-je-to, i-je-ro und Verwandtes", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 269-288.
Hallager, E. (1978): "The history of the palace at Knossos in the Late Minoan Period", *Studi Micenei ed Egeo Anatolici*, 19, p. 17-33.
Hallager, E. (1988 a): "Khania and Crete ca. 1375-1200 C.B.", Bakker-Davaras-Willets (edd.) (1988), p. 115-124.
Hallager, E. (1988 b): "Final Palatial Crete. An Essay in Minoan Chronology", *Mélanges R. Thomsen*, Aarthus, p. 11-21.
Hallager, E.-Vlasakis, M.-Hallager, B.P. (1990): "The first linear B tablet(s) from Khania", *Kadmos*, 29, p. 24-34.
Hallager, E.-Vlasakis, M.-Hallager, B.P. (1992): "New linear B tablets from Khania", *Kadmos*, 31, p. 61-87.
Halstead, P. (1990-1991): "Lost sheep? On the Linear B evidence of breeding flocks at Knossos and Pylos", *Minos*, 25-26, p. 343-365.
Halstead, P. (1992): "The Mycenaean palatial economy: making the most of the gaps in the evidence", *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 38, p. 57-86.
Hamilakis, Y. (1996): "A footnote on the archaeology of power: animal bones from a Mycenaean chamber tomb at Galatas, NE Peloponnese", *The Annual of the British School at Athens*, 91, p. 153-166.
Hammond, N.G.L. (1973): *Studies in Greek History*, Oxford.
Hampl, F. (1960): "Die Chronologie der Einwanderung der griechischen Stämme und das Problem der Nationalität der Träger der mykenische Kultur", *Museum Helveticum*, 17, p. 57-86.
Hansen, J. (1988): "Agriculture in the Prehistoric Aegean: data versus speculation", *American Journal of Archaeology*, 92, p. 39-52.
Hansen, O. (1994): "A Mycenaean sword from Bogazkoy found in 1991", *Annual of the British School at Athens*, 89, p. 213-215.
Harding, A.F. (1984): *The Mycenaeans and Europe*, Londres.
Hardy, D.A.-Renfrew, A.C. (edd.) (1990): *Thera and the Aegean World*, III, 3: *Chronology*, Londres.
Hardy, D. et alii (edd.), *Thera and the Aegean World*, III, 1: *Archaeology*, Londres.
Haskell, H.W. (1981): "From palace to town administration", *Minoan Society*, Cambridge, p. 121-128.
Haskell, H.W. (1989): "LM III Knossos: Evidence beyond the Palace", *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, 27, p. 81-110.
Hawkes, J. (1968): *El origen de los dioses. Las maravillas de Creta y Micenas*, Barcelona.
Hayden, B. (1988): "Fortifications of Postpalatial and Early Iron Age Crete", *Archäologischer Anzeiger*, 1988, p. 1-21.

Hayward, L.G. (1990): "The origin of the raw elephant ivory used in Greece and the Aegean during the Late Bronze Age", *Antiquity*, 64, p. 103-109.
Heltzer, M. (1989): "The trade of Crete and Cyprus with Syria and Mesopotamia anf their eastern tin-sources in the XVIII-XVII centuries B.C.", *Minos*, 24, p. 7-27.
Heubeck, A. (1986): "Mykenisch qe-ro2", en A. Etter (ed.), *O-o-pe-ro-si. Festschrift für Ernst Risch*, Berlín-Nueva York, p. 285-296.
Heubeck, A. (1984): *Kleine Schriften zue griechischen Sprache und Literatur*, Erlangen.
Heubeck, A.-Neumann, G. (edd.) (1983): *Res Mycenaeae*, Gotinga.
Higbie, C. (1995): *Heroes' Names, Homeric Identities*, Nueva York-Londres.
Hignett, C. (1970): *A History of the Athenian Constitution*, Oxford [1952].
Hiller, S. (1972): *Studien zur Geographie des Reiches um Pylos*, Viena-Colonia-Graz.
Hiller, S. (1979): "Ka-ko na-wi-jo. Notes on interdependences of temple and bronze in the Aegean Late Bronze Age", en Risch-Mühlestein (edd.) (1979), p. 189-194.
Hiller, S. (1982): "Amnisos in den mykenischen Texten", *Kadmos*, 21, p. 33-63.
Hiller, S. (1983 a): "Fruchtbaumkulturen auf Kreta und in Pylos", en Heubeck-Neumann (edd.) (1983), p. 171-201.
Hiller, S. (1983 b): "Posible historical reasons for the rediscovery of the Mycenaean past in the age of Homer", en Hägg (ed.) (1983), p. 9-15.
Hiller, S. (1984 a): "Te-o-po-ri-ja", en *Aux origines*, p. 139-150.
Hiller, S. (1984 b): "Pax Minoica versus Minoan Thalassocracy. Military aspects of Minoan culture", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 27-31.
Hiller, S. (1987): "A-pi-qo-ro amphipoloi", en Killen-Melena-Olivier (edd.) (1987), p. 239-255.
Hiller, S. (1991 a): "The Mycenaeans and the Black Sea", en Laffineur-Basch (edd.) (1991), p. 207-216.
Hiller, S. (1991 b): "Two Trojan wars? On the destruction of Troy VI and VII a", *Studia Troica*, 1, p. 145-149.
Himmelhock, L. (1990-1991): "The use of the ethnics a-ra-si-jo and ku-pi-ri-jo in Linear B texts", *Minos*, 25-26, p. 91-104.
Hirschfeld, N. (1996): "Cypriots in the Mycenaean Aegean", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 289-297.
Hocker, F.-Palaima, Th. (1990-1991): "Late Bronze Age Aegean ships and the Pylos tablets Vn 46 and Vn 879", *Minos*, 25-26, p. 297-317.
Hoddinott, R.F. (1989): "Thracians, Mycenaeans and 'The Trojan Question'", en Best-De Vries (edd.) (1989), p. 52-67.
Holland, L.B. (1944): "Colophon", *Hesperia*, 13, p. 91-171.
Hood, S. (1981): "Shaft Grave swords: Mycenaean or Minoan?", en *Acts of the IV Cretological Congress*, I, p. 233-242.
Hood, S. (1984 a): "Games at Knossos?", en *Aux origines*, p. 39-41.
Hood, S. (1984 b): "A Minoan Empire in the Aegean in the 16th and 15th centuries B.C.?", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 33-37.
Hooker, J.T. (1976 a): *Mycenaean Greece*, Londres-Henley-Boston.
Hooker, J.T. (1976 b): "The coming of the Greeks", *Historia*, 25, p. 129-145.
Hooker, J.T. (1979 a): *The Origin of the Linear B Script*, Salamanca.
Hooker, J.T. (1979 b): "The *wanax* in Linear B texts", *Kadmos*, 18, p. 100-111
Hooker, J. (1982): "The end of Pylos and the Linear B evidence", *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, 23, p. 209-217.
Hooker, J.T. (1986): "Helen and the datation of the Trojan war", *La Parola del Passato*, 41, p. 111-113.

Hooker, J.T. (1987): "Titles and functions in the Pylian state", en Killen-Melena-Olivier (edd.) (1987), p. 257-267.
Hooker, J.T. (1989 a): "The coming of the Greeks (III)", *Minos*, 24, p. 55-68.
Hooker, J.T. (1989 b): "Gifts in Homer", *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 36, p. 79-90.
Hooker, J. (1992):" Early Balkan 'scripts' and the ancestry of Linear A", *Kadmos*, 31, p. 97-112.
Hooker, J.T. (1996): *Scripta minora*, Amsterdam.
Hope Simpson, R.-Lazenby, F.J. (1971): *The Catalogue of the Ships in Homer's Iliad*, Oxford.
Horrocks, G.C. (1987): "The Ionian epic tradition. Was there an Eolic phase in its development?", en Killen-Melena-Olivier (edd.) (1987), p. 269-294.
Howie, J.G. (1995): "The *Iliad* as exemplum", en Andersen-Dickie (edd.) (1995), p. 141-173.
Hudson, M. (1992): "Did the Phoenicians introduce the idea of interest to Greece and Italy - and if so when?", en Kopcke-Tokumaru (edd.) (1992), p. 128-143.
Hughes, D.H. (1991): *Human Sacrifice in Ancient Greece*, Londres.
Hurwit, J.M. (1985), *The Art and Culture of Early Greece, 1100-480 B.C.*, Ithaca-Londres.
Iakovidis, S.E. (1962): *The Mycenaean Akropolis of Athens*, Atenas.
Iakovidis, S.E. (1979): "Thera and Mycenaean Greece", *American Journal of Archaeology*, 83, p. 101-102.
Iakovidis, S.E. (1983) : *Late Helladic Citadels on Mainland Greece*, Leiden.
Iakovidis, S.E. (1992): "The Myceanean fortress of Gla", en Olivier (ed.) (1992), p. 607-615.
Iakovidis, S.E. (1996): "Mycenae in the light of recent discoveries", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1039-1049.
Ilievski, P.H. (1992): "Observations on the personal names from the Knossos D tablets", en Olivier (ed.) (1992), p. 321-349.
Immerwahr, S. (1977): "Mycenaeans at Thera: some reflections on the paintings from the West House", en K.H. Kinzl (ed.), *Greece and the Eastern Mediterranean in Ancient History and Prehistory. Estudies presented to Fritz Schachermeyr*, Berlín-Nueva York, p. 173-191.
Isserlin, B.S.J. (1982): "The earliest alphabethic writing", en *Cambridge Ancient History*, III, 1, 2ª ed., Cambridge, p. 794-818.
Isserlin, B.S.J. (1983): "The antiquity of the Greek alphabet", *Kadmos*, 32, 1983, p. 151-163.
Isserlin, B.S.J. (1991): "The transfer of the alphabet to the Greeks", en Braurin et alii (edd.) (1991), p. 283-291.
Janko, R. (1982 a): *Homer, Hesiod and the Hymns*, Cambridge.
Janko, R. (1982 b): "A stone object inscribed in Linear A from Ayios Stephanos, Laconia", *Kadmos*, 21, p. 97-100.
Jasink, A.M. (1983): "Le 'tavolette del'olio' di Pilo: considerazioni topografiche", *Kadmos*, 22, p. 40-53.
Jasink, A.M. (1990-1991): "Funzionarie lavoranti nel palazzo di Pilo", *Minos*, 25-26, p. 203-243.
Jeffery, L.H. (1961): *The local Scripts of Archaic Greece*, Oxford.
Jeffery, L.H. (1982): "Greek alphabetic writing", *Cambridge Ancient History*, III, 2ª ed., p. 819-833.

Jensen, M.S. (1980): *The Homeric Question and the oral-formulaic Theory*, Copenhague.
Jones, A.H.M. (1968): *Sparta*, Oxford.
Jones, D.W. (1993): "Phoenician unguent factories in Dark Age: social approaches to evaluating the archaeological evidence", *Oxford Journal of Archaeology*, 12, p. 293-303.
Jones, G. (1987): "Agricultural practice in Greek Prehistory", *Annual of the British School at Athens*, 82, p. 115-123.
Jones, P. (1995): "Poetic invention: the fighting around Troy in the first nine years of the Trojan war", en Andersen-Dickie (edd.) (1995), p. 101-111.
Jones, R.E. (1986): "Chemical analysis in Aegean-type Late Bronze Age pottery found in Italy", en Marazzi-Tusa-Vagnetti (edd.) (1986), p. 205-124.
Karageorghis, J. (1958): "Quelques observations sur l'origine du syllabaire chypro-minoen", *Revue Archéologique*, 2, p. 1-19.
Karageorghis, V. (1984): "New light on Late Bronze Age Cyprus", en V. Karageorghis-J.D. Muhly (edd.), *Cyprus at the Close of the Late Bronze Age*, Nicosia, p. 19-22.
Karageorghis, V. (ed.) (1985): *Archaeology in Cyprus, 1960-1985*, Nicosia.
Kardara, Ch.P. (1971): "The Isthmian wall", *Archaiologikà Anàlekta ex Athenôn*, 4, p. 85-89.
Karo, G. (1930): *Die Schachtgräber von Mykenai*, Munich.
Katintcharov, R. (1989): "Relations culturelles entre la Thrace, la Grèce at l'Anatolie du nordouest à l'âge du bronze moyen et recent", en Best-De Vries (edd.) (1989), p. 68-85.
Kenny, E. (1935): "The ancient drainage of the Copais", *Liverpool Annals of Art and Archaeology*, 22, p. 189-206.
Kilian, K. (1978): "Ausgrabungen in Tiryns 1976", *Archäologischer Anzeiger*, p. 449-470.
Kilian, K. (1982): "Ausgrabungen in Tirins 1980" *Archäologischer Anzeiger*, p. 393-430.
Kilian, K. (1983): "Ausgrabungen in Tiryns 1981", *Archäologischer Anzeiger*, p. 277-327.
Kilian, K. (1987): "L'architecture des résidences mycéniennes: origine et extension d'une structure de pouvoir politique pendant l'âge de Bronze Récent", en Lévy (ed.) (1987), p. 203-217.
Kilian, K. (1988 a): "The emergence of *wanax* ideology in the Mycenaean palaces", *Oxford Journal of Archaeology*, 7, p. 291-302.
Kilian, K. (1988 b): "Ausgrabungen in Tiryns 1982-83", *Archäologischer Anzeiger*, p. 105-151.
Killen, J.T. (1964): "The wool industry of Crete in the Late Bronze Age", *Annual of the British School at Athens*, 59, p. 1-15.
Killen, J.T. (1979): "The Knossos Ld(1) tablets", en Risch-Mühlestein (edd.) (1979), p. 151-181.
Killen, J.T. (1983 a): "PY An 1", *Minos*, 18, p. 71-79.
Killen, J.T. (1983 b): "On the Mycenae Ge tablets", en Heubeck-Neumann (edd.) (1983), p. 216-233.
Killen, J.T. (1987): Notes on the Knossos tablets", en Killen-Melena-Olivier (edd.) (1987), p. 319-331.
Killen, J.T. (1992): "Observations on the Thebes sealings", en Olivier (ed.) (1992), p. 365-380.

Killen, J.T. (1992-1993): "Ke-u-po-da e-sa-re-u and the exemptions of the Pylos Na tablets", *Minos*, 27-28, p. 109-123.
Killen, J.T. (1996): "Thebes sealings and Knossos tablets", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 71-82.
Killen, J.T.-Melena, J.L.-Olivier, J.-P. (edd.) (1987): *Studies in Mycenaean and Classical Greek presented to John Chadwick*, Salamanca.
Kitchen, K.A. (1966): "Aegean place-names in a list of Amenophis III", *Bulletin of the American School of Oriental Research*, 181, p. 23-24.
Kling, B. (1984): "Mycenaean III C:1 b pottery in Cyprus", en V. Karageorghis-J.D. Muhly (edd.), *Cyprus at the Close of the Late Bronze Age*, Nicosia, p. 29-38.
Kling, B. (1989): *Mycenaean III C: 1 b and the related Pottery in Cyprus*, Göteborg.
Knapp, A.G. (1990): "Ethnicity, entrepreneurship and exchange: Mediterranean inter-island relations in the Late Bronze Age", *Annual of the British School at Athens*, 85, p. 115-153.
Knauss, J. (1996): "Arkadian and Boiotian Orchomenos, centres of Mycenaean hydraulic engineering", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1211-1219.
Kochavi, M. (1992): "Some connections between the Aegean and the Levant in the Second Millenium BC: a view from the East", en Kopcke-Tokumaru (edd.) (1992), p. 7-15.
Koehl, R.B. (1986): "The Chieftain Cup and a Minoan rite of passage", *Journal of Hellenic Studies*, 106, p. 99-110.
Koehl, R.B. (1995): "The nature of Minoan kingship", en Rehak (ed.) (1995), p. 23-35.
Kopcke, G.-Tokumaru, I. (edd.) (1992): *Greece between East and West: 10th-8th Centuries B.C.*, Mainz am Rhein.
Korres, G.S. (1984): "The relations between Crete and Messenia in the Late Middle Helladic and Early Late Helladic period", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 141-152.
Krattenmaker, K. (1995): "Palace, peak and sceptre: the iconography of legitimacy", en Rehak (ed.) (1995), p. 49-58.
Kretschmer, P. (1925): "Die protoindogermanische Schicht", *Glotta*, 14, p. 300-319.
Krigas, E.J. (1985): "Mycenaean ke-ke-me-na, ki-ti-me-na", *Minos*, 19, p. 55-59.
La Rosa, V. (1992): "Haghia Triada in età micenea", Olivier (ed.) (1992), p. 617-620.
La Rosa, V. (1996): "La civiltà cretese dal MM III al Miceneo", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1063-1089.
Labessi, A.-Muhly, P. (1990): "Aspects of Minoan cult. Sacred enclosures. The evidence from the Syme sanctuary (Crete)", *Archäologischer Anzeiger*, p. 315-336.
Laffineur, R. (1984): "Mycenaeans at Thera: further evidence?", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 133-139.
Laffineur, R. (1987): *Thanatos. Les costumes funéraires en Egée à l'Age du Bronze*, Lieja.
Laffineur, R. (1990-1991): "Material and craftmanship in the Mycenaean shaft-graves: imports vs local productions", *Minos*, 25-26, p. 245-295.
Laffineur, R. (1995): "Aspects of rulership at Mycenae in the Shaft Grave Period", en Rehak (ed.) (1995), p. 81-93.
Laffineur, R.- Basch, L. (edd.) (1991): *Thalassa. L'Égée protohistoruque et la mer*, Lieja.
Lambrinoudakis, V. (1980): "Staatskult und Geschichte der Stadt von Epidauros", *Archaiognosia*, 1, p. 39-63.
Lambrinoudakis, V. (1981): "Remains of the Mycenaean period in the Sanctuary of Apollon Maleatas", en Hägg-Marinatos (edd.) (1981), p. 59-63.

Lang, M.L. (1990): "The OKA tablets again", *Kadmos*, 29, p. 113-125.
Latacz, J. (1990): "Die Phönizier bei Homer", en U. Gehrig-U.G. Niemeyer (edd.) (1990), *Die Phönizier im Zeitalter Homers*, Mainz, p. 11-21.
Laviosa, C. (1984): "The Minoan thalassocracy, Iasos and the Carian coast", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 183-185.
Le Roy, Ch. (1984): "Mémoire et treadition: réflexions sur la continuité", en *Aux origines*, p. 163-172.
Leclant, J. (1996): "L'Égypte et l'Égée au second millénaire", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 613-625.
Leclerc, M.C. (1993): *La parole chez Hesiod*, París.
Lejeune, M. (1956): "Etudes de philologie mycénienne", *Revue des Etudes Anciennes*, 58, p. 5-41.
Lejeune, M. (ed.) (1956): *Études mycéniennes. Colloque Gif-sur-Yvette*, París.
Lejeune, M. (1968 a): "La civilization mycénienne el la guerre", en J.P. Vernant (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París-La Haya, p. 31-51.
Lejeune, M. (1968 b): "Chars et roues à Cnossos: structure d'un inventaire", *Minos*, 9, p. 9-61.
Lejeune, M. (1975): "Le dossier sa-ra-pe-da du scribe 24 de Pylos", *Minos*, 14, p. 60-76.
Lejeune, M. (1976): "Analyse du dossier pylien Ea", *Minos*, 15, p. 81-115.
Lejeune, M. (1979): "Sur la fiscalité pylienne Ma", en Risch-Mühlestein (edd.) (1979), p. 147-150.
Lencman, J.A. (1966): *Die Sklaverei im mykenischen und homerischen Griechenland*, Wiesbaden.
Leukart, A. (1979): "Autour de ka-ko na-wi-jo", en Risch-Mühlestein (edd.) (1979), p. 183-187 y 194.
Leukart, A. (1992): "Les signes *76 (ra2, 'rja') et *68 (ro2, 'rjo') et le nom du grand prêtre de Poséidon (sinon du roi) à Pylos", en Olivier (ed.) (1992), p. 387-405.
Leuven, J.C. van (1975): "Aspects of Mycenaean Religion", *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 22, p. 203-205.
Leuven, J.C. van (1979): "Mycenaean goddesses called *Potnia*", *Kadmos*, 18, 1979, p. 112-129.
Leuven, J.C. van (1980): "Economic determinism and Bronze Age Greece", *Historia*, 29, p. 129-141.
Leuven, J. van (1996): "The Nilssonian origin of Mycenaean mythology", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 923-938.
Levi, D. (1960): "Per una nuova classificazione della civiltà minoica", *La Parola del Passato*, 15, p. 81-121.
Levi, D. (1976-1988): *Festos e la civiltà minoica*, I-II, Roma.
Lévy, E. (1987): "Lien personnel et titre royal: ánax et basileûs dans l'Iliade", en Lévy (ed.) (1987), p. 291-314.
Lévy, E. (ed.) (1987): *Le système palatial en Orient, en Grèce et à Rome*, Leiden.
Liberman, G. (1997): "Plutarque et la 'Grande Rhetra'", *Athenaeum*, 85, p. 204-207.
Lindgren, M. (1973): *The People of Pylos*, I-II, Uppsala.
Liverani, M. (1986): "La ceramica e i testi: commercio miceneo e politica orientale", en Marazzi-Tusa-Vagnetti (edd.) (1986), p. 405-412.
Lolos, Y.G. (1996): "Aiantos Polis: New evidence for Mycenaean presence on the island of Salamis", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1239-1247.
López Eire, A. (1970-1971): "Las migraciones griegas a la luz de la dialectología", *Zephyrus*, 21-22, p. 289-298.

López Eire, A. (1978): "El retorno de los Heraclidas", *Zephyrus*, 28-29, p. 287-297.
MacGillivray, J.A. et alii (1991): "Excavations at Palaikastro, 1990", *Annual of the British School at Athens*, 86, p. 121-147.
MacGillivray, J.A. et alii (1992): "Excavations at Palaikastro, 1991", *Annual of the British School at Athens*, 87, p. 121-153.
McArthur, J.K. (1993): *Place-names in the Knossos Tablets. Identification and Location*, Salamanca.
McCarter, P.K.-Kyle, P. (1975): *The Antiquity of the Greek Alphabet and the early Phoenician Scripts*, Missoula.
McDonald, W.A.-Rapp, G.R. (edd.) (1972): *The Minnesota Messenia Expedition. Reconstructing Bronze Age regional Environment*, Minneapolis.
Malkin I. (1987): *Religion and Colonisation in ancient Greece*, Leiden.
Manning, S.W. (1988): "The Bronze Age eruption of Thera", *Journal of Mediterranean Archaeology*, 1, p. 17-82.
Manning, S.W. (1989): "The Santorini eruption: an up-date", *Journal of Mediterranean Archaeology*, 2, p. 303-313.
Manning, S.W.-Weninger, B. (1992): "A light in the dark: archaeological wiggle matching and the absolute chronology of the close of the Aegean Late Bronze Age", *Antiquity*, 66, p. 636-663.
Marazzi, M.-Tusa, S.-Vagnetti, L. (edd.) (1986), *Traffici micenei nel Mediterraneo*, Taranto.
Marek, Ch. (1993): "Euboia und die Enstehung der Alphabetschrift bei den Griechen", *Klio*, 75, p. 27-44.
Markoe, G.E. (1992): "In pursuit of metal: Phoenicians and Greeks in Italy", en Kopcke-Tokumaru (edd.) (1992), p. 61-84.
Marinatos, N. (1984): "Minoan threskeiocracy on Thera", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 167-178.
Marinatos, N. (1993): *Minoan Religion. Ritual, Image and Symbol*, Columbia.
Marinatos, N. (1995): "Divine kingship in Minoan Crete", en Rehak (ed.) (1995), p. 37-47.
Marinatos, N.-Hägg, R. (edd.) (1993): *Greek Sanctuaries. New Approaches*, Londres-Nueva York.
Martín de la Cruz, J.C. (1988): "Mykenische Keramik aus Bronzezeitlichen Siedlungsschichten von Montoro am Guadalquivir", *Madrider Mitteilungen*, 29, p. 77-92.
Martín de la Cruz, J.C. (1990): "Die erste mykenische Keramik von der iberischen Halbinsel", *Prähistorische Zeitschrift*, 65, p. 49-52.
Masson, E. (1979): "L'apparition de l'écriture à Chypre: témoignage probable de contacts entre l'île de Crète et l'île de Chypre au cours de la première moitié du deuxième millénaire", en *The Relations between Cyprus and Crete, ca. 2000-500 B.C.*, Nicosia.
Matsas, D. (1991): "Samothrace and the Northeastern Aegean: the Minoan connection", *Studia Troica*, 1, p. 159-179.
Matthäus, H. (1996): "Die absolute Chronologie der Periode SM II/SH II B", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1457-1470.
Mégalomatis, C. (1996): "Les Peuples de la Mer et la fin du monde mycénien. Essai de synthèse historique", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 805-814.
Melena, J.L. (1972): "En torno al *skeptron* homérico", *Cuadernos de Filología Clásica*, 3, p. 321-356.

Melena, J.L. (1973): "Po-ni-ki-jo in the Knossos Ga tablets", *Minos*, 14, p. 77-84
Melena, J.L. (1974 a): "Reflexiones sobre los meses del calendario micénico de Cnoso y sobre la fecha de la caída del Palacio", *Emerita*, 42, p. 77-102.
Melena, J.L. (1974 b): "Ki-ta-no en las tablillas de Cnoso", *Durius*, 2, p. 45-55.
Melena, J.L. (1974 c): "Coriander on the Knossos tablets", *Minos*, 15, p. 133-163.
Melena, J.L. (1975): *Studies on some Mycenaean Inscriptions from Knossos dealing with Textiles*, Salamanca.
Melena, J.L. (1976): "La producción de plantas aromáticas en Cnoso", *Estudios Clásicos*, 20, p. 177-190.
Melena, J.L. (1983 a): "Further thoughts on Mycenaean o-pa", en Heubeck-Neumann (edd.) (1983), p. 258-186.
Melena, J.L. (1983 b): "Olive oil and other sorts of oil in the Mycenaean tablets", *Minos*, 18, p. 79-123.
Melena, J.L. (1987): "On the Linear B ideogrammatic syllabogram ZE", en Killen-Melena-Olivier *(edd.) (1987), p. 389-457.*
Michailidou, A. (1992-1993): "*Ostrakon* with Linear A script from Akroitiri (Thera). A non-bureaucratic activity?", *Minos*, 27-28, p. 7-14.
Millard, A.R. (1976): "The Canaanite linear alphabet and its pasaage to the Greeks", *Kadmos*, 15, p. 130-144.
Moralejo, J.J. (1978): "Los dorios, su migración y su dialecto", *Emerita*, 45, p. 243-267.
Morgan, C. (1990): *Athletes and Oracles. The Transformation of Olympia and Delphi in the Eight Century BC*, Cambridge.
Morgan, C. (1993): "The origins of pan-hellenism", en Marinatos-Hägg (edd.) (1993), p. 18-44.
Morgan, L. (1988): *The miniature Wall Painting of Thera*, Cambridge.
Morpurgo Davies, A. (1979): "Terminology of power and terminology of work in greek and Linear B", en Risch-Mühlestein (edd.) (1979), p. 87-108.
Morpurgo Davies, A. (1986): "The linguistic evidente: Is there any?", en Cadogan (ed.) (1986), p. 93-123.
Morpurgo Davies, A. (1992): "Mycenaean, arcadian, cyprian and some questions of method in dialectology", en Olivier (ed.) (1992), p. 415-432.
Morris, I. (1986): "The use and abuse of Homer", *Classical Antiquity*, 6, p. 81-138.
Morris, I. (1987): *Burial and ancient Society: The Rise of the Greek City-State*, Cambridge.
Morris, S.P. (1992): *Daidalos and the Origins of Greek Art*, Princeton.
Mühlestein, H. (1983): "Nochmals zu den o-ka Tafeln von Pylos", en Heubeck-Neumann (edd.) (1983), p. 311-327.
Müller, S. (1991): "Routes minoennes en relation avec le site de Malia", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 115, p. 545-560.
Müller, S. (1992): "Delphes et sa région à l'époque mycénienne", *Bulletin de Correspondece Hellénique*, 116, p. 445-496.
Müller, S.-Olivier, J.-P. (1991): "Prospection à Mallia: deux documents hiérogliphiques", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 115, p. 65-70.
Murray, O. (1991): "War and the symposium", en Slater (ed.) (1991), p. 83-103.
Murray, O.-Price, S. (edd.) (1990): *The Greek City From Homer to Alexander*, Oxford.
Muscarella, O.W. (1992): "Greek and oriental cauldron attachments: a review", en Kopcke-Tokumaru (edd.) (1992), p. 16-45.
Musti, D. (ed.) (1985): *Le origini dei greci. Dori e mondo egeo*, Roma.
Musti et alii (edd.) (1991), *La transizione dal Miceneo all'Alto Arcaismo. Dal palazzo alla città*, Roma.

Mylonas, G.E. (1966): *Mycenae and the Mycenaean Age*, Princeton.
Mylonas, G.E. (1972): *The Cult Center of Mycenae*, Atenas.
Naveh, J. (1982): *Early History of the Alphabet*, Leiden.
Naveh, J. (1991): "Semitic epigraphy and the antiquity of the Greek alphabet", *Kadmos*, 30, p. 143-152.
Negbi, O. (1992): "Early Phoenician presence in the Mediterranean islands: a reappraisal", *American Journal of Archaeology*, 96, p. 599-615.
Niemeier, W.D. (1984 a): "The end of the Minoan thalassocracy", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 205-215.
Niemeier, W.D. (1984 b): "Zum Problem von Import und Imitation minoischer Keramik in Frühmykenischer Zeit", en *Aux origines*, p. 111-119.
Niemeyer, H.G. (1984): "Die Phönizier und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers", *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums Mainz*, 31, p. 3-94.
Niemeyer, H.G. (1990): "The Phoenicians in the Mediterranean: a non-Greek model for expansion and settlement in Antiquity", en Descoeudres (ed.) (1990), p. 469-489.
Nilsson, M.P. (1932): *The Mycenaean Origin of Greek Mythology*, Berkeley-Los Angeles-Londres.
Nilsson, M.P. (1950): *The Minoan-Mycenaean Religion*, 2ª ed., Lund.
Novicki, K. (1994): "A Dark Age refuge centre near Pefki, east Crete", *The Annual of the British School at Athens*, 89, p. 235-268.
Olivier, J.-P. (1967 a): *The Scribes of Cnossos*, Roma.
Olivier, J.-P. (1967 b): "Le *damokoro*: un fonctionnaire mycénien", *Minos*, 8, p. 118-122.
Olivier, J.-P. (1967 c): "La serie Dn de Cnossos", *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, 2, p. 71-93.
Olivier, J.-P. (1972): "La serie Dn de Cnossos reconsidered", *Minos*, 13, p. 22-28.
Olivier, J.-P. (1974): "Une loi fiscale mycénienne", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 98, p. 23-35.
Olivier, J.-P. (1976): "La scrittura geroglifica cretese", *La Parola del Passato*, 31, p. 17-23.
Olivier, J.-P. (1987): "Des extraits de contrats de vente d'esclaves dans les tablettes de Knossos", en Killen-Melena-Olivier (edd.) (1987), p. 479-498.
Olivier, J.-P. (1989): "The possible methods in deciphering the pictographic Cretan Script", en Y. Duhoux-Th. Palaima-J. Bennett (edd.), *Problems in Decipherment*, Lovaina, p. 39-58.
Olivier, J.-P. (ed.) (1992): *Mykenaïka*, París.
Olivier, J.-P. (1993): "KN 115 = KH 115. Un même scribe à Knossos et à La Canée au MR IIIB: du soupçon à la certitude", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 117, 1993, p. 19-33.
Olivier, J.-P. (1996): "Les écritures crétoises: sept points à considerer", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 101-113.
Ozanne, I. (1990): *Les Mycéniens. Pillards, paysans et poètes*. París.
Page, D. (1972): *History and the Homeric Iliad*, Berkeley-Los Angeles-Londres [1959].
Palaima, Th. (1982): "Linear A in the Cyclades: the trade and travel of a script", *Temple University Aegean Symposium*, 7, p. 15-22.
Palaima, Th. (1987): "Comments on Mycenaean literacy", en Killen-Melena-Olivier (edd.) (1987), p. 499-510.
Palaima, Th. (1988): *The Scribes of Pylos*, Roma.

Palaima, Th. (1991): "Maritime matters in the Linear B tablets", en Laffineur-Basch (edd.) (1991), p. 273-309.
Palaima, Th. (1992): "The Knossos oxen dossier: the use of oxen in Mycenaean Crete, I: General background and scribe 107", en Olivier (ed.) (1992), p. 463-474.
Palaima, Th.G. (1992-1993): "Ten reasons why KH 115 =/= KN 115", *Minos*, 27-28, p. 261-281.
Palaima, Th.G. (1995): "The nature of the Mycenaean *Wanax*: non-Indo-European origins and priestly functions", en Rehak (ed.) (1995), p. 119-138.
Palaima, Th.G. (1996) : "*Contiguities* in the Linear B tablets from Pylos", en De Miro-Godart-Saccconi (edd.) (1996), I, p. 379-396.
Palmer, L.R. (1958): "New religious texts from Pylos", *Transactions of the Philological Society*, p. 1-35.
Palmer, L.R. (1965): *Mycenaeans and Minoans*, 2ª ed., Londres.
Palmer, L.R. (1969): *The penultimate Palace of Knossos*, Roma.
Palmer, L.R. (1979): "Context and geography", en Risch-Mühlestein (edd.) (1979), p. 43-64.
Palmer, L.R. (1980): *The Greek Language*, Londres-Boston.
Palmer, L.R. (1983): "Mycenaean religion. Methodological choices", en Heubeck-Neumann (edd.) (1983), p. 338-366.
Palmer, L.R. (1984): "The Mycenaean palace and the *Demos*", en *Aux origines* (1984), p. 151-159.
Palmer, L.R.-Chadwick, J. (edd.) (1966): *Mycenaean Studies*, Cambridge.
Palmer, L.R.-Raison, J. (1973): "L'*Insula nord-ouest* du palais de Knossos. Position des sols et stratigraphie", *Minos*, 14, p. 17-38.
Palmer, R. (1989): "Subsistence rations at Pylos and Knossos", *Minos*, 24, p. 89-124.
Palmer, R. (1992): "Wheat and barley in Mycenaean society", en Olivier (ed.) (1992), p. 475-479.
Papaiannopoulou, A. (1991): *The Influence of Middle Minoan Pottery on the Cyclades*, Göteborg.
Papaostolou, I. (1976): "La scoperta dell'archivio minoico de Khanià", *La Parola del Passato*, 31, p. 24-29.
Parise, N.F. (1986): "Pesi egei per la lana", *La Parola del Passato*, 41, p. 81-88.
Parry, M. (1971): *The Making of the homeric Verse. The collected Papers of M.P.*, Oxford.
Pavese, C.O. (1996): "La tavoletta KN V (1) 114+158+7719 e l'origine dell'esametro dattilico", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 405-410.
Payton, R. (1991): "The Ulu Burun writing-board set", *Anatolian Studies*, 41, p. 99-106.
Pelon, O. (1976): *Tholoi, tumuli et cercles funéraires. Recherches sur les monuments funéraires de plan circulaire dans l?égée de l'âge du Bronze (III et II millénaires av. J.C.)*, Atenas-París.
Pendlebury, J.D.S. (1965) : *Arqueología de Creta*, Méjico [1939].
Perna, M. (1996): "Le tavolette della serie Mc di Cnosso", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, 411-419.
Perrault, J. (1991): "Les débuts de la présence effective de grecs sur la côte syropalestinienne à l'Age du Fer", en *O Ellenismós sten Anatolé*, Atenas, p. 393-406.
Persson, A.W. (1942): *New Tombs at Dendra*, Lund.
Peruzzi, E. (1980): *Mycenaeans in early Latium*, con apéndice de L. Vagnetti, Roma.
Peters, M. (1986): "Zur Frage einer 'archaischen' Phase des griechischen Epos", en A. Etter (ed.), *O-o-pe-ro-si. Festschrift für Ernst Risch*, Berlín-Nueva York, p. 303-319.

Piteros, Ch.-Olivier, J.-P.-Melena, J.L. (1990): "Les inscriptions en Linéaire B des nodules de Thèbes (1982): la fouille, les documents, les possibilités d'interprétation", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 114, p. 103-184.

Platon. L. (1993): "Ateliers palatiaux minoens: une nouvelle image", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 117, p. 119-122.

Platon, N. (1971): *Zakros. The Discovery of a lost Palace of ancient Crete*,

Platon, N. (1981): *La civilisation égéenne*. I: *Du néolitique au bronze récent*. II: *Le bronce récent et la civilisation mycénienne*, París.

Platon, N. (1984): "A nouveau le problème de la destruction des centres néo-palatiaux minoens", en *Aux origines*, p. 101-109.

Pohlmann, E. (1992): "Homer, Mykene und Troia: Probleme und Aspekte", *Studia Troica*, 2, p. 187-199.

Polignac, F. de (1984): *La naissance de la cité grecque. Cultes, space et société (VIIIe-VIIe siècles avant J.-C.*, París.

Polignac, F. de (1992): "Influence extérieure ou évolution interne? L'innovation cultuelle en Grèce géométrique et archaïque", en Kopcke-Tokumaru (edd.) (1992), p. 114-127.

Polignac, F. de (1994): "Meditation, competition and sovereignty: the evolution of rural sanctuaires in Geometric Greece", en Alcock-Osborne (edd.) (1994), p. 3-18.

Pomerance, L. (1970): *The final Collapse of Santorini (Thera), 1400 B.C. or 1200 B.C.?*, Göteborg.

Pope, M. (1956): "Cretan axes-heads with Linear A inscriptions", *The Annual of the British School at Athens*, 51, p. 132-135.

Pope, M.-Raison, J. (1978): "Linear A: changing perspectives", *Études Minoennes*, I, Lovaina, p. 5-64.

Popham, M. (1964): *The last Days of the Palace at Knossos*, Lund.

Popham, M. (1969): "An LM III B inscription from Knossos", *Kadmos*, 8, p. 43-45.

Popham, M. (1970): *The Destruction of the Palace of Knossos*, Göteborg.

Popham, M. (1974): "Trial KV (1969), a middle minoan building at Knossos", *Annual of the British School at Athens*, 69, p. 181-194.

Popham, M. (1984): *The Minoan Unexplored Mansion at Knossos*, Atenas-Londres-Oxford.

Popham, M. (1988): "The historical implications of the Linear B archive at Knossos dating to either c. 1400 BC or 1200 BC", en Bakker-Davaras-Willetts (edd.) (1988), p. 115-124.

Popham, M. et alii (1982): "The hero of Lefkandi", *Antiquity*, 56, p. 169-174.

Popham, M. et alii (1993): *Lefkandi*, II/II: *The Burial Building at Toumba*, Londres.

Poursat, J.C. (1977 a): *Les ivoires mycéniens. Essai sur la formation d'un art mycénien*, Atenas-París.

Poursat, J.-C. (1977 b): *Catalogue des ivoires mycéniens du Musée National d'Athènes*, Atenas-París.

Poursat, J.-C. (1984 a): "Poissons minoens à Mallia", en *Aux origines*, p. 25-28.

Poursat, J.-C. (1984 b): "Une thalassocrace minoenne au Minoen Moyen II?", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 85-87.

Powell, B.B. (1991): *Homer and the Origin of the Greek Alphabet*, Cambridge.

Probonas, J.K. (1992): "Le mot mycénien a-sa-mi-to comme indice de l'origin mycénienne de l'épopée", en Olivier (ed.) (1992), p. 539-542.

Protonotariou, E.D.-Sacconi, A. (1978): "La prima tavoleta in Lineare B ritrovata a Tirinto", *La Parola del Passato*, 33, p. 423-424.

Puech, E. (1986): "Origine de l'alphabet", *Revue Biblique*, p. 161-213.
Pugliese Carratelli, G. (1976): "Cadmo: prima e dopo", *La Parola del Passato*, 31, p. 5-15.
Pugliese Carratelli, G. (1991): "Dioniso in Creta", *La Parola del Passato*, 261, p. 443-444.
Pugliese Carratelli, G. (ed.) (1996): *The Western Greeks*, Venecia-Monza.
Pulak, C. (1988): "The Bronze Age shipwreck at Ulu Burun, Turkey: 1985 Campaign", *American Journal of Archaeology*, 92, p. 1-37.
Quattordio, A. (1992): "Un documento di carattere cultuare: PY An 607", *La Parola del Passato*, 263, p. 99-114.
Raison, J. (1968): *Les vases à inscriptions peintes de l'âge mycénien et leur contexte archéologique*, Roma.
Raison, J. (1969): *Le grand palace de Knossos*, Roma.
Reece, S. (1992): *The Stranger's Welcome. Oral Theory and Aesthetics of the Homeric Hospitality Scene*, Michigan.
Rehak, P. (ed.) (1995): *The Role of the Ruler in the Prehistoric Aegean*, Lieja-Austin.
Rehak, P. (1996): "Aegean breechcloths, kilts, and the Keftiu paintings", *American Journal of Archaeology*, 100, p. 35-51.
Renfrew, C. (1972): *The Emergence of Civilisation. The Cyclades and the Aegean in the Third Millenium BC*, Londres.
Renfrew, C. (1973): "Problems in the general correlation of archaeological and lingüistic strata in prehistoric Greece: the model of autochthonous origin", en Crossland-Birchall (edd.) (1973), p. 263-279.
Renfrew, C. (1977): "A Linear A tablet fragment from Phylakopi in Melos", *Kadmos*, 16, p. 111-119.
Renfrew, C. (1987): *Archaeology and Language. The Puzzle of Indo-European Origins*, Londres.
Renfrew, C.-Cann, J.R.-Dixon, J.E. (1965): "Obsidian in the Aegean", *Annual of the British School at Athens*, 60, p. 225-247.
Ridgway, D. (1992): *The first Western Greeks*, Cambridge.
Ridgway, D. (1996): "Relations between Cyprus and the West in the precolonial period", en Pugliese Carratelli (ed.) (1996), p. 117-120.
Risch, E. (1956): "La position du dialecte mycénien", en Lejeune (ed.) (1956), p. 167-172.
Risch, E. (1958): "L'interprétation de la série des tablettes caractérisées par le mot o-ka", *Atti del 2° Colloquio Internazionale di Studi Minoico-Micenei*, Pavía, p. 40-65.
Risch, E. (1966): "Les différences dialectales dans le mycénien", en Palmer-Chadwick (edd.) (1966), p. 150-157.
Risch, E.-Mühlestein, H. (edd.) (1979): *Colloquium Mycenaeum*, Neuchâtel-Ginebra.
Rizza, G. (1996): "Priniàs in età micenea", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1101-1110.
Robkin, A.H.L. (1979): "The agricultural year, the commodity SA and the linen industry of Mycenaean Pylos", *American Journal of Archaeology*, 83, p. 467-474.
Rouillard, P. (1991): *Les grecs et la Péninsule Ibérique: du VIII au IV siècle avant Jésus-Christ*, París.
Rowe, K.R. (1954): "A possible Middle Helladic Fortification Wall", *Annual of the British School at Athens*, 49, p. 248-253.
Rubinsohn, Z. (1975): "The Dorian invasion again", *La Parola del Passato*, 30, p. 105-131.

Ruijgh, C.J. (1957): *L'element achéen dans la langue épique*, Assen.
Ruijgh, C.J. (1967): *Études sur la grammaire et le vocabulaire du grec mycénien*, Amsterdam.
Ruijgh, C.J. (1972): "Quelques hypothèses en marge des tablettes En-Ep/Eo-Eb de Pylos", *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, 15, p. 91-104.
Ruijgh, C.J. (1992): "Po-ku-ta et po-ku-te-ro, dérivés de *poku, 'petit bétail'", en Olivier (ed.) (1992), p. 543-562.
Ruijgh, C.J. (1995): "D'Homère aux origines proto-mycéniennes de la tradition épique", en Crielaard (ed.) (1995), p. 1-96.
Ruijgh, C.J. (1996 a): "La position dialectale dy mycénien", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 115-124.
Ruijgh, C.J. (1996 b): "La 'Déesse Mère' dans les textes mycéniens", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 453-457.
Ruipérez, M.S. (1958): "Mykenisch pe-re-sa2, Persephone", *Minoica. Festschrift J. Sundwall*, Berlín, p. 359-364.
Ruipérez, M.S. (ed.) (1972): *Acta Mycenaea*, I-II, Salamanca.
Ruipérez, M.S. (1983): "The Mycenaean name of Dionysos", en Heubeck-Neumann (edd.) (1983), p. 408-412.
Ruipérez, M.S. (1992): "A propos de to-so-jo de PY Er 312", en Olivier (ed.) (1992), p. 563-567.
Ruipérez, M.S. (1993): "A modo de conclusiones", en Crespo-García Ramón-Striano (edd.) (1993), p. 383-386.
Ruipérez, M.S.-Melena, J.L. (1990): *Los griegos micénicos*. Madrid.
Runnels, C. (1995): "Review of Aegean Prehistory IV: The Stone Age of Greece from the Paleolithic to the advent of the Neolithic", *American Journal of Archaeology*, 99, p. 700-728.
Rutherford, R.B. (1996): *Homer*, Oxford.
Rutter, J.B. (1977): "Resident Minoan potters on the Greek mainland? Pottery composition analyses from Ayios Stephanos", *Archaeometry*, 19, p. 137- .
Rutter, J.B. (1978): "A plea for the abandonment of the term 'submycenaean'", *Temple University Aegean Symposium*, 3, p. 58-65.
Rutter, J.B.-Zerner, C.W. (1984): "Early Hellado-Minoan contacts", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 75-83.
Ruzé, F. (1988): "Aux débuts de l'écriture politique: le pouvoir de l'écrit dans la cité", en *Detienne* (ed.) (1988), p. 82-94.
Sacconi, A. (1974 a): *Corpus delle iscrizioni in Lineare B di Micene*, Roma.
Sacconi, A. (1974 b): *Corpus delle iscrizioni vascolari in Lineare B*, Roma.
Sacconi, A. (1987): "La tavoleta di Pilo Tn 316: una registrazione di carattere eccezionale?", en Killen-Melena-Olivier (edd.) (1987), p. 551-555.
Sacconi, A. (1996 a): "Le tavolette Fr dello scriba 2 e la preparazione degli oli perfumati a Pilo", *Kadmos*, 36, p. 23-38.
Sacconi, A. (1996 b): "La filologia micenea", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 131-137.
Sainer, A.P. (1976): "An index of the place names at Pylos", *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, 17, p. 17-63.
Sakellarakis, Y. (1977): "The cycladic elements of Archanes", *Archaiologikà Análekta ex Athenôn*, 10, p. 93-115.
Sakellarakis, Y. (1996): "Minoan religious influence in the Aegean: the case of Kythera", *The Annual of the British School at Athens*, 91, p. 81-99.

Sakellarakis, Y.-Olivier, J.-P. (1994): "Un vase en pierre avec inscription en Linéaire A du sanctuaire de sommet Minoen de Cythère", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 118, p. 343-351.
Sakellarakis, Y.-Sapouna-Sakellarakis, E. (1981): "Drama of death in a Minoan temple", *National Geographic Magazine*, 159, p. 204-223.
Sakellarakis, Y.-Sakellarakis, E. (1984): "The Keftiu and the Minoan thalassocracy", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 197-203.
Sakellarakis, J.A.-Sakellarakis, E. (1996): "Mycenaean Archanes", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1111-1119.
Sakellariou, M. (1980), *Les Proto-Grecs*, Atenas.
Sakellariou, M. (1986): "Who were the immigrants?", en Cadogan (ed.) (1986), p. 125-137.
Sakellariou, M. (1989): *The Polis-State. Definition and Origin*, Atenas.
Salmon, J.B. (1984): *Wealthy Corinth. A History of the City to 338 B.C.*, Oxford.
Salvini, M.-Vagnetti, L. (1994): "Una spada di tipo egeo da Bogazköy", *La Parola del Passato*, 276, p. 215-236.
Samsaris, D.C. (1989): "Les influences mycéniennes sur les thraces", en Best-De Vries (edd.) (1989), p. 167-173.
Samuel, A.E. (1972): *Greek and Roman Chronology*, Munich.
Sandars, N. (1978): *The Sea Peoples. Warriors of the ancient Mediterranean 1250-1150 BC*, Londres.
Sandars, N. (1983): "North and South at the end of the Mycenaean age: aspects of an old problem", *Oxford Journal of Archaeoleogy*, 2, p. 43-68.
Sapouna-Sakallerakis, E. (1990): "Archanès à l'époque mycénienne", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 114, p. 67-102.
Sapouna-Sakellarakis, E. (1995): "A Middle Helladic tomb complex at Xeropolis (Lefkandi)", *The Annual of the British School at Athens*, 90, p. 41-54.
Schachermeyr, F. (1954): "Prähistorische Kulturen Griechenlands", en Pauly-Wissowa, *Real Encyclopaedie der Altertumswissenschaft*, 22, 2, Stuttgart, col. 1350-1548.
Schachermeyr, F. (1986): *Mykenae und das Hethiterreich*, Viena.
Schachter, A. (1996): "Evidence for cult and continuity from Linear B documents at Thebes", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 891-899.
Schilardi, D.U. (1992): "Paros and the Cyclades after the fall of the Mycenaeans palaces", en Olivier (ed.) (1992), p. 621-639.
Schofield, E. (1982): "The western Cyclades and Crete: a special relationship", *Oxford Journal of Archaeology*, 1, 1982, p. 9-25.
Schofield, L.-Parkinson, R.B. (1994): "Of helmets and heretics: A possible Egyptian representation of Mycenaean warriors on a papyrus from El-Amarna", *The Annual of the British School at Athens*, 89, p. 157-170.
Scoufopoulos, N.C. (1971): *Mycenaean Citadels*, Göteborg.
Scully, S. (1990): *Homer and the Sacred City*, Ithaca-Londres.
Sergent, B. (1977): "La liste de Kom-el-Hetan et le Peloponnese", *Minos*, 16, p. 126-173.
Sergent, B. (1981): "Pylos et Corinthe", *Minos*, 17, p. 35-66.
Shaw, J. (1978): "Consideration of the site of Akrotiri as a Minoan settlement", en C. Doumas (ed.), *Thera and the Aegean World*, I, p. 429-436.
Shaw, J.W. (1986): "Excavations at Kommos (Crete) during 1984-1985)", *Hesperia*, 55, p. 219-269.

Shaw, J.W. (1987): "A 'palatial' stoa at Kommos", en Hägg-Marinatos (edd.) (1987), p. 101-110.
Shaw, J.W. (1989): "Phoenicians in southern Crete", *American Journal of Archaeology*, 93, p. 165-183.
Shaw, J.W.-Shaw, M.C. (1993): "Excavations at Kommos (Crete) during 1986-1992", Hesperia, 62, p. 129-190.
Shelmerdine, C.W. (1973): "The Pylos Ma tablets reconsidered", *American Journal of Archaeology*, 77, p. 261-275.
Shelmerdine, C. (1985): *The Perfume Industry of Mycenaean Pylos*, Göteborg.
Shelmerdine, C. (1987): "Architectural change and economic decline at Pylos", en Killen-Melena-Olivier (edd.) (1987), p. 557-568.
Shelmerdine, C.W. (1992): "Historical and economic considerations in interpreting Mycenaeans texts", en Olivier (ed.) (1992), p. 569-590.
Sherrat, E.S. (1990): "*Reading the texts*: arcaeology and the homeric question", *Antiquity*, 64, p. 807-824.
Singor, H.W. (1991): "Nine against Troy. On epic *phalanges, promachoi* and the old structure in the story of the *Iliad*", *Mnemosyne*, 44, p. 17-62.
Singor, H.W. (1995): "*Eni prôtoisi machesthai.* Some remarks on the iliadic image of the battlefield", en Crielaard (ed.) (1995), p. 183-200.
Slater, W.J. (ed.) (1991): *Dining in a Classical Context*, Ann Arbor.
Smit, D.W. (1989): "Mycenaean penetration into Northern Greece", en Best-De Vries (edd.) (1989), p. 174-180.
Smith, J. (1992-1993): "The Pylos Jn series", *Minos*, 27-28, p. 167-259.
Smith, Th. (1987): *Mycenaean Trade and Interaction in the West Central Mediterranean 1600-1000 BC*, Oxford.
Snodgrass, A.M. (1971): *The Dark Age of Greece*, Edimburgo.
Snodgrass, A.M. (1974): "An historical homeric society?", *Journal of Hellenic Studies*, 94, 114-125.
Snodgrass, A.M. (1980): *Archaic Greece. The Age of Experiment*, Londres.
Soesbergen, G. van (1981): "The coming of the Dorians", *Kadmos*, p. 38-51.
Soles, J. (1992): *The Prepalatial Cemeteries at Mochlos and Gournia and the House Tombs of Bronze Age Crete*, Princeton.
Soles, J.S.-Davaras, C. (1996): "Excavations at Mochlos, 1992-1993", *Hesperia*, 65, p. 175-230.
Soueref, K. (1996): "Micenei nell'Epiro, nel quadro dei traffici nello Ionio e nell'Adriatico", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1311-1317.
Sourvinou-Inwood, C. (1993): "Early sanctuaries: the eighth century and ritual space", en Marinatos-Hägg (edd.) (1993), p. 1-17.
Spencer, N. (1995): "Early Lesbos between East and West: a 'grey area' of Aegean archaeology", *The Annual of the British School at Athens*, 90, p. 269-306.
Sperling, J. (1991): "The last phase of Troy and Mycenaean expansion", *Studia Troica*, 1, p. 155-158.
Spyropoulos, Th.G.-Chadwick, J. (1975): *The Thebes Tablets II*, Salamanca.
Stanley, K. (1993): *The Shield of Homer. Narrative Structure in the "Iliad"*, Princeton.
Steiner, G. (1996): "A-ka-wi-ja-de", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, P. 511-521.
Stella, L.A. (1965): *La civiltà micenea nei documenti contemporanei*, Roma.
Stella, L.A. (1978): *Tradizione micenea e poesia dell 'Iliade*, Roma.
Stella, L.A. (1996): "Considerazioni sul politeismo miceneo", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), II, p. 901-909.

Stos-Gale, Z.-MacDonald, C. (1991): "Sources of metals and trade in the Bronze Age Aegean", en N. Gale (ed.), *Bronze Age Trade in the Mediterranean*, Jonsered, p. 249-288.
Strobel, A. (1976): *Der spätbronzezeitliche Seevölkersturm*, Berlín-Nueva York.
Strøm, I. (1984): "Aspects of Minoan foreing relations, LM I-LM II", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 191-195.
Strøm, I. (1992): "Evidence from the sanctuaries", en Kopcke-Tokumaru (edd.) (1992), p. 46-60.
Stubbings, F.H. (1973): "The rise of Mycenaean civilisation", en *Cambridge Ancient History*, II, 1, 2ª ed., Cambridge, p. 627-658.
Symeonoglou, S. (1973): *Kadmeia I*, Göteborg.
Symeonoglou, S. (1985): *The Topography of Thebes*, Princeton.
Sznyger, M. (1979): "L'inscription phénicienne de Tekke, près de Cnossos", *Kadmos*, 18, p. 89-93.
Taplin, O. (1992): *Homeric soundings*, Oxford.
Thomas, C.G. (1976): "From Wanax to Basileus: kingship in the Dark Age", *H Ant*, 6, p. 187-206.
Thornton, A. (1984): *Homer's Iliad: its Composition and the Motif of Supplication*, Göttingen.
Touchais, G. (1982): "Chronique des feuilles et découvertes archéologiques en Grèce en 1981", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 106, p. 529-635.
Touchais, G. (1996): "Argos à l'Age du Bronze: état présent des recherches", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1319-1326.
Tournavitou, I. (1995): "The Mycenaean ivoires from the Artemision at Delos", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 119, p. 479-527.
Treister, M. (ed.) (1996): *El tesoro de Troya. Excavaciones de Heinrich Schliemann*, Moscú-Milán-Madrid.
Treuil, R. (1983): "Prospection archéologique à Naxos en 1981", en *Les Cyclades. Matériaux pour une étude de géographie historique*, París.
Treuil, R. et alii (1992): *Las civilizaciones egeas del Neolítico y de la Edad del Bronce*, Barcelona.
Trümpy, C. (1989): "Nochmals zu den mykenischen Fr-Taefelchen", *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, 27, p. 191-234.
Tsetskhladze, G.R. (1994): "The Greek penetration to Black Sea", en G.R. Tsetskhladze-F. De Angelis (edd.), *The Archaeology of Greek Colonisation*, Oxford, p. 111-135.
Tzédakis, J.G. (1967): "Zeugnisse der Linearschrift B aus Chania", *Kadmos*, 6, p. 106-109.
Tzédakis, Y. (1984): "Le passage au Minoen Ancient en Crète occidentale", en *Aux origines* (1984), p. 3-7.
Tzédakis, Y.-Chryssoulaki, S.-Voutsaki, S.-Venieri, Y. (1989): "Les routes minoennes: rapport préliminaire. Defense dé la circulation ou circulation de la défense?", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 113, p. 43-75.
Tzédakis, Y. et alii (1990): "Les routes minoennes: le poste de *Choiromandres* et le contrôle des communications", *Bulletin de Correspondence Hellénique*, 114, p. 43-65.
Uchitel, A. (1984): "On the 'military' character of the O-KA tablets", *Kadmos*, 23, p. 136-163.
Uchitel, A. (1990-1991): "Bronze-smiths of Pylos and silver-smiths of Ur", *Minos*, 25-26, p. 195-202.

Vagnetti, L. (1985): "Late Minoan III Crete and italy: another view", *La Parola del Passato*, 40, p. 29-33.
Vagnetti, L. (1996): "The first contacts between the Minoan-Mycenaean and the western mediterranean worlds", en Pugliese Carratelli (ed.) (1996), p. 109-116.
Vandenabeele, F.-Olivier, J.-P. (1979): *Les idéogrammes archéologiques du Linéaire B*, París.
Vedder, R.G. (1981): *Ancient Euboea: Studies in the History of a Greek Island from earliest Times to 404 B.C.*, diss. University of Arizona [1978], Ann Arbor.
Ventris, M.-Chadwick, J. (1953): "Evidence for Greek Dialect in the Mycenaean archives", *Journal of Hellenic Studies*, 73, p. 84-103.
Ventris, M.-Chadwick, J. (1973), *Documents in Mycenaean Greek*, 2ªed., Cambridge.
Vercoutter, J. (1956): *L'Egypte et le monde égéen préhéllenique*, El Cairo.
Vermeule, E. (1971): *Grecia en la Edad del Bronce*, Méjico.
Vermeule, E. (1975): *The Art of the Shaftgraves at Mycenae*, Cincinnati.
Villar, F. (1991): *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa. Lenguaje e historia*, Madrid.
Wace, A.J.B. (1949): *Mycenae. An archaeological History and Guide*, Princeton.
Wace, A.J.B. et alii (1980): *Excavations at Mycenae, 1939-1955*, Atenas-Oxford.
Wachmanns, S. (1987): *Aegeans in the Thebes Tombs*, Leiden.
Wachter, R. (1989): "Zur Vorgeschichte des griechischen Alphabets", *Kadmos*, 28, p. 19-78.
Wachsmann, S. (1987): *Aegeans in the Theban Tombs*, Lovaina.
Walberg, G. (1992): "A Linear B inscription from Midea", *Kadmos*, 31, p. 93.
Warnock, P.-Pendleton, M. (1991): "The wood of the Ulu Burun diptych", *Anatolian Studies*, 41, p. 107-110.
Warren, P.M. (1973): "Crete 3000-1400 B.C.: immigration and the archaeological evidence", en Crossland-Birchall (edd.) (1973), p. 41-50.
Warren P. (1979): "The miniature fresco from the West House at Akrotiri, Thera, and its Aegean setting", *Journal of Hellenic Studies*, 99, p. 115-129.
Warren, P.-Hankey, V. (1989): *Aegean Bronze Age Chronology*, Bristol.
Waterhouse, H. (1996): "From Ithaca to the *Odyssey*", *The Annual of the British School at Athens*, 91, p. 301-317.
Watrous, L.V. (1994): "Review of Aegean Prehistory, III: Crete from earliest prehistory through the Protopalacial Period", *American Journal of Archaeology*, 98, p. 696-753.
Wees, H. van (1988): "Kings in combat: battles and heroes in the *Iliad*", *Classical Quarterly*, 38, p. 1-24.
Wees, H. van (1992): *Status Warriors. War, Violence and Society in Homer and History*, Amsterdam.
Wees, H. van (1994): "The homeric way of War: the Iliad and the hoplite phalanx (I)", *Greece and Rome*, 41, p. 1-18 y 131-155.
Wees, H. van (1995): "Princes at dinner: social event and social structure in Homer", en Crielaard (ed.) (1995), p. 147-182.
Werner, K. (1993): *The Megaron during the Aegean and Antolian Bronze Age*, Jonsered.
West, M.L. (1988): "The rise of the Greek epic", *Journal of Hellenic Studies*, 107, p. 151-172.
Whatelet, P. (1970): *Les traits éoliens dans la langue de l'épopée grecque*, Roma.
Whitley, J. (1991 a): *Style and Society in Dark Age Greece. The changing Face of a preliterate Society, 1100-700 BC*, Cambridge.

Whitley, J. (1991 b): "Social diversity in Dark Age Greece", *The Annual of the British School at Athens*, 86, p. 341-365.
Whitman, C.W. (1967): *Homer and the heroic Tradition*, Cambridge [1958].
Wiener, M.H. (1984): "Crete and the Cyclades in LM I: The tale of the conical cups", en Hägg-Marinatos (edd.) (1984), p. 17-26.
Wiener, M. (1987): "Trade and rule in Palatial Crete", en Hägg-Marinatos (edd.) (1987), p. 261-267.
Wiener, M. (1991): "The nature and control of Minoan foreing trade", en N. Gale (ed.), *Bronze Age Trade in the Mediterranean*, Jonsered, p. 327-334.
Woudhuizen, F.C. (1989): "Thracians, Luwians and Greeks in Bronze Age Central Greece", en Best-De Vries (edd.) (1989), p. 191-204.
Wright, J.C. (1994): "The spacial configuration of belief: the archaeology of Mycenaean religion", en Alcock-Osborne (edd.) (1994), p. 37-78.
Wright, J.C. (1995): "From chief to king in Mycenaean Greece", en Rehak (ed.) (1995), p. 63-75.
Wyatt, W.F. (1996): "Linear B and Homer", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), I, p. 541-551.
Wylock, M. (1970): "La fabrication des parfumes à l'époque mycénienne d'après les tablettes Fr de Pylos", *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, 11, p. 116-133.
Wylock, M. (1972): "Les aromates dans les tablettes Ge de Mycenes", *Studi Micenei ede Egeo-Anatolici*, 15, p. 105-146.
Xenaki-Sakellariou, A. (1996): "Les gobelets de Vaphio, archetypes de la koiné creto-mycenienne", en De Miro-Godart-Sacconi (edd.) (1996), III, p. 1339-1345.
Younger, J.G. (1995): "The iconography of rulership in the Aegean: a conspectus", en Rehak (ed.) (1995), p. 151-207.
Zangger, E. (1994): "Landscape changes around Tiryns during the Bronze Age", *American Journal of Archaeology*, 98, p. 189-212.
Zanker, G. (1994): *The Heart of Achilles. Characterization and personal Ethics in the Iliad*, Ann Arbor.
Zerner et alii (edd.) (1993): *Wace and Blegen. Pottery as Evidence for Trade in the Aegean Bronze Age*, Amsterdam.